

INMACULADA LEÓN TIRADO

ABRAZOS

en el
Alive



CALIGRAMA

ABRAZOS
en Aire

ABRAZOS *en* *el Aire*

INMACULADA LEÓN TIRADO



Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Abrazos en el aire Primera edición: enero 2018

ISBN: 9788417234539

ISBN eBook: 9788417321857

© del texto:

Inmaculada León Tirado

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2018

www.caligramaeditorial.com info@caligramaeditorial.com Impreso en España – Printed in Spain Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Rafa, mi marido, mi gran amor, mi compañero.
A mi madre, el lujo de mi vida.*

Prólogo Toledo, 1818

Despertó desorientada y con un fuerte dolor de cabeza. La débil luz de un candil iluminaba la estancia y Julia, desde el camastro, inspeccionó con la mirada el lugar; reconoció el sótano de su casa. ¿Qué hacía allí? ¿Qué le había sucedido? Se levantó con torpeza y se dirigió hacia la puerta.

—¡Abridme! ¿Alguien puede oírme?

La golpeó con todas sus fuerzas una y otra vez. Gritó a pleno pulmón y arañó la carcomida madera en un intento desesperado de salir de allí, hasta que, derrotada por el esfuerzo, se sentó en uno de los escalones. Reparó en las manchas de sangre de su camisón y empezó a recordar. Al principio solo eran simples detalles, pero pronto tomaron forma y reconstruyó mentalmente los hechos. Fue entonces cuando tuvo conciencia del peligro en el que se encontraba y un sudor frío envolvió su cuerpo.

Escuchó pisadas; luego, el sonido de la llave en la cerradura. La puerta se abrió despacio y el pánico se apoderó de ella cuando lo vio aparecer.

—¡Mira lo que me has obligado a hacer!

Capítulo 1

TOLEDO, MAYO DE 1817

Nada faltó ni sobró en la cena que los padres de Julia ofrecieron en su casa con motivo de sus bodas de plata: la mejor mantelería de fino hilo y cubertería de plata para la mesa, apetitosos y succulentos platos a base de pequeños cuencos de pisto, migas y morteruelo, queso, perdiz con salsa de uvas y limón, y, de postre, pestiños y frutas de miel y mazapán regados con los más exquisitos vinos y licores de la comarca. Toda la cena fue encargada al mejor cocinero de la ciudad y servida por un cortejo de criados escogidos exclusivamente para el evento. Un dispendio, teniendo en cuenta el batacazo económico que habían sufrido días antes. Manuel Céspedes dio gracias cuando la pantomima terminó; despidió a sus invitados junto a su esposa en el zaguán de su casa y regresó a la soledad de su despacho con acceso directo desde el patio central de la casa, engalanado de geranios y rosas, que tanto Carmen, su esposa, como Ramona, la criada, cuidaban con esmero, y cuyos aromas ascendían hasta el artesonado de la galería del segundo piso y se introducían generosamente por las habitaciones. El despacho, aislado del resto de la casa, era amplio, sobrio y poco luminoso, a pesar de los rayos de luz que durante el día penetraban por la claraboya del patio y se colaban por las dos ventanas de la estancia.

Las manecillas del reloj de péndulo marcaron la una de la madrugada. Manuel se acomodó en uno de los dos sillones situados junto a la chimenea, con una copa de anís. Se sentía a gusto en esa casa a pesar de no ser de su propiedad. Céntrica, en la calle Cadenas, junto a la parroquia de San Nicola de Bari y la Magdalena. Una de las zonas señoriales de Toledo. A un paseo de la catedral y muy cerca de la plaza de Zocodover. La casa, del siglo xvi, constaba

de dos pisos. En su fachada principal, estrecha y de fondo largo, se encontraban un balcón en el primer piso y dos ventanas enrejadas en el segundo. Ambas con sus guardapolvos y su típico tejeroz. La fachada lateral izquierda colindaba con otra vivienda, y la derecha daba al patio interior y tenía una sola ventana. La cubierta, a dos aguas, era de teja árabe y armonizaba con el resto de los edificios.

La parte baja de la casa constaba de zaguán, patio, dos salones, despacho con acceso directo al patio y cocina, y en la primera planta se hallaban los dormitorios, un salón y los baños. El patio era simétrico y la galería, con sus canecillos tallados en voluta, estaba construida en voladizo sobre maderos macizos. A él se accedía a través del zaguán mediante una puerta con cancela de hierro. Al piso superior, a través de una amplia escalera renacentista de dos tramos con una bellísima techumbre de rosetones que moría en la misma galería. La casa, además, poseía un sótano que abarcaba casi la totalidad de la planta de la vivienda, al que se accedía por tres escalones a través de una puerta que se encontraba en un rincón del zaguán y bajo la escalera.

Manuel dio un largo trago de licor. Se sentía cansado, y no solo de la cena, sino de toda una vida de trabajo. Siempre había querido dedicarse a la política, deseo que había cumplido al ser nombrado alcalde mayor. Sonrió con amargura al recordarlo. Se había dado en las narices con toda una institución enquistada de intereses personales a la que intentó inyectar savia nueva. Sin embargo, harto de las injusticias, de las limitaciones legales y sobre todo de las humanas, dejó el cargo. Fue entonces, determinado a alejarse de lo que consideraba una sociedad corrompida, cuando decidió comprar un cigarral a las afueras de Toledo. Se hizo con tierras de regadío para la producción de forraje y el cultivo de hortalizas, y de secano para los cereales que debía rozar cada tres años; además de albaricoqueros, ciruelos, membrillos y olivos. Pero los años y el cansancio pesaban cada vez más y, con una fortuna a sus espaldas, vendió parte de las tierras y se quedó con los frutales y los olivares más por romanticismo que por dinero. Poco después fue testigo de cómo el pueblo toledano, harto de la inutilidad del Gobierno, se amotinó e inició una serie de alborotos que terminaron con asaltos y

saqueos contra los representantes del ayuntamiento mientras proclamaban vivas a Fernando vii. Pronto entraron en Toledo las tropas napoleónicas, y el 2 de mayo de 1808 se produjo el levantamiento en Madrid y comenzó la guerra de la Independencia. A pesar de que los franceses perdieron la guerra en Bailén, en diciembre regresaron a Toledo con más rabia y causaron más muertes, saqueos e incendios. A Manuel le destruyeron gran parte de sus cosechas, ocuparon y destrozaron el cigarral, y a punto estuvo de perder la casa de Toledo. La salvó porque, durante los años que la ciudad había estado ocupada por los franceses, Manuel había pagado una buena cantidad al general Dupont para garantizar la seguridad de su familia.

Removió el líquido blanco y espeso de su copa. Y ahora, nueve años después de aquello, cuando todo parecía ir bien, otra buena parte de su dinero se esfumaba. Esta segunda vez en el océano. Un grandísimo error que había cometido aconsejado por su administrador Pedro Ávila del Real. Meter la mano en el negocio marítimo sin experiencia alguna había sido una estupidez y, desde luego, no intentaría suerte otra vez, como pretendía su amigo. A sus setenta años, lo que realmente debía hacer era instruir a su hija en los negocios y pasar el relevo. Instruir a su hija. ¿Cómo? Apenas lograba despertar el interés de su preciosa, tardía y mimada niña. Si al menos Dios les hubiera concedido un varón... ¿Qué iba a hacer con ella? Ese era otro problema que no podía sacarse de la cabeza. Esa niña, a sus veinte años, era el objetivo de todo soltero, y en especial de todo soltero ambicioso. ¿Cómo saber quién era el adecuado para entregarle a su hija y toda una fortuna con ella? Pensar en eso le producía ardor de estómago.

Manuel dejó la copa sobre la mesa auxiliar de caoba y se dispuso a subir a su habitación. Nunca le había gustado la noche para pensar. Los fantasmas de las tinieblas siempre se ocupaban de nublar la mente, oscurecer las ideas, entristecer el alma y atrapar el insomnio. Esperaría al nuevo día para ello. La luz de la mañana le ayudaría a aclarar las dudas. Agarró el quinqué, salió al patio, entró al zaguán, cerró la cancela y subió las escaleras apoyándose en la superficie

pulida y cálida de la barandilla. Esas escaleras... cada vez le resultaban más tediosas de subir.

A una distancia de seis leguas al sureste de Toledo y ubicada en la falda de sus montes, plagada de viñedos y olivares poco fructíferos por estar plantados a la fría sombra de su sierra, se hallaba la Villa de Orgaz. A esa misma hora, Lorenzo Medina, en la soledad de lo que quedaba del salón de su casa, reclinado en el único, amplio y desvencijado sillón de alto respaldo y cojín mullido, forrado de lo que en su día fue un preciado terciopelo granate, observaba el acuchillado retrato de su padre que aún colgaba sobre la chimenea y se preguntaba qué vida llevaría ahora si las cosas hubieran ocurrido de otra manera. El pintor había captado perfectamente su personalidad. Erguido, con la mirada desafiante, apoyado sobre su inseparable bastón con el puño de marfil que tantas veces... Un pinchazo le sacudió desde el coxis y le subió hasta el extremo del cráneo para producirle insistentes y molestas palpitaciones en las sienes. Identificó los inicios de una de sus crisis. Se presionó ambas sienes con los pulgares hasta calmar el dolor. Apuró la tercera copa de Garvey. Hizo una bola con la carta que había recibido de Mario Abenojar en la que lo invitaba a pasar unos días en Toledo y la arrojó al fuego. No perdería el tiempo en contestar a la invitación. Partiría a primera hora de la mañana del día siguiente.

Capítulo 2

Manuel se despertó con el alba, se vistió con un pantalón de paño, camisa, chaleco de punto y levita corta, y bajó a su despacho. Se dirigió al bargueño: una pieza castellana del siglo xvi, de nogal, con decoración plateresca y mudéjar y caras de angelitos en todos los frontales de sus puertas y cajones. Abrió una de las puertas inferiores y de su interior extrajo unos pliegos que estudió una y otra vez.

La recogida del membrillo había resultado todo un éxito. La cosecha de diciembre dio un fruto dulce y suave que conservó en azúcar y miel para exportarlo a las Américas. Él mismo supervisó todo el trabajo de forma minuciosa hasta el último detalle. ¿Qué fue lo que falló? Volvió a centrarse en los papeles hasta devanarse los sesos y, cuando el sol entró por la claraboya e iluminó los azulejos azules y verdes del aljibe, proyectando su reflejo sobre la yesería plateresca de la pared frontal, continuaba sin una respuesta. No podía dar crédito a su mala suerte. Cansado de darle vueltas al asunto, tiró los papeles sobre la mesa y se recostó en el sillón con los pies apoyados sobre una banqueta para aliviar su eterna dolencia de gota. Había cometido un enorme error y ni estaba con ánimo ni tenía las condiciones económicas para afrontar otro descalabro. Tendría que esperar noticias de Pedro, pero tampoco albergaba muchas esperanzas. Manuel Céspedes apoyó los codos sobre su pecho, unió las manos y se dio golpecitos con los dedos índices sobre el labio superior, o más bien contra la punta de la nariz, que, de tan afilada y curva, parecía querer engullirlos. Cerró sus pequeños y vivos ojos, y los forzó hasta esconderlos tras las espesas cejas. Manuel era suspicaz, escéptico y muy desconfiado. Estas características le impedían fiarse de la gente, motivo por el cual solo se apoyaba en su querido amigo y administrador don Pedro Ávila del Real. Veinticinco

años de amistad le unían a la familia. Amistad que se consolidó cuando Pedro aceptó ser el padrino de su única hija: Julia.

Pedro irrumpió en el despacho con el rostro congestionado. Manuel se sorprendió, pues no le esperaba. El administrador, sin más, le tendió una carta.

—La he recibido a primera hora de esta mañana.

Manuel se incorporó, se colocó las lentes, desdobló el papel y se dispuso a leer. Por lo visto, su segundo barco había sido capturado por un excapitán inglés que operaba en las Bahamas, concretamente en la llamada Ruta del Galeón, un archipiélago formado por una serie de islotes que, desgraciadamente, se habían convertido en nido de piratas. La carta terminaba notificando que, al no haberse abonado el impuesto del seguro de transporte, la Casa de Contratación no se hacía responsable de la pérdida de la mercancía, cualquiera que fuera la causa.

Dejó caer su voluminoso cuerpo en el sillón, atónito y enfadado consigo mismo por haberse dejado llevar por la absurda idea de que él, un pequeño terrateniente de pueblo, podría triunfar en una empresa tan compleja. Lo suyo era la tierra, no el mar.

Pedro, de la misma estatura que Manuel, un metro sesenta y ocho, aunque algo más joven que su amigo, de hombros caídos y mirada triste de nacimiento, se sentó en el otro sillón junto a Manuel y se frotó las manos, más por nerviosismo que por frío.

—La Corona no descarta que sean sabotajes pagados por la propia monarquía inglesa. Al parecer, quieren impedir que los comerciantes españoles expandan su negocio en el exterior. Hay mucha competencia. —Pedro apoyó su mano sobre el brazo del sillón de su amigo—. Manuel, ahora sabemos la causa y creo que deberíamos intentarlo de nuevo asegurando la carga y contratando hombres armados para defender el barco. Lo está haciendo la mayoría. Aún tenemos miles de arrobas almacenadas.

Manuel lo miró con incredulidad. Se levantó con pesadez. Se acercó a la mesa, cogió los pliegos que había examinado poco antes y se los entregó.

—Lee.

Pedro ojeó los papeles.

—Sí. Es cierto. Pero, Manuel, escúchame un segundo, por favor, y piensa en los beneficios que podríamos obtener con el cacao, los muebles y el palo santo que traeríamos de allí. ¿Y qué me dices de la plata mexicana? ¿Sabes el margen que nos dejaría en América o en Europa?

Manuel rio con ganas.

—Francamente, Pedro, has perdido la cabeza. Sé que has intentado meter las narices en un negocio que te venía grande y me has embarcado a mí. Lo que tú has invertido no es ni la cuarta parte de lo que yo he perdido con este desatino. No. No habrá un tercer barco con frutas que llevar, ni oro, plata y palo santo que traer. Y si vuelves a insistir sobre el tema, te echaré a patadas de mi casa.

Lorenzo Medina llegó a la bifurcación con Olías. Allí un carro atascado en medio del camino le impedía continuar y un campesino tiraba con desesperación del aparejo del burro.

—¡Maldito animal! ¿Quieres caminar de una vez?

—¿Problemas, buen hombre? —Lorenzo se apeó del caballo para ayudarlo.

—Es el carro, que, con las lluvias de los últimos días, se ha quedado enganchado en el barro, y el muy cabezota del burro ha decidido que no anda y no anda... —exclamó impotente el hombre.

Lorenzo se colocó frente al burro y tiró de las correas con tanta fuerza que al animal no le quedó más remedio que avanzar y sacar el carro del barrizal.

—No sabe cuánto le agradezco su ayuda. ¿Es usted de por aquí? —preguntó con curiosidad el campesino.

—De Orgaz. Mi nombre es Lorenzo Medina.

El hombre lo miró confuso.

—Perdone usted mi asombro, es que le creíamos muerto después de tanto tiempo. El señor Zambrana, mi señor, al poco tiempo del fallecimiento de sus padres, y cuando partieron de aquí los malditos franceses, se acercó a la casa de usted con el fin de comprar sus tierras, pero su criado le contestó que lo intentara cuando usted regresara. Pero, por lo visto, se le olvidó comunicárselo.

—Mi criado ya no estaba cuando regresé. En cualquier caso, dígame a su señor que le agradezco el interés por mi casa y mis tierras, pero no están en venta.

—En fin, me alegro de que haya vuelto. Espero que después de lo que usted sufrió en esa casa... El médico que le atendió, en una de las ocasiones que visitó a mi señor, dijo que usted...

—¿Sabe dónde vive ahora el médico? —le cortó Lorenzo.

—Lo último que supe de él fue que vivía en una casita a la entrada de Toledo, pero de eso hace ya mucho tiempo. —Al observar el gesto de asombro de Lorenzo, el criado le explicó—: Después de que usted se marchara, la mujer del alguacil cayó enferma y de repente se murió. Las malas lenguas dijeron que el médico se había equivocado con la pócima y, cuando había querido poner remedio, la mujer murió en sus propios vómitos. Dicen que la envenenó. Nadie pudo probarlo, pero el rumor se extendió tanto que no tuvo más remedio que largarse.

Dos horas después de despedirse del hombre, Lorenzo vislumbró la casa del médico. Se apeó del caballo, golpeó con fuerza la puerta y en pocos segundos apareció un hombrecillo de más de sesenta años, consumido, con cuatro pelos canosos y largos flotando en su cabeza venosa y colorada y con unas patillas que caían hacia la comisura de una boca fruncida por desdentada. Lo recordaba como un tipo de pequeña estatura, erguido y seguro de sí mismo. Sin embargo, frente a él apareció un sujeto de aspecto insignificante, vestido con una camisa blanca y unos calzones negros sujetos a la cintura con una cuerda.

—Buenas tardes, doctor. —Lorenzo se quitó el sombrero, apartó al hombre de la puerta y pasó derecho a una salita sin más mobiliario que una mesa, un camastro, dos sillas y, al fondo, un hogar con un puchero al fuego.

Fermín Nogales cerró la puerta con cuidado.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Lorenzo se aproximó a la mesa en la que se encontraban, meticulosamente colocadas, las piezas de un reloj de pulsera, y las observó detenidamente.

—Veo que las cosas no te van muy bien. Tienes un aspecto

lamentable. Has envejecido.

—¿Qué desea, señor? —insistió el hombre.

—¿Me recuerdas?

Había algo en ese hombre que al médico le resultaba familiar. Lo escudriñó con sus ojos vidriosos; pero, por más que lo miraba e intentaba bucear en su memoria, no logró averiguar de quién se trataba.

—No, señor. ¿Debo conocerlo?

—Soy Lorenzo Medina.

Fermín se quedó paralizado.

—¡Dios bendito...! Siéntese, por favor. Recojo todo esto y le preparo una buena taza de café. Perdone este desorden. Si hubiera sabido que iba a venir...

Lorenzo rechazó el ofrecimiento y observó el mimo con el que cogía las piezas del reloj y las guardaba en un trozo de lienzo.

—Señor Medina, todos le dábamos por muerto. Nos llegaron noticias de que se había enrolado en un buque militar. Y ahora, al verlo aquí, la sorpresa ha sido mayúscula.

—Me lo imagino.

Fermín se frotó con nerviosismo las manos surcadas de venas.

—¿Y qué le ha traído hasta aquí?

—Necesitaba mirar a la cara al desgraciado que me destrozó la vida.

Fermín tragó saliva.

—Permítame decirle que siempre estuve en desacuerdo con todo lo que le sucedió, y así se lo hice saber a su padre, que en paz descansa.

—¡Yo te pedí ayuda! ¡Te supliqué! —gritó Lorenzo entre dientes y con los puños cerrados.

—Y yo no pude hacer nada. Juro por mi honor que todo lo que hice fue lo mejor para usted y su familia.

—¡Qué fácil sería para mí matarte ahora mismo! Pero no. No lo haré. Sin embargo, ten por seguro que volverás a saber de mí.

Lorenzo salió de la casa a galope tendido, bajo la atenta mirada de Fermín. Ese niño retraído y atemorizado se había convertido en un

hombre alto y fuerte, con una mirada de las que no se olvidan fácilmente.

Se dejó caer sobre un taburete. Miró a su alrededor y pensó en su penosa vida. Él siempre había sido así: un tipo triste, de carácter sumiso, sin más aspiración que la de ejercer la medicina lejos de su pueblo y su familia. Una aspiración que su madre, una mujer amargada, de carácter agrio y dominante, se encargó de arruinar obligándole a quedarse en el pueblo para ayudar a sus hermanos en las tierras. Solo cuando estos se fueron casando y marchando, y sus padres murieron, pudo por fin liberarse de esa casa y marcharse a Orgaz para ejercer la profesión que tanto había amado. Hasta que de nuevo el infortunio destrozó su vida. Y allí, en esa pocilga y en lo más profundo de su miserable ser, supo que la presencia de Lorenzo Medina no le auguraba nada bueno.

Capítulo 3

Mario Abenojar no lo esperaba tan pronto, y cuando Lorenzo apareció en el zaguán tras el criado, casi le da un ataque de la emoción. Lo recibió con un fuerte abrazo y una gran sonrisa en el rostro.

—¡Estás irreconocible, muchacho! No sabes qué alegría me diste cuando recibí tu carta diciendo que habías regresado al pueblo. No pude contener mi maltrecho pulso para enviarte unas letras y que vinieras a ver a este viejo moribundo. —Mario lo miró de arriba abajo con curiosidad—. Cómo has crecido. Apenas levantabas un palmo del suelo la última vez que te vi. —El hombre simuló la altura con la mano—. Tienes que contarme lo que has hecho en todos estos años, muchacho.

—Necesitaría días, quizá meses —rio Lorenzo.

—Bah, tengo todo el tiempo del mundo, chico. A pesar de los años, estoy como un roble.

Lorenzo soltó una carcajada.

—Por lo que me contaste en tu carta, eso no te ha impedido volver a casarte.

—Muchas cosas han cambiado desde tu ausencia, hijo, y una de ellas es mi estado civil. Tras la muerte de mi esposa, conocí a Gabriela y me enamoré como un chiquillo, o quizá deba decir que me encapriché. ¡Bah! Qué más da. Las malas lenguas no paran de hablar.

—Mario se encogió de hombros—. ¡Que hablen! Jodidos envidiosos.

—Mario tosió. Sacó un pañuelo del chaleco y se limpió la boca—. Cuando yo muera, a ella solo le quedarán sus recuerdos y sus trastos, porque no me queda mucho, esa es la verdad. ¡Malditos gabachos! Ya te contaré más despacio. —Se sujetó al hombro de Lorenzo y lo conminó a caminar—. Ven, ahora te voy a presentar a mi mujer.

Pasaron directamente al salón. Apenas percibió unos cambios de como la recordaba. Una sala amplia y acogedora, decorada con

muebles grandes y pesados abarrotados de pequeñas tallas de porcelana china y fuentes, especieros, platos y jarras de Talavera con decoraciones policromadas sobre fondo blanco de reproducciones perfectas de encaje de bolillos. De las paredes colgaban pinturas rupestres y dos retratos; el de su difunta esposa, una mujer de rostro redondo y bonachón con una gran papada, de la que asomaba un collar de perlas como el que siempre había llevado su madre. En ese momento la recordó y apartó la vista hacia el otro cuadro. Un muchacho de catorce o quince años. Sentado en una silla, miraba con ojos muy vivos al pintor. El pelo, rubio y largo, le caía lacio sobre la frente y descansaba sobre sus hombros.

—Murió seis años después de que te marcharas.

Mario se le había acercado por detrás. Lorenzo se giró hacia su amigo con el gesto contraído.

—Tenía mi edad. Recuerdo una vez que vinimos y me enseñó sus pinturas. Era muy sensible y delicado. Le gustaba leerme poesía y...

—Era igual que su madre.

—¿Qué les pasó?

—Bueno.... Por fin voy a conocer al hombre más famoso de la comarca.

Gabriela apareció en ese instante bajo el dintel de la puerta del salón con una sonrisa seductora y las manos tendidas hacia él. Era una mujer entrada en carnes, atractiva y casi de su misma altura. Lorenzo fue a su encuentro, tomó sus manos y se besaron en ambas mejillas, mientras ella no paraba de comentarle lo emocionaba que estaba de conocer al hombre del que tanto le había hablado su marido.

Mario se limpió los ojos y se incorporó al grupo.

—¡Hay que ver, hijo!, ¿quién me iba a decir que por fin te tendría en mi casa? Ni una carta tuya recibí en todo este tiempo. Tienes mucho que contarme. No me niegues el placer de cada detalle.

Todos se sentaron alrededor de la chimenea. Gabriela colocó en el centro una mesita de caoba con labrados en pan de oro y, sobre ella, una jarra de cristal con coñac y tres copas.

—Tantas cosas me han pasado que no sabría por dónde empezar, querido amigo.

—¿Llegaste a embarcar en Cádiz? —preguntó Mario.

—Sí. He de reconocer que tu carta fue de gran ayuda y el dinero, determinante.

Lorenzo vació de un trago la copa mientras intentaba ordenar en su mente sus doce años de ausencia para narrar lo vivido de forma coherente. Se sirvió otra copa que volvió a vaciar en un segundo ante la mirada atónita de sus amigos, se limpió la boca con la manga de la chaqueta y centró su atención en Mario.

—Nada más salí de tu casa, me dirigí directamente a Cádiz. Me daba igual un barco que otro; lo que quería era irme lo más lejos posible. Sabía que mi padre intentaría dar conmigo, y lo único que me inquietaba era el tiempo que tendría que esperar allí para poder zarpar.

—Vino a mi casa —le interrumpió Mario—. Creo que fue el primer lugar donde buscó.

Lorenzo observó a su amigo. Había envejecido mucho. La imagen que guardaba de él era la de un hombre orondo pero fuerte, de cuerpo compacto y carácter rudo. El típico hombre de campo acostumbrando a trabajar de sol a sol. Pero el tiempo no pasaba en balde para nadie. Su gordura de antaño había dejado paso a una insignificante tripa y un ligero encorvamiento que le hacía parecer aún más bajito de lo que recordaba. La piel, hundida, arrugada, ahora aparecía vencida alrededor de la boca. El rostro, delgado, surcado de manchas y venas azuladas, al igual que las manos que, temblorosas, apenas sujetaban con fuerza la pequeña copa entre ellas.

—¿Le dijiste la verdad?

—¡Diantres, no! Le mentí, y no disfruté con ello, Lorenzo. Lo envié a Cartagena.

Lorenzo sonrió.

—Al segundo o tercer día de esperar, me enrolé en un impresionante navío militar que venía de Galicia y se dirigía hacia las Américas. El capitán me dejó claro que podía enrolarme sin paga, pero, a cambio, aprendería y adquiriría experiencia tanto militar como naval con el honor de servir a mi patria. Me comentó que, si entrábamos en batalla y demostraba mi valentía, entonces me

procuraría uniforme y paga e incluso, con el tiempo, podría tener la oportunidad de ascender en el escalafón.

Mario sonrió. Podía hacerse una idea de lo orgulloso que se sentiría un muchacho de trece años aceptado en un navío de guerra con la posibilidad de conseguir un uniforme y una carrera militar.

—Trabajé en todo lo que me mandaron sin rechistar. Bajo el mando del contramaestre, me eligieron para las vergas más altas a pesar de mi estatura, pues, para esa función, normalmente escogían a los más bajos. De ahí me pasaron al trinquete para luego terminar en el de mesana. Un tiempo después, me enviaron al castillo de proa. El oficial, al que no le caí bien desde un principio, quería ver cómo me desenvolvía en todos los oficios, el muy... me tuvo de un lado para otro. A los tres meses, mis manos estaban tan machacadas que apenas podía sostener la cuchara y la comida se me caía encima. Las curé a base de orinarme sobre ellas para cicatrizar las heridas. Al cabo de un año, se hicieron fuertes, se ensancharon y encallecieron. Más de dos años permanecí en ese barco trabajando sin descansar. Me hicieron tragarme casi todas las guardias nocturnas, con temporal o mar en calma. En alta mar, los cánticos estaban prohibidos; el orden y el silencio eran fundamentales para el buen rendimiento del navío. Las normas eran muy estrictas... hasta que llegábamos a puerto.

—Y allí me imagino que no perderíais el tiempo —apuntó Gabriela con una sonrisa pícara.

—Aprovechabas hasta el último minuto en las tabernas —sonrió Lorenzo.

Gabriela puso los ojos en blanco.

—Me puedo hacer una idea.

—Pero, si no te daban paga... ¿cómo te desenvolvías? —se interesó Mario.

—Eso no era ningún problema. Los marineros tenían un ritual: divertirse con el nuevo. Así que, cuando hicimos la primera escala, todos ellos, junto al oficial, pensando que por mi edad aún era un imberbe en cuestiones de sexo, quisieron «bautizarme» y me llevaron a un burdel. Eligieron a una chica morena tan joven e inexperta como yo, así que te puedes imaginar que todo resultó un desastre para ser

mi primera vez. Sin embargo, pude resarcirme con el tiempo y, cada vez que arribábamos a un puerto, caía derecho entre las piernas de alguna.

—Veo que al final pudiste acostumbrarte a la vida de marinero —apuntilló Mario entre risas.

—Pues no. Nunca me acostumbré. —Lorenzo observó el líquido de su copa. Lo removió despacio, bebió un sorbo y continuó—. Después de aquella experiencia, pusimos rumbo a Puerto Rico, donde paramos parar arreglar el mastelero de insignia. Luego partimos hacia La Habana. En la costa norte de la isla Española se desató una tormenta durísima que nos arrojó contra el cabo de San Rafael. Fue mi primer temporal.

Mientras Mario escuchaba la historia con absoluta admiración hacia Lorenzo, Gabriela solo veía ante sus ojos a un hombre joven, de aspecto salvaje y experimentado.

A Lorenzo no le pasó inadvertido el centelleo de sus ojos mientras contaba su historia ni el descuidado roce de su mano cuando volvió a llenarle la copa de coñac.

Lorenzo continuó hablando de sus experiencias, de batallas en las que se había visto envuelto, de sus primeros combates, de su miedo y su angustia... Y, sin darse cuenta, la noche les cayó encima.

—Somos unos egoístas —interrumpió Mario—. Acabas de llegar a nuestra casa y ni siquiera te hemos dejado descansar unos minutos. Te hemos secuestrado vilmente en el salón y no has parado de hablar en todo este tiempo. ¡Es imperdonable!

Lorenzo soltó una carcajada.

—Estoy encantado de estar en tu casa, Mario. —Se levantó pesadamente del sillón—. Sin embargo, sí que os agradecería que me permitierais asearme antes de la cena, si no es inconveniente.

—En absoluto. —Gabriela se apresuró a llamar al mayordomo para que se hiciera cargo del equipaje.

A las nueve en punto, Lorenzo bajó al comedor perfectamente vestido con un traje de dos piezas en seda azul marino. Pero, a diferencia del que lucía Mario, repleto de bordados, este llevaba la casaca más abierta de lo habitual, mostrando un chaleco en color dorado, liso y libre de bordados. El cabello, antes suelto, ahora lo

llevaba recogido en una coleta sujeto con un lazo de seda del mismo color que el traje. Mario volvió a recibirlo con un abrazo paternal.

—Perdona a este viejo, hijo, pero no me hago a la idea de que estés aquí. Si fueras mi chico, estaría orgulloso de ti. Claro que nunca te hubiera dejado marchar. —Mario mostraba los ojos vidriosos. Sacó un pañuelo impoluto de su chaleco y se limpió la nariz.

—¿Estás bien, Mario?

La pregunta le pilló por sorpresa y miró a Lorenzo, confuso.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Olvidalo. No sé por qué te he preguntado tal cosa.

—¡Bah! —Mario hizo un gesto con la mano—. Sé a lo que te refieres. Después de lo de mi hijo, mi esposa... Ahora lo de Gabriela. ¿Crees que solo tú lo piensas? Soy viejo, pero no tonto. Jamás, escúchame bien, jamás nadie podrá aliviar ese vacío, ni siquiera mi melocotoncito. Pero las cosas surgen así, y no pienso morirme solo y jodido solo porque esta maldita sociedad y la Iglesia así lo esperen. A mi edad, hijo, acumulo recuerdos, no remordimientos, y cuando la memoria duele, intento verle el sentido al dolor. Me moriré más pronto que tarde, y pienso vivir como me dé la gana. La sociedad está enferma y, hagas lo que hagas, no te deja vivir como tú quieres. Por eso debes ser egoísta, y tú, mejor que nadie, debes saberlo. En cuanto a tu pregunta, yo lo veo de esta manera: todos los hombres me envidian. Los de mi edad, porque mi mujer es joven y de carnes prietas, mientras que las tuyas son como corderos viejos: hay que darles para ablandarlas y poder hincarles el diente; y los jóvenes, en fin, ya les gustaría tener cerca a una moza como la mía. Y yo, hijo mío, a mi edad, no tengo dientes, pero conservo simientes.

Ambos rieron.

—Pero ¿es que no te importa que pueda...?

—¿Serme infiel? —Mario terminó la frase con una risotada—. Muchacho, cuando tienes veinte años, por una mujer como la mía matas por tu honor. Pero cuando tienes setenta... tu honor te importa un pito. Te puedo asegurar que la infidelidad es la menor de mis preocupaciones.

Lorenzo soltó una carcajada.

—¿A qué vienen tantas risas?

Gabriela apareció en el salón enfundada en un vaporoso traje de raso verde con un pronunciado y llamativo escote. Llevaba el cabello exageradamente ahuecado, con un peinado anticuado que recordaba el siglo pasado; maquillado con polvos de arroz, se alzaba majestuoso en lo alto de la cabeza con un tocado de perlas y plumas, y dos mechones ondulados se dejaban caer sobre sus hombros.

Lorenzo, que llevaba tiempo sin ver a una mujer tan elegantemente vestida, quedó gratamente impresionado ante su presencia.

Durante la cena, mientras degustaban queso curado, asadillo y cordero con patatas, apenas hablaron de negocios. Mario, por su parte, solo dijo que, tras la irrupción de los franceses en Toledo, su negocio no había vuelto a arrancar. Una vez que se marcharon, intentó darle salida durante varios años, reinició el negocio y logró levantarlo. Pero el problema no era la cría de las ovejas en sí, sino que los pastos no eran buenos. Lorenzo retomó sus peripecias por interés de Gabriela, que no paraba de preguntar.

—¿De mujeres, qué puedes contarnos? ¡Y bien sabe Dios que me refiero a las decentes! ¿No hay ninguna señora Medina? ¿O alguna jovencita que te haya robado el corazón?

—Pues no, mi querida Gabriela. En ese aspecto no he tenido la suerte de mi amigo Mario —contestó levantando la copa hacia ella y provocando un ligero rubor en su rostro—. De momento debo centrarme. Acabo de llegar, como quien dice. Apenas he tenido tiempo de arreglar los asuntos de mi padre.

Una vez terminada la cena, los tres se acomodaron en sendos sillones de nogal de respaldo alto y forrados en terciopelo carmesí. Gabriela, desilusionada, sabiendo que hablarían de los negocios de su marido, los dejó solos y subió a su habitación con la excusa de que se encontraba cansada. Una vez a solas, Mario retomó la conversación.

—Lorenzo, delante de Gabriela no he querido hablar sobre el tema, pero el negocio va mal. Sabes que me dedico al ganado lanar. La raza manchega da buena carne y mejor leche, con la que elaboramos un buen queso que sigo exportando a Europa. Además, se adapta muy bien a los cambios tan bruscos que padecemos en esta zona. Sin embargo... desde que esos malditos gabachos llegaron a Toledo, me destrozaron el negocio. Quizá no sea el momento, pero tenía en

mente comentarte un tema al que estoy dando vueltas. Queríamos probar con la exportación de nuestros productos y aprovechar para importar oro y plata desde México.

—Un terreno complicado —objetó Lorenzo.

—Cierto, además del desembolso económico. No sé... ya veremos. Tengo un asunto con el administrador de Manuel Céspedes, un vecino de aquí. Fue político y ahora se dedica a la agricultura. Un cabrón con suerte al que me gustaría quitarle la sonrisa de esa boca estúpida. Entre su administrador y yo, le hemos desviado uno de los barcos que fletó. El otro no sabemos dónde ha ido a parar. Pedro, que así se llama el administrador, está intentando convencerle para que envíe otro cargamento de esa mierda que cultiva. De llevarse a cabo, ¿te interesaría participar? —sugirió Mario.

—No lo creo, sinceramente. Aunque te prometo que lo pensaré. Escucha, Mario, me gustaría saber qué pasó con mis padres. A mi regreso me he encontrado un panorama desolador: mis tierras están completamente abandonadas y la casa se viene abajo. Era una de las mejores de Orgaz. ¿Sabes qué ha podido pasar?

Mario se removió incómodo en su sillón.

—¿Nadie te ha dicho nada?

Lorenzo negó con la cabeza.

—Tan solo llevo un par de días en Orgaz. Me encerré en esa casa y no vi a nadie. Cuando venía a Toledo me encontré con el criado de Zambrana en Olías y, tras recuperarse del susto, pues me creía muerto, me comentó que después de que murieran mis padres, algo que debió dar por hecho que yo sabía, su señor había querido comprar mi casa y las tierras. Le comenté que no vendía, claro. Pero no sé nada de lo que pasó, Mario.

El viejo le dio unas palmaditas en la rodilla, expulsó todo el aire que cabía en su delgado y trabajado cuerpo y empezó a hablar:

—A los dos años de marcharte, los franceses estaban en Toledo. Todos los días una partida salía a robar a los pueblos cercanos, mataban a todos aquellos que intentaban defenderse, y entremedias, asaltaron y destrozaron el convento del Castañar. Bien, el caso es que un día, si no recuerdo mal fue el 27 de noviembre de 1808, hubo muchos enfrentamientos por la resistencia a pagar los impuestos a

los gabachos, ya que estos requisaban grano, víveres o cualquier otra cosa que les sirviera para el avituallamiento de las tropas. Si te negabas, te apresaban o te pegaban un tiro sin miramientos. A tu padre lo tenían enfilado y le amenazaron varias veces, amén de vaciarle el granero y destrozarle las tierras. En fin, ese día no solo se llevaron preso al alcalde de Orgaz, sino también al del pueblo de Galbes. El 20 de enero, una partida de doscientos húsares al mando de Juan Paralea Blanes, al que llaman el Médico, se enfrentó a una partida de franceses en Orgaz, de los que iban recaudando impuestos, y algunas bocas dijeron que tu padre se había unido a ellos en ese lance. En fin, parece ser que lo hicieron prisionero y le fusilaron. Tu madre... Yo intenté ponerme en contacto con ella para que se viniera a Toledo. No es que aquí las cosas fueran mejor, pero al menos no habría estado sola. Pero era muy cabezota y no quería abandonar su casa. Zambrana, por lo que oí, también quiso ayudarla. Muchos vecinos intentaron convencerla, pero ella decía que aquella casa sería su tumba, y así fue. Un día la encontraron muerta en el suelo del salón. Nadie supo cómo ocurrió. Quizá, la pena se la llevó.

Lorenzo se levantó, se sirvió otra copa y paseó por la habitación consternado por la historia.

—En marzo de 1813, los franceses se vieron obligados a abandonar el país y se retiraron al norte. Se marchaban, hijo, se marchaban, pero, por lo visto, Napoleón dejó parte del ejército en retaguardia, y una de sus divisiones, al mando del general Soult, se quedó en Orgaz. El caso es que una columna formada por el escuadrón de lanceros de Ubrique, al mando del coronel Marcelino Villa, debía encargarse de vigilar la retirada de los indeseables. A la altura de Orgaz, los enemigos los esperaban. Por aquí tengo el periódico *El Conciso*. —Mario se levantó, se dirigió hacia uno de los muebles, abrió el cajón, sacó el diario manoseado y de color amarillento por los años y se lo entregó a Lorenzo por una página en concreto—. Fue una lucha gloriosa. Villa engañó a los franceses haciéndoles creer que eran más de los cien hombres que realmente eran. En fin, el caso es que se encontraban en el puente de San Andrés, sobre el río Algodor,

antes de llegar a Los Yébenes, y durante tres horas los mantuvieron a raya, con honor y valentía, hasta que lograron expulsarlos.

Lorenzo leyó durante unos minutos, dobló el periódico con cuidado, se levantó y lo dejó sobre su asiento. Iba a servirse otra copa, pero abandonó la idea. Tenía la cabeza cargada de alcohol y de historias. Se había pasado doce largos años lejos de su casa, de su país. Maldiciendo a sus padres. Se fue lleno de odio y amargura y regresó vacío, sin dinero y con una vida tan destrozada y perjudicada como su casa y sus tierras.

—¿Qué vas a hacer con tu vida?

A Lorenzo le sorprendió la pregunta; era como si le hubiera leído el pensamiento.

—No he pensado en nada aún.

—Hijo, puedo leer en tus ojos que has librado una dura batalla y me parece que no has salido bien parado de ella. Regresas a tu casa, seguramente, con la intención de solucionar un asunto, y te encuentras que la vida lo ha enmendado por ti. ¿Por qué no lo tomas como una señal? Descansa, hijo, date un respiro. Y no me refiero a dormir.

—Estoy confundido y no sé qué hacer.

—Mañana es domingo. Daremos un paseo y seguiremos hablando. Anda, ayúdame a subir las escaleras.

Lorenzo lo acompañó hasta su cuarto y, una vez solo en su habitación, se desvistió y se lanzó a la cama. Cerró los ojos sin poder evitar que los recuerdos se agolparan en su mente, se cubrió el rostro con la almohada y lloró.

Capítulo 4

A Julia le gustaba dormir con el reflejo de la luna y despertarse con la primera luz del día. No soportaba la oscuridad y por eso mantenía las pesadas cortinas de paño fruncidas hacia un lado de la ventana. Salió de la cama y abrió las ventanas de par en par para dejar que el aire fresco de la mañana acariciara su rostro. Le hubiese gustado despertarse en el cigarral porque desde su habitación podía contemplar los campos llanos vestidos de colores terrosos y amarillos, mezclados con los primerizos brotes de la floración de mayo. Respiró profundamente, se vistió y bajó corriendo a la cocina para desayunar antes de acompañar a sus padres a la misa de once que se oficiaba en la capilla mayor de la catedral de Santa María.

Terminada la ceremonia, los tres salieron del templo. Julia se situó entre sus padres y bajo la gran sombrilla de seda blanca que sujetaba su madre para protegerse del sol. Caminaron de regreso a casa, sin prisa, disfrutando de una mañana soleada y tranquila, como solían hacer cada domingo. Pero, al bordear la catedral y salir al cruce con la calle Trinidad, Manuel aceleró bruscamente el paso. Julia y Carmen se vieron arrastradas por el ímpetu de la marcha, sin saber muy bien el motivo, hasta que se encontraron frente a ellas a Abenojar que salía en esos momentos de su casa acompañado por un joven y apuesto caballero. Con una inclinación de cabeza, sin dirigirse la palabra, los dos ancianos se saludaron educadamente. Carmen hizo lo mismo, pero Lorenzo y Julia intercambiaron sus miradas durante unos largos segundos. Ella, con el rostro azorado, bajó rápidamente los ojos al suelo y él giró la cabeza para observarla.

—Ese es Manuel Céspedes, ya te hablé de él anoche. Espero vivir lo suficiente para cobrarme lo que ese maldito viejo me hizo. Algún día...

—¿Esa es su hija?

—¿Quién? Ah, sí, esa.

—¿Sabes si está comprometida?

—No creo. Nadie sería el candidato perfecto para esa niña.

Lorenzo se quedó prendado de la belleza de Julia. Su rostro era perfecto y su tez, casi transparente. Solo dos minutos le habían bastado para observarla. Le pareció tan sutil, delicada y suave que le entraron unas ganas irresistibles de abrazarla y protegerla.

A su vez, Julia sintió una extraña sensación. Tan solo con el roce de su mirada, el estómago le dio un vuelco. Tenía un porte tan distinguido, tan varonil...

El resto de la mañana, Lorenzo dio mil vueltas sobre cómo podría ponerse en contacto con ella. Sabía que sería muy complicado, pero ni durante la comida pudo dejar de pensar en ello y, durante la siesta, en su habitación, se le ocurrió que tal vez podría hacerle llegar una nota a través del mayordomo. Se levantó de la cama, se sentó en su pequeño escritorio y tomó papel y pluma. Dobló la nota y bajó de dos en dos las escaleras. Encontró al mayordomo en la cocina. Este le dijo que iba a ser una empresa muy complicada. Aun así, lo intentaría a través de Ramona, la criada, pero no le aseguraba que esa carta llegara a sus manos. Cuando vio una posibilidad de cumplir su deseo, un ligero tic se le puso en el ojo izquierdo.

La nota llegó a manos de Ramona y, aunque al principio se resistió, finalmente se la entregó a Julia por la noche, cuando la dejó acostada en su habitación, no sin antes prevenirla de la inapropiada actitud de ese hombre y de lo delicado y peligroso que podía resultar darle alas. Pero Julia recibió la nota con entusiasmo y con ese mismo anhelo le contestó. Y así, las cartas fueron yendo y viniendo con cierta fluidez. Al principio, solo eran palabras cálidas de esperanzas y deseos, luego pasaron a ser mensajes más espirituales, para finalmente convertirse en cartas de amor, sueños y un futuro de vidas compartidas en un mundo donde solo estuvieran ellos dos.

Pero Lorenzo quería dar un paso más: la siguiente nota la enviaría a nombre de Manuel Céspedes. Cuando se lo dijo a Abenojar, a este le dio un ataque de tos que casi se ahoga. Luego se rio a carcajada limpia y, más tarde, cuando se calmó, se lo desaconsejó por activa y

por pasiva, y no porque no lo creyera un partido apto para Julia, sino para que no perdiera su tiempo con Céspedes.

—Si no tienes una dote que aportar digna de su hija, olvídate.

Lorenzo no se olvidó, y el mayordomo entregó la carta vestido de librea, con guantes blancos y en sobre lacrado. Un dineral que a Abenojar no le importó invertir con tal de darle en las narices al viejo Manuel.

La carta fue devuelta hecha pedazos. Al mayordomo de Abenojar se le prohibió volver a la casa; a Ramona, recibir correo para su hija sin ser revisado por Manuel Céspedes, y a su mujer y a su hija, salir sin carabina por las calles de Toledo. Nada de eso se cumplió. El mayordomo buscaba a Ramona en el mercado y allí le entregaba las notas; esta se las entregaba a una Julia desesperada, y en la habitación de su madre, harta del continuo lloriqueo de su hija, leían las palabras llenas de ternura y pasión de un hombre que no cejaba en el empeño de encontrarse con la mujer a la que amaba con toda su alma.

A espaldas de su padre, con el consentimiento de su madre y Ramona como carabina, Julia empezó a verse a escondidas con Lorenzo.

Era una mañana soleada, con las calles repletas de vendedores, niños corriendo y parejas paseando, lo que tranquilizó a Julia, pues así podían pasar más desapercibidos. Llegaron hasta una plaza en forma de mirador frente al barrio judío, donde tomaron asiento en uno de los bancos y contemplaron el paisaje.

Julia no sabía cómo explicarse la excitación que sentía en ese instante, y el causante de tanta felicidad era el hombre que tenía a su lado. Se fijó en sus manos grandes y fuertes. Su perfil anguloso. Todo su cuerpo emanaba masculinidad y la cicatriz de su rostro, en vez de resultar desagradable, le confería un aire misterioso y varonil. Lorenzo se giró en ese momento y Julia, sorprendida, bajó la mirada ruborizada.

—Lo último que deseo es que se sienta mal por mi cicatriz. Si pudiera hacerla desaparecer...

—Oh, no. Lo siento. Yo... perdóneme si le he incomodado — contestó Julia azorada.

—De eso hace mucho tiempo ya. —Lorenzo se quedó pensativo durante unos minutos y a Julia le pareció que contraía con fuerza los músculos de la cara—. Las peores heridas no las tengo marcadas sobre mi piel. Pero, como le digo, de eso hace mucho tiempo. —Se frotó los ojos como si quisiera borrar las imágenes vividas y, para restar importancia al asunto, miró a Julia dedicándole una de sus mejores sonrisas—. Cuénteme cosas de usted. ¿Siempre ha vivido en Toledo?

—Sí.

—¿No tiene hermanos?

—No. Soy hija única. Me habría gustado tener una hermana, pero mis padres ya eran mayores cuando nací. La verdad es que no tengo mucho que contar. Recuerdo que, cuando era pequeña, me llevaron a Madrid, pero apenas tengo vagos recuerdos de ese viaje. —Julia guardó silencio un segundo.

—Continúe —rogó Lorenzo—. Me interesa todo sobre usted.

—Bueno, la verdad es que no quiero aburrirle. Me gusta la moda y todo lo que tenga que ver con ella, y también me paso el tiempo leyendo. Sobre todo historias románticas.

—Ah. ¿Entonces tengo delante a una joven soñadora? —Lorenzo sonrió.

—No. Nada de eso. Pero me gusta cuando triunfa el amor por encima de todo. También suelo pasear a caballo por las tierras que tenemos a las afueras de Toledo. El verano solemos pasarlo en la casa de campo. Mis padres me adoran, y yo, a ellos. Mi padre está empeñado en que aprenda todo lo relativo a los negocios. Pero... me resulta un poco lioso. —Julia suspiró—. Quiero que mi padre se sienta orgulloso de mí y haré todo lo posible por aplicarme.

—Bueno, ya aprenderá, no se preocupe por eso. —Lorenzo la miraba con un gesto complaciente.

—Debemos volver —anunció Ramona, rompiendo la magia del momento.

Lorenzo las acompañó hasta una distancia prudencial de la casa. Se despidieron con la intención de volver a verse cuanto antes.

El resto del día, Julia lo pasó distraída y, cuando por fin terminaron de cenar, subió a su habitación y se metió en la cama, a sabiendas de

que su estado de nervios le impediría conciliar el sueño. Lo que le estaba ocurriendo tenía que ser amor. Julia se revolvió entre las sábanas ante la idea. Un montón de sensaciones nuevas la dominaban. Sus emociones eran contradictorias, pues no podía entender cómo podía sentir esas cosas con tanta intensidad por un hombre que era casi un desconocido.

Cerró los ojos y sonrió. Nunca había tenido motivos para preocupar a sus padres y, ahora, sentía que un peligro excitante y dulce la embriagaba.

Capítulo 5

A media mañana del día siguiente, Ramona entró en la habitación de Carmen para comunicarle que iba a salir unas horas para acompañar a Julia.

—¿Cómo?, ¿otra vez?

—Sí, señora —respondió Ramona cerrando los ojos con resignación—. La niña me dijo que usted ya lo sabía.

—Pues no. No lo sabía, Ramona. —Carmen, seguida de Ramona, entró en la habitación de su hija sin llamar. Para su sorpresa, la encontró colocándose un pequeño sombrero verde agua a juego con su vestido.

—¿Adónde crees que vas, jovencita?

—Madre, se lo dije anoche, pero estaba muy cansada y no debió oírme —mintió Julia.

—Ni se te ocurra salir otra vez con ese hombre —le ordenó.

Julia miró a su madre descompuesta.

—Ramona viene conmigo. ¿Qué hay de malo en ello? No estaremos solos.

—Me da igual, señorita. Nos estamos poniendo en evidencia. Tu padre nos lo ha prohibido. Es la primera vez que desobedezco una orden suya. Esta locura ha ido demasiado lejos y yo he colaborado en ello. Me siento muy mal por engañarlo. No. Se acabó. No conocemos a ese hombre, a qué se dedica, dónde vive, cuáles son sus pretensiones. Y lo más importante, tu padre no lo ha autorizado.

—Pero, madre...

—No. —Carmen alzó la mano para dar por terminada la discusión y salió de la habitación.

Julia miró a Ramona pidiendo ayuda, pero esta puso los ojos en blanco, salió y cerró la puerta.

Tenía ganas de llorar y patalear de rabia. Fue a buscar a su madre para convencerla.

—Por favor, se lo suplico. Le diré que venga, que hable con padre en persona. Pero es que no lo aceptaré. Mira lo que hizo con la carta que le envié. La rompió. Nunca dejaré que nadie me corteje.

—Haremos las cosas como Dios quiere y manda, hija —la cortó su madre—. Las personas formales no salen por ahí de cualquier manera. Si quiere verte, tendrá que pedir permiso.

—Déjeme ir. Ramona no se separará de mí en ningún momento, madre. Incluso usted puede venir.

—Qué inocente eres, hija. —Unos minutos más tarde, que a Julia le parecieron eternos, Carmen llamó a Ramona y, a sabiendas de que no hacía bien, dio permiso a Julia para un último encuentro.

Cuando llegaron a la pequeña plaza, Lorenzo le besó la mano y las invitó a sentarse en el banco. Bajo la sombrilla de seda que Julia había abierto para refugiarse del intenso sol, observaban a un pajarillo pequeño de plumas veteadas amarillas, blancas y grises que intentaba sujetar un trozo demasiado grande de pan que Ramona le había tirado al suelo. Al segundo, tres pájaros más se arremolinaban junto al primero luchando por el botín. Ramona introdujo la mano en una pequeña bandolerita de tela negra y sacó otro trozo de miga de pan, esta vez más pequeño. Lorenzo le pidió una miga y se la puso en la mano a Julia. A pesar del ligero guante de algodón, ambos notaron el roce de sus dedos. Julia sintió un hormigueo de placer. La misma sensación maravillosa que cuando le susurró al oído.

Lorenzo le hizo extender el brazo hacia el pajarillo que, después de dudar unos segundos, alzó el vuelo batiendo las alas y agarró el pan de su mano para deleite de Julia, que aplaudió llena de placer.

—Se llaman verdecillos —comentó Lorenzo.

—¡Son preciosos!

—Ahora, en la primavera, los machos tienen un amarillo mucho más vivo que el de las hembras, que visten un pelaje más pardo.

—¿Cómo sabe tanto?

—Cuando era pequeño, intentaba cruzarme con mi padre lo menos posible y, siempre que podía, me iba al monte para observar a los

animales. Al principio, no me alejaba mucho. Pero, cuanto más salía de casa, más ganas me entraban de distanciarme más. Hasta que un día no volví.

Julia detectó que Lorenzo había cambiado el tono de voz, pero no supo identificar si era pena, melancolía o incluso rabia.

—¿Por qué se marchó? —insistió Julia, a pesar del disimulado codazo de Ramona.

—Desgraciadamente, no pudo ser de otra manera.

Lorenzo no quiso amargarse la cita con Julia. A su lado, se sentía tranquilo, distendido, sin preocupaciones. Hablaba de pájaros, del tiempo. Apreciaba los silencios que se producían. Lejos de inquietarse y buscar temas de conversación, cerraba los ojos para sentir su presencia, su compañía, y simplemente se dejaba llevar. La brisa le traía el perfume de Julia y lo absorbía, la sentía cerca de él. Podría estar horas así con ella. Lorenzo no había pensado en enamorarse, en formar una familia. Pero, desde que había visto a Julia... Se revolvió el cabello para despejar las ideas. Los sentimientos que esa mujer había despertado en él solo eran un espejismo. Ella era una cría y él había vivido lo suficiente como para no desear encadenarse de por vida a nadie. Por primera vez, se dio cuenta de que estaba alimentando una relación muy diferente a las que había tenido y a la que, tarde o temprano, debería corresponder como se esperaba de un caballero. Fue en ese instante cuando, muy a su pesar, decidió que, antes de que fuera a más, debía dejar de ver a Julia.

—¿Damos un paseo? —Julia se había puesto en pie, preparada para caminar.

—Creo que será mejor que la acompañe a casa.

Ramona suspiró de alegría.

—Pero... ¡Si aún es pronto! —protestó Julia. Ella se había acercado a él. Lucía una sonrisa maravillosa que realzaba el brillo de sus ojos. Lorenzo se quedó observando su rostro y le pareció la mujer más bella de la Tierra. Por un instante, le entró un deseo imperioso de besar sus labios.

¿Y si, por primera vez, la suerte estuviera de su lado y le diera una oportunidad para conseguir llevar una vida normal al lado de esa mujer?

Julia bajó a cenar cuando sus padres ya estaban sentados alrededor de la mesa.

—¿Qué has hecho hoy, Julia? —preguntó finalmente Manuel.

A Carmen se le atragantó la cucharada de sopa que se había llevado a la boca. Tosió. Manuel le dio unos golpecitos en la espalda. Julia imitó a su padre y se dio prisa en darle también otros golpecitos a su madre, que la apartó de un manotazo con gesto contrariado.

—Pues di un paseo con Ramona.

—Me alegro, hija. Por cierto, mañana a primera hora quiero que me acompañes al cigarral.

A Julia se le escapó un mohín. Había quedado con Lorenzo. Debía hablar con Ramona para que le avisara del imprevisto.

—¿Te estás viendo con la hija de Céspedes?

La pregunta le pilló desprevenido. Habían terminado de cenar y Gabriela hacía un rato que se había retirado a su habitación, aquejada de un fuerte dolor de cabeza.

—Sí.

—Es un buen partido, muchacho. Pero te diré una cosa: Manuel es un hueso duro de roer. Ya te ha dejado claro que no te quiere cerca de su hija.

Lorenzo se sentó junto a su amigo con las manos entrelazadas sobre su regazo.

—Mario, hace tiempo que quiero preguntarte algo.

—Dispara, chico. No me tengas en ascuas.

—¿Por qué me ayudaste aquel día?

—Tuve mis razones, muchacho. Créeme que las tuve.

—A veces, me pregunto qué habría sido de mí si mi padre...

—Nunca lo sabremos. Todos tenemos que apechugar con nuestro destino. Déjalo estar, Lorenzo. Eso es el pasado. Hazme caso, muchacho. —Mario le dio unas palmadas en la pierna.

—Lo tenía todo para ser feliz y, sin embargo... No tienes ni idea de por lo que he tenido que pasar. Ni idea. ¿Te acuerdas cuando te dije que tuvimos un naufragio en un arrecife al norte de la Española? Fuimos rescatados por un navío inglés, el Español. Bien, pues aun con

un tratado de paz, que por supuesto obviaron, me tuvieron en las bodegas prácticamente sin comer. Un grumete que se llamaba Andrew me enseñó a jugar al póquer, y con ello nos entretuvimos hasta que nos atacó un barco pirata. Aparte de mí y del grumete, solo dejaron vivos al capitán, dos tenientes y al contramaestre. Nos pusieron en fila y nos dieron a elegir: unirnos a ellos o morir. A los que elegían morir, les mutilaban una pierna y un brazo antes de echarlos al mar. Decían que para alertar a los tiburones. Entonces, se dirigieron a mí y, cuando me hicieron la misma pregunta, contesté bien alto y claro: «Estoy con vosotros hasta la muerte». Bien derecho, con la cabeza erguida. Todos ellos soltaron una carcajada. Mi amigo Andrew hizo lo mismo que yo. Entonces, un hombre, al que no había visto antes, se acercó a nosotros. Era muy alto y fuerte. Me llamaron la atención sus poderosos brazos. Con una sola mano podía partirme en dos sin ningún esfuerzo. Un pañuelo rojo cubría su cabello negro y espeso, que le llegaba hasta los hombros. Solo tenerlo frente a ti, te hacía temblar todo el cuerpo. Desenvainó el sable de su cinturón y me lo entregó por la empuñadura. Recuerdo que el silencio se adueñó del momento. Solo oía el latir de mi pulso acelerado. «Demuestra que eres digno de ser uno de nosotros». Me señaló la pierna del teniente inglés. Le miré a los ojos. No había piedad en ellos. Dudé unos segundos, un minuto. No pude hacerlo. Una mano fuerte como una garra salvaje se clavó en mi hombro. «Si vuelves a dudar, seré yo el que te corte en pedazos. Primero, un brazo. Luego, el otro». No gritaba. Susurraba. Levanté el sable, cerré los ojos y... noté cómo la sangre me salpicaba la cara. ¡Solo tenía quince años!

Mario escuchó espantado el suceso y derramó sin querer el coñac sobre la alfombra.

—Lo siento de veras, muchacho.

—Todos disfrutaban con el espectáculo. Todos menos yo. A mi amigo Andrew lo vi vomitar. Yo también, pero me tiraban cubos de agua para espabilarme. Solo oía las risotadas de esos bárbaros. El sable se me quedó enganchado en la...

—¡Basta ya! ¡Maldita sea! —gritó Mario mientras se levantaba del sillón, malhumorado. Hubo un momento, al mirar a Lorenzo, en que

le pareció ver un brillo diferente en sus ojos, como si al revivir todo ese suceso lo hiciera hasta con una pizca de regodeo, y eso le asqueó. No sabría con certeza cómo describirlo, pero la sensación le provocó una arcada que aguantó en la garganta.

Ninguno de los dos hombres volvió a hablar. Mario sirvió otras dos copas de coñac y volvió a ocupar su sitio, más relajado.

—Asco, miedo, horror —dijo al fin Lorenzo—. Pero también sentí un extraño poder. No sabría cómo explicártelo.

Mario dio un buen trago al licor y se aclaró la garganta.

—Debió de ser muy duro, hombre. Ya lo creo que sí. Pero ¡qué demonios! Mira también las cosas buenas. ¡Leche de muchacho! Has conocido medio mundo y te has convertido en todo un hombre que habrá aprovechado su inteligencia para hacer fortuna. ¿Me equivoco? Y ahora te estás viendo con la hija de Manuel.

—Todo lo que gané lo perdí, y sí, llevo unos días cortejándola. — Lorenzo sonrió al fin.

—¿Estás muy interesado en ella? —preguntó, aliviado, al ver que Lorenzo se relajaba.

—Estoy... confuso.

—Yo lo veo de esta manera. La muchacha es muy joven y de buena familia. Tú eres apuesto y estás soltero. ¿Qué problema puede haber?

—La diferencia de edad, por ejemplo —matizó Lorenzo.

—¿Me lo dices precisamente a mí?

Lorenzo soltó una carcajada.

—No sé, Mario. Es una mujer muy bella, inocente y tan dulce... Cualquier hombre se sentiría orgulloso de tenerla como esposa.

—¿Pero?

—No sé si yo podría estar a su altura. He estado mucho tiempo libre, por esos mundos..., con otro tipo de mujeres y relaciones muy diferentes. No sé. Por un lado, deseo tener una familia, hijos. La vida que todo hombre quiere para ser feliz. Pero, por otro lado, creo que no podré atarme nunca. Después de todo lo que he vivido, no sé si acabaré ahogándome encerrado en una casa. Sin embargo, cuanto más conozco a Julia, mayor es mi seguridad de que es la mujer que busco. ¿Sabré ser un buen marido? ¿Y un buen padre? No sé, Mario, a

veces creo que tengo el corazón podrido. Temo hacerle daño o hacérmelo a mí. Sin embargo, estar junto a ella... tan pura, tan limpia... Julia es mi esperanza. La amo, pero... No sé, Mario. No sé.

—Esas respuestas que andas buscando las tendrás cuando llegue el momento, muchacho. Si no aceptas el riesgo, nunca llegarás a saberlo. —Mario se incorporó despacio del sillón. Después de beber dos copas de coñac, el sueño no se hizo esperar—. Mañana será otro día. Para mí, un regalo del cielo. Estoy cansado, hijo. Buenas noches.

Una vez en la cama, Mario pensó en Lorenzo y en la hija de Céspedes. Una buena unión. El demonio de Manuel pondría el grito en el cielo. Mario sonrió solo de pensar la cara que pondría. Ningún hombre era merecedor de su hija. Si ese viejo se enterara de que se estaban viendo a escondidas... Mira por donde las cosas se estaban empezando a poner interesantes y, por primera vez, podía estar en sus manos hacer justicia a su hijo y a su esposa.

Capítulo 6

Padre e hija partieron a la dehesa de Pozuela, al suroeste de Toledo, y al mediodía llegaron al cigarral, al que Manuel había puesto el nombre de «El Cortijo de Julia». Al edificio principal, del siglo xvi, se entraba directamente por una gran puerta de hierro que daba acceso a la vivienda a través de un camino rodeado de vegetación, diversos cultivos y hermosos jardines, que a Manuel le costó reconstruir tras la marcha de los franceses. El edificio, de ladrillo, tenía dos alturas. A la primera planta, orientada al norte, se entraba por una galería, abierta al jardín para que en verano entrase el frescor. Por otro lado, dada la altura del edificio, desde allí se podía observar la fisonomía de Toledo, la torre de la catedral y el Alcázar. Una vez dentro, la planta se dividía entre dos salones, un despacho, cocina, un baño y dos dormitorios. En el piso superior, tres dormitorios, dos salitas, un comedor y dos baños. Completaban la construcción otras tres edificaciones adosadas a la casa: una capilla, las cuadras y una ermita que nunca se había usado para tal fin, sino para acumular mil cosas: baúles, aceites, lámparas, cortinas... Padre e hija se dirigieron directamente a las cuadras, donde el encargado de la finca desenganchó los caballos del coche y los preparó para su paseo. Julia subió a su habitación. Abrió su arcón y sacó el traje de montar, las botas y el sombrero; se desvistió en unos minutos y, antes de bajar a las cuadras, descorrió las pesadas cortinas de paño con rosas bordadas en rojo sobre fondo beige y abrió las ventanas de par en par. No pudo controlar la sonrisa que se dibujó en su rostro. Ni evitar cerrar los ojos y respirar el aire fresco del campo. Le encantaba estar en esa casa. Cada vez más. Escuchó la voz de su padre y bajó las escaleras, feliz. Ambos subieron a sus caballos y salieron a recorrer las tierras que tanto le había costado a su padre volver a levantar. Lo miró de reojo. Era el único momento en que lo veía con un gesto de

orgullo y felicidad: la frente abierta, el entrecejo liso, el iris brillante, la tez sonrosada. Erguido en el caballo, una mano en la rienda y la otra sobre su muslo. De vez en cuando señalaba esto o lo otro. La miraba, le guiñaba el ojo, chasqueaba la lengua, sonreía... No, reía a carcajada limpia, y ella con él. La hacía repetir una y otra vez alguna cosa. Le insistía con otras tantas. Que si recuerda esto que es muy importante. O tienes que saber que serás la única que te encargarás de esto algún día. Incluso si te casas, solo tú serás la dueña y señora de esto, tú y tus hijos. Así que aprende, memoriza, absorbe todo cuanto veas y cuanto te diga, hija. Y ella lo miraba y se empapaba de la tierra y de los frutales, cautivada por cada palabra que emanaba de la boca de su padre.

Dejaron la casa a sus espaldas y emprendieron el camino hacia los cultivos. Julia escuchaba a su padre atentamente sin quitar la vista del paisaje que desde lo más alto del terreno se mostraba ante sus ojos: la silueta de su amada Toledo. No había una ciudad más maravillosa en el mundo. Desde ese punto donde se encontraban, el camino del macizo de gneis, su vista alcanzaba todo el paisaje que se extendía más allá del Tajo.

Siguieron bajando con cuidado, cruzando las lomas rocosas.

—Esta es la parte más pobre del terreno, hija. Como ves, solo encinas. No necesita mucha agua, pues hasta aquí no llega el cauce del río. Estas tierras son duras, hija. Mira. —Señaló con el dedo—. Observa bien. Estos árboles que ves parecen toscos, chaparros, ¿verdad? —Julia asintió—. Pues su fruto, la bellota, es el mejor alimento que puedas dar al porcino. El mejor.

—¡Qué flores más bonitas tiene! —Julia desmontó y las observó de cerca—. Son un poco rojizas.

—Ten en cuenta que estamos casi en la primera floración. Palpa el tronco. —Julia obedeció—. ¿Ves? Es grueso y con la corteza agrietada. Dura. La mejor para hacer leña.

Normalmente, cuando lo acompañaba por las tierras, estaba más abstraída en disfrutar del paseo a caballo que en escuchar todo lo que le decía su padre. Ahora, quería aprender, absorber cada palabra, cada consejo, para que él se sintiera orgulloso de ella.

—No te entretengas, hija. Todavía queda mucho por ver.

—¿Y esas casas? —Julia señaló con la mano.

—Otros cigarrales. Aquel de allí es el de los marqueses de Malpica. Y ese otro, el de la derecha, el de los señores de la Vega. Como ves, ahora estamos bajando hacia las laderas donde están los frutales.

Alcanzaron una parcela de gran extensión; servía como antesala de los jardines y cultivos que dominaban el paisaje, y se extendía hasta el cauce del río. Julia pudo observar que los árboles no estaban plantados con un orden concreto.

—No todo el terreno es útil —le aclaró, como si le hubiera leído el pensamiento—. ¿Recuerdas qué son estos árboles?

Julia los miró pensativa.

—Albaricoques.

—Exacto. Los distribuimos en Madrid, Toledo y Sevilla, y el producto que queda lo repartimos entre los tenderos para la elaboración de mermelada y frutas secas.

—¿Esos otros? —Señaló con el dedo.

—Olivos. Para el aceite... Tenemos contactos con algunos molineros de la zona, pero casi todo lo llevamos a la mejor almazara, que está en Almodóvar del Campo. Un día te llevaré allí para que veas todo el proceso. El dueño, don Oscar León, es un buen amigo mío. Te lo enseñará encantado. Además, tienen su casa cerca del molino, en el centro del pueblo. Están deseando que pasemos unos días con ellos. Ahora que recuerdo, tengo que escribirles una carta de agradecimiento por los barriles de aceite que me regaló hace una semana. Aprovecharé para aceptar su invitación. Verdaderamente, elaboran un magnífico aceite. De hecho, lo están exportando a Italia, Inglaterra y Holanda. Ha tenido buen ojo. Sí, señor.

Manuel le habló de la temporada de recogida, de la contratación de los jornaleros y del envío de la aceituna a los proveedores.

—Cuando yo falte, tendrás que ocuparte del negocio. Sí, ya sé que no quieres oírme hablar de eso. Pero, hija, es importante que conozcas lo que algún día será tuyo. En cuanto a la administración, Pedro, tu padrino, te pondrá al corriente de todo.

Manuel no pudo evitar un cierto resquemor al pensar en su administrador después de la dichosa conversación que habían

mantenido el día siguiente de la cena, y ahora se dio cuenta de que llevaba unos días sin saber nada de él.

—¡Padre! —Julia levantó la voz para llamar su atención.

—Perdona, hija. Se me ha ido el santo al cielo.

—¿Quiere que descansemos un rato?

—Es una buena idea.

Continuaron ladera abajo para adentrarse en la vega del río, donde dejaron los caballos sujetos a un álamo. A Julia la envolvió el frescor del Tajo. Mientras caminaban juntos, se imaginó paseando del brazo de Lorenzo a orillas del río. Hacía un buen rato que había dejado de escuchar a su padre.

Mario paseaba apoyando su mano izquierda en el bastón y la derecha en el brazo de Lorenzo. Habían pasado más de dos horas desde que habían salido de su casa de la calle Trinidad. Rodearon la catedral y bajaron por la calle Real hasta llegar al convento de las carmelitas descalzas.

—Ese convento era la antigua casa de don Fernando de la Cerda, el hijo segundón del duque de Medinaceli, que compró casi todas las casas de la calle Real, allá por el año 1500, para hacerse con su palacio. Estas monjas de clausura tienen un buen huerto, isí, señor!, en los antiguos jardines de su propietario. Por lo visto, antes el monasterio estaba en la calle Carretas; allí vivió santa Teresa. Luego se trasladaron aquí.

—Eres un santurrón, Mario.

Dejaron a su izquierda el convento y continuaron al frente. Lorenzo hizo un alto en la plaza frente a una imponente casa que parecía desocupada.

—¿Te gusta?

—Es una casa muy interesante. ¿Sabes si está disponible?

—Tiene una historia un tanto oscura... Perteneció a un poeta llamado Baltasar Eliseo de Medinilla. Unos dicen que provenía de una prestigiosa familia hidalga toledana, y otros, que su infancia transcurrió entre penas y tristezas. El caso es que sus padres murieron y sus dos hermanas ingresaron en el convento de Santa Úrsula. Por lo visto, fue amigo de Lope de Vega, pero era mediocre y

pasó sin pena ni gloria. También dicen que el tal Baltasar era gran devoto y aficionado a la teología. El caso es que tenía cierta enemistad con la familia de un tal Jerónimo de Andrada y andaba de amores con la hermana. El Andrada se enteró, entró por los tejares de la casa, los encontró, desenvainó la espada y lo asesinó. Poco después lo encontró la guardia. Pero mira tú por dónde que el padre habló con las hermanas. Les ofreció una capellanía para el difunto y el compromiso de alejarse de Toledo para vivir en Olías, donde el tal Andrada tenía un señorío. Estas aceptaron; retiraron la denuncia y todo quedó solucionado. Ha tenido algún que otro inquilino, pero han durado poco. Decían que por las noches oían gritos y llantos. Ahora, parece que todo está muy cerrado. No sé, la gente es muy mirada para esas cosas.

Lorenzo se quedó mirándola. Quizá se podría valorar la posibilidad de comprarla, y con la mente puesta en su próxima inversión y en lo que diría Julia cuando se la enseñara, no se dio cuenta de que habían llegado a la calle Cadenas.

—Y aquí tenemos la de tu amada. Pero seguro que ya estarás familiarizado con ella.

La conocía de las dos veces que había acompañado a Julia. La fachada, de dos alturas, revestida de ladrillo labrado, con un escudo familiar sobre el gran portón de madera noble, confería al edificio un aspecto señorial. Era mucho mejor que la de Mario, aunque se abstuvo de hacer tal comentario.

—¿Es de su propiedad?

—¡Demonios, no! Ese bastardo la ha arrendado. Es de unos marqueses que ahora viven en Tomelloso. Lo único que es de su propiedad son las tierras y un cigarral al que solo van en verano. Los compró hace tiempo. Si no recuerdo mal, cuando dejó la política.

—¿Y dejó la política por las tierras?

—Así es. Manuel aprovecha bien las oportunidades. Es un advenedizo con suerte, si se considera que la mayoría de los cigarrales están cayendo en manos de la Iglesia. El suyo, para ser sincero, estaba abandonado y pensaban derribarlo. Hasta el camino que llevaba a él se había tapado de vegetación. La gente empezó a saltarse el muro para robar y todo eso... Pero, como este bendito en

ese momento estaba en el ayuntamiento, se enteró y lo compró por cuatro reales. Y no solo eso, sino que tanto el regidor como el jurado, viendo el favor que se hacía, mandaron maestros, peones y un montón de gente para que aquello se pusiera en pie. —Mario caminaba fatigado por el calor y decidieron descansar en el primer banco que encontraron en una pequeña plazoleta, adornada con una fuente central y un gran sauce que los protegía del sol, no muy lejos de la casa de Manuel—. El que se lo vendió se marchó a Francia y se deshizo de todo. A mí me vendió parte del ganado y los pastos. Me vino muy bien. Ya sabes que me dedico al ovino. Los pastos son estupendos, los mejores. Por no decirte lo que valen. Un dinero, hijo, un dinero. Pero llegaron los franceses y... el muy cabrón... ¿Para qué quiere esas tierras si no tiene ovejas?

—¿Por qué no hablas con Manuel para que te las revenda?

—¿A mí? ¿Que me las revenda? Eso tiene gracia. —Mario sacó un pañuelo del chaleco para limpiarse el sudor de la frente—. Eso no ocurrirá jamás, hijo. —Hablaba con fatiga. Su respiración era pesada y no paraba de secarse el sudor con el pañuelo—. Mi padre era ovejero, chico. Y mi abuelo, y el padre de mi abuelo. Recuerdo que nos levantábamos a las cinco de la mañana y, tras llenar el estómago con unas buenas gachas, ya hiciera frío o calor, lloviera o nevara, subía al monte con ellos y me tiraba horas allí arriba, oyendo de vez en cuando el aullido de los lobos, temiendo que nos rodearan. —Mario soltó una risotada—. ¡La madre del cordero! Esos sí que eran tiempos malos. Luego te bebías un buen trago de vino y echabas cuenta al pan y al tocino alrededor de una buena fogata con los perros siempre al acecho, escuchando las historias de miedo que me contaba mi abuelo. A la noche, en la cama, las recordaba y me despertaba llorando. Oía a mi madre discutir con mi padre por hacerme rabiar con esos cuentos de lobos y de brujas. En fin, chico, toda una vida dedicada a lo mismo. Mi vida no tiene más sentido que mis ovejas. —Mario se quedó un tanto pensativo—. Bueno, he de reconocer que también me ha favorecido algo el juego y algún que otro negocio por ahí. Pero Manuel... Ese tipo viene de la política. ¡Por el amor de Dios! Tiene por corazón una piedra. Es frío como... Ese

tipo me las arrebató adrede. ¿Qué le importará a él un pedazo de tierra más o menos, si no tiene ovejas?

—¿Qué fue lo que pasó entre vosotros?

El anciano suspiró.

—Todo eso viene de lejos. En otro momento yo lo habría olvidado, incluso perdonado. Pero, jamás, nunca, le perdonaré lo que hizo con mi hijo, con mis tierras... Y te juro que me lo pagará algún día. Yo creo que él jamás olvidó lo que le hice. —Tras un silencio, Mario se dispuso a contarle una historia ocurrida veinte años atrás—. El padre de Manuel tenía una herrería. Nada del otro mundo. Gente sencilla, pero con grandes aspiraciones para su hijo. Al niño lo pusieron a estudiar con los carmelitas. El chico salió listo.

—Pero no entiendo a qué viene todo esto —preguntó Lorenzo aburrido.

—Escucha y comprenderás. Los domingos por la tarde, tras finalizar la feria de ganado, se celebraba un baile en la misma plaza de Zocodover. Allí la conocimos. Allí nos enamoramos de la misma mujer: Carmen.

—¿La madre de Julia? ¿La mujer de Manuel? —preguntó Lorenzo, sorprendido.

—La misma. En fin, yo pensé en cortejarla, pero no me dio tiempo.

—Manuel te la quitó —subrayó Lorenzo.

—Manuel se me adelantó y Carmen no pudo decir que no. En aquellos tiempos, una dama no podía ir de una mano a otra. Eso era imperdonable. Acababas con la reputación de una mujer en un santiamén. Además, ya teníamos una edad...

—Entonces, ¿crees que estaba resentido contigo por aquello?

—Un día coincidimos en la calle y se pavoneó ante mis narices de que pronto se iban a desposar. No pude contenerme y, en vez de romperle su boca asquerosa, le dije que Carmen y yo nos habíamos visto a escondidas muchas veces y que yo, en su lugar, me pensaría con quién me casaba. Mi padre hizo correr el bulo y este circuló por todo Toledo. La mentira se fue haciendo cada vez más grande y empezaron a salir falsos testigos. Ya sabes cómo es la gente. En fin, algo que yo inicié para conseguir a Carmen, mi padre lo llevó hasta las últimas consecuencias. Manuel montó en cólera y a punto estuvo

de anular la relación. Cuando ya creía que tenía la partida ganada, fue elegido alcalde mayor. Total, que con su nuevo cargo, y sabiendo lo frío y rencoroso que es, todo Toledo empezó a pensar que más valía tenerlo de su lado, y así la mentira se fue olvidando y el honor de Carmen quedó restituido. Se casaron, sí, pero creo que no me lo perdonó jamás.

—Pero ¿Carmen estaba enamorada de Manuel?

—Quién sabe. Cuando una mujer tiene una edad, no sabes qué va por delante, si las prisas o el amor.

Ambos rieron.

—Sin embargo, eso pasó hace mucho tiempo. Tú encontraste una mujer de la que te enamoraste, tuvisteis un hijo y...

—¡Cierra esa maldita boca! —gritó Abenojar.

Lorenzo le miró sorprendido.

—Lo siento, no quise ofenderte. —El anciano tosió bruscamente y se limpió la boca con el pañuelo.

—Lo siento, hijo. Tú no tienes la culpa de nada. Es más, tienes razón. No es aquello la causa de mi amargura, no. Anda y que lo zurzan. Es por mi hijo, por mi mujer. Si ese malnacido hijo de perra me hubiera ayudado, aún estarían conmigo. —El hombre suspiró, le dio un golpecito en la pierna a Lorenzo y le animó a regresar a casa.

—No vuelvo a hacerlo más, niña —rezongó Ramona cuando Julia regresó a su casa—. He tenido que engañar a tu madre y no se lo merece. Además, a mí se me nota en la cara cuando miento. Esto no es decente, y como se entere tu padre, no quiero ni pensar. Me va a echar a patadas de esta casa, y no solo a mí, sino también a mi primo, que te recuerdo que trabaja para tu padre y el pobre no tiene culpa de nada.

—Pero ¿te ha dicho si quiere volver a verme? —insistió.

—Mañana, en la iglesia de Santo Tomás. ¡Y es la última vez que te acompaño!

Julia se abrazó al grueso cuello de Ramona y le asestó dos besos en cada mejilla.

—Anda, deja las zalamerías y baja a comer —la regañó con una sonrisa.

Pedro no tocó el plato de lentejas que aún humeaba en el plato. Pensaba y no paraba de darle vueltas al asunto que le había cortado el apetito y el sueño. Ningún mercante saldría avalado por Manuel. Y ahora, ¿qué podía hacer? En un arranque de valentía, decidió que lo mejor sería aclarar las cosas con Mario. Se sirvió una copa de vino, la bebió de un trago y se puso el sombrero. No fue suficiente. Otra copa le templaría los nervios.

Alrededor de una mesa baja de mármol de Carrara con las patas de bronce labradas con rostros de angelitos, Lorenzo, con las piernas cruzadas y el brazo izquierdo apoyado en el respaldo del sofá, animaba la sobremesa relatando de nuevo sus experiencias entre sorbo y sorbo de una copa cargada de brandy.

—Nunca supe exactamente la edad de Andrew —explicaba con una sonrisa picarona—. Creo que ni él mismo llegó a saberla. Era mayor que yo, o al menos lo aparentaba por cómo se relacionaba con los demás. Era muy listo, sabía moverse entre los marineros y desenvolverse entre la gentuza que nos encontrábamos en los puertos, sobre todo por la noche, cuando los hombres estaban borrachos y buscaban pelea. No respetaban nada ni a nadie. De todos los antros, los burdeles eran nuestros sitios preferidos. Allí encontrabas mujeres dispuestas a todo, además de alcohol y apuestas de cartas. Todo lo que se necesitaba para olvidar una dura y larga travesía. Allí se reunía lo peor de cada casa: balleneros, atuneros, soldados, piratas. Cuando llegaba a puerto algún navío militar, los bucaneros esperaban pacientemente a que los marineros abandonaran el barco y marcharan a las tabernas. Cuando ya estaban borrachos, asaltaban la nave para robar todo lo que podían, y luego los desvalijaban a ellos en tierra. Las putas tenían un papel importante en todo esto, por la cuenta que les traía, porque, aunque se llevaban unas monedas por entretenerlos, si a una de ellas se le ocurría irse de la lengua... —Lorenzo señaló su cicatriz y Gabriela hizo un gesto de horror al imaginarse la escena—. Les destrozaban la cara en el mejor de los casos, y esa puta ya no servía para trabajar en el burdel.

—¿Te gustó esa primera vez con una... una fulana? ¿No habría sido mejor esperar a conocer a alguna chica decente de la que te hubieras enamorado? No sé... una cosa así debería haber sido más...

—Mi querida Gabriela —la cortó Mario—, el romanticismo es a una buena montada lo que tu amor por mí es a la pasión.

Lorenzo soltó una sonora carcajada.

—Por Dios, no aguanto una grosería más. —Gabriela abandonó el salón ofendida por el comentario.

—¿Por qué le has dicho eso a tu mujer? —preguntó Lorenzo, que seguía sin poder aguantarse la risa.

—¡Bah! —exclamó Mario, moviendo la mano—. Se le pasará. — Mario le hizo una señal para que prosiguiera—. Dime, ¿nunca estuviste con alguien especial? ¿No te has enamorado nunca?

—Al final, por tu pregunta, veo que Gabriela no es la única interesada en ese tema.

Mario chasqueó la lengua.

—¿Me lo vas a contar?

—Lo más parecido al cariño lo sentí por una nativa.

Mario enarcó las cejas.

—Sí. —Lorenzo sonrió—. Aunque parezca mentira, son muy... muy excitantes. Tuvimos una relación un tanto extraña, por así decirlo. Duró cerca de tres semanas. Fue la vez que más tiempo estuvimos en tierra. ¡Qué mujer aquella! Me hacía unas cosas que, incluso para mí, resultaban chocantes. Cuando tuve que marcharme y dejarla allí, supe que jamás volvería a estar con una mujer así. Tanto me influyó que, cuando volvía a los burdeles, les exigía esas cosas a las chicas con las que estaba. ¿Te puedes imaginar a una puta escandalizándose?

Ambos soltaron una carcajada.

—¿Estuviste mucho tiempo en ese barco?

—Demasiado. Navegamos por aguas de China, Japón, Malasia y Borneo. Fuimos atacados en varias ocasiones por barcos ingleses, portugueses y españoles. Cuando nos hacíamos con un botín, este se repartía entre todos. Esas eran las normas. Aunque no te lo creas, hay un código de honor entre esa gente. Mi dinero fue creciendo

botín a botín. Con el tiempo, cuanto más fuerte y brutal me hacía, más rentable y útil era.

—¿Llegaste a luchar?

—Y a matar. No solo luché contra otros barcos, sino contra mis compañeros. Yo tenía que ganarme el respeto de todos y aprendí que el miedo no era el mejor de los caminos para conseguirlo. La mayoría de esos hombres eran asesinos, hombres sin escrúpulos. —Lorenzo sonrió con desgana—. Si no matabas el primero, estabas muerto. Podían clavarte un puñal por una tontería. Una simple broma te condenaba a muerte. Vivías con los nervios siempre presentes. Por eso el dinero se ganaba y se perdía en cuestión de segundos. La vida de un ser humano allí no valía nada.

Mario se levantó con dificultad del sillón. No quería distraer a Lorenzo, pero sentía la necesidad de servirse otra copa de coñac. La conversación le estaba resultando muy interesante. Lorenzo relataba los hechos con un realismo tan aplastante que veía las imágenes como si realmente las estuviera viviendo. Tan ensimismado estaba Mario oyendo la historia de Lorenzo que no vio la frialdad en sus ojos ni la excitación de sus gestos. Solo fue testigo de una vida apasionante, comparada con la suya, y deseó sentir un solo día, un solo momento, esa sensación de brutal libertad.

—Maté y torturé de mil formas diferentes y vi hacerlo un millón de veces. Al principio, era terrible. Los vómitos me provocaban dolores espantosos de estómago. No podía dormir y, cuando lo conseguía, sueños horribles me despertaban y me hacían gritar en mitad de la noche, empapado en sudor. Llegó a ser tan insoportable que yo mismo quise quitarme la vida en varias ocasiones. Mis compañeros vieron mi total y absoluta ruina y decidieron que, cada vez que entrásemos en batalla, por mis venas corriese más ron que sangre. Así me sentía eufórico, violento y dispuesto a todo. Fuerte, poderoso, único.

En ese momento de tensión, Pedro Ávila entró en el salón. Mario tuvo ganas de echarlo a patadas. Lo que más le apetecía en ese momento era seguir escuchando a Lorenzo y no ver a Pedro. No entendía qué tenía que decirle tan urgente a esa hora. Miró a Lorenzo y este se encogió de hombros.

Pedro se quedó sorprendido al encontrar a Mario con una visita. Quizá, debía disculparse, salir por donde había venido y buscar otro momento más propicio. Pero, lejos de eso, se quedó parado frente a ellos sin decir nada.

Mario lo observó. Su cara era todo un poema: rosada, tersa y brillante por un sudor que le caía desde la frente, le chorreaba por las patillas y se escondía en el almidonado cuello de la camisa. Los ojos, pequeños y tristes, saltaban de Lorenzo a Abenojar como dos pulgas en danza. El traje era un drama, arrugado y con dos lamparones de grasa en la solapa derecha de la levita. El primer botón colgaba de un hilo a punto de perecer y el tercero ni siquiera se mostraba. En los zapatos, en otros tiempos lustrosos, no se percibía betún y las manchas de barro parecían abrazar la lengüeta de cuero desde hacía días. A Lorenzo le llegaba por el hombro, pero su circunferencia bien podía triplicar la suya.

—Lorenzo Medina, un amigo personal de la familia. Ha estado mucho tiempo viajando por todo el mundo. Viene de Orgaz y ahora pasa unos días en mi casa.

Pedro le hizo una leve inclinación de cabeza a modo de saludo.

—Pedro Ávila. Administrador de Manuel Céspedes.

Lorenzo le devolvió el saludó. A simple vista, le pareció un hombre inseguro y apocado. Un pusilánime. Entonces, le vino a la cabeza Fermín Nogales.

—¿A qué debo tu visita? Espero que sea para darme buenas noticias. La última vez que nos vimos, creo que quedamos en algo. ¿Me equivoco?

—No. No te equivocas, Mario —confirmó Pedro.

—Si no te importa, voy a poner en antecedentes a mi amigo Lorenzo. Sírvete una copa y toma asiento. Para tu tranquilidad, Lorenzo es de mi total confianza, como si fuera mi hijo.

Pedro agradeció la cortesía. Se sirvió una copa de coñac que bebió de un trago, luego tomó otra y finalmente se sentó frente a ellos.

—Ya te comenté, querido Lorenzo, que he tenido algún negocio que otro con Pedro. La paga de administrador no es muy buena que digamos, sobre todo cuando tras ese corpachón hay ambición, ¿verdad, Pedro? Me compró unas tierras a cuenta de la importación

de unos productos de las Américas: plata, oro... Pero el barco no llegó a puerto, por lo tanto no pudo pagarme. Él insiste en devolverme las tierras. Pero así no se hacen los negocios, porque la palabra de un hombre vale más que todo eso. Y Pedro... bueno, él, parece ser que no la tiene. El caso es que, para enviar esa mercancía, tuvimos que contar con el dinero de Céspedes. Está claro que Manuel no sabe que yo también participaba, por supuesto. De haberlo sabido está claro que no se habría metido en ese negocio. Él creía que solo estaban involucrados Pedro y él. Una vez que el barco llegó a las Américas, cogimos la mercancía de Céspedes y la vendimos junto con la lana de mis ovejas, que Manuel no sabía que habíamos embarcado, y una vez de regreso desviamos el barco a Portugal e hicimos el negocio del siglo vendiendo el producto que trajimos de esas tierras. Luego, Pedro le hizo creer a Manuel que el barco se había perdido en altamar. En fin. Después enviamos un segundo barco. Pero ¿sabes qué? —Abenojar abrió las manos y puso voz de inocente, burlándose de Pedro—. Pedro dice que se ha esfumado, evaporado como por arte de magia. Claro, yo me pregunto si no será que este pazguato, de pronto, se ha vuelto un listillo y ahora no solo ha engañado a Manuel, sino a mí también. La avaricia es muy mala y, claro, este hombre, Lorenzo, el problema es que lo mismo no ha sabido qué hacer con tanto oro y hasta no me extrañaría que se lo hubieran robado.

Pedro se removi6 inquieto en su asiento.

—He venido porque me llegó un comunicado sobre el asunto del navío —dijo con un hilo de voz.

—¿Y por qué diantres no viniste a contármelo? —gritó Mario, que hasta ahora había contenido la rabia.

Pedro seguía sudando y su pie empezó a temblar contra el suelo.

—Se lo comuniqué a Manuel y la verdad... no me atreví a venir —se excusó.

—¿Se puede saber qué decía esa carta?

Pedro la sacó del chaleco y se la entregó. Tras leerla, Mario se la dio a Lorenzo para que la estudiara.

—Es creíble —contestó Lorenzo, muy seguro de sus palabras—. Esa zona es una ratonera; la conozco bien. De hecho, allí mismo capturamos los mejores botines. Tal y como explica, es un lugar muy

bueno para esconderse. El acceso es complicado, sobre todo si el barco es grande, pero, una vez allí, estás seguro de posibles ataques.

—Lorenzo se refiere a cuando estuvo enrolado en la marina, por supuesto —aclaró Mario—. Conoció esos lugares infernales cuando capturaba indeseables.

—Manuel no va a realizar ningún envío más. Está totalmente decidido. Es más, ha vendido parte de las tierras altas —confirmó Pedro.

—¿Qué? —Mario se incorporó del sillón—. ¿Mis pastos también?

—No, los pastos no. La extensión de tierra es muy grande y no cree que su hija pueda hacerse con todo, si alguna vez... él faltara. Se queda con los olivos, los frutales y la parte baja de los álamos.

—Dadas las circunstancias y teniendo en cuenta la decisión de Manuel, ¿cómo piensas pagarme, Pedro?

—No lo sé.

—Si no hay barcos, convence a Manuel para que me devuelva los pastos.

—Eso es impensable, Mario, y tú lo sabes mejor que nadie. Él no quiere saber nada de ti.

—Dile que me lo debe por lo de mi hijo y mi esposa. Dile que fue un cobarde, un cerdo, y que si aún le queda algo de honor...

—Mario, a él le destrozaron las tierras como a ti, le ocuparon el cigarral y a punto estuvo de perder la casa de Toledo. Se quedó sin un real. ¿Cómo crees que se sintió al saber lo de tu hijo?

—¡Mentiras! ¡Mentiras! —gritó con todas sus fuerzas, expulsando saliva por la boca mientras avanzaba hacia Pedro. Se acercó tanto a él que sus rostros casi se tocaban. Tenía los ojos inyectados en sangre y los puños tan apretados que empezó a notar sus uñas clavadas en la carne.

—¿Y si le digo que desviaste la ruta del primer navío para quedarte con la mercancía? A mí me importa un rábano lo que pueda pensar de mí. Pero... ¿qué pasará contigo? Su administrador, el padrino de su hija, su amigo. —Un hilillo de saliva se le quedó colgando de la comisura de la boca.

—No serás capaz de eso, Mario. Si hicieras eso...

—Te doy tres meses de plazo. Ni un día más.

Aún quedaban un par de horas de luz cuando Lorenzo salió a dar un paseo y despejarse. Mientras caminaba, pensó que la mala relación entre Manuel y Mario le pondría las cosas muy difíciles con Julia. Lo mejor que podía hacer era mantenerse al margen, no meterse en esa historia y demostrar a Manuel que su amistad con Mario no interferiría para conseguir su confianza.

La noche caía cuando se dio cuenta de que se encontraba frente a la casa de Julia. ¿Había llegado de manera inconsciente? No lo creía. Una luz tenue brillaba a través de la ventana abierta y las cortinas descorridas. Le entraron unas ganas irresistibles de gritar su nombre y que se asomara al balcón. Si eso ocurría, sería capaz de raptarla y llevársela lo más lejos posible. Pero ¿qué era lo que veía en una mujer como ella? La imagen de Julia cerrando las ventanas lo sacó de sus pensamientos. Por unos segundos, pudo observar sus formas femeninas a través del camisón. La deseó con todo su ser. La luz de la habitación se apagó y Lorenzo regresó a casa, excitado e iracundo al mismo tiempo.

Capítulo 7

Las semanas pasaron tan rápido que el mes de mayo no se habría hecho notar si no hubiera sido por el pegajoso calor. Julia y Lorenzo continuaron viéndose a escondidas y a Lorenzo, después de tanto tiempo, se le hacía un mundo no poder tocarla, tenerla entre sus brazos, aunque fuera un solo segundo. La situación le daba risa y le enfurecía a la vez. Él ya no era ningún niño para andar jugando al ratón y al gato. En tan solo dos meses, se había enamorado de Julia como un adolescente. Adoraba su candidez, su inexperiencia e ingenuidad, lo bloqueaban sus desvíos, lo embrujaba con su ternura, lo oprimía con su debilidad, y todo ello lo excitaba sobremanera.

Durante todos los años de su vida, jamás había pensado que una mujer así le desencadenaría tantos sentimientos, y algunos tan opuestos. Él siempre había manejado a otro tipo de mujeres en cualquier situación sin problema alguno. Pero con Julia todo era distinto. Ella era diferente. La amaba y ese amor le hacía perder el control. Se le estaba yendo de las manos. A él, que estaba acostumbrado a caminar al límite de la vida, a sobrevivir a situaciones feroces, a convivir con sanguinarios con un ojo en su espalda y una mano sobre el mango de su cuchillo. Desfogando su rabia y su miedo entre las espadas y los burdeles. No sabía decir, ni tan siquiera recordar, en qué momento, en qué preciso instante, los sentimientos más inocentes y honestos, si es que alguna vez los tuvo, fueron sustituidos por otros más pérfidos y miserables para sobrevivir, para conseguir el poder y el respeto de los demás. Y ahora, después de tanto tiempo, una mujer como Julia había desatado en él algo muy diferente y desconocido: el amor. Y gracias a ese amor su corazón volvía a ser el de un ser humano.

Muchas noches se durmió con la decisión firme de contarle la verdad de su vida al día siguiente. Pero, si lo hacía, seguramente

ella, tan pura y delicada, no podría soportarlo. Lo vería como un hombre desalmado y lo abandonaría. Ante eso, no podría hacer nada más. Si lo abandonaba, lo aceptaría como un hombre. Sabía que, con una mujer como ella, jamás edificaría una relación profunda y auténtica sobre una mentira. Sin embargo, cuando llegó el momento de sincerarse, solo con rozar su brazo, oler su perfume y sentirla tan cerca de él, supo con certeza que no podría vivir sin ella y decidió que de sus labios nunca saldría esa verdad.

Recordó la expresión de Mario: «¿No ves que estás enamorado? Si te importara un real, no te lo pensarías tanto, muchacho».

Lorenzo sonrió pensando en Julia: su cabello rebelde, el ruido del satén de su falda al andar, su sonrisa pura y angelical. Mario llevaba razón. Estaba realmente enamorado de esa mujer.

Con las mismas, se levantó del sillón, abrió las ventanas de la habitación y respiró hondo. Había tomado una decisión. Para llevarla a cabo, antes debía solucionar sus asuntos en Orgaz. A su regreso, pediría la mano de Julia.

Pedro Ávila intentó hablar con Manuel varias veces sobre su situación, aunque sin éxito. Aprovechó que se estaba llevando a cabo la recolecta del albaricoque y de los melocotones en el cigarral, se armó de valor y llegó apestando a licor y balbuceando constantemente. Intentó en vano mantenerse en pie y, al final, por recomendación de Manuel, optó por quedarse sentado a la sombra de un melocotonero. La fruta picoteada por los pájaros y caída del árbol antes de ser recogida yacía en el camino de tierra, podrida o aplastada.

El ir y venir de los jornaleros recogiendo la fruta y trasladando los cestos resultó agobiante para Pedro, que no daba abasto para limpiarse el sudor del cuello y la frente mientras apartaba las avispas de su cara. Se levantó pesadamente y se dirigió hacia donde se encontraba Manuel.

—Para mañana todo estará terminado —informó a Manuel el encargado de la recolecta.

Manuel observó varios ejemplares en su mano.

—La cosecha ha sido muy buena. ¡Sí, señor! —comentó orgulloso.

—La pena es el membrillo que tenemos almacenado. ¿No hay posibilidad de venderlo? —dijo el encargado señalando el granero.

—Imposible. Se acabó el negocio más allá del mar. Si quieres, da una caja a cada uno de tus hombres. Se lo merecen. Este año han trabajado duro. El resto se enviará a Madrid. Encárgate de ello.

Pedro escuchó la conversación y no pudo por menos que intervenir.

—Manuel. Piénsatelo antes de hacer nada. Todavía estamos a tiempo.

Ignorando el comentario de Pedro, Manuel se dirigió de nuevo al encargado.

—Hipólito, cuando terminéis con todo esto... —le dijo señalando los frutales—, informa a los muchachos que la semana que viene tienen que preparar la próxima cosecha.

—Así es, señor. Si le parece bien haré dos grupos. Mientras unos limpian los árboles de chupones y tocones, y vigilan por si hay serpientes, otros que se ocupen de las ramas cruzadas, sobre todo en los olivos. Y luego habrá que podar.

—Bueno, tú organízatelo como veas. Ahora diles que se pasen por la casa. Pedro les tendrá preparada la paga por la recolecta.

—Sí, señor. Con gusto se lo diré.

Pedro esperó a quedarse solo con Manuel.

—Pero ¿cómo vas a regalar una caja a cada hombre? Por Dios santo. ¿Has olvidado lo que vale cada una de ellas?

—Han trabajado duro. Ese membrillo se perderá si no sale pronto.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Por qué no puedes escucharme un momento? ¿Tan difícil es intentarlo de nuevo? Se podría garantizar la mercancía y además podríamos cambiar la ruta.

—¿Por qué insistes, hombre de Dios? Apesta a licor.

—Escucha. —Pedro le sujetó de la chaqueta para que no siguiera caminando—. Hace unas semanas fui a visitar a Mario.

—¿Abenojar?

—Sí. Ya te conté que le debo dinero. Presta atención porque es importante lo que voy a decirte. Podemos asegurar que la mercancía vaya y vuelva con total garantía porque..., y aquí viene lo bueno, ese tal Lorenzo Medina huésped suyo...

—¿Quién?

—Lorenzo Medina, por Dios, Manuel, su invitado. Ese hombre conoce todas las rutas donde se esconden los piratas. El otro día leyó la carta que te enviaron y dijo que él mismo, ¡él mismo! —enfaticó Pedro, que hablaba atropelladamente—, había estado allí, en la Ruta del Galeón, y no solo eso, mencionó las costas de Haití y dio detalles de otros muchos sitios por donde navegan esos malnacidos. Habló con tanta seguridad que le pregunté la razón de tanto conocimiento sobre el tema, a lo que Abenojar me contestó, sin dar tiempo siquiera a que lo hiciera el propio Medina, que había estado enrolado en un buque de guerra, por lo que tuvo que vérselas en muchas ocasiones con ese tipo de abordajes. Conoce como la palma de su mano toda esa zona y nos puede decir exactamente en qué puntos se encuentran esos barcos, por dónde pasan y las zonas que debemos evitar. Manuel, por Dios. ¿Has pensado siquiera en cederle los pastos a Mario? Podría ser también un buen negocio. ¿Por qué ese empeño en unas tierras que no utilizas?

Manuel hacía tiempo que se había perdido en la conversación con Pedro. Con los labios apretados al igual que los puños, solo tenía ganas de darle un puñetazo para que cerrara la boca.

—¡Cállate! —le ordenó—. No quiero volver a oírte hablar de este asunto nunca más. ¿Cómo te atreves a insinuar lo de los pastos? No se te olvide que trabajas para mí y luego lo harás para mi hija, tu ahijada, a la que tendrás que ayudar y guiar si alguna vez falto. ¿De qué parte estás? No quiero que vuelvas a pronunciar el nombre de ese desgraciado en mi casa, y con respecto a ese Medina... ese barquero de tres al cuarto, que ha osado pedirme permiso para salir con mi hija, ese don nadie que ahora vive en casa del ovejero, no va a decirme lo que debo o no debo hacer. —Manuel, que tenía la misma estatura que Pedro, acercó su rostro apenas a unos centímetros de la nariz de su amigo. Tenía la tez roja por el calor y las gotas de sudor caían rodando por su rostro a pesar del sombrero de paja; los ojos, sin parpadear, le miraban furibundos con una mezcla de odio y violencia que Pedro nunca había visto en ellos. Retrocedió dos pasos, pero Manuel le sujetó con fuerza de la solapa de la levita—. Ahora lo veo todo claro. He sido un estúpido. Yo creía que... creía que lo de los barcos era cosa nuestra, que tú eras ambicioso y... Pero no, era una

encerrona con Abenojar, ¿verdad? Entre los dos me habéis engañado. Me habéis utilizado.

—No tuve otra salida. Le debo mucho dinero, mucho.

—Si me hubieras pedido auxilio, quizá te podría haber ayudado.

—Te lo estoy pidiendo ahora, Manuel.

—¡No! ¡Me has engañado! ¡Me habéis robado! Y todavía me intentabas convencer para enviar otro barco.

Pedro se encontraba mareado, cansado; tenía ganas de llorar. Manuel lo vio vencido, roto. Lo soltó y este se dejó caer de rodillas, completamente abatido. Céspedes apartó la mirada. Le dolía ver al que creía su amigo en ese estado. El hombre en el que había confiado con los ojos cerrados. El padrino de su hija.

Le dio la espalda para que no viera la decepción en su rostro.

—Prepara la paga de los jornaleros con Hipólito y márchate de mi casa.

—¿Y adónde voy a ir, Manuel?

—Ese, amigo mío, ya no es mi problema.

Una vez en Orgaz, Lorenzo inició conversaciones con los propietarios de las tierras lindantes con las suyas. Debía vender lo antes posible y a buen precio. Pero ellos pronto le pusieron al corriente: su propiedad había permanecido abandonada mucho tiempo y posteriormente la habían arrasado los franceses; apenas quedaba nada de lo que en su día había sido y requería una inversión fuerte para ponerla en funcionamiento. Y en esos momentos Orgaz no era precisamente una villa próspera, a lo que había que sumar la subida de los precios agrícolas, que lo dificultaban todo más. Lorenzo no fue consciente del panorama tan desolador en el que se encontraba hasta que escuchó a sus vecinos. Orgaz era una villa inmersa en una gran crisis de subsistencia. La falta de recursos económicos había llevado a la población a una situación extrema de pobreza. Los duros inviernos y el exceso de lluvias habían formado balsas y pantanos, cuyas aguas estancadas favorecían la propagación de epidemias y causaban grandes e irreparables pérdidas en tierras y plantaciones. No solo en Orgaz, sino también en Tembleque, Mora y otros pueblos cercanos reinaban la hambruna, la muerte y la

desolación. Después, con la invasión francesa, se habían arrasado tierras y perdido el ganado. Con la desamortización napoleónica, muchas tierras, decomisadas a gente importante y a otra menos pudiente, se habían podido comprar con más facilidad.

Lorenzo regresó a su casa, situada frente a la iglesia de Santo Tomás Apóstol. Sus tierras no habían sido incautadas, pero no se libraron de la devastación. Su casa había sido desvalijada; todo lo de valor se robó. El resto fue destrozado o utilizado como leña. Solo se salvaron dos antiguallas de ébano: un arcón y un aparador, más un sillón forrado en cuero, una alfombra toledana, un tapiz cubierto de polvo que aún se mantenía colgado de la pared y el retrato de su padre, lacerado de una esquina a otra. Era un desgarró débil, quizá con la punta de un cuchillo, pero que no había dañado el rostro. Observó el retrato de su padre. Lo tiraría. ¿Quién iba a querer tener semejante espantavillanos en su casa? Sonrió al imaginar lo que pensarían los vecinos al verlo vender sus enseres. Había aprendido algo en los pocos años que permaneció en esa casa. Aunque pudieran ir las cosas mal, las personas vivían de la imagen. Era imperdonable que quien entrara en una casa señorial fuera testigo de la decadencia. Se podía estar arruinado, pero era de mal gusto airearlo. Se podían comer sopas a diario, pero, eso sí, en vajilla de porcelana y con cubiertos de plata. Aun así, podría intentar venderlos.

Antes de ponerse manos a la obra, decidió escribir una carta a Julia. La echaba terriblemente de menos. Dejar las cosas solucionadas le estaba llevando más tiempo del que se había imaginado.

La tormenta estaba a punto de desencadenarse.

Capítulo 8

Julia pasaba los días afligida por la ausencia de Lorenzo. Perdió el apetito y vagaba por la casa suspirando. Nada parecía hacerla feliz ni distraerla. Ante cualquier intento de su madre para llamar su atención, Julia fruncía el entrecejo y se dejaba caer sobre el diván demostrando un completo desinterés.

—Espero que, si es un caballero, haya reflexionado y se quede en su casa de Orgaz. Y, sobre todo, espero que se te vaya de la cabeza semejante tribulación.

—¡Ay, madre! —lloraba Julia—. Es que no puedo estar sin él. Me muero. ¿Y si me ha olvidado? ¿Y si ya no me quiere?

—Tienes que comportarte, hija. Si te ve tu padre así, tendrás que explicarle el motivo y, entonces, sí tendremos un verdadero problema. Te lo advertí, Julia. Te dije que lo olvidaras y no me hiciste caso. —Carmen dejó el peine sobre la mesita de cerezo y habló a su hija con decisión—. Si regresa, y solo Dios sabe lo que rezo para que no lo haga, espero que no vuelvas a verlo, Julia. Debes hacerte valer. Tú eres una mujer decente y no debes exponerte públicamente. Sería un escándalo de consecuencias irreparables para tu honor. Ningún hombre de buena familia te querría como esposa. —Julia se encogió de hombros—. ¡Escúchame bien! —Carmen la obligó a mirarla—. Vivimos en Toledo. Tu padre es un hombre importante aquí. Si se entera de que te has visto a escondidas con ese hombre... ¡No quiero ni imaginarme lo que hará! —Ambas guardaron silencio. Su madre la miró impaciente, esperando una respuesta de su hija. Pero esta empezó a jugar con el peine simulando indiferencia—. Si ese hombre vuelve a acercarse a ti, hablaré con tu padre.

—¡No lo hará, madre! —gritó Julia horrorizada.

—Sí, hija. Lo haré. Ya lo creo que lo haré.

—¿Está Julia enferma? —preguntó Manuel una mañana durante el desayuno.

Carmen dejó el pan sobre el plato. Creía estar preparada para ese momento, pero no era cierto y, como no supo qué decir, fingió que no lo había oído. Manuel insistió.

—Está indispuesta —contestó finalmente.

—¿Y se puede saber qué es lo que le pasa? —preguntó preocupado. Carmen y Ramona se miraron.

—Cosas de mujeres, querido. No querrás que te lo explique.

Manuel no volvió a hablar del asunto y Carmen respiró. Eso le daba un margen de unos días, porque esa excusa no se sostendría, por lógica, mucho tiempo.

Durante el desayuno, Manuel le explicó que la recogida de los frutales había sido todo un éxito. Ramona sonrió al escucharlo. Ella ya lo sabía porque Hipólito, el capataz, era el marido de su prima. Las cosas no le habían ido muy bien últimamente. Querían marcharse de Toledo, así que el jornal que se había llevado de la recolecta les venía como agua de mayo.

—Debemos ir preparando la casa para agosto. Este calor es horrible —dijo Carmen distraída.

—Están en ello. La parra está con cenizo, aunque es poco y no será un problema. En cuanto a los arreglos, ya se lo he dicho a Hipólito. — Ramona salió del comedor y Manuel aprovechó la ocasión para cambiar de tema—. El que me preocupa es Pedro.

Carmen lo miró extrañada. Su esposo era muy celoso de sus asuntos. Muy reservado en cuestiones de negocios. Jamás le comentaba nada, o bien por no perturbarla, o bien porque era un hombre apegado a la tradición de que las mujeres no debían inmiscuirse en los asuntos masculinos. De hecho, no haber tenido un varón le había afectado profundamente. Tener que contar con la fragilidad de Julia para que algún día llevara el negocio le producía una gran inquietud, hasta el punto de quitarle el sueño la idea de que un desconocido, al casarse con su hija, pudiera llevar las riendas de un negocio que tanto le había costado levantar. No era usual que Manuel compartiera con ella sus sentimientos, por lo que intuyó que debía tratarse de algo importante, y prestó especial atención. No

obstante, si quería que su marido la tomara en serio y no enfadarlo, debía permanecer en silencio durante toda su explicación. De lo contrario, si lo interrumpía o fijaba la atención en cualquier otra cosa, la miraría con gran disgusto, se encerraría en su caparazón y ya no hablaría más, pues pensaría que su actitud demostraba desinterés y falta de tacto.

Manuel se relacionaba muy poco; era seco, distante. La gente lo consideraba antipático, aunque justo, incluso durante su época de alcalde. Para Carmen, que ya lo conocía demasiado, no era una cuestión de frialdad, sino de timidez. Una timidez que chocaba con su carácter fuerte y enérgico. No era que no le gustara la gente, sino más bien que quería evitar crear vínculos íntimos. Prefería la distancia; así podía ser más objetivo a la hora de emitir juicios sobre las personas. Solo hizo dos excepciones: una fue con Salomón, un judío al que había conocido cuando ejercía de alcalde (época en la que acentuó aún más la distancia con la gente para evitar los favores inoportunos y a los amigos inesperados) y cuya historia lo conmovió hasta lo más profundo de su ser, y la otra excepción fue con Pedro, su administrador, al que nombró padrino de Julia.

Cuando Manuel le contó lo que había con Pedro, al principio, Carmen miró a su marido un tanto recelosa, sin saber si estaba exagerando. Pero, al verlo tan triste y abatido, se echó a llorar, sobre todo cuando supo que lo había echado de casa.

Julia no quería levantarse. Ni esa mañana ni nunca más. Sin noticias de Lorenzo, había llegado a la conclusión de que, definitivamente, la había olvidado y, con las mismas, pasó de la tristeza a la angustia y del llanto a la rabia.

Oyó unos toques al otro lado de la puerta de su habitación. Tenía los ojos hinchados y la nariz roja de llorar. Con la voz quebrada por el llanto, dijo que no quería ver a nadie. Pero Ramona entró en la habitación y se sentó al borde de la cama.

—Quizá esto te alegre un poco el día. —Ramona sacó un sobre de su bolsillo, pero Julia ni siquiera hizo ademán de mirarla. Entonces, empezó a abanicarse con el sobre—. Si no lo quieres, al menos me sirve para refrescarme un poco.

Julia miró de reojo y vio el sobre blanco. Se incorporó de inmediato en la cama y se lo arrebató de las manos.

—¿Es de Lorenzo? —Rasgó el sobre, excitada, sin el menor cuidado. Concentrada por el deseo de leer el contenido de la carta, no se dio cuenta de que Ramona la había dejado sola.

Amada mía:

No tienes ni la menor idea de cuánto te echo de menos. Con la distancia, me he dado cuenta de que eres la mujer de mi vida. Amor mío, cuento los días para volver a ver el color ámbar de la tierra en tus ojos. Ver reflejados los rayos del sol en tu cabello. Me muero por ver tu sonrisa de ángel. Me he traído prendido en el aire un poco de ti para respirarlo cada día porque, si algún día me falta, me muero. El recuerdo de tu voz en las noches me arrulla como una nana y sueño que despiertas entre mis brazos.

Recuerda que pronto estaré a tu lado.

Se despide, tu amor para toda la eternidad.

Sinceramente tuyo:

Lorenzo

No cabía en sí de alegría. ¿Cómo podía haber dudado de su amor? La risa se escapaba sin interrupción de sus labios. ¡Qué tonta había sido! La amaba con toda su alma y ella, a él.

La semana siguiente Julia recibió su segunda carta. Carmen no podía estar más disgustada. Ese hombre alimentaba el amor y la ilusión de su hija, sin pensar en las consecuencias. Decidió que esta no recibiría más noticias de ese hombre y prohibió a Ramona que le entregara más cartas.

Por su parte, Lorenzo pudo malvender los muebles y fue a visitar al alcalde con la intención de que le asesorara de primera mano sobre cómo estaban las cosas. Aconsejado por él, se puso en contacto con el dueño de un molino de agua de nueva construcción, en un peñascal cerca del camino Real de Ajofrín. La venta solo dependía de que la justicia y el mismo alcalde dieran su visto bueno, al tratarse de una salida al grave problema que tenían los vecinos para la molienda de la harina. Los molinos más cercanos eran las aceñas, que se movían por agua. Tenían que llegar hasta el río Tajo, y eso suponía andar cerca de seis leguas en el frío invierno o en la época estival, cuando la recolección del cereal. Las autoridades dieron el visto bueno y el dueño del futuro molino no tardó en comunicar a Lorenzo que solo le compraba las tierras de cereales. Tal y como estaban las cosas, realizó un buen negocio. Tan pronto como se casara con Julia, regresaría a la villa para vender la casa de su padre y un pedazo de tierra que lindaba con ella. Las cosas no podían ir mejor.

Así las cosas, las oraciones de Carmen no fueron escuchadas y el regreso de Lorenzo se produjo en los primeros días de agosto.

Durante la ausencia de Lorenzo, a Mario los días le habían resultado tediosos e interminables. El regreso de su amigo le devolvió el ánimo.

—Desde que te marchaste todo ha ido a peor, muchacho. Gabriela está insoportable. Va de un lado a otro de la casa sin sentido. Suspira continuamente y estos últimos días se ha mantenido encerrada en su habitación casi todo el tiempo. Para colmo se me han muerto varias

de las mejores ovejas que tenía para la cría. Cometí el error de dejar en manos del encargado la compra de unos ejemplares para la monta. Dijo que era la primera vez que lo hacía. ¿Y no sabe hacer lo único que debía saber? ¡Me cago en sus muelas! Todo el mundo sabe que, en el primer año, la oveja joven echa los primeros dientes y dos palas; después, a los dos años, les crecen las cuatro palas restantes y cierra los dientes. A partir de ahí, todas son iguales. La dentadura es la clave, Lorenzo. La mejor pieza la tienes cuando echas las dos palas primeras. Si eso se desconoce, te pueden dar viejo por joven. Y ese hijo de perra lo ignoraba; cometió el peor error posible en este negocio. Para colmo, a todo esto se suman varias muertes imprevistas por infecciones. En fin, para recuperar algo de dinero, no me ha quedado más remedio que vender el ganado que compré a Cipriano por la mitad de su precio. Como ves, ahora más que nunca, necesitaría las tierras de pasto de ese viejo malnacido de Céspedes. La raza manchega da mejor leche cuando está quieta, y esas tierras me vendrían muy bien para no estar llevándolas de un lado para otro. Te juro, Lorenzo, que haré lo que esté en mi mano para recuperarlas. ¿Sabes lo que me cuesta mirarle a ese miserable a la cara? ¡Me llevan los diablos! Pero no pienso rogarle ni mendigarle. Antes les pego un tiro a mis ovejas y me bebo un vaso de cicuta. Pero... ¿pedirle un favor a ese demonio, después de lo que me hizo? ¡Tendría que arrodillarse ante mí, suplicarme el perdón! Hijo de Satanás.

Una tos nerviosa y continua casi estuvo a punto de ahogarle; le congestionó el rostro. Mario se llevó la mano al pecho y Lorenzo, preocupado, le sentó en un sillón y le llevó un vaso con agua que le hizo beber a pequeños sorbos. Después, se sentó muy cerca de él y le acarició el rostro hasta que su pulso se normalizó.

—¿Estás arruinado?

—Aún dispongo de cincuenta ovejas, esta casa y algo en metálico. Lo suficiente para que mi mujer no tenga de qué preocuparse en un futuro si yo falto. —Mario sujetó del brazo a su amigo—. Hijo, yo... yo quería dejarte algo, pero no tengo nada más. El dinero se esfumará, las ovejas poca cosa dejarán y esta casa es lo único de lo que mi esposa podrá sacar algo. Los gabachos la desvalijaron. ¡Malditos hijos de perra! —A Mario le tembló la voz y sus ojos, acuosos, no

podieron evitar derramar un par de lágrimas—. Me lo quitaron todo, hijo. Desde que era un chaval no he sabido sino trabajar duro; eso fue lo que mi padre y mi abuelo me enseñaron. Yo no sabía leer, pero los números los aprendí bien pronto, por la cuenta que me traía, cuando me dejaban solo con las ovejas allá arriba, en el monte. Al regresar, buen cuidado debía tener para que no me faltara ninguna, porque la paliza que me daba mi padre era bestial. Las patadas me dolían semanas después. Así que, si se me perdía alguna, lloviera o nevara, me quedaba en el monte días, noches, muerto de frío hasta que encontraba a la jodida oveja. Cuando regresaba, contento, me llovía la paliza igual, por el miedo que había pasado pensando que me había perdido. En fin, lo que quiero decirte es que esa vida no la quise yo para mi hijo, no. No la quise yo para mi niño.

Mario empezó de nuevo a toser de manera brusca. Lorenzo se levantó de inmediato hacia la mesa, llenó de nuevo el vaso con agua de una jarra de cristal y se lo acercó. Su amigo bebió y dejó el vaso vacío sobre una mesita auxiliar de cerezo situada a su izquierda.

—¿Te ha visto el médico? —le preguntó Lorenzo mientras le colocaba un cojín en la espalda.

—¿Qué sabrán esos? A mi edad solo pueden dar malas noticias. Ni caso. Entonces, dime, ¿has dejado todo listo en tu casa?

—Casi todo. —Lorenzo se quedó pensativo—. Mario, estos días en Orgaz, rodeado de tantos recuerdos, he pensado en todo el odio con el que crecí. Me marché huyendo de él y, a mi regreso, vuelve a estar presente en mis recuerdos, en ti. Mi padre me odiaba, yo le odiaba a él y odiaba a mi madre por no hacer nada. Y tú... odias a Manuel, él te odia a ti... Me odio a mí mismo y todo lo que viví. Es... es como si otra persona ocupara el lugar que me corresponde y, cuando quiero ser yo mismo, algo se revuelve en mis entrañas y me impide salir. ¿Qué pasaba en mi casa, Mario?

Mario se removió inquieto. Tras unos segundos, respiró sonoramente y con desaliento le contestó:

—Hijo, yo creo que solo fuiste una víctima. Te presentaste en mi casa pidiendo ayuda. ¿Qué podía hacer? ¿Te devolvía a Orgaz? ¿Acaso crees que ignoraba lo que allí sucedía?

—¿Estabas al corriente? —preguntó sorprendido Lorenzo.

—Pues claro que lo sabía. Tu madre me lo había contado todo por carta.

—¿Mi madre?

—Anda, siéntate. —Lorenzo acercó una silla a Mario y se sentó a horcajadas—. Tu madre era una buena mujer, chico, solo que tuvo mala suerte. Nunca fue de una gran belleza y los años pasaban. Como nunca salió del pueblo, las ocasiones para encontrar pretendiente eran cada vez menos. Por aquel entonces, yo conocí a la que fue mi mujer, una vecina y amiga suya. Mi esposa me contó que un día se estableció en Orgaz un regimiento capitaneado por tu padre. Sí, hijo, tu padre era un militar de graduación, llevaba un pelotón a su cargo y pararon en Orgaz para unas maniobras. Tu madre, entonces, trabajaba en los olivares que había en las faldas del monte. Un día que le cayó la noche, de regreso a su casa, se encontró en el camino con uno de esos soldados que estaba borracho. La forzó y ultrajó allí mismo. Tu abuelo, conocedor de los hechos, fue en busca del agresor, pero su hija no pudo decirle quién era y el hombre, con su hija deshonrada, no supo cómo actuar hasta que la providencia se puso de su parte y quiso que a los dos días el capitán, tu padre, de manera casual se fijara en ella una mañana que acompañaba a sus padres a misa. Se deshicieron en honores con él y, tras varias semanas de cortejo en las que aún no se le notaba la barriga, él se decidió y pidió la mano de tu madre. Se casaron al mes siguiente. Dos días después de la boda, él tuvo que partir para Sevilla. Regresó a Orgaz cinco meses después. Cuando tú naciste, no le salieron las cuentas.

Lorenzo lanzó un silbido.

—¿Nunca le contó mi madre lo que le había sucedido?

—No. Pensó que no se enteraría. Pero, a su regreso y dado que a tu padre no le cuadraban las fechas, no tuvo más remedio que contarle la verdad. Tu padre vivía como un militar, pensaba como un militar. Pero era un hombre, al fin y al cabo, y su honor y el de su familia estaban por encima de todo. ¿Qué podía hacer? ¿Abandonar a su mujer? ¿Ser el hazmerreír del pueblo? ¿Que le tomaran por imbécil? ¡Ay, amigo mío! Eso jamás. Así que, por mucho que le jodiera, engañado y cargando con el chaval de otro, se aguantó y tiró para

adelante. Pero no volvió a hablarse con su mujer y a ti... a ti nunca te aceptó y, cada vez que te veía, la rabia se le encendía. Por eso empezó a maltratarte. Bueno, eso tú ya lo sabes. Tu madre sufría lo indecible cuando te escuchaba llorar encerrado en ese establo, solo, a oscuras. Rezaba para que no lloraras, porque, si lo hacías, tu padre iba a por ti con su inseparable bastón para hacerte callar.

—Entonces, mi madre te pidió ayuda.

—Exacto. Bueno, más bien se la pidió a mi mujer, que en paz descansa. Cuando tus abuelos murieron, la cosa fue a peor, y no creas que tu madre consentía todo aquello, no. Ella sufría lo indecible por ti, muchacho. Yo le decía en las cartas que te trajera aquí, a Toledo, con la excusa de los estudios. Pero tu padre interceptó una de las cartas, acabó por encerrarte y amenazó a tu madre con matarte de hambre si volvía a ponerse en contacto conmigo.

Mario tosió. La charla le había dejado agotado. Cerró los ojos un instante para descansar y Lorenzo lo dejó tranquilo. Ahora comprendía muchas cosas. La casa y las tierras las había heredado porque su padre o, mejor dicho, su padrastro, había muerto antes que su madre. De haber sido al contrario, seguramente no habría tenido tanta consideración.

—Mario, ¿tú recuerdas al médico que me atendió?

—Un tal Robles, ¿no?

—Nogales —lo corrigió Lorenzo—. ¿Tú crees que él sabía algo de todo lo que me has contado?

—Por supuesto, hijo. Atendió a tu madre desde el principio. De hecho, según me contó mi mujer, quería practicarle un aborto si le pagaba mucho dinero, pero ella se negó en rotundo.

Lorenzo tensó el rostro. Durante unos largos minutos, guardó silencio y, cuando quiso hacerle otra pregunta, Mario se había quedado dormido. Lo miró con ternura y tapó sus piernas con una manta. Tenía el rostro macilento y la respiración agitada. Decidió dejarlo descansar. Subió a su habitación, y se despojó de la chaqueta y de los zapatos. Con los pantalones y la camisa abiertos, se tumbó sobre el mullido colchón. Estaba preocupado por la salud de su amigo y le daba vueltas a la historia de sus padres.

La puerta de su dormitorio se abrió, despacio. Lorenzo se incorporó.

A través de la tenue luz que entraba por la ventana, distinguió la silueta de una mujer. Esta se acercó hasta los pies de su cama y dejó caer sensualmente el camisón al suelo, dejando al descubierto la desnudez de su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Lorenzo desconcertado.

—Te deseo, Lorenzo, y sé que tú también me deseas.

—Estás loca, mujer. ¡Sal de la habitación inmediatamente! —le ordenó en voz baja.

Gabriela no escuchó. Apoyó la rodilla sobre el colchón y comenzó a estirar su cuerpo hacia Lorenzo.

—Creí que me volvería loca si no regresabas pronto. Tantas veces he soñado con esto. Desde el primer día que llegaste a esta casa, te he deseado hasta lo más íntimo de mi ser.

—¡Márchate! —insistió Lorenzo abandonando la cama.

—No lo dices en serio. —Gabriela le miraba incrédula.

—No te lo voy a repetir. Eres la mujer de mi amigo. Estoy en su casa. ¿A qué estás jugando, Gabriela? —Lorenzo le señaló la puerta por segunda vez.

Gabriela se cubrió con el camisón con una mezcla de rabia y vergüenza. Cuando se dispuso a salir, se giró hacia Lorenzo.

—Solo sabes tratar con fulanas. Soy mucha mujer para ti.

—No sé si encontraría mucha diferencia —se burló Lorenzo.

Gabriela le dio una sonora bofetada y se marchó.

Lorenzo volvió a la cama con una sonrisa en los labios. Llevaba toda la razón. Solo había estado con fulanas. Gabriela era tan excitante como aquella nativa con la que había estado, tan lasciva como las fulanas de los puertos y tan elegante como una mujer con clase. Una mezcla explosiva con la que todo hombre soñaba. Pero él tenía otro sueño y ese sueño tenía un nombre: Julia.

Capítulo 9

A finales de la primera semana de agosto, avistaron fuego en la parte alta del cigarral. Manuel, acompañado de su mujer y de Ramona, partió a primera hora de la mañana y dejaron a Julia a cargo de la casa. Ilusionada y nerviosa al tiempo, pues nunca había salido sin carabina, se vistió y salió para encontrarse con Lorenzo. A pesar del calor, Julia se cubrió la cabeza con la capucha de su capa azul celeste para pasar desapercibida y se dirigió con paso acelerado al lugar de la cita. Lorenzo la esperaba junto a una calesa.

—¿Y Ramona? —preguntó con curiosidad—. ¿Vienes sola?

—Han tenido que salir de madrugada al cigarral. Se ha producido un fuego en una de las parcelas altas.

Lorenzo no sabía qué hacer. Por un lado, su responsabilidad le decía que debía cancelar la cita y acompañarla hasta su casa. Pero, por otro lado, se le antojó que no estaría de más una cita los dos a solas. Con las mismas, una vez fuera de Toledo, se bajaron del coche y desenganchó los caballos. La ayudó a subir a uno de ellos y se dirigieron hacia el sur hasta llegar a una pradera donde se detuvieron a descansar.

Julia cogió una margarita del suelo y empezó a deshojarla distraídamente.

—Me encuentro feliz y preocupada al mismo tiempo. Sé que no es decente salir a solas con un hombre. Mi madre dice que tengo que tener mucho cuidado, que mucha gente con el ánimo de hacer daño murmura y puede acabar con la reputación de una doncella. Pero yo creo que la gente es buena por naturaleza y solo quiere ser feliz. Creo que mis padres se preocupan en exceso por mí. Me imagino que a tus padres les pasaba lo mismo contigo.

—Eres tan ingenua... —Lorenzo la cogió de las manos—. ¿Cómo puedes seguir siendo tan inocente, querida? Tú tienes una vida dulce

y feliz, pero hay personas que no han tenido una infancia como la tuya.

Julia se apartó de él ofendida.

—No pretendo ser una ingenua, Lorenzo. Sé que hay personas desgraciadas, pero hasta los pobres tienen alguien que se preocupa por ellos.

—No te enfades, Julia. Solo estaba pensando en mi niñez. Al contrario que los tuyos, mis padres jamás se preocuparon por mí. Nunca.

Julia se acercó a Lorenzo alarmada por sus palabras.

—Los padres son muy duros con nuestra educación y, cuando somos pequeños, a veces confundimos la rectitud con la falta de cariño. Pero no es así. Ellos nos quieren.

—Mi padre me encerró durante días creyendo que estaba loco. El médico que me atendió no hizo nada más que alentar ese trato porque decía que era la única manera de curarme. El ayuno, las palizas y la soledad fueron mis únicos compañeros en mi atormentada infancia.

—Lo siento, has debido sufrir mucho y...

—Olvidalo, por favor. No quiero entristecerte ni, mucho menos, empañar este día tan maravilloso. Mira. —Lorenzo señaló a lo lejos—. Tras aquellas montañas se encuentra la Villa de Orgaz. Allí tengo mi casa. Ahora no es más que cuatro paredes oscuras, vacías y tristes. Pero sé que algún día tú le darás la alegría y la luz que necesita. Aunque he visto otra en Toledo que me encanta. Está un poco abandonada, pero tendrías que verla, es impresionante. Está en una plaza cerca del convento de las carmelitas. Tiene un gran portalón y un escudo. Es enorme, suficiente para todos los hijos que tendremos. —Julia se sonrojó. Le gustó que Lorenzo pensara en ella como la señora de la casa y la madre de sus hijos. El solo hecho de imaginarse la vida con él le hizo sentir un placer inmenso—. Te noto un poco azorada.

—Temo que mi corazón arda de emociones. Solo es eso.

Lorenzo la observó con un amor infinito.

—Si ese corazón arde por mi culpa, por la tuya ya ni duermo ni vivo. Julia, te amo con todo mi ser y bien sabe Dios que lo que más deseo

en esta vida es tenerte a mi lado. Pero hay algo de mí que, quizá, pueda asustarte y no interpretes correctamente. Desconoces muchas cosas de mi vida que creo que debes saber, y te aseguro que te sorprenderán. —Lorenzo se acercó a ella y la rodeó con sus brazos. Julia sabía que, si se dejaba abrazar por Lorenzo, no podría parar, y eso sería embarazoso. Se apartó de él—. Te amo con todo mi ser. — Lorenzo la sujetó del brazo—. Te deseo. Quiero tenerte en mis brazos para toda la eternidad. No quiero que me temas, me conformo con que me ames con la mitad del amor que yo siento por ti. Desde que te vi por primera vez, no he podido alejarte ni un segundo de mi pensamiento. Pero necesito que trates de comprenderme Julia. Mi vida no ha sido fácil. Tuve que salir de mi casa cuando apenas era un niño. Gracias a Mario Abenojar, que me ayudó a escapar de un infierno, pude enrolarme en un barco de guerra. A partir de ahí, viví situaciones por las que un crío no debería pasar. He visto morir a mucha gente y hacer verdaderas atrocidades en nombre de la justicia. He matado y engañado para sobrevivir. —Lorenzo le habló con sinceridad; le contó su vida, finalmente, y Julia se sintió triste y afligida—. Me hirieron en el rostro con una daga y creí que iba a morir desangrado. Pero una vez más sobreviví. He estado a las puertas de la muerte muchas veces. Espero que algún día llegues a comprender todo lo que he padecido. Pero, aunque no sea así, al menos dame la oportunidad de demostrarte todo lo que te amo y lo feliz que soy a tu lado. Solo tú puedes hacerme olvidar tanto sufrimiento y dolor. Solo tú puedes conseguir que mi vida tenga sentido. —Con las manos temblorosas y las lágrimas rodando por sus mejillas, Julia le acarició la cicatriz del rostro con ternura. Una parte de ella quería que Lorenzo la tomara entre sus brazos y la besara con fuerza, pero la otra sabía que no debía propiciarlo y quería salir corriendo de allí. Lorenzo sintió el nerviosismo de Julia y la rodeó con sus brazos—. Mis desgracias y mis fracasos han hecho de mí el hombre que ves. Si hay algo que no te guste, ayúdame, por favor, a ser diferente. —Julia lloró desconsolada. Nunca había dudado de su amor por Lorenzo y, ahora, recostada sobre su pecho, supo que no querría estar con ningún otro hombre en su vida—. ¡Cásate conmigo, Julia!

Julia lo miró sorprendida y, sin poder contener la felicidad que la embargaba en esos momentos, contestó entre lágrimas y risas.

—Sí. Me caso contigo.

Lorenzo la apartó unos centímetros de él para ver su rostro y acercó despacio su boca a la de Julia. Cuando sus labios fuertes y carnosos rozaron los de ella, esta los entreabrió para recibir su lengua y apretó su cuerpo contra el de Lorenzo, ofreciéndose plenamente. Él sintió el ardor de Julia y, contagiado por la pasión, besó sus ojos, su pelo, su cuello... Julia se dejó hacer con plena sumisión, llevada por la seducción y la excitación que despedían sus cuerpos. Lorenzo empezó a desabrocharle los botones de la camisa. Necesitaba poseerla allí mismo. Enseñar a esa niña angelical que lo besaba con tanta inexperiencia, que se le entregaba con tanta pasión y con tanto amor, lo que era el verdadero placer en manos de un hombre como él. Pero, cuando invadió con sus manos el interior de las faldas de Julia, acariciado lentamente sus muslos y ascendido lentamente por ellos, en el mismo instante en que sus manos sabían que a pocos centímetros llegarían al universo de su intimidad, observó el rostro inquieto de Julia y supo contener la tentación. Dominó su instinto más carnal y la apartó de su lado. Abochornada, arrepentida e, incluso, indignada por lo que acababa de pasar, ella se levantó, se recompuso el peinado y el vestido y esperó en silencio, preparada para marcharse.

Lorenzo enganchó los caballos a la calesa, la ayudó a sentarse y pusieron rumbo a Toledo sin dirigirse la palabra en todo el trayecto.

La deseaba con frenesí, pero, al tiempo que le atraían la candidez y la pureza de Julia, también detestó su actitud sumisa, y eso le confundió. Quizá, porque era la imagen que siempre tuvo de su madre o porque no estaba acostumbrado a mujeres tan decorosas como Julia. Desconcertado, Lorenzo intentó despejar de su mente cualquier emoción contraria a los sentimientos tan placenteros que acababa de sentir con Julia. La amaba con toda su alma. Esa era la única verdad.

—¿De dónde vienes? —Carmen, que había regresado del cigarral a eso del mediodía, llevaba más de una hora esperándola en el

zaguán. Ya no encontraba más excusas para calmar a Manuel. Estaba nerviosa; no paraba de caminar a su alrededor, con el rostro crispado y las manos metidas en los bolsillos de su vestido negro—. Tu padre ha preguntado por ti y no he sabido qué contestarle. Con todo lo que ha pasado en el cigarral..., tenemos un disgusto muy grande. Así que dime la verdad.

—Me levanté pronto, fui a dar un paseo y me entretuve —mintió y, sin apenas mirarla, se encaminó hacia su habitación.

Carmen le dio una bofetada en pleno rostro.

—¡Basta! No vuelvas a mentirme. ¿De dónde vienes?

Parecía que Julia iba a echarse a llorar.

—He paseado a caballo con Lorenzo —dijo en un tono casi inaudible. Al ver el gesto contraído de su madre, decidió cerrar la boca y aguantar el chaparrón.

Carmen le dio otra bofetada, y luego otra y otra. Julia se cubrió la cabeza. Carmen, fuera de sí, la golpeaba con ambas manos. Las dos lloraban, una de rabia y la otra de impotencia. Carmen se quedó quieta, con las manos a lo largo del cuerpo, los hombros caídos y la cabeza ladeada. Jamás había pegado a su hija ni le había levantado la voz. Siempre la tapaba; siempre consentía sus caprichos. Se había comportado como una alcahueta con su propia hija y, ahora, esto... Agotada por la insensatez de esta, se dejó caer sobre una banqueta mullida del siglo xv.

—No puedo creer que hayas sido tan inconsciente. Si tu padre se enterara de esto..., no quiero ni pensar lo que te haría. Te encerraría en tu cuarto de por vida.

Julia, despeinada, acalorada, con la puntilla del vestido roto y el sombrero por el suelo, miraba a su madre con los ojos hinchados de llorar. Quería abrazarla y pedirle perdón, pero... nunca la había visto tan enfadada, tan triste, tan decepcionada. Se arrodilló frente a ella y puso sus manos sobre su regazo.

—Madre, por favor, le juro por el Sagrado Corazón de Jesús, por María Auxiliadora, por la Virgen del Sagrario, por santa Leocadia, que Lorenzo es un caballero, y le quiero.

—¿Te ha puesto la mano encima? —Julia se levantó sobresaltada—. ¿Puedes jurarme por todos esos santos y santas que no te ha puesto

la mano encima?

Julia bajó la cabeza y Carmen la miró con tanta rabia que las lágrimas le salían a borbotones y, sin poder remediarlo, le asestó otro bofetón y con la voz entrecortada por el llanto le dijo—: No se lo diré a tu padre porque temo su reacción, Julia. Porque, si le digo todo esto, si te imagina manchada en tu honor por ese hombre, se volverá loco y te matará a golpes, o te encerrará en un convento o no sé qué locura le pasará por su cabeza. Si se entera, el demonio entrará por esa puerta y la desgracia se quedará entre nosotros. Ya nada será lo mismo. Eres una deshonra para esta familia, hija. No sé en qué hemos fallado. Tú no nos vas a avergonzar ante la gente. Te consentimos demasiado y nos hemos equivocado. Pero las cosas van a cambiar. No volverás a salir de esta casa. No volverás a mencionar su nombre. A partir de ahora, estas paredes serán tu vida, Julia. — Carmen apartó a su hija de su lado y se dispuso a marcharse. Julia retrocedió dos pasos.

—No, madre, por favor. He cometido una estupidez. No volverá a ocurrir, lo juro. —Julia se abrazó a su madre—. Me ha pedido en matrimonio. Quiere que nos casemos. —Carmen se apartó de su hija con el rostro desencajado—. Nos amamos. Yo no puedo... no quiero vivir sin él. Quiere que sea su mujer. Formar una familia. —Julia se acercó a su madre, tomó sus manos y las apretó contra su pecho—. ¿No es maravilloso, madre, que te amen así?

Carmen cerró los ojos y se resignó ante su hija. Era como si nada de lo que le había dicho hubiera servido de algo. ¿Qué podía hacer ante una situación así? ¿La molía a palos hasta que entendiera palabra por palabra? ¿De verdad era tan ingenua su hija? ¿Tan inocente? Carmen la miró. Aún tenía las marcas en su rostro de los bofetones que le había dado minutos antes, y tuvo ganas de acariciarla y pedirle perdón. No sabía qué hacer con ella. No tenía ni idea de cómo afrontar esa situación. Sus ojos, grandes, limpios, sinceros, brillantes, dulces... le suplicaban, le pedían ayuda... Era su hija, su adorada niña. Enamorada hasta la última célula de su ser.

—Sí, hija. Es maravilloso que te amen. Siempre que sea el hombre adecuado para casarte y...

—Y Lorenzo no lo es, ¿verdad?

—No. No lo es, hija.

—Madre, ¿cómo supo que papá era el hombre adecuado? ¿Cómo se sabe algo así?

Carmen guardó silencio. «Eso nunca se sabe», pensó para sus adentros. A ella se le estaba escapando la juventud. Decidieron casarse, y con el tiempo aprendieron a quererse y respetarse.

—Ese Lorenzo es un hombre con mucha experiencia en todos los aspectos, Julia. Eso puede ser una ventaja o un problema. Dudo mucho que comprendas lo que te digo. Eres tan inocente...

—Madre, tengo veinte años, y si estoy segura de algo, es de que Lorenzo es el hombre con el que quiero vivir el resto de mi vida. Tiene que entenderme; usted tuvo que sentir lo mismo que yo. — Carmen sonrió con pena.

—No volverás a verlo, hija mía.

—Pero...

Manuel salió de su despacho, cruzó el patio y entró al zaguán, donde encontró a su mujer y a su hija. Tenía la mirada turbia y el gesto contraído.

—¿No se come en esta casa?

Julia acudió a besar a su padre, pero este la apartó bruscamente. Subió las escaleras y ambas lo siguieron hasta el comedor del primer piso. Carmen hizo una señal a su hija para que se sentara a la mesa sin decir nada. Cuando Ramona sirvió la perdiz estofada y dejó los platos de las sardinas, los pimientos secos y las uvas sobre la mesa, Carmen le hizo un gesto para que se marchara y los dejara solos. Nadie habló durante la comida. Julia y Carmen apenas probaron bocado y Manuel, de vez en cuando, miraba a una y a otra para soltar un leve gruñido. Con el último trozo de comida en la boca, apuró el vino de su copa, se recostó sobre la silla y se dirigió a su hija.

—Has estado con ese hombre, el tal Medina, ¿verdad? —La pregunta de Manuel provocó que a Julia se le cayera estrepitosamente la cucharilla con la que estaba terminando su postre y Carmen se quedó lívida.

—¿Por qué lo preguntas?

—¡Cállate, Carmen! Julia, ¿has estado con Lorenzo Medina? —Esta

miró a su madre, suplicante—. ¿Eras tú la que ibas subida en la calesa de ese hombre esta mañana?

—Querido, ¿por qué no nos lo cuentas sin dobleces? —terció Carmen enojada.

Manuel montó en cólera y dio un puñetazo sobre la mesa, haciendo saltar copas, cubiertos y platos.

—¡Porque no me gusta enterarme por ahí de lo que hace mi hija a escondidas de sus padres y delante de todo el mundo! Subirás a tu habitación y te quedarás allí encerrada hasta que yo te lo ordene.

—Pero, padre... —protestó tímidamente Julia.

—¡Silencio! —Manuel volvió a golpear la mesa con el puño—. Te has puesto en evidencia como si fueras una...

—¡Manuel! —protestó Carmen—. Julia, sube a tu cuarto.

Julia obedeció sin rechistar.

—Manuel, por Dios, has estado a punto de...

—Estoy furioso con ese hombre y contigo por no estar pendiente de tu hija. —Carmen se echó a llorar y Manuel se recostó sobre el respaldo de la silla—. Esta mañana, después de regresar del cigarral y dejarte en casa, fui a ver a Pedro. Llevo días sin saber de él. No estaba en su casa. No sé qué es lo que le pasa a ese imbécil que no da señales de vida. El caso es que, cuando regresaba, me encontré con Gabriela, la mujer de Abenojar. Se acercó a mí, y con la voz chillona que tiene y una sonrisa de oreja a oreja, se atrevió a darme la noticia de que mi hija se veía con Lorenzo Medina a escondidas. ¡Qué vergüenza! Todo el mundo hablando de mi niña. ¡Qué humillación! —Manuel se limpió el rostro con la servilleta de hilo—. ¿Cómo es posible que tu hija sea tan insensata? Ese hombre, como se llame, galanteando con mi niña, mostrándola ante los ojos de todo Toledo, como si fuera un trofeo. Pero quien está detrás de todo esto es el miserable de Mario. Saben que conmigo no han podido y van a por lo único que tengo. La mataré si es necesario y a ese..., no quiero volver a verle el pelo. Escúchame, mujer, tu hija no saldrá de esa habitación pase lo que pase.

A través de una nota que llevó Ramona, Lorenzo fue informado de la prohibición de volver a ver a Julia, y por Abenojar, de la

indiscreción de Gabriela. Dos días después, Manuel y Carmen Céspedes cerraron la casa de Toledo y se trasladaron al cigarral.

Los días transcurrían tediosos para Julia, mano sobre mano y suspirando por su amado. Por las tardes, Carmen y su hija pasaban largas horas bordando o leyendo el libro de las horas en el jardín trasero junto a la fuente y bajo un enorme emparrado que las cobijaba de los rigores del calor, rodeadas de rosales, sempiternas, jazmines, tiestos con adelfas y geranios... Sobre las seis de la tarde, Ramona les llevaba un café con mantecados y se quedaba con ellas un rato para descansar y hacerles compañía.

Una de esas tardes, aprovechando que Carmen se había quedado dormida, Ramona le hizo una señal a Julia para dar un paseo hacia el cenador, situado al otro lado del jardín, en un sitio más alejado de la casa y menos expuesto a la vista de Carmen o de Manuel. Una vez a solas, le comentó que Lorenzo sabía que ella bajaba todos los martes y jueves al mercado de Zocodover para surtir de víveres la casa. Allí la había abordado para hacerle entrega de una carta para ella.

Ramona sabía que no debía dársela. Pero estaba segura de que, si no tenía noticias de Julia, tarde o temprano ese hombre se presentaría en el cigarral. Era mejor así.

Julia leyó la carta muy emocionada. Lorenzo le proponía verse en uno de los meandros del río que, según le había mencionado Ramona, era una zona discreta y alejada de las miradas curiosas.

Al día siguiente se vieron y, a partir de entonces, lo tomaron como una costumbre. Pero a finales de agosto a Lorenzo se le agotó la paciencia. Verse en secreto con Julia se le antojó inaguantable. Una noche, durante la cena, lo comentó con Mario.

—No sé, chico. Ya te dije que Manuel es duro de roer —le confesó Mario.

—¿De verdad estás tan enamorado de esa pazguata? —preguntó Gabriela, que se había sentado a la mesa para cenar con ellos.

—¡Cierra la boca! —gritó con esfuerzo Mario—. Ya metiste la pata. Sube a tu habitación y déjanos solos. —Luego se dirigió a Lorenzo—: Vamos a ver, hijo. Ese hombre no va a permitir que salgas con su hija. De ninguna manera, y menos después de relacionarte conmigo.

Se ha llevado a su hija lejos de ti. Es increíble, aún no salgo de mi asombro. Tendría que haberle partido esa estúpida cara cuando tuve la oportunidad. ¡Maldito bastardo! —Mario suspiró con fuerza. Intentó recomponer la compostura, miró a Lorenzo y sonrió a duras penas—. Pero, ¡qué demonios! Habla con él. ¿Acaso vas a estar toda la vida viéndola a escondidas como si fueras un chaval?

—Hombre... Está claro que el odio que te tiene lo ha extendido a mí, y eso no me lo pone nada fácil. No sé qué os pasa, la verdad. Lo de su esposa y lo tuyo ocurrió hace muchos años, no creo que eso sea motivo suficiente para tanto odio. ¿Qué tengo que ver yo con todo eso? Yo no sé qué tenéis entre vosotros dos, pero no pienso dejar que eso me afecte. Si os queréis matar, mataos. Pero yo tengo otros planes para mi vida y os aseguro que ninguno de vosotros entráis en ellos. A mí dejadme en paz. Quiero a Julia, la amo, y no pienso entrar en vuestro juego. Voy a hablar con Manuel y a decirle que lo que tenga contigo se quede entre vosotros. Esa no es mi guerra ni lo será nunca. Pienso quedarme al margen. Así que ya lo sabes, viejo chocho, que entre el uno y el otro no vais a joderme la vida.

Capítulo 10

Con la esperanza de que su suerte cambiara, Lorenzo se preparó para visitar a Manuel y, de una vez por todas, presentarse debidamente y pedir la mano de su hija. Se puso su mejor traje y, cuando se disponía a salir a la calle, Gabriela lo interceptó.

—Vaya, veo que por fin te has decidido. —Sonrió con sarcasmo—. Me vas a tener en ascuas todo el tiempo. Te deseo toda la suerte del mundo con el padre.

—No la necesito, querida. Lo convenceré. En cuanto me dé la oportunidad de hablar con él, llegaré a su corazón.

—¿A su corazón o a su bolsillo? —preguntó Gabriela con ironía.

Lorenzo la miró sin comprender.

—Querido, no quiero ser grosera, pero esa niña es la heredera de toda una fortuna. ¿Qué tienes tú? —Gabriela suspiró—. ¿De veras crees que Manuel no va a pensar que te quieres casar con su hija por dinero?

Lorenzo sonrió con tristeza ante el comentario.

—Puede que tengas razón. Posiblemente se le pase por la cabeza. Pero le demostraré que amo a su hija por encima de todo y no tendrá más remedio que cambiar de opinión.

Manuel tenía que firmar un acuerdo en Toledo con unos comerciantes de Madrid. La recogida de ese año había sido un éxito, pero debían dejar cerradas la entrega y las condiciones del año próximo. Les iba a llevar varios días y, para no tener que desplazarse todo el tiempo, lo mejor era quedarse en la casa de Toledo. Además, debía asistir a un congreso de agricultores que se celebraba todos los años en la ciudad.

Carmen y Julia salieron a despedirle.

Lorenzo tomó el camino que recorría todas las tardes para ver a Julia, solo que esta vez a quien quería visitar era a su padre. Le

convencería. Le diría la verdad. Ese hombre lo entendería y le aceptaría. Antes de dejar el camino principal para tomar el desvío que llevaba hacia la casa de campo, creyó divisar un carruaje en dirección contraria. Aminoró el paso y esperó a un lado del camino, pues quien fuera que venía levantaba una gran polvareda y no quería llegar con el traje lleno de polvo. A pocos metros, reconoció a Manuel Céspedes y, cuando la calesa llegó a su altura, Lorenzo le hizo una señal para que se detuviera a su lado.

—Señor, deseo hablar con usted. De hecho, en estos momentos me dirigía a su casa.

—Pues tengo algo de prisa; dígame lo que sea ahora mismo — contestó de mal humor.

—Es un asunto personal que desearía comentarle en algún lugar más tranquilo.

—¿Más tranquilo? —Manuel miró a su alrededor—. No creo que aquí nos moleste nadie. Considere que estamos en mi casa. De hecho, está en mis tierras.

Lorenzo se sintió raro. La seguridad que tenía tan solo unos minutos antes desapareció y empezó a notar un ligero latido en su sien derecha.

—Amo a Julia —le soltó de pronto—. Señor, quiero a su hija con toda mi alma. Y he venido hasta aquí con la intención de pedirle su mano.

Manuel se quedó en silencio. Lo miró fijamente durante un largo rato. Ese hombre se encontraba plantado frente a él, envalentonado, altivo..., pidiendo la mano de su hija entre zarzales, piedras y tierra.

—No es de extrañar que se fije en mi hija, pues estará conmigo en que posee una gran belleza y ni que decir tiene lo fácil que resulta engatusarla, pues tiene un alma inocente y pura. Pero, mientras yo viva, ningún hombre que no sepa valorar esas cualidades será merecedor de ella. ¿Ve usted todo eso en mi hija? —le preguntó. Luego, alargando el brazo, le señaló con el dedo todo el paisaje que los rodeaba—. Todo esto me pertenece, y será de ella algún día. ¿Puede usted perfeccionarlo con su patrimonio?

—En cuanto a lo primero, no le quepa la menor duda, señor, de que esas cualidades de su hija son las que me enamoraron. Y en cuanto a

lo segundo, apenas poseo un trozo de tierra a la que doy escaso valor. Señor, si me acepta, colaboraré con usted, trabajaré duro en lo que me diga. Estas tierras también serán mi responsabilidad. Cuidaré de mi mujer y de su patrimonio como si de mi vida se tratase.

—Usted no sabe distinguir un ciruelo de un peral, amigo mío. No ha trabajado la tierra en su vida, por lo que sé. ¿Puede decirme a qué se ha dedicado? —preguntó Manuel.

—Soldado. He estado en la marina y, luego, durante mucho tiempo... —Lorenzo meditó la respuesta. Pensó decirle la verdad, pero se dio cuenta de que eso sería su ruina. Todo acabaría en ese camino de tierra—. Trabajé en barcos mercantes.

Manuel enarcó las cejas.

—¿No obtuvo ningún cargo? Capitán, teniente, alguna graduación que le distinga.

—No, señor.

—Caballero. No tengo nada contra usted. Sé que se ha visto con mi hija y le voy a ser franco: no quiero que vuelva a verla. La ha puesto en una situación muy desagradable. Puede que en otros lugares sea costumbre verse libremente con otra clase de mujercuelas, pero en Toledo no. Aquí el honor de las damas es algo intocable, y aunque sé que ha tenido un buen maestro en Abenojar, la honorabilidad de mi familia es sagrada y usted ha estado a punto de acabar con ella.

—Señor, le ruego que me escuche. La amistad que me une a Mario Abenojar es por un asunto de mi infancia. Él me ayudó en un momento muy complicado de mi vida y por eso le guardo un gran afecto, pues soy hombre leal. Sé que entre ustedes ha habido algún malentendido hace tiempo, pero yo no tengo nada que ver con esa historia. Mis sentimientos para con su hija son sinceros. Es cierto que lo que poseo es poca cosa, pero le aseguro que, antes de que los franceses la arrasaran, la hacienda de mis padres era digna a tenerse en cuenta. Desafortunadamente, la vida no me ha resultado fácil. Pero le aseguro que soy un hombre de honor y, si me da una oportunidad, se sentirá orgulloso de mí.

Manuel respiró profundamente.

—Seguramente será todo lo que usted dice ser, pero los hechos indican otra cosa. Usted ha contravenido toda norma moral y ha

puesto a mi hija en el punto de mira de esta ciudad. No se ha comportado como se espera de un caballero. Si lo fuera, jamás habría paseado la honra de mi hija por las calles de Toledo. Por lo tanto, si le vuelvo a ver por aquí, si me entero de que ha puesto un pie en mi casa, llamaré a las autoridades y haré que lo encierren para siempre. Está advertido.

Dicho esto, Manuel se marchó dejando a Lorenzo con la palabra en la boca, los puños apretados y los dientes rechinando. Nadie le había hablado de esa manera. Él no estaba acostumbrado a eso. Si quería estar con una mujer, estaba y punto. ¿Cómo se atrevía ese hombre a hablarle así? Le había amenazado en su cara. Se sentía humillado y asqueado.

—¡Maldita sea! —gritó con todas sus fuerzas. Dio media vuelta y se dirigió a la primera taberna que encontró como alma que lleva el diablo. El primer trago le quemó la garganta. Las palabras de Manuel seguían rebotándole una y otra vez en la cabeza. ¿Qué se había creído ese tipo? Lorenzo hizo una señal al posadero para que le dejara la botella sobre la mesa. Con una botella de ron en su estómago, los efectos no tardaron en aparecer. Miró a su alrededor. Frente a él, cuatro individuos lo observaban sonriendo mientras jugaban a las cartas.

—¿Qué os pasa? —gritó—. ¿No sabéis jugar y os aburrís? —Lorenzo se levantó tambaleándose y se acercó a ellos. Uno de los hombres se levantó, cogió las monedas que había sobre la mesa y se marchó. Lorenzo aprovechó para sentarse en el sitio que había dejado libre—. ¡Posadero! Otra botella de ron. Voy a enseñarles a estos señores cómo se juega al póquer de verdad.

La partida se inició con una apuesta baja. Lorenzo bebía sin parar. En las dos primeras bazas desplumó a uno de ellos. La apuesta subió. Lorenzo se sentía en su salsa. Se desabrochó el lazo de la camisa y pidió otra ronda para todos. Después de dos horas de juego, uno de ellos, tras perder todo el dinero que llevaba, se marchó. Lorenzo se enfadó. Faltaba un cuarto jugador. Con la voz hueca por el alcohol invitó a los que allí había a que se sentaran en la silla vacía. Nadie contestó. Entonces, se levantó de su asiento y empezó a increpar a todos los hombres que se encontraban en la taberna. Uno se acercó.

Pidió permiso y se sentó a la izquierda de Lorenzo. La partida comenzó. Las apuestas iban subiendo cada vez más. El juego se tornó más serio y complicado. De repente se fijó en el hombre que se había prestado a jugar y lo reconoció.

—Pero ¡mira a quién tenemos aquí! —Lorenzo hablaba con voz pastosa. Apenas se le entendía. Con mano temblorosa, llenó la copa de Pedro Ávila y repartió cartas. En una hora desplumó al resto y se quedó mano a mano con Pedro.

En la isla de las Tortugas, frente a las costas de Haití, tenían su base los piratas. Allí estaba la Cofradía de los Hermanos de la Costa. Él había permanecido en aquel lugar cinco años antes de que los descubrieran y huyeran al golfo de México. Durante ese tiempo, conoció a todo tipo de hombres: negros, blancos, mestizos, indios..., la mayoría asesinos y delincuentes. Allí no se hacían preguntas. Todo el mundo era bien acogido. No había mujeres blancas; solo nativas. Se sobrevivía del engaño. Si te descubrían, eras hombre muerto. Pero, si eras astuto, estabas dispuesto a todo y no te pillaban, podías hacerte con mucho dinero. Cuanto más miserable y mezquino fueras, más garantías tenías de salir con vida. El póquer había sido su seguro, y todo gracias a su amigo Andrew.

Pedro confiaba en su suerte. No podía perder. Tenía una buena racha. La suerte estaba de cara. Tres reyes, un as y una jota. Un descarte en la mesa. La siguiente carta. Otro rey. El calor se hizo sofocante. Pedro puso una tercera parte de su dinero sobre la mesa. Tenía una mano difícil de superar. Por fin recuperaría el dinero y esa misma noche pagaría a Mario. Lorenzo igualó la apuesta con la mitad de lo que había conseguido por la venta de sus tierras y amontonó el dinero sobre el de Pedro. Miró sus cartas: dos ases, una jota y una dama. Descartó tres. No le entró nada. Pedro vio el sudor en el rostro de Lorenzo y subió la apuesta a todo o nada, y Lorenzo aceptó. Pedro levantó triunfante sus cartas, e iba a recoger el dinero cuando Lorenzo sujetó su mano y le enseñó las suyas: póquer de ases. Pedro se derrumbó sobre la mesa sin pensar en la trampa.

Julia no supo nada de Lorenzo en todo el día. Abatida y preocupada, apenas probó bocado durante la cena y pasó la noche

en vela pensando que podía haberle ocurrido algo.

Al día siguiente, preguntó a Ramona si había recibido alguna noticia, pero esta negó con la cabeza. Su madre la vio ir de un lado a otro e intentó distraerla en vano. Julia se negó a comer. Ya a la hora de la siesta, con su madre recluida en la habitación aquejada de un dolor de cabeza, Julia decidió sentarse en el porche trasero de la casa y, tras una hora de dar vueltas a sus pensamientos, decidió que, si esa tarde no sabía nada de Lorenzo, se marcharía a Toledo. Inmersa en sus pensamientos, un sonido la sobresaltó. Llevada por una corazonada, bajó los escalones del porche y se dirigió hacia el lugar de donde provenía el ruido. Tras unos arbustos vio aparecer a Lorenzo. La sorpresa fue tan grande que no dudó en echarse en sus brazos. Lo besó en los labios tan apasionadamente que, por un instante, olvidó que estaba muy cerca de su casa y a la vista de cualquiera que pudiera salir en ese momento.

—Lorenzo, mi amor. Estaba tan preocupada por ti.

—Ayer fue un día horrible. No pude venir. Ven aquí. —Lorenzo la sujetó de la mano y la ayudó a sentarse sobre una pequeña roca cerca de la casa del guardés.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó Julia, agitada aún por la sorpresa.

—¿Ha vuelto tu padre por aquí?

—No. Vendrá mañana. ¿Cómo sabes que no está?

Lorenzo se quedó pensativo.

—Ayer le vi. Intenté explicarle lo mucho que te amo, le pedí tu mano y me echó a patadas de sus tierras. Julia, por favor, necesito..., quiero casarme contigo —le confesó, al tiempo que protegió sus manos entre las suyas—. Sé que tu padre no ve con buenos ojos esta relación, pero cambiará de opinión. Ya lo verás. Seré un buen marido. Estará orgulloso de mí. —Julia lo miró con ternura—. Sé que, aunque no tengo una gran fortuna como la tuya, estaré a la altura de tu familia. No te faltará de nada, tendrás todo lo que mereces. Te amo con toda mi alma y me mataría aquí mismo si en algún momento pudieras ser desdichada por mi culpa. Te quiero con todo mi corazón, Julia, y esta situación me está matando. ¡Casémonos cuanto antes!

—¡Chis! —Julia no le dejó continuar poniendo un dedo en sus labios

—. Claro que quiero casarme contigo; te amo.

Lorenzo la atrajo hacia él.

—Julia —le dijo, mientras la besaba en la frente—. Vamos a prepararlo todo; será una boda discreta, los dos solos. Eres lo más importante para mí y estoy deseando que te conviertas en mi mujer.

—Al oír aquello, a Julia le cambió el semblante—. ¿Qué te pasa, amor mío? ¿Qué es lo que te preocupa?

—No podría ser feliz si entre mi padre y tú hubiese algún problema.

—Nunca. ¿Me oyes? Nunca saldrá de mi boca nada que pueda ofenderle. Si no eres feliz, yo tampoco. Si eres feliz, yo seré el hombre más feliz de la Tierra.

Julia se echó en sus brazos emocionada.

—Entonces, hablaremos con mi padre en cuanto vuelva de Toledo —contestó eufórica.

—No. No, mi amor. Eso es lo que quiero explicarte. Creo que, dadas las circunstancias, debemos guardarlo en secreto. Si se lo decimos, aunque finalmente aceptara, la boda se retrasaría meses, incluso años. Me he dado cuenta de que en esta ciudad todo son formalismos. Conozco una ermita cerca de mi pueblo. Podríamos irnos ahora mismo.

Julia lo miró asustada.

—¿Ahora? Pero... yo... no sé.

Lorenzo se empezó a inquietar al verla dudar.

—Si me quieres, ven conmigo. No te obligaré a tomar esta decisión. Pero, si decides quedarte, me marcharé hoy mismo de Toledo y no volveré jamás. No podría soportar vivir cerca de ti, sin ti.

—Pero, Lorenzo...

—Tu padre me considera indigno de su hija. Me lo dejó bien claro ayer. La única oportunidad que tenemos de estar juntos es casarnos en secreto. Entonces, no tendrá más remedio que aceptar nuestra unión. Es la última vez que te lo pregunto. Si me dices que no, no volverás a verme. ¿Quieres casarse conmigo ahora mismo?

Se marcharon a primera hora del día siguiente. Lorenzo la recogió en la bifurcación del camino, justo donde se había parado dos días

antes para hablar con Manuel. Cuando la vio, se quedó impresionado por su belleza una vez más.

—No he visto en mi vida una novia más bella.

Julia se sonrojó.

Llevaba puesto un vestido muy discreto y vaporoso de gasa en color perla, con un escote poco pronunciado, pero muy favorecedor. El sombrero en la mano dejaba al descubierto el gracioso peinado de dos pequeñas trenzas que nacían desde la sien y se recogían por detrás con una cinta del mismo color que su vestido, dejando el resto del cabello caer en cascada sobre la espalda. Salpicadas por toda la cabellera, llevaba pequeñas margaritas blancas como adorno.

Desde que Lorenzo había hablado con ella la tarde anterior, Julia tuvo que simular un fuerte dolor de cabeza para retirarse a su habitación. Le resultó complicado controlar los nervios y a punto estuvo de contarle a su madre sus intenciones. Pero el amor que sentía por él superaba con creces la locura. Era tan inmenso que, si su madre prohibía su unión, se moriría de dolor. Sería horrible la vida sin él, por lo que decidió no contárselo ni tan siquiera a Ramona.

Antes de salir a buscar a Julia, Lorenzo puso al corriente de la situación a su gran amigo Mario.

—¿Cómo crees que Manuel te recibirá, muchacho? Lo primero que hará será pegarte un tiro en la cabeza. Es una insensatez por tu parte regresar a esa casa. Una vez casados, deberíais marcharos lo más lejos que podáis y no regresar hasta que se calmen las aguas.

—No. Cuanto antes nos vea como un matrimonio, antes lo asumiré.

—Esas tierras, amigo mío, te pertenecerán. ¿Lo sabes?

Lorenzo asintió con una sonrisa.

—¿Acaso crees que te venderé los pastos? —preguntó con sarcasmo.

—Bueno, sería una buena acción que me los devolvieras. Eran míos. —Lorenzo lo miró confuso—. Ahora no es el momento, muchacho. Más adelante. —Lorenzo hizo ademán de marcharse, pero Mario lo sujetó del brazo—. Quiero que te quedes con esto. —Mario se quitó un reloj de bolsillo—. Este reloj ha sido una herencia que ha pasado de generación en generación. Como bien sabes, no tengo descendencia. Creo que es hora de que te lo entregue a ti,

muchacho. Nadie mejor que tú, ni más digno de este regalo. Cuando regreses, se lo llevaré a un judío que tiene una tienda a espaldas de la sinagoga para que grabe en él tu nombre.

Lorenzo se emocionó.

—No puedo aceptar esto, Mario. Yo... no.

—Por lo que a mí respecta, te considero mi hijo. Estaría orgulloso de que tú lo llevaras.

Ambos se fundieron en un gran abrazo.

Atravesaron Toledo sin problemas. Lorenzo miró la hora y sonrió al acariciar el reloj de su querido amigo. No le había dicho que él lo consideraba un padre. De nuevo se emocionó al recordarlo, suspiró, y lo guardó en el bolsillo.

Fuera de los muros, camino de Los Yébenes, los estaba esperando el sacerdote de la iglesia de Santo Tomás, quien había aceptado casarlos, por una sustanciosa suma de dinero, en la ermita de Santiago, alejada del pueblo y por tanto de las miradas de los curiosos. La ceremonia fue rápida y sin testigos. La homilía, tan solo un recordatorio de lo que suponía el santo matrimonio y de lo que se esperaba de una buena esposa. Cuando Julia entró en la ermita echó terriblemente de menos a sus padres. Esa no era la boda con la que había soñado, y una gran tristeza la invadió. Julia solo habló para las amonestaciones. Se sorprendió al ver los anillos: dos sencillos aros de oro en cuyo interior no encontró grabada ni la fecha ni el nombre de ambos. No pudo más y las lágrimas afloraron a sus ojos. Pero, cuando dio el «sí, quiero» y Lorenzo la besó, todo cambió. Sintió de nuevo el aliento de él sobre su piel y eso la reconfortó. Después salieron de la ermita cogidos de la mano como marido y mujer. Los recibió el calor de los últimos días de agosto. El paisaje le resultó más bello, más luminoso y perfecto que antes. Durante unos minutos se quedaron en silencio, con la ermita a sus espaldas y la extensa llanura manchega frente a ellos. Julia supo que, a partir de ese momento, su vida ya no sería la misma.

Llegaron al cigarral justo a la hora de la comida y, al no ver a nadie en el porche, decidieron pasar directamente al salón. Julia creyó que

no podría dar un paso más por los nervios que tenía y se sujetó del brazo de Lorenzo.

En el comedor, Ramona, que se encontraba sirviendo el gazpacho, se percató de la presencia de los jóvenes y dio un grito que asustó a Carmen. Manuel se giró y, al verlos, se levantó bruscamente tirando la silla al suelo.

—Pero ¿qué demonios...? ¿Qué hace usted en mi casa? ¿Y tú, hija...?

—¿Qué significa esto? —Carmen paseó la mirada de su hija a Lorenzo, pidiendo una explicación.

—Señores, déjenme, por favor, que les explique —empezó a hablar Lorenzo.

—Padre, madre. Lorenzo y yo nos hemos casado —soltó Julia.

Carmen se desmayó y cayó al suelo estrepitosamente. Ramona salió en busca de unas sales y Manuel dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Ni hablar! Ese matrimonio se anulará. Me iré a Roma si es necesario y hablaré con el mismísimo papa. Se lo advertí. —Después se dirigió a su hija con el semblante rojo de ira—. Y tú, ¿cómo has sido capaz de hacer semejante insensatez? ¿Acaso ya no somos nadie para ti? ¿Tan ingrata y mala hija te has vuelto?

—Madre —suplicó Julia buscando comprensión. Carmen, una vez repuesta, le hizo una señal con la mano indicando que se callara. Pero Julia, en vez de eso, se envalentonó—. Está bien. Nos hemos casado porque nos amamos. ¿Tan horrible les parece? Padre, sé que Lorenzo no es de su agrado, pero resulta que ningún hombre es digno de mí. ¿Acaso creía que siempre sería una niña? ¿Creía que nunca iba a madurar? Pues estaba equivocado. Ya ve que sí. Y usted, madre, sabe que estoy enamorada de Lorenzo y lo mucho que he sufrido por verlo a escondidas. —Manuel la miró sorprendido y Carmen se encogió de hombros—. Lo que sentimos el uno por el otro es amor. Podría haberme ido para siempre con él, lejos de aquí. Pero sé que no sería feliz. Ahora tengo lo que más amo en la vida, a Lorenzo y a ustedes. ¿Van a negarme esta felicidad? Si no aceptan a mi marido, no me aceptan a mí y, en tal caso, no me dejan otra salida que la de marcharnos lejos de aquí, de ustedes, del que ha

sido hasta ahora mi hogar. —Julia lloraba desesperada—. Y me iré con el corazón roto por el dolor. ¿Es eso lo que realmente desean?

Carmen y Manuel se miraron sin saber qué decir ni qué hacer. Aprovechando ese momento de silencio, Lorenzo habló pausadamente.

—Señor y señora Céspedes, entiendo que estén enfadados, pues no ha sido la manera más considerada de presentar mis respetos. En vano lo intenté. Pero usted, don Manuel, no quiso escucharme y me echó de sus tierras.

—¿Eso hiciste? —preguntó contrariada Carmen.

Manuel se encogió de hombros.

—Eso ya no tiene importancia, señora —prosiguió Lorenzo—. Amo a Julia con toda mi alma. Daría mi vida por ella, así que vine a buscarla y le propuse la idea del matrimonio. Sé que no fue lo correcto, no estuvo bien. Pero las circunstancias no me dejaron otra opción. Sin embargo, les doy mi palabra de que ustedes no se arrepentirán de esta unión. Trabajaré y lucharé por estas tierras. Señor, sé que se sentirá orgulloso de mí.

Manuel se sintió derrotado. ¿Qué podía hacer? Si mantenía su postura, perdería a su hija, y eso sería lo peor que pudiera sucederle. Miró a su mujer. Estaba entre la espada y la pared y solo había una solución.

—Ramona, pon dos platos más a la mesa. Los chicos tendrán hambre. —Fue la forma que Manuel tuvo de dar la bienvenida a su casa al nuevo matrimonio.

La comida se desarrolló con la tirantez normal de la situación. Lorenzo habló nervioso e intentó mantener una conversación amena. Por el contrario, Manuel se mantuvo en silencio y, cuando tuvo que dirigirse a Lorenzo, lo hizo con sequedad, a pesar de las miradas recriminatorias de Carmen. Ya había dado un paso de gigante al aceptar ese matrimonio, no podían exigirle que además lo tratase con afecto. Mientras comía, le venían a la mente los rumores que corrían sobre Lorenzo. Todo un dechado de virtudes, y ahora debía aguantarlo como yerno. Dirigió la mirada a su hija. Los ojos le brillaban de felicidad, sobre todo cuando escuchaba hablar a su marido. No cabía duda de que, con su charlatanería de pacotilla, la

había conquistado completamente. Si en este instante le hubieran dicho que todo eso no era más que una broma, habría sido el hombre más feliz del mundo.

—Señor, no tiene por qué preocuparse. Yo amo a su hija. Ella es feliz. Y usted seguirá teniéndola aquí, en su casa.

Manuel guardó silencio. «¿Qué coño me está diciendo? ¡Pues claro que me preocupo! ¡Mentecato!». Se removió en el asiento y miró fijamente a Lorenzo.

—Espero que mi hija sea feliz con usted, porque, aunque no dudo de sus palabras, sí lo hago de su talento. —Miró a su mujer—. Por mi parte —añadió levantándose de la silla—, todo está dicho. Que sea enhorabuena. Y, ahora, si me disculpáis, debo regresar a Toledo. Dejé unos asuntos pendientes que urge solucionar. Volveré para la cena.

Quince minutos más tarde, Manuel llegó a su casa de Toledo. Dejó la calesa y decidió continuar caminando hasta la oficina de Francisco Vargas, su notario y amigo. Bajó la calle Cadenas hasta llegar a la plaza de la Ropería; cruzó la calle comercio y bajó por Sierpe hasta la plaza de la Magdalena, donde entró al edificio de ladrillo rojo y subió al segundo piso, congestionado más por la ira que por el calor. Fue el mismo notario quien lo recibió con un fuerte apretón de manos.

—¿Cómo tú por aquí? Qué alegría me das. Hacía tiempo que no te veía. Últimamente lo resolvemos todo a través de Pedro. Pasa, nos tomamos un café y me cuentas el motivo de tu inesperada visita.

—Quiero asegurar la fortuna de mi hija —dijo sin rodeos—. ¿Es posible?

Francisco cerró la puerta un tanto desconcertado ante sus palabras.

—Mi hija y Lorenzo Medina se han casado esta mañana en secreto y si intento anular ese matrimonio mi hija no me lo perdonaría nunca —le comentó Manuel, mientras jugueteaba distraído con una pluma que había sobre la mesa—. Quiero que... su fortuna esté a salvo de las manos de ese hombre.

Francisco dejó las tazas a un lado y se sentó frente a Manuel.

—Bien. Quiero que entiendas que, una vez casada, las leyes no dejan duda sobre el asunto. Tu hija puede heredarlo todo si está

soltera, como heredera universal. Sin embargo, una vez casada, su marido se convierte en el administrador único.

Manuel se revolvió en su asiento.

—¿No hay algún resquicio legal, algo para que pueda asegurar la herencia de mi hija?

—¿Por qué te preocupa tanto?

—¡Porque se han casado como ratas, a escondidas, sin mi consentimiento! ¿No te pone eso en alerta? Pero mi hija está ciega y no escucha. Ese hombre trama algo. No es trigo limpio. Es amigo de Mario y tú sabes tan bien como yo que Abenojar y yo hemos tenido nuestras diferencias y...

—Te hiciste con sus tierras de pastos aprovechándote de la desamortización con las leyes de Napoleón, Manuel. En otras palabras, se las quitaron y tú las compraste por dos reales para ampliar las tierras del cigarral, y lo hiciste a sabiendas, solo para fastidiarle, cuando tú no las necesitas para nada, de la misma manera que te hiciste con los olivares del molinero. Es natural que ese hombre, Abenojar, esté rabioso contigo. Se la jugaste, amigo.

—Hay cosas que no se pueden olvidar. Él también me la jugó años antes con mi esposa. —Manuel se levantó y empezó a pasear nervioso por la habitación—. No he venido a hablar de eso. El caso es que hoy por hoy no me fío de ese Lorenzo y me gustaría asegurar la herencia de mi hija y, si es posible, la de mis futuros nietos.

Francisco se acordó de algo, se levantó, se dirigió a la extensa biblioteca, de donde sacó un grueso tomo, y volvió a la mesa. Hojeó el enorme libro y, al cabo de unos largos minutos, bajo la mirada atenta de Manuel, le comentó las diferentes alternativas. Optaron por la más segura y redactaron el acuerdo.

Justo antes de despedirse, se acordó de Pedro y se volvió hacia el notario.

—Me gustaría saber cómo puedo solucionar otro problema que me tiene preocupado. Se trata de Pedro.

—¿Qué le sucede? —preguntó Francisco con curiosidad.

—Se ha metido en un negocio turbio y, ahora..., bueno, hace tiempo que no sé nada de él y me estoy empezando a preocupar. Fui a su casa, pero da la impresión de que se lo ha tragado la tierra. —Manuel

le contó la conversación que habían mantenido meses atrás. Esta vez Francisco sirvió sendas copas de coñac y hablaron sobre ello hasta bien entrada la noche.

Ramona se afanó toda la tarde en preparar la habitación para el nuevo matrimonio mientras Carmen le explicaba a Julia los pormenores de la noche de boda. La risa contenida de su hija la ponía aún más nerviosa. Tarde o temprano ese día debía llegar, pero todo había pasado tan deprisa que Carmen no estaba preparada para afrontar esa conversación con total naturalidad.

—¿Lo has entendido, niña? —En el fondo de su alma, rogó que así fuera y la conversación hubiera terminado definitivamente—. Debes esperar a que él te reclame. Una esposa se debe en todo a su marido. En estas cosas, también. Si él te desea, se acercará, se pondrá sobre ti y te poseerá.

Julia soltó una risita nerviosa.

—¿Y... y eso, eso qué se hace...?

—Al principio es molesto, pero luego te acostumbras a ello.

—Pero ¿qué se siente, madre?

—¡Por el amor de Dios, hija! —Carmen se levantó de la silla cansada de la conversación. ¿Qué se sentía? Dolor y, con los años, hastío. Todas las noches esperaba a su marido boca arriba con el camisón levantado, como debía ser. Manuel se recostaba a su lado, como debía ser, y la penetraba, como debía ser. Quisiera ella o no quisiera, porque a Carmen nadie le preguntaba. Como debía ser.

Pero, para Julia, los consejos de su madre no se ajustaron a la realidad ni por asomo.

Para la cena se preparó algo más especial y opulento, dado el acontecimiento que se había producido. Manuel, tras su visita al notario, se mostró más conversador que de costumbre y, para asombro de su mujer, pidió disculpas a Lorenzo por la desconfianza con que lo había recibido y el imperdonable trato que le había dispensado, y terminó con un pequeño brindis en honor del joven matrimonio y de los muchos nietos que deseaba ver pronto correteando por sus tierras.

Al término de la cena, Julia se despidió con la excusa de que había sido un día muy intenso y se sentía algo cansada. Con una sonrisilla en los labios, subió a su habitación. Dos minutos más tarde, Lorenzo hizo lo mismo y, al abrir la puerta de la alcoba, se la encontró con el camisón a medio poner.

—No te hace falta eso, querida. No quiero que te lo pongas. —Julia obedeció. Se quitó el camisón y se quedó en mitad de la habitación sin saber muy bien qué se esperaba de ella, porque eso no era lo que le había contado su madre. Se suponía que debía estar esperándolo dentro de la cama con el camisón puesto. Sin levantar la cabeza, muerta de vergüenza, se cubrió sus intimidades con las manos. Lorenzo se acercó a ella, le retiró las manos y contempló de cerca su cuerpo. Julia tembló, pero a él no le importó. Se quedó fascinado ante su desnudez—. Eres preciosa. Una obra maestra. ¿Qué sirvió de inspiración para tanta belleza? No puede haber nada más perfecto que tú. Y eres mía. Solo para mí. —Avergonzada, excitada y confundida, Julia hizo ademán de ir hacia la cama—. No te muevas, mi vida. Te quiero así. Necesito mirarte para saber que no estoy soñando, que eres real. No tengas miedo. Recuerda que soy tu esposo.

Sus dedos recorrieron despacio el rostro de Julia. Sus manos abarcaban completamente su rostro, y eso a ella le gustó, y cerró los ojos. Los dedos de Lorenzo dibujaron de nuevo el contorno de sus carnosos labios y le introdujo su dedo anular en ellos. Julia se estremeció de placer, pero el pudor se hizo más patente y se tensó. Eso no estaba bien. Abrió los ojos y miró a su marido. Lo quería con locura, pero eso no era lo que le había dicho su madre. Si su marido le pedía esas cosas, ¿debía hacerlas? Un calor intenso cubrió su rostro. Bajó la vista hacia el suelo e intentó coger el camisón. Lorenzo se lo impidió—. Todo a su tiempo. —No entendía la actitud de su mujer. ¿Por qué se comportaba así? Él la deseaba con toda su alma. Llevó sus manos a los pechos de Julia y los acarició despacio provocando en ella gemidos de placer. Pero, cuando se agachó y mordisqueó con fuerza sus pezones, Julia lo apartó horrorizada.

Lorenzo la miró, preocupado, sin comprender qué era lo que estaba haciendo mal.

—Pero ¿qué te pasa, amor mío?

Julia se puso el camisón y se introdujo en la cama.

—Es que no lo sé muy bien, pero creo que... esto no, no... —Julia rompió a llorar.

Lorenzo comprendió. ¡Qué tonto había sido! Ese era el problema. Julia era una chiquilla y él lo había olvidado por completo. Se había dejado llevar por el deseo sin entender que, para ella, una joven inexperta, todo era nuevo, y seguramente lo poco que sabía del matrimonio le venía de los consejos que esa misma tarde habría recibido de su madre. «Bendita la hora», pensó. A Lorenzo le entraron ganas de reír a carcajadas—. ¿De qué te ríes? —preguntó Julia, que todavía sollozaba.

—De mí, cariño, que soy un tonto sin sensibilidad. —Lorenzo se recostó a su lado y, con un amor inmenso, la acunó entre sus brazos, mientras, tal y como entendió que su mujer aceptaría la unión marital, le indicó el deseo de poseerla. Julia se alzó el camisón hasta la altura del vientre. Lorenzo se colocó sobre ella y la penetró con suavidad. Marcó cada movimiento con tanta dulzura y pasión que provocó la entrega total de Julia.

Esa noche, Julia no pudo ser más dichosa.

Lorenzo sonrió. Era la primera vez en su vida que se entregaba al amor de esa manera. Era la primera vez en su vida que adulteraba su forma peculiar de sentir el placer sexual.

Capítulo 11

Julia se sentía radiante de felicidad. A pesar de la advertencia de su madre de que procurasen levantarse un poco antes para desayunar todos juntos, se despertaban tarde. Cuando bajaban al comedor, Manuel ya se había marchado y Carmen se encontraba en el porche con su costura. A Julia pareció no importarle que su padre tachara ese comportamiento de mala educación, máxime cuando vivían en su casa, y continuó haciéndolo para disgusto de él. Ramona sonreía al verla. Nunca había visto a su niña tan feliz y a ella no le importaba prepararles el desayuno más tarde.

—Señora, piense que están como de viaje de novios —le comentó un día a Carmen en voz baja—. Yo pienso que, como sigan así, la niña se nos preñará en menos que canta un gallo.

Julia era una prolongación de Lorenzo. Allá donde él estuviera, estaba ella cogida de su mano, sentada en el brazo del sillón que ocupaba o acomodada en la alfombra junto a sus pies. No había nada más que captara su atención. Lo admiraba y amaba con toda su alma. Paseaban a caballo o a pie. Disfrutaba mostrándole cada trozo del campo, cada palmo de tierra, cada árbol plantado, mientras le revelaba todo cuanto su padre le había contado a ella. Por las tardes, bajaban al río para sentarse bajo los álamos hasta la hora de la cena.

Lorenzo jamás se había imaginado la extensión del cigarral y lo que todo eso supondría en sus manos. Él no sabía nada de tierras y le entró vértigo solo de pensar que algún día él mismo se haría cargo de todo aquello. Reflexionó sobre ello y decidió que tenía que hablar enseguida con su suegro.

A finales de septiembre, las noches empezaron a refrescar y las cenas se celebraban dentro de la casa. Julia fue, una vez más, el centro de conversación, lo que provocó la sonrisa de su padre. Lorenzo comprobó que entre padre e hija había un lazo invisible más

fuerte aún que con la madre, y eso debía tenerlo muy en cuenta. Terminada la cena, una vez acomodados en los sofás, Lorenzo abordó el tema de las tierras.

—Manuel, durante todas estas semanas mi esposa me ha enseñado las tierras.

—¿Todo? —preguntó Manuel sorprendido.

—Palmo a palmo. Lo ha hecho francamente bien. He aprendido mucho con ella, le felicito. —Lorenzo guiñó el ojo a Julia y esta sonrió, emocionada. Carmen, por el contrario, sintió una punzada de nerviosismo.

—¿Y bien?

—¡Hum...! He pensado que... puesto que Julia algún día, Dios quiera que sea muy tarde, heredará todo esto... y como ella es mujer...

—Sí. Me he dado cuenta de ese detalle hace tiempo —soltó Manuel con ironía. Carmen y Julia soltaron una risita. Lorenzo sintió un latido insistente en la sien. Notó cómo el calor se le subía al rostro e intentó controlarse cerrando los puños.

—Lo que quiero decir es que me gustaría aprender, señor. Dado que soy el esposo de Julia y su yerno, creo que sería conveniente que estuviera al tanto de este negocio.

—Un poco más despacio, querido yerno. —Manuel le hizo una señal con la mano para que callara—. Le agradezco el interés, créame que sí, siendo usted hombre de mar. Marinero, ¿verdad? Sepa que las cosas de la tierra llevan su tiempo; no es tan fácil. No tenga prisa, amigo mío. Sobre todo y en estos asuntos en particular, hay que tener paciencia. Mi hija sabe cómo va el negocio, de eso ya me he encargado yo. De momento, con eso es suficiente.

—Yo le agradezco que...

—Nada, no tiene por qué agradecerme nada. A su debido tiempo, yo mismo le pondré al día de todo cuanto sea necesario. Ahora disfrute de su luna de miel.

—Amor mío, mi padre tiene razón. Ya se ocupa él de todo. Tan solo llevamos un mes de casados. Ya habrá tiempo de eso, marinero mío. —Julia se había sentado junto a Lorenzo y acariciaba su brazo con ternura—. Te quiero a mi lado a todas horas.

Lorenzo se molestó. No entendió la burla ni la respuesta de su

suegro, pero tampoco la de su mujer, y así se lo hizo saber una vez a solas en la habitación.

—Tu padre se ha burlado de mí y tú, en vez de apoyarme, te has reído. Ha sido una situación muy embarazosa para mí.

—Solo fue una broma, cariño. Claro que estoy de tu parte. Pero no entiendo por qué quieres trabajar en las tierras ya, Lorenzo. Todavía estamos de luna de miel, como quien dice. ¿Es que quieres que no nos veamos en todo el día?

—Julia, esta noche no has estado a la altura de lo que se espera de una esposa. Lo correcto es que tú apoyes a tu marido, no a tu padre. Yo no puedo pasarme el resto de mi vida contemplando el paisaje. Estas tierras acabarán siendo nuestras antes o después, y yo tendré que hacerme cargo de ellas como el cabeza de familia que seré. Cuanto antes aprenda, mejor será.

Lorenzo se despertó sobresaltado durante la noche. La conversación con Manuel había sido muy desagradable, sobre todo por el comentario irónico a su costa que provocó la risa de las mujeres. Risas que resonaban en su cabeza una y otra vez. Solo quería ayudar. ¿Qué problema tenía ese hombre con él? Amaba a su hija y demostró interés por el negocio, pero él prefirió burlarse para dejarlo en ridículo ante Julia. En otro tiempo jamás hubiera tolerado un desaire así. Por menos de eso... Pero ahora todo era distinto y no iba a estropearlo. Hablaría de nuevo con Manuel. Le haría ver que estaba equivocado.

Dos días después, Manuel comunicó que regresaban todos a Toledo. Carmen y Julia salieron en el carruaje, mientras Manuel y Lorenzo lo hicieron a caballo. Durante el trayecto, Manuel evitó cualquier conversación con Lorenzo cabalgando varios pasos por delante de él. Intuía que querría retomar el asunto de las tierras y no tenía humor para hablar de ello. La noche anterior, su mujer le había comentado que no era mala idea que aprendiera. Al fin y al cabo, era su yerno y, le gustara o no, algún día tendría que tomar las riendas. Llevado por los demonios de sus pensamientos, azuzó al caballo. Lorenzo observó a Manuel alejarse hasta que lo perdió de vista. En ese momento supo que no tenía nada que hacer con él. Jamás le aceptaría. ¿Por qué las

cosas siempre tenían que ser tan difíciles para él? Dentro de su cabeza empezó a forjarse una extraña sensación. Notó cómo el calor subía a su rostro y un latido le punzó la sien. Cerró los ojos e intentó relajarse. No podía descontrolarse, ahora no. El pasado había quedado atrás para siempre al casarse con Julia. Ahora tenía una familia. Debía hacer las cosas bien. Una vez en Toledo, en vez de ir a la casa, decidió visitar a Mario, al que echaba de menos.

—Pero ¿qué haces aquí, muchacho? —Mario lo abrazó con cariño—. ¿Y tu santa esposa?

—No ha podido venir, pero te envía recuerdos. ¿Y Gabriela?

—Por ahí anda —contestó señalando con la cabeza el piso de arriba—. Ven, toma un licor del bueno y cuéntame lo de la boda.

—Todo fue muy rápido. De la ermita nos fuimos directamente al cigarral de los padres de Julia, y hasta hoy mismo, que hemos regresado a Toledo. —Lorenzo sorbió un trago de licor.

Mario le miró asintiendo a cada palabra con la cabeza.

—Entonces, supongo que habrás visto las tierras.

—Sí.

—¿Qué te parecen?

—Una maravilla. Pero, claro... —contestó Lorenzo, encogiéndose de hombros—. Te lo dice un hombre de mar.

Mario enarcó las cejas.

—¡Huy! Esa frase contiene pólvora, chico.

Lorenzo le explicó la conversación que había mantenido con Manuel y el viaje de regreso a Toledo.

—¡La mar cochina! —Mario dio un golpe contra el brazo del sillón. Te dije que era un hueso duro de roer. ¡Deberías quitarle todo y darle una lección! —vociferó—. Pero ¿dónde se ha visto dejar las cosas en manos de una mujer? —Mario tosió aparatosamente y luego se limpió. A Lorenzo le cambió el semblante cuando vio la mancha de sangre que había dejado en el pañuelo.

—¿Qué significa esto, Mario? —preguntó Lorenzo preocupado.

—¡Bah! Llevo varios días así. No es nada, chico. Estoy en buenas manos.

—¿Qué te ha dicho el médico?

Mario lo miró con los ojos vidriosos.

—Tuberculosis. Así son las cosas, pero todavía daré mucha guerra. No te creas.

Gabriela se unió a ellos. Oyó la tos de Mario y bajó al salón para ver cómo se encontraba. Cuando vio a Lorenzo, no pudo evitar una cierta alegría que no disimuló y se echó a sus brazos llorando exageradamente.

—Perdóname, Lorenzo, soy tan desconsiderada. Acabas de regresar y ni siquiera soy capaz de recibirte con entereza, pero es que estamos desolados. Como puedes ver, Mario no se encuentra bien. Nos esperamos lo peor.

—¡Todavía no me he muerto! —protestó Mario.

Lorenzo soltó una carcajada.

Gabriela se acercó a su marido y le dio un cariñoso beso en la mejilla. Lorenzo observó que llevaba una especie de túnica semitransparente que se le adhería al cuerpo al moverse y al trasluz dejaba entrever que no llevaba nada más puesto. A Lorenzo le pareció muy excitante y se sintió incómodo.

—¿Qué tal la vida de casado? —le preguntó.

—Muy bien. Julia es una mujer bellísima y encantadora. Soy muy feliz. —Se alegró enormemente de sacar el tema de su mujer. No había encontrado una manera mejor de alejar los pensamientos que tenía en ese mismo momento—. Soy el hombre más afortunado de la Tierra —insistió con una media sonrisa.

—Hablando de tierras... —interrumpió Mario—, no olvides que esa será tu herencia también. Tu futuro. Julia solo es tu esposa, nada más. Como mujer, se debe a su marido. Si eso no es así, deberás enseñarle a que te respete o se te irá de las manos. —Volvió a toser con violencia. Gabriela corrió a su lado, pero Mario la apartó con violencia ante la sorpresa de Lorenzo.

—¿No crees que estás exagerando un poco las cosas?

—¿Exagerar? Te digo, muchacho, que de vez en cuando hay que recordarles cuál es su sitio. Dales cariño, poséelas, concédeles hijos, surtirlas de alhajas, está bien. Pero sus cerebros están preparados para saber cómo y de qué manera deben satisfacer al hombre, y solo así son felices. Si se desmadra... recondúcela hasta que vuelva al

redil con las orejas gachas, muchacho. La mujer debe ser sumisa, dócil, mansa. Como las ovejas.

—Julia es dócil, servicial e inteligente. Es mi esposa, la amo y respeto. No sé qué mosca te ha picado hoy.

—Si fueran inteligentes, serían hombres. ¡Solo son mujeres! ¡Sométela! Esa mujer te ha faltado al respeto ante sus padres. ¡Oblígale a que te pida perdón! Tiene que doblegarse a ti, muchacho. Tú eres su dueño, su amo. Te pertenece, déjale bien claro que estás por encima de su padre. —Lorenzo lo escuchó en silencio. ¿Llevaba razón el viejo? Julia se había posicionado al lado de su padre. Él le había recriminado su actitud y, sin embargo, en vez de reconocerlo, le había replicado e incluso cuestionado cómo debía comportarse. Eso no podía consentirlo más. Mario se lo estaba diciendo bien claro y jamás le había aconsejado mal—. Antes de irte, déjame el reloj para grabarte tu nombre, chico. Gabriela se encargará de llevarlo.

—No hace falta, Mario. Así está bien.

—Quiero que lleve tu nombre, Lorenzo. Ese es mi regalo y mi decisión. No me amargues el día, chico.

A primeros de octubre decidieron, como algo excepcional, realizar todos juntos un viaje a Sevilla. Permanecieron allí una semana. Fue la única salida que hicieron más allá de Toledo. Después, Lorenzo se dio cuenta de que los Céspedes carecían de vida social. Llevaban una existencia austera y solitaria que afectó a la suya propia. Su única distracción consistía en pasear con su mujer por las mañanas e ir a la iglesia los domingos con toda la familia. Más allá de eso, y siempre que Manuel salía de casa, Lorenzo aprovechaba para visitar a su amigo Mario. La situación empezaba a angustiarse y a sobrecargarlo.

Noviembre resultó lluvioso y frío. Apenas salieron a pasear y los días se hicieron interminables. Día tras día, la vida de Lorenzo transcurría entre los muros de la casa viendo coser a su suegra y a su esposa, sin más opción que escuchar las tediosas conversaciones domésticas. Tenía que hacer algo o sucumbiría a la desesperación. Quiso hablar con Manuel para ofrecerse a ayudarlo en lo que fuera, y lo intentó en varias ocasiones. Pero este no se lo puso fácil. Por el

motivo que fuera, siempre había algo más urgente que reclamaba la atención de Manuel.

Lorenzo no aguantó más. Observó a Julia hablando animadamente con su madre.

Llevaban casados cerca de tres meses. Seguía enamorado de ella, pero las últimas noches apenas la había tocado. ¿Qué le estaba pasando? Se encontraba deprimido, aburrido, su vida empezaba a resultarle superflua y se sentía tan holgazán como inútil. Anímicamente se encontraba por los suelos y, a pesar de que amaba a su esposa, ya no encontraba el deseo suficiente para poseerla. Estaba hastiado de la rutina de todas las noches con ella. Siempre lo mismo. Desde la noche de bodas, no la había vuelto a ver desnuda. Esa inercia le aburría, le angustiaba, y empezó a preocuparle el hecho de no poder quitarse de encima la imagen de Gabriela. Su figura, al trasluz de la túnica, se le grabó en su retina. No era capaz de controlar sus fantasías. Esa mujer le desagradaba profundamente; no era muy diferente a las mujeres que se encontraba en aquellas tabernas. ¿Por qué pensaba en ella cada vez que hacía el amor con su mujer? ¿Por qué Julia ya no le excitaba como al principio? ¿Cuál era el problema?

Cuando llegaban a tierra, después de tanto tiempo en alta mar, las mujeres que los acogían en sus camas sabían lo que tenían que hacer. No había preguntas, no existían la moral, ni el decoro ni las reglas. Aquellas relaciones incluían todo, menos los sentimientos. Era sexo, nada más que sexo, y del bueno. Se acostumbró a tomar, a exigir y a disfrutar. Esas mujeres sabían cómo complacer a un hombre, y ahora lo echaba de menos. Con apenas trece años, fue testigo, víctima y verdugo de las condiciones tan peculiares de esa forma de vida, de las más altas y bajas pasiones. Vivió al límite, con la adrenalina bullendo en su cuerpo, excitado y libre. Con Julia encontró el amor. Pero, tras varios meses con ella, no hallaba la excitación sentida con esas mujeres. ¿Por qué su esposa no tenía la capacidad para despertar en él ese instinto salvaje que tanto deseaba volver a experimentar? Cuando se enamoró de Julia, nunca pensó en eso. Con ella era todo mucho más sutil. Ese era el problema. Mario llevaba razón. Solo tenía que enseñarle a Julia cómo

debía comportarse una esposa en todos los sentidos. Por otro lado, volvería a hablar con Manuel. Tenía que solucionar el problema. No podía seguir viviendo de esa manera. Iba a tomar las riendas de su vida de una vez por todas. Y sonrió. Estiró las piernas sin poder evitar un largo bostezo. Carmen puso una expresión de reproche y Julia lo miró sorprendida, pues no era de buena educación que Lorenzo se comportara así delante de ellas. Pero él comenzaba a estar harto.

—Voy a dar un paseo —comentó al fin.

—No será verdad con el tiempo que hace —protestó Julia.

—Querida, no creo haberte pedido tu opinión. No vuelvas a recriminar mi actitud, jamás.

Julia se quedó con la boca abierta a punto de contestar, pero optó por callar ante la mirada atónita de su madre.

—Madre, eso no ha estado bien —se quejó Julia, una vez a solas, dejando la costura a un lado.

—No. No ha estado bien que lo regañaras, hija, y menos delante de mí.

—¡Cómo! —exclamó sorprendida.

—¿Cuándo has visto tú que yo le diga a tu padre lo que debe o no debe hacer, Julia? Eso es impensable. Si tu marido dice que va o viene..., va, viene y punto.

—Pero...

—Julia. Es tu marido. Debes aprender a obedecer. Tu sitio está en la casa. Tu deber, tenerla perfecta para cuando él regrese, arreglarte para recibirle a la hora que venga y estar disponible para él. Recuerda: «Mujer compuesta quita el marido de otra puerta». Ese dicho era de tu abuela, que era una sabia. —Carmen sonrió al ver el puchero de su hija—. Julia, ya sé que ahora solo quieres estar todo el día con él, pero piensa que no puedes retenerlo aquí todo el tiempo para agrandar tu vista. Si le presionas, acabarás por perderlo. Compórtate como una persona adulta. Porque, si le aprietas demasiado, terminarás ahogándolo. A los hombres hay que darles su espacio, hija. Las mujeres tenemos el nuestro, la costura, la casa, bordar... Como ves, nuestro ámbito es más amplio que el suyo, y aunque parezca aburrido, te aseguro que reporta mucho placer saber que lo haces para ellos. Los hombres se desgastan mucho en el

trabajo, piensan mucho más que nosotras. Son más inteligentes. Llevan la parte más complicada de la vida, hija. Cuando están en casa, necesitan otro tipo de serenidad, y es aquí donde entramos nosotras. Los recibimos en una casa limpia, cómoda, para que se sientan a gusto y que su mayor preocupación sea decidir si quieren una copa de coñac antes o después de la cena. Y luego, hija, si necesitan algo más..., tú ya me entiendes, pues debemos aceptar complacientemente hasta que se queden dormidos. Esa es la actitud que se espera de una buena esposa. —Carmen suspiró ruidosamente—. No podemos agobiarlos con nuestras memeces, niña. Todo cuanto hacen tiene un porqué, y una buena esposa jamás rebate lo que su marido dice o hace. Acepta las cosas tal y como vengan, Julia. Lorenzo ahora es tu marido y te debes a él.

Julia abrazó a su madre emocionada.

—Gracias. No sé qué haría sin sus consejos.

—Anda, dile a Ramona que vaya preparando la comida.

—¿No hay manera de saber dónde está? —preguntó Manuel a Pascual. El comisario negaba con la cabeza.

—Si dice que había contraído deudas con Abenojar, pregúntele a él. Igual sabe algo.

—¿No podría buscar por los alrededores? No sé, quizá le haya pasado algo.

—Mire, señor Céspedes, ese hombre ya es mayorcito para saber lo que hace. Yo no puedo andar perdiendo el tiempo por ahí. Además, tampoco tenemos indicios de que le haya sucedido algo. ¿Ha ido a su casa, a ver si está?

—Por supuesto, ¿por quién me toma? —contestó ofendido.

—¿Y en el cigarral? Tal vez ahora se encuentre allí.

Durante la comida, Lorenzo se mantuvo en segundo plano. Como de costumbre, Julia y su padre llevaron todo el peso de la conversación. Ese momento familiar, a Lorenzo ya le resultaba insoportable. De buena gana comería en la cocina y así no tendría que aguantar las insulsas historias de su mujer y los sarcasmos sin gracia del padre.

Fue por la tarde cuando Lorenzo, una vez que comprobó que Julia se había quedado adormilada en la habitación, bajó las escaleras con la intención de hablar con Manuel. Oyó ruido en el despacho y se encaminó hacia allí. La puerta se encontraba entornada y, al ir a llamar con los nudillos, escuchó la voz de Carmen y optó por quedarse tras la puerta.

—Creo que podrías darle una ocupación a Lorenzo, querido. No puede pasarse todos los días aquí metido.

—Ni hablar. No pisará ni un palmo de mis tierras.

—Pero, Manuel, por Dios. ¿Qué te ha hecho ese hombre? Recuerda que es el marido de tu hija.

—¿Crees que se me olvida? Aquí lo tengo grabado —decía Manuel, señalándose con un dedo la frente—. ¡Maldita la hora en que lo conocí! ¡Maldita!

—Mira, Manuel, te guste o no, las cosas son así, y yo no lo quiero en mi casa mano sobre mano todo el día; me resulta engorroso. Es una situación muy incómoda. Hasta Julia le ha contestado. Eso es intolerable en una esposa, y si lo ve ahí tirado en el sillón de la mañana a la noche, acabará por perderle el respeto, y eso hay que evitarlo.

Manuel no pudo evitar una sonrisa.

—Bueno, querida, tampoco sería tan desastroso. Así se daría cuenta de que se ha casado con un holgazán de tres al cuarto. Un don nadie que no tiene dónde caerse muerto. ¿Sabías que he indagado su patrimonio? Sí, sí, no pongas esa cara. No podía dejarlo pasar por alto. Pues resulta que solo tiene una casa en Orgaz y un pedazo de tierra que no vale ni un cuarto de la mitad de mis tierras. Su único capital consiste en lo que tenga en sus bolsillos.

Carmen se había quedado lívida.

—¡Es el marido de tu hija, por Dios! Sabes perfectamente que los franceses mataron a su padre y destrozaron su hogar, como el de tantas familias. Ese hombre quiere a tu hija, Manuel.

—No permitiré que ese marinero de tres al cuarto se haga con mi fortuna. Ni hablar.

—Pero, Manuel.

—Me da igual. Cada vez que lo veo sentado a mi mesa, me pone los

nervios de punta. Y además, no me fío.

—Creo que estás sacando un poco las cosas de quicio —añadió su mujer, apesadumbrada.

Lorenzo se marchó a mitad de la conversación, y no escuchó cuando Manuel cedió ante las súplicas de su mujer y prometió hablar con él y darle una oportunidad. Rojo de ira, fue directo a casa de su amigo Mario.

—¡Esta es la gota que colma el vaso! Lorenzo, tienes que acabar con esto. No puedes seguir así. Ese hombre te va a hacer la vida imposible. Te recuerdo que tiene contactos importantes, y puede conseguirlo. Tienes que decidirte. Te conozco bien, muchacho. Si ese viejo avaro consigue lo que quiere, ¿dónde crees que acabarás tú? No se contentará con alejarte de su hija, no. También se asegurará de que nadie, en todo Toledo ni en sus alrededores, pueda fiarse de ti. Pero antes de nada, quiero entregarte el reloj con la grabación. — Lorenzo lo cogió y lo guardó sin apenas echarle un vistazo—. Ahora, escúchame bien, porque te voy a contar el porqué de tanto odio a ese hombre. Cuando escuches la historia, lo entenderás. Cuando los franceses regresaron a Toledo, tras estallar la guerra de la Independencia el 2 de mayo, lo hicieron con más rabia y crudeza. Entraron más de veinte mil hombres, entre infantería, caballería y artillería, por la puerta de Bisagra y la de Alcántara al mando de Bellune, Semmele, Pitot y alguno más. Saquearon y quemaron conventos, iglesias, hospitales... Formaban grupos de entre seis u ocho hombres, entraban en las casas y forzaban a las mujeres. De nada servía que te quejaras. De nada servía protestar o defenderte porque te sacaban a la calle y, delante de la gente, te pegaban un tiro en la cabeza. No tuvimos más remedio que callar. Durante el tiempo que estuvieron aquí, expropiaron tierras, entre ellas las mías, las de los pastos que Manuel se encargó de comprar. Sabía que me jodería y lo hizo a conciencia. Hubo otros que las querían, pero él tenía amigos franceses. Los mismos que, borrachos, apostaban matando a mis corderos, y nos sacaron de mi casa obligándonos a vivir en los corrales. Todos mis ahorros, todo mi dinero, fue a parar a los bolsillos de esos... de esos miserables, asesinos y afeminados gabachos de mierda, así se pudran en el infierno. Mis ovejas fueron

diezmadas y casi todos los muebles de valor se los llevaron, tan solo pude salvar la vajilla talaverana y los retratos de mi difunta esposa e hijo. Ese bastardo de Céspedes, ese hijo de perra, no quiso ayudarme y, mientras era testigo del infierno en el que los demás vivíamos, él pudo salvarse a base de pagar al maldito general de los cojones una buena cantidad de dinero, de aconsejarle y ayudarle en su gobierno, y así salvaguardó su casa de Toledo, sus tierras y la honra de su hija. Sí, hijo, el mismo que dejó la alcaldía porque, según decía, estaba repleta de ilegalidades e injusticias, el mismo que decía que quería limpiarla de corruptos, ese cabrón... Tras ver cómo le dejaron el cigarral, no fue más que otro cobarde que, en vez de luchar, se vendió a los franceses para que le dejaran en paz. El justo, el íntegro... —Mario alargó la mano con su copa para que Lorenzo se la rellenara. Le dio un buen sorbo. Se limpió con la manga de la levita y tosió.

—Mario. ¿Qué pasó con tu hijo?

—¡No me interrumpas! —gritó el viejo dando un puñetazo sobre el brazo del sillón—. Entonces, se reunió el claustro de la Universidad de Toledo. Tenían que buscar la manera de frenar semejante atrocidad, y se creó un cuerpo, un grupo especial con los fondos de la universidad y del cabildo de la ciudad. Un batallón formado por voluntarios, ¡sí, señor! La Junta Suprema Central, que en aquel entonces estaba en Jaén, lo aprobó, y se denominó Cuerpo de Voluntarios de Honor de la Real Universidad de Toledo, con dos cojones. Todos los estudiantes que se alistaran pasarían el bachillerato sin examen, y los bachilleres serían admitidos a los grados de licenciado y doctor con examen. ¡Dios Todopoderoso! Si me hubiera pillado con menos años... ¿Sabes lo que me acordé de ti? Habría sido tu oportunidad. —Mario observó el retrato de su hijo y una sombra de dolor tamizó su semblante—. Quizá, mi hijo ahora... El marqués de Ceballos fue nombrado jefe del batallón. En fin, a pesar de que en 1812 llegaron las tropas españolas, hasta 1813 no fueron expulsados los franceses de Toledo y, hasta esa fecha, el mariscal Soult hizo de las suyas, expulsando a muchos toledanos y matando a otros tantos. No eran más que represalias contra todos aquellos que se habían resistido. Odio y venganza. Quemaban todo. Ardían los

campos, las casas... La pasión de esta gente por quemar era irracional. Pero los españoles se extendían como una red invisible, ¡y pobre del gabacho que se salía del grupo!, porque no regresaba. Ellos eran muchos, pero nosotros actuábamos a una. Éramos inclementes. Cuanto más dura era la batalla, más nos crecíamos. El caso fue que mi hijo formó parte de ese batallón, sí. Yo me sentí orgulloso de él. Tendrías que haberlo visto... Cuando Napoleón ordenó que sus tropas se marcharan hacia el norte y dejó una retaguardia aquí y otra en Orgaz, mi hijo regresó a casa con mi mujer. Hubo un chivatazo. Alguien les dijo que mi hijo había formado parte de ese batallón y entraron a por él. Yo me encontraba guardando las pocas ovejas que esos cabrones me habían dejado y a mi regreso los encontré en mi casa. Ellos no me vieron. Tenían a mi mujer atada a una silla y a mi hijo de rodillas en el suelo con las manos en la cabeza. Le apuntaban con un mosquete. Eran cuatro. Me fui corriendo a ver a Manuel Céspedes a pedirle auxilio. ¿Sabes lo que me dijo? Que todos debíamos ser responsables de nuestros actos. Eso me dijo. Le supliqué, le rogué... Media hora más tarde, cuando por fin quiso reaccionar y llegamos a mi casa, a mi hijo le habían matado y mi esposa... mi esposa yacía a su lado muerta. Ella misma se había quitado la vida. No pudo resistir ver cómo asesinaban a sangre fría a nuestro hijo. Culpo a Manuel de las muertes de mi hijo y de mi esposa. —Lorenzo dejó caer su copa al suelo y el líquido rojo se esparció hasta llegar a los pies de su viejo amigo. Un leve quejido emergió de los enfermizos pulmones de Mario—. Ahora, hijo mío, escucha con atención lo que debes hacer.

Capítulo 12

Pedro, arruinado económicamente por Lorenzo en aquella taberna, daba tumbos de un lugar a otro, escondiéndose donde podía, sin saber qué hacer por miedo a que Abenojar lo estuviera buscando para matarle al haberse cumplido el plazo convenido para saldar su deuda con él. No se podía quitar de la cabeza que, después de tantos años, Manuel no le hubiera echado una mano. Se lo suplicó, pero no quiso escucharle. Desesperado, con el estómago atiborrado de alcohol y la cabeza dándole vueltas, juró que, si salía de esa, Manuel se las pagaría.

Ramona entró como una exhalación en el despacho de su señor y le hizo entrega de una carta urgente. Este rompió el sobre con el corazón en vilo y empezó a leer. Al acabar la lectura, ordenó a Ramona que preparara su equipaje. Después dobló la carta cuidadosamente y la introdujo en el bolsillo interior del chaleco. Carmen se acercó a él preocupada y, por su rostro contraído, supo que se trataba de malas noticias.

—Manuel, ¿qué está pasando?

—He recibido una carta de mi contacto. Hay un asunto que urge resolver en Madrid.

—¿Y Pedro?

—Desaparecido. Lo he buscado por todas partes y no soy capaz de dar con él.

—¿Es por aquello que me contaste?

—Creo que sí —dijo en voz baja. Se dirigió hacia la ventana de la habitación y se asomó retirando la cortina—. Me pidió ayuda y yo me negué rotundamente. —Durante unos segundos de silencio, Manuel cerró las cortinas y se acercó a su mujer. Con la mano temblorosa, sacó la carta del chaleco y se la entregó para que la leyera—. Pedro tenía que ocuparse de que esa mercancía llegara a Madrid, pero no

ha sido así. No quiero pensar mal, pero es como si lo hubieran hecho a sabiendas.

—¿Y crees que él está detrás de todo este asunto? —preguntó Carmen sorprendida.

—Espero que no. Pero, si no ha sido él, ¿quién más ha podido hacerlo? Debo hacer frente al comprador por los daños con un incremento que supera tres veces el valor del producto. Si no voy a Madrid y lo soluciono pronto, mi negocio se resentirá y, con él, mi reputación. Debo partir cuanto antes, Carmen. —Manuel se pasó la mano por el pelo—. Al menos debo intentarlo.

—¡Voy contigo!

El carruaje los esperó en la puerta de la casa. Se despidieron de su hija precipitadamente e iniciaron el viaje. Tras media hora de camino, a Manuel le resultó extraño no encontrar los primeros peregrinos de camino a Esquivias, a la romería de Santa Bárbara que se celebraba el 4 de diciembre, o a los transportistas y carreteros que solían pasar los inviernos al sur de Toledo tras dejar sus cargamentos. Sumido en sus pensamientos, no se percató de que un jinete se les acercaba al galope hasta posicionarse detrás de ellos.

Manuel siguió su marcha sin disminuir la velocidad pues pensó que el jinete pasaría de largo. Pero, cuando llegó a su altura y vio su rostro escondido tras un pañuelo, se asustó y azuzó a los caballos. Le tranquilizó ver a Carmen plácidamente dormida. En cuestión de un segundo, el hombre enmascarado le adelantó y sujetó la brida de uno de los caballos. Manuel quiso impedirlo dándole con el látigo. Los caballos se encabitaron y apresuraron tanto la marcha que el carruaje dio un quiebro y despertó a la mujer.

—¿Qué ocurre, Manuel? —preguntó muerta de miedo.

El jinete volvió a intentarlo, y esta vez se hizo con las riendas de los caballos y los obligó a frenar. Ante los gritos de Carmen, Manuel le lanzó el látigo una y otra vez hasta que el enmascarado se lo arrebató de las manos. En un instante de rabia, Manuel se tiró sobre el hombre. Ambos cayeron al suelo y forcejearon hasta que el jinete, en un arranque de furia, le golpeó en la garganta y Manuel rompió a toser.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó con un hilo de voz.

Con el forcejeo, el pañuelo se aflojó y dejó al descubierto el rostro del atacante. Carmen dio un grito y Manuel se quedó inmóvil. El jinete, al ser reconocido, no titubeó. Sacó la pistola y disparó a Manuel en el estómago. La sangre le salió a borbotones. Otro disparo resonó en el valle. Cerró los ojos y notó el peso de su mujer caer sobre él. Manuel miró al hombre fijamente hasta que su vista se le nubló.

El jinete oyó un ruido detrás de él, subió al caballo y se alejó al galope. Un hombre salió de entre unos matorrales y se acercó al lugar.

—Espero que mi padre pueda solucionar lo que haya ocurrido. Debe ser algo importante para que mi madre lo acompañe. —Ramona le dio un suave apretón en el brazo para tranquilizarla—. ¿Y Pedro? ¿Ha ido con ellos?

—¡Ya le vale a ese hombre! A saber por dónde anda.

—Hace mucho tiempo que no sé nada de él.

Ramona tuvo la intención de decir algo, pero enseguida optó por callar. Julia se dio cuenta de ello e insistió.

—Lo único que puedo decirte es que la última vez que estuvo aquí discutió con tu padre y salió por esa puerta —dijo señalando con el dedo—. Adiós y santas pascuas, y si te he visto, no me acuerdo.

Julia se quedó consternada.

Ramona se levantó y se colocó el delantal. Miró de reojo a su niña y torció la boca. Sabía que, más allá de la pena por el viaje de sus padres, su mayor preocupación era su marido. Aunque se pasaba el día en la cocina, limpiando de aquí para allá, veía que algo había cambiado en el joven matrimonio.

—Mi niña. —Le apartó el pelo de la cara y la tomó entre sus manos—. Date tiempo, hija. Ese hombre te quiere, pero aún no ha encontrado su lugar, hija. —Julia rompió a llorar—. ¿Acaso alguien te dijo que el matrimonio iba a ser fácil?

—Nana, es... que... últimamente, hace cosas extrañas.

Ramona sacó un pañuelo de su bolsillo y le limpió las lágrimas. En el fondo no pudo reprimir una sonrisa.

—Hija... no tienes experiencia de la vida y tu marido es mayor que tú. Ten paciencia. Todas las mujeres hemos pasado por lo mismo.

—Pero, Nana, tú no te has casado, no puedes saber a lo que me refiero —respondió sorprendida Julia.

Ramona le propinó un cariñoso empujón para que saliera y no volviera a hacerle preguntas. Cuando Julia salió de la cocina, se rio para sus adentros. Claro que no se había casado, porque el único hombre del que se había enamorado murió el mismo día de su boda. Doce años estuvieron juntos de novios. Doce largos años. Después del fatal suceso que la sumió en una gran tristeza, jamás pudo enamorarse de ningún otro hombre, y no fue por falta de pretendientes. Quiso guardar aquel recuerdo en la soledad de su corazón. Ningún hombre, por más que la quisiera, jamás ocuparía su lugar. Se dedicó a cuidar de su prima y a trabajar sin descanso, y nunca habló de aquello. Para Ramona, ese asunto quedó enterrado bajo tierra junto a su novio.

Julia se disponía a subir a su habitación cuando escuchó que golpeaban con insistencia la puerta de la casa. Asustada por la urgencia de la llamada, se apresuró a abrir. El corazón le dio un respingo cuando vio al alguacil Pascual Sánchez, un hombre menudo, de hombros caídos y rostro alargado, con una barbilla prominente y afilada que se alzaba orgullosa hacia su interlocutora, al tiempo que alejaba su frente dejando vislumbrar, bajo dos espesas cejas, unos ojos pequeños, grises y brillantes.

—Buenos días, señora, me gustaría hablar con usted unos minutos, si es posible. Es algo importante. ¿Está su esposo en casa? —Su voz, recia y balanceada, no correspondía con su fisonomía, pero sí con su porte. Julia lo miró y el alguacil hizo un gesto con la mano para entrar en la casa.

—Ah... sí... claro... pase —se disculpó Julia.

En señal de respeto, se quitó el sombrero y lo colocó bajo su brazo. Se aclaró la garganta con un ligero carraspeo y volvió a dirigirse a la mujer.

—Señora... ¿Está su marido en casa? —Julia asintió—. Por favor, ¿podría avisarle?

—No se preocupe, señora, ya le aviso yo —comentó Ramona, que

en esos momentos cruzaba la verja del patio hacia el zaguán. Nerviosa, empezaba a subir los primeros peldaños de la escalera cuando Lorenzo se asomó desde el rellano.

—¿Quién pregunta por mí, cielo?

—Señor, le agradecería que se reuniera con nosotros, debo comunicarles una noticia de suma gravedad. —Lorenzo bajó los escalones de dos en dos y se unió a ellos. Se apretó el cordón del batín de grueso algodón y apretó contra su cuerpo a Julia como para protegerla de aquello que no intuía bueno—. Es mi deber comunicarle... —comenzó intentando medir las palabras— que sus queridos padres han sufrido un accidente. —Julia no reaccionó—. Señora —insistió con un tono suave —, no sé si me ha entendido bien.

Julia le hizo un gesto con la mano.

—Lo he entendido perfectamente, pero lo que me dice es imposible. Mis padres han salido hacia Madrid y seguro que están bien. —Las lágrimas asomaron a sus ojos—. Debe ser un error, seguro.

Pascual tomó aire y lo expulsó despacio. De todo su trabajo, posiblemente esta era la parte más difícil. Nunca se acostumbraría a ella por muchos años que pasaran, y sobre todo si se trataba de gente tan cercana y querida, como en esta ocasión. Pascual era famoso por su persistencia en resolver casos. También era conocida su manera peculiar de interrogar a los detenidos. Aunque sabía que, bajo presión, cualquier persona decía lo que uno quisiera oír, no podía evitar aplicar ese método con cierta chusma. Además, él no provenía precisamente de un mundo ilustrado, sino de una familia pobre, y de niño se había visto obligado a robar, trapichear y mendigar. Su experiencia en la cárcel resultó un revulsivo y se prometió cambiar de vida. Trabajó en aquello que le iba saliendo, sin importarle ni el sueldo ni el horario. Poco a poco se fue ganando un cierto respeto, hasta que la suerte le llegó una mañana de la mano de Céspedes. En el consistorio necesitaban un aguacil.

—¿Están bien? —preguntó Julia sin alterar la voz, mientras mantenía sus ojos clavados en el alguacil.

Pascual Sánchez miró a Lorenzo y esperó unos segundos para contestar.

—No, señora. Desgraciadamente no se puede hacer nada. Han fallecido los dos.

—¿Fallecido? ¡Qué está diciendo! —Julia levantó la voz—. ¡Está mintiendo!

—Los han asesinado. Todo parece indicar que fueron sorprendidos en mitad del camino para robarles. Seguramente, quisieron defenderse..., pero... —El alguacil se acercó a Julia, que no dejaba de temblar desde que lo había visto en la puerta. Tras ella, pegada a la verja del patio, muerta de pena y de miedo, se encontraba Ramona llorando.

—Señora, lo siento mucho —le decía el alguacil—. De veras que lo siento. Apreciaba mucho a sus padres. Eran unas buenas personas, pero... —Pascual empezó a dar vueltas al sombrero—, los caminos se han vuelto peligrosos.

Lorenzo abrazaba con fuerza a su esposa y miraba perplejo al comisario.

—¿Cómo ha ocurrido? ¿Saben quién o quiénes han sido?

—No, pero no dude de que daremos con el asesino o los asesinos.

Julia se desmayó en los brazos de Lorenzo. Todos fueron a ayudarla, pero este los apartó.

—¡Déjenla, por Dios! —La cogió en sus brazos y la llevó hacia las habitaciones—. Alguacil —Lorenzo llamó su atención mientras subía las escaleras—, manténgame informado, por favor, y, si cree que puedo serle de alguna ayuda, hágamelo saber. Colaboraré encantado.

La capilla ardiente se preparó en el salón principal de la casa. Julia, vestida de luto riguroso, se encontraba sentada frente a los féretros. Mostraba una quietud contenida, una calma engañosa. Arropada por su marido, ni siquiera reparó en todas las personas que entraban y salían de su casa para presentar sus condolencias. Sus ojos estaban fijos en los cuerpos inertes de sus padres. Tenía la mirada desolada y las grandes manchas oscuras bajo sus ojos resaltaban aún más sobre la palidez de su piel. Esa noche no había dormido y por la mañana, cuando todo estaba preparado para cerrar los féretros y enterrarlos en la cripta situada bajo la capilla de la iglesia de Santa Leocadia, Julia no pudo contenerse más y se abalanzó sobre los ataúdes. Sentía

una angustia atroz. Estaba desesperada, desgarrada por el dolor y la impotencia. Presa del histerismo, abrazaba y besaba a sus padres; les suplicaba que despertaran, ante las miradas expectantes de los asistentes. Ramona se tapó la boca con la mano para evitar un grito. Lorenzo la miraba, estupefacto, sin saber cómo reaccionar. Gabriela fue la única que tuvo el valor suficiente para acercarse a Julia y sacarla de allí.

Pedro Ávila se marchó destrozado, tan sigilosamente como había entrado. Montó sobre su vieja yegua y salió de Toledo. Solo, arruinado y con un remordimiento que le atormentaba. Recordó el día que había entrado a trabajar para Manuel. De eso habían pasado más de veinte años. Entonces, él trabajaba como administrador de los marqueses de Fuencisla en Illescas; su padre también lo había hecho anteriormente y lo preparó para heredar su puesto. Todo fue bien hasta que el viejo marqués murió y el hijo heredó el título. Dilapidó toda la fortuna y, cuando los acreedores se le echaron encima para cobrar las deudas, culpó a Pedro por su mala gestión y lo echó de la hacienda. Se fue sin dinero y con su reputación por los suelos. Llegó a Toledo cuando Manuel dejó la alcaldía para dedicarse a las tierras. Céspedes necesitaba a alguien con experiencia que le llevara sus asuntos y Pedro, una oportunidad. Ambos se entendieron enseguida. Nunca se casó. Se volcó plenamente en su trabajo y en la familia de Manuel. Cuando Julia nació, la quiso como si de su sobrina se tratara. Manuel y Carmen no lo dudaron. Cuando llegó el momento del bautizo, lo nombraron padrino de Julia. No podía ser más feliz.

El remordimiento se apoderó de él con tanta fuerza que se apeó de la yegua y en el suelo lloró amargamente. Lo había perdido todo. Su casa, su dinero, su dignidad y la única familia que había tenido. No podría mirar a Julia de nuevo sin sentir vergüenza. Alzó la cabeza y vio el árbol junto a él. Se quitó la camisa y los calzones y los anudó para formar una especie de cuerda que lanzó a través de la rama y luego, tras subirse a su yegua, ató alrededor de su cuello.

—Señor, te pido clemencia. Me arrepiento de todo corazón de mis pecados. Padre nuestro que estás en los cielos... —Dio una patada al animal. Este caminó dos pasos y Pedro quedó colgado de la rama. Intentó desasirse de la opresión en un último intento de sobrevivir.

Las piernas daban convulsiones. Unos largos segundos más tarde, el único movimiento de su cuerpo era un leve balanceo.

Gervasio, el hombre que había robado a Manuel y Carmen, se dirigió directamente hasta la judería con el botín en su zamarra. Cruzó la calle de los Alfileritos hasta la plaza de San Vicente.

—¡Gervasio! ¿Dónde vas con tanta prisa? —El corazón se le aceleró. Reconoció al dueño del mesón el Diablo y al alfarero—. Acércate y charlamos un rato —le gritó el mesonero—. Tomaremos un vino.

—No puedo, voy con prisa, luego me acerco a la vuelta. —Hizo un gesto con la mano y aceleró el paso. De buena gana se habría tomado un buen trago. Dejó a un lado el convento de San Clemente y subió por la calle del Ángel. Solo se relajó cuando se adentró en el barrio de Hamanzeite, abarrotado de judíos que se afanaban en sus trabajos sin prestarle atención. Rodeó la sinagoga de Yosef Ben Shoshan por la izquierda y respiró profundamente cuando, frente a ella, haciendo chaflán con una calle estrecha, larga y despejada de curiosos, encontró el local del usurero. Llamó a la puerta, pero nadie contestó. Volvió a golpearla, esta vez con más fuerza. En unos minutos apareció un hombrecillo de apenas metro y medio, encorvado y con unas lentes que le hacían los ojos aún más pequeños. Su nariz le llamó la atención. Era larga, fina y la punta se plegaba ligeramente hacia dentro. Gervasio no reconoció al hombre que tenía delante. Tal vez fuera algún familiar del dueño. Se encogió de hombros. Qué más le daba. Lo único que deseaba era que comprase la mercancía.

—Buenos días. —David Salomón saludó mientras se ajustaba las gafas—. ¿Qué desea?

—Traigo unas cosas para vender.

David lo miró con extrañeza, al hombre que tenía delante lo había visto un par de veces. Entonces era su hermano Samuel quien atendía la puerta mientras él trabajaba en el taller que tenían al fondo de la casa. Sin dilatar la espera, David lo llevó hacia una mesa que se encontraba cerca de la única ventana que había. Tomó la bolsa que le dio Gervasio y volcó su contenido con cuidado en una

especie de tela. Se quedó boquiabierto. Su color cetrino se le acentuó aún más. Miró de reojo al hombre.

—¿De dónde ha sacado esto?

—¡Qué más le da! Una herencia —rio.

Salomón había reconocido inmediatamente el broche. Lo cogió cuidadosamente y lo observó despacio. Lo dejó sobre el paño limpio y dirigió su atención hacia el reloj. Entornó los ojos intentando recordar. No le venía nada a la memoria, pero habría jurado conocer la procedencia de esa pieza. Sabía que lo había visto antes. «Pero... ¿dónde?», pensó. Levantó la cabeza y miró fijamente a Gervasio.

—¿De dónde lo ha sacado? —insistió el judío.

—¿A qué tanta pregunta? Venga, ¿cuánto me da por todo esto?

—Le doy veinte reales por el broche. Ni uno más.

Gervasio aceptó el dinero de mala gana y se marchó.

Salomón cerró la puerta con llave. Volvió hacia el taller y tomó con cuidado el broche. Mil recuerdos le vinieron a la cabeza. Vivía en Córdoba con su mujer y sus hijos. Un día, cuando se dirigía a su tienda, unos individuos enmascarados lo rodearon en plena calle. Lo tumbaron en el suelo y, entre patadas y golpes, le obligaban a repetir con ellos rezos cristianos. Salomón se negó y, en presencia de algunas personas, le dieron tal paliza que lo dejaron inconsciente y medio muerto en la calle. Segundos después quemaron su tienda y le amenazaron con matar a su mujer y a sus hijos si no se marchaba de la ciudad. Dos días después, Salomón se dirigió a Toledo con su familia para emprender una nueva vida y que sus hijos crecieran sin peligro. Lo primero que hizo nada más llegar fue convertirse al cristianismo. El párroco los bautizó aun sabiendo, dada su experiencia, que todos ellos seguirían asistiendo a la sinagoga. No era más que una manera de evitarse problemas. Una vez realizado el falso bautizo, se dirigió hacia la casa consistorial para solicitar un trabajo. Manuel Céspedes, en aquel entonces alcalde mayor, lo recibió a la semana siguiente. Sabía que los tiempos no eran buenos y menos para un judío. Los acogió y le dio trabajo en sus tierras. Con el sueldo, Salomón pudo alquilar una casa para su familia, modesta pero adecuada, en la calle del Horno cerca de la plaza del Conde. Con el dinero preciso, abrió su propio negocio en la judería. Siempre

le estaría agradecido a Manuel. Una mañana, Céspedes le pidió que arreglase un broche que se le había estropeado a su mujer y Salomón lo restauró tan perfectamente que parecía nuevo.

Sin más dilación, Salomón cogió su capa, cerró la tienda y se marchó directo a la comisaría. Pascual Sánchez le recibió enseguida. Lo hizo pasar a una pequeña salita y lo invitó a sentarse frente a él. Nervioso, Salomón le contó lo que le había sucedido, describió al hombre que había estado en su tienda y le enseñó el broche.

—Hombre de Dios, ¿cómo ha hecho eso? Ahora no podremos demostrar que lo robó.

—Bueno, no sé. Lo siento. Lo intenté recuperar pensando en la hija de Manuel Céspedes. —David se quedó abatido por el error cometido.

—No se preocupe. ¿Cuánto ha dicho que le dio por él? —preguntó al tiempo que señalaba el broche con la mirada.

—Veinte reales, y lleva el resto del botín.

—Dios Santo. Espero que no se lo haya gastado. Sería la prueba de que se lo vendió a usted. Conozco a ese hombre y le aseguro que, si ha llegado a la taberna, no le durará mucho ese dinero. No hay tiempo que perder.

Se despidieron, llamó a su ayudante y se dirigieron directamente al mesón el Diablo por ser el más frecuentado por Gervasio. Se lo encontraron justo cuando iba a entrar.

—¡No dé un paso más! Queda detenido por robo y por el asesinato de los señores Céspedes.

—No sé de qué me habla. ¡Suélteme!

El alguacil lo registró y encontró la bolsa con el dinero, el reloj y los anillos.

—¿Y esto? —le preguntó, acercando la bolsa a su cara.

—Me lo he encontrado. Se lo juro. Soy inocente. No sé de qué me habla. —El alguacil sacó entonces el dinero y lo contó.

—Seguro que sí, hombre. Seguro que sí.

Capítulo 13

Después de celebrarse la misa y el entierro en la iglesia de Santa Leocadia, regresaron a la casa. En la puerta principal lucía un crespón negro en señal de luto y permaneció abierta durante todo día para que los vecinos pudieran seguir acudiendo a dar sus condolencias.

Ramona, con el rostro compungido, preparó unos canapés y dulces que dejó sobre la mesa del comedor. A última hora de la tarde, Mario y Gabriela se acercaron a la casa. Tras saludar a Mario, Lorenzo lo acompañó al despacho de Manuel y le pidió a Ramona que no los molestaran.

—Julia está destrozada —comentó apesadumbrado, mientras llenaba dos copas de coñac y le ofrecía una de ellas a su amigo.

—Bueno, eran sus padres. ¿Cómo quieres que se sienta? —afirmó Mario dando un buen trago—. El tiempo todo lo cura. No hay otra, muchacho. Es ley de vida.

Lorenzo se recostó en el sillón que había frente al de su viejo amigo y cerró los ojos.

—¿Sabes algo del administrador? Me ha extrañado no verlo por aquí.

—No. No sé nada de él. Pero sí puedo decirte que Manuel pagó la deuda que había contraído conmigo. En cuanto se entere, no tardará en aparecer por aquí y, cuando eso ocurra, deberías despedirle. Ahora no lo necesitas. Por cierto, las tierras de pasto son mías, hijo. Necesito que me las devuelvas. No quiero morir sin verlas de nuevo en mis manos, en las manos de donde nunca debieron salir. Ahora quiero que tomes las riendas de todo esto.

—Ver a mi esposa así me consume. Es tan delicada...

Mario se removió en su asiento impaciente.

—A ver, hijo, mantén la mente fría. ¿Acaso pretendías pasarte la vida escuchando la lectura del libro de las horas entre bordados? Ese

hombre te estaba jodiendo la vida. No lo olvides nunca, y hazme caso, toma el gobierno de esta hacienda cuanto antes. Por lo que a mí respecta, se ha hecho justicia.

—¡Habla! O no tendré compasión de ti.

Pascual miró al carcelero para que continuara. Los latigazos retumbaban en el sótano de la cárcel. A cada golpe, la carne se abría y los pellejos se quedaban pegados en el látigo. La sangre le rebosaba de las heridas; llevaba quince latigazos. Gervasio no se tenía en pie.

—Soy inocente, señor. No tengo nada que ver con esas muertes. Se lo juro por Dios.

El alguacil sacó una navaja de acero y la apoyó sobre las heridas abiertas.

—¡Estoy perdiendo la paciencia! ¡Habla! —Introdujo la punta en la carne abierta. Gervasio chilló de dolor—. Te lo diré por última vez: si confiesas el crimen, todo será más fácil para ti.

—Pero es que no he sido yo. No le estoy mintiendo señor, le digo la verdad. Tenga piedad, por Dios.

—Tendré la misma piedad que tú tuviste con los señores Céspedes; esa es la piedad que vas a tener.

Francisco Vargas, el notario, regresaba apesadumbrado del cigarral después de comprobar todos los papeles. Aún tenía que hacer un esfuerzo para asimilar el asesinato de sus amigos. Cuando llegó a las puertas de Toledo, a pesar de la neblina nocturna, observó una especie de bulto en el suelo, cerca del camino, que le llamó la atención. Aminoró la marcha y se acercó con cuidado hacia el lugar. Vio el cuerpo inerte de un hombre y se apeó del caballo. Sacó una pequeña pistola y miró a su alrededor, pues podía tratarse de una emboscada. Cuando se aseguró de que estaba solo, se agachó y giró el cuerpo hacia él. Casi cayó de espaldas al reconocer a Pedro Ávila. Le tomó el pulso y, para su sorpresa, comprobó que aún tenía latido. Intentó reanimarle como pudo. Finalmente, Pedro volvió con dificultad en sí e intentó en vano levantarse.

Francisco le dio agua y se sentó junto a él.

—¿Qué ha hecho, hombre de Dios?

Pedro rompió a llorar.

—Lo único que podía hacer. Y míreme, ni siquiera he sido capaz de conseguirlo. He destrozado mi vida. Soy un miserable.

—Entonces, ¿no habló con Manuel?

—¿Manuel? —Pedro escondió el rostro entre sus manos llorando con desesperación.

Francisco esperó unos minutos para que se calmara y luego le explicó.

—Por lo visto, recibió una comunicación de un proveedor de Madrid en la que le acusaban de no haber entregado una mercancía. Poco antes de partir, me envió una nota para que fuera al cigarral y cogiera todos los papeles. Allí me di cuenta de que todo estaba bien y de que solo se trataba de un error. ¡Madre mía! Un error que los ha llevado a la muerte.

—Pero si la mercancía la envié yo en su día —contestó Pedro sorprendido.

—También conozco lo de su deuda con Mario Abenojar —le cortó Francisco.

—¿Cómo sabe eso?

—Manuel me lo contó todo. Estaba muy preocupado por usted. De hecho, le anduvo buscando todo este tiempo. No es que lo hiciera con gusto, la verdad. Sin embargo, le pesaban los años de amistad, así que me mandó que le arreglara a usted su asunto con el señor Abenojar. Y así lo hice. La deuda quedó saldada.

Pedro estaba realmente abochornado.

—¡Dios mío! ¡Cuánto he de agradecerle a Manuel! No lo sabe usted bien. No sabe cómo me arrepiento de... Soy un animal. Un desalmado. Eso es lo que soy.

—Ya tendrá ocasión de corresponderle.

Pedro le miró sorprendido.

—No sé cómo podré corresponderle después de lo que les he hecho. No merezco vivir.

—Ande, hombre, seguro que no le costará ningún esfuerzo. Ahora lo ayudaré a montar en su vieja yegua. La pobre lo ha estado esperando aquí todo el tiempo. Lo acompañaré a su casa.

—¿Mi casa? Ya no tengo casa; la perdí por las deudas —admitió

Pedro.

—Eso también está arreglado. Ya le digo que tiene una deuda con Manuel. Pero, hasta que no abra el testamento, no podré contarle nada más. Ahora, vámonos.

—Francisco, por mi culpa están muertos. Yo los maté.

El notario se puso en pie, pálido.

—Pero ¿qué dice, insensato?

Pedro escondió el rostro en las manos y de nuevo rompió a llorar.

—Yo los maté. Es mi culpa. Mi culpa.

La cárcel se encontraba en la calle de la Cárcel Vieja, y su fachada se extendía desde el monasterio de los padres jesuitas hasta el palacio de los marqueses de Cifuentes. Sobre el dintel de su portalón enrejado y bajo uno de sus balcones, se hallaba un gran lápida de mármol en la que se podía leer en letras mayúsculas: «LA IMPERIAL CIUDAD DE TOLEDO MANDÓ HACER ESTA CÁRCEL PARA GENTE HONRADA Y AUDIENCIA DE CAUSAS CRIMINALES Y QUE LA ANTIGUA QUEDE MÁS CAPAZ REINANDO LA MAGESTAD DE DON FELIPE II. EMPEZOSE SIENDO CORREGIDOR DON LUIS FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA. AÑO 1592». Esta había sustituido a la anterior, que solo rezaba: «ESTA ES LA CÁRCEL REAL, SEGURIDAD DE LOS BUENOS Y CASTIGO DE LOS MALOS».

Se trataba de un antiguo palacete del siglo xv en bastante mal estado. Su interior estaba dividido en dos partes, la que llamaban «de los buenos», para la gente noble, y «la de castigo», donde tenían encerrados a los mendigos, ladrones y ciudadanos normales. Bajo las dos salas, se hallaban el sótano y otras dos estancias que utilizaban para los interrogatorios. En la primera planta, junto a la sala «de los buenos», estaban el despacho del alguacil y el archivo principal.

Pascual se paseaba nervioso por las salas donde se encontraban sus ayudantes. Había un profundo silencio en la estancia, solo roto por el chasquido de sus botas al caminar. Un revuelo en la entrada lo hizo volverse hacia donde provenían los gritos. Pascual salió y mandó cerrar las puertas. La gente estaba alborotada y temía una avalancha contra la comisaría. Siempre sucedía lo mismo cuando encontraban al asesino de alguien. Quizá por aburrimiento o para engañar el

hambre, centraban toda su energía en intentar linchar al malhechor o llenaban Zocodover para ver cómo eran ajusticiados. Francisco Vargas se hizo hueco entre la muchedumbre y, una vez que se identificó, le llevaron al despacho de Pascual.

—Cierren todas las puertas —ordenó el alguacil—. Que varios hombres armados queden apostados en ellas. No quiero problemas. —Mientras varios hombres cumplían las órdenes, dos de ellos bajaron al detenido casi en volandas por las escaleras. Iba sangrando por la nariz y la boca y en su cuerpo se podían apreciar los golpes que había recibido. Pascual respiró profundamente y se acercó a él—. Vamos a ver. Solo quiero que confieses de una vez y todo esto terminará.

—Yo... yo robé las joyas, señor... Las robé a los muertos —contestó sin parar de llorar—. Pero le juro por lo más sagrado que no los maté. Le juro por mi vida que oí un ruido de caballos. Miré a través de los matorrales y vi a los dos hombres forcejeando. El hombre enmascarado los mató. Poco después, se subió al caballo y se marchó a galope. Cuando me aseguré de que no venía nadie, me acerqué corriendo y, sin pensármelo, agarré las joyas y el dinero y corrí hasta mi casa. —Gervasio tuvo un arranque de tos—. Máteme si así lo desea, pero eso fue lo que pasó.

Un ayudante se acercó al comisario y le avisó de la visita del notario. Hizo una señal a sus hombres y subió de dos en dos los escalones hasta llegar a su despacho, donde vio al hombre con la cara desencajada y pálido como la cera de una vela.

—Comisario, ha sido Pedro, el administrador de Manuel.

—¿De qué diantres está hablando?

—Me lo encontré en el camino, tirado, a punto de morir asfixiado. Se intentó ahorcar en un árbol. Cuando lo recogí, me confesó que él había matado a Manuel y a su esposa. Cuando llegamos a su casa, intenté sonsacarle, pero estaba aturdido. Tenía la mirada desenfocada y el rostro... El caso es que solo atinaba a decir que él lo engañó, le robó. Estaba metido hasta el cuello con una deuda con Abenojar. La casa endeudada y... En fin, por lo visto le pidió ayuda a Manuel, este no se la prestó y mi opinión es que se vengó. Digo que es mi opinión porque es el único móvil que se me ocurre para que cometiese tan abominable acto.

—¿Pedro?

El notario asintió. Pascual sacó dos vasos de un cajón y una botella de brandy del armario.

—No sé usted, pero yo necesito un trago.

Ambos apuraron la copa de un trago y, tras un largo silencio, Pascual se dirigió a la ventana y, sin saber aún cómo proceder ante la noticia, le preguntó por su paradero.

—Lo tengo en mi casa. Con dos coñac en el cuerpo y durmiendo como un niño.

—No salgo de mi asombro... En fin, le acompañaré y me lo traeré a la cárcel. A fin de cuentas, él mismo se ha declarado culpable. Mandaré soltar al infeliz que tengo en el sótano. Está claro que este asunto ha quedado resuelto.

Ambos se miraron consternados y salieron del despacho.

Julia rehusó el desayuno y la compañía de Ramona. Ni siquiera escuchó a Lorenzo cuando le comunicó que pasaría todo el día en el cigarral. Solo quería estar sola sin que nadie la molestara. Estaba cansada de que le dijeran que no podía pasarse los días llorando, que debía asumir la pérdida de sus padres y que la vida continuaba. Pero ella quería llorar. Llorar y gritar porque no quería aceptarlo.

Se levantó de la cama para asomarse a la ventana. Le dolía la cabeza. Había una ligera neblina en el ambiente que impedía ver más allá de las casas de enfrente. Recordó que apenas faltaban unas semanas para las Navidades y pensó que esta vez no se impregnaría la casa del olor a los pimientos rojos del asadillo. Ni se prepararían pestiños, flores, resacas ni mazapán. Julia volvió a la cama rota de dolor.

—Mi nombre es Lorenzo Medina. A partir de ahora, yo seré vuestro patrono. —Nada más llegar se encontró con los jornaleros que recolectaban los últimos membrillos. Los reunió a todos y les explicó cuál iba a ser la situación a partir de ese momento.

—Señor. —Uno de ellos se adelantó dos pasos del grupo—, ¿las condiciones serán las mismas?

—De momento, no tengo ningún interés en cambiar las cosas si ustedes hacen bien su trabajo.

—¿El señor Ávila seguirá siendo el administrador del cigarral? —intervino Hipólito, el capataz—. Lo digo porque la paga siempre la ha repartido él y, como ha desaparecido y el señor Céspedes, que Dios le tenga en su gloria, ha fallecido...

—Ustedes solo deben preocuparse de trabajar. Seguirán recibiendo sus honorarios en el día acordado; yo me encargaré personalmente de ello. Se les respetará todo lo anteriormente pactado con mi suegro. Esta cosecha, que terminará a finales de diciembre, se les abonará a principios de enero, en cuanto los mercaderes nos la abonen a nosotros. Las siguientes recolectas ya están negociadas.

—Señor, eso no es lo pactado —volvió a intervenir Hipólito—. Nosotros recogemos la fruta, la metemos en carros y la transportamos. Hecho el trabajo, cobramos. Lo otro es asunto entre ustedes.

Lorenzo se encaró con el hombre. Le pareció el representante de todos y le empezaba a poner nervioso.

—Pues eso sí ha cambiado —alzó la voz para que todos lo oyeran bien—. ¡Ahora, todos a trabajar!

Los vio volver a la faena. Sin embargo, observó que Hipólito se quedó mirándole durante unos segundos. Por un momento creyó ver en su rostro un gesto desafiante. Lorenzo giró sobre sus talones sin darle más importancia. Esos hombres necesitaban trabajar. Vivían de las tierras de los demás y no se atreverían jamás a poner en juego su único modo de subsistencia.

Habían pasado varias semanas desde el fatal suceso y Julia seguía sumida en la más absoluta tristeza. Lorenzo no aceptaba la reclusión a la que Julia se había sometido y verla vestida de luto riguroso todo el día, con el gesto contraído y lloroso, lo sacaba de quicio. Al principio comprendió su abatimiento, estaba muy unida a sus padres y perderlos de una forma tan repentina había sido un golpe muy duro. Lorenzo contaba con ello; pensó que con el tiempo su mujer tomaría las riendas de la casa y se comportaría como una verdadera esposa. Pero, cuando se acercaba a ella de manera cariñosa, Julia lo rehuía sin contemplaciones. Intentó hablar con ella. Pero, lejos de

hacerla reaccionar, esta se recluía aún más en su desdicha. Lorenzo empezaba a estar harto de su comportamiento.

Ramona observaba la situación en silencio. Sufría por los dos, pero pensaba que Julia no podía continuar comportándose como si el mundo se hubiera acabado.

—Estar ahí tumbada todo el santo día no te los va a devolver. Estás casada, niña. Tienes una casa que llevar y un marido al que atender. Si no empiezas a manejar la situación, perderás a tu marido y el control de tu vida. Dicho está. A mí me da mucha lástima verte así, hija. Pareces un alma en pena.

Julia no contestaba. Ramona le dejaba el vaso de leche y salía de la habitación dando un portazo. No había nada que hacer.

Nochebuena llegó sin pena ni gloria. La casa no se decoró. Julia, por su parte, después de pasar todo el día encerrada en su habitación, decidió presentarse para la cena ataviada con un vestido negro de cuello alto. Cuando Lorenzo la vio, no pudo reprimir un gesto de reproche. No parecía la mujer con la que se había casado. Le reprobó su vestimenta y su aspecto. Julia no hizo ningún comentario. Ramona presentó un cordero asado acompañado con unas verduras de temporada y Lorenzo sirvió un vino del que solo bebió él. Sumida en el más absoluto silencio, Julia intentaba pasar el trago de la cena cuanto antes. Lorenzo la observó con desinterés y advirtió con amargura que ese sentimiento hacia su esposa empezaba a resultar más familiar de lo que habría deseado. Se preguntó qué le estaba sucediendo con ella. ¿Era la actitud de su mujer lo que rechazaba? ¿O quizá el hecho de que ella ya no lo viera a él como el pilar de su existencia? ¿Acaso había sido su padre el único hombre fundamental en su vida y, sin él, ella ya no le encontraba sentido a nada? Entonces, ¿qué significaba él para su esposa? Por lo visto, poca cosa, y eso debía cambiar de una vez por todas.

Terminada la cena, Julia regresó a su cuarto cansada de sentirse observada y decidida a zanjar varias cuestiones con Ramona y con su marido al día siguiente. Había dicho mil veces que esas Navidades no debían celebrarse en señal de luto por sus padres y que debía respetarse la ausencia de los seres queridos con tres años de duelo. Les gustase o no, siempre había sido así y así seguiría siendo. A

partir de ese momento y para evitar situaciones desagradables en su relación marital, daría la orden de preparar la habitación de invitados para su esposo. Durante el periodo de luto, ambos dormirían en habitaciones separadas.

Lorenzo la siguió escaleras arriba.

Julia se había quitado el vestido y lo había dejado pulcramente colocado sobre la cama. Se había puesto el camisón de algodón grueso para dormir y se disponía a cepillarse su cabello castaño y ondulado, sentada frente a su tocador, cuando, a través del espejo, vio a Lorenzo entrar a la habitación.

—Lorenzo, a partir de mañana dormirás en la habitación de invitados.

—¿En la habitación de invitados? —preguntó con una sonrisa en los labios mientras se disponía a desabrocharse la camisa—. ¿Y eso por qué?

—Mientras dure el luto.

—Ya. ¿Me puedes ilustrar sobre ese asunto, querida? Me marché siendo muy joven y volví ya un poco mayor. En algún momento de esos años intermedios me dejé olvidadas ciertas costumbres al respecto.

—Son tres años —contestó Julia sin perturbarse por la ironía de Lorenzo.

—Ah, tres años. Bueno, pues me parece bien. Pero te recuerdo que llevamos cerca de un mes sin tener relaciones. O sea que, si echamos bien la cuenta, solo me quedan dos años y once meses. ¿No es así, querida?

Julia había dejado el peine de carey sobre la cómoda. No quería discutir con Lorenzo y obvió de nuevo su sarcasmo. Se levantó de la silla y se dirigió hacia la cama sin mirarle, aunque las piernas le temblaban.

—Solo te pido un poco de respeto. Mis padres aún están calientes en sus féretros. ¿No puedes entenderlo?

—¡No! —Lorenzo se acercó a Julia y la detuvo por el brazo—. No puedo entenderlo. Soy yo el que te pide respeto hacia mí. Soy tu marido. Yo estoy aquí, Julia, a tu lado. Esperando día y noche a que vuelvas a mí. He esperado un tiempo prudencial, pero tú te has

tomado una libertad que raya la desesperación. Te exijo que me atiendas como es debido. Como tu marido que soy, te exijo que te portes como una mujer madura y actúes como mi esposa que eres. Entiendo la tristeza por la muerte de tus padres, pero la vida sigue, y tú y yo estamos vivos, Julia.

Julia forcejeó con Lorenzo para soltarse de su mano, pero este la sujetó con más fuerza.

—Suéltame, Lorenzo, me haces daño. Así no conseguirás nada. ¿No lo comprendes? Yo no estoy preparada. Todavía no.

—¿Cuándo vas a estarlo, Julia? ¿Dentro de tres años?

—¡No lo sé! —gritó desesperada.

—Pues yo sí estoy preparado, cansado y harto de esperar. — Lorenzo, llevado por la rabia, le desgarró el camisón, la tumbó sobre la cama de espaldas a él, la sujetó con fuerza para evitar el forcejeo con su esposa y, desoyendo su llanto y los gritos, la penetró hasta conseguir el éxtasis más profundo que jamás había sentido con ella.

Lorenzo se tumbó a su lado, sudoroso, satisfecho y saciado sexualmente, mientras Julia no paraba de llorar. No pudo sentir más vergüenza ni humillación. En plena agonía por la muerte de sus padres, su marido la había tratado como a una ramera.

Los jornaleros estaban disgustados con las nuevas normas de su patrón. Llegaron a tiempo a recolectar el membrillo en los últimos días de diciembre; lo encestaron y, una vez cargados los carros, armados de valor y guiados por Hipólito, exigieron a Lorenzo el pago de lo pactado.

—Si ahora ha cambiado el trato, ¿quién nos garantiza que nos pagará luego? Queremos el dinero ahora. Eso fue lo hablado con el señor Céspedes.

Lorenzo no dio su brazo a torcer. Aún no se había dado lectura al testamento y, si utilizaba su propio dinero, solo en jornales y transporte se quedaba limpio. No estaba dispuesto a pagar hasta que no recibiera el dinero de los distribuidores. En señal de protesta, los jornaleros volcaron los carros con los sacos de la mercancía.

Ante esa situación, no le quedó más remedio que pedir ayuda a su amigo Mario.

—¿Para qué quieres que te preste dinero? Gasta lo tuyo. Cuando salga el testamento, recuperarás todo y mucho más, chico. Las cosas andan mal, ya te lo dije. Ahora no puedo echarte una mano, hijo, me fríen los impuestos. Te recuerdo que tengo que sacar a mis ovejas fuera de estas tierras para que pasten, y eso me sale caro. Además, debo reparar todas las cercas este año, sin contar que me he quedado sin los mejores sementales de ganado y no he tenido más que pérdidas. No puedo darte dinero. De veras que lo siento.

—¿Tan mal estamos? —preguntó Gabriela sorprendida.

—Más de lo que imaginas.

—Pero... yo creía que todo estaba bien.

—Ya. Pero tú nunca preguntas. Gastas y gastas. —Mario tosió—. Escucha, Lorenzo. La cosa pinta mal. El mes pasado tuve que vender mis mejores sementales. De mis ovejas manchegas, tengo tratos con un ganadero de Ciudad Real para vender otro tanto. Eso me reportará un dinero que me mantendrá unos buenos años sin tener que preocuparme. Lamentablemente no estoy en condiciones de ayudarte ahora, pero te voy a dar un consejo: las cosas no andan bien por ahí fuera. Los campesinos tienen hambre y ya están agotando su paciencia. Muchos se están marchando. Pácales, muchacho. Tu dinero está en esas malditas tierras. Si se te van, adiós a tu fortuna. No tienes administrador. Estás solo.

—No voy a bajarme los pantalones para que un puñado de campesinos me tomen por imbécil. Tú lo has dicho. Hay hambre y nos fríen a impuestos... A todos. ¿Dónde crees que van a ir esos desgraciados? No les queda otra que hacer lo que les digo. Tendrán que entenderlo.

—Tú mismo, muchacho.

Lorenzo salió disgustado de la casa.

—Lorenzo, espera un segundo. —Gabriela lo alcanzó en el zaguán—. Desde que murieron tus suegros, apenas has venido por aquí. ¿Cómo anda Julia?

—Lo va superando. Cuestión de tiempo.

—Pobre, ha sido un disgusto muy grande para ella. Hija única...

La mujer lo miró con picardía y Lorenzo sonrió.

—¿No te vas a cansar nunca, verdad? —Ella hizo ademán de

marcharse enfadada y Lorenzo la sujetó del brazo—. Espera un poco. Entiéndelo, olvidas que eres la mujer de mi amigo y que yo soy un hombre casado.

Lorenzo miraba a Gabriela fijamente a los ojos. Desde que la había visto por primera vez, le había avivado infinidad de pensamientos perversos, muy distintos y lejanos a los que le provocaba su esposa, tan sensible y delicada. Gabriela era diferente en todo a Julia. No obstante, siempre se supo mantener a raya con la señora que tenía frente a él. Era el tipo de mujer que podía volver loco a cualquiera. Aunque entrada en carnes, era atrevida y lujuriosa, el tipo de hembra a la que él estaba acostumbrado, capaz de satisfacer sus más bajos instintos. Recordó la última noche que había estado con Julia hacía apenas una semana. En Nochebuena. Aquella vez pensó en Gabriela.

—Hoy es Nochevieja —le comentó, desembarazándose de Lorenzo—. Nos gustaría invitaros a nuestra fiesta. Igual tu esposa se anima. Mario tampoco es que esté muy bien de salud, pero he pensado que, si vinieseis, podríamos olvidarnos un poco de las tristezas. Entre la enfermedad de Mario y lo de tu esposa..., a lo mejor, una fiesta nos vendría bien a todos... Lo digo en serio, Lorenzo.

Capítulo 14

Lorenzo se dirigió a la habitación para indicar por última vez a su mujer que terminara de arreglarse para asistir al Coliseo de Comedias y posteriormente a la cena de Nochevieja a la que estaban invitados en casa de Mario y Gabriela.

Julia no discutió. Desde que la había humillado, evitaba enfrentarse a él. A partir de aquel suceso, supo que todo había cambiado para ella. Negarse ya no era suficiente. Ahora entendía lo que tanto su madre como Nana habían querido decirle con eso de «tener contento a un marido». Ella había sufrido en su cuerpo y en su alma las consecuencias de no hacerlo. Pero ¿quién tenía la culpa de eso? ¿Lorenzo por haberla tratado de esa manera, o ella misma por haberlo desatendido tanto tiempo? No le contó a Ramona lo sucedido porque aún se ruborizaba cuando recordaba la escena. Pero sí le insistió en que Lorenzo la trataba de manera indecorosa, y Ramona sonrió. ¿Eso quería decir que todo entraba dentro de lo normal? Si era así, ¿no debía sentirse bien? Después de todo, su marido solo había «tomado» lo que era suyo. Su cuerpo, al casarse, dejó de pertenecerle. Pasó a ser propiedad de su marido. Su madre se lo había contado la noche de bodas: «Tu marido debe tomar la iniciativa. Él decide cuándo y cómo. Tú solo debes preocuparte de que quede satisfecho».

Ese día Julia cumplía veintiún años. Lorenzo se había presentado en su alcoba a primera hora de la mañana, sonriente, con un paquetito en sus manos envuelto en una tela de seda. Se miró por última vez al espejo y acarició los aretes de rubís engastados en oro de dos alturas que le había regalado. Ahora lucían majestuosos en sus orejas. Hicieron el amor dos veces. Ni quiera intentó disimular las grandes ojeras bajo sus ojos. Salió de la habitación.

El coche los esperaba en la puerta. A pesar de la insistencia de Lorenzo en que se vistiera con algo más adecuado para un día tan especial, Julia volvió a ponerse un vestido de seda negro de cuello cerrado y, entallando su cintura, un refajo de raso del mismo color. Sobre sus hombros, una gruesa capa de terciopelo. Llevaba su abundante cabellera demasiado estirada y recogida en un sencillo moño. Nada que llamara la atención. Para Lorenzo, más que estar de luto, su mujer parecía estar midiendo las fuerzas con él. Se sentía desafiado, retado. No hacía falta ser tan estricta ni rigurosa. Todos sabían por lo que estaba pasando. Pero, por su aspecto, podía hacer sentir incómodos a los restantes invitados.

Julia lo sabía. Si Lorenzo quería asistir al teatro y posteriormente a aquella cena, no tendrían más remedio que aguantarla así vestida. Todos los allí presentes sabían que no era de recibo salir de fiesta en esas circunstancias. Por lo tanto, lo inadecuado no era su aspecto, sino su simple presencia en aquellos lugares. Lorenzo no parecía entenderlo. Con tan escrupuloso atuendo, solo estaba poniendo un poco de cordura en el frívolo comportamiento de la situación.

Entró en el coche. Se sentía triste y enfadada. Las calles rebosaban de gente, de niños que alborotaban, gritaban y corrían de un lado a otro con el peligro de ser arrollados por las patas de los caballos. De las fachadas, colgaban los farolillos que alumbraban con su luz amarillenta y temblorosa los cuerpos de los viandantes enfundados en sus sombreros, con los cuellos de sus levitas levantados para cubrirse el rostro y perfilando débilmente sus siluetas en el húmedo empedrado del camino.

Una vez que llegaron al Coliseo, Lorenzo ayudó a bajar a Julia. Subieron las escalinatas que daban entrada al edificio, sorteando a unos cuantos menesterosos que se arremolinaban con las manos extendidas hacia ellos para solicitar con voz llorosa una limosna.

Una vez dentro, subieron por unas escaleras hasta el primer piso y tomaron asiento en el primer palco, que Lorenzo había reservado para ellos. Desde allí, podían observar todo el escenario en forma de herradura. Bajo sus ojos, Julia vio en la semipenumbra que el patio, como el resto de los balcones, estaba rebotante de gente. Agradeció en silencio estar a solas con su marido. A las cuatro y cuarto las luces

se apagaron. Tan solo unos quinqués quedaron encendidos. El telón se subió y dio lugar a la primera escena, que emulaba un jardín. Mientras escuchaban a la actriz que interpretaba el personaje de Blanca, Lorenzo le habló al oído.

—Perdona, pero no me ha dado tiempo a decirte que la obra se llama *Casarse por vengarse*. El autor es toledano y se llama Francisco de Rojas Zorrilla. El caso es que Blanca es la esposa del condestable y tiene un amante, Enrique, que es el que está saliendo ahora mismo por esa puerta hacia el escenario, y ella, para favorecer sus encuentros, construye una doble pared en su habitación con acceso al jardín. El marido se entera de su existencia y, al derribarla, cae sobre su esposa, que muere aplastada bajo la pared. Pero lo interesante es... ¿cómo descubre la pared? ¿Realmente existía esa pared?

Lorenzo le guiñó el ojo. Julia lo miró unos segundos sin hacer un solo gesto y, con el estómago revuelto, giró de nuevo la vista hacia el escenario y concentró toda su atención en la obra hasta el final.

Cuando llegaron a casa de los Abenojar, un mozo que salió a su encuentro los ayudó a bajar del carruaje y los acompañó hasta la puerta principal.

—¡Hola, querida, qué alegría que hayas aceptado venir! —Gabriela había salido a su encuentro y se acercó a ella con los brazos abiertos. Estaba radiante con su vestido neoclásico de muselina blanca y vaporosa, con el talle bajo y las mangas cortas y abullonadas. Julia se fijó en que el vestido no llevaba armadura y las líneas de su cuerpo se dejaban adivinar bajo la tela. Pero lo que le llamó escandalosamente la atención fue el exagerado y pronunciado escote. Miró de reojo a Lorenzo y le pareció ver en él un gesto de aprobación. Se sintió abochornada. No debería haber ido al teatro ni a la cena... En un momento dado, pondría la excusa de que se sentía indispuesta para volver pronto a su casa.

Gabriela la sujetó por el codo y la pasó al interior de la casa.

A Julia le sorprendió lo parecida que era a la suya. El característico zaguán, largo y estrecho, se abría a la izquierda a un recibidor mucho más amplio con el suelo de piedra gris y cubierto por una alfombra descolorida. En la esquina derecha, junto a la cancela que daba al

patio interior, había dos sillones de la época lacados en color gris y forrados en tela de flores y, entre ellos, un pequeño arcón de roble con incrustaciones de palo de santo y amaranto.

—Siento mucho lo ocurrido —seguía diciendo Gabriela mientras la conducía hacia el salón de la primera planta—. Espero de todo corazón que la tristeza pase pronto. A pesar de que aún guardes el luto, me alegro de veras de que hayas venido. Ya verás cómo acabarás animándote si pones un poco de tu parte.

Cuando entraron en el salón, todas las miradas se clavaron en ella. Mario la había observado desde el rellano de la escalera. Apretó los músculos de la mandíbula hasta hacerlos crujir y, cuando creyó estar preparado para tenerla frente a frente, pasó al salón. La música ya había comenzado y los pocos invitados se entretenían conversando y picoteando entre los variados cuencos repartidos sobre la mesa: aceitunas secas, queso ovejuno, uvas, pequeñas porciones de torreznos fritos... Mientras, dos sirvientes pasaban entre ellos ofreciendo copas de vino blanco o jerez.

En un momento de la noche, Gabriela la dejó a solas para saludar al resto de los invitados. Julia rechazó una copa de jerez que le ofreció uno de los sirvientes y, para disimular su nerviosismo, se quedó mirando el retrato del hijo de Mario sin percatarse de que él se le acercaba por detrás.

—Tenía catorce años cuando lo pintaron. No sabía estarse quieto. Casi tuve que atarle al sillón.

Julia sonrió.

—Lo recuerdo... muy poco, la verdad, pero lo vi varias veces en la iglesia con... con su madre y con usted. Yo era muy pequeña, pero él era muy guapo. —Julia se ruborizó; a Mario no le pasó desapercibido ese gesto, y le hizo gracia.

—Quizá, si las circunstancias hubieran sido otras... quién sabe... tal vez habría sido usted mi nuera. —Mario la miró, le guiñó un ojo y ella volvió a sonrojarse—. No se preocupe, su padre se encargó de que eso no ocurriera.

—¿Por qué dice eso? —preguntó sorprendida.

Mario sonrió.

—¿No le dijo nada?

—¿Sobre qué?

—Mi hijo y mi esposa aún seguirían vivos si su padre hubiera sido un poco más... magnánimo.

Julia estuvo a punto de caerse redonda, pero Mario la sujetó del brazo y la llevó a uno de los sillones más cercanos. Estaba completamente pálida y descompuesta.

—Eso no es cierto. ¿Cómo puede decir semejante insensatez?

—No se apure. Tener idealizadas a las personas que más queremos es normal. Ahora ya no están aquí. Sea fuerte, Julia. Siento haber sido tan brusco con usted, pero, al menos, ya tiene algo en común con su esposo. Eso le unirá más a él. Su suegro, el padre de su esposo, fue otro cabrón. Por su culpa, Lorenzo perdió su niñez, pero aprendió a tener una vida. Ahora, usted, con la verdad, deberá aprender a vivir la suya. En el fondo, Lorenzo y usted... no son tan diferentes. De tal palo, tal astilla.

Julia no supo qué decir. Le empezó a doler la cabeza y a punto estuvo de salir corriendo de aquella atmósfera cargada de miradas y chismes. Nada tenía sentido y ella estaba fuera de lugar. Levantó la cabeza. Todos reían y parloteaban sin cesar, excepto Mario que seguía observándola con esos ojos mortecinos y febriles, y pensó que ese hombre la odiaba. ¿Cómo podía pensar que su padre...? ¡Ni hablar! Por segunda vez, sintió náuseas.

Todos los invitados, a la orden de Gabriela, empezaron a tomar asiento. Miró a su esposo y este le hizo una señal para que hiciera lo mismo.

—¿Aceptaría sentarse a mi lado, señora Medina? —la invitó Mario. Julia tenía ganas de gritarle que era un embustero, de darle una bofetada y salir corriendo de esa casa, pero se levantó despacio del sillón, se sujetó del brazo que ese hombre le ofrecía y, juntos, fueron hacia la mesa.

Abenojar presidía la mesa con Julia a su izquierda. Al otro extremo, se encontraba Gabriela y, junto a ella, Lorenzo. Entre ellos, seis matrimonios amigos de Mario. Todos ganaderos de la zona.

Durante toda la cena, Abenojar no paró de hablar con Julia sobre sus padres, justo lo que ella quería evitar a toda costa. A la conversación se unieron el resto de los invitados, interesados en el

testamento. Julia comentó que a primeros de enero se daría lectura. Les comentó que ella había estado ausente, emocionalmente hablando, y que Francisco Vargas, el notario, había sido muy considerado al aguardar un tiempo.

—El juez considera que, mientras no salga el juicio de Pedro, el administrador de mi difunto padre, el testamento debería quedar en suspensión, a no ser que yo disponga lo contrario.

—Sin embargo, querida, debe entender que, cuanto antes su marido disponga de los bienes, antes podrá ponerse al día de todos los asuntos. ¿Estará conmigo en que eso es así? Además, el asunto de las cosechas, los jornaleros, las tierras, en fin... todo ello requiere no solo la mano firme de un hombre, sino dinero con el que hacer frente a los pagos.

Julia no quería seguir hablando del asunto y menos mantener una conversación sobre sus padres con Mario como si nada hubiera pasado entre ellos minutos antes.

—Comprenderá que dadas las circunstancias...

—Por supuesto, querida. Me hago cargo. Todos hemos perdido padres, algunos incluso hijos. Sin duda hemos sufrido tan dura pérdida, lo que no significa que hayamos descuidado nuestras obligaciones.

—Yo solo...

Mario levantó la mano.

—Ya sé lo que me quiere decir y no crea que no la entiendo. Pero escúcheme y, por favor, no me malinterprete. Solo deseo el bien de mi amigo y el de usted. Son una pareja joven. Usted es una mujer y, por tanto, solo tiene sentimientos que nacen de un corazón joven e inexperto. Deje las cosas importantes para los hombres. ¿Entiende lo que quiero decirle? —Julia negó con la cabeza. Abenobar sonrió condescendentemente y prosiguió—. Las mujeres no tienen capacidad para pensar más allá del amor, la comida, los vestidos o las joyas. Y eso es normal. Esos brazos tan hermosos, los necesitan para acunar a los hijos que les hacemos, para adornarlos con las joyas y con esos bolsitos tan graciosos y caros que les regalamos. — Todos los asistentes asentían con la cabeza—. Nosotros somos su bastión. La fuerza, la inteligencia. La tierra, el fuego y el agua.

Ustedes son etéreas. Incluso para tener hijos somos imprescindibles. ¿Lo entiende ahora? Dedíquese a esos menesteres. Su casita, tener a su marido contento... —Mario le guiñó un ojo y Julia no pudo evitar morderse el labio—. Lo que quiero decirle con todo esto es que, si quiere seguir llorando la pérdida de sus padres, está en su derecho. Pero debe considerar que no se puede retrasar por más tiempo la lectura del testamento. Lorenzo, como esposo, se convertirá en el dueño absoluto de todas las posesiones y deberá tomar las riendas de los negocios cuanto antes. De lo contrario, todo el esfuerzo de su padre se perderá por el lastimero lagrimeo de su hija. Usted no entiende de negocios y no puede calibrar el daño que puede ocasionar con su femenina ausencia de razón e irresponsable actitud. Debe hablar con el alguacil y el notario. No lo dilate más, por el bien del negocio. Ese Pedro fue un hombre ruin que no dudó en cometer el más atroz de los delitos. No pudo con el peso de la conciencia y quiso quitarse la vida. Pero Dios es justo y no se lo concedió. Ahora ha confesado y está en la cárcel pagando por ello. Querida, no dilate algo que es obvio.

Julia empezó a entender el problema. Hasta ahora no había caído en eso y Mario Abenojar llevaba razón. Había desatendido las tierras. Debía hablar con Francisco Vargas y decirle que estaba preparada para la lectura del testamento, aunque le doliera. Había que pagar a los jornaleros. Las tierras no podían quedar a su suerte.

Tras la cena, Julia se excusó. Todos entendieron que no quisiera quedarse al baile por estar de luto. No obstante, Mario le solicitó que Lorenzo pudiera quedarse un poco más. Quería arreglar un asunto de negocios. Julia accedió de mala gana, pero se tragó las ganas de gimotear por tener que irse sola a casa y se despidió educadamente de Gabriela.

Lejos de mantener conversación alguna, Lorenzo y Mario se unieron al resto de los invitados con sendas copas de coñac. Después de bailar un par de veces con su marido y con algún que otro invitado, Gabriela no soltó a Lorenzo, acaparando la atención y las miradas de todas las personas que allí se encontraban.

De madrugada, la mezcla de alcohol, sudor y tabaco volvió insoportable el ambiente, por lo que Gabriela salió a la terraza en

busca de aire fresco. Lorenzo se acercó a ella con dos copas de vino blanco y le ofreció una. Apoyados en la barandilla de hierro, bebieron en silencio contemplando las estrellas. La noche era fría, pero apetecía un poco de silencio. En un momento dado, Lorenzo la abrazó de la cintura y la atrajo hacia él. Había bebido más de la cuenta y, al sentir el calor de su cuerpo, se excitó. Gabriela se quedó perpleja ante la osadía de Lorenzo. Pensó en su marido y creyó conveniente no ponerse en evidencia delante de los demás. Alguien podía estar viéndolos en ese momento, por lo que se apartó de Lorenzo con delicadeza. No obstante, Gabriela le hizo una señal para que la siguiera.

Pero Lorenzo la sujetó y mordisqueó con ímpetu su cuello. Gabriela hizo ademán de apartarle. Sin embargo, en su interior quería que no parase. Deseaba más. Notó la respiración fuerte de él y su mano a través del corsé acariciando su pecho. Gabriela gimió de placer. Estaba fuera de sí. Miró hacia el salón y vio que uno de los invitados, profundamente borracho, los estaba observando, se mordía el labio inferior y se dirigía hacia ellos. Avergonzada, intentó retirar la mano de Lorenzo que apretaba con fuerza uno de sus pechos, y para resistirse, le dio un fuerte pisotón. Lorenzo la miró enojado. Gabriela pasó al salón y Lorenzo la siguió. Todavía continuaba la fiesta. Los invitados bailaban y bebían dando tropiezos entre risas y gritos. Algunos hombres que habían ido acompañados de sus respectivas mujeres coqueteaban descaradamente con las mujeres de otros invitados. Ellas, por su parte, despeinadas y con los vestidos por encima de las rodillas, bailaban dando saltos al ritmo frenético de la música. Pasaron entre ellos, salieron al zaguán y en un rincón bajo la escalera vieron a Mario Abenojar durmiendo la borrachera en un sillón con una copa de vino en la mano a punto de caerse.

—¿Te parece bonito? ¿En mi casa? —le preguntó Gabriela con una sonrisa picarona mientras subían las escaleras—. También me he fijado que no llevas puesto el reloj que te regaló Mario.

—Se me olvidó.

—Yo quería grabar mis iniciales, cariño —manifestó Gabriela—, para que siempre que mires la hora te acuerdes de mí, o incluso cuando estés con tu mujercita.

—Estás celosa —le contestó Lorenzo mientras subía los escalones tras ella.

—Para nada. A estas alturas ya no pierdo el tiempo con celos, querido. —En el segundo rellano, Lorenzo echó una mirada a la galería para asegurarse de que nadie los miraba. Se acercó a Gabriela por detrás, obligándola a sacar medio cuerpo por la barandilla de la escalera—. Yo no soy la niñata esa con la que te has casado. Demuéstrame lo hombre que eres. —Lorenzo acercó su rostro a la nuca de ella. Gabriela giró la cabeza hacia él. Apretó su cuerpo contra el de Lorenzo, que, excitado, le levantó las faldas de su ligero traje, le introdujo una mano entre los muslos y acarició su pubis provocándole un chillido ahogado de placer. Gabriela vio a su marido dormido desde la barandilla. Lorenzo la arañaba, la mordisqueaba, mientras Gabriela le pedía más... De un golpe, le rompió el corsé dejando sus pechos al aire. La giró hacia él. Le sujetó las manos a la espalda mientras con la otra mano la pellizcaba un pezón y luego otro. Gabriela no podía dejar de emitir grititos de placer. Intentó liberar sus brazos de la mano fuerte de Lorenzo, pero este la sujetó aún con más fuerza. Llevado por la excitación del momento, Lorenzo mordisqueó un pecho con tal brutalidad que Gabriela no pudo reprimir un grito de dolor. Intentó zafarse de nuevo, pero lo único que consiguió fue excitar aún más a Lorenzo, que la abofeteó y la tiró al suelo. Cogiéndola del cabello, la arrastró hasta la primera habitación.

—Te daré lo que estás buscando desde el primer día, zorra. No haces más que provocarme y al final vas tener lo que quieres.

Capítulo 15

El 18 de enero, Francisco Vargas, atendiendo a los razonamientos de Julia y Lorenzo, dio lectura al testamento. Cuando el notario concluyó con todos los pormenores, Lorenzo se quedó inmóvil en su asiento. Sacó un pañuelo de su levita y se limpió el rostro empapado de sudor. Julia le puso la mano en el brazo para darle ánimos, pero se apartó bruscamente de ella.

—¿Le importaría repetir la última parte, por favor? —preguntó Lorenzo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no arrancárselo de las manos y romperlo en mil pedazos.

Francisco tragó saliva.

—Lo que viene a decir —resumió para obviar de nuevo la farragosa lectura—, es que tanto la finca del cigarral como el conjunto de sus tierras, frutos, pastos, álamos y olivos son propiedad exclusiva de Julia, o sea, de su esposa, así como la responsabilidad de la gestión de las tierras o el contrato de los jornaleros. Es decir que usted no podrá vender, comprar ni realizar ninguna operación bancaria sin el consentimiento de su esposa. De hecho, será ella quien deberá firmar los compromisos que se realicen. Sin su firma, cualquier transacción económica o administrativa carecerá de validez.

Lorenzo no esperó a Julia. Lleno de cólera, salió dando un portazo.

Francisco salió diez minutos más tarde hacia la cárcel para visitar a Pedro Ávila y ponerle al corriente de todo cuanto había acontecido.

—Debo leerte algo que Manuel dispuso para ti.

—¿Para mí?

—¿Te acuerdas de lo que te dije cuando te encontré en el camino?

—No mucho, la verdad.

—Pues digamos que se trata de la obligación que tienes para con él. Escúchame atentamente. Ya sabes que Manuel no solo te dejó pagada la deuda con Mario Abenojar, sino también la casa.

—Así es.

—Bien, pues ahora presta atención. Lo que él te pide a cambio es que seas el albacea de su hija Julia.

—Pero, si estoy en la cárcel...

—Eso no importa. Ya veremos cómo lo solucionamos.

—No entiendo nada —confesó Pedro extrañado.

—Yo te explicaré todo detenidamente. Por cierto, ¿hablaste con Pascual?

—Lo intenté, Francisco, pero la verdad es que no me acuerdo de nada de lo que pasó. Es como si se hubiera instalado en mi cerebro una manta de niebla que no me deja recordar. No me cree cuando le digo que no los maté, que lo dije de forma figurada. En el fondo, intuye que escondo algo oscuro. Yo lo odiaba, Francisco. Lo odiaba con todas mis fuerzas por dejarme solo. ¿Han soltado al hombre que les robó?

—Sí. No hay pruebas contra él. ¿Le has dicho que pagarás tu fianza y que no saldrás de Toledo?

—Por activa y por pasiva. Pero por lo visto tiene una confesión mía por escrito. Dije lo que dije porque en parte me sentía responsable de lo que les sucedió. Pascual piensa que tuve que ver con su muerte de manera directa. Les tendieron una trampa para sacarlo de Toledo, como muy bien sabes, y cree que yo formé parte de todo eso. La verdad es que, teniendo en cuenta que yo era el encargado de entregar las mercancías, mis deudas, y el engaño de los barcos..., solo hay que sumar dos más dos. Soy el único que tenía un motivo para matarlo.

—¿Puedes recordar si había alguien que pudiera odiarlo tanto como para querer matarlo?

—Cuando estuvo de alcalde, pudo haberse granjeado algún que otro enemigo que se la tuviera guardada, pero no puedo pensar en nadie en concreto. ¿Crees que Julia está en peligro? Aunque, de ser así, Lorenzo la protegerá. Ese hombre sacará los arrestos necesarios.

—Eso espero.

Pedro hizo un gesto de extrañeza.

—¿Por qué dices eso?

—Manuel fue a mi despacho ex profeso para cambiar el testamento;

desconfiaba de él. Que se hubiera casado en secreto con su hija y fuera amigo de Mario Abenojar no le daba mucha seguridad. Y hoy... tendrías que haberlo visto cuando he leído el testamento y se ha visto fuera de él. Tenía el rostro desencajado y, si hubiera podido, me habría hecho pedazos. Salió de estampida.

Pedro soltó un silbido.

—Hombre, pero también Manuel... A todos los pretendientes les encontraba un defecto. Tampoco me sorprende su actitud.

Ambos se quedaron reflexionando sobre todo esto.

—Pues el caso es que no se ha marchado muy contento, no — admitió Francisco.

—Es que es una situación muy humillante para un hombre, todo hay que decirlo.

—De todos modos... Entre Manuel y Abenojar había una gran inquina desde hacía mucho tiempo.

—Lo de los pastos, Abenojar no se lo perdonó en la vida. La verdad es que fue una gran faena.

—Pero no fue culpa de Manuel; muchas tierras fueron desamortizadas por Napoleón y ahí no se pudo hacer nada.

—Hombre..., nada, nada... Manuel fue a por ellas descaradamente. Se libró de muchas de las cosas que aquí pasaron, Francisco, y luego lo del hijo y...

Ambos se miraron y Pedro creyó vislumbrar un atisbo de luz en los ojos del notario.

—Puede que...

Lorenzo fue a visitar a Mario. Su salud había empeorado considerablemente.

—Me tienes en ascuas —gruñó Mario—. Sirve dos copas de brandy ahora que la bruja de mi mujer no nos ve, ¡señor y dueño del mejor cigarral de todo Toledo!

—¡Calla, viejo! Se acabó todo. No hay nada. Ni señor, ni dueño ni cigarral —soltó de golpe, dejando a Mario con la boca abierta—. Se lo ha entregado todo a su hija. —Lorenzo se dejó caer en el sillón que había junto a la cama.

—¡Una mujer heredera universal! ¡Me cago en mis muertos! Lo nunca visto. Estamos locos. ¡Manuel Céspedes, eres el mayor cabrón de todo Toledo! ¡Hasta muerto me sigues jodiendo, malnacido! —vociferó Mario. Gabriela entró en la habitación, asustada por los gritos. Mario le tiró un vaso de agua—. ¡Largo de aquí! ¡Fuera!

—Tendré que hablar con Julia —comentó Lorenzo cuando Gabriela cerró de nuevo la puerta.

—Muchacho..., estás perdido si crees que dialogando vas a convencerla. Si a una mujer le das la opción de hablar, acabarás más arruinado de lo que estás ahora. Si esa pazguata te atrapa con su verborrea, te verás privado de la razón y acabarás con los pantalones bajados. ¡Mírate! Ahora solo eres un calzonazos, un fracasado, un torcido de la vida en manos de una mujer. —Mario soltó una risotada que resonó en la habitación—. ¿Acaso crees que, si a la belleza que tengo ahí fuera no la hubiera puesto en su sitio hace tiempo, seguiría gobernando mi vida como siempre he hecho? ¡En absoluto! Me habría despellejado vivo como a una gallina. Por eso a veces le doy lo que me pide, porque tampoco quiero que se largue. ¿Me entiendes, muchacho? Ponte en tu sitio. Pero ¿qué te pasa con esa mujer, chico? ¿Te ha absorbido el seso? Tú no eres un hombre normal, hijo. Has luchado, matado y sobrevivido entre la peor gente. En cuanto a las mujeres, has tenido cuantas has querido. No has conocido la decencia, el amor ni la conmiseración. Y no te lo reprocho. El niño temeroso y bueno que yo conocí desapareció hace mucho tiempo. No te dejes amilanar, y menos por una mujer. Tú vales más que todas las tierras y cigarrales del mundo, pero debes ponerte en tu lugar. Debes actuar ya, hombre de Dios.

—Yo no quiero dañar a Julia. ¿Es que no lo ves?

—No me vengas ahora con romanticismos. Estás enamorado de ella y eso te hace débil.

—¡No!

—Sí, Lorenzo, sí. Pero piensa por un momento. Si no haces algo, perderás toda esa fortuna. En cuanto tengáis un hijo, todo acabará para ti porque ese niño será el heredero de todo y tú seguirás siendo un fantasma en esa casa. Llegará un momento en que no serás nada para esa familia porque ni siquiera te respetarán. Tu casa y esa tierra

que tienes en Orgaz no valen un real, hijo. No tienes nada, nada. Recuerda lo que te he dicho.

—No quiero seguir escuchándote, viejo moribundo. Mi vida ha sido siempre un asco. Sí. Mi padre me encerraba en un cobertizo a oscuras entre las ratas. Me pegaba palizas, y yo no le había hecho nada. Me odiaba y, aunque dices que mi madre sufría, jamás hizo nada por ayudarme. Ni ella ni el medicucho que me atendía. Mi muerte habría significado un respiro para todos. Luego, me largo, me encuentro entre lo peor del ser humano y, cuando consigo huir de todo eso y regreso, conozco a Julia. Su amor, candidez y dulzura son mis antídotos para seguir teniendo el corazón lleno de esperanza. Ella me ha devuelto la confianza en mí mismo, Mario. El testamento es una mierda, sí. Pero no voy a hacer nada que perjudique la relación con mi esposa. Ahora comprendo que su padre quisiera protegerla y alejarla de mí. Pero me juzgó sin conocerme y eso no fue justo. Solo quería tranquilidad, una oportunidad. —Lorenzo soltó todo el aire que había en sus pulmones—. No voy a hacer nada que dañe a Julia.

—Me cago en mis muertos, niño. Si sigues pensando así, lo perderás todo por una mujer que no vale ni un centavo de real. ¡Levántate y ponte a andar de una puñetera vez! ¡Abre los malditos ojos! Eres un estúpido, un niño... Enamorado, dice. Tú no sabes lo que es el amor, jodido niño. Escúchame, hijo, no sé cuánto viviré. Pero, al menos, que mis palabras no caigan en un saco roto: hazte con esa fortuna y serás el hombre más rico de Toledo. Luego ponte el mundo por montera, haz con esa pazguata lo que te venga en gana y ten los hijos que quieras, pero antes no.

—¿Sabes lo que creo, viejo chocho? Creo que quieres vengarte de esa familia a mi costa. Creo que en mí ves la oportunidad de arrebatarme toda la fortuna a Julia, y quieres que esa chica sufra como sufrió tu esposa, y si me apuras, hasta diría que te gustaría verla morir, como lo hizo tu hijo. Y creo que no piensas en mi felicidad, sino que buscas la tuya propia. Estás aguantando aquí, postrado en esta cama, solo para ver cómo destruyo la herencia del hombre que más has odiado en tu vida. No te importo yo ni te importa mi felicidad. Siempre has sido tú, tú y tú. Por eso no quisiste darme el dinero para pagar a los jornaleros. Eres un egoísta, y por eso no pienso jugar a tu

juego. Manuel ha muerto, tú morirás pronto y yo viviré mi vida al lado de la mujer a la que amo. Déjame en paz. Muérete y llévate tus rencores y tus odios al infierno contigo. —Se levantó del sillón—. Tengo que marcharme.

—Recuerda, muchacho: hasta que no tengas en tus manos la herencia, nada de hijos. Hazme caso. —Lorenzo salió de la habitación dando un portazo—. ¡Nada de hijos! —gritó Abenojar.

Durante su regreso, Lorenzo no paró de dar vueltas al asunto. Seguía enfadado con Julia, y mucho. No lograba sacar de ella la mujer que esperaba tener a su lado. Sus relaciones íntimas no habían mejorado. Ya no tenía que tomarla a la fuerza, pues ella se sometía a todos sus caprichos, fría y sin pasión. Su actitud le excitaba y exacerbaba al tiempo. No le cabía ninguna duda de que Julia seguía enamorada de él. Si pudiera convencerla de que le diera todos los poderes, él mismo se aseguraría de que las cosas marcharan bien. Quizá, todavía estuvieran a tiempo de retomar su relación desde el principio. Hablaría con ella esa misma noche.

Julia se negó en rotundo.

—Ni hablar, Lorenzo. Si mi padre lo hizo así, será porque eso era lo que él quería. ¿Por qué habría de cambiar su última voluntad? No. Además, ¿qué más da? Tú siempre serás el dueño de todo. No tienes más que decirme lo que tengo que hacer y punto.

—Pero ¿no ves que es una locura, mujer? Seré el hazmerreír de todo el mundo si no puedo gestionar mis propios asuntos. Te recuerdo, además, que tuve que pagar a los jornaleros con mi dinero. Por cierto, de cuatro reales les tuve que rebajar a uno y medio.

— Eso es una miseria, Lorenzo. Mi padre jamás lo hubiera consentido.

—Tu padre estaba muerto y no había dinero.

—Tienes que hablar inmediatamente con ellos. Pronto tendremos que contratarlos y no podemos permitirnos el lujo de que no vengan a trabajar.

—Esos hombres me sobran. Ya buscaré otros. Campesinos, hay muchos.

—No tienes ni idea de lo que has hecho. Eres un insensato.

Lorenzo no pudo más y le soltó una bofetada. A Julia la pilló desprevenida. Se llevó la mano al rostro y le miró con miedo.

—No vuelvas jamás a insultarme. Ni se te ocurra por un momento que puedes desafiarme, contradecirme ni darme lecciones.

Julia salió despavorida del salón. Subió a su habitación, se tumbó sobre la cama y lloró desconsolada.

Tal y como le advirtió Julia, los jornaleros, molestos por la bajada de salario y como forma de protesta, no realizaron el transporte a su debido tiempo, lo que causó un descontento general en los comerciantes que, ante la falta de confianza, no cerraron la temporada siguiente con Lorenzo y contactaron con otros proveedores de la zona. Tan solo pudo convencer a un par de hombres para la recogida de la aceituna. Sabía que eran insuficientes y que ello supondría otra pérdida considerable de dinero.

Por otra parte, los albaricoqueros tenían una plaga que se debía solventar antes de que aparecieran los primeros frutos. Cuando se lo comentó a Mario, este le dijo que la única solución era quemar los más dañados. De lo contrario, la mayor parte de la plantación acabaría en astillas y luego habría que esperar varios años para poder repoblar.

Lorenzo empezaba a estar harto de las tierras. Nunca había sido administrador ni gestor. Jamás había tenido que enfrentarse a un patrimonio de esas características ni de otras. Necesitaba a alguien para que se dedicara a esa parte del negocio. Sin embargo, pronto desechó esa idea. Tal y como le había dicho Mario, la gente no tardaría mucho en verlo como un inepto bajo la tutela de una mujer. ¿Y si vendiera las tierras? Podría quedarse con el cigarral y desprenderse del resto. Con lo que sacara de toda la operación, podría vivir lujosamente de por vida. Incluso podrían seguir manteniendo la casa de Toledo. La renta sería insignificante para todo el dinero que tendrían. Lorenzo pensó en Mario, que siempre había querido recuperar las tierras de pastos. En vez de entregárselas, se las vendería. Se pondría furioso. Pero, como él mismo había dicho, el dinero es el dinero. Sería todo un negocio, puesto que era una de las mejores dehesas de la zona. Si las cosas

salían tal y como las tenía pensadas, todo eso acabaría bajo su control.

Julia se negó y su viejo amigo, por respuesta, le soltó una risotada acompañada de toses abruptas y pequeñas convulsiones.

Mientras los días pasaban largos y tediosos, para calmar su aburrimiento y su irritante carácter, que cada vez se manifestaban más, Lorenzo se hizo cliente asiduo de un pequeño burdel situado en uno de los callejones cercanos a la puerta de Cambrones. Allí pasaba la mayor parte del día y de la noche jugando al póquer. Odiaba el momento en que tenía que pedir permiso a su mujer para obtener un puñado de monedas de plata, era tan humillante... Pero lo peor fue cuando su mujer también le sugirió la idea de que vendiera su casa de Orgaz. Ese día Lorenzo soltó una carcajada. Si vendía su casa..., ¿qué le quedaría? Nada.

Capítulo 16

El llanto continuo de Julia alarmó a Nana. Subió a su habitación con una taza de cacao con la esperanza de que se relajara. La encontró arrodillada en el suelo vomitando en una palangana. Dejó corriendo la taza en la mesilla de noche y se acercó a ella.

—Mi niña. ¡Por Dios santo! —Le alzó la frente. Estaba sudando. No era la primera vez que se la encontraba en ese estado. Ramona intuyó el problema desde el primer momento. Le dio una tela de hilo para que se limpiara la cara—. Hija de mi vida, anda, te ayudaré a levantarte.

—Nana, ¿qué me pasa? No me encuentro bien.

—No es nada. Ven aquí. —La llevó hasta la cama, le ahuecó los almohadones y le colocó una toallita húmeda en la frente—. No llores más, me quedaré un rato contigo.

—Echo mucho de menos a mis padres.

Rompió a llorar de nuevo y Ramona le acarició el pelo con cariño.

—Yo también, hija. —Ramona suspiró levemente. Se incorporó y le cogió la mano—. Mi niña, lo que te pasa es que... estás embarazada.

—¿Embarazada? Pero...

—Hija..., las viejas sabemos mucho de esto. Hazme caso. —La arropó y le acercó la taza de cacao—. Tómate esto. Te sentará bien.

A Julia le cambió el semblante. Aunque pálida, sus ojos tomaron un brillo especial. Una sonrisa asomó en los labios y de manera inconsciente se acarició el vientre.

Lorenzo llegó a casa por la noche. No traía buen aspecto. Cuando se dirigía al despacho, se cruzó con Ramona en el patio.

—¿Dónde está mi mujer?

—En su habitación, señor. La señora está cansada y se ha quedado dormida hace un rato. —Ramona soltó una ligera risita nerviosa que pasó desapercibida para Lorenzo y entró en la cocina, mientras él

cerraba la puerta del despacho, donde se entretuvo leyendo la correspondencia un buen rato.

Julia no estaba dormida, oyó hablar a su marido con Ramona y se recostó en la cama. Estaba deseando comunicarle la noticia. Una hora después, lo escuchó subir las escaleras. Los pasos se detuvieron ante la puerta, la abrió de par en par y se quedó de pie sin pasar a la habitación. Julia le sonrió y le hizo un gesto para que se sentara en la cama junto a ella.

Lorenzo, lejos de devolverle la sonrisa, le habló con sequedad.

—Debo hablar contigo y necesito que te comportes como una adulta. —Rodeó despacio la cama—. He estado pensando mucho durante todo este tiempo, Julia, y he tomado una decisión. Como mi esposa, solo espero que me apoyes, que lo entiendas y que aceptes cuanto tengo que decirte. No voy a aceptar de nuevo un no por respuesta, así que piensa bien lo que vas a contestarme. Es mi intención vender las tierras y quiero que firmes, sí o sí.

Julia se quedó sin pestañear intentando asumir lo que acababa de escuchar. Desde la última vez que se lo pidió y le contestó que nunca las vendería, su marido se había vuelto muy irascible. Eran frecuentes los conflictos entre ellos por cualquier tontería. Cada vez que lo contradecía, cada vez que le preguntaba dónde había pasado la noche, a qué hora había llegado o en qué se había gastado el dinero, él reaccionaba con un duro enfrentamiento o un comportamiento desagradable.

—Escucha, Lorenzo. Ya te lo dije, no creo que sea una buena idea. Mi padre...

—Tu padre ya no está y yo he tenido mucha paciencia, Julia.

—No voy a vender, Lorenzo. No es necesario. No nos falta de nada.

—Julia, atiende a razones. Si no quieres vender, al menos, dame el poder total para gestionar el dinero y la hacienda, por favor. Necesito tener la autoridad para tomar mis propias decisiones sin tener que contar con tu beneplácito.

Julia guardó silencio.

—Lorenzo, te di la gestión y la administración de las tierras hace una semana. ¿Por qué tanta insistencia en vender? Es como si solo te interesara el dinero. A veces, pienso que te casaste conmigo por eso.

Desde que se dio lectura al testamento, has cambiado. Ya no eres el mismo y precisamente ahora que...

—¿Ahora qué, Julia? Necesito la gestión del dinero. De nada me sirve la de las tierras. ¿Para qué quiero yo eso? No puedo estar mendigándote, es denigrante.

—Estoy embarazada —le soltó de golpe.

Lorenzo se quedó inmóvil.

—¿Embarazada? ¿Cómo ha podido suceder? —le dijo con voz susurrante sin apenas separar los labios.

—Cariño, estas cosas suceden cuando se tienen relaciones maritales. Tengo dos faltas, lo que quiere decir que me encuentro de dos meses. —Julia se levantó de la cama y se puso una bata—. Hay una vida dentro de mí. Tu hijo. —Se acercó a él y le rodeó con los brazos apoyando la cabeza en su pecho—. Soy feliz. Te quiero, amor mío. Si todo va bien, nacerá para septiembre.

Lorenzo la apartó con suavidad y acarició su vientre. Ahí dentro crecía su hijo. Un niño al que le daría todo cuanto él no tuvo. Se ocuparía de que tuviera una infancia feliz. De pronto, le embargó una oleada de ternura y un profundo amor hacia su esposa. La besó con tanta pasión que Julia se sintió desconcertada.

—Él es tu primogénito. Mi heredero. Le enseñaremos todo lo referente a las tierras para que, cuando cumpla la edad convenida, se haga cargo de todo.

Lorenzo la apartó de su lado y recordó las palabras de Mario Abenojar: «Recuerda, muchacho, hasta que no tengas en tus manos la herencia, nada de hijos. Hazme caso».

—Yo no quiero ese niño. Deberíamos pensarlo detenidamente. Es muy pronto aún.

—¿Cómo...? —Julia se tocó el vientre con las manos—. Pero..., no puedo creer lo que acabas de decir.

Lorenzo dio media vuelta, cerró la puerta de un portazo y salió de la casa como alma que lleva el diablo.

—¡Lorenzo! —Julia bajó corriendo las escaleras tras él.

El aire frío de finales de febrero le abofeteó el rostro. Notó las manos heladas y se las frotó enérgicamente. Un escalofrío le recorrió la espalda, y cerró los ojos para despejar la cabeza. La noticia le

llegó como un puñetazo en pleno estómago. No sabía muy bien hacia dónde se dirigía. Salió directamente hacia la catedral. Caminaba despacio. Tenía que pensar. ¡Un hijo! Por un momento sintió alegría, ternura, incluso amor, luego angustia, miedo y un inmenso rechazo. «¡Maldita sea mi estampa! », gruñó en voz alta. Siguió avanzando con la cabeza gacha hacia la parte este de Toledo, deambulando entre los pasadizos y callejones solitarios mientras mil ideas danzaban en su cabeza. ¿Por qué no? Era lo que siempre había soñado, un hijo. Pero enseguida esa ilusión se retorció como cuchillos en sus entrañas al recordar las palabras de su viejo amigo y la desechó de inmediato. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Deseaba a ese hijo con todo su ser, pero al mismo tiempo se había convertido en un problema de dimensiones gigantescas. Tenía tanta rabia que se le saltaban las lágrimas de la impotencia. Si ahora se veía en esa situación, se lo debía al comportamiento pueril de su esposa, al odio de Mario y a la desconfianza de Manuel. Y él, sin darse cuenta, se había convertido en un pelele de todos ellos. Ahora ese ser tan inocente y puro que estaba por venir se estaba convirtiendo en su propia víctima. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Cómo podía pensar de esa manera? Sacudió la cabeza e intentó calmar su desazón caminando sin rumbo fijo. Pasó por la posada de la Hermandad y enlazó con el callejón de San Justo. Su mente seguía siendo un hervidero donde las dudas se revolvían como ovillos de lana desmadejada. Culebreó por callejas recortadas y estrechos callejones hasta llegar al río, donde la humedad se le introdujo en sus huesos como puntas de espadas. Mientras observaba los sauces situados en hileras perfectas, tomó una determinación. Dio media vuelta y se dirigió hacia la calle Magdalena para hablar con el notario. Las campanadas del reloj de la catedral le hicieron dar un respingo. «Las diez. Ese imbécil estará despierto todavía», se dijo entre dientes. Aceleró el paso. Cuando llegó a la puerta, llamó varias veces sin obtener respuesta y por un momento la sensación de frustración se apoderó de él. Justo cuando iba a marcharse, la puerta se abrió despacio.

—Don Francisco, perdone las horas que son —se disculpó Lorenzo.

—Pase, pase, no se quede ahí. Hoy arrecia el frío. —Le invitó a

acompañarle hasta la salita. Había una mesa llena de legajos y una librería con infinidad de tomos antiguos, algunos incluso en muy mal estado. Olía a polvo. La habitación no debía airearse con frecuencia. Lorenzo se acomodó en la silla frente a la mesa y aceptó con agrado una copa de licor que le ofreció el notario.

—Este es un lujo que apenas puedo permitirme —le dijo sonriendo—. Bueno, pues... ¿A qué debo tan grata visita? Desde que dimos lectura al testamento del señor Céspedes, no nos hemos vuelto a ver. Gran amigo y triste pérdida. ¡Que descansen en paz!

—Por supuesto. Ha sido una desgracia.

—¿Cómo se encuentra su esposa?

—Mal —comentó Lorenzo preocupado—. La pobre no levanta el ánimo. No sé qué hacer.

—Sí... Estaba muy unida a sus padres. —Francisco rellenó las copas.

—Y lo de su padrino ha sido otro disgusto añadido. Ese hombre ha sido toda una deshonra para la familia.

A Francisco no le gustó el comentario y se lo hizo notar con hostilidad.

—No se confunda. A pesar de que todo apunta a ello, aún sigo pensando que él no fue.

Lorenzo se masajeó el puente de la nariz para aliviar toda la presión que se le estaba empezando a acumular en esa zona.

—Tampoco sería de extrañar. Ese hombre debía mucho dinero y, hasta donde sé, se metió en jaleos que perjudicaron a Manuel.

—Cierto. Sin embargo, creo que es inocente. Pero, en fin... ¿Qué le preocupa, señor Medina?

—Estamos esperando un hijo y...

—Pero, hombre de Dios. Eso es una gran noticia. ¡Enhorabuena! Ya verá cómo ese hijo la ayudará a sobrellevar la pérdida. Bien..., pues...

—Don Francisco, deseaba saber sobre la posibilidad de vender algunos de los terrenos.

—Posibilidad claro que hay, siempre que ustedes estén de acuerdo y haya un comprador interesado. —Al ver el gesto de Lorenzo, Francisco comprendió que esa no era precisamente la cuestión que quería abordar—. ¿Su mujer está de acuerdo?

Lorenzo carraspeó para aclararse la garganta.

—Mi esposa no está en situación de preocuparse por los negocios. Cualquier cosa podría alterarla y afectar a su embarazo. Creo que estos asuntos podríamos resolverlos entre nosotros. ¿No le parece?

—Pero, buen hombre, su esposa solo está preñada. Puede firmar un papel perfectamente. Eso ya lo hablamos en su día.

—¿Cómo puede pasar esto? Por derecho, yo debería dirigir y administrar la economía de mi casa. ¿Acaso no puedo decidir? Va en contra de la dignidad de cualquier hombre. —Lorenzo se puso en pie.

—Señor Medina, le entiendo muy bien y así suele ser generalmente. Pero, a pesar de la anómala disposición testamentaria realizada, es completamente legal y en ella su suegro declara de manera contundente sus deseos.

—Entonces... ¿no puedo hacer nada? ¿Estoy vendido al criterio de mi esposa? —Se dejó caer en la silla.

—Eso es.

—Mi esposa no solo está embarazada, sino que también se encuentra anímicamente mal. Ahora mismo no está en situación de atender los asuntos económicos. ¿Qué puedo hacer? ¿Dejar que se hunda el negocio? Créame si le digo que mi mujer no está, en estos momentos, capacitada para atender su casa, imagínese para llevar los asuntos de la hacienda. ¿No hay nada que pueda ayudarme?

—No señor, lo siento. No hay nada que hacer. Mire, solo en casos de extrema gravedad, como la incapacitación mental, por ley el cónyuge se hace cargo de todo. Y Dios me libre si tuviéramos que incapacitar a las mujeres por cada embarazo o por cada indisposición que tuvieran, o a los hombres por las veces que salen a los burdeles o se dejan el dinero en las mesas de póquer. —Francisco estalló en una carcajada—. Perdone que me ría, pero es que no soy hombre de ocurrencias fáciles. —Ambos se levantaron al tiempo. Francisco se acercó a él y le dio unas palmaditas en el hombro—. Ya verá cómo ese hijo que viene en camino la ayudará a sobrellevar toda la pena. Ese niño va a traer mucha alegría a su casa. Pronto vendrán más niños, a no ser que quieran un hijo único y convertirlo en heredero universal como su esposa.

Lorenzo reaccionó como si acabaran de picarle con una aguja.

—Si mi mujer falleciera siendo única heredera, ¿mi hijo estaría

protegido?

—Sí. Se convertiría en heredero directo. La madre puede nombrarle a usted o a otra persona que ustedes lo consideren conveniente como albacea para que gestione su fortuna. Eso suele hacerse nada más nacer el heredero en familias reales o con grandes fortunas para evitar ciertas intrigas... —Francisco rio con ganas—. Ya me entiende. Claro que nosotros estamos muy lejos de ese tipo de acuerdos tan protocolarios.

—Gracias por su ayuda —le dijo cortésmente Lorenzo tendiéndole la mano.

—No se preocupe, hombre, Julia es una mujer sana y fuerte. Cuidela. Si necesita de mis consejos legales, no dude en volver cuando quiera.

Lorenzo salió de nuevo a la calle. Se puso el sombrero y levantó el cuello de la levita, aunque el frío ya no le importaba.

Lorenzo no durmió esa noche en su casa. Tras dejar el prostíbulo por la mañana temprano, se dirigió a casa de Abenojar. Lo encontró más delgado y desmejorado que los días anteriores. Cuando le informó del embarazo de Julia, la reacción no se hizo esperar. Mario le reprochó su ineptitud y le acusó de irresponsabilidad.

Después Lorenzo le refirió su visita al notario y la conversación que ambos habían mantenido.

—Tienes la solución ante tus narices. Ni lo dudes, muchacho, y prométeme que no venderás un palmo de esas tierras. ¿Me oyes? Haz lo que tengas que hacer. Tendrás todo mi apoyo. —Lorenzo se puso en pie dispuesto a marcharse, pero Mario le sujetó del brazo—. Escúchame, chico. Sé que en algún momento las dudas te dominarán. No escuches a tu corazón, muchacho. Ese pequeño músculo solo sirve para mantenerte con vida. Piensa con la cabeza. ¿Me estás oyendo? Como cuando te marchaste de tu casa. Esto es lo mismo. Entonces te quitaron tu dignidad, ahora también te la están robando. No vaciles, muchacho.

En quince minutos, Lorenzo se encontró frente a la puerta de Fermín Nogales. Tuvo que aporrearla varias veces hasta que oyó el cerrojo. El médico salió en camión. Abrió la pesada puerta y, cuando

iba a increpar a la persona que había osado despertarle a esas horas de la mañana, se quedó inmóvil sin poder articular palabra al ver a Lorenzo Medina. Por la cara que traía, tuvo un mal presentimiento.

Lorenzo pasó directamente a la salita. Hacía frío y no se quitó la capa.

—Necesito que mañana, sin más demora, se pase por mi casa.

—¿Ha ocurrido algo grave?

—No.

El médico encendió un quinqué que había sobre la chimenea. El corazón empezó a latirle con fuerza y lamentó no haberse largado cuando todavía estaba a tiempo.

—Le necesito en mi casa. Mi esposa está muy débil y ahora se encuentra esperando un bebé. Quiero que la cuide, que esté pendiente de ella las veinticuatro horas del día. A partir de este momento, trabajará solo para mí. ¿Lo ha entendido?

El hombre asintió.

Lorenzo se dirigió hacia la puerta y, justo antes de salir, se giró hacia él.

—No se le olvide. Mañana a primera hora.

El eco de los cascos del caballo resonó durante un buen rato. Fermín miró hacia ambos lados de la calle. Todo estaba tranquilo.

Capítulo 17

El embarazo no la dejaba descansar. Habían pasado varios meses y Julia continuaba con vómitos y calambres en los pies. Apenas veía a su marido. Los problemas, lejos de mermar, no habían hecho más que empeorar y la comunicación entre ellos era prácticamente inexistente. Lorenzo por fin había conseguido que su esposa, a base de disputas y manipulaciones psicológicas, le asignara una considerable cantidad de dinero para no tener que depender de ella a cada momento. Julia aceptó de mala gana aun intuyendo que ese dinero no era para las tierras, pues Lorenzo, hastiado de ellas, las había abandonado a su suerte. Lo oía llegar de madrugada y lloraba impotente por la indiferencia que mostraba ante su embarazo. Julia sufría lo indecible por la actitud tan mezquina e intolerante de su marido. A pesar de todo, seguía pensando que Lorenzo la amaba y que su comportamiento era una forma de atormentarla para que le entregara los poderes. Julia intentó explicarle a Ramona una y otra vez lo que estaba sucediendo, pero ella insistía en que tuviera paciencia porque todo era fruto de su estado.

Esa noche, como tantas otras, lo esperó despierta.

—¿De dónde vienes?

Lorenzo sonrió y se acercó a ella.

—¿Estás preocupada por mí? Vaya, eso es buena señal. —Se recostó junto a ella sin desvestirse y acarició el rostro consternado de su esposa—. A pesar de tu palidez, sigues siendo la mujer más hermosa de la Tierra. —Julia se estremeció al escucharle y se apretujó contra él—. ¿Por qué te cuesta tanto confiar en mí, amor mío? Soy el hombre de esta casa y me tratas como si fuera un inútil. Estoy en tus manos. Quiero protegerte, cuidarte, mimarte. Deseo que seas feliz, pero tu desconfianza me aleja de ti. No sé hasta cuándo podré soportar tanta humillación.

—¿Por qué quieres venderlo todo? —preguntó Julia acariciando el mentón de su marido. Llevaba barba de varios días y eso le hacía el rostro aún más atractivo.

—Las tierras no son para mí. Yo no soy agricultor. —Lorenzo se levantó de la cama y se dirigió hacia la ventana. Allí afuera, la luz de las farolas agonizaba poco a poco devolviendo la oscuridad a las calles. Ni siquiera había luna.

—Pero..., ¿por qué? Mi padre amaba sus tierras. No habría consentido su venta. —Julia salió de la cama, se acercó a Lorenzo por detrás y se cobijó bajo su brazo—. Lorenzo, escúchame, por favor. ¿Por qué no puedes dejar las cosas como están? Sabes que todo lo mío es tuyo. Yo te amo. No me castigues con tanta indiferencia, amor mío. Juntos lo solucionaremos.

Él se giró hacia su mujer. Cogió sus manos y las besó con ternura.

—Tu padre ya no está aquí, Julia. Ahora me perteneces. Yo soy tu familia. Yo te protegeré, amor mío. Quiero vender y vivir tranquilo. Los tres: tú, yo y este hijo que vas a darme. Te amo con todo mi ser. Julia, tú me has hecho olvidar mi pasado, me has conducido por la senda del amor verdadero. Gracias a ti tengo una vida que no merezco. Pero te ruego que no te interpongas en mi camino. Te lo suplico, Julia. Necesito, por mi dignidad y por respeto, que firmes los documentos. No es una cuestión de dinero, es una cuestión de honor. Puede que no lo entiendas. Si es así, te ruego que lo hagas por amor. No voy a volver a pedírtelo nunca más. Por favor, atiende a razones porque es tu última oportunidad.

Julia lo escuchó atónita.

—¿A qué te refieres cuando dices que es mi última oportunidad, Lorenzo? ¿Me estás advirtiendo de algo?

—Tómatalo como te convenga.

—Me declaras tu amor, pero hace tiempo que no veo pasión en tus ojos. Me hablas de dignidad y respeto, pero se te olvida el desdén y la humillación con los que me has tratado, y suplicas e imploras que anteponga mi amor a mi juicio, o peor aún, a tu honor, so pena de atenerme a las consecuencias. Escúchame bien, Lorenzo, porque yo tampoco te lo repetiré más veces: jamás venderé las tierras que con tanto esfuerzo trabajó mi padre durante años. ¡Jamás! Mi padre

llevaba razón, no eres más que un mísero egoísta, y creo que quien está detrás de todo esto es tu amigo Mario Abenojar. En Nochevieja me dijo sin ningún escrúpulo que culpaba a mi padre de la muerte de su hijo. Ahora, comprendo su odio a mi familia. ¿Por qué te casaste conmigo, Lorenzo? ¿Te lo dijo él? ¿Él te lo mandó? Todo fue una farsa. Me has utilizado. Creo que tú nunca me has querido ni quieres al hijo que llevo dentro de mí.

Lorenzo se encontró desazonado. Jamás pensó que la mujer a la que amaba con todo su corazón le hablaría de esa forma tan despectiva. La miró durante unos minutos y, sin decir ni una palabra más, salió de la habitación.

Los meses pasaban y Lorenzo empezó a sentirse observado. Le parecía que todo el mundo le señalaba como el polichinela de su mujer. Se avergonzaba de su situación y acabó por no salir de casa. A pesar de su esfuerzo por mejorar el ambiente para que su esposa se diera cuenta de su error y se convenciera de que él la amaba de verdad, cada vez que visitaba a Mario Abenojar, las dudas regresaban como alimañas para quemarle las entrañas, y la desesperación le enloquecía hasta tal punto que una madrugada de junio, cuando Julia estaba en el sexto mes de embarazo, las cosas se precipitaron. Julia se despertó empapada en sudor. Tenía sed y, al ver que Ramona no le había dejado el vaso de agua como todas las noches, se puso la bata para bajar a la cocina. En el primer escalón, resbaló. Su cuerpo cayó como un muñeco por la escalera hasta llegar al rellano, donde quedó tendida en el suelo, inconsciente, en medio de un pequeño charco de sangre que salía de entre sus piernas. Lorenzo escuchó el ruido. Salió a ver qué ocurría y vio a su mujer tendida en el suelo. Dudó. La casa estaba en silencio. Dio media vuelta y subió a su habitación sin hacer ruido.

Ramona la encontró a primera hora de la mañana. Avisó a Lorenzo y este a Fermín Nogales, que la atendió con un gesto de preocupación. Dos días después, Julia dejó de sangrar, pero debía guardar reposo hasta el día del parto para no arriesgar la vida del bebé.

Lorenzo fue a visitar a Mario. Habían pasado varias semanas desde el accidente de Julia y necesitaba contarle cómo iban las cosas. Gabriela lo recibió destrozada por el llanto. Una punzada de dolor le hizo pensar lo peor. Subió las escaleras de dos en dos con el corazón en la mano. Abrió la puerta de la habitación sin miramientos y el alma se le cayó a los pies cuando vio a su viejo amigo con la mirada turbia y el rostro mortecino. Se arrodilló junto a la cama y guardó su delgada mano entre las suyas. Mario le sonrió.

—Esto se acaba, muchacho.

—No digas nada, por favor. No hables.

—Debes tener mucho cuidado, hijo. No dejes que ese niño o lo que sea que crezca dentro de la tripa de tu mujer nazca, porque, si lo hace, no serás capaz. Deshazte de esa cosa. Hazme caso.

—Me siento como un cerdo.

—¿Tú? ¿Después de todo lo que has visto y hecho por esos mares?

—Eso era distinto.

—¿Te arrepientes ahora? ¡Vamos, chico, no me jodas!

—¡Pues jódete si quieres! Maldito cabrón —gruñó Lorenzo, con la voz cortada.

—¡Muchacho, a mí no me hables en ese tono! ¿Me oyes? Puede que me esté muriendo, pero aún me quedan fuerzas y dedos para apretar el gatillo de una pistola y abrirte la tapa de los sesos. ¡Cojones con el chico este!

Lorenzo sonrió con amargura.

—Yo no quería llegar a esto —confesó Lorenzo rompiendo el silencio—. Solo quería olvidar el pasado, mi maldito pasado, formar una familia. Cuando conocí a Julia y me enamoré de ella, pensé que al final conseguiría mi sueño. Julia es diferente a las mujeres que había conocido. Es verdad que en un principio me entró vértigo, pero luego pensé: «¿Y por qué no?». Lo intenté, te juro que lo intenté. Pero Manuel se interpuso una y otra vez, machacándome, burlándose de mí. Me estaba volviendo loco. Y luego llegaste tú con tus consejos y tu obsesión por esas tierras. —Lorenzo se golpeó la cabeza con las manos ante la mirada impasible de Mario.

—No fueron mis consejos ni ese hombre lo que te ha traído hasta aquí, sino tú mismo. —Lorenzo lo miró extrañado. Tenía el pelo

revuelto y los ojos vidriosos por el cansancio.

—Ahora yo soy el culpable. Eso tiene su gracia. Entonces, ¿tú no me insististe en que me dejara de romanticismos con mi mujer y controlara su herencia? —Lorenzo hablaba con voz pastosa y empezaba a resultar brusco.

—Te estabas forzando a ti mismo. Manipulabas tu forma de ser para aplastar al auténtico Lorenzo. Te odias; cualquiera puede verlo. Eres un narcisista, por eso luchas constantemente contra tu verdadero yo. Claro que quiero esos pastos. Claro que te dije que debías imponerte en esa familia, por supuesto que sí. Pero tú y yo sabemos que, detrás de todo ese amor, tras esas idílicas ideas de una familia y todo eso, había algo más. Pero ¡hombre de Dios! ¿A quién quieres engañar? Lo único que yo he hecho ha sido abrirte los ojos, facilitarte el camino. Tú has decidido el resto. Tarde o temprano habría salido ese león marino dormido que llevas dentro. Has vivido mucho tiempo entre hombres sin escrúpulos. Has sobrevivido a base de engaños y mentiras. Solo has conocido la negrura del ser humano y, ahora, estás confuso. ¿Por qué crees que una mujercita como Julia iba a cambiar todo eso? —Mario soltó una sonrisa maliciosa—. Tendrías que haberte visto cuando hablamos aquella noche. Ese brillo en tu mirada... No, muchacho, a mí no me vengas ahora con remordimientos. Manuel nunca te miró a los ojos. De haberlo hecho, se habría apartado de tu camino. Yo te conozco muy bien, muchacho. Y, ahora, dime la verdad: ¿qué es lo que sientes en tu fuero interno?

Ambos se miraron fijamente.

—Me siento liberado. Era como si una parte de mí aprisionara a la otra. Tenía que hacerme con el control de mi vida. Siento la muerte de mis suegros, pero la doy por buena si eso me permite que Julia se convierta en la mujer que yo necesito a mi lado. En el fondo de mi ser, ansiaba la vida que este matrimonio me podía aportar. Para qué voy a negarlo. Cualquier hombre la desearía. No, Mario, no puedo negarte que he luchado con todas mis ganas para alejar todas esas ideas de mi cabeza. Pero, cuando vi el cigarral y toda su extensión, sentí que todo eso sería algún día mío y lo abracé en mi imaginación. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Eso es el poder. En ese momento supe que nada había cambiado en mí. ¿Mario? ¡Despierta! ¡Mírame,

Mario! —Lo zarandeó con desesperación, pero el viejo corazón de su amigo había dejado de latir.

Lorenzo se abrazó a él y lloró como un niño. Ese hombre que yacía sin vida junto a él era lo más parecido a un padre que había tenido. Se incorporó y lo besó en la frente. Le habló entre sollozos. Mario le decía siempre que no se comportara como un chiquillo, pero a él le habían robado su infancia. ¿Cómo podía comportarse como un niño si nunca le habían dejado serlo? Por una vez comprendió la soledad de Julia al perder lo que más quería, a su padre, porque Lorenzo nunca había sentido compasión ni llorado por nadie. La única persona que lo había querido de verdad, que lo aceptó tal como era y que lo ayudó sin pedir nada a cambio, yacía sin vida en esa habitación.

Salió ocultando su rostro de la mirada de Gabriela. No quería que lo viera roto, deshecho. Amaba a ese hombre y ya no lo vería jamás. A partir de ahora, estaba solo.

Capítulo 18

A finales de septiembre, Julia se puso de parto. Fermín Nogales sudaba; se estaba complicando más de lo que esperaba. Lorenzo sujetó a su mujer para que dejara de moverse. Los chillidos inundaban la casa. Ramona esperó sentada en la escalera que conducía a las habitaciones del piso superior, pues no la dejaron pasar por más que Julia insistió en que estuviera con ella en el momento del parto. Lorenzo se lo impidió alegando que no era prudente tanta gente en la habitación. No le quedó más remedio que desistir de su empeño. Triste y furiosa, Ramona escuchaba nerviosa los llantos de su niña. Tenía un rosario en la mano. No paraba de rezar a todos sus santos. Antes de que la echaran de la habitación, le puso una estampa de la Virgen del Sagrario, la patrona de Toledo, bajo la almohada.

Después de tres interminables horas, Julia dio a luz un varón. El llanto de la criatura llegó hasta los oídos de ella como agua bendita. Fermín, después de limpiarlo, puso al bebé en los brazos de Julia.

—¡Es un niño! —dijo emocionada, mientras acariciaba su rostro. Intentó darle el pecho, pero el bebé se resistió. Con una sonrisa, lo acunó hasta que se quedó dormido. Había merecido la pena todo ese sufrimiento. Tener a su hijo junto a ella era lo más maravilloso que le había ocurrido. Estaba agotada y sucumbió a un sueño reparador.

Ramona dio las gracias a Dios y a toda prisa subió para ver cómo estaba Julia. Se quedó tras la puerta intentado oír algo. No escuchó nada. El angelito ya no lloraba. Lorenzo salió de la habitación para tomar un trago.

—Señor, ¿qué tal están el bebé y Julia? ¿Ha salido todo bien?

Lorenzo se quedó mirándola con preocupación.

—No. No están bien.

—¿Qué ha pasado? —preguntó angustiada.

—Una desgracia. Lo mejor será que te prepares para ayudar a Julia. Nos necesitará más que nunca. Espera a que te avise. —Lorenzo dejó a Ramona llorando y regresó a la habitación. Con una señal, le indicó al médico que se llevase al niño—. Deshazte de él, ahora que está dormida. No creo que Julia pueda soportarlo y yo tampoco.

Fermín obedeció con el alma hecha pedazos. Se acercó despacio a la cama y con un movimiento rápido arrebató al bebé de los brazos de Julia, que se despertó inmediatamente. Sin saber qué ocurría, apretó con fuerza a su hijo. El médico lo tenía sujeto por debajo de los bracitos y Julia consiguió que lo soltara.

—¿Qué está haciendo? No vuelva a tocar a mi hijo —gritó Julia, mientras miraba a su marido sin entender qué estaba sucediendo. Ante otra señal de Lorenzo, Fermín volvió a coger al niño con fuerza. Julia, temiendo que le sucediera algo, sujetó con ímpetu la mantita en la que estaba envuelto y volvió a tirar de ella.

—¡Suelte a mi hijo! —chilló Julia.

—¡Márchate! ¡Ahora! —le ordenó Lorenzo a Fermín en voz baja.

Julia vio desesperada cómo el médico salía de la habitación con su hijo en brazos.

—¿Qué? ¿Qué está pasando, Lorenzo? ¿Por qué se lleva a mi niño? Lorenzo la obligó a recostarse.

—Julia, nuestro hijo ha... ha sufrido una... el bebé ha muerto. —El hombre abrazó a su esposa roto por el dolor.

—¿Qué estás diciendo? ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Dame a mi hijo! —Julia chillaba desgarrándose la garganta. Sentía un dolor tan intenso que notaba cómo la sangre le palpitaba en la cabeza y la dejaba sin oxígeno.

—Nuestro hijo ha muerto. Lo siento, amor mío. Lo siento. Por favor, Julia, no lo hagas más difícil —rogó Lorenzo.

—¡No! Mentira. Lo he visto, Lorenzo. ¿Adónde lo lleváis? ¿Qué vas a hacer con mi niño? —Julia agarró el brazo de su marido y lo apretó hasta clavarle las uñas—. Lo he oído llorar. Lo he visto. He sentido su corazón en mi pecho. ¡No me digas que ha muerto! —Julia tenía el rostro contraído por la ira—. ¿Por qué se lo ha llevado de mi lado?

—¿Querías ver a tu hijo sin vida, Julia? He querido evitarte ese sufrimiento para que la última imagen que tuvieras de él, no fuese la

de... Cuanto antes aceptes que ha muerto, antes lo superarás.

—¡Maldito seas! ¡Maldito! Me has arrebatado a mi niño. Sé que está vivo, tenía los ojos abiertos cuando me lo has arrancado de los brazos. ¡Estaba despierto, Lorenzo! Lo he visto. —Julia intentó salir de la cama, pero Lorenzo se lo impidió—. ¡Muérete! ¡Malditos seáis todos! ¡Te mataré, juro que te mataré!

Lorenzo se dispuso a salir de la habitación. Era mejor dejarla descansar.

—Volveré más tarde. Te pido, por favor, que intentes dormir. Fermín te ha suministrado un sedante que no tardará en hacer efecto.

Los ojos de Julia parecían salirse de sus órbitas. Lo miró con tanto odio que por un momento pensó que se estaba volviendo loca.

Fermín bajó con cuidado las escaleras. Ramona se encontraba justo en el rellano, sentada en un escalón con el rosario en la mano. Se la veía nerviosa y con los ojos de haber llorado. Había oído los gritos de Julia, pero no sabía muy bien qué era lo que había pasado allí arriba. Cuando vio al médico, este la esquivó como pudo.

—Doctor, por favor, déjeme ver al niño —suplicó Ramona.

—Lo siento, señora. No es necesario que pase por esta situación. Ahora debe estar preparada para cuidar de Julia. Ella es la que va a necesitarla más que nunca.

—¡Oh, señor, señor, qué desgracia más grande! ¿Cómo está Julia, doctor?

—Le he dado un sedante. Ahora debe estar dormida.

—¿Qué va a hacer con él?

—Enterrarle lo más dignamente que pueda. Ya sabe que, al no haber recibido los Santos Sacramentos, lo llevarían a las fosas comunes, y don Lorenzo no quiere eso para su hijo. Debo marcharme.

Ramona asintió con tristeza y le dejó pasar.

El camino estaba embarrado por las lluvias. A la velocidad a la que iban, el barro saltaba sobre el coche y le salpicaba la capa. Pasó momentos de angustia, pues las ruedas se atascaban en la calzada. Tenía que bajar y empujar el carruaje, con el peligro de encontrarse con alguien. No era muy difícil ver un bulto en el interior. Empapado en sudor por los nervios, siguió su camino. Llevaba media hora de

viaje. Se adentró en el campo aprovechando una arboleda espesa y se apeó. Sacó una pala. Se quitó la capa y cavó sin descanso. Tomó al niño en brazos y le apartó la mantita de la cara. El bebé abrió los ojos. Nogales cerró los suyos y, llorando, apretó su mano contra el rostro de la criatura.

Julia no volvió a ser la misma después de lo sucedido. Rehuyó a su marido, a Ramona y a cuantos intentaban consolar su desdicha. No quiso ver a nadie. Culpó a todos de su desgracia y empezó a descuidar su aspecto.

La mudanza hacia el cigarral no se hizo esperar, en contra de la opinión de Ramona, que no tenía muy claro los beneficios del campo para Julia, a pesar de que siempre le había gustado estar allí. Toledo, a fin de cuentas, era una ciudad y, en caso de emergencia, el hospital estaba al alcance de la mano. Sin los medios adecuados, la salud de Julia podría empeorar aún más.

Cuando Julia vio el abandono de las tierras que con tanto amor y trabajo su padre había sacado adelante, se hundió más en sí misma. Recordó con nostalgia el último día que había pasado a solas con él paseando a caballo entre viñas y frutales, y no pudo contener las lágrimas. Tenía tanta pena, tanta angustia, que creyó morir. Todo estaba perdido. ¿Cómo había sido tan tonta? Cerró los ojos con fuerza. No quería seguir viendo aquel desastre. Un frío intenso recorrió su cuerpo. Había sido una torpeza volver al cigarral, pero ahora todo le daba igual. Era la mujer más infeliz del mundo. Llevaría con ella el recuerdo de su hijo adonde fuera. ¿Qué más daba un lugar que otro?

Tal y como pensaba Ramona, la estancia en el campo no mejoró el ánimo de Julia.

Deambulaba por la casa, arrastrando los pies vestida, con el camisón de lana y el pelo alborotado. No quería que nadie la tocara. Quería conservar el olor de su hijo sobre su piel.

Ramona la vio pasar al salón, dejó el asado en el horno y le preparó una taza de cacao caliente.

—Tómame esto, hija. Está caliente y te hará bien.

—No quiero nada. Déjame sola.

—Niña, no puedes seguir así. Tienes que superarlo. Tendréis otro hijo pronto. Ya verás.

—¡Cállate! —gritó—. No quiero otro hijo, ya tengo uno. —Ramona se asustó. Nunca la había visto de esa manera. Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar y estaba muy delgada. Julia le clavó la mirada—. Mi hijo está vivo. Yo lo vi, Nana. Él me lo ha quitado y iestá en algún sitio, lejos de mí, de su madre! ¿Lo sabes tú? ¿Eh? —la increpó, acercándose a ella, fuera de sí. Ramona reculó, tropezó con una mesita auxiliar y tiró la taza de cacao, vertiendo el líquido sobre la alfombra—. ¡Es un monstruo! Le odio. Y ese doctor estaba de acuerdo con él.

—Hija..., por lo que más quieras, vas a enfermar. Deja que te cuidemos.

—¿Cuidarme? ¿A mí? —Julia soltó una carcajada—. ¡Dadme a mi hijo! —gritó. Se acercó de nuevo a Ramona y la cogió por los hombros con fuerza—. Nana, por favor, tienes que creerme. Créeme. Estoy diciendo la verdad. ¿Por qué no confías en mí?

Ramona intentó desasirse. Le estaba clavando las uñas y le hacía daño. Ante su indiferencia, Julia se tapó la cara con las manos y rompió a llorar.

Lorenzo las observaba desde la puerta.

Ramona le echó una mirada suplicante.

—Señor, tengo miedo por ella.

—Lo sé, lo sé. Yo también estoy muy preocupado, pero no podemos seguir dándole calmantes. Estaría siempre dormida y eso no es bueno.

—¿Qué podemos hacer?

—Esperar.

—¿Desea que le prepare algo?

—No, gracias. Déjeme a solas con ella.

Ramona salió a la cocina, se sentó en un taburete y sacó su rosario.

Lorenzo se acercó a su mujer y la intentó levantar del suelo.

—¡Suéltame! Ni me toques.

Lorenzo levantó las dos manos en son de paz. Se acercó al mueble donde estaban las bebidas y se sirvió una copa.

—Bebe, así ahogas tu conciencia. Pagarás por esto. Te lo juro.

Aunque sea lo último que haga en mi vida. ¿Dónde está, Lorenzo?
¿Qué has hecho con él?

—No eres la única que sufre. También era mi hijo. Si no lo aceptas, acabarás loca.

Julia cogió un abrecartas y se dirigió hacia él, pero no fue lo suficientemente rápida. Lorenzo la sujetó del brazo y se lo quitó. Se oyó un grito en la habitación. Ramona presencié la escena y fue a ayudar a Lorenzo.

—Señor, ¿se encuentra bien?

Lorenzo sentó de golpe a Julia en un sillón. Estaba exhausta y con la respiración acelerada.

—Ramona, sal a buscar al médico, por favor.

Julia rompió a llorar de rabia, de dolor y desesperación. Lorenzo la levantó con cariño, la tomó en brazos, la subió a la habitación y la dejó tendida en la cama. La cubrió con la colcha y la miró durante unos segundos.

Una hora después llegaron Ramona y Fermín Nogales.

—¿Qué ha pasado?

—Ha intentado matarme. Cada vez está peor.

—¿Le pongo un sedante?

—No.

El médico se dirigió entonces a la criada.

—Señora, le rogaría que no entrase en la habitación. Puede ser peligroso.

—Pero... tengo que cuidar de ella.

—¿No lo has oído? —intervino Lorenzo—. Julia no está bien. Mira lo que acaba de intentar hacerme. No voy a permitir que pongas tu vida en riesgo. Por lo tanto, a partir de ahora solo entraremos el doctor y yo.

Cuando Fermín se despidió, Ramona aprovechó para hablar con Lorenzo.

—Señor, se lo ruego, me gustaría cuidarla.

—Obedece la orden, Ramona. —Tras un breve silencio, Lorenzo se acercó a ella con cariño—. Lo siento, estoy muy nervioso, Nana. Hazme caso y no te acerques a mi esposa. Es por tu seguridad. Estoy muy preocupado.

Ramona asintió con tristeza y regresó a la cocina. Lorenzo tomó la decisión de no separarse de Julia, y pasaba día y noche junto a la cabecera de la cama. Ramona aprovechaba para cambiar las sábanas y ventilar la habitación en los momentos que se encontraba más tranquila, y entonces Lorenzo bajaba al porche o daba largos paseos por el jardín. Sin embargo, en muchas ocasiones Ramona fue testigo de los arrebatos violentos de Julia contra su marido, sin contar las veces que intentó salir de la casa en un estado de semiinconciencia, casi desnuda, con apenas una bata y descalza. Y cada vez que trataba de ir a por ella, sufría el dolor de sus uñas o sus dientes clavados en su carne. Julia se revolvía contra ella y la acusaba de estar de parte de su marido. A partir de entonces, Ramona entendió la preocupación de Lorenzo. Julia no solo ponía en peligro su vida, sino la de los que intentaban acercarse a ella. No asumía el dolor por la muerte del bebé, y tan dolorosa pérdida la estaba volviendo loca. Ramona rezaba para pedirle a Dios paz para su alma atormentada.

Capítulo 19

Los farolillos de aceite colgaban en la puerta principal de la casa en la calle Cadenas. Lorenzo había organizado una cena de Navidad a la que asistirían pocos invitados, entre ellos, el notario, Fermín Nogales y Gabriela, con la idea de que su mujer se relacionara con otras personas y retomara la rutina de su vida. De esa forma, pretendía debilitar, poco a poco, el dolor que la estaba consumiendo por la pérdida de su hijo. Por ese motivo habían regresado a Toledo.

Para Julia eran las segundas Navidades peores de su vida. Hacía un año que había perdido a sus padres y apenas tres meses de la muerte de su hijo. Julia ni sentía ni padecía. Todo le daba francamente igual, y ante la insistencia de su esposo para que asistiera a la cena y se comportase como una buena anfitriona, una idea se fue forjando en su cabeza. Le daría una sorpresa a su marido durante la cena. De esa manera, cuando supieran lo que había sido capaz de hacer con su propio hijo, todos la ayudarían y a él le odiarían. Pensar en ello le producía un hormigueo constante en el estómago.

Había elegido un vestido en raso de color esmeralda con un favorecedor escote en uve, manga corta, talle ajustado y una falda de gran volumen que caía hasta el suelo. El cabello, recogido en un moño, lo adornó con una orquídea blanca, y tanto en el cuello como en la muñeca izquierda lucía un juego de perlas de doble vuelta que Lorenzo le había entregado la noche anterior como adelanto de su vigesimosegundo cumpleaños. Unos enormes zarcillos de oro y esmeraldas caían de sus orejas posándose ligeramente sobre sus clavículas. Se miró en el espejo y dio su aprobación.

—Vaya, estás más hermosa que nunca. —La voz de Lorenzo la sobresaltó. Estaba en la puerta mirándola con una sonrisa de oreja a oreja—. Deslumbrarás a todos con tu presencia.

Julia asintió apretando los dientes.

—Debo estar a la altura de nuestros invitados. ¿No crees?

—Son ellos los que deberían preocuparse por estar a la tuya. — Lorenzo se colocó tras ella y la miró a través del espejo—. Jamás pensé que la vida me pondría a los pies de una mujer como tú. Julia, espero que te pongas bien. Que puedas superar lo de nuestro hijo y volvamos a ser un matrimonio feliz. ¡Te echo tanto de menos...! — Acarició los hombros de su esposa y los besó con delicadeza. Julia se dejó hacer y, sin que pudiera verla, una sonrisa se escapó de sus labios.

Una vez sentados alrededor de la mesa, fueron dando buena cuenta de los canapés y de la ensalada de endivias con anchoas, así como del queso con uvas, hasta que llegó el faisán, el plato fuerte. La cena se desarrolló con tranquilidad por parte de Julia, lo que a Lorenzo le pareció un regalo del cielo, y pidió para sus adentros que todo esto no fuera más que el comienzo de una nueva etapa. Animado por cómo se estaba desarrollando el evento, al término de la cena, Lorenzo levantó su copa para hacer un brindis.

—Queridos amigos —pronunció con voz grave—, he querido dejar para el final este brindis. Y lo he decidido así para que todo se sirva en su punto: lo frío, frío, y lo caliente, caliente. Como debe ser. —Las risas inundaron la estancia—. Pero, sobre todo, para agradeceros de corazón vuestra compañía en estos momentos tan duros. Como sabéis, mi mujer y yo hemos pasado por un trauma difícil y horrible: la pérdida de nuestro queridísimo hijo. —Todas las miradas recayeron en Julia—. Como sabéis, mi mujer ha estado muy afectada. Y yo. Era nuestro primer hijo. —Lorenzo bajó la cabeza e hizo un silencio—. Lo tuve en mis brazos durante unos minutos, con su carita sonrosada... y ya lo adoré. —Julia empezó a revolverse en la silla—. Lo amé con todas mi fuerzas. Pero, cuando mi querido amigo, el doctor Nogales, me comunicó la fatal noticia, no pude dar crédito y me derrumbé. — Gabriela no pudo contener las lágrimas y el resto de los invitados mantuvieron la mirada sobre el plato en actitud lastimera—. No obstante, amigos míos, he de confesar, que tanto mi mujer como yo deseamos intentarlo de nuevo. Por eso levanto mi copa y brindo por nuestros futuros hijos, que pronto inundarán de alegría estas

paredes.

—Eres un mentiroso y un manipulador. —Las palabras de Julia sorprendieron a todos los invitados, incluso a Lorenzo—. Ya es hora de que todos sepan la verdad —continuó roja de ira—. ¿Cómo tienes la desfachatez de seguir esta farsa delante de todos?

—Julia, por favor, ahora no, amor mío.

—¡Asesino! Eso es lo que eres. Un cruel asesino. Este hombre, al que todos veis tan maravilloso, ha matado a mi hijo. Me lo arrebató de los brazos, y luego dijo que había muerto. Pero les juro por Dios que yo lo vi y que mi niño estaba tan vivo como todos nosotros. Y si no lo ha matado, que diga ahora mismo dónde está. Que diga dónde lo tiene escondido. Y ese médico que está aquí sentado entre nosotros —dijo señalando a Fermín Nogales— sabe que es cierto. Él se lo llevó vivo de mi casa. ¡Dígalos! ¿Dónde está mi hijo? ¿Qué hizo con él?

Los invitados empezaron a sentirse incómodos. Todo lo que les habían contado sobre el estado de salud de Julia era poco. Realmente estaba mal. Julia levantó la cabeza hacia Lorenzo, que disimuladamente le pidió que se tranquilizara. Al ver el gesto, Julia tomó un cuchillo de la mesa y, ante los gritos de los asistentes, se lo clavó en el brazo.

Todos quedaron inmóviles. Lorenzo sacó a su mujer del salón y, con la ayuda del médico, la subió a la habitación y la sedaron. Al cabo de un rato, Lorenzo bajó de nuevo a la sala acompañado del médico.

Fue Fermín Nogales quien rompió el silencio.

—Señor Medina, es mi deber como médico informarle que su esposa necesita urgentemente ayuda. Está francamente trastornada y, en estos momentos, convivir junto a ella sería un suicidio, créame —comentó consternado.

Los invitados asintieron.

—Lorenzo, hoy su mujer ha podido matarlo —dijo Gabriela.

—Sí. Lo sé. Y desgraciadamente no es la primera vez —reconoció apesadumbrado.

—Pero ¿qué está diciendo? Su mujer necesita ayuda. Yo conozco un sitio que le llaman el hogar del reposo o algo así —comentó uno de los invitados.

—Mi mujer no saldrá de la casa.

—Pues, si no quiere, deberá tomar medidas drásticas por el bien de usted. Debe encerrarla en su habitación y que nadie entre sin su permiso. Nadie, excepto yo, por supuesto —zanjó Fermín.

Lorenzo asintió algo más calmado y el resto convino en que, de no ingresarla en algún centro, esa medida era la más conveniente.

—¿Usted se encargaría de todo? —preguntó al médico.

—Por supuesto. Déjelo en mis manos. Llamaré a un siquiatra colega mío; él podrá indicarme cómo proceder.

Lorenzo se disculpó ante todos y les comunicó que, a partir de ahora, su mujer no saldría de su habitación para nada y que por supuesto nadie podría visitarla, por su bien. Todos comprendieron la situación y abandonaron la casa apesadumbrados por cómo había terminado la cena.

No hubo un rincón de Toledo en el que no se conocieran los hechos de la noche de Navidad. Todo el mundo se apiadaba de Lorenzo y se santiguaba al pasar por la casa. Los más atrevidos se aproximaban hasta la puerta con la excusa de llevarles comida y así enterarse del estado de Julia. Sin embargo, Lorenzo prohibió que siguieran acercándose con el argumento de que nada, absolutamente nada, debía perturbar a su mujer.

Para evitar incidentes, cerraron las contraventanas con clavos, de tal manera que el cuarto siempre permanecía oscuro. Tan solo un nítido e insignificante hilo de luz entraba por entre las cuatro mínimas aberturas en forma de corazones que decoraban los paneles de madera. Ramona puso el grito en el cielo y pidió explicaciones sobre tal decisión, pues sabía que a Julia la oscuridad la asustaba. Lorenzo la calmó con el argumento de que no podía arriesgarse a que Julia se tirase por la ventana. Dijo que ya la había pillado más de una vez en esa situación, por lo que se veía en la obligación de clausurar las ventanas para evitar una posible desgracia. Ante la insistencia de Ramona en subir a verla, el médico le explicó que Julia había perdido la noción de la realidad. Acusaba episodios de pérdida de la razón y de la memoria y llegaba incluso a no reconocer a las personas. Por ese motivo, Ramona ya no estaría segura en la habitación junto a ella. Por fin pareció entenderlo. Apenada por su niña y con la

prohibición a sus espaldas, no tuvo más remedio que obedecer. Tenerla recluida era lo mejor para Julia y para todos.

No obstante, una semana más tarde, Ramona aprovechó las primeras horas de la mañana, cuando Lorenzo seguía dormido y el médico aún no había llegado, para desoír los consejos y saltarse la prohibición. Subió las escaleras que llevaban a la habitación de Julia sin hacer ruido. ¿Quién la bañaba? ¿Quién la peinaba? Según Lorenzo, él mismo lo hacía. Pero necesitaba verla, aunque solo fuera un minuto, para cerciorarse de que estaba bien.

Sacó del bolsillo de su falda una llave que guardada a escondidas y la introdujo muy despacio en la cerradura. Cuando la puerta cedió, una mano en su hombro le hizo dar un salto, se giró y vio a Lorenzo detrás de ella.

—Has desobedecido mis órdenes. ¿Cómo te atreves? —la censuró.

—Señor, yo... lo único que quería era verla —se disculpó. Sabía que sería muy difícil justificar su comportamiento, pero se armó de valor—. ¡Es mi niña! La he cuidado desde que nació.

Lorenzo suspiró.

—Necesito verla, señor. Por favor.

—Está bien, Ramona, pero un segundo.

Nada más entrar en la oscuridad de la habitación, a Ramona la recibió el impacto de una jofaina de metal sobre su rostro. Lorenzo tiró de ella y la sacó de inmediato de allí. La mujer tenía un corte muy feo en la frente, de donde brotaba un chorro de sangre.

—Te lo advertí, Ramona.

Con el rostro enrojecido por la contusión y el rastro de sangre que caía sobre la parte derecha de su cara, la mujer lo miró desconsolada.

—Señor, soy vieja ya y nada me gustaría más en este mundo que morir en esta casa, cuidando de mi niña. Pero me temo que ya nada puedo hacer si ella no quiere que esté a su lado. Señor, sabe que nunca le he pedido mi sueldo; si sigo aquí es por mi niña. Pero entiendo que ya no soy útil y, con todo el dolor de mi corazón, creo que me iré. Ya soy mayor, ¿sabe? Y esta situación me está matando. Adoro a esa niña. Yo la vi crecer... Si sus padres levantaran la

cabeza... ¡Santa Virgen purísima! Ojalá esa niña pueda perdonarme algún día que me haya ido.

Lorenzo la miró perplejo.

—¿Nos abandonas?

Ramona asintió y se marchó a su habitación llorando desconsoladamente. Recogió la poca ropa que tenía y todas sus cosas personales. Se abrigó con una capa de felpa que le había regalado su señora hacía tiempo y salió de la casa. Tras caminar unos pasos, giró la vista hacia la habitación de Julia y vio a Lorenzo observándola desde la ventana del salón.

Fermín se cruzó con Ramona de camino a casa de Lorenzo. Ella ni siquiera reparó en él, y tampoco Fermín hizo intención de hablar con ella.

Lorenzo lo estaba esperando en la entrada de la casa. Habían quedado esa mañana para ultimar los detalles del encierro de Julia. La noticia de la locura de su mujer se fue extendiendo como el agua por todo Toledo. En las noches tranquilas, algún vecino que pasara bajo la casa podía escuchar los infernales gritos de Julia.

El médico se apeó del caballo. Saludó a Lorenzo y juntos pasaron a la casa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Fermín.

—Quiero trasladarla al sótano.

—No puede hacer eso —replicó Fermín con estupor.

—No soporto los gritos. Si no hago algo, yo también me volveré loco de remate. Es insoportable. La otra noche rompió la cerradura de la puerta de su habitación a base de golpes y patadas. No puedo salir sin saber si va a poder escaparse. —Lorenzo se sentó de golpe en el sillón y encendió un cigarrillo.

—Sabe que es un sitio húmedo y frío. Si no la mata su locura, lo hará una pulmonía. Yo creo que...

—Se le llevarán mantas, comida, bolsas de agua caliente... — Lorenzo se dispuso a salir de la sala. Como vio que Fermín no se movía, le indicó con un gesto que le siguiera.

Pasado el zaguán de la casa, y antes de entrar en el patio, había una puerta de madera que daba a una escalera estrecha y angosta. Bajaron por ella alumbrados por un quinqué cuya llama se agitaba de

un lado a otro por algún hilo de corriente. Al llegar al último rellano, solo había una puerta de hierro de apenas un metro y medio de altura. Lorenzo sacó una gran llave que introdujo en la cerradura. Una vez abierta la puerta, invitó a Fermín a que pasara. Nada más entrar, la humedad se le introdujo en los huesos.

—Se morirá —susurró el médico cuando entró hasta el fondo del sótano.

—Todo depende de ella. Se quedará aquí encerrada el tiempo que haga falta. —Lorenzo pasó la mano por las paredes y se las limpió en el chaleco. En su cara se mezclaban la compasión y la insensibilidad. Por el contrario, Fermín, angustiado por la realidad que se le venía encima a Julia, supo de inmediato que el frío y la oscuridad pronto acabarían con ella, si no la volvían más loca aún.

—Confío por su bien que razone cuanto antes. —Fermín salió a toda prisa de allí y esperó a que Lorenzo cerrara la puerta. Sintió que el corazón de ese hombre estaba tan frío como ese sótano.

—Vamos a por Julia —apremió Lorenzo—. No podemos demorarlo más, pero quiero que antes la sedes.

Subieron a la habitación. Fermín se acercó a ella. Vio a una mujer demacrada que lo observaba con ojos suplicantes. Apartó sus ojos de ella y se dispuso a inyectarle el sedante. Cuando quedó profundamente dormida, la sujetaron de los brazos y las piernas y la bajaron al sótano. La tumbaron en una especie de catre con un viejo jergón a modo de colchón y la taparon con dos mantas.

Capítulo 20

¿Cuánto tiempo había pasado? Su cabeza le daba vueltas. Los vómitos la habían dejado muy debilitada y con un sabor amargo en la boca. Tenía el cuerpo dolorido y se sentía cansada, abatida, humillada...

Al apoyar los pies en el suelo, percibió un pinchazo intenso en la pierna derecha. Los dientes le castañeteaban. Se estremeció al sentir un frío intenso. Cogió la manta que había a los pies de la cama y la colocó sobre sus hombros. Con pasos lentos, consiguió acercarse a una palangana que habían dejado sobre una mesa pequeña y, después de apartar unos insectos que flotaban en el agua, se lavó la cara frotándose con fuerza.

Frente a la cama, cinco escalones la separaban de la puerta. La última vez que había intentado salir se había dejado las uñas, y las astillas le habían rasgado la piel de las manos produciéndole un rastro de pequeñas costras ensangrentadas. Había perdido la noción del tiempo. De lo que no tenía duda era de que la habían encerrado en el sótano de su casa. Lo reconoció el primer día, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad.

Bajo la cama, habían colocado una bacinilla para que pudiera hacer sus necesidades y, por el olor a orín que impregnaba la habitación, intuyó que hacía tiempo que no la limpiaban.

Cerró los ojos e inspiró profundamente. Evocó el momento en el que había tenido a su hijo en brazos. Recordó su olor y el tacto de su piel sonrosada, su carita tan redonda y perfecta. Apenas se lo dejaron cinco minutos nada más parirlo. «Ha muerto», le dijo Lorenzo. «Tu hijo ha muerto».

«No, no. Yo lo vi. Estaba vivo. Yo lo vi», repetía desesperada. Sintió tanta rabia que deseó morir.

Cayó de rodillas al suelo y chilló con todas sus fuerzas. Un grito sordo y silencioso que retuvo en su pecho durante segundos para brotar de forma salvaje en un llanto desgarrador.

Se abrazó a sí misma mientras balanceaba su cuerpo con furia. Minutos después, el desgarrador doloroso del recuerdo de la muerte de su hijo fue dando paso a un lamento sereno y un baile de lágrimas se deslizó suavemente por sus mejillas.

Julia se limpió la cara con el camisón. Respiró con fuerza y musitó algo. Miró hacia la puerta, pero no hizo ademán de ir hasta ella. Como si calibrase la distancia y sus fuerzas.

—¡Por favor, ayudadme! —musitó extenuada—. Un hilo de voz salió de su garganta. Pensó mil veces en su Nana. Algo tenía que haberle sucedido.

El ruido de la llave la sobresaltó.

El médico y Lorenzo bajaron los escalones y se acercaron a ella.

—Aquí está mi princesa —exclamó Lorenzo—. ¿Cómo te encuentras?

Fermín entró detrás de él, se acercó a ella y, antes de examinarla, se quitó el gabán y lo dejó sobre el asiento de la silla cerca del mueble donde se encontraba la jofaina. Lorenzo se acercó a él y, de espaldas a ella, ambos empezaron a murmurar. Julia observó el maletín que Nogales había dejado a los pies de la cama, y en cuestión de segundos lo cogió y golpeó con él la nuca de Lorenzo con todas sus fuerzas. Este cayó de rodillas ante la mirada atónita del médico. Julia aprovechó el desconcierto de Fermín para subir corriendo las escaleras. A un escalón de su libertad, Lorenzo la agarró por un pie y la arrastró hacia él inmovilizándola.

—¡Átala! —ordenó al médico.

Fermín obedeció sin rechistar. Con torpeza, tomó en brazos a una Julia exhausta, mientras Lorenzo salía dando un portazo.

Cuando la puso sobre la cama, Julia lo miró con desprecio.

—Es usted un cobarde. No tiene dignidad y eso lo hace tan depravado y despreciable como él —le dijo con un hilo de voz.

Conforme pasaban los días, Fermín sentía una vergüenza casi nauseabunda cada vez que Julia lo miraba. No tenía el valor suficiente para expresarle que le era imposible ayudarla. Que temía

por su vida y que, al igual que ella, odiaba a Lorenzo. Pero iba más allá. Se odiaba a sí mismo. Era un cobarde; siempre lo había sido. Jamás tuvo las agallas suficientes para poner fin a los deseos de su madre, a las atrocidades del padre de Lorenzo ni a Lorenzo mismo. Ni tan siquiera en toda su vida había sabido dominar sus propios temores. Julia jamás podría entenderlo.

No obstante, era su forma de ser. Todos tenían un destino marcado. El suyo era ser así. El de Julia se lo había buscado ella misma. Al fin y al cabo, ¿qué significaba la dignidad? Tras esa palabra, siempre se escondían lucha y sufrimiento.

A pesar de las mantas, el frío se hizo insoportable en el sótano y Julia acabó por enfermar.

Preocupado por su salud, Fermín le administró pócimas hechas con hojas y flores de agrimonia, planta muy común en los montes de Toledo, especialmente en la zona de Los Navalmorales y que, según su experiencia, iba muy bien para las afecciones de garganta y las fiebres. Optó por usar los métodos de siempre, los que utilizaban su madre y su abuela y que habían pasado de generación en generación en casi todas las familias de la zona. Acostumbraba a tener en su casa tarros con diferentes tipos de plantas. Preparaba las pócimas y las llevaba en el maletín. Pero, al cabo de dos semanas, a Julia le sobrevino una tos seca imposible de aplacar. Le dio a beber un brebaje de amaranto. El sabor no era muy agradable, pero esperaba que algo la calmase.

En una ocasión, Julia le tomó la mano. Le suplicó ayuda, pero Fermín se apartó. No quería escucharla ni oír hablar del asunto. El miedo a Lorenzo era muchísimo mayor a la compasión que sentía por esa mujer.

—Es un salvaje —susurró Julia—. Cuando lo oigo bajar, rezo para que me mate de un golpe. No puedo más, doctor, no puedo más. Se lo suplico, deme algo que me haga descansar de todo esto. No quiero despertar otro día más con esta agonía.

—¿Por qué no intenta asumir la realidad, hija? Ese hombre la quiere de verdad. Hágalo por usted. Firme esos papeles, por Dios, y todo

acabará. No se puede minar la dignidad de un hombre de esa forma. Se lo ha pedido de mil maneras, pero usted es muy obstinada...

—Quiere que firme los poderes. Que le haga dueño y señor de todo cuanto mi padre me dejó, y eso él jamás lo hubiera consentido. Me dice que, si lo hago, me sacará de aquí. Pero miente. Él se llevó a mi hijo y usted lo sabe. Y si no es así, entonces, lo ha matado. ¡Que se pudra en el infierno! Solo deseo morir. —Julia se separó de él unos centímetros—. ¿Dónde está mi hijo, doctor? Dígame que no murió. Que todo es mentira. Que fue un error. Por favor, es lo único que me ayudaría a soportar todo esto. Si mi niño vive, yo firmaré lo que sea. Me iré con él tan lejos como pueda y no volveré a aparecer por aquí. Lo juro por la memoria de mis padres. Yo lo vi. Era un bebé sano y fuerte.

Fermín cerró los ojos con fuerza y, desoyendo las súplicas de la mujer, salió del sótano y cerró la puerta con llave.

Julia no podía dormir. El frío que ya tenía introducido en los huesos, la fiebre y el dolor en todo su cuerpo le impedían descansar. Repasó mentalmente cada día, cada minuto que había pasado con Lorenzo. Ellos se amaban. Él la adoraba. ¿Cómo podía haber pasado todo esto? ¿Por qué la hacía sufrir? ¿Por qué la trataba de esa manera?

Sin respuestas, el odio hacia el hombre al que ella había amado con todo su ser empezó a inundarle el corazón, y la idea de escaparse de allí y buscar a su hijo emprendió su camino con tanta fuerza que solo ese deseo la mantenía viva. Ensimismada en sus pensamientos, no escuchó el ruido de la puerta ni el sonido de unas botas bajar las escaleras.

Cerró los ojos con tanta fuerza que le dolían. Otra vez, los temblores se apoderaron de ella. Solo cuando lo tuvo delante, a la luz de la vela, vio que se trataba de Fermín. Tenía el rostro congestionado y una mirada extraña. Algo no iba bien. Algo no iba bien.

Capítulo 21

—Lorenzo ha salido. Disponemos de unos minutos.

Julia lo miró preocupada.

—¿Qué va a hacerme?

—Voy a sacarla de aquí —le confesó casi en un susurro.

—¿Por qué hace esto?

—No lo sé, señora. Aún no lo sé. Solo espero que, si sale de aquí, pueda recomponer su maltrecha vida lejos de ese hombre.

—Sabrá que ha sido usted y le perseguirá; sabe dónde vive. No. No me fío de usted. Dígame la verdad, doctor. Quiero oír de su boca qué pasó con mi hijo. Entonces, le creeré.

Fermín estaba nervioso; no tenía tiempo. Miró a Julia y la cogió del brazo con fuerza.

—Vámonos, no hay tiempo que perder. Le contaré todo cuando salgamos de aquí.

Julia se desembarazó de él, pero Fermín intentó sujetarla de nuevo.

—¡Suélteme! Lo que quieren es matarme, deshacerse de mí.

—Julia, por favor, confíe en mí. Tenemos muy poco tiempo. Quiero ayudarla. Se lo juro por Dios. —Al ver la imposibilidad de convencerla, Fermín sacó una jeringuilla del maletín dispuesto a sedarla y sacarla de allí como fuera—. Julia, le voy a poner esto para que se tranquilice y...

Julia no le dio ocasión, con la bacinilla le golpeó varias veces en la cabeza hasta que el hombre cayó al suelo. Le inyectó la jeringuilla en el brazo y salió al zaguán, subió las escaleras, se puso el primer vestido que vio y se cubrió con una capa. Iba enloquecida, con el latido agitado y la cabeza a punto de estallar. Cuando llegó al rellano de la escalera, los cascos de un caballo sonaron cerca de la casa. Bajó corriendo. La llave se introdujo en la cerradura. La puerta de la casa se abrió. Sin tiempo que perder, se escondió bajo el pequeño

hueco de la escalera. Apenas cabía. Si a Lorenzo le daba por pasar al salón, estaba perdida, pues la vería sin duda. Julia escuchaba perfectamente los latidos de su corazón, se llevó la mano al pecho pensando que de esa manera lo calmaría y se agarró a la capa, como si con ello pudiera calmar su angustia.

Lorenzo se acercó a la escalera y se paró justo a su altura. Julia se percató de que la bolsa donde llevaba el vestido viejo se había quedado a la vista de Lorenzo. Cualquier movimiento llamaría su atención. Solo le quedaba esperar. La puntera de su bota rozó la bolsa. Julia alargó la mano todo lo que pudo y, en un último esfuerzo, muy despacio, pudo atraerla hacia ella.

«Dios mío, por favor», rezó Julia. Lorenzo abrió la cancela y salió al patio. Tenía que aprovechar ese instante, por lo que empezó a gatear hacia la salida. Con medio cuerpo fuera, oyó a Lorenzo que regresaba. Reculó todo lo deprisa que pudo de nuevo al hueco de la escalera. Lo escuchó subir al primer piso. Esperó un poco más hasta oír sus pasos sobre el suelo de la galería superior. Era ahora o nunca. Cruzó el zaguán corriendo. Con la capa, arrastró un pequeño jarrón de porcelana, que se hizo añicos contra el suelo. Los pies se le quedaron clavados durante unos segundos, hasta que oyó a Lorenzo bajar las escaleras. Corrió hasta la puerta, la abrió y salió a la calle disparada, con el temor de que de un momento a otro su marido la sujetara por el hombro.

Pero Lorenzo apenas salió más allá de la puerta de la calle. Ni siquiera se fijó en el destrozado jarrón. Estuvo un rato observando a todos lados. Se encogió de hombros y cerró la puerta de un golpe. Subió a la habitación y se tiró sobre la cama sin desvestirse. Estaba borracho y con el estómago revuelto. Solo quería dormir.

Julia no aflojó la marcha, ni cuando estuvo a punto de caerse, ni más allá de la muralla ni cuando le faltaba el aire y sus piernas apenas la sostenían. Solo descansó una vez que se adentró en el bosque. Sola, con la oscuridad envolviéndola, era consciente de que la única opción para que no la encontraran era internarse en los montes. Pero, si lo hacía, podía perderse. ¿Adónde iría ahora? Había pensado acercarse a casa de Nana, pero sería el primer lugar donde Lorenzo la buscaría y no se perdonaría jamás que le hiciera daño por

su culpa. No, no la pondría en peligro. Tendría que esconderse en algún lugar lejos de allí. No sabía cuánto tiempo le llevaba de ventaja a su marido, pero el hecho de estar libre ya le daba la fuerza suficiente para no desfallecer. Se sentía mareada. La oscuridad era su aliada, pero también podía convertirse en su enemiga. Se introdujo entre un mar de árboles. Le dolía el cuerpo, estaba hambrienta y sucia. Continuó caminando hasta que el cansancio y la debilidad pudieron con ella. Se desvaneció y, al caer, se golpeó la cabeza contra el suelo y quedó en un estado de semiinconciencia.

Aún no había amanecido cuando Julia despertó. No sabía muy bien dónde estaba. Hizo un esfuerzo por levantarse, pero continuaba aturdida. Le dolía muchísimo la cabeza, notó que la vista se le nublaba y cayó al suelo de bruces.

Lorenzo se despertó con la boca seca por el alcohol y hambriento. Se levantó, cruzó el patio para ir a la cocina, cogió un trozo de queso, chorizo y pan duro, y solo al dirigirse al salón con intención de coger una botella de vino, se percató de los pedazos del jarrón esparcidos por el suelo.

«¿Qué demonios ha pasado aquí?». Se pasó la mano por el pelo como si ese gesto le pudiera devolver la memoria. Un sudor frío le recorrió todo el cuerpo y un mal presentimiento le golpeó el cerebro. Se dirigió al sótano. La puerta se encontraba entreabierta. Lleno de ira, dio una patada contra ella y bajó las escaleras maldiciendo. Allí se encontró a Fermín, tendido en el suelo, con un golpe en la cabeza y la jeringuilla aún inyectada en su brazo. Le dio varios golpes con el pie para reanimarlo. Cogió la palangana de agua que había sobre la mesa y se la echó a la cara. Fermín se despejó inmediatamente. Intentó incorporarse, pero las fuerzas le fallaron. Se tocó la cabeza y descubrió la sangre seca del lado izquierdo. Cuando abrió los ojos, vio a Lorenzo sentado en la cama y suspiró entrecortadamente. Lorenzo le echó una mano y, con su ayuda, se incorporó y se sentó junto a él en la cama.

—Valiente sinvergüenza estás hecho. ¿Qué ha pasado aquí?

—Estaba gritando, vine a sedarla y, cuando me agaché a preparar la jeringuilla, me golpeo con algo, caí al suelo y... No recuerdo nada

más. Lorenzo, le juro por mi vida que me pilló desprevenido.

—Lo que no logro entender es cómo pudo hacerlo con las manos atadas. ¿Se desató ella sola?

Fermín negó con la cabeza. Se sentía completamente abatido y ridículo.

—Se quejaba de dolor y quería... No tengo excusa, Lorenzo. Me equivoqué. —Sin mediar palabra, Lorenzo le asestó un golpe en la nuca con tanta fuerza que Fermín acabó de bruces contra el suelo—. Por Dios, Lorenzo, ¿qué va a hacer? Fue un error. Lorenzo...

Este cogió la soga que colgaba de un clavo, la enrolló en su mano y empezó a sacudirle con todas sus fuerzas. Fermín intentó cubrirse la cabeza, pero los golpes eran tan brutales que no había modo de evitarlos en ninguna parte de su viejo cuerpo. Fermín yacía aterrorizado, ensangrentado, con los ojos resignados, mientras Lorenzo continuaba lanzando violentos azotes contra el débil cuerpo del médico. No hubo compasión. Lorenzo solo veía un sótano, a un niño, a su padre vestido de militar mirándolo impertérrito y descargando un bastón sobre su pequeño cuerpo, y a Fermín Nogales cruzado de brazos estimulándolo para que expulsara el demonio que llevaba dentro.

Con tanta saña golpeaba al médico que las lágrimas se le saltaban y la soga se le revolvía contra él mismo, golpeándole sus pies.

Dejó caer la cuerda al suelo y se sentó sobre el jergón. Estaba exhausto y harto.

Fermín no se movió. Su cuerpo yacía inerte como un muñeco roto a sus pies, cubierto de sangre.

—¿Qué has hecho, Fermín? Mi esposa no está bien y la has dejado a su suerte. Podrían matarla. Violarla. Eres un cerdo. Siempre lo fuiste. Al final tu vida no ha sido mejor que la mía. Por más caminos que busquemos... para la gente como nosotros, solo hay uno que siempre nos lleva al mismo sitio.

Lorenzo cogió el cuerpo del médico, lo envolvió en una manta y lo enterró en el bosque. Después salió apresuradamente de allí y se dirigió hacia la comisaría. Debía dar la voz de alarma al alguacil cuanto antes para que buscara a su esposa.

Empezó a caer una suave llovizna sobre Toledo.

—Señor Medina, hasta que no pase un tiempo prudencial, no vamos a salir a buscar a su mujer —le explicó el alguacil.

Lorenzo dio un puñetazo contra la mesa.

—Esto es inaudito. ¿Cómo puede quedarse tan tranquilo? Mi esposa está en peligro. Mentalmente no está sana, tiene arranques violentos, pierde la memoria y puede resultar peligrosa. ¿No lo entiende? —vociferó encarándose al alguacil.

—Mire —intentó explicarle Pascual—, con luz de día será más fácil buscarla. Esperaremos.

—Ya ha amanecido —replicó Lorenzo poniéndose en pie.

El alguacil suspiró y llamó a sus hombres.

—Prepárense para una batida. Salimos en diez minutos. ¿Tranquilo ya?

—Estaré tranquilo cuando tenga a mi mujer de vuelta.

—Repartiremos un dibujo de su mujer por toda la zona. Si alguien la ha visto o tiene conocimiento de ella, no tardará en darnos el aviso.

Cuando Julia despertó, vio un rostro desconocido observándola. Al intentar incorporarse, un gemido salió de sus labios. Volvió a cerrar los ojos y de nuevo se sumió en un profundo sueño.

—¿Se ha despertado? —preguntó en voz baja una mujer entrada en carnes.

—Sí. Pero ha vuelto a dormirse —respondió el hombre.

—Bien. Dejémosla descansar un rato. Tiene que estar exhausta, pobrecilla.

Salieron de puntillas de la habitación y dejaron la puerta entornada. Leocadio Martín y su mujer, Santa, eran dos labriegos ya mayores que trabajaban su propia tierra. Poseían una casita con tres estancias en pleno monte, en una pequeña aldea cerca de Toledo. La más amplia de todas, la sala principal que daba a la calle, gozaba de un fogón y horno. Una mesa grande y vieja de pino con seis sillas. Dos alacenas donde guardaban la escasa vajilla, el pan recién hecho y la ropa de cama; al lado, un pequeño habitáculo a modo de fresquera para las verduras y frutas, y dos pequeños dormitorios. Leocadio era un hombre de estatura más bien baja, algo rechoncho, de cabeza redonda, con una gran mata de pelo blanco y una nariz grande,

carnosa y colorada, brazos cortos y manos anchas y fuertes. Siempre había trabajado las tierras de otros. Sin embargo, la crisis hizo que cada vez fueran menos los afortunados que podían trabajar y muy escaso el dinero que pagaban. Con la falta de trabajo, llegaron el hambre y las necesidades. En vez de marcharse en busca de otra oportunidad fuera de su hogar, decidieron utilizar la parte de atrás de la casa para sembrar sus propios cultivos. Se trataba de un pedazo de tierra no muy grande que cuidaban con esmero y habían arado para convertirla en huerto. No hacían negocio con lo que sacaban, pero les proveía de todo lo necesario para comer y, si se daba bien, con el excedente bajaban a Toledo y en Zocodover lo cambiaban por algo de ropa y utensilios. La casa tenía un pequeño porche con dos mecedoras donde el matrimonio solía sentarse en las noches de verano. La noche que se encontró a Julia, Leocadio Martín venía del pueblo de hacer una pequeña transacción. No había tenido mucha suerte.

La mañana continuó lluviosa. Santa se encontraba bordando una especie de tela gruesa. La silla era rígida y la obligaba a mantenerse erguida, lo que en ocasiones le producía un dolor agudo en la espalda. Padeecía de artrosis y sus dedos empezaban a ser un problema para coser. Bostezó y miró a su marido. Cuarenta años juntos. Sus vidas no habían sido fáciles. Pero, a pesar de todas las penalidades, se cuidaban el uno del otro y daban gracias a Dios de la suerte que tenían de estar juntos.

La puerta de la habitación se abrió y Julia apareció con aspecto cansado y desorientada.

—¿Dónde estoy?

—Hija, te recogimos en el camino. Anda, déjame que te ayude a acostarte, todavía no estás fuerte y puedes coger frío. —Santa se acercó a ella con cariño, la tomó del brazo y la ayudó a meterse en la cama.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te han atacado? ¿Dónde vives para llevarte de vuelta?

—Estoy sola. Mis padres murieron y me dirigía a Madrid. —Fue lo primero que se le ocurrió decir.

—Mira, yo no soy quién para retenerte en mi casa, pero tú no estás

con fuerzas para una caminata tan larga.

Julia volvió a recostarse, cerró los ojos y varias lágrimas asomaron a su rostro.

—No te preocupes, hija, aquí estás bien atendida. Lo principal es que te pongas fuerte.

—¿Tiene hijos?

—Un chico. Trabaja en Toledo. Es muy apañado, pero desgraciadamente para muy poco por aquí. Siempre deseé tener una niña, pero Dios parece que no lo creyó necesario. En fin, quédate tranquila. Los pobres tenemos que echarnos una mano entre todos. De lo contrario, muchos no habríamos sobrevivido a tanta hambruna.

—Cuando Santa hizo ademán de salir de la habitación, Julia la sujetó del brazo con delicadeza.

—Señora, todavía no le he dado las gracias, pero puedo pagarle con este anillo.

—¡Huy, hija! —Santa soltó una carcajada—. Si cada vez que hacemos algo por los demás nos dieran joyas como esa, en este pueblo seríamos todos ricos. Anda, ahora no pienses en eso. Lo importante es que mi marido te encontró. Dale las gracias a Dios, nuestro Señor. El Señor siempre nos guía por el sendero correcto. — Santa se santiguó y se besó el dedo pulgar—. Vuelvo en un rato y, aunque no tengas ganas de comer, te voy a traer una taza de caldo de puchero que te vendrá bien. —Santa la arropó con cariño y la dejó a solas.

A Julia, esta mujer le recordó a su Nana y no pudo evitar sumirse en una profunda tristeza. El sollozo dio paso a un llanto tan doloroso que Santa, asustada, entró corriendo con la taza de caldo. La dejó sobre la mesilla de noche y se recostó a su lado, abrazándola fuertemente.

Capítulo 22

Cuando el sol parecía dar una tregua a las frías mañanas de finales de febrero, los tres aprovechaban para sentarse en el porche. Esos días resultaron maravillosos para Julia, cada vez más fuerte y saludable. Santa le contó, entre risas, cómo se habían conocido cuando ambos apenas eran unos niños. Le explicó lo testarudo que era su marido ya de joven, a lo que Leocadio respondió que, si siempre había sido así, no sabía por qué se extrañaba ahora. Julia se reía con ganas, pero luego la invadía una gran tristeza al recordar que ella había soñado en una vida así junto a Lorenzo... Envejecer a su lado, rodeada de sus hijos... Eso ya no era posible.

Todas las mañanas, antes de levantarse, daba gracias a Dios por haber podido escaparse.

Tenía la sensación de que los días transcurrían con suma calma. La vida allí era excesivamente tranquila. Paseaba por el campo con la precaución de que nadie la viera. Esos paseos la relajaban muchísimo. El aire fresco aliviaba el calor que de vez en cuando le subía hasta la garganta, cuando oía el ruido de un caballo a lo lejos. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien, con tanta paz a su alrededor. Había decidido que, si Leocadio y Santa se lo permitían, no se marcharía de allí. Era un lugar aislado y sería difícil dar con ella.

Los domingos, Santa se acercaba a la ermita para escuchar misa, mientras Leocadio se quedaba en el porche rematando alguna tarea manual. Para disgusto de ella, él nunca había sido un buen católico practicante. De hecho, ese era uno de los motivos por los que cada domingo discutía con Santa. Sin embargo, en aquellas situaciones en que la vida había puesto a prueba la fortaleza de ambos, cuando dudaban si tirar para adelante o rendirse, mientras su mujer rendía culto a su Virgen, Leocadio solo echaba mano de una cosa: Corintios 13. De hecho, era la única página de la Biblia desgastada de tanto

manosearla. Leocadio no sabía leer, pero se lo había aprendido de memoria.

—¿Te importa si lo digo en voz alta? —preguntó a la chica. Julia sonrió y Leocadio empezó a recitar con voz fuerte y clara:

Si hablo las lenguas de los hombres, y aun las de los ángeles, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo que retiñe. Y si tengo la fe necesaria para mover montañas, pero no tengo amor, no soy nada. Y si reparto entre los pobres cuanto poseo, y aun si entrego mi cuerpo para tener de qué enorgullecerme, pero no tengo amor, de nada me sirve.

Tener amor es saber soportar, ser bondadoso; es no enojarse ni guardar rencor; es no alegrarse de las injusticias, sino de la verdad. Tener amor es sufrirlo todo, creerlo todo, soportarlo todo.

Cuando yo era niño, hablaba, pensaba y razonaba como un niño; pero al hacerme hombre dejé atrás lo que era propio de un niño. Ahora vemos de manera borrosa, como en un espejo; pero un día lo veremos todo como es en realidad. Mi conocimiento es ahora imperfecto, pero un día lo conoceré todo del mismo modo que Dios me conoce a mí. Hay tres cosas que permanecen: la fe, la esperanza y el amor; pero la más importante es el amor.

—Ha sido precioso, Leocadio, muchas gracias. Yo creo que hablar de amor es muy acertado, aunque yo no esté muy de acuerdo en estos momentos con todo lo que has dicho.

—Bah, pamplinas. Hay muchas clases de amor, hija. ¿Por qué siempre os vais al mismo?

—A vosotros os estoy empezando a querer mucho. —Julia rompió a llorar. Estaba verdaderamente emocionada—. No os puedo pedir más.

Cerca de tres semanas les había llevado peinar casi todas las zonas cercanas a Toledo donde creían que podía estar escondida Julia, incluidas las casas abandonadas, huertas o refugios para los pastores en el campo. Cualquier sitio en el que una persona pudiera cobijarse del frío había sido inspeccionado.

Preguntaron a cuantos vieron por los caminos, en las aldeas y pedanías, y a cuantos se encontraban en las calles, ya fueran de paso o vecinos. Registraron carros, diligencias, carretas... Estaban agotados y desanimados tras dejar Olías del Rey sin noticias de Julia, y tenían intención de regresar a Toledo. Pero Lorenzo insistió en continuar camino hasta Bargas. Pascual le advirtió que era imposible

que una mujer sola y caminando pudiera haber recorrido tanta distancia. Estaban cansados. La búsqueda había sido inútil, y emprendieron el regreso.

—¿No comprende que, después de todas estas semanas, si mi mujer siguiera viva, podríamos estar a punto de dar con ella? —preguntó Lorenzo.

—Cabe la posibilidad. Pero... no lo creo. Si así fuera, habríamos tenido noticias de ella. Es extraño que nadie la haya visto, y eso me da mala espina, señor Medina. La posibilidad de que continúe viva es de uno entre mil. Una mujer sola, sin dinero y vagando por el bosque no tiene mucho futuro.

Lorenzo tiró de las riendas de su caballo y Pascual lo imitó.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó impaciente el alguacil.

—Quiero investigar allí arriba. —Lorenzo señaló con el dedo.

—¿En esa aldea perdida? —preguntó sorprendido—. Pero, de estar allí, ya nos lo habrían comunicado.

—Puede. Pero deberíamos ir —insistió—. Quizá esté escondida y no lo sepan porque no se ha dejado ver. ¿Quién sabe?, quizá...

—Mire, hagamos una cosa: como los caballos tienen que descansar, tomamos un refrigerio en el caso de que en ese lugar haya algún sitio. Y si no tenemos noticias, regresamos a Toledo. ¿Lo ha entendido?

—De acuerdo —convino Lorenzo.

Santa mandó a Leocadio a Toledo para comprar tela de algodón con la idea de hacerle un vestido a Julia. Una vez realizado el encargo y ya de vuelta en la aldea, se acercó hasta la taberna. No solía ir. Pero, de vez en cuando, a un trago de anís no le hacía ascos. Al sentarse en una mesa alejada de la barra con su vaso en la mano, vio entrar al alguacil con un caballero que tenía muy buena planta, pero de aspecto duro y severo. La llegada de estas personas intrigó a Leocadio, que los observó sin pestañear. No era frecuente ver al alguacil por allí. La aldea apenas tenía ocho o diez casas habitadas por gente humilde, labriegos como él, que se conocían de toda la vida. Los oyó preguntar por una mujer cuya descripción coincidía con la de Julia. Una punzada de frío le recorrió todo el cuerpo. Se tomó el

anís de un trago para calmar los nervios y se dispuso a dejar el local. Justo al salir, el alguacil le retuvo.

—Un momento, por favor. No tenga tanta prisa por marcharse. Ustedes —dijo alzando la voz y dirigiéndose a todos los presentes—, escuchen lo que tengo que decirles: la mujer de este caballero —comentó, señalando a Lorenzo— se ha escapado de su casa. Por desgracia he de decirles que mentalmente no se encuentra bien. Puede llegar a ser peligrosa. —El silencio se hizo en la taberna. Leocadio puso su mano en el corazón para amortiguar los latidos—. ¿Alguien sabe algo? ¿La han visto por aquí? —Pascual se paseó entre las mesas, mirando fijamente a los ojos de los cuatro clientes que en ese momento se encontraban en el pequeño local—. Si me entero de que alguien la tiene escondida, que sepa que tendrá su merecido por obstrucción a la autoridad. Y por supuesto... quien nos ayude a dar con su paradero será muy bien recompensado. El caballero está dispuesto a ofrecer dos monedas de plata si nos dicen exactamente dónde se encuentra.

Dos monedas de plata era mucho dinero. Eso supondría no tener que pasar más hambre ni calamidades durante un buen puñado de meses. Leocadio estuvo tentado de hablar. Pero, sin saber por qué, decidió callar.

Desgraciadamente todos negaron con la cabeza. El alguacil se dirigió en voz baja a Lorenzo.

—Le aseguro que son buena gente. Aquí no tenemos nada que hacer. Si supieran algo, por ese dinero hablarían, no lo dude.

Una vez que se marcharon, Leocadio fue a toda prisa a por su carro. Esa mujer no les había contado toda la verdad. El alguacil había dicho que estaba loca y Santa podía estar en peligro.

Al dejar atrás la aldea, Pascual observó el rostro contraído y tenso de Lorenzo.

—¿Se da cuenta? Si su mujer estuviera viva, no dude que la habrían visto.

—Mi mujer sigue viva —respondió de malhumor—. Más le vale hacer bien su trabajo, señor alguacil. Más le vale encontrarla.

Pascual tiró de las riendas de su caballo obligándolo a parar.

—¿Me está amenazando?

—No pone mucho interés, y ya sabrá que tengo contactos muy importantes. No me ponga a prueba.

Pascual se quedó perplejo ante la advertencia de Lorenzo. Bien sabía que hombres como él podían hacer que se viera destituido y en la calle. No sería la primera vez. Estaba claro que tendría que ir con cuidado.

La puerta de la casa de abrió de par en par y el aire hizo titilar el fuego de la chimenea. Julia y Santa se quedaron sorprendidas ante las prisas de Leocadio. Traía la cara desencajada. Se quedó de pie delante de ellas, estrujando el sombrero de fieltro.

—¿Qué pasa, Leocadio? —le preguntó su mujer, nerviosa.

—El alguacil... —Apenas acertaba a continuar, mientras miraba de reojo a Julia.

—Me estás asustando —protestó Santa—. Por el amor de Dios, suéltalo ya.

Leocadio se sentó en la punta de la silla. Se quedó erguido y fijó la mirada en Julia. Después de aclararse la garganta, contó lo que había pasado en la cantina ante las atónitas miradas de las dos mujeres, que le escuchaban sin decir nada. Cuando hubo terminado, él y su mujer se giraron hacia Julia para pedirle una explicación. Lejos de darla, Julia se puso en pie dispuesta a marcharse. Santa se apostó contra la puerta de la casa para impedirlo.

—Dicen que estás loca y eres peligrosa. Nos has contando que tus padres y tu marido murieron, que estás sola y que no tienes dinero ni adónde ir. ¿Quién eres?

—Tiene que marcharse —insistió Leocadio con voz firme—. Si la encuentran aquí, nos matarán a todos.

Julia se puso nerviosa. Se paseó por la estancia y, después de unos minutos, que al matrimonio le parecieron horas, se sentó junto a la chimenea y se dispuso a hablar. Les dijo quién era y dónde vivía, les habló de su boda con Lorenzo, del asesinato de sus padres por parte de su padrino y administrador y, finalmente, de cómo le arrebataron a su hijo y la encerraron en el sótano de su casa.

—Siento haber abusado de su confianza. Les aseguro que no tengo a quién acudir ni adónde ir; en eso no les he mentado. Yo no estoy

enferma ni loca, aunque puedo asegurarles que a punto estuvo de conseguirlo.

Cuando Julia terminó, Santa tenía los ojos inundados de lágrimas y Leocadio mantenía los puños tan apretados que, al abrirlos, las uñas se le habían marcado en la carne.

—Iremos a ver al alguacil, le contarás lo mismo que a nosotros y te ayudará.

—Todos sabemos que eso no será así —contestó Julia—. Hay testigos de cómo quise matar a mi marido, incluida la persona que más me quería en este mundo, después de mis padres: mi Nana. Ella también me dejó.

—Pero, hija, nosotros hablaremos por ti.

Julia se puso a temblar.

—¡No! Ni hablar. Tengo que marcharme.

—¡De eso nada! Tú no vas a ir a ninguna parte —negó Santa—. Ese hombre te andará buscando como un poseso.

—Hija... —prosiguió Leocadio—, ya sabes que mucho no tenemos, pero lo compartiremos. Aquí estarás a salvo.

—Se lo agradezco de todo corazón. Pero... no puedo quedarme. Tarde o temprano me encontrará.

—Por Dios, ¿adónde crees que vas a ir? —preguntó la mujer secándose las lágrimas.

—No lo sé, no lo sé —susurró Julia rompiendo a llorar.

—Vamos a hacer una cosa: espera a la primavera. Ahora no sobrevivirás con este frío.

—No puede esperar, mujer —intervino Leocadio—. El alguacil ha dicho que le darán dos monedas de plata al que la vea o sepa de ella. —Santa se tapó la boca para ahogar un grito—. ¿Comprendes por qué sería peligroso que se quedara? Al final, alguien podría venir a vernos sin avisar.

—Leocadio tiene razón —afirmó pesarosa Julia.

—De acuerdo —convino al fin Santa.

En un fardo guardaron un cambio de ropa, algo de fruta, pan y tocino. Leocadio le dijo que la llevaría en su carro hasta Bargas. Sería un camino largo, pues deberían evitar las postas y otros lugares públicos. Bargas quedaba fuera de la jurisdicción del alguacil y, hasta

que corriese la voz, le daría tiempo a tomar una diligencia y marcharse a otro lugar más lejano. Leocadio preparó el carro con la mula y, antes de partir, Santa la cubrió con una mantilla.

—Julia, escúchame. Esta es tu casa. ¿Me oyes? Si nos necesitas, estés donde estés, mándanos una carta. Nosotros iremos a buscarte.

Julia se abrazó a ella con todas sus fuerzas y subió al carro con la bolsa sobre su regazo. Santa le hizo la señal de la cruz en la frente y la vio marchar al lado de su marido. Se despidieron entre sollozos. Leocadio arreó la mula para que se pusiera a andar. Las mujeres no dejaron de observarse hasta que se perdieron de vista.

Durante el trayecto, el silencio fue el compañero de viaje. Decidieron internarse por caminos interiores. Leocadio pensaba que no podían haber llegado a buscarla hasta Bargas; estaba lejos, y a Julia le daría tiempo para seguir su camino hasta Griñón y desde allí a Madrid.

A la entrada de Bargas, Leocadio la ayudó a bajar y se despidieron con un fuerte y largo abrazo. Él dio media vuelta y ella siguió su camino.

Antes de adentrarse en el pueblo, Julia se paró bajo un olmo. Debía aclarar sus ideas, respirar hondo y establecer un plan. Abrió su cesta. Estaba hambrienta. Cuando acabó de comer, se levantó, se sacudió las faldas, sacó el dinero que le había dado Leocadio, lo contó y volvió a guardarlo. Antes de continuar, miró hacia el cielo. Dio gracias a Dios por las buenas personas con las que se había encontrado y pidió fuerza y entereza para encontrar su destino, porque tenía la mente en blanco y los nervios como la manteca. Suspiró con fuerza y se adentró en el pueblo.

El gentío se agolpaba en las calles. Caminó entre chiquillos que revoloteaban a su alrededor, hombres que tiraban de carros, recuas de mulas que cruzaban las calles cargadas de mercancías, gritos de vendedoras que ofrecían toda clase de productos sobre provisionales tenderetes cubiertos con toldos de vistosas telas: pan, verduras, frutas, ropa, utensilios de cocina, cestos, herrajes... Entre tanta gente, pasaría desapercibida con más facilidad. Cuando quiso salir hacia la calle opuesta a la que había venido, unos gritos que salían por la ventana de un edificio enalado de dos plantas llamaron su

atención. Miró hacia allí y vio una placa de madera desgastada por el tiempo donde, con dificultad, podía leerse que se trataba de una posada con habitaciones libres. Se dirigió hacia allí. Empujó con suavidad la puerta, que estaba entreabierta. Una vez en el zaguán, se quedó parada a la espera de que alguien saliese a su encuentro. Tras un largo rato sin ver a nadie, se asomó a una sala oscura y pequeña que quedaba a la derecha. Un hombre con una barriga prominente roncaba en un desvencijado sofá. Volvió al zaguán y, sin saber qué hacer, salió de nuevo a la calle.

—¿Querías algo? —vociferó una mujer desde la ventana de la posada.

—Una habitación, si es posible —contestó.

—Pasa, muchacha —gritó. Se presentó como la posadera. Julia no pudo evitar incomodarse al verla con la camisa desabrochada dejando emerger prácticamente sus encantos.

—Vamos a ver, jovencita, ¿tienes dinero? —Julia abrió la bolsita de tela y le enseñó lo que llevaba.

—Con eso tienes para dos noches. Ni una más —contestó de forma tajante.

—¿Puedo comer? —preguntó Julia tímidamente.

—Esto no es una casa de caridad. La comida se paga aparte. —La posadera se puso en jarras esperando la respuesta de Julia—. ¿Te decides? No tengo todo el día.

Julia asintió y la siguió hasta el primer piso de la casa, donde se encontraban las habitaciones. Un pasillo largo y estrecho con tres puertas a la derecha y dos a la izquierda. Al pasar por la primera habitación, a través de la puerta entreabierta Julia vio a una mujer desnuda de cintura para arriba lavándose en una especie de palangana. Se quedó embobada observándola hasta que, de malas maneras, la mujer la llamó entrometida y le cerró la puerta en las narices.

—Este será tu cuarto —le informó la posadera señalándole la última puerta—. No es mucho, pero tendrás donde dormir. Las sábanas están limpias y sobre la mesa tienes una palangana con un jarrón de agua. Si necesitas algo más, bajas y lo pides, siempre que no sea ni comida ni dinero. —La posadera escupió en el suelo para desagrado

de Julia y se marchó. Una vez sola, se sentó sobre la cama. Solo dos noches podía quedarse en esa pocilga. Sin embargo, de momento era todo cuanto tenía. Un ventanuco estrecho y alto dejaba entrar algo de luz. Se recostó sobre el colchón y cerró los ojos. La cara de su marido le vino tan real que se sobresaltó. Sin embargo, a quien vio frente a ella fue a la mujer a la que había importunado cuando se estaba lavando en su habitación. Era alta, morena y con unos pómulos muy marcados. Unas arrugas le cruzaban la frente y el entrecejo fruncido le confería más edad de la que seguramente tendría, unos cuarenta y pico. Sin darle tiempo a reaccionar, la mujer se sentó junto a ella.

—Perdona que haya entrado sin llamar, pero la puerta estaba abierta y...

—No te preocupes. No tiene importancia, se me olvidó cerrarla. — Julia le sonrió.

—También quería disculparme por el portazo que te he dado. Es que la gorda de la posadera me tiene harta; es una usurera, te sacaría los ojos si pudiera... En fin —dijo mientras se levantaba—, solo venía a eso.

—Espera..., por favor, no te vayas aún —suplicó Julia—. No me has dicho tu nombre.

—Magda —le contestó con una sonrisa—. ¿Y el tuyo?

—Julia.

—Bonito nombre. ¿De dónde vienes? —Magda volvió a sentarse junto a ella.

—De Toledo.

La mujer echó una mirada rápida a sus manos e intuyó que, aunque estropeadas, no eran las de una campesina. Ni su forma de hablar, la de una analfabeta.

—Por lo que intuyo, las cosas no deben haberte ido muy bien cuando has llegado hasta este cuchitril. ¿Me equivoco?

—Bueno...

Magda observó que no paraba de frotarse las manos y miraba nerviosa de un lado a otro de la habitación. De forma impulsiva la abrazó. A Julia le pareció que olía a rosas como su madre y lloró desconsoladamente.

—¿Qué te pasa, niña? —Ante el silencio de Julia, Magda continuó hablando—. Mira, cuando saques toda esa pena que llevas dentro, te vas a quedar nueva. Te lo digo yo. A mí me cuesta mucho llorar y, cuando por fin lo consigo, luego me arrepiento, porque se me quedan los ojos rojos y la nariz horrible, y no me lo puedo permitir. —Julia sonrió por primera vez—. Claro que, cuando lleves un tiempo aquí, te darás cuenta de que no necesitas llorar. ¡No, señor! Lo que necesitas es mucha fuerza de voluntad y la misma dosis de paciencia.

—¿Para?

—Para no abrirle la cabeza a la posadera.

Julia no pudo contener la risa.

Cuando quisieron darse cuenta, no tenían prácticamente luz en la habitación. Se les había echado la noche encima hablando. Julia se encontraba a gusto en compañía de Magda. Esta la puso al corriente sobre la situación con la casera: una mujer amargada, insensible y tacaña que no tenía ningún escrúpulo en echar al cliente el mismo día que faltaba al pago. Julia, a su vez, le confesó que solo le quedaba dinero para otra noche más, después debería marcharse. Cuando Julia empezó a reprimir los bostezos, cada vez más continuados, Magda se despidió de ella con un beso en la frente.

A la mañana siguiente, Julia se despertó con un ligero dolor de cabeza. No había dormido muy bien, las pesadillas la despertaron varias veces bañada en sudor. Se lavó con agua fría y se vistió. Tenía mucha hambre y no disponía de dinero. Tras un largo suspiro, decidió salir a la calle. Necesitaba que le diera el aire y despejar ese dolor tan insistente en la frente y la nuca.

Magda la vio pasar por su puerta.

—Buenos días, guapa.

Julia hizo un gesto con la mano y continuó su paso.

—¡Eh! ¿Dónde crees que vas sola? Espera un segundo. —Tomó una especie de echarpe de lana y se lo echó con arte sobre los hombros. Se miró por última vez al espejo, se guiñó un ojo y fue al encuentro de Julia, que la esperaba en la calle. Cuando Magda se colocó a su lado, se agarró a su brazo y caminaron.

—Tengo una sorpresa para ti. Quiero llevarte a un sitio muy especial.

—¿Dónde? —preguntó Julia con curiosidad.

—¡Anda, esta! ¿Qué entiendes tú por sorpresa? Calla y no preguntes más.

Caminaron hasta una pequeña loma desde donde se apreciaba toda la aldea. Durante el paseo ambas apenas intercambiaron alguna frase. Julia observaba con atención los alrededores, mientras el sol acariciaba su rostro y el aire jugaba con algún mechón de su cabello. Del brazo, regresaron hasta el pueblo y continuaron hasta la iglesia de San Esteban, que se alzaba sobre un altozano dominando todo el pueblo y con su perfil dibujado en el horizonte de las tierras de La Sagra. Permanecieron unos minutos en su interior. Una vez que salieron del templo, Magda la llevó a una cámara o estancia contigua a la casa de caridad donde cuidaban de los pobres y enfermos.

Julia se extrañó del lugar.

—No te apures. He venido muchas veces. Gracias a ellos, pude salir adelante. Aquí tuve a mi hijo.

—¿Tuviste un hijo? —preguntó Julia, que no salía de su asombro.

—Sí, pero de eso hace ya mucho tiempo. El caso es que me cuidaron y..., en fin. Lo que quería enseñarte está aquí al lado. Se trata de la ermita de la Vera Cruz, donde hay un Cristo: el Cristo de la Sala, también le llaman el Cristo Misericordioso por los milagros que se le atribuyen. Es maravilloso estar cerca de él. Vienen de muchos sitios solo para verle. Dicen que, cuando te sientes mal, sola y sin ganas de seguir adelante, tienes que venir y estar junto a él, y al momento sientes algo especial dentro de ti. Todos en el pueblo le tenemos mucha fe, Julia, mucha. De hecho, hay una tradición que viene de años atrás: todos los 29 de septiembre, le sacan por las calles de Bargas, en silencio. Es una forma de rendirle honores y agradecimiento. Anda, pasa y siéntelo por ti misma.

Al entrar no pudo ver nada hasta que sus ojos se hicieron a la oscuridad. Frente a ella se encontraba el Cristo crucificado. Tenía la boca entreabierta, la corona de espinas sobre su cabeza, el cabello hacia un lado y su rostro... Había tanto dolor, tanto sufrimiento en su imagen... Julia cayó de rodillas, sobrecogida por la emoción, y rezó por sus padres, por su hijo y por ella misma, dominada por una

devoción casi tan fuerte como la que sentía por su amada Virgen del Sagrario.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Magda.

—Mucha..., pero ya te he dicho que no tengo dinero.

—¿Desde cuándo eso es un problema? —le dijo señalando un puesto con fruta—. Haz lo que yo te diga. Yo tampoco tengo dinero, niña. Bueno, he podido ahorrar algo, pero lo tengo para un caso especial. ¿Entiendes? Ahora te voy a enseñar a sobrevivir. No siempre vas a tener una moneda en el bolsillo. Acércate a ese tenderete, compórtate como si fueras a comprar y habla con el tendero. Distráele. Es imprescindible que aprendas a soltarte, Julia.

Cuando se acercaron al puesto, Julia se dedicó a preguntar los precios de todo cuanto tenía el hombre, hasta que este se empezó a impacientar. Julia miró de reojo a su amiga y, cuando esta le hizo una señal, se disculpó con el vendedor y se marchó a su encuentro. Magda le señaló otro puesto donde vendían hogazas de pan. Aprovechando el gentío, se acercaron para hacer la misma operación. Sin embargo, un hombre que las estaba mirando se percató de la jugada y empezó a gritar llamándolas ladronas, y a los pocos segundos dos ayudantes del alguacil salieron corriendo tras ellas.

—Julia, corre, corre —le decía Magda sujetándola de la mano.

—¿Qué va a pasar? Tengo miedo.

Se escondieron en un callejón, justo detrás del edificio donde se hospedaban.

—Escucha —le dijo Magda jadeando—. Quédate aquí sin moverte, yo subiré a la habitación, cogeré unas cosas y nos iremos. ¿Lo has entendido? ¡No te muevas de aquí!

Julia la vio girar en la esquina. El corazón le latía con fuerza. Todavía llevaba un trozo de la hogaza de pan, y empezó a mordisquearla nerviosa. Se sentó sobre sus talones y rezó para que todo saliera bien.

Magda subió hasta su habitación sin que la viera la posadera. Cerró la puerta despacio para no hacer ruido y se dirigió hacia la silla que estaba apoyada contra la pared. La tumbó en el suelo y, del interior de una de las patas, sacó el dinero que guardaba, lo envolvió en un pañuelo y salió de la habitación.

—¡Aquí está! —gritó uno de los guardias sujetándola del brazo. Julia forcejeó y le abofeteó en pleno rostro—. Si vuelves a hacerlo, te mataré aquí mismo —le amenazó, escupiéndola en la cara.

Magda bajó de puntillas las escaleras. Avanzó por el estrecho pasillo y, cuando alcanzaba la puerta y estaba a punto para salir, la voz de la posadera la detuvo.

—Hoy tienes que pagarme.

—Lo sé. Voy a hacer un recado y vuelvo.

—¡Antes del mediodía! Ya sabes. Si no pagas, no te molestes en volver.

Magda hizo un gesto de burla, imitando las palabras que ya se sabía de memoria. Sin dar tiempo a que la posadera la retuviera con otras historias, salió a la calle. Cuando giró la esquina del edificio, vio a Julia arrastrada por dos guardias y el alma se le cayó a los pies.

Capítulo 23

Tanto el alguacil como el alcalde de Toledo insistían en dar por muerta a Julia. Estaban convencidos de que, pasado tanto tiempo, una mujer sola, tan débil y enferma, no habría podido sobrevivir por los montes. De estar viva, alguien la habría recogido y habría dado aviso a los alguaciles. La investigación se estaba alargando demasiado, con el consabido coste económico que ello requería. Además, no podían centrarse solo en ese caso, puesto que no había sido juzgada como perturbada por ningún tribunal. Solo se trataba de la opinión de un médico que había desaparecido por arte de magia, de algunos testigos que habían presenciado escenas violentas por parte de Julia y de la opinión de su propio marido. Por lo que concernía al alguacil y al alcalde, se trataba de una mujer que se había escapado de su casa y del control de su marido. Nada más. Por lo tanto, ambas autoridades decidieron que, hasta que no tuvieran alguna pista o información más concreta sobre la mujer, lo más razonable era no hacer nada, de momento.

Lorenzo montó en cólera y lo único que pudo conseguir fue un escrito de la regiduría en el que se fijaba la búsqueda de su esposa por un tiempo limitado. Se insistía en su desequilibrio mental y la peligrosidad que ello conllevaba, y se detallaban sus rasgos físicos para facilitar su identificación. Llevaba el papel firmado por el corregidor de Toledo bien escondido en el bolsillo de su casaca. Pueblo por pueblo, villa por villa, Lorenzo salía a buscarla cada vez más furioso. No entendía cómo una mujer tan poca cosa, débil y sin experiencia, podía sobrevivir tanto tiempo sin ser vista, incluso llegó a pensar que, en el peor de los casos, alguien la podía estar ayudando. Mientras le daba vueltas a todas las posibles situaciones, entró en Bargas. El gentío abarrotaba las calles y le puso de mal humor. Lorenzo caminaba entre la gente empujando a unos y otros

sin perder de vista a las mujeres que se cruzaban en su camino. Preguntó por la casa consistorial y se dirigió hacia ella, un edificio con soportales de piedra a lo largo de toda la fachada que hacía las funciones de ayuntamiento y cárcel. Tuvo que esperar al menos quince minutos para ser recibido y, una vez frente al secretario, le explicó todos los pormenores que le habían llevado hasta allí. Lorenzo exageró el contenido de la carta, que el alcalde leyó tranquilamente con la ayuda de unos anteojos doblados por el uso. Una vez que hubo terminado su lectura, dio orden para que buscasen al alguacil.

Julia lloró de la rabia. Sabía que era el final de su libertad. Lorenzo andaría buscándola y no tardaría en llegar hasta ella. Sin embargo, tuvo un momento de esperanza al pensar en su amiga. Pero ¿qué podría hacer una mujer como ella para salvarla? Nada. No podía hacer nada. Apoyó la cabeza en sus doloridas rodillas y rezó.

Magda caminaba sin rumbo fijo pensando en cómo ayudar a Julia. «¿Qué puedo hacer, Dios mío? ¿Qué hago?», se repetía una y otra vez. Se dirigió hacia el ayuntamiento por si, con suerte, podían dejarla visitar a su amiga, y rezó para que así fuera. Al pasar por el soportal, reconoció a uno de los guardias y corrió hacia él. Le sujetó del brazo para hacerle parar. Cuando este la vio, la reconoció y le dedicó una de sus mejores sonrisas. Magda casi se cae de la alegría y puso los ojos en blanco dando gracias.

—¿Puedes ayudarme? —le preguntó angustiada.

El hombre miró a un lado y a otro.

—Vamos dentro y me explicas.

La mujer le habló sin omitir detalle. Le contó que, por su culpa y por una tontería, habían cogido equivocadamente a la chica.

—No sé qué podría hacer por ti. Ahora entra mi turno; si quieres te ayudaré a que veas a tu amiga —le contestó mientras saludaba a su compañero, que se marchaba en ese momento. Al reconocerlo, Magda dio un respingo. Era uno de los que arrastraban a Julia cuando se la llevaron.

—Sé que lo que te voy a pedir es muy complicado, y confío en que no olvides el favor que te hice.

El hombre la miró con una sonrisa.

—No lo olvidaré nunca. Sabes que, si está en mi mano, te ayudaré en lo que sea.

—Necesito irme de aquí cuanto antes con la mujer que tu compañero acaba de encerrar. Por favor, no es una asesina ni nada por el estilo. Fui yo quien robé la hogaza de pan. Fue una tontería. Lo sé.

—No puedo hacer eso, Magda. Me matarían por dejar libre a una convicta.

—Pero ¡qué dices, hombre de Dios! ¿Una convicta? ¿Por un trozo de pan? —Magda suspiró con impaciencia, de su escote sacó una bolsa y vertió las monedas sobre la vieja mesa de madera—. Esto es todo cuanto tengo. Para ti.

—No puedo aceptarlo. —El hombre rechazó el dinero sin apenas mirarla y tomó asiento frente a la puerta que daba paso a las celdas—. Debes marcharte ahora.

En ese mismo momento, Lorenzo se encontraba dos pisos más arriba, en el despacho del secretario, esperando a que llegara el alguacil con noticias. Cuando creía que iba a desfallecer de los nervios, el hombre entró sin llamar, acompañado de los dos guardias que habían apresado a Julia.

—Señor, la mujer que tenemos en la cárcel coincide con la descripción de la señora que están buscando.

Lorenzo se puso en pie de la sorpresa.

—¿Está seguro? —le preguntó clavándole la mirada.

—Tan seguro como que le estoy viendo a usted, señor.

Todos se miraron durante unos segundos y se dispusieron a bajar a los sótanos donde retenían a Julia. Lorenzo irradiaba felicidad.

Se le estaba echando el tiempo encima. Magda no podía darse por vencida. El carcelero se recostó sobre la silla de madera y miró desconsolado a su amiga.

—No me hagas esto, Magda. Su esposo ha venido aquí. Ahora está en el despacho del secretario. ¿Sabes lo que me harían si me pillaran?

—¡Dios santo! Entonces, no tenemos tiempo. —Magda se puso de rodillas, gesto que incomodó al hombre—. Te lo ruego, te lo suplico.

Dijiste que me debías un favor y ahora es el momento de devolvérmelo. —Con lágrimas en los ojos, aguantó la mirada del individuo.

—¿Qué quieres que haga? —le dijo finalmente, mientras se ponía en pie.

—Saca a mi amiga y nos largaremos de aquí.

El hombre sacó las llaves del cajón y fue hacia la celda.

Lorenzo, el alcalde y los alguaciles bajaron el último tramo de escalones.

—Date prisa, por favor.

Al guardia, con los nervios, se le cayó el manajo de llaves y luego no encontraba la correcta. Magda estuvo a punto de quitárselo de las manos e intentarlo ella. Julia los miraba agarrada a los barrotes, rezando para que la puerta se abriera de una vez.

Escucharon las voces, y la de Lorenzo se oyó nítida y clara. No había tiempo. Julia creyó desmayarse. Magda pensó que todo se había terminado y al chico le temblaba tanto la mano que la llave no entraba en la cerradura. El chasquido de las botas se colaba entre las rendijas de las paredes y el eco resonaba tan cerca como si estuvieran a punto de sorprenderlos. El sudor hacía resbalar la llave de las manos. Por fin entró. La giró y la reja se abrió. Julia salió como una exhalación y el carcelero las exhortó a salir cuanto antes por las escaleras; si llegaban al primer rellano, una pequeña puerta las sacaría directamente a un callejón de la parte trasera del edificio.

Magda iba delante. Iniciaron la subida, pero escuchaban sus voces muy cerca y la luz de sus antorchas ya iluminaba el primer rellano. Estaban perdidas, sin salida. En unos segundos todo se acabaría. El corazón les latía con fuerza. Magda empujaba los adoquines de la pared por si se abrían milagrosamente. Las voces eran muy nítidas y, cuando Julia reconoció la voz de Lorenzo, algo se rompió en su interior y cayó de rodillas sobre el frío suelo. Una mano las arrastró escalera abajo un segundo antes de que Lorenzo llegara al rellano.

—Quiero ver a la mujer que tienen presa —vociferó Lorenzo al llegar a la mesa del guardia, junto al alguacil y el alcalde.

El muchacho se levantó inmediatamente de su silla.

—¿A quién se refiere?

—La mujer que han apresado se llama Julia Medina —volvió a gritarle. El carcelero miró al secretario y este asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Señor, siento decirle que la mujer de la que habla se ha marchado. —Las piernas le temblaban tanto que temió desplomarse, aunque ese sería el menor de sus problemas.

—¿Y quién ha dado esa orden?

—Se... señor —balbuceó—, han pagado la multa y la he dejado salir.

—¿Que han pagado, qué?

—La multa, señor.

—¿Quién? —gritó Lorenzo con las venas del cuello a punto de explotar.

—Una mujer.

El alguacil se acercó al muchacho con gesto adusto.

—¿Cuándo ha sucedido eso?

—No hará ni media hora, señor.

—¡Vamos! No deben andar muy lejos.

El alguacil dio órdenes al carcelero para que varios hombres los acompañaran y, antes de salir, se giró hacia el muchacho.

—Esto tendrá consecuencias.

Una vez que le dejaron solo, el carcelero subió varios tramos de las escaleras hasta cerciorarse de que no había nadie. Volvió a bajar los escalones de dos en dos, regresó al sótano y abrió una puerta.

—No tenéis mucho tiempo. ¡Corred!

Una vez fuera del pueblo, las dos mujeres abandonaron el camino principal y se dirigieron hacia los campos abiertos y extensos corriendo sin descansar y sin encontrar donde refugiarse. Sin parar de correr, tropezaban al introducir los pies en los surcos recién arados. Llenas de barro y suciedad, los campos les parecían interminables. Al fondo se dejaba vislumbrar una manta de árboles. Pararon un segundo para tomar aire, se miraron y corrieron hacia allí. Un espeso bosquecillo de moreras y alcornoques las recibió y las ocultó. Cayeron desfallecidas sobre unas malezas. Bajo la sombra de los ramajes, se sentaron. Al mirarse, instintivamente, lloraron y rieron sin control. Habían estado a punto de chocarse con Lorenzo. Habría sido el final de todo. Habría regresado a la oscuridad del sótano y allí habría

muerto como un animal. Se encontraban exhaustas, hambrientas y sedientas. Debían encontrar algo que llevarse a la boca.

—¡Mira, niña! ¿No es una casa aquello de allí? —preguntó Magda entornando los ojos. Julia se puso en pie y miró hacia donde señalaba su amiga.

—No lo veo muy bien. Pero... eso parece..., ¿no?

—¡Vamos! —se apresuró a decir Magda tirando de Julia.

Tenía la pinta de ser la casa de un labriego. Llamaron a la puerta, pero nadie abrió. Olía a comida y sus estómagos empezaron a sonar. Rodearon la casa. En la parte trasera había una pocilga con dos cerdos grandes que hicieron caso omiso de las dos mujeres. Sin pensárselo dos veces, Magda entró en el corral y se acercó a lo que se suponía que era la comida de los cerdos. Metió la mano en el cubo y salieron corriendo de allí. Una vez que habían perdido de vista la casa, se sentaron en el suelo. Magda le ofreció a Julia parte del botín, pero esta lo rechazó haciendo aspavientos con las manos.

—¡No! De ninguna manera —rehusó con cara de asco.

—Pues tú verás lo que haces, o te lo comes, o te mueres de hambre —dijo mientras mordía un trozo de manzana podrida.

—Si me como eso, voy a vomitar toda mi vida hasta que me muera.

—Y si no comes, te vas a morir de hambre sin vomitar —la animó Magda con la boca llena.

Ambas rompieron a reír. Cuando se comieron todo, se colocaron pegadas una a la otra para darse calor. La noche ya era cerrada y el frío se introdujo a través de sus ropas. Sin embargo, estaban tan cansadas que enseguida se quedaron dormidas.

Una gota de lluvia despertó a Magda y zarandéo a Julia.

—¡Niña, despierta! Debemos irnos. —Julia se levantó con lentitud. Tenía dolor de cuello y las piernas entumecidas. Se pusieron en marcha y, al poco tiempo, oyeron el ruido de un riachuelo. Se acercaron a él. El agua estaba limpia y fresca y aprovecharon para beber y asearse.

—¿Por qué te escapaste de tu casa? —le preguntó a bocajarro Magda.

—¿De qué casa? —Julia aceleró el paso.

—Ese hombre era tu marido. —Magda apresuró el suyo para

situarse a su altura y la detuvo con el brazo—. Julia, para, por favor. Me he jugado la vida por ti. He sobornado al carcelero con todos mis ahorros para sacarte de la cárcel y apenas te conozco de un día. — Magda hizo una pausa y se quedó mirándola—. Sinceramente, creo que me debes una explicación.

Julia suspiró y, tras unos minutos, se agarró del brazo de Magda y continuaron caminando.

—Me llamo Julia Céspedes. Bueno, ese era mi apellido hasta que me casé. Ahora me llamo Julia Medina. Y sí, ese hombre es mi marido.

Julia contó su historia por segunda vez. Cuando terminó, Magda no podía hablar de la emoción. Abrazó con fuerza a Julia.

—Lo siento, mi niña. Lo siento mucho.

—El caso es que aún sigo muy enamorada de él. Yo sé que él lo está también de mí, pero no entiendo por qué me quitó a mi hijo, por qué esa obsesión con las tierras...

—Cariño, ¿no es posible que tu niño muriera realmente? Te lo digo porque, a veces, para una mujer es muy duro aceptar ciertas situaciones.

—Lo tuve en mi pecho, escuché su corazón...

Magda la atrajo hacia a ella y la abrazó con ternura.

—Lo sé, cariño. Lo entiendo. Solo pensaba que a lo mejor...

Julia se separó de ella. No quería seguir hablando de su niño y cambió de tema.

—Antes de entrar a ver al Cristo de la Sala, dijiste que habías tenido un hijo —comentó con cautela Julia.

Magda echó una bocanada de aire.

—Así es.

—¿Dónde está?

—No tengo la menor idea.

—¿No lo sabes?

Magda suspiró.

—Si no quieres hablar, lo entiendo.

—No es eso, Julia, es que...

—Pero... ¿sigue vivo, entonces? ¿Te lo quitaron como a mí?

Magda sonrió con pena.

—Escucha. Yo era muy joven cuando salí de mi casa. Éramos muy pobres, mis padres murieron y me quedé sola. Llegué aquí con ganas de trabajar y emprender una nueva vida, pero todo lo que tenía de guapa también me sobraba de confiada. En fin..., no quiero hablar de ello, Julia. Lo siento.

—¿También es un secreto cómo has logrado sacarme de la cárcel?
Magda la miró condescendentemente.

—A ese hombre, el carcelero, hace tiempo le hice un favor. Tenía un pequeño defecto en la pierna, cojeaba por una malformación de nacimiento y, por ese motivo, no lo querían como ayudante del alguacil. Una noche, ese muchacho andaba borracho y solicitó mis servicios.

—¿Tus servicios? ¿Limpiabas?

Magda soltó una sonora carcajada.

—Soy puta, querida —Julia se sonrojó y bajó la mirada hacia el suelo sin saber qué decir—. ¿Te sorprende? Pues da gracias a ese oficio, porque te salvó la vida, niña. En fin, el caso es que el infeliz fue incapaz de finalizar nada. Acabó llorando como un niño en mi regazo y me confesó que era un desgraciado. Yo le aseguré que no le contaría a nadie su problema y que además hablaría de él con el alguacil. A los pocos días, el muchacho fue aceptado, sin problemas, para trabajar como carcelero. No tuve que explicarle cómo lo conseguí; está claro. Y me imagino que a ti tampoco.

Julia la escuchaba atónita. Magda no parecía una mujer de esas.

Siguieron caminando cogidas del brazo en silencio.

Lorenzo se estaba quedando sin dinero. Se había hecho cargo de todos los gastos desde que salió en busca de su mujer y ahora debía volver a Toledo. A este problema se le sumaba la continua negativa de Pascual de seguir la búsqueda después de recibir el comunicado del propio alcalde de Bargas en el que le exponía las razonables dudas que albergaba sobre la identidad de la mujer que habían retenido en la cárcel, y que por lo tanto cesaban en su búsqueda.

—Lo siento, señor, pero hasta aquí puedo ayudarle —le dijo el secretario de la ciudad cuando llegaron hasta el límite de Bargas.

—Esto es inaudito —se quejó Lorenzo—. Primero sueltan a mi mujer y después se niegan a ayudarme. No puedo entenderlo.

—No estamos seguros de que la mujer que salió de la cárcel fuese la señora Medina. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos.

—¡Mi mujer está enferma! —le gritó—. ¿Sabe lo que significa eso? Que anda por ahí sola y puede cometer... Dios sabe qué locura.

—Por lo que sé, se ha enviado notificación a todos los pueblos y villas de aquí hasta Madrid y de Toledo hasta Ciudad Real. Si la encuentran, no dude que la llevarán de vuelta a casa.

Lorenzo miraba hacia la lejanía con los brazos en jarras.

Nada más pisar Toledo, fue a casa del notario, quien lo encontró muy nervioso. Pasaron directamente al despacho y tomaron asiento.

—Bien, pues usted me dirá. ¿En qué puedo ayudarle?

Lorenzo carraspeó.

—Me encuentro en una situación difícil. Yo diría que bastante complicada, dadas las circunstancias. Voy a ir directo al asunto. Mi esposa, tras la pérdida de nuestro hijo, tiene la mente perturbada y ahora se ha marchado de casa. He gastado todo lo que tenía en su búsqueda. ¿Qué opciones tengo?

—Lo lamento, señor Medina, pero ya le informé de esto en su anterior visita.

—No tengo dinero para seguir buscándola —vociferó Lorenzo.

Francisco se recostó en el respaldo del sillón y entrecruzó las manos sobre su barriga.

—Yo no puedo hacer nada por usted.

—Esto es un atropello. ¿Qué leyes son estas? —Los ojos se le salían de las orbitas y una gota de saliva le quedó en la comisura del labio—. Mi esposa ha abandonado su hogar en un estado lamentable. Desde la muerte de nuestro hijo, anda perdida y con la razón trastocada. No atiende a razones y su agresividad es una constante en su vida. No solo es un peligro para ella misma, sino para los demás. Su mente está distorsionada. Confunde la realidad. Podría estar en peligro, incluso muerta. Debo seguir buscándola; debo encontrarla. Tengo la obligación, como marido, de protegerla, traerla

a casa y curarla. Pero para eso necesito disponer del dinero. Necesito de su ayuda.

—Si lo que me dice es cierto, su mujer necesitará de cuidados especiales, y solo cuando la encuentre y un médico certifique su incapacitación, solo entonces, usted será nombrado su tutor legal y podrá disponer de ese dinero que tanto necesita. Y en el caso, Dios no lo quiera, que su esposa haya fallecido, como usted dice, al no tener descendencia, su fortuna pasaría al convento de los jesuitas; y, que yo sepa... —dijo mirándole por encima de los anteojos—, hasta que no se confirme su muerte, ese tampoco es el caso.

—Pero ¿qué está diciendo? Por el amor de Dios. ¿Jesuitas? ¡Y a mí qué diantres me importa todo eso! Quiero a mi mujer, sana y salva. ¿Me oye? Pero necesito dinero.

—Señor Medina, no estoy autorizado a darle ningún poder sin la firma de su esposa. Usted se hizo cargo de la administración del dinero cuando se dio lectura del testamento. No es posible que se haya evaporado toda esa suma de dinero solo en la búsqueda de su esposa cuando son conocidas en Toledo sus correrías nocturnas por los burdeles y casas de juegos.

Lorenzo estuvo a punto de golpearle en la cara. Pero, en vez de eso, salió del despacho cerrando la puerta de golpe y se dirigió a su casa. Hastiado y cansado, rebuscó por todos los armarios hasta dar con un par de botellas de brandy, subió a su habitación y se tumbó en la cama.

—¡Malditas seáis todas las mujeres! —farfulló, sin dejar de beber de la botella hasta caer profundamente borracho.

A la mañana siguiente, como si hubiera tenido un sueño revelador, se tiró de la cama y se dirigió al despacho de su suegro. Abrió uno de los cajones del escritorio, introdujo la mano hasta el fondo y sacó una caja que había dentro. En su interior, encontró todos los pagarés que debía haber abonado de la renta de la casa de Toledo y a los distribuidores. Los dejó sobre la mesa. Abrió el siguiente cajón, revolvió todo cuanto había, lo tiró al suelo y, para su sorpresa, encontró un falso fondo. Lo abrió y soltó una carcajada.

—Gracias, viejo cabrón. Sabía que algo escondías por aquí. —Había un fajo de billetes nuevos que se llevó a la nariz y olió con

entusiasmo. Después de contarlo, lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. No era mucho, pero sí lo suficiente para no tener que preocuparse durante unas semanas. No tenía intención de hacer nada con los pagarés. Las tierras se habían abandonado a su suerte, hacía tiempo que no se sembraban ni cuidaban, y el banco ya no le ofrecía garantías al no tener con qué responder.

Bajó a la cocina y, al ver que no había nada que llevarse a la boca, salió de la casa. Tenía un plan. Lo primero, vender la casa de Orgaz. Pero, antes de partir y por si la venta se retrasaba, necesitaba conseguir más dinero en efectivo. Se dirigió hasta la casa de Gabriela, que lo recibió con desmedido entusiasmo.

—Veo que sigues tan exultante como siempre —la agasajó Lorenzo.

Gabriela lo invitó a pasar al salón, donde Lorenzo aceptó una copa de licor.

—¿Cómo te van las cosas? —le preguntó, sentándose en el diván junto a él.

Lorenzo bebió el licor de un trago. Se limpió la boca con la manga y dirigió la vista hacia el sillón donde se solía sentar su amigo Mario. Sintió una punzada de nostalgia y tristeza.

—Necesito dinero, Gabriela. ¿Podrías hacerme un préstamo? Tengo pensado vender mi casa de Orgaz. Cuando eso ocurra, te lo devolveré. —Lorenzo se dirigió hacia el mueble donde estaban las botellas y se llenó la copa. Tras dar un trago, regresó junto a su amiga con la botella en la mano—. El viejo se lo dejó todo a mi esposa. No puedo tocar nada ni vender nada que le pertenezca.

Gabriela se lo quedó mirando extrañada.

—Pero ¿no estaba enferma?

—Así es.

—¿Y en su situación, no puedes tomar las riendas de la economía familiar?

—No, Gabriela, no puedo.

La mujer lo observó. Tenía el rostro desencajado, la camisa abierta, sin chaleco, y las botas cubiertas de barro. No quedaba rastro del hombre imaculado que ella había conocido. Sin embargo, ese aspecto salvaje le confería un atractivo aún mayor.

—¿Por qué no la incapacitas?

Lorenzo la miró y empezó a aplaudir como un niño. Tras dar un largo trago de la botella, se arrimó más a ella.

—¿Cómo no se me habrá ocurrido a mí? —contestó con la voz pastosa por el alcohol—. Es la segunda vez que me lo dicen, pero olvidáis algo. ¡Que no sé dónde diantres se encuentra! ¿Lo sabes tú? ¿La tienes escondida en esta casa? —le susurró apartando de una patada la banqueta del suelo. Dio otro largo trago de la botella y rompió a reír.

—Lorenzo, márchate. Te ruego que abandones mi casa. Estás borracho, y yo tengo cosas que hacer.

—Yo era como un hijo para Mario. Si él estuviera aquí, no dudaría en ayudarme. Ese dinero que tú tienes es de él. Le engañaste. Le hiciste creer que le querías, pero solo deseabas su dinero.

—¿Cómo piensas devolvérmelo? Solo te quedan unas tierras que ya no producen y una casa en Orgaz que Dios sabe en qué estado de abandono se encontrará.

—Siento que las cosas hayan terminado así, Gabriela —le confesó, olisqueándole el cuello—. Siempre me gustó tu olor, tu frescura. —La mujer sintió un escalofrío por todo su cuerpo. Lorenzo sabía el efecto que causaba en ella y siguió intentándolo. Posó su mirada en los pechos abultados que asomaban a través del escote de su vestido—. No puedo sacarte de mi cabeza. Estás en mi pensamiento continuamente —decía Lorenzo, mientras pasaba la lengua por la garganta de Gabriela. Al ver que esta no se movía, con el dedo acarició su escote al tiempo que observaba sus pechos subir y bajar al ritmo de una respiración agitada.

—Eso pasó a la historia. Fue un error —dijo Gabriela, pero no se apartó ni un centímetro.

—¿Un error? Somos almas gemelas, como dos gotas de agua: interesados, codiciosos..., nos gusta el riesgo y el sexo. Nadie te ha excitado tanto como yo. —Lorenzo la sentó sobre sus rodillas, rasgó el vestido, desabrochó el corsé y, con un trozo de la tela, ató sus manos en la espalda—. Te gusta que te haga esto. ¿A que sí? —le decía mientras manoseaba sus pechos.

—Suéltame, por favor.

—Deseas esto tanto o más que yo. Los dos sabemos que estás

finjiendo.

—¡Estás loco! —Lorenzo estaba fuera de sí, mordisqueaba y jugaba con sus pezones desatando el ardor en ella—. ¿Cuándo vas a quedarte conmigo, Lorenzo? —le preguntó mientras gemía de placer—. Olvida a tu mujer. Nos iremos lejos de aquí. Con el dinero que tengo será suficiente para vivir como queramos. Mi dinero será tuyo, amor mío. Hazme el amor aquí mismo, Lorenzo, me estás volviendo loca. Me excito solo de pensar en ti. —Lorenzo la apartó de golpe, la puso boca abajo sobre el diván y empezó a azotarla mientras la penetraba—. ¡Eres un monstruo! —gritaba Gabriela mientras gemía de satisfacción.

En el momento más álgido del acto, cuando sabía que ella estaba a punto de alcanzar el éxtasis, Lorenzo se apartó, ante el asombro de la mujer.

—Dame el dinero ahora —la apremió—. Tengo prisa. Pórtate bien conmigo y te haré la mujer más feliz de la Tierra. Volveré a por ti en cuanto arregle un asunto.

—¡No puedes dejarme así!

Lorenzo sonrió. Le dio un azote y la puso en pie frente a él.

—Haz lo que te digo y sabrás que esto que te he hecho no es más que un aperitivo de lo que te espera.

Gabriela se mordió el labio inferior, sonrió y fue a buscar el dinero. Se sentía excitada y deseaba volver con él cuanto antes. Cuando Lorenzo abrió la bolsa, se quedó sorprendido. Había suficiente como para sobrevivir unos dos meses más. Gabriela se deshizo de la bata y se mostró desnuda ante Lorenzo.

—Ahora cumple con tu palabra.

—¡Tócate para mí! —le ordenó.

Gabriela se acarició el pecho frente a él sin ningún tipo de pudor. Quería demostrarle que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa.

Lorenzo la observaba con una sonrisa.

—¿Qué más quieres que haga? Pide, seré tu esclava. Te obedeceré en todo.

Lorenzo la sujetó del mentón.

—Quiero que te pongas a cuatro patas sobre el suelo. —Gabriela hizo un gesto de lascivia y acató la orden sin rechistar. Lorenzo

acarició su trasero con el pie, la azotó, la obligó a tocarle y le introdujo el miembro en su boca. Cuando se cansó de ella, la montó de espaldas a él con toda la rabia contenida en su cuerpo hasta que Gabriela gritó de placer y dolor. Luego se sentó frente a ella y se quedó observándola—. Siempre que regrese a esta casa, quiero que me recibas desnuda. Te haré gozar como nunca has gozado y, cada vez que termine contigo, te arrastrarás a mí como una perra para suplicarme más y más.

—¡No me dejes, Lorenzo! ¡No me dejes!

Gabriela intentó sujetarle de la pierna, pero él la apartó hacia un lado. Las palabras de Lorenzo la habían encendido más de lo que ya estaba. Lo odiaba y lo deseaba más que a nada en este mundo. Pero aún más fuerte era su odio a Julia.

Lorenzo salió a toda prisa de la casa; no había tiempo que perder. Debía ir a Orgaz y vender la casa. Luego, con todo el dinero, se dedicaría en cuerpo y alma a buscar a Julia. Ella era la única mujer de su vida a la que amaba con locura y la culpable de todas sus desgracias. Debía encontrarla y llevarla a casa. Junto a él.

Capítulo 24

—Nos falta muy poco para llegar, Julia. Pronto seremos libres.

Hacía tiempo que se habían apartado de la vía principal para adentrarse por caminos de tierra cruzando pequeñas aldeas. El terreno era bastante más montuoso y abrupto, pero en un par de días llegarían a Madrid.

—Me duelen los pies muchísimo. —Sin poder dar un paso más, Julia se sentó en el suelo. Mientras descansaban y tomaban un pequeño tentempié, oyeron voces. Las dos se miraron y se tumbaron en el suelo tras unos matojos que les sirvieron de parapeto. Las voces se oían cada vez más cerca. Vieron a dos hombres de mediana edad que se pararon justo enfrente de ellas. Magda hizo una señal a Julia para alejarse arrastrándose hacia atrás. A unos diez metros de ellas, pequeños montículos de tierra y roca les servirían de escondrijo. Con la cabeza pegada contra la tierra e impulsándose con los brazos, se alejaron poco a poco. Julia iba más retrasada que Magda. Se le clavaban las piedras en las rodillas y le producían pequeños cortes. Observó que su amiga avanzaba rápidamente y optó por tumbarse un rato para descansar. Las voces de los hombres cesaron. Intentó escuchar. Silencio. Levantó un poco más la cabeza y vio a Magda que le hacía señas para que se diese prisa. Con un último esfuerzo, cogió la bolsa de tela donde llevaba algo de ropa y siguió arrastrándose. Miró hacia el lugar donde había visto a Magda por última vez, pero ahora no estaba allí. De repente notó que alguien la había cogido por los pies y en décimas de segundos la volteó produciéndole un fuerte golpe en la espalda. Los dos hombres se encontraban frente a ella.

—Pero ¿qué tenemos aquí?

Julia sintió náuseas.

—Es una potrilla joven.

Ambos reían sin parar.

—¿Empiezas tú? —preguntó el mayor de ellos—. Date el gustazo. Yo te la sujeto. Tranquila, guapa. Ya verás cómo te va a gustar. — Julia chillaba y pataleaba. El hombre joven se bajó los calzones y se tumbó sobre ella.

—¡Lárgate! —le gruñó a su compañero mientras intentaba forzarla—. ¡Ya está casi domada! Y no me gusta que me miren. —El otro se alejó sin dejar de observarlos y no notó la presencia de Magda, que silenciosamente se posicionó detrás de él.

—¡Eh! —gritó Magda para llamar su atención. Al girarse se encontró con un golpe certero en toda la cara y cayó al suelo con la sangre saliéndole a borbotones por la nariz. Magda aprovechó para ir a socorrer a Julia, pero el hombre se levantó, la agarró por las piernas y la hizo caer estrepitosamente contra el suelo.

—Ahora te vas a enterar. Vas a pagar lo que me has hecho, zorra. — Se colocó a horcajadas sobre ella. Magda, haciendo acopio de valentía, se irguió como pudo y vio que de la zamarra del hombre asomaba un cuchillo. Lo sacó, se lo clavó en el costado y lo dejó inmobilizado. Lo apartó y acudió de nuevo a ayudar a su amiga. Cogió una piedra y golpeó a su atacante una y otra vez en la cabeza hasta que cayó a plomo contra el cuerpo de Julia. Magda la ayudaba a levantarse cuando vio los ojos de su amiga dirigirse por encima de su hombro y la oyó soltar un grito aterrador. El hombre que había atacado a Magda se había levantado y, blandiendo un puñal que se había sacado del costado, se abalanzó sobre su amiga. Julia volvió a coger la pesada piedra y la tiró contra él. El hombre se arqueó y cayó de rodillas y, antes de que pudiera levantarse, Julia se hizo con el puñal.

—¡Zorra, te voy a matar! —vociferó el hombre, que se había puesto en pie.

—¡Cuidado! ¡A tu espalda! —gritó Magda a su amiga.

Julia se giró hacia él.

—¡A mí nadie me llama zorra! —Le clavó varias veces el puñal. Estaba fuera de sí. Se giró hacia su amiga con la cara desencajada y el puñal aún en la mano chorreando sangre. Magda se acercó a ella despacio y, con cuidado, le quitó el arma. En silencio, recogieron sus cosas. Julia contempló el horizonte. Supo que ya nunca sería la

misma de antes. Respiró profundamente. Empezaron de nuevo su camino. No miraron hacia atrás, no lloraron. No hablaron del asunto.

El más joven de los dos, el que había forzado a Julia, se incorporó con esfuerzo. Sufría fuertes dolores en la espalda por los golpes y le costaba respirar. Vio a su hermano tendido en el suelo sin moverse, se acercó temiendo lo peor, y comprobó que había muerto. Lleno de ira, se colgó las dos zamarras al hombro y se dirigió hacia el pueblo más cercano.

El alguacil de Griñón le escuchó con la paciencia de un santo, pues el hombre no paraba de proferir insultos y maldiciones mientras relataba el suceso de diferente manera a como había sucedido. Insistió en que las habían visto desvalidas y habían querido ayudarlas. Hizo hincapié en que la que parecía más joven era el mismo demonio y estaba fuera de sí. Sin motivo alguno, los atacaron, por lo que ellos tuvieron que defenderse.

Por la descripción que daba el hombre, bien podría ser la mujer que andaban buscando. Así las cosas, el alguacil ordenó a uno de sus ayudantes que enviara aviso a Toledo, mientras él salía en busca de las mujeres.

Julia caminaba cabizbaja. No podía quitarse de la cabeza el rostro del hombre al que había matado. No había dicho ni una palabra en todo el camino. No podía, porque en el fondo de su ser sentía una punzante carga de culpa. Se preguntó cómo había podido llegar a esa situación. Una cosa era desear la muerte y otra muy distinta matar. No había pasado ni un segundo desde el suceso en que no hubiera pedido perdón con sus rezos. ¿Cómo podría Dios perdonar a una asesina? Porque en eso se había convertido, y lo más curioso era que todavía no había conseguido derramar ni una sola lágrima. Miró a Magda. Tampoco ella había hecho mención al suceso.

—Sé lo que estás pensando, Magda —le dijo finalmente rompiendo el silencio—. La culpa es mía. Si no te hubiera arrastrado hasta aquí, nada de esto habría pasado.

—No digas eso. ¿Cómo puedes pensar una cosa así? La culpa es de ellos, no tuya ni mía. Julia, yo puedo afrontar mejor que tú una cosa

así. Estoy acostumbrada a que me traten como basura. No he tenido respiro en toda mi triste vida. Cuando creía que las cosas no podían ir a peor, siempre me sorprendía mi ingenuidad. ¡Claro que podían ir a peor! —Magda dejó de caminar y se sentó cerca de unos matorrales. Julia la imitó—. Las calamidades por las que he pasado me han hecho más fuerte o más insensible.

—No puedo más —se quejó Julia—. Necesito decirte lo que siento o me voy a volver loca.

—No, por favor. ¿Más? —le contestó Magda en broma levantando las cejas. Pero Julia no sonrió.

—No puedo sacarme de la cabeza lo que he hecho, Magda. No puedo. —Julia rompió a llorar.

—Ay, mi niña. —Magda le pasó el brazo por un hombro—. Comprendo cómo te sientes, créeme.

—No. No puedes comprender lo que se siente al matar —decía Julia entre sollozos.

—Cuando te entre el remordimiento, piensa en cómo te tiró al suelo y te sujetó las piernas para que su amigo te forzara. Piensa en su aliento sobre tu cara, en sus manos...

—¡Para! —Julia se incorporó y vomitó.

—¿Te encuentras mejor?

—Creo que sí. Gracias.

—Deja de martirizarte y piensa que se lo merecían y que con su muerte has evitado que hicieran lo mismo conmigo. No eran hermanitas de la caridad, Julia. En el fondo eres una valiente. Además, tú no te has visto, pero desde que eres una asesina pareces más mujer. No hay mal que por bien no venga —bromeó.

—Claro que he cambiado, Magda. Hace poco menos de dos años era una mujer enamorada y feliz, y en dos meses me he convertido en una fugitiva y ahora en una asesina. Ya no sé quién soy, Magda.

—Pues eres todas esas mujeres. Lo que pasa es que cada una de ellas ha ido saliendo en un momento determinado para sobrevivir. Nunca sabemos lo que somos capaces de hacer hasta que nos vemos obligadas por las circunstancias. ¿Crees que yo quería dedicarme a este viejo oficio? Pues no. Quería ser cantante, viajar por todo el mundo... ¿Ves a una cantante famosa delante de ti? No, claro que no.

Tú ves a una puta. Tú y el resto del mundo. Así que no creas que la vida se ha cebado solo contigo. —Magda se incorporó y empezó a caminar.

—Yo no veo una mujer de la vida —protestó Julia—. Veo a una mujer que lo ha pasado mal. Y por supuesto que no me considero la única mujer con problemas.

—Pues, entonces, deja de martirizarte. Has matado, sí. Se lo merecían, Julia. Si no lo hubieras hecho, muy posiblemente ahora seríamos tú y yo las que estaríamos muertas.

—¡No puedo! —gritó Julia—. ¿Cómo lo hago, eh? Para ti es fácil porque eres...

—Una puta. Dilo. —Magda estaba en jarras frente a Julia intimidándola con la mirada—. Cuando te dije a qué me dedicaba, vi tu cara. Pusiste el mismo gesto de desprecio que ponen todos. ¿Acaso crees que no me di cuenta?

—Eres tú la que pone palabras en mi boca. Eres tú la que odia su trabajo y te enfadas cada vez que hablas de ello. Yo no tengo la culpa de lo que eres. Haber buscado otro oficio más digno. No todas las mujeres sin suerte en la vida trabajan en los burdeles. Pero, claro, ese es el camino más fácil de todos. Luego, con maldecir tu suerte lo tienes todo resuelto. Tú eres la dueña de tu vida y, por tanto, la única responsable. ¡Y deja de mirarme así! Todas las mujeres somos iguales, solo que unas deciden tener una vida decente y otras, no tenerla.

—Otro oficio, una vida decente. ¡Ja! —Magda estaba realmente enojada con Julia—. ¿Cómo se puede ser tan imbécil? ¿Otro oficio? ¿Cuál? —gritó—. No me dejaron. No me lo permitieron. No tuve la oportunidad. ¿Y sabes por qué? Porque las personas como tú, que llevan una vida respetable, tan cristiana, tan moral que no perdonan ni una cuenta del rosario, así las maten, esa gente me despreció porque estaba embarazada de un hombre casado. Un cabrón del que me enamoré como una perra y que, al ver mi barriga gorda como un tonel, me dejó tirada. Pero, claro, la dignidad es muy relativa según de quién venga. Los pobres, por lo visto, nacemos sin moral; desconocemos lo que es la decencia; tenemos que esperar a las mujeres como tú para que nos digáis qué significa. Sois decorosas,

íntegras y distinguidas, pero también os casáis por dinero, os amancebáis con cualquiera por puro aburrimiento y, claro, luego las putas somos las demás. Para la gente de tu categoría social, el hambre significa tardar cinco minutos más en sentarse a una mesa repleta de comida. ¿Trabajar? No tenéis ni puñetera idea de lo que significa esa palabra porque nunca os lo enseñaron; no existe en tu vida. Pedí trabajo hasta quedarme sin voz, supliqué, lloré... ¿Qué sabrás tú de mí? Y no, Julia. Tú y yo no somos iguales. Solo tenemos en común la desgracia; eso es lo que nos ha unido, y por culpa de los hombres. Nada más. De no haber sido así, tú seguirías con tu vida de princesa entre encajes de seda y...

Julia la empujó con tanta fuerza que Magda no pudo reaccionar y cayeron al suelo. Intentó deshacerse de Julia, que le pegaba en la cabeza, y de un manotazo consiguió apartarla hacia un lado, momento que aprovechó para levantarse del suelo. Se frotó la mejilla dolorida por uno de los golpes y observó a Julia, que se había incorporado.

—La gente como yo también tiene problemas, Magda. Te recuerdo que mi marido me encerró en un sótano, se deshizo de mi hijo y va contando que estoy loca. Y para colmo he matado sin pestañear.

—¿Se deshizo de tu hijo? No lo sabes. Puede que te esté diciendo la verdad, Julia, pero no quieres asumirlo y culpas a tu marido de tus desgracias. Puede que incluso eso te sirva de consuelo para seguir viviendo, pero ya veo que no. Quizá, tu marido tiene razón y estás loca de verdad.

—¿Qué has dicho?

—Lo siento, niña, pero es lo que pienso. —Magda se arrepintió de sus palabras. Sin embargo, optó por callar y se dispuso a seguir su camino.

—¡Alto en nombre de la ley! —gritó el alguacil, que se encontraba a dos pasos de las mujeres. Julia se quedó perpleja al ver a los dos hombres. Miró a Magda, nerviosa, y echó a correr—. ¡Alto o disparo! —repitió el hombre. Julia se quedó inmóvil. El ayudante se acercó despacio hacia ella y con cuidado la sujetó de las muñecas con una cuerda mientras el alguacil hacía lo mismo con Magda. Les preguntó sus nombres para cerciorarse de que la más joven era la mujer que

andaban buscando. Una vez en Griñón y tras informarles de la acusación que recaía sobre ellas, las encerró en calabozos separados. Magda intentó hablar con Julia, pero la amenazaron con trasladarla a la prisión de Toledo, si no se callaba. En silencio, aguardaron durante horas sin que nadie les volviera a decir nada.

Julia supo que no había escapatoria. Había tenido mucha suerte, demasiada, pero ya no tendría más opciones. Pensó en Magda y recordó lo último que le había dicho. Nunca habría imaginado que su amiga tuviera ese concepto ella. Pero lo había dicho en serio y no podía perdonárselo. En el fondo, le alegraba saber que la habían encerrado como a ella. Magda la había defraudado.

—¡Por fin te encuentro!

Cuando vio a Lorenzo, un mareo intenso le recorrió todo su cuerpo y cayó desmayada al suelo.

Capítulo 25

Lorenzo llegó a un acuerdo con el alcalde mayor de Toledo, quien había conocido a los padres de Julia y se encontraba conmocionado de ver a su única hija en una situación tan humillante. Dada, además, la expectación provocada por el caso, decidieron el confinamiento de Julia en su propia casa, siempre que dos guardias la vigilaran día y noche.

La puerta del sótano se abrió para permitir el paso a Lorenzo, que portaba una bandeja con una rebanada de pan, carne con patata cocida y un vaso de agua.

—Mañana será el juicio —le informó a Julia, que seguía tumbada en la cama—. Espero que, por tu bien, todo se quede en un trastorno mental. De lo contrario, nadie podrá librarte de la cárcel.

—Que ironía —contestó Julia—. El juez sabrá la verdad de todo lo que me has hecho y me dejará libre.

—Mataste a un hombre y eso no te lo pone muy fácil, querida mía.

—Me estaba forzando —gritó Julia—. Si no lo hubiera matado, quizá ahora yo sería el cadáver. Cuando todo el mundo sepa que me quitaste a mi hijo, serás tú el que deba preocuparse. Quieres encerrarme en esta pocilga de por vida, pero esta vez no te saldrás con la tuya y será tu perdición. ¡Así te pudras en el infierno!

Lorenzo la observó: su mirada, así como su actitud, le pareció desafiante, segura, aparentemente sin miedo, y sin embargo temblaba. Era tan sutil la transformación que no lograba adivinarla. Aunque a simple vista daba la impresión de encontrarse frente a la misma mujer con la que se casó, se le antojaba diferente sin saber exactamente dónde radicaba el cambio.

Julia se echó las manos a la cara para ocultar el llanto tan desesperado que brotó como un torrente de agua. Todo se

desmoronaba a su alrededor. Nada de cuanto le estaba sucediendo tenía sentido.

Lorenzo, en un arranque de ternura, se acercó a ella y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Te lo ruego Julia, dame una oportunidad. Te amo con todas mis fuerzas. Hablaré con quien sea, haré lo que esté en mi mano para sacarte de aquí. No quiero verte sufrir así. Por favor, amor mío, te necesito.

Arropada entre los brazos del que fuera su primer y único amor, Julia se dejó querer. Añoraba esos brazos varoniles, la voz melosa y susurrada a su oído. Añoraba sus besos y, cuando iba a decir que sí, que ella aún le amaba, todo se nubló y esa neblina dio forma al rostro de un bebé. Su hijo, y como si un tornado la envolviera y sacudiera, se apartó bruscamente de Lorenzo.

—Jamás volveré con el hombre que se deshizo de su propio hijo. Jamás.

Lorenzo salió del sótano con la mirada gélida y los puños apretados. No volvieron a verse hasta el mismo día del juicio. Ella no estaba loca, pero la juzgarían por el asesinato del labriego y ni la justicia ni Dios la perdonarían. Abatida por los acontecimientos, Julia no ofreció resistencia a los oficiales que le ataron las manos a la espalda ni siquiera cuando la subieron de un empujón a la jaula de los reos preparada sobre un carro tirado por dos caballos.

Julia estaba horrorizada. Escoltada por la guardia, fue conducida de malas maneras hasta la puerta principal del consistorio. Los insultos de unos se confundían con las palabras de ánimo de muchas mujeres que defendían su valor.

Lorenzo escuchaba con horror los gritos y más de una vez se preguntó si todo esto se podría haber evitado. Con el gentío empujándole, pudo ver a Julia entrar en el edificio, y cuando finalmente él consiguió pasar, las enormes puertas de madera se cerraron a su espalda. La sala se hallaba repleta de gente, y en las gradas del primer y segundo piso se apiñaban los curiosos que no querían perderse el juicio por nada del mundo.

Ante el temor de una avalancha a las puertas del consistorio donde se concentraban todos lo que no habían podido entrar, el alcalde

ordenó a sus hombres que despejaron y cubrieran todos los accesos al edificio.

Julia temblaba de miedo. Su vida, llena de felicidad y protección, hacía tiempo que había terminado y no podía sacarse de la cabeza la sospecha de un futuro aterrador.

Una voz grave resonó en la sala anunciando la entrada del corregidor. Tras él, dos escribanos, el alcalde y el regidor.

Una vez sentados en sus respectivos asientos, el alcalde tomó la palabra y cuantos se encontraban en la sala guardaron el silencio más absoluto.

—Que se ponga en pie la rea y diga su nombre a este tribunal.

—Julia Medina —contestó con voz casi inaudible.

—Hable más fuerte —la corrigió el alcalde mayor.

—Julia Medina, señor.

—Se encuentra en esta sala para determinar su incapacitación y ser juzgada por asesinato. Por su estado mental es denunciada por su esposo, don Lorenzo Medina, y por el asesinato del señor Gervasio García es acusada por Evaristo García, hermano de la víctima. ¿Ha entendido los motivos por los cuales se encuentra en esta sala?

—Sí, señor. Lo he entendido —repitió Julia.

—Póngase en pie el caballero don Lorenzo Medina. Usted desea que su mujer sea ingresada en el manicomio de esta ilustre ciudad como consecuencia de una perturbación síquica que viene padeciendo a raíz de las muertes de los padres de ella, posteriormente agravada por el fallecimiento de su hijo recién nacido, que la han convertido en una persona agresiva y peligrosa para cuantos conviven con ella.

Cuando Julia oyó mencionar a su hijo, estuvo a punto de caer de bruces en el suelo. Su hijo.

—Así es, señoría. Mi mujer sufrió un terrible impacto emocional que la mantuvo postrada en la cama durante mucho tiempo.

—Podríamos decir que el impacto emocional era normal, dadas las circunstancias. Teniendo en cuenta que había perdido a sus padres y a su hijo, no es de extrañar su comportamiento, ¿cierto?

—Sí, señor. Desde entonces, mi esposa se comportó de una manera muy extraña. Se convirtió en una mujer fría y distante, y en cuanto a la relación con el resto de las personas, era agria y descortés.

—¿Puede relatarnos qué sucedió tras el fatídico parto?

—Sí, señor. Cuando mi esposa dio a luz, el niño apenas pudo vivir dos minutos. Nos encontrábamos presentes el médico que la atendía, que hizo todo lo posible para salvar su vida, y un servidor. Desgraciadamente, todo fue inútil y, tras morir el bebé, entendimos que lo mejor era que mi esposa no lo viera. El médico lo envolvió en una manta para enterrarlo y darle sepultura cuanto antes, teniendo en cuenta que no estaba bautizado y por tanto no exento del pecado original, y así lo certificó. Mi esposa insistía en que el niño estaba vivo y que yo lo había matado. No paraba de repetirlo y su salud fue empeorando. Entenderá que yo también estaba muy conmovido, pues se trataba de mi hijo, y escuchar a mi esposa decir que yo... — Lorenzo cerró los ojos para aguantar las lágrimas, y en la sala se oyó el murmullo de compasión de los presentes—. Entonces..., para que mi mujer no sufriera más —prosiguió Lorenzo—, decidimos que no viera el cadáver tan... tan pequeño de nuestro hijo. A partir de ese momento, todo cambió para ella. La cuidamos y le dimos toda nuestra comprensión para tratar de mitigar su dolor en lo posible. — Lorenzo dirigió estas últimas palabras a Julia.

—¡Embustero! — protestó Julia—. ¡Eso es mentira y tú lo sabes! — gritó con todo su empeño al tiempo que forcejeaba con los guardias que la sujetaban. La gente, animada por los gritos de Julia, empezó a increpar a Lorenzo.

—¡Silencio! —increpó el corregidor dirigiéndose a la multitud. Sus ojos se clavaron en Julia—. No vuelva a interrumpir, señora. ¿Por qué cree que su esposa piensa que el niño sigue vivo? —le preguntó a Lorenzo.

—Sinceramente..., no lo sé, señor. Esperábamos a ese hijo con toda nuestra alma. Mi esposa estaba deseando darme un varón. Me imagino que al dar a luz un hijo y verle morir en sus brazos, no quiso asumir la pérdida, y su mente, ya débil por la muerte de sus padres, empezó a jugarle una mala pasada.

—¿Qué pasó a partir de ese momento?

Lorenzo guardó silencio durante unos segundos.

—Las disputas eran frecuentes —prosiguió—. Cada día que pasaba, se convertía en un infierno. Tiraba la comida y amenazaba con

matarnos a cuantos nos acercábamos a ella con la intención de ayudarla. Nos insultaba y agredía siempre que tenía ocasión. Un día preparé una cena de Navidad en su honor para que pudiera...

—¡Malnacido! ¡Embustero! —volvió a chillar Julia.

—Amordacen a la acusada —ordenó el corregidor—. No voy a tolerar una interrupción más. Continúe.

—Yo estaba muy preocupado y pensé que, si mi esposa retomaba su vida social, se recuperaría, y le preparé esa cena con todo mi cariño. Todo parecía ir bien hasta que mi esposa, de repente, perdió la cabeza, me insultó y, sin darme tiempo a reaccionar, saltó sobre mí y me clavó un cuchillo en el brazo ante la sorpresa de todos los invitados allí presentes.

Julia negaba con la cabeza y pataleaba con el ánimo de soltarse de los guardias. En ese momento, el público, alentado por la rabia de Julia, la increpaba con insultos.

—¡Silencio en la sala! No lo repetiré. La próxima vez, mandaré que los expulsen.

La multitud se calmó ante la amenaza. El juez dio por terminada, de momento, la intervención de Lorenzo y le ordenó sentarse. Entonces, llamó a varios de los testigos que habían estado presentes durante la cena de aquella noche.

La primera en hablar fue Gabriela.

—Usted estuvo presente en esa cena de Navidad. ¿Puede decirnos qué fue lo que ocurrió?

—Sí, señor. Todo sucedió tal cual lo ha contado el señor Medina. Nos habían dicho que su esposa se encontraba mal por la muerte de su hijo. Pero, sinceramente, creíamos que era algo normal dadas las circunstancias. En poco tiempo había perdido a sus padres y, después, con lo de su hijo..., en fin. Al terminar la cena, en los postres, Lorenzo nos estaba dedicando unas palabras muy emotivas cuando, de repente, vimos a su esposa abalanzarse sobre él y clavarle un cuchillo. Antes de ello, le insultó, le llamó asesino, maltratador y otras palabras que resultaron, francamente, muy desagradables. Estaba fuera de sí, pero lo que jamás podré olvidar son sus ojos... ese rostro desencajado...

—¿Tuvo contacto con la acusada con anterioridad al hecho que nos

ha relatado?

—Sí, por supuesto. La última vez fue cuando mi esposo, que en paz descanse, y yo la invitamos a una fiesta en nuestra casa.

—¿Observó algún comportamiento raro en la acusada en esa fiesta en concreto?

—Sí, señoría, que yo recuerde, estuvo grosera con mi difunto marido y con los invitados, y su esposo tuvo que llevarla a casa en un estado penoso. Lo que sucedió aquella noche fue humillante para cuantos estuvimos presentes. Lorenzo Medina es un hombre íntegro y un caballero. Yo he sido testigo del amor que profesa a su mujer. No había día que no hablara de su belleza y de sus cualidades. Cualquier mujer se habría rendido a sus pies, pero Lorenzo Medina solo pensaba en Julia.

—¿La acusada y usted se conocían de tiempo atrás? —preguntó el corregidor.

—Por supuesto. Fui testigo de su romance desde el primer momento.

—¿Alguna vez había notado en la acusada comportamientos raros?

—No entiendo la pregunta.

—Este tribunal se refiere a actos o acciones propios de una persona trastornada.

—Por supuesto, recuerdo que el señor Medina hablaba mucho con mi marido de su mujer y a veces se quejaba de su conducta. Decía que tenía un comportamiento muy extraño y hacía cosas que le avergonzaban ante los demás. Mi esposo le aconsejaba que tuviera paciencia para que todo fuera bien entre ellos, pues le tenía mucho cariño a toda la familia.

—¿Es eso verdad? —El corregidor se dirigió a Lorenzo para constatar las palabras de la testigo.

—Sí, es cierto. Se enfadaba muy a menudo. Tenía rabieta sin venir a cuento. Me insultaba y ridiculizaba ante sus padres.

—¿Le dio motivo alguno para ello?

—En absoluto. Por supuesto que no. Ella es mi vida —contestó molesto Lorenzo—. Al principio no le di importancia, pero ahora pienso que esos actos no eran nada coherentes y que podían

significar, junto con otros sucesos que en su día me parecieron nimios, el indicio de un problema mayor.

El resto de los testigos presentes en aquella cena dieron la misma versión.

El juicio había durado prácticamente todo el día. Todos se encontraban exhaustos y el tribunal decidió aplazar el interrogatorio hasta la mañana siguiente. Se ordenó que la acusada pasara la noche en las celdas ubicadas en el sótano del edificio.

Julia estaba sedienta y cansada. Había llorado, gritado y pateado a los guardias con el resultado de acentuar la imagen de perturbada que intentaban colocarle. No paraba de darle vueltas en la cabeza a todo lo que le estaba ocurriendo. Su vida estaba en manos del tribunal y no tendría salvación. Jamás saldría con vida de la cárcel.

También pensó en Magda. Por su culpa se encontraba en esa situación. Si no la hubiera llamado loca, no se habrían peleado y ahora estarían muy lejos de allí. Desesperada, rompió a llorar. Tampoco sabía nada de Ramona y la odiaba por haberla abandonado.

Al día siguiente, Julia se encontró de nuevo frente al tribunal.

—Que pase el siguiente testigo —mandó el corregidor. Los murmullos del público provocaron la curiosidad de Julia, que se quedó lívida al ver de quién se trataba.

—Su nombre —le ordenó decir el escribano.

—Ramona, señor. Para servirle a Dios y a usted.

—¿Conoce a la acusada?

—Sí, señor —dijo, mirando con tristeza a Julia—. Es mi niña del alma —contestó Ramona con lágrimas en los ojos—. Yo la cuidé desde que era bien pequeña. Claro que la conozco.

—Puesto que la cuidó desde que nació, ¿podría decir a este tribunal si esta mujer —dijo señalando a Julia— desde pequeña mostró un comportamiento fuera de lo común?

—Huy, no señor. De ninguna de las maneras. Bien buena que era desde chica. Era muy dócil. Sí, señor. Obediente, aunque para serle sincera un poco cabezota, pero enseguida se la entraba en vereda —apostilló sonriendo y dirigiendo una mirada de complicidad a Julia—. Como le digo, se ponía muy graciosa cuando pataleaba. Recuerdo que un día...

—¿Llegó alguna vez a hacer o decir cosas que no fueran propias de una señorita de su educación?

—Bueno, si le he de ser sincera, mis señores, que en paz descansen —dijo haciendo una señal de la cruz—, la tenían un poco mimada. Sí, señor, y yo también. Pero, claro, sus padres eran ya mayores cuando la tuvieron y es normal que creciera entre algodones, además, era una niña muy hermosa y al final lograba lo que quería.

—¿Podría decirse que la tenían excesivamente consentida?

—Sí, señor. Ya lo creo. Pero eso es normal cuando se es hija única. Mi prima, por ejemplo...

—¿Tenían sus padres y usted misma miedo de las reacciones de la acusada por no acceder en algún momento a sus caprichos de mujer?

—Quite, quite. Tendría que haberla visto. Lo que pasa es que era muy zalamera y al final lo conseguía.

—¿Qué pasó tras la muerte de los padres de la acusada y el posterior fallecimiento de su hijo?

—¡Huy, señor! Fue la tristeza más grande del mundo. Una pérdida horrible. —Ramona se volvió a santiguar. Miró a Julia y le rompió el corazón verla en esa situación—. Cuando su hijo murió en brazos del médico —prosiguió Ramona—, eso fue lo peor de todo. Todavía tengo sus gritos en mi cabeza.

—Ella dice que su hijo está vivo.

—Sí, señor, pero yo lo vi en los brazos del médico. Tan pequeñito...

—Ramona rompió a llorar—. Perdonen, es que no puedo borrarlo de mi cabeza.

—Continúe —ordenó el corregidor.

—Fue a raíz de ahí que mi niña ya no fue la misma. No, señor, no fue la misma.

—¿Puede explicar sus palabras con ejemplos?

—Pues mire, una mañana intenté llevarle la comida y me la tiró a la cabeza. No quería comer. Pero yo insistí, claro, si no comía se me iba a morir mi niña. Así que tenía que obligarla.

—¿Alguna vez sintió miedo de que pudiera hacerle daño?

—Pues, sí, para que voy a engañarlo. Me clavaba las uñas y un día saltó de la cama y me agarró del cuello. Decía que me odiaba y que no quería volver a verme. Que yo le estaba mintiendo y que su hijo

vivía. —Una vez más, Ramona rompió a llorar. Miró con ternura a Julia y observó su rostro infantil demacrado y triste. Su boca estaba tapada con una tela y sintió una pena profunda en su corazón.

—Puede marcharse.

Ramona salió despacio mirando a Julia; deseaba consolarla y cuidarla como cuando era niña. Cuando pasó junto a ella, esta miró a Ramona con desesperación, le quería decir que no se fuera, que no la dejara sola, que la abrazara con fuerza y la llevara de vuelta a casa.

—Den paso al siguiente testigo.

El hombre que había intentado forzarlas en el campo se colocó frente al tribunal.

—¿Conoce a la acusada?

—Sí, señor, la conozco. —Señalando a Julia, gritó con todas sus fuerzas—: ¡Ella fue quien mató a mi hermano!

—Cuenta a este tribunal cómo sucedió.

—Mire usted, señor. Nosotros nos dirigíamos *pal* pueblo de al lado nuestro *pa* trabajar en el campo y en el camino vimos a dos mujeres que *paecían* tenían problemas. La *melindre* —dijo señalando a Julia— estaba más *patrás*, pero la con pinta fulana se nos fue hacia nosotros y fue ahí en que me fijé que tenía pinta alcahueta. Yo le dije a mi hermano, que siempre está *relenco* y suele seguir su camino, que algo querían las mujeres. Entonces, esperamos quietos *paraos* y se acercaron a nosotros y nos pidieron algo *pa* comer. Poco antes habíamos *comío* unas migas con chorizo y solo nos quedaba un trozo tocino y poco más. Cuando sacábamos del zurrón un trozo pan, de repente, nos *atizaron* con piedras. Nosotros nos defendimos, porque si no lo hacemos nos *descalabran* vivos. Esta mujer —dijo señalando de nuevo a Julia— se abalanzó sobre mí. Estaba poseída, pues tenía una fuerza propia de un diablo. Yo no vi *mu* bien lo que hacía la otra, porque me estaba defendiendo. Solo sé que de repente sentí un dolor *mu* grande en la espalda y un golpe en *toa* la cabeza que me *ribó* al suelo sin conocimiento. Cuando al fin pude abrir los ojos, me encontré a mi hermano muerto. Ellas se habían *escapao*.

Durante más de un cuarto de hora, el hombre expuso minuciosamente su versión acerca de todo lo que había pasado. Con una imaginación desbordante, detalló cómo la mujer allí sentada había estado poseída por el demonio, con los ojos desorbitados.

—¿No es verdad que usted junto con su hermano quisieron forzarlas?

—¿Forzarlas? ¡Arrea! No, señor. *Na* de eso. Nosotros *semos* gente pobre pero de bien. Sí, señor. Nosotros no teníamos en mente *trajinarnos* a las mujeres. Eso es cosa de ellas.

—¿Quiere hacer creer a este tribunal que esta mujer no tuvo problema alguno en desembarazarse de usted? —dijo señalando a Julia—. ¿Quiere hacer creer a este tribunal que la acusada, durante el forcejeo que mantuvieron, fue superior a usted en fuerza y destreza?

—Señor, yo lo que digo es que, cuando a una mujer le sale *toa* la furia que lleva dentro, no hay hombre que pueda con ella. ¡No, señor! No hay cosa peor que una hembra *encendía*. Peor que un retortijón de vientre. —El comentario provocó la risa del público—. La tenía que haber visto. Ya le digo que no era normal. En un principio me dejé hacer porque yo no zurro a una mujer. Pero, claro, *a luego*, cuando ya vi que podía matarme, fue cuando intenté defenderme. Pero ya le digo que una *pedrá* en *toa* la cabeza me dejó *desmayao*. Jamás en mi cochina vida había *sentío* tanto miedo. En mala era paramos el carro. Esa mujer no parecía humana.

Julia se ahogaba. Los gemidos que emitía a través de la tela que cubría su boca después del relato del hombre resultaban más aterradores que suplicantes. Cada vez que alguien hablaba ante el tribunal, más difícil se le ponía a ella. Se preguntaba por qué todo el mundo intentaba decir que estaba loca y pensó que quizá Lorenzo se había encargado de ello. Solo Nana la conocía de verdad y, sin embargo, su declaración no había ayudado. Recordó con pena cómo la había empujado en un arranque de histeria y a punto había estado de caer rodando por las escaleras. No tenía salvación. Cada uno de los que habían hablado era testigo de su rabia. Se había convertido en una asesina y ahora la intentaban tomar por loca. Por primera vez, tomó conciencia de que no tenía a nadie y de que su vida acabaría

entre los muros de una celda. Dirigió sus ojos hacia donde estaba Lorenzo, que le devolvió la mirada con una triste sonrisa. Nunca imaginó que aquel hombre tan maravilloso, del que se había enamorado perdidamente, sería la causa de su desgracia. La había encerrado, le había pegado, la había violado y humillado. ¡Cuánto lo despreciaba!

—Que pase el siguiente testigo —ordenó el corregidor.

Ante la sorpresa de Julia, Magda entró en la sala. Una rendija de aire, una pequeña luz. Allí estaba su amiga, muy desmejorada, con el pelo tan sucio como su vestimenta. Magda la miró, pero no le sonrió, y en un instante Julia perdió toda esperanza al recordar las últimas palabras que ella le había escupido a la cara.

El corregidor le preguntó su nombre y le advirtió, como al resto de los testigos, que, según las leyes de Castilla, si cometía perjurio o mentía al tribunal, sería condenada con la misma pena que se le impusiera a la acusada o, en el peor de los casos, castigada con la horca.

—¿Conoce a la acusada?

—Sí, señor, la conozco.

—¿Puede contar ante este tribunal cómo ocurrieron los hechos en los que la acusada dio muerte a un hombre?

Magda no omitió ningún detalle y relató toda la historia. Cómo las persiguieron hasta alcanzar a Julia y cómo, mientras uno la sujetaba, el otro se abalanzó sobre su amiga para violarla. Ella corrió para ayudarla, pero por la corpulencia de los hombres no tuvo más remedio que echar mano de una piedra y darle en la espalda. Aun así no podían con ellos. Al final, cuando dejaron al más joven sin conocimiento, el otro sacó un cuchillo y, tras varios forcejeos, su amiga logró hacerse con él y clavárselo en el estómago.

—Señor, le aseguro que mi amiga solo se defendió. Estoy convencida de que esos hombres nos habrían matado. —Cuando terminó, se giró hacia Julia. El estómago se le encogió. No tenía buen aspecto y sintió una rabia infinita por cómo la estaban tratando.

—Entonces, ¿debo pensar, por su comentario, que usted aprueba el asesinato cometido por su amiga? —insistió el corregidor.

—No, no. Yo... no lo apruebo. Pero tuvimos que defendernos.

—¿Fue atacada en algún momento por la acusada? —volvió a preguntar el corregidor. Magda guardó silencio. Si decía que sí, entonces pensarían que Julia estaba loca. Si decía que no, la ahorcarían por perjurio, pues el alguacil que las detuvo fue testigo de la pelea. Magda no sabía qué decir.

—¡Conteste! — Ordenó el alcalde.

Magda se sobresaltó y miró con preocupación a Julia.

—Sí.

—No la oigo —la reprendió el corregidor.

—Sí —gritó rabiosa Magda—, pero porque yo la provoqué. Yo la insulté y ella se enfadó mucho.

—¿Qué le dije para que se enfadara tanto?

—Que a lo mejor estaba loca de verdad.

Magda calló de repente. Se dio cuenta de la trampa en la que ella misma se había metido. Cerró los ojos con fuerza.

—¿Por qué pensó que estaba loca de verdad?

—Ella me dijo que su esposo decía que estaba loca. —La sala se llenó de murmullos y Magda levantó la voz—. También me dijo que ese hombre, su esposo —gritó señalando a Lorenzo—, la había encerrado en el sótano de su casa. Que le había pegado y la había humillado sexualmente.

El público se dividió y, mientras unos volcaban sus gritos e insultos hacia él, otros exigían justicia para ella. El alcalde hizo una señal a los guardias para que estuvieran alertas y el corregidor dio un fuerte golpe de mazo contra la mesa.

—¡Silencio! ¡Silencio! —La orden fue amortiguada por las protestas de la gente. Cada vez estaban más alterados y no había forma de hacerlos callar, hasta que, por orden del alguacil, uno de sus hombre disparó hacia el techo, ante al asombro del tribunal. El silencio se hizo de inmediato—. ¡No volveré a repetirlo! Este tribunal representa la ley y la justicia. Si se produce un incidente más, todos los presentes serán acusados de desacato a la ley, y mandaré que sean juzgados por la Santa Inquisición.

Magda, en el tumulto, había intentado hablar con Julia, pedirle perdón y decirle que lo sentía de todo corazón. Pero Julia mantuvo la

cabeza agachada y los ojos cerrados todo el tiempo. Le pareció que Julia había sucumbido a la derrota.

—¡Señoría! —Para sorpresa de todos, Lorenzo se había levantado de su asiento y se estaba dirigiendo al tribunal—. Todo el mundo sabe que esta mujer es una prostituta y por lo tanto carece de credibilidad. ¿Cómo se atreve a mentir de esa manera? Me ha insultado y humillado, y mi honor puede haber quedado en entredicho. Exijo una aclaración al respecto.

—Este tribunal es consciente de que las acusaciones vertidas por esta mujer pueden causar un daño irreparable a su persona, por lo que, teniendo en cuenta la falta de virtud y la escasa moralidad de la testigo, la credibilidad de sus palabras cae por su propio peso. De lo contrario, cualquiera podría dar una palabra de honor, y la honorabilidad no es cosa de ladrones, prostitutas ni asesinos. —El corregidor se dirigió a Magda y la increpó por sus falsas acusaciones—. Le recuerdo, una vez más, que este tribunal está juzgando solo a la acusada. El honor del señor Medina no se encuentra bajo sospecha ni es causa en este juicio. Continúe con su relato —le ordenó.

—Señor, pido disculpas al tribunal, pero eso fue lo que Julia, es decir, la acusada, me comentó.

—¿Fue testigo de alguno de esos hechos que comenta?

—Pues no, señor. Yo no lo vi.

—Pues, entonces, si vuelve a mencionarlo, la acusaré de atentar contra el honor de ese caballero y de perjurio ante este tribunal. ¡Fuera de la sala!

Magda se apresuró en acercarse a Julia.

—No digas nada del niño. Por favor, Julia, no menciones que está vivo.

La sacaron a empujones de la sala. Julia ni siquiera la miró, y a Magda le quedó la duda de que la hubiera escuchado.

El tribunal estaba exhausto. Hacía tiempo que no tenían un juicio tan duro y crispado como este, y decidieron tomarse un receso de quince minutos.

Los siguientes testigos fueron el alguacil y su ayudante. Los dos hombres expusieron el mismo relato: una vez acusadas de asesinato, fueron en su busca y las encontraron peleando. Describieron cómo la

acusada estaba sentada a horcajadas sobre la prostituta. A ambos les dio la impresión de estar ante una mujer poseída. Su cara estaba desfigurada por la rabia, y ni sus ademanes ni sus amenazas a la otra mujer eran propios de una dama de su alcurnia, a no ser que, tal y como les pareció a ellos, tuviera al demonio metido en el cuerpo. Tanto fue así que hicieron falta dos hombres para apresarla.

Al acabar su relato, un alguacil entró apresurado a la sala y se dirigió directamente hacia el regidor, al que le hizo entrega de un pliego de papel. Este, a su vez, se lo pasó al corregidor, que lo leyó en silencio. Al concluir la lectura, mantuvo una conversación con el resto del tribunal y comunicó que harían un descanso de cinco minutos.

Todos esperaban expectantes la declaración de Julia. Querían escuchar su voz, oírla hablar, verla poseída.

Oyó a Magda decirle que no hablara de su hijo. ¿Por qué? Se encontraba completamente perdida. Sentía un vértigo atroz; tenía la sensación de estar cayendo en un profundo pozo.

Las puertas se abrieron para permitir la entrada al tribunal.

—¡Todos en pie! —gritó el escribano.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala. Todos los presentes estaban seguros de que la acusada debía ir a la horca y que la sentencia se ejecutaría en Zocodover. El corregidor era un hombre muy estricto al aplicar las leyes castellanas, y corrían rumores de que no se dejaba influir ni por la condición social del acusado ni por otros motivos relacionados con la compasión. Pero el hecho de conocer a la familia Céspedes le mantenía tembloroso el pulso y por un instante deseó que Julia hubiera proferido blasfemias contra la religión cristiana, aun por causa de enajenación, porque, de haber sido así, sin lugar a dudas, la habría juzgado la Iglesia, y a pesar de que tanto el proceso como la sentencia habrían sido mucho más duros y crueles, él se habría desentendido del asunto.

Pero Julia tuvo suerte; ni la acusación de asesinato ni la revisión de su cordura eran de competencia de la Inquisición. Sus asuntos se limitaban a la brujería, el sacrilegio, la bigamia o cualquier otra actitud contraria a la moral o a la Iglesia; el resto de los delitos se derivaban a la justicia ordinaria, ya fueran civiles o penales, y solo el

corregidor o el alcalde mayor tenían el poder de juzgar, concedido por el rey.

Cuando el tribunal tomó asiento, todos los presentes hicieron lo mismo. Durante unos minutos, el corregidor y el regidor intercambiaron algunas palabras en voz baja. Pero el silencio que reinaba en la sala era tal que el siseo de los dos hombres se oía perfectamente.

—Que se ponga en pie la acusada.

El corregidor, con voz fuerte y segura, se dirigió a la sala para dar lectura a la sentencia.

—Este tribunal posee la prueba más contundente y fiable sobre el estado síquico de la acusada. Se nos ha hecho llegar un informe firmado por el doctor Fermín Nogales, médico de la acusada y, aunque no puede ser testigo de este caso por haber desaparecido en extrañas circunstancias, este tribunal acepta como última prueba el estudio realizado por dicho médico. Tras un exhaustivo registro de sus pertenencias, encontramos un informe de la revisión realizada a la acusada en el que explica que doña Julia Medina sufre enajenación mental por melancolía debido al fuerte impacto emocional por la pérdida de sus padres, agravado por la posterior pérdida de su hijo recién nacido. Todo ello le ha provocado un humor negro en el cerebro y una mayor producción de sangre y viscosidad en sus órganos. Continúa diciendo el escrito que, debido a no poder asumir tan triste pérdida, la locura se apoderó de su ya débil cerebro, lo que produjo en la enferma una perturbación síquica que le ocasiona delirios y distorsión de la realidad, lo que la vuelve peligrosa para cuantos se encuentren cerca de ella. Este tribunal ha decidido obviar la intervención de la rea, doña Julia Medina, por considerar que acceder a su propia defensa no solo podría alterar su estado de ánimo, sino que sería incoherente con el informe médico presentado. Por tanto, este tribunal resuelve:

Vista en juicio público la presente causa, procedente de denuncia por delito de asesinato a instancia de Evaristo García, y de petición de declaración de enajenación mental a instancia de don Lorenzo Medina contra doña Julia Medina, nacida el día 31 de diciembre del año 1797, de edad de veintidós años, hija de don Manuel Céspedes y de doña Carmen Aguirre y en prisión por esta

causa desde el día 13 de marzo del año 1819. Yo, corregidor de esta ciudad, por el poder de juzgar que me ha sido conferido por las leyes de Castilla, debo impartir justicia en la presente causa y, por ello, debo declarar y declaro que:

Ha resultado probado sin género de dudas que doña Julia Medina mató a Gervasio García, realizando de este modo el hecho más abyecto y deleznable, como es privar de vida a un ser humano. Por las declaraciones aquí vertidas y manifestaciones recaídas por los diferentes testigos que han depuesto, también ha resultado probado que doña Julia iba acompañada de una amiga que, al igual que la acusada, pudo haber corrido igual peligro de ser violada, aunque mitigado por el hecho de su condición de prostituta. Sin embargo, pudo deshacerse del hermano del fallecido sin causar muerte alguna, e incluso ayudó a doña Julia Medina a desasirse de su opresor, aun sin poder evitar el fatal desenlace que hoy nos ha sido desvelado. De aquí que los hechos sean calificados de asesinato consumado. Además, la acusada, con la conducta descrita, ha evidenciado el ánimo de matar que presidía su acción con la ejecución de actos idóneos para causarla, siendo apto el medio empleado, un puñal, así como la zona vital del cuerpo, el estómago de la víctima, causando una lesión que produjo directamente la muerte, y no empleando actos simplemente dirigidos a desprenderse y reducir a su oponente.

Es, por otra parte, innegable, y así se nos dice por las diversas declaraciones de los que sucesivamente han intervenido como testigos, que doña Julia ha padecido y sufrido un gran dolor que podríamos decir insuperable de soportar, como consecuencia de la pérdida de su hijo, todavía en época de su cuarentena, así como de la muerte de sus padres, en trágicas circunstancias. Todo ello en un irremediable corto espacio de tiempo. No podemos obviar que tales avatares pueden empañar la luz mental de doña Julia y, por ende, mermar sus facultades mentales. Son estos hechos probados que no podemos pasar por alto y que obligan a este tribunal a calificarlos de una fuerza e impacto tan brutales que consideramos obligado apreciar en doña Julia una situación de enajenación mental que le hace situarse en un equilibrio entre el bien y el mal, incapaz por tanto de ser responsable de sus actos. Todo lo cual obliga a constatar los hechos relatados por los testigos en este juicio público, que doña Julia Medina sufre un cuadro clínico de trastorno cerebral, sin que por lo tanto se pueda asegurar que no vaya a sufrir posteriores brotes altamente agresivos.

De todo ello no cabe sino concluir acreditada la indudable peligrosidad criminal de la acusada y la necesidad de imponerle las oportunas medidas de seguridad tanto para ella como para terceros.

En el caso que nos ocupa, visto el trastorno mental de que está aquejada la acusada, y teniendo en cuenta el delito cometido, este tribunal estima que la medida de seguridad que procede imponer a la acusada es la de internamiento en el hospital El Nuncio de esta ciudad, por tiempo máximo de veinticinco años, equiparable a la pena que sería impuesta al delito cometido, pudiendo este tribunal sentenciador, durante la ejecución de la sentencia, decretar el cese de

la medida impuesta en cuanto desaparezca la peligrosidad criminal de doña Julia Medina, a propuesta del director del hospital citado. Esta es la sentencia que mando se haga cumplir a partir de este mismo momento.

Con un golpe de mazo sobre la mesa, el corregidor dio por terminado el juicio.

Apenas dieron tiempo a Julia para reaccionar; en volandas la sacaron de la sala y, ante los gritos de los allí presentes, que se manifestaban en contra o a favor, fue conducida sin demora al mismo carro en el que la habían trasladado al consistorio. Lorenzo continuó sentado en el banco de madera con una sonrisa necia en sus labios. Ya no tenía nada de qué preocuparse, pues había conseguido lo que quería. Con Julia internada, el dinero ya no sería un problema.

Hecha un ovillo y con la cabeza entre las piernas, Julia no paraba de llorar. No había consuelo para ella, ni lo tendría nunca. Su único pensamiento lo ocupaba su hijo. Recordó sus pequeñas manos y su rostro perfecto. Temblando de frío, miedo e impotencia, supo que su existencia ya no tenía sentido. De ese lugar infernal donde la iban a llevar, no saldría jamás con vida. No pudo contener un gemido de angustia y se dejó llevar por un llanto desesperado y profundo, causado por la pena que la quemaba por dentro. El hombre al que había rendido pleitesía, al que le había dado todo su amor, la había convertido en un desecho humano. No se había dado cuenta del engaño; nunca pensó que su vida al lado de él pudiera tener esas consecuencias, y la culpa solo la tenía ella por no haber reaccionado antes. Si le hubiera hecho caso a su padre, todo este sufrimiento no habría existido; y si su padre no hubiera confiado en Pedro, o si Pedro no hubiera alimentado la misma avaricia y engaño que Lorenzo, a día de hoy seguirían siendo una familia completa y feliz. Seguramente, pasearían a caballo por los campos toledanos que tanto amaba. Todo estaba mal, todo lo había hecho mal, excepto una cosa: parir de sus entrañas a su hijo. Sentía un amor tan grande que le escocía el corazón.

—Julia, mírame. Te ayudaré, te lo juro. —La voz de Magda se alzó entre las personas que se arremolinaban alrededor de la carreta y la sacó de sus pensamientos, pero ella no se movió de su rincón—. Soy

yo, tu amiga. ¡Háblame! —Uno de los guardias le dio en empujón para apartarla—. Déjeme, tengo que hablar con ella. ¡Si vuelve a tocarme, le arranco los ojos, sapo asqueroso! ¡Julia! —volvió a gritar. La vio hecha un ovillo en un rincón de la carreta y, cuando levantó la cabeza y sus miradas se encontraron, Magda vio un rostro marchito, apagado y sin vida. Se había rendido. Dócil y sumisa, su amiga había aceptado su destino. Con los ojos anegados de lágrimas y una rabia infinita, Magda descargó su ira golpeando los barrotes del carro, mientras soportaba los golpes del guardia para que se soltara—. ¡Mírame, Julia! No te rindas. Lucha, yo estoy contigo. No te abandonaré.

En un acto de desesperación, Julia se acercó a Magda y sujetó su mano con fuerza.

—No me dejes sola. ¡Ayúdame!

—¡Te sacaré de ahí! ¡Te juro que iré a por ti aunque me cueste la vida! No te dejaré sola, Julia. ¡Me tienes a mí! —Magda hablaba atropelladamente y se agarraba con desesperación a la mano de su amiga. A empujones la separaron del carro. Magda cayó de rodillas al suelo. Se sentía culpable e impotente por no haberla podido ayudar—. Perdóname.

Julia tampoco dejó de mirarla mientras el carro se alejaba. Cuando la perdió de vista, cerró los ojos con fuerza y rezó. Rezó a su Virgen del Sagrario con la devoción y la fe que siempre le había profesado y con la esperanza de que, cuando los abriera, todo hubiera sido un sueño, una pesadilla, y entonces reiría con todas sus ganas, porque se encontraría feliz en su casa, descorrería las cortinas para que el sol iluminara su habitación y le diera de pleno en su rostro.

Pero, al abrirlos, se encontró frente al edificio del manicomio.

Capítulo 26

El Nuncio, un edificio de ladrillo de dos alturas tanto en su fachada sur como en su parte oriental, ocupaba una gran manzana de la calle Real. Se apearon del carro, subieron las escalinatas y pararon frente a la imponente entrada principal de doble altura jónica coronada por dos *putti* que sostenían el escudo de Lorenzana. No hizo falta llamar a la doble puerta. Al instante, como si los estuvieran esperando, el vigilante —un chico que podría rondar los veinte años, de rostro amable, ojos azules y despiertos, vestido de uniforme marrón oscuro, porra al cinto y un silbato colgado al cuello— les abrió la puerta y los acompañó hasta un patio interior.

—Esperen aquí unos segundos. Avisaré al médico.

Julia miró a su alrededor, absorta por el panorama que tenía frente sus ojos. Se encontraban en un espacio abierto de forma rectangular; a su alrededor, sostenida por columnas en forma de arcos, se veía una galería de pequeños y oscuros habitáculos cerrados con rejas de hierro en los que se hacinaban, por separado, hombres y mujeres, encadenados a las paredes o con grilletes en cuello o pies. El espectáculo en sí era tan deprimente que instintivamente Julia dio un paso atrás y tropezó con algo. Cuando miró al suelo para ver el motivo de su traspie, el estómago le dio un vuelco. Tendido en el suelo, junto a sus extremidades, yacía un hombre sobre sus propios excrementos. Se apartó con brusquedad ante la sonrisa de uno de los guardias, que la empujó hacia el centro del patio. Otro interno, algo más joven, daba saltos y palmas no muy lejos de ella y, junto a él, una mujer más o menos de su edad reía y lloraba al tiempo mientras hacía aspavientos con las manos. Julia no pudo soportarlo más y se dirigió corriendo hacia la salida, pero uno de los guardias la sujetó por los brazos.

—¡Suélteme! Yo no debo estar aquí. ¡Suélteme! —Julia se revolvió y gritó. Eso excitó a algunos de los enfermos, que empezaron a saltar y a dar golpes contra las rejas de sus celdas. En ese momento llegó el vigilante de la puerta acompañado por un corpulento enfermero que los conminó a seguirlos al interior del edificio. Recorrieron un pasillo con un olor intenso a orines. Julia se tapó la nariz y la boca con las manos, mientras la apremiaban para que caminara más rápido. Paralizada por el horror, observó a un enfermo al que intentaban introducir en un agujero cavado en el suelo. El hombre forcejeaba con los dos enfermeros. Gritaba y lloraba como un niño pidiendo perdón continuamente. Uno de los enfermeros lo sujetaba por los pies, mientras el otro lo agarraba por las manos para dejarlo inmovilizado. De un solo intento, lo alzaron del suelo y lo introdujeron en el pozo hasta la cabeza, que le quedó a ras de superficie. Una vez dentro, cerraron el hueco con una rejilla de la que salía una pesada cadena que ataron a una argolla. El demente empezó a emitir unos leves quejidos parecidos al llanto de un perro. Julia no podía apartar la vista de aquel hombre, asqueada por el trato tan inhumano y cruel que el pobre infeliz padecía. Se preguntó cómo un ser humano podía soportar una vida así, por muy loco que estuviera. Durante un par de segundos sus miradas se cruzaron y el hombre le sonrió.

Sin poder contenerse, Julia vomitó en el suelo.

—Continúa, no te quedes ahí parada —la reprendió uno de los guardias.

Julia no se movió. Su rostro estaba tan blanco como el algodón. Intentó dar un paso, pero sus pies permanecieron clavados al suelo. Ella no podía estar en ese lugar.

—¡Vamos, loca! La próxima vez te lo diré de otra forma —la amenazó el guardia.

Julia clavó sus ojos hinchados y enrojecidos en el hombre, que se echó a un lado para dejarla pasar. El otro guardia leyó la mente de su compañero, sacó una cuerda gruesa y ató las manos de Julia, que caían inertes sobre su regazo.

Subieron por una escalera de mármol hasta el segundo piso. Julia caminaba dando tropezones mientras intentaba seguir el ritmo de los

hombres.

El enfermero les hizo una señal para que entraran en una habitación donde no había más mobiliario que un camastro, un mueble de madera vieja y ennegrecida y una mesa metálica. Julia observó con espanto las herramientas pulcramente colocadas sobre ella: punzones, tenazas, tijeras... Solo de verlas, se le erizó el vello. Pero, cuando vio restos de sangre seca en las sábanas, las piernas le flaquearon y habría caído al suelo de no ser porque uno de los oficiales la sujetó del brazo. La sentaron en una silla y esperaron la llegada del médico. Los guardias hablaban distendidamente con el enfermero, sin darse cuenta de que Julia había deshecho el nudo de las cuerdas a dentelladas. Salió despavorida por el pasillo, pero una mano la agarró con fuerza del hombro. El enfermero le retorció el brazo para que cayera de rodillas al suelo. Julia gritó de dolor.

—Levántela del suelo —ordenó el rector de El Nuncio, que llegaba en ese momento—. Y, por Dios, asegúrense de que esté bien atada. No sabemos el nivel de agresividad que encierra en su cabeza y no debemos engañarnos por su frágil aspecto.

—Señor, por favor, no estoy loca. Todo ha sido por culpa de mi esposo. Se lo puedo explicar, si me lo permite —hablaba atropelladamente. Necesitaba que ese hombre de aspecto impecable la escuchara con atención.

El doctor Sandoval, que apenas medía un metro sesenta, sin alterarse ante las palabras de Julia, le auscultó los ojos, la boca y el corazón. A pesar de tener en sus manos la información jurídica de su locura, la experiencia le había demostrado que muchos de los que habían sido ingresados en su hospital antes de su nombramiento como rector padecían enfermedades diferentes de las diagnosticadas por jueces o incluso médicos que no eran especialistas ni habían tratado con dementes y, dando por bueno dicho informe, se les aplicaban tratamientos inadecuados que en algunos casos impedían que el paciente recuperara el juicio. Vistas las consecuencias nefastas que podrían resultar para su oficio, el rector había tomado la resolución de examinar personalmente a los enfermos antes de su internación. Quería sacar sus propias conclusiones y decidir el tratamiento correcto.

—Señor, necesito que me atienda un minuto. Se lo ruego. Solo un minuto.

—¡Cállese! —le ordenó el enfermero.

—Celso, avise a Prudencia —ordenó el médico.

Rápidamente, Celso cumplió la orden y fue a buscar a Prudencia, una de las madres mayores que atendían a las mujeres internadas con la ayuda de otras enfermeras que estaban a su cargo. Su principal ocupación consistía en que las pacientes ingresadas comieran y estuvieran aseadas. Por tanto, debían ser mujeres fuertes físicamente, cuidadosas y de buenas costumbres.

—Se lo ruego, escúcheme —insistió Julia—. Todo esto es una farsa montada por mi marido. Él me trajo aquí para hacerse con mi fortuna. ¿No lo entiende? No estoy loca. Todo es una mentira.

Enfrascado en la tarea de anotar sus observaciones en una hoja de papel, Mauricio Sandoval desoía las constantes súplicas de Julia y eludía la conversación con ella. Siempre era lo mismo. Muchas personas con brotes juiciosos alternos podían confundir al especialista con su verborrea y provocar un resultado erróneo en sus diagnósticos. Por ese motivo, Sandoval, un hombre paciente y escrupuloso en todos los aspectos, esperaba a que el enfermo se agotara por sí mismo antes de decidir cuándo iniciar un diálogo. Que el enfermo se cansara de hablar sin obtener respuesta y se sumiera en el silencio más absoluto denotaba tranquilidad, y había esperanza. Pero si, por el contrario, pasaba de la angustia a la violencia, era una persona altamente peligrosa y de difícil recuperación.

Julia insistía en ser escuchada. No podía permanecer por más tiempo en ese sitio inmundo y necesitaba con desesperación que la atendiera. Era su única esperanza. Pero la impotencia y la rabia se apoderaron de ella al comprobar que la ignoraba, y compendió que, aunque se quedara ronca de gritar, no la iba a escuchar. Miró a su alrededor. Solo estaban ella y el médico. Tenía pequeñas heridas en las manos que aún le sangraban y, al intentar deslizarlas por la cuerda, el escozor le resultaba insoportable. Era ahora o nunca. Los nervios se apoderaron de ella. El médico le daba la espalda y seguía centrado en sus cosas. Julia rezó para que no se girara. Tendría que darse prisa, pues no tardarían en llegar la mujer y el enfermero. Por

fin logró sacar el pulgar de la mano derecha. Un último esfuerzo y podría liberarse. Aguantando el dolor de las heridas, logró aflojar la presión de la cuerda sobre sus muñecas y librarse de ella. Esperó unos segundos. El médico se giró para mirarla. Julia disimuló y templó los nervios. El rector retomó los papeles dándole la espalda y Julia se abalanzó hacia la puerta. Corrió por pasillos largos y estrechos sin saber hacia dónde dirigirse hasta que reconoció la escalera por donde la habían subido y la bajó lo más rápido que pudo. Sus pies volaban. En su desesperación por salir de allí, Julia no tuvo tiempo de pensar en nada, ni siquiera en la posibilidad de encontrarse al corpulento enfermero. Solo corría y corría. Llegó al pasillo y vio al hombre encerrado en el suelo. Pasó como una exhalación por su lado y en unos minutos se encontró en el patio. Frenó su carrera y se parapetó tras una de las columnas. La puerta a la calle se hallaba entornada y el chico que los había recibido no estaba. Pero, a su izquierda, a una distancia considerable de ella, dos enfermeros mantenían una conversación animada. Tenía que cruzar un buen trecho. Se planteó cruzarlo despacio para confundirse entre los internos y pasar desapercibida. Notaba los latidos del corazón y se llevó la mano al pecho. Se iba a desmayar. Las piernas le flaqueaban. Contó hasta tres mentalmente, pero no se atrevió. Pensó en desistir y, cuando había asumido que no iba a ser capaz, dos enfermos iniciaron una pelea entre ellos a la que se sumaron otros dos. Poco a poco los que estaban encerrados empezaron a gritar y a dar golpes contra los barrotes. Uno de los vigilantes se apresuró a separar a los dementes y el otro fue a pedir ayuda.

Julia se levantó un palmo las faldas del vestido y, sin pensárselo un segundo, corrió hacia la puerta. Apenas un metro la separaba de ella. Pudo ver la calle, su libertad. Una zancada más y se encontraría fuera del recinto. Podría entrar por el hueco perfectamente. La tenía a menos de dos pasos. Algo la frenó y tiró de ella. El hombre que antes yacía en el suelo sobre sus excrementos la había sujetado de la falda. Julia le dio un empujón, tiró de su falda y logró soltarse. Dos pasos más. Alcanzó la puerta. Sacó la cabeza, medio cuerpo y un dolor intenso en el brazo la paralizó. De un tirón, Prudencia, la madre

mayor, logró introducirla mientras el chico cerraba la pesada puerta a su espalda.

La llevó casi en volandas a la habitación y allí se reencontró con el médico, que la esperaba con gesto condescendiente y una infinita paciencia. Su rostro no mostraba turbación alguna. Sus pequeños ojos grises, casi escondidos bajo unas cejas espesas y canosas, parecían vacíos, transparentes. Estaba acostumbrado a este tipo de situaciones. Después de tantos años de trabajo con personas desequilibradas, las emociones habían dado paso a la disciplina y al rigor. Nada le perturbaba, salvo que algún paciente no acabara rindiéndose a su tratamiento, y eso era imposible. Tarde o temprano, el mal de la persona tenía una reparación y, por duros que parecieran tanto el remedio como la forma de aplicarlo, debían ser puestos en práctica sin dilación. Para ello, él mismo elegía a las personas que trabajaban en El Nuncio. Debían tener la dulzura necesaria para aplacar histerias, la fuerza para hacerse con ellos y la indiferencia suficiente para no dejarse llevar por ningún sentimiento. Estas tres cualidades eran condiciones sine qua non para ser contratado, pues sin ellas no se podría haber conseguido la disciplina necesaria para llevar a cabo el trabajo. Mauricio Sandoval tenía sesenta y ocho años y llevaba más de treinta y cinco hurgando en las mentes de los desgraciados sin juicio para buscar no las causas, sino los métodos más útiles para reconducir, en la medida de lo posible, la histeria y la agresividad del paciente y dejarlo relajado y tranquilo sin necesidad de usar medicación. Él determinaba a su criterio la forma, los medios y el tiempo en que se debían aplicar los tratamientos.

—¡Suéltame! Yo no debería estar aquí. No estoy loca. — Desesperada, Julia intentó desasirse de la mujer, pero Prudencia le sacaba dos cabezas y pesaba noventa kilos.

—Desnude a la paciente —ordenó el médico.

Prudencia empezó a desabrocharle los botones de la camisa, pero Julia no se lo puso fácil. Se resistía con todas sus armas. La arañó en los brazos, en el rostro. Se defendió con mordiscos y patadas hasta que Prudencia le asestó una bofetada y le marcó el lado izquierdo de la cara, y Julia se dejó hacer. La enfermera disfrutó quitándole una por una las piezas de tela que cubrían su cuerpo exhausto y delgado

hasta dejarla completamente desnuda. Después, la tumbaron en la camilla.

—Por favor, por favor, no me hagan esto —suplicó entre lágrimas.

Notó las frías manos del médico palpando cada milímetro de su cuerpo y sintió la humillación más terrible de su vida. Cuando hubo terminado, el doctor Sandoval mandó que le pusieran un sayo de tela áspera, fabricado allí mismo por las internas, para cubrirla, y se sentó frente a ella.

—¿Por qué cree usted que no padece enfermedad o locura?

Julia se sorprendió ante la pregunta. Por fin podría defenderse y explicar cómo había llegado allí. Se incorporó para quedarse sentada delante del médico.

—Yo no lo creo. Se lo confirmo. Jamás en mi vida he tenido problemas. Se lo juro. Todo ha sido un error...

—Está bien —continuó el rector—. Sea más explícita en sus respuestas, se lo ruego. —Julia asintió—. ¿Recuerda cuántos ataques de violencia ha tenido últimamente?

—Doctor, le aseguro que cada uno de ellos ha sido provocado. Mi marido, Lorenzo Medina, me encerró en el sótano de mi casa y no contento con eso...

—¿Recuerda cuál fue el motivo de ese encierro? —El rector la miraba fijamente. Observaba el movimiento de sus manos y de sus pupilas.

—Tuve un hijo... —Julia rompió a llorar. Se encontraba exhausta—. Me dijeron que había fallecido a los pocos minutos de parirlo. Pero yo le juro por mi vida, doctor, que mi hijo no falleció. Debe creerme. Debe creerme. —Bajó de la camilla y se arrodilló en el suelo frente al médico. Prudencia la apartó y la obligó a sentarse en una silla—. Me encerró porque decía que, al no poder asumir la pérdida de mi hijo, mi cerebro se había trastornado.

—¿Hubo otros episodios violentos?

—Intenté clavarle un cuchillo. Pero ino me escucha, doctor! Le digo que mi hijo está vivo porque yo lo vi. Yo lo tuve en mis brazos. ¿Cómo podría inventarme tal cosa? Una madre eso lo sabe siempre. Siempre.

La puerta se abrió en ese momento y Lorenzo entró en la

habitación. Julia calló de repente. Un intenso calor se fue apoderando de su cuerpo. No podía ser. Esto no estaba ocurriendo. Lorenzo se acercó lentamente hacia donde ella se encontraba y Julia se puso a la defensiva.

—Le dije que esperara fuera —le reprendió suavemente el rector. Se lo había dejado muy claro esa misma mañana cuando ingresaron a su mujer. Fue él quien le entregó los papeles del tribunal y el que firmó el documento del internamiento de su esposa, además de hacerle entrega de una cantidad de dinero tan sustanciosa como para no recriminarle más de lo necesario.

—Perdone, doctor Sandoval, pero no he podido esperar fuera. Créame si le digo que siento que mi mujer esté pasando por todo esto. Pero también era mi hijo y, si en su mente puede existir una pizca de cordura, que me haga comprender toda esta situación, necesito escucharla —explicó Lorenzo, mientras observaba a su mujer. Realmente su aspecto era deplorable. Sucia, con los ojos enrojecidos e hinchados de llorar y con el sayo que le habían puesto, parecía aún más delgada y frágil.

—Señora, ¿entiende que, si pone de su parte, pronto saldrá de aquí?

—Julia —intervino Lorenzo—. Es muy importante que colabores. Piensa que, si finalmente llevaras razón con lo de nuestro hijo, Fermín nos habría engañado a los dos. Pero, te lo suplico, colabora, recobra la salud y te sacaré de aquí. Confía en mí por difícil que te resulte. Ya sé que no he hecho las cosas bien, pero te amo con todo mi corazón. Te necesito en casa, junto a mí. Vuelve.

Julia sonrió.

—¿Adónde iré contigo, Lorenzo? ¿Al infierno? Ya estoy en él gracias a ti.

Lorenzo sonrió dolorosamente y se volvió hacia el médico.

—¿Comprende ahora mi preocupación, doctor? Yo no soy un monstruo, pero me temo que, si no puede hacer nada por ella, al final me contagiaría su locura y acabaría como ella.

Julia no pudo contenerse y con toda su rabia se abalanzó sobre su marido agarrándolo por el cuello. Prudencia la sujetó con fuerza, la apartó de él y la tumbó en la camilla sin contemplaciones.

—Te mataré. Si salgo de aquí, te juro que te mataré —gritaba con desesperación. No se podía odiar a nadie más de lo que Julia odiaba a ese hombre. La rabia era tan grande como la impotencia de no poder apartar a la enfermera de un manotazo y saltar sobre Lorenzo para pegarle, humillarle, matarle.

—Salga de aquí —le apremió Sandoval—. ¿Por qué ha desobedecido mis órdenes? Le dejé muy claro que no debía estar presente en el interrogatorio por nada del mundo. Eso altera a la paciente y no es bueno.

—Lo sé. Lo siento de veras, pero necesitaba verla. Debe comprenderme, aun en ese estado, nadie puede evitar que siga amándola. Es duro ver a la mujer de tu vida fuera de sí, perturbada...

—Lo lamento profundamente, señor Medina. Pero he de adelantarle que la recuperación de su mujer va a ser dura y larga.

—¿Puede darme un diagnóstico?

—Acompáñeme a mi despacho. Estaremos más tranquilos y podré explicarle mi impresión. —Antes de marcharse con Lorenzo, el rector ordenó a Prudencia que atara a Julia a la camilla. No quería más sorpresas. Se le había echado la tarde encima y aún debía ordenar el tratamiento.

Lorenzo acompañó al rector a su despacho y este le invitó a tomar asiento frente a él. Se tomó su tiempo. Con parsimonia, controlando la situación, Sandoval se recostó sobre el respaldo de su silla, cruzó las manos sobre su regazo y respiró profundamente.

—Una vez vista y examinada su apariencia, estudiada la agitación de sus pupilas, tomado el pulso y comprobado sus movimientos corporales, está claro que su esposa sufre una patología, pero no viene por causas externas, sino internas. Podríamos decir que son enfermedades producidas por las pasiones del alma y están provocadas básicamente por la glándula pineal. En esta glándula, la sangre se concentra en grandes cantidades densificándose y extendiéndose por el sistema nervioso. —Al observar el gesto de asombro de Lorenzo, Mauricio Sandoval sonrió—. Bueno, esto ya fue escrito por el gran Renatus Cartesius, no solo lo digo yo, por supuesto. ¿Ha oído hablar del famoso *cogito ergo sum*?

—Pues no, para serle sincero. ¿Qué significa?

—«Pienso, luego existo». Racionalismo puro. —El rector abrió una caja de caoba que había sobre la mesa, extrajo un cigarrillo y ofreció otro a Lorenzo, que lo rehusó amablemente. Estaba cansado, quería marcharse y ahora este hombre le estaba dando una lección de no sabía muy bien qué—. Tenga en cuenta que ese hombre fue un gran emprendedor del racionalismo, además de un gran físico y matemático. —El rector exhaló el humo del cigarro y cerró los ojos durante un segundo. Estaba disfrutando. Después de hablar casi todo el día con dementes o enfermeros, mantener una conversación de este tipo con un hombre de la alcurnia del señor Medina le resultaba excitante. Y si la conversación se centraba en un personaje como Cartesius, a quien admiraba, entonces daba por bien empleado el día. Obviando el gesto contraído de Lorenzo, el rector siguió hablando del tema que le apasionaba—. Yo supe de él mientras cursaba mis estudios de medicina, cuando hice amistad con dos estudiantes que pertenecían a la aristocracia española. Como comprenderá, omitiré sus nombres por discreción. Al terminar los estudios, seguimos manteniendo contacto, y en una conferencia a la que asistí en París, tuve la gran suerte de saber que el padre de uno de mis colegas había sido gran amigo del hijo del famoso escritor francés. Su padre había pertenecido a un grupo llamado «los libertinos». —Lorenzo se removió en su asiento, se estaba empezando a crisar y no veía el momento de marcharse—. No, no crea que solo se trataba de agnósticos, hombres desviados de la verdadera fe. No, por Dios. Además eran eruditos, filósofos, matemáticos; hombres de fuerte espíritu y, eso sí, entregados a los placeres del cuerpo. En fin, en alguna de esas reuniones oí hablar por primera vez de Cartesius y me hice con un ejemplar de su *Traité des passions de l'âme*, el «Tratado de las pasiones del alma».

—Gracias, doctor, por esta lección magistral —cortó Lorenzo—, pero se me está haciendo tarde y, como comprenderá, no quiero hacer esperar a otras personas a las que debo ver en unos minutos. ¿Le importaría contarme rápidamente qué pasa con mi esposa?

—Por supuesto, disculpe mi perorata. Trataré de explicárselo de la manera más sencilla posible para que pueda entenderme —contestó molesto el rector—. Su mujer está francamente mal. Sufre delirios, manías y obsesiones que le impiden distinguir la realidad de la fantasía, y todo acompañado de una violencia que la hace peligrosa para el resto de los enfermos y para nosotros mismos. De momento debo aislarla e iniciar tratamientos de choque. Esto es cuanto por ahora puedo decirle.

—Muchas gracias. Espero que me mantenga informado de cualquier avance. Y ahora, si me disculpa, debo marcharme. Volveré en cuanto me sea posible. —Lorenzo le tendió la mano para despedirse.

—No vuelva muy pronto. Ya ha visto que su presencia no beneficia a la enferma. Yo le mandaré aviso.

Capítulo 27

Julia, sentada en un rincón de la celda y abrazada a sus rodillas para atenuar los temblores de su cuerpo, no acertaba a comprender su infortunio. Habría sido todo tan sencillo... ¿Por qué se le había complicado tanto todo? Tenía una vida feliz, había conocido a un hombre del que se había enamorado locamente y, junto a él, una nueva vida se abría ante sus ojos. Se encontraba indefensa y sola. Todas las personas a las que se había confiado, de una manera u otra, la habían abandonado: sus padres, Ramona, su marido, Magda. Desde pequeña, era muy devota de su Virgen del Sagrario y le rezaba a diario para agradecerle tanta felicidad. Primero, por la familia que le había dado, por su vida tan maravillosa y por concederle vivir al lado de Lorenzo. Sin embargo, ya no rezaba. No podía entender cómo su Virgen, a quien desde pequeña se había entregado con fervor, a la que cada domingo le había rendido pleitesía en su pequeña iglesia, también la había abandonado.

—¿Qué mal he hecho para que la vida me trate así? —exclamó—. Aunque te pidiera, te rogara que me concedieras su amor, ¿por qué me pusiste al más infame de los hombres a mi lado? ¿Por qué no lo apartaste de mí? A cambio, me robaste lo que más quería en esta vida, a mis padres y a mi hijo, y partiste mi alma en dos, y ahora... — Julia se acercó a las rejas de la celda y soltó una carcajada hueca y cubierta del humor más ácido y amargo—. Ahora ese hombre me robó el alma. Y tú... tú no hiciste nada. ¡Nada! Y por eso te odio y le odio a él. Jamás volveré a confiar en nadie. He perdido la fe en ti. Me pusiste a mis pies un hombre con el corazón podrido, lleno de odio y venganza. Infectado de maldad. Maldigo el día en que se adueñó de mi corazón para luego arrancármelo sin piedad. Deseo su dolor para mitigar el mío propio. Amaré todo aquello que suponga su destrucción, mutile su alma, le conduzca por el camino de las

tinieblas y le obligue a errar como un espectro a través de las sombras. —Julia ahogaba su voz entre sollozos. Alarmado por las voces, Celso, el enfermero, corrió hacia la celda para ver lo que ocurría. Pero, lejos de abrir y entrar, frenó en seco, paralizado por la imagen de una Julia agarrada a los barrotes de hierro con el rostro desencajado y la mirada llena de odio—. Todos arderéis en el infierno. Malditos seáis. Endemoniados, detestables. ¿Me llamáis loca? ¿Acaso poseéis la cordura necesaria para juzgarme? ¿A mí? —Julia soltó una carcajada histérica—. Mi juicio está por encima de toda duda. ¿Acaso no os convierte en locos creer en mi demencia?

Los gritos y amenazas de Julia empezaron a violentar al resto de los dementes próximos a ella que, excitados por el alboroto, iniciaron un coro de aullidos, risas y ruidos ensordecedores.

—¿Qué pasa? —preguntó Sandoval a Celso, alertado por Clarita, una de las ayudantes del centro.

—No tengo ni idea. La última vez que la vi se encontraba sentada en una esquina aparentemente tranquila.

—Está peor de lo que imaginaba. Entraremos en la celda con cuidado. Debo corregir su histeria con métodos más contundentes. Traiga la cinta.

Celso obedeció con diligencia. Para impedir cualquier agresión de Julia, abrieron la puerta de la reja y Prudencia, a la que también habían avisado, se lanzó sobre ella con tanta rapidez que la hizo caer al suelo y la inmovilizó con su peso. Entre Celso y la guardiana la levantaron y ataron sus manos a una argolla que pendía del techo. El rector se colocó a espaldas de Julia y empezó a azotarla. Uno, dos, tres... A cada golpe, Julia gritaba pidiendo que parara, pero el rector manejaba con mano firme el instrumento e ignoraba las súplicas de la mujer. Con movimientos certeros y contundentes, se iban grabando en su piel las huellas de los golpes. La azotó sin compasión hasta ver su cuerpo vencerse con la espalda cubierta de sangre. En el silencio de los minutos siguientes, tan solo se oyó su llanto pausado y silencioso.

Esa noche apenas pudo conciliar el sueño. Julia se encontraba en un rincón de la húmeda y fría celda hecha un ovillo. Había pedido una manta, pero el rector dio orden de que no se la entregaran. Según él,

la sangre demasiado caliente podía afectar al cerebro de la persona. La mujer, al tener más sangre y más densa que el hombre, podía sufrir tensiones demasiado altas e histerias de mayor consideración. Por lo tanto, uno de los remedios que utilizaba para bajar el calor de la sangre era dejar a las internas al abrigo único del sayo que les ponían nada más entrar. De esa manera, el frío bajaba la temperatura de la sangre y, al llegar templada al cerebro, la histeria y la violencia disminuían.

Julia recordó las palabras de Magda cuando le dijo que la ayudaría, y lloró desesperada. ¿Cómo pensaba hacerlo? Jamás podría sacarla de allí sin el consentimiento del juez y de su marido. Y si su amiga pensaba que podría ayudarla a escapar del manicomio, es que ella sí que estaba loca. La más loca del mundo. Era imposible salir de allí y no podía esperar que nadie la ayudara. Magda no tenía influencias ni conocidos. Pedro estaba encarcelado y Nana..., ella la abandonó al pensar que realmente había caído en el pozo oscuro y sombrío de la locura.

Sus ilusiones se desvanecieron y rompió a llorar. En unos años, todo el mundo la habría olvidado. La imagen de su padre advirtiéndole sobre Lorenzo le venía una y otra vez. Solo él habría podido impedir que Lorenzo se saliera con la suya. Pero... ¿por qué ella no había reaccionado? ¿Acaso no advirtió señales? Había sido una tonta. Una tonta enamorada. Él la quería, la amaba. ¿Por qué cambió?

Le dolía la cabeza de pensar, de no entender absolutamente nada, de hacerse preguntas para las que no tenía respuestas. La única verdad, la única realidad, era que iba a estar recluida en ese manicomio hasta el final de sus días. Si no hubiera parado en ese maldito pueblo y conocido a Magda, nada de eso habría ocurrido. Habría encontrado trabajo en algún sitio, o incluso podría haber aceptado las peticiones de su marido, haberle entregado todos los poderes, y ahora no se encontraría en esa situación.

«¡Dios mío! Por qué me estás haciendo pasar por esto. ¿Qué mal he hecho para que me condenes de esta manera?».

A primera hora de la mañana, Prudencia le llevó un tazón de caldo caliente y pan, que Julia devoró. No recordaba la última vez que

había comido y no supo el hambre que tenía hasta que se llevó el caldo a la boca. Cuando terminó de comer, Prudencia recogió el cuenco vacío y se dispuso a salir de la celda.

—Dentro de unos minutos vendrá el rector para verte.

—Necesito... Necesito hacer mis necesidades.

—Junto a ti tienes una bacinilla. Úsala.

—Pero está sucia —protestó Julia.

Prudencia se encogió de hombros, salió y cerró de nuevo la reja.

Cuando el rector fue a visitarla, Julia insistió en que todo se trataba de una maniobra orquestada por su marido para hacerse con su herencia, y en que la única manera o la más rápida era internarla en el manicomio.

—Señora, habla como si estuviera cuerda, pero no lo está. No solamente lo dice su marido, lo ha dictado un tribunal y, por si esto fuera poco, yo mismo la he visto y oído y no albergo duda alguna de que me encuentro frente a un caso de desesperación, histeria, manía persecutoria...

—¿Pero no entiende que una persona loca no razonaría como lo hago yo? ¿Acaso me comporto de igual manera que todos los que tiene aquí ingresados? Sé perfectamente que estoy sana y cuerda. Son ustedes lo que no lo quieren entender y, sinceramente, no entiendo por qué.

—Simple y llanamente, usted padece varios trastornos que nada tienen que ver con la pérdida absoluta de la razón. Es más, usted puede hablar y comportarse de una manera normal, y eso la hace aún más peligrosa.

—¿Usted no se da cuenta de que tiene encerrada a una persona en su sano juicio? —le increpó Julia levantando la voz—. Mi marido se deshizo de nuestro hijo. Si no lo ha matado, lo tendrá escondido Dios sabe dónde. Pero le juro por lo más sagrado que a mi hijo me lo arrebataron de mis brazos, vivo. ¿Acaso eso no es motivo suficiente para justificar mi comportamiento? Eso alteraría a cualquier persona, incluso a alguien como usted. —Julia acortó la distancia con el rector, que la miraba perplejo—. ¡Ah, claro! Se trata de dinero. Mi esposo le está dando dinero para que me retenga en este apestoso lugar. Es eso, ¿verdad? Están todos metidos en esto. Es usted un hombre

execrable. —Julia se abalanzó sobre él y lo agarró de la solapa para zarandearlo—. Si es por eso, yo le daré más dinero, todo el que quiera. Pero, por favor, isáqueme de aquí!

Celso la sujetó del pelo y de un fuerte tirón la separó del médico, que salió apresurado de la celda, no sin antes dar la orden de que la trasladasen a la sala de baños con grilletes en los pies y atada de manos.

Una vez allí, Julia observó que en aquella gran habitación había cinco bañeras repletas de agua. La desnudaron, la introdujeron en una de ellas y fueron vertiendo cubos de agua helada sobre su cabeza; la dejaron allí, en el interior de la bañera, aterida de frío, durante más de quince minutos.

La conmoción provocada por el agua helada tenía por objeto apartar a Julia de las obsesiones y manías que pudiera albergar en su mente, y se compensaba por la mejoría posterior. La dureza del remedio atraía las burlas de las enfermeras, que se reían de Julia mientras nuevos cubos de agua fría caían sobre ella. Tenía dificultad para respirar porque el agua entraba por su boca y no le daba tiempo a expulsarla, e intentaba salir de la bañera.

Sobre su piel escocida y amoratada por el frío, entre Clarita y Prudencia le colocaron el sayo de tela gruesa y fue conducida de nuevo a su celda.

—¿Por qué me hacen esto? Van a volverme loca de verdad.

Prudencia soltó una risotada.

—Sí, claro. No nos cabe la menor duda.

—Por favor, ayúdame.

Clarita, una chica de unos veinte años, muy delgada, de aspecto asustadizo, ojos hundidos y mirada dulce, nunca había entendido aquellos tratamientos, más parecidos a torturas que a remedios. La última vez que había hablado con Prudencia sobre ese tema, esta le contestó que, si volvía a cuestionar los métodos del rector, la echaría a patadas de allí. Pero no, no estaba bien. Ella no entendía de medicina ni de nada. Apenas se defendía para leer y escribir. Sin embargo, tenía la sensación de que lo que ocurría allí no era normal. Observó a Julia con pena. Podía oír el castaño de sus dientes. Esa mujer no se comportaba como el resto de los internados. Prudencia

empujó a Clarita para que saliera de la celda y cerró la puerta de hierro. La joven se quedó un segundo contemplando a Julia. No. No era como los locos ingresados.

Durante los días siguientes, el rector no apareció por la celda. Tan solo Prudencia la visitó un par de veces para cambiarle el sayo sucio por otro limpio. Ordenó a Clarita que limpiara la bacinilla y le llevara un cuenco de sopa con pan y una jarra de agua.

La chica comentó a Prudencia la conveniencia de dejarle algo de carne.

—Está en los huesos. Creo que, si sigue sin comer, va a morir de hambre.

—El ayuno forma parte de la sanación. Así debe ser.

—Pero un trozo de carne no le haría ningún daño.

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no vas tú misma al rector y se lo comentas? Seguro que lo entenderá. De manera que también entenderá que una ignorante como tú, que apenas lee y escribe, que ha sido criada en un orfanato y que gracias a mi insistencia y a su santísima piedad tienes un oficio con que ganarte la vida, le va a decir cómo hacer su trabajo —le recriminó enfadada—. ¿Quieres que te eche a patadas de aquí? Terminarás en la calle sin nada, como una cualquiera. Eres igual que tu madre.

Clarita se quedó en silencio y miró a su tía con tristeza. No tuvo más remedio que aceptar la situación. De todas maneras, quién era ella para decidir nada. Si esa mujer no estuviera mal de la cabeza, ¿por qué iba a estar en ese lugar? A nadie que estuviera cuerdo lo meterían en ese sitio. No obstante, algo tenía esa mujer que la hacía diferente al resto y sentía una gran curiosidad de saber más sobre ella.

Cada dos días, durante las semanas siguientes, la llevaban a la sala de las bañeras. La sumergían completamente en el agua, la dejaban un par de segundos, la sacaban y volvían a sumergirla una y otra vez, hasta que Julia perdía el conocimiento.

Llevaba muchas noches sin apenas dormir y, cuando lograba conciliar el sueño, las pesadillas la despertaban en un mar de sudor. Veía a Lorenzo con su hijo en brazos y se lo enseñaba riéndose. Ella se encontraba en un acantilado, tenía frío y el aire la arrastraba hacia

el borde del precipicio mientras Lorenzo reía a carcajadas. Ella quería ir hacia él, pero el viento se lo impedía y la empujaba hasta el abismo. Cuando Julia caía a las profundidades, se despertaba sudando y gritando, y la fiebre acabó por instalarse en su débil cuerpo.

El rector se encogió de hombros cuando Prudencia le informó del malestar de Julia.

—Ya sabe de sobra cómo son estas cosas —le explicó de mala gana—. Todo tiene un proceso, y lo que le está ocurriendo a esa muchacha no es más que el resultado de un tratamiento infalible para su mal. En unos días pasaré a verla. —Con un gesto de la mano le indicó a Prudencia que saliera de su despacho.

Julia no podía reprimir un escalofrío cada vez que oía pasos. Odiaba a todo el mundo y estaba segura de que obedecían órdenes de Lorenzo. ¿Por qué tanta tortura? No soportaría otro baño de agua helada. Todavía seguía tiritando de frío y le costaba controlar los temblores de su cuerpo. Aún tenía que dormir boca abajo porque las heridas de los latigazos le escocían y picaban a rabiar.

Día tras día, Julia se encontraba peor. Ardía en calor a pesar del sudor frío en su piel. Las toses eran cada vez más frecuentes y arañaban su garganta. El dolor de cabeza era constante e insoportable. Perdió la conciencia en varias ocasiones y sus sueños eran agitados y tormentosos.

Prudencia prohibió a Clarita entrar en la celda por su seguridad. Pero la chica, al verla tan enferma, decidió que debía hacer algo. Una tarde en que su tía había salido del edificio para unos encargos y Celso jugaba a las cartas con otros enfermeros, aprovechó para ir a verla. La observó durante un rato al otro lado de las rejas y vio cómo tiritaba de frío. Miró a su alrededor para comprobar que no había nadie y abrió la puerta despacio. El miedo se apoderó de ella y dudó. Si esa mujer se levantara en ese momento de la cama y se abalanzara sobre ella, hasta podría matarla. Había oído que en esa circunstancia los enfermos tienen una fuerza demoniaca.

Oyó pasos que se acercaban. Cerró la puerta y se escondió en un recodo. Si la pillaban, estaba perdida. Se lo dirían a su tía y al rector, y acabaría sola tirada en la calle. Era uno de los enfermeros que

hacía la ronda. Una vez comprobado que todo estaba en orden, se marchó por donde había venido. Clarita esperó unos segundos más hasta que escuchó las risas de los enfermeros que seguramente habían retomado el juego. Disponía de una hora. Subió las escaleras y observó que los cuatro enfermeros, incluido Celso, estaban enfrascados de nuevo en su partida de cartas. Todas las tardes, para combatir el aburrimiento, hacían lo mismo. Una rutina diaria que estaba prohibida, pero que muchas noches se prolongaba más de lo necesario aprovechando que el rector ya se había marchado a su casa. Con mucha cautela, Clarita volvió a abrir la celda y esta vez no dudó. Se acercó hasta Julia, que gimió y se revolvió en el camastro. Clarita, en un alarde de valor, sin pensar en el peligro que podía correr, le tocó la frente y comprobó que ardía de calor. Salió de la celda a toda prisa sin recordar cerrarla. Regresó a la sala donde estaban los enfermeros y llegó a una habitación en la que guardaban la ropa de cama. Cogió una manta. Buscó algo que pudiera aliviar la fiebre, algún medicamento, pero solo encontró alcohol. Lo cogió y salió apresurada de allí. Tenía que pasar de nuevo por donde estaban los hombres jugando. Al llegar a ellos, aceleró el paso.

Celso la sujetó del brazo.

—¿Dónde vas con eso?

—Tengo... tengo que llevarla a...

—Trío de ases —uno de los enfermeros lanzó las cartas sobre la mesa.

—No es posible —gruñó Celso sin soltar a Clarita—. No puede ser, yo tengo pareja de ases y jotas. Eres un tramposo de mierda, hijo de perra.

—Tú eres el tramposo.

—Vamos, muchacho. Te han pillado. Déjalo ya —intervino otro de los enfermeros.

—Te voy a partir esa cara estúpida —Celso soltó a Clarita y levantó el puño amenazante hacia su compañero.

La chica aprovechó la bronca para salir de allí. Bajó corriendo las escaleras y esperó pacientemente a que los hombres se calmaran. Cuando oyó las risas y entendió que habían retomado el juego, entró en la celda y se sentó junto a Julia. Empapó en alcohol un trozo de

tela y se la colocó sobre la frente. Le subió el sayo y se sobresaltó ante el estado en que la habían dejado los azotes. Tenía la espalda cubierta de sangre seca y observó pasmada que algunas heridas tenían alrededor la hinchazón propia que produce la infección. No tenía nada con qué curarla, pero al día siguiente no dudaría en hacerse con algún remedio para sus heridas.

El rector era un monstruo. Ella le tenía pánico. A pesar de su aspecto pulcro y de sus palabras suaves, era temido no solo por los enfermos, sino también por los que trabajaban para él.

No pudo contener las lágrimas. Colocó la manta sobre el cuerpo de Julia y, al ver que no paraba de tiritar, se recostó a su lado y se apretó contra ella para darle calor.

Sabía que debía marcharse cuanto antes de allí, pero no pudo reprimir el deseo de apurar hasta el último minuto. Acarició el pelo de Julia y la besó en la frente.

Julia deliraba por las fiebres. Hablaba en voz alta, gemía y suplicaba y de nuevo se sumía en un mar de pesadillas.

Notó que alguien le humedecía los labios con agua y entonces una alegría inmensa llenó su corazón. Era su madre la que estaba allí, cuidándola.

—Madre. —Julia apenas pudo pronunciar su nombre. Quiso hacer un esfuerzo por levantar el brazo y acariciar la mano de su madre, pero su brazo pesaba mucho y no tenía fuerzas para ello—. Madre.

Desde aquel día, Clarita pasó todas las tardes junto a Julia sin que Prudencia lo supiera. La curaba, le bajaba caldos calientes y algo de carne que arañaba de la cocina, y le suministraba en las heridas de la espalda un unguento que ella misma preparaba a base de plantas.

Tras unas semanas, Clarita bajó a visitarla una tarde y comprobó que la fiebre había remitido, las heridas se habían cicatrizado y Julia ya no deliraba. Su tez había recobrado algo de color. No quería despertarla, pues consideraba que no le vendría mal descansar; con las mismas salió de la celda y, justo al cerrar la reja, oyó pasos que se aproximaban. Sin entretenerse, se escondió bajo el recodo de la escalera.

Capítulo 28

Cuando Julia abrió los ojos, vio a Prudencia abrir la reja de la celda para dejar pasar al rector acompañado de un joven médico vestido con una bata blanca al que no había visto antes. Cuando ambos se acercaron a ella, su cuerpo empezó a agitarse y se pegó contra la pared para protegerse.

—¡Déjenme en paz! ¡Déjenme en paz!

—Ya ha pasado lo peor —le dijo el rector a su acompañante—. Las fiebres son buenas. Aplacan el calor y los sofocos del cuerpo que producen una subida de la bilis. —El rector la auscultó mientras explicaba los pormenores a su colega—. A pesar de haberla tratado, seguía presentando brotes de agresividad, violencia y obstinación, por lo que, antes de proceder a una sangría, decidimos rebajar el exceso de temperatura de la sangre con baños de agua fría.

—Pero ¿las fiebres no podrían haberla debilitado de manera alarmante? —preguntó el joven con interés.

—Erróneo —contestó molesto por la pregunta—. Es un método eficaz casi al cien por cien. —El rector terminó de examinar a Julia y se dirigió a su acompañante—. Las mujeres poseen un exceso de sangre en su cuerpo que es expulsado mensualmente por la menstruación. Esta mujer lleva aquí poco más de un mes y aún no ha tenido su sangrado. Por ese motivo, todo este aumento de temperatura le produce exaltaciones incontroladas. Los celos, por ejemplo, provocan calentura corporal, así como las pasiones, la fogosidad, los arrebatos, el exceso de entusiasmo... En fin, antes y durante la menstruación, una mujer puede cometer los delitos más atroces que se pueda imaginar. Se podría decir que poseen una mayor predisposición al desequilibrio mental. La diferencia entre las que se vuelven locas y las que no radica en que las segundas tienen una vida normalizada, con esposos e hijos a los que crían según los

sagrados mandamientos de la Iglesia. ¿Conoce alguna prostituta que esté sana? ¿Tiene conocimiento de que las mujeres dedicadas a la brujería estén en su sano juicio?

El joven negó con la cabeza.

—Mire —prosiguió el rector—, está demostrado que, si deja un pelo de pubis mezclado con la sangre de la menstruación en un estercolero, con el tiempo los cerdos, contagiados, se pueden convertir en animales dañinos y peligrosos.

El joven médico hizo un mohín.

—¿Cómo puede ser eso? —le preguntó al rector con incredulidad—. Gracias a la menstruación, las mujeres pueden concebir a sus hijos. Creo, con toda honestidad, que se trata más bien de supersticiones.

—Mire usted, joven. En Alemania, sin ir más lejos, se tiene la completa seguridad de que los hijos engendrados durante la menstruación son pelirrojos, niños perniciosos y viciosos por naturaleza y más proclives a enfermar de lepra. En Francia, país pionero en estos temas, se ha comprobado que los hijos concebidos durante la menstruación nacen con deformidades y algunos son verdaderamente monstruosos; y en cuanto a las hijas concebidas de la misma manera, carecen de menstruación de por vida. En Argamasilla, Alcázar de San Juan, Almagro, así como en otros pueblos castellanos (y esto, amigo mío, lo conozco bien porque trabajé allí durante años), se han dado casos de niños contagiados de enfermedades desconocidas por haber sido tocados por mujeres durante los días de sangrado. Como si fueran maldiciones. Sin que esto se malinterprete...

—Pero no entiendo cómo es posible...

—A nivel mucho más popular y, en consecuencia, sin que debamos darle demasiada importancia, se cree que el contacto con la mujer que está menstruando estropea la masa del pan y empeora a los enfermos. Solo con su tacto o roce, las flores se marchitan y los árboles pierden su fruto.... En fin, para terminar con todo esto y no extenderme más, le diré que hasta en el Concilio de Nicea prohibieron la entrada a las mujeres menstruantes.

El ayudante apuntaba en un cuaderno todo cuanto el rector, un hombre con fama de implacable, iba argumentando. Él era el

maestro, el erudito y experto explorador del cerebro. Según las personas que lo conocían, no toleraba injerencias de nadie en su trabajo, salvo en el caso de las personas que él respetaba, a las que él rendía pleitesía, los precursores de las mismas teorías que él ponía en práctica, como, por ejemplo, su admirado René Descartes o Thomas Willis, con su hipótesis del círculo arterial cerebral que pretendía explicar el recorrido de la sangre desde que entra por la carótida interna o vertebral y se distribuye por ambos hemisferios cerebrales.

Mauricio Sandoval devoraba cuanto se había publicado sobre las causas de la perturbación mental. Para él, la demencia, ya se tratara de manías, obsesiones, histeria o melancolía, siempre era la afirmación de un cúmulo de debilidades corporales provocadas por excesos de producción orgánica, como la sangre en el caso de la mujer, que se corregían con métodos agresivos, pero contundentes. Aparte de los baños de agua fría y los azotes, también utilizaba los aceites de ámbar y la ingesta de limaduras de hierro, jabón o vinagre, que servían para purgar el organismo.

Julia pasaba los días medio adormecida por el cansancio. Las horas le parecían interminables y no paraba de buscar explicaciones sobre su situación. Estaba claro que no podía contar con la ayuda del rector, pues, por más que lo intentaba, era como hablar con un muro de piedra. Al principio, le había parecido un hombre entregado a su profesión que deseaba ayudar a los enfermos. Pero, con el tiempo, le había demostrado que no era más que un presuntuoso encumbrado por la gente que tenía alrededor. No dudaba en aplicar las más horribles técnicas a los enfermos. Ella lo había visto y lo había sufrido en sus propias carnes. ¿Es que nadie se daba cuenta de lo que allí ocurría? ¿Acaso no eran conscientes del sufrimiento que infligían a la gente, por perturbada que estuviera?

Recordó que, cuando paseaba con sus padres por Toledo y veían a un loco en la calle, la gente se apartaba como si tuviera la peste. Los niños le tiraban piedras o se arremolinaban a su alrededor para insultarlo, o caminaban tras él burlándose de sus gestos.

Las prostitutas y mendigos allí encerrados no corrían mejor suerte. En los breves momentos que salía de su celda, había tenido tiempo de observar que solo a los dementes más peligrosos los tenían aislados en celdas como la suya. Siempre iban con grilletes como ella y en raras ocasiones los sacaban al patio; siempre vigilados, nunca solos, como ella. Julia no tardó en entender que la consideraban peligrosa, altamente violenta, y eso lo pensaban cuantos trabajaban en ese manicomio.

Se tensó al oír unos pasos que se acercaban a su celda. Esperaba que, de un momento a otro, apareciera la bruja gorda que la atormentaba sin compasión. Pero unos segundos después a quien vio tras la reja fue a la chica joven. Era delgada, con los ojos un poco tristes y el pelo recogido en una redecilla, al igual que Prudencia. Tenía una piel algo pecosa y unos labios finos que no paraba de morderse.

—¿Qué miras? —le reprochó Julia—. ¿Te gusta verme sufrir?

—Solo quería... solo deseaba ver cómo estabas —contestó indecisa.

Julia le dio la espalda.

Tomando ese gesto de indiferencia como algo positivo, se armó de valor, abrió la reja y, en un acto de sensatez, la dejó a medio cerrar por si acaso.

—Has estado enferma. Tenías fiebre muy alta y... pensé que no te curarías. —Clarita hablaba de forma suave y dulce.

—¿Puedes sacarme de aquí? —le preguntó Julia sin mirarla.

—No. No puedo.

—Entonces, márchate.

—A lo mejor podríamos hablar.

—No necesito hablar. No necesito compasión. Necesito justicia —protestó Julia sin moverse.

—Yo creo que tú no estás loca, y sé lo que digo porque yo he visto a la gente que verdaderamente lo está, y tú no te pareces a ellos. Bueno..., aunque digan que eres muy peligrosa.

—¿Peligrosa? —Julia se incorporó de la cama—. ¿Cómo creen que puedo defenderme de esta situación? Si cada vez que intento ser escuchada, me silencian. Si no estoy loca, ¿por qué debo consentir que me traten como tal? ¿Cómo te sentirías tú si estuvieras en mi

situación? Claro que tengo rabia, una rabia intensa que me está destrozando. Impotencia, ira... ¿Cómo pretenden que me comporte?

Clarita retrocedió dos pasos. Salió de espaldas y, tras cerrar la puerta, se quedó al otro lado en silencio.

—Tengo que marcharme, nadie sabe que estoy aquí. Si me ven hablando contigo, me castigarán y me quitarán mi trabajo —se disculpó—. Me llamo Clara, bueno, aquí me llaman Clarita.

Julia pensó en la muchacha. No tenía muy claras las razones que la motivaban a pensar así, pero el caso era que tenía la esperanza de volver a verla. Si realmente quería seguir cuerda, necesitaba hablar con alguien o la soledad la empujaría al abismo de sus pesadillas. No obstante, Clarita no bajó al día siguiente, ni al otro ni durante otros dos días más.

Julia volvió a tener pesadillas, pero esta vez no se encontraba en un precipicio. Paseaba por la playa a orillas del mar cuando una ola enorme parecía que la iba a engullir. Ella corría para salvarse y se despertaba aterrorizada.

Ya no veía la forma de encontrar un momento de sosiego. Ni tan siquiera podía dormir. Las pesadillas eran tan reales como el suplicio al que la sometían durante el día y, si pensaba en su hijo, la angustia era tan sobrecogedora que terminaba llorando o golpeando las paredes. Ni siquiera su recuerdo la consolaba porque la desesperación le generaba una ansiedad tremenda que le provocaba dificultad para respirar.

Después de un tiempo, Clarita decidió ir a visitar a Julia. El patio estaba desierto. Tan solo estaba el vigilante de la puerta, el chico joven de ojos azules con el que se veía en secreto desde hacía poco tiempo. Los dos lo pasaban bien juntos. Se saludaron y siguió hacia su objetivo. Todo estaba tranquilo, pues la mayoría de los reclusos estaban encerrados en las celdas y el personal se mantenía ocupado desayunando o inmerso en sus quehaceres. Cuando comprobó que en la planta baja no había nadie, se acercó hasta la celda de Julia.

—No tengo mucho tiempo —comentó en voz baja—. Te he traído un trozo del bollo que hice anoche.

Julia no se movió de la cama.

—No deberían tratarte así. Mi tía es muy dura, pero solo obedece

las órdenes.

—¿Tu tía? —Julia la miró extrañada.

—Prudencia es mi tía, pero... ella no sabe que estoy aquí. Te lo juro.

—Clarita hizo una señal de la cruz—. Si supiera que he bajado para hablar contigo, me mataría.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Porque creo que es una injusticia lo que están haciendo contigo.

—Tú no sabes nada de mí. ¿Por qué habrías de fiarte? A fin de cuentas, no dejo de ser una perturbada peligrosa a la que han ingresado.

—Ya te lo dije, a mí no me lo pareces. Más bien..., bueno, me pareces una persona rara, pero de ahí a loca...

Julia no pudo reprimir un soplo. Rara. Eso sí que era nuevo para ella.

—¿Quieres el bollo o no?

Julia se acercó a la reja. Cuando se llevó el dulce a la boca, no esperó a guardar las formas, lo devoró, lo engulló de tal forma que se atragantó y empezó a toser. Una vez recompuesta, agradeció el detalle y volvió a su cama.

—Debo marcharme. —Clarita dudó unos segundos—. Si quieres, puedo volver.

—Me da igual. Haz lo que quieras. De todas formas, yo estaré aquí, no creo que vaya a ningún sitio —respondió con acidez.

Prudencia se encontraba de malhumor y muy disgustada con Clarita, pues le habían informado que su sobrina visitaba a Julia. Le había explicado por activa y por pasiva que no era parte de sus funciones, amén de poner en peligro su vida. Hablaría con ella en cuanto estuviera más desocupada; ahora tenía que atender las órdenes del rector, y por mucho que le molestaran, no podía contradecirle. Prudencia, al igual que Celso, cumplía con su deber sin cuestionar los métodos. Ese no era su trabajo, ni hablar. El rector confiaba en ella y su responsabilidad para con él era sagrada. No dudaría en recriminar a su sobrina, incluso en echarla de su casa si, por su negligencia, ponía en peligro su permanencia en El Nuncio. Ese

trabajo era toda su vida y así seguiría siendo. Al fin y al cabo, su sobrina no dejaba de ser un estorbo para ella.

—Tengo orden de sacarte al patio. —Ella no se encargaba de pasear a los locos. Eso era tarea de las ayudantes, entre ellas, de su sobrina. Julia odiaba a Prudencia, a Celso y al rector. Cada vez que uno de ellos se encontraba cerca de ella, sus manos temblaban y un escalofrío recorría su espina dorsal. ¿Por qué la odiaban tanto? ¿No les bastaba con verla allí encerrada de por vida? —. ¿Estás sorda además de loca?

Prudencia la zarandeó, pero Julia no se movió. En su afán de levantarla de la cama, tiró de ella con tanta fuerza que Julia cayó al suelo. En vez de taparse la cabeza con las manos como hacía siempre, la rabia se apoderó de ella. Agarró el pie de Prudencia y le mordió el tobillo con tanta fuerza que, a pesar de los golpes que Prudencia le asestaba en la cabeza para que la soltara, siguió apretando hasta que notó el sabor de la sangre en su boca.

Un fuerte golpe en la cara la dejó sin sentido.

Cuando Julia abrió los ojos, se encontró sentada en una silla con las manos atadas al respaldo y los pies sujetos por grilletes. Clarita le inmovilizaba fuertemente la cabeza mientras Prudencia le cortaba el pelo. Los mechones castaños caían sobre el sucio suelo. Julia cerró los ojos y pensó en Ramona. Todas las mañanas cepillaba su hermosa cabellera, que se tornaba suave y brillante y caía en cascada hasta la cintura.

Prudencia cortaba sin miramientos, arañando su piel y provocándole fuertes tirones de pelo. Julia se revolvía en la silla impotente, provocándose pequeños cortes con su movimiento. Pero la enfermera, ayudada por Clarita que la sujetaba firmemente, continuó su trabajo hasta que la piel de su cabeza apareció entre las calvas que le iba dejando. Diez minutos después, su cabello yacía esparcido en el suelo.

El doctor Sandoval dio comienzo al tratamiento. Con mucho cuidado, colocó sobre su cabeza rapada tres sanguijuelas que, una vez que encontraron el lugar idóneo, se adhirieron rápidamente a ella con su ventosa.

El rector miraba con pasión el trabajo de sus gusanos preferidos de

cinco centímetros de largo y observaba con devoción cómo la boca de esos hirudos, con tres mandíbulas en forma de sierra compuestas por más de cien minúsculos colmillos cada una, cortaba la piel de la enferma y dibujaba sobre su cabeza una minúscula estrella de tres puntas.

Con quince minutos habría sido suficiente, pero el rector decidió dejarlas cerca de una hora. Amaba a esos bichos. Los cuidaba como si de su mejor tesoro se tratara. Las traía de Francia, pues decían que eran las mejores chupadoras de sangre, y no reparó en gastos para hacerse con más de cien.

Cuando se llevaron a Julia, la sangre seguía brotándole a través de los pequeños orificios que las sanguijuelas le habían producido y durante tres largos días la mantuvieron con las manos atadas a la espalda para que no pudiera rascarse las heridas y así prevenir infecciones. Durante ese tiempo, Clarita obvió la prohibición de visitarla a pesar de las advertencias de su tía, que para entonces la había amenazado con echarla de su casa si seguía desoyendo sus órdenes.

El muchacho que vigilaba la puerta, Anselmo, le avisaba de las salidas y entradas del rector e informaba a Clarita de dónde se encontraba Prudencia para que pudiera escaparse y bajar a visitar a Julia. En todo este tiempo la relación entre el muchacho y Clarita se había consolidado y no dudó ni un segundo en ayudarla. Sabía del gran corazón de la muchacha y, si quería ayudar a esa mujer enferma, sería porque algo había visto en ella que la hacía especial y diferente de los demás. No obstante, odiaba a Prudencia. En más de una ocasión en que había visto cómo trataba a su novia, a punto había estado de asestarle un puñetazo. En cuanto pudieran, se irían los dos fuera de ese apestoso lugar. Ya habían hablado de sus planes, que mantenían en secreto.

Julia se dejaba hacer por la chica. Esta le curaba las heridas de la cabeza, le daba masajes en los pies, se quedaba un rato para hacerle compañía y, siempre que podía, le llevaba un bollo de los que ella misma hacía en su casa.

—¿Sabes que la reina doña Urraca está entre nosotros? —bromeó Clarita—. Bueno, sin contar con que también tenemos al hermano del mismísimo rey don Fernando. Como ves, estamos en un lugar muy importante. —Julia no hizo ningún comentario y la muchacha siguió hablando—. Yo no sabía quién era la Urraca esa y luego me enteré por mi Anselmo que fue reina de España. ¡La pobre! Es una mujer muy mayor, debe tener unos cincuenta o sesenta años. Me refiero a la loca, claro, no a la reina. —Clarita soltó una carcajada por su ocurrencia—. Pero ¡madre mía! Yo le echaba muchos más. Me da pena porque lleva aquí ni se sabe cuánto tiempo y nunca he visto a nadie que venga a verla. Más sola que la una, la pobre. No es la única, porque hay otro, el que te digo que dice que es el hermano del rey... —Clarita se quedó pensativa—. ¿Pues cuántos reyes hemos tenido? Y digo yo que por qué ningún loco se cree que es un herrero o un cura o mi tía. ¿Te imaginas que alguien dijera que es la mismísima Prudencia? Vamos, te digo yo que lo que nos faltaba, tener dos iguales. ¿Por qué todos quieren ser reyes o algo así? ¿Qué tendrán en sus cabezas esas almas perdidas para decir eso? Te digo que ni siquiera saben quiénes son esas personas. —Julia se negaba a comer. Ni siquiera había probado el bollo que le había llevado, y eso preocupó a Clarita—. Tienes que comer. Si no comes, te vas a morir.

—No quiero nada. —Su voz sonó débil y cansada.

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó la muchacha, acongojada—. ¿Por qué no me hablas? Cuando estabas con las fiebres, un día me llamaste mamá.

Julia la miró sorprendida.

—¿Dije yo eso?

—Sí. —Clarita dudó si contarle todo lo que había dicho en sus sueños, pero pensó que, al hacerlo, podía ayudarla a salir del pozo donde se estaba metiendo, y no se frenó—. Hablabas de tu hijo.

Julia se incorporó con dificultad y la miró con los ojos desorbitados.

—¡Ni lo menciones! ¿Me has oído? Jamás vuelvas a hablar de mi niño.

La muchacha dio un respingo, saltó de la cama y se fue hacia la puerta, asustada.

—Perdona, yo...

—Lo siento, lo siento, por favor no te marches, lo siento. —Julia rompió a llorar. Hacía días que no derramaba una sola lágrima y, una vez que empezó, no pudo parar.

—No tengo ni idea de cómo hablarte —se disculpó Clarita—, pero, lo que digo, lo digo sin querer hacerte daño.

—Lo sé. Siento haberte asustado. No sé cómo llevar esta agonía. —Julia no quería que la chica se marchase. Era la única persona con la que podía hablar y desahogarse.

—No volveré a mencionarlo. Te lo juro.

—Mi hijo...

—¿Dónde está ahora?

Julia la miró recelosa.

—Según todo el mundo, está muerto.

—¿Entonces...? Puedes confiar en mí. —Clarita sospechaba que la mujer dudaba acerca de si debía hablar con ella—. Yo también tengo un secreto. Te lo voy a contar para que veas que yo confío en ti. Yo no quiero hacerte daño, Julia. No sabes cómo me duele verte de esta manera. Si sabes de alguien con quien pueda contactar para ayudarte, no dudaré ni un segundo en hacerlo.

Los ojos de Julia se iluminaron.

—Podrías buscar a una amiga mía; se llama Magda y... —Julia resopló. No era una buena idea. Si por casualidad Clarita diera con ella, ¿qué podrían hacer? Nada. Salir de allí era imposible.

—Yo la buscaré; daré con ella. ¿Quién es Magda?

—Magda es mi mejor... mi única amiga. Cuando logré escapar de mi casa...

—¿Te escapaste de tu casa? ¿Tú? —preguntó sorprendida.

—Sí.

—¿Y tu esposo?

Julia dudó durante unos minutos, pero entendió que, si quería que esa muchacha la ayudara, lo primero que debía hacer era contarle su vida.

—Yo vivía aquí, en Toledo, en la calle Cadenas, cerca de la catedral y, aunque esté mal decirlo, provengo de una buena familia. Adoraba a mis padres y a Ramona. Ramona era mi nana —aclaró.

—¡Qué lujo! Con criada y todo —comentó Clarita, que para

entonces se había acomodado al lado de Julia.

—Lo que más me gustaba en este mundo era trotar sobre mi caballo por los campos que había alrededor del cigarral.

—¿Tenías caballo?

—Clara, no te quedes con lo insignificante, por favor —la cortó Julia, molesta—. Me cuesta mucho hablar de mi vida. Lo intento, de veras, pero será mejor que lo dejemos.

—Yo he vivido en un orfanato. Mi madre murió en el parto y mi tía me entregó al hospicio. No conozco a mi padre. Según mi tía, ni siquiera mi madre sabía quién era. No sé lo que es un abrazo, un beso, una caricia, y mucho menos tener criada o caballo. Mi tía me recogió porque le avisaron que en el orfanato, con ocho años, ya no me podían mantener y, si no me recogía ella, me iban a dar en adopción. En un arranque de compasión o de mala conciencia, fue a buscarme. No he hecho otra cosa que fregar, barrer y coser para mi tía. Aprendí a base de pescozones y pellizcos. Por la cuenta que me traía, aprendí bien y rápido. Cuando cumplí los quince años, mi tía habló con el rector para ponerme a trabajar. Decía que tenía que pagar por los cachos de pan que me comía, porque ella no podía alimentar más bocas. Solo somos mi tía y yo. Me dice que soy igual que mi madre y que acabaré preñada de cualquier zarrapastroso que me encuentre y, entonces, me echará a la calle. —Clarita se limpió las lágrimas con la manga del vestido y se dispuso a salir de la celda.

Julia cerró los ojos y se maldijo por haber sido tan dura.

—Perdona. Soy una estúpida, no quería ofenderte —se disculpó Julia—. Te contaré mi historia.

Capítulo 29

Pasado los días de recuperación, el rector, acompañado de Prudencia, fue a visitar a Julia a la celda. Dio el visto bueno a la cicatrización de las heridas producidas por la sangría, comprobó que la espalda apenas tenía marcas de los azotes y que la enferma estaba correctamente aseada. Prudencia sonrió satisfecha. Lo que el rector desconocía era que solo se ocupaba de ella cuando él iba a visitarla. De lo contrario, para no tener ningún percance con la enferma, ni le quitaba los grilletes ni le cambiaba el sayo y, al no poder moverse, Julia se hacía sus necesidades en la cama. Si Clarita no podía ir a verla, podía pasarse días sobre sus propios excrementos.

La limpieza de los enfermos era crucial para evitar infecciones y plagas, pero la realidad era bien distinta. Los presos más peligrosos, entre los que se encontraba Julia, eran aislados en celdas como la de ella, en las que la higiene brillaba por su ausencia. Bien distinta era la situación de los enfermos tranquilos y sumisos, a los que no solo se los limpiaba a diario, sino que, además, en el caso de los hombres, los ponían a trabajar en una pequeña granja que el edificio tenía a sus espaldas. A las mujeres las mantenían entretenidas cosiendo o tejiendo los sayos que se utilizaban para vestirlos. Todo ello para evitar la inactividad, pues la ociosidad, según el rector, podía perturbarlos más aún, provocarles vicios y malos hábitos que empeoraban su salud y los volvían más agresivos e irascibles.

—¿Ha salido al patio? —preguntó el rector a la guardiana.

—No, señor. El otro día pensaba sacarla un rato, pero mire lo que pasó —le confesó mientras le enseñaba el mordisco del tobillo—. No puedes fiarte de esta mujer.

—¿Ha tenido la menstruación en los últimos días?

—No, señor.

—Si no le baja en las próximas semanas, habrá que realizarle otra sangría. Llame a su sobrina y bájenla al patio media hora —ordenó el rector.

—Es peligrosa —protestó Prudencia.

—No tiene que temer nada. Haga lo que le digo.

De mala gana, Prudencia fue a buscar a su sobrina. Entre las dos sujetaron a Julia y la bajaron al patio.

La sentaron en el suelo húmedo, pues desde la noche anterior no había parado de llover. Esa mañana todavía chispeaba suavemente y, a pesar de las protestas de su sobrina, Prudencia sonrió al pensar que un poco de agua no le vendría mal a la enferma. Así recordaría los baños de agua helada y no le entrarían ganas de volver a morderla. El patio estaba despejado. Los enfermos habían sido conducidos a sus habitáculos, por lo que se encontraban solas. Prudencia dejó con gusto a Julia a cargo de su sobrina y se marchó con la excusa de que tenía que seguir atendiendo a otros enfermos. Lejos de preocuparse, Clarita lo agradeció. La llevó hacia los soportales y allí se sentaron en el suelo muy pegadas una junto a la otra. El día que Julia le había contado su historia no había podido pegar ojo. Se revolvía en la cama ahogando su llanto contra la almohada para que su tía no pudiera oírla. Su vida no era ni la cuarta parte de mísera e injusta que la de esa mujer. No podía entender que esas cosas pasaran en las familias ricas. Una mujer como ella, que no tenía nada, estaba expuesta a cualquier cosa, pero las mujeres como Julia siempre tenían recursos.

Esa misma mañana, antes de ir a El Nuncio, tuvo una idea. Aprovechando que su tía las había dejado solas, decidió contársela, pero Julia se le adelantó.

—Clarita, tengo que pedirte un favor —soltó de repente, amortiguando con su voz el repiqueteo de las débiles gotas de lluvia contra el suelo del patio—. Necesito escribir una carta a mi hijo. Entiendo que te sorprenda. Soy consciente de que nunca la va a recibir, pero te pido que me ayudes. Necesito hacerlo..., por favor.

—Yo quería darte las gracias por confiar en mí. Salvo mi Anselmo...

—Clarita se dio cuenta de que no le había contado nada de sus planes. Miró en todas las direcciones para asegurarse de que nadie la

escuchaba—. Voy a marcharme con mi novio. De momento, nos iremos con sus padres, luego ya veremos. —Al ver que Julia no reaccionaba, prosiguió—: Anselmo es uno de los que vigilan la puerta. Si mi tía se enterase, lo echarían de aquí y a mí... El caso es que queremos irnos de este maldito sitio. Íbamos a esperar un tiempo, pero me parece que vamos a hacerlo cuanto antes. Ya no puedo soportar esto más. —Julia seguía sin reaccionar. Parecía estar en otro mundo. Seguro que no había escuchado nada de lo que le acababa de decir—. Perdona, siempre meto la pata contigo. Me hablas de tu hijo y yo te hablo de mi novio. Te ayudaré; mañana traeré papel y pluma. Pero... escúchame. Llevo varios días pensando en lo que me contaste. Si esa Magda es de ley, como yo creo que es, puedo ir a buscarla.

Le pareció percibir un brillo de esperanza en los ojos de Julia.

—No sé dónde estará. Puede que ya no se encuentre en Toledo.

—Yo la buscaré.

—Me dijo que me sacaría de aquí —Julia miró a Clarita con pena—, pero solo son palabras. Nada se puede hacer por mí. —Pasó la vista por los grilletos que apretaban sus manos y sus pies—. No... No podéis hacer nada.

La lluvia arreció y Clarita la ayudó a ponerse en pie.

—Vámonos de aquí. Me da igual lo que digan mi tía, el médico o el papa de Roma.

Cuando llegaron a la celda ya era la hora del almuerzo. Celso llegaba en ese instante con un cuenco lleno de caldo transparente, tocino, un trozo de carne y pan.

—¿Sabe tu tía que estás aquí con esta? —le preguntó, señalando a Julia con la cabeza.

—Por supuesto que sí. Yo le daré de comer y me quedaré un rato con ella.

—Es peligrosa —insistió Celso.

—¿Pero no ves que está atada? ¡Por el amor de Dios, dame la comida!

—Tengo otras órdenes.

—Pues desóyelas y no digas nada. ¿O quieres que yo cuente las partidas de cartas de todas las tardes y cómo os atiborráis de ron?

¿Crees que al rector le gustaría saber que, en cuanto se marcha, os dedicáis a emborracharos hasta la madrugada y que entráis en su despacho para robarle los puros?

—No te atreverás o te rompo esa cara de lerda que tienes —bramó el hombre.

—No me tientes, no me tientes —gritó altanera Clarita.

Celso no quiso provocarla. Dejó la bandeja en el suelo con tanta rabia que volcó el cuenco con la sopa y se marchó cerrando la reja de golpe.

—Bueno, espero que todavía quede algo de caldo.

Julia se negó a comer y Clarita, desesperada, optó por salir de la celda con la promesa de volver.

Dos horas después, regresó con papel y pluma y, ante la sorpresa de Julia, hizo un ademán con la mano.

—Sí, ya sé que te dije que lo haríamos mañana, pero mira por dónde me encontré abierta la puerta del despacho del rector y sobre la mesa me esperaban todo los aparejos para escribir.

Julia hizo una mueca que a Clarita le pareció una sonrisa.

—Te vas a meter en un lío por mi culpa.

—No te preocupes.

La chica esperó pacientemente a que terminara de escribir, recogió la carta, la dobló cuidadosamente y se la guardó en el bolsillo de su viejo vestido.

—¿Dónde la envió? Si pudiera dar con Magda y ella con tu hijo...

Julia sonrió tristemente

—No la envíes a ningún sitio.

Esa noche Clarita esperó nerviosa a que su tía se retirara a dormir y se quedó despierta hasta que oyó sus ronquidos. De puntillas sobre el frío suelo, alcanzó una de las velas, la encendió y, una vez en su camastro, empezó a leer la carta de Julia:

Nunca creí, hijo mío, que algún día escribiría esta carta para ti. Ninguna madre debería verse abocada a dirigirse de esta forma a su hijo. Yo debo hacerlo, mi amor. Debo hacerlo por los dos. Porque el día que la leas no estaré ya en este mundo y no quiero irme sin decirte, vida mía, que eres la única luz que alumbra esta penosa vida, que ilumina esta pequeña celda de locos que ahora habito. Es por ti por lo único que soporto la injusticia en mi piel y la

humillación de mi alma. Tengo tu imagen viva en mi retina, te he fijado en mi mente, y no hay un solo día, una sola noche, que no piense en ti. Cuando cierro mis ojos, te imagino en mis brazos, y veo cómo te duermes mientras te velo al son de una nana. Con esta carta me despido, y mi sueño de volver a verte morirá conmigo. Pero, allí donde mi alma vaya, seguiré pensando en ti. Quiero decirte, mi cielo, que tú, nacido del amor verdadero, eres mi sol, lo más bonito que he tenido, lo único mío, lo que más quiero, lo más dulce que ha rozado mi piel. Cuántos besos y abrazos quedan en el aire, cariño mío, cuánto amor que nunca podré darte.

Cada palabra, cada frase de esa carta, le llegó a lo más profundo de su corazón, y lloró desconsoladamente. Era la carta más triste que una madre pudiera escribir a su hijo. Julia era muy desgraciada y por culpa de ese hombre había sufrido todas las humillaciones del mundo. Encerrada, violada, ingresada en un manicomio y alejada de su hijo. Julia estaba muy débil y no resistiría mucho tiempo allí. Decidió que era el momento de buscar a Magda.

Durante los días siguientes la actividad en el manicomio fue la misma de siempre, salvo un episodio aislado que obligó a intervenir a todos los que trabajaban en El Nuncio. Uno de los enfermos enrolló una de sus cadenas en el cuello de otro y lo asfixió hasta provocarle la muerte. Cuando su cuerpo cayó al suelo, el resto de los que allí se encontraban se abalanzaron sobre él para propinarle patadas y golpes. Ante los gritos, los dementes más dóciles que se encontraban en el patio se arremolinaron ante las rejas de la celda para ver el espectáculo. Uno de los enfermeros se acercó para ver qué estaba sucediendo y, al intentar apartarlos, lo rodearon, lo tiraron al suelo y lo golpearon sin piedad. Le quitaron las llaves del bolsillo y abrieron la reja de la celda.

Prudencia entró en el patio en ese mismo momento llevando a Julia del brazo. Le había quitado los grilletes de los pies para no tener que tirar de ella. Al ver el alboroto, la dejó sola y fue a ayudar su compañero. Se abalanzó sobre los enfermos y, gracias a su corpulencia, pudo sacar al malherido enfermero de allí. Celso llegó a los pocos minutos con refuerzos.

Julia observó con horror cómo los golpeaban en la cabeza con sus porras hasta hacerlos caer al suelo, y una vez allí, indefensos,

seguían pegándoles con saña. Gritó de rabia e increpó a Celso para que dejara de golpear al hombre que yacía muerto en el suelo. Prudencia, al verla, corrió hacia Julia y le propinó una bofetada en la cara. Pero Julia la empujó con todas sus fuerzas, la tiró al suelo y, poseída por la rabia, se precipitó sobre ella para arañarla y tirarle del pelo, hasta que la mano de Celso la agarró del cuello y la echó hacia un lado. En menos de diez minutos, el rector apareció en el patio con una veintena de hombres que pudieron controlar la situación y recluir a los enfermos en sus celdas.

La mirada gélida de Prudencia le provocó a Julia un escalofrío por todo el cuerpo. En ese momento supo que le haría pagar por lo ocurrido.

Clarita llevaba varias noches sin dormir. Por un lado, Anselmo le insistía en esperar varios meses más para marcharse de ese infierno, y a ella la espera se le hacía insufrible. No había manera de hacerle comprender que ella no podía aguardar tanto tiempo. Si en algún momento, alguien los veía juntos y le iba con el cuento a su tía, esta nunca lo permitiría, aunque todavía no sabía muy bien el motivo. La única razón que le venía a la cabeza era que, a través de ella, se estaba vengando de su madre. Por otro lado, la historia de Julia realmente la tenía obsesionada. En más de una ocasión había hablado de ella con su tía, pero siempre acababan discutiendo. Notaba una especial mala predisposición de Prudencia hacia Julia, una animadversión que no llegaba a entender y que empezaba a preocuparla. Tenía que encontrar a Magda cuanto antes, pero no sabía muy bien por dónde empezar. Estaba claro que debería buscarla en posadas y no descartaba los prostíbulos. Julia tenía idealizada a su amiga. Pero, dadas las circunstancias, si no tenía dinero, de algo tenía que vivir, y en los tiempos que corrían...

Se levantó de la cama con el ánimo de salir a buscarla ese mismo día. Lo primero que hizo fue decirle a su tía que se encontraba muy mal y que se quedaría en casa. Solo a Anselmo le contaría sus planes.

El rector observaba a Julia, sentada en el camastro de la celda. Le habían dado quince azotes. Esta vez Celso había sido el encargado de

efectuarlos. Cuando no llevaba ni tan siquiera cinco, paró y miró al rector. Esa mujer estaba muy delgada y débil, no aguantaría ni diez azotes. El gesto del médico para que siguiera fue tan contundente que no dudó en obedecer. Julia tenía la cabeza inclinada hacia el pecho y el cuerpo se tambaleaba a merced de los golpes. No tenía ningún control sobre sus miembros, y Celso, por primera vez, sintió compasión de esa mujer. Aflojó el golpe de manera que, cuando la cinta llegaba a la espalda de Julia, lo hacía de manera tan débil que apenas la rozaba. Dirigió de nuevo la mirada al rector y, al ver que este no reaccionaba, tiró la cinta a un lado y se negó a seguir. No le importaban las consecuencias; si seguía golpeándola, la mataría.

El rector agarró la cinta, molesto por la actitud de Celso, y siguió pegando a Julia, que ya no se resistía al dolor. Su mente y su cuerpo se encontraban en diferentes realidades.

—No lo entiendo —comentaba el rector a Prudencia dos horas después—. Se supone que esta mujer debería mostrar los primeros síntomas de relajación mental. Sin embargo, no solo no ha iniciado ese proceso, sino que los episodios de violencia persisten. Tenemos un caso verdaderamente grave. ¿Sabemos si ha tenido la menstruación?

—No, señor —respondió la mujer—. Desde que fue ingresada no ha tenido ningún sangrado.

—Vamos a proceder a otra sangría para rebajar el exceso de sangre. Es imperativo conseguirlo. —Palpó la frente de Julia, las muñecas, el cuello, y soltó un soplido—. La temperatura es alta. Se lo practicaremos aquí mismo; hay que mejorarle los humores del cerebro. Entiendo que quizá los tratamientos son demasiado seguidos, pero debe ser así. No hay otra salida.

Durante una hora, la sangre de Julia alimentó una vez más a las sanguijuelas. Esta vez le colocó cinco en la cabeza y tres en el estómago. Posteriormente la volvieron a introducir en la bañera de agua fría.

La dejaron sola en la celda, desnuda. Ni siquiera se molestaron en colocarle los grilletes ni las esposas. Yacía en la cama sin moverse. Julia entró en una fase de tranquilidad aparente por la extenuación física debida a los continuos procedimientos médicos a los que era

sometida. Su mente se alejaba por segundos de la realidad en la que se la obligaba a vivir.

—¿Cómo vas a dar con ella? Ni siquiera sabes por dónde empezar a buscar. —Anselmo intentaba quitarle la idea de la cabeza a Clarita. Iba a ser complicado dar con esa mujer, pero su novia no parecía estar muy dispuesta a entender las dificultades con las que se iba a encontrar.

—En algún sitio tendrá que estar, digo yo —contestó enfadada Clarita.

—Claro que sí. Pero ¿has pensado que quizá ni siquiera esté en Toledo? —El chico soltó un soplido. Estaba cansado y no sabía cómo convencerla de que era una idea descabellada—. Una aguja en un pajar. Esa amiga suya, Magda o como se llame, es una aguja en un pajar.

—No necesito tu ayuda ni la de nadie. Si te he contado todo esto, es para que sepas que estoy dispuesta a buscarla por donde sea. Estoy convencida de que esa mujer no anda muy lejos. Lo presiento.

El muchacho puso los ojos en blanco.

—Te ayudaré a buscarla, pero prométeme que solo serán unos días. —Se acercó a Clarita y la rodeó con sus brazos. Esa mañana no habían ido a trabajar y se encontraban sentados a orillas del Tajo.

—Empezaré mañana mismo. Le diré a mi tía que sigo sin encontrarme bien. Preguntaré por los burdeles. Aunque Julia me dijo que ya no se dedicaba a eso, pero... no sé. Puede que no tenga dinero, y el hambre es muy mala.

—¿Quieres que pregunte yo en esos sitios?

—¡Te mato! —Clarita se apartó de él bruscamente—. ¡No te digo! Y de paso, ya que estás ahí..., no das por perdido el día. Vamos, que...

Anselmo soltó una fuerte carcajada a pesar del rapapolvo de su novia, a la que no le había hecho gracia la broma.

—No sabes las ganas que tengo de que nos marchemos de este sitio —afirmó. Se puso en pie y ayudó a Clarita a levantarse del suelo—. Te juro que sueño con ese día, niña.

—¿Por qué tenemos que esperar tanto? Aquí no somos felices y ya ves dónde tenemos que vernos. Siempre con el miedo a cuestras —

protestó Clarita.

—Ya veremos. Se está haciendo tarde y debemos regresar.

Al día siguiente, tal y como le había dicho a su novio, la muchacha simuló un fuerte dolor de estómago. Le extrañó que su tía no solo no pusiera ninguna objeción, sino que le dejara preparado un caldo para que se lo tomara a mediodía y le dijera que no le parecía prudente que fuera a trabajar por la tarde. Hablaría con el rector de su malestar y, tras el reposo, se encontraría mucho mejor al día siguiente.

Clarita no quiso indagar en los motivos de la amabilidad de su tía, pero le pareció muy extraño su comportamiento, pues lo normal habría sido que la acusara de holgazana y mentirosa. En cualquier caso, estaba contenta. En cuanto su tía se hubiera marchado, se vestiría y saldría a buscar a Magda. Si esa mujer verdaderamente era una buena amiga, no dudaría en ayudarla.

Lo primero que hizo Prudencia nada más llegar a El Nuncio fue visitar a Julia. La observó durante un buen rato. Le llevaba un tazón de leche, pero cambió de idea en el último momento y decidió que a lo mejor un poco de ayuno no le vendría mal. No olvidaba la forma en que Julia la había agredido el día anterior. Puede que su sobrina llevara razón: tan loca no estaba, pero en su sano juicio tampoco.

—Vas a pagar lo que me hiciste ayer, niña rica. Puede que en tu mundo consigas todo cuanto quieres, pero aquí mando yo. —Odiaba a la gente de su clase, todos eran iguales. Todavía recordaba el daño que le habían hecho a su hermana. Ella era una pieza de cuidado y se lio con un hombre casado y rico; la consecuencia de su mala cabeza se llamaba Clarita. A ella misma la acusaron de robar un anillo de zafiros en la casa donde trabajaba, cuando había sido la propia dueña quien lo había empeñado. No pudo volver a trabajar en casa de nadie, pues su reputación rodó de puerta en puerta.

Julia no contestó. No escuchaba a la mujer que, tras la puerta de hierro, mascullaba palabras que no entendía. Había intentado defenderse, pero ahora comprendía la verdadera razón de su mal. Se había aferrado a algo irreal, a un sueño, a un deseo que ardía en su corazón y, llevada por la desesperación, se negó a entender. Lorenzo la había amado de verdad y la amaba, pero ella no le entendió, no

comprendió sus necesidades, quizá por su juventud o por su ignorancia. Demasiado arropada en los brazos protectores de sus padres, no supo valorar al gran amor de su vida. Se ahogó en la inmensa extensión de la relación marital, en la escarpada y espinosa cuesta del matrimonio. Quizá había idealizado el significado de la palabra *amor*.

Lorenzo la condujo por un nuevo camino hacia la felicidad, le enseñó el juego de la seducción, le abrió la puerta de los placeres. Con él, aprendió el arte de vivir el uno para el otro, experimentó la unión de dos almas gemelas; la vida se presentaba con mucho más color que antes y aprendió a matizar sus tonos. No obstante, su propia juventud, su ignorancia, prepotencia y orgullo fueron apagando poco a poco la maravillosa amalgama de luces que Lorenzo había hecho brillar sobre ella, y sus ojos empezaron a ver solo lo que a ella le convenía. Un hombre violento, altivo, vanidoso e impulsivo. Pero todo había sido un error.

Prudencia entró en el despacho del rector interrumpiendo la conversación que mantenía con su colega. Al saber que había dejado en ayunas a la enferma, la conminó a que bajara de nuevo a darle la comida. Las comidas en El Nuncio no eran muy completas ni suculentas, pero habían mejorado desde que Mauricio Sandoval llegó al hospital para hacerse cargo de la dirección. A los internados se les solía dar un tazón de leche con pan duro por la mañana, un tazón de sopa con tocino y algo de carne a mediodía y, por la noche, un puré de patata cocida, además de un par de piezas de fruta a la semana.

—Como le iba diciendo, mi estimado colega, la mayoría de los hombres ilustrados de este país, hombres a los que se presupone de razón, critican las medidas practicadas en estos lugares, cuando son ellos mismos los que rechazan todo cuanto consideran necio, irracional, supersticioso o simplemente inútil. Son ellos los primeros que desean eliminar de la sociedad a cuantos idiotas desequilibrados, asesinos o chiflados caminan por sus calles, y los primeros que ingresan a sus hijos o mujeres por considerarlos un estorbo o amenaza. Tras el motín de Esquilache, la desamortización, las guerras con los franceses y las de independencia de las colonias

americanas que provocaron la gran crisis económica que padecemos, sobre todo en este tipo de instituciones, se dio por bueno que se construyeran más hospicios para albergar a todos estos pobres locos, putas y parásitos sociales. En fin, no hay mal que por bien no venga.

—Es evidente que la agresividad de muchos de los que aquí se encuentran debe ser contrarrestada por métodos contundentes. Pero ¿qué pasa con los menos nocivos?

—Pretendo que los enfermos con posibilidad de curación tengan la oportunidad de salir de este centro como buenos ciudadanos y trabajadores laboriosos. Para ello es de gran importancia mantenerlos ocupados con trabajos adecuados para ellos y así alejarlos de la ociosidad y del vicio. Como verá, todas las medidas adoptadas por mí no solo son represivas, sino curativas.

—Están cerrando hospitales. ¿Cree que El Nuncio acabará igual?

El rector se removió en su asiento.

—Estimado colega, a día de hoy se estima que hay más de quince millones de habitantes en este país, lo que equivale a un loco por cada novecientos habitantes. Solo en El Nuncio tenemos sesenta y cinco ingresados, de los cuales cuarenta y dos son hombres y el resto mujeres. Si tiene en cuenta que la población en todo el arzobispado es de casi setecientos mil habitantes y solo en la ciudad hay veinte mil... convendrá conmigo en que sería de locos cerrar El Nuncio. ¿No cree?

Al joven médico le hizo gracia el juego de palabras y una sonrisa sardónica se le escapó entre las comisuras de los labios.

Sandoval se levantó de su asiento.

—Vayamos, pues, a realizar las visitas.

Una vez que concluyeron con los peligrosos, bajaron una planta para visitar a Julia.

—La mejoría es evidente —explicó al terminar de examinar a Julia—. Está claro que los métodos han funcionado. —Dejó escapar una sonrisa de satisfacción. Le había costado reconducir a esa mujer más que a ningún otro interno, muchos de ellos, el doble de agresivos. El médico joven sonrió complaciente ante el cambio producido, sin dejar de sorprenderse por el aspecto físico tan deplorable que presentaba la enferma.

—A partir de mañana —le explicó a Prudencia—, si sigue así, debería empezar a salir al patio. Es importantísimo que poco a poco inicie una tanda de salidas y que veamos cómo se comporta. Las últimas fueron perniciosas para su salud y la nuestra, por supuesto. No obstante, considero que vamos a llevarnos una sorpresa. Si esto es como yo pienso, en pocos días la instalaremos con las otras mujeres y la llevaremos al taller de confección. El ocio es otra de las causas de desestabilización mental. Hay que ocupar sus mentes una vez equilibradas.

—¿No necesitaría más tratamientos de contraste? —preguntó el médico joven.

—Veamos. Si la enferma se estabiliza, lo normal es que su flujo sanguíneo mensual recupere la normalidad. Si es así, solo habría que controlar la densidad del mismo y la temperatura corporal. De lo contrario, de no regularizarse su menstruación, me temo, amigo, que deberemos seguir con los tratamientos.

Prudencia salió de la celda muy enojada. No daba crédito a las palabras del rector. Cómo podía dar por terminados los tratamientos a esa mujer si no llevaba ni dos meses allí.

Decidió que esa noche no iría a su casa.

Clarita dio por finalizada la búsqueda cuando la noche se le echó encima y una lluvia fina empezaba a caer sobre Toledo. Al llegar a su casa, se alegró de que su tía aún no hubiera llegado. Se calentó una taza de leche, cogió un trozo de bollo y se metió en la cama.

Había buscado a Magda en todos los sitios en los que pensó que podría estar trabajando. A pesar de lo que Julia le había dicho, los burdeles fueron los primeros lugares que visitó. Nadie conocía a ninguna mujer con el nombre de Magda. Tampoco pudo dar muchos detalles acerca de su apariencia, y se maldijo por no haber tenido la ocurrencia de preguntárselo a Julia. El ambiente de los burdeles la sorprendió, pues nunca había entrado en ninguno. El aire estaba cargado del humo de los cigarros, olía a sudor y apestaba a sexo por todos los rincones. Había hecho de tripas corazón y había pasado hasta el fondo del local para encontrar a alguna prostituta que estuviera libre y quisiera hablar. No todas estaban dispuestas a

hacerlo por si buscaban a alguien que se escondía de la familia, de acreedores o de algún amante celoso. Al principio se presentó como su hermana, luego como su mejor amiga y finalmente optó por decirles que era su hija y quería encontrarse con su madre. Agotados todos los recursos, no tuvo más remedio que contarles la verdad, y ni con esas obtuvo información. Regresó a casa con los pies casi reventados y el alma rota por no encontrar a Magda. Repasó mentalmente las opciones que tenía y pensó adónde iría ella en las mismas circunstancias.

Sobre la mesilla destartalada que se encontraba junto a su cama, dejó el vaso de leche vacío y se recostó sobre el almohadón. Subió un poco más la luz del quinqué y releyó la carta que Julia había escrito a su hijo. La había leído mil veces y nunca dejaba de emocionarse.

Esa noche, en El Nuncio, todo estaba despejado. Los pacientes permanecían tranquilos en sus celdas tras haberles suministrado un brebaje hecho a base de raíces, semillas y mandrágora. Los enfermeros se habían retirado a sus aposentos y el rector había salido del edificio antes de su hora junto a su colega. A pesar de la aparente tranquilidad, Prudencia esperó una hora más. La lluvia había arreciado hacía apenas unos minutos. No iba a demorar por más tiempo en darle su merecido; era ahora o nunca. Dio un último sorbo al café y salió hacia el claustro.

Antes de bajar a la planta donde se encontraba la muchacha, se encaminó a una de las celdas de mujeres para cumplir con una orden. Abrió la reja y la buscó con la mirada. Se trataba de una anciana de unos sesenta años a la que la Inquisición había encontrado y apresado en uno de los muchos sótanos de Toledo, escondrijos de alquimistas y hechiceras. Fue llevada hasta la Sede — una casa que había pertenecido a don Diego de Melo, asistente de Sevilla—, donde fue condenada por brujería y trasladada a El Nuncio, gracias a lo cual se había librado de la incineración que normalmente se realizaba en los quemaderos de la Vega o de Zocodover, o en la posada de la Hermandad.

Ingresó en contra de la opinión del rector, Mauricio Sandoval, que lo vio como una intrusión en su profesión, sin contar con el nulo beneficio tanto profesional como económico que sacaba de ello. La mayoría de los internados contribuían a su mantenimiento a través de los familiares, bien con dinero, bien en especies que iban directamente al bolsillo del rector. En otras ocasiones, si se trataba de comida, se repartía entre los enfermeros. Pero, por los que ingresaban por orden del Santo Oficio, no recibían ninguna de las dos cosas. Para evitar lo que el rector llamaba atropellos a su labor médica, envió escritos al obispo de Toledo alegando que solo podían acoger a dos o tres personas por año por falta de espacio. Su argumento se consideró inconsistente y, puesto que el manicomio más próximo era el de Valencia, sus quejas fueron desoídas. No obstante, estas personas no permanecían mucho tiempo en el manicomio. Por asombroso que pareciera, morían al poco tiempo de haber sido ingresadas.

La anciana se encontraba al fondo de la celda durmiendo hecha un ovillo sobre el suelo. Prudencia caminó hasta ella con cuidado de no despertar al resto de las mujeres. La obligó a levantarse y la condujo al patio principal de El Nuncio, donde la sentó en el suelo, la despojó del sayo y, tras amenazarla si se movía, la dejó con la lluvia cayendo sobre su cuerpo frágil. Después fue en busca de Julia.

Capítulo 30

Abrió la celda. Prudencia no pudo reprimir una sonrisa. Se acercó hasta la cama y de un solo movimiento la agarró del brazo y la hizo caer al suelo. Sin ofrecer resistencia debido al aturdimiento causado por el brebaje que le habían administrado, Julia fue arrastrada a través del pasillo. Ni siquiera se quejó cuando, al subir las escaleras, los peldaños se le iban clavando en las costillas. Llevaba puestos los grilletes en manos y pies. No habría sido necesario en su estado, pero no se fiaba de ella.

—Vas a disfrutar de la noche. De una noche larga y húmeda.

Una vez en el patio, la situó a varios metros de la anciana, le arrancó el sayo, le asestó un golpe en el rostro y la dejó tumbada sobre el suelo mojado.

—Así aprenderás que conmigo las cosas solo pueden ir a peor.

La lluvia caía con fuerza. Cuando la vio empapada y temblando de frío, dio por cumplido su objetivo y se marchó con el semblante lleno de satisfacción.

La anciana temió que la chica, quieta durante horas, hubiera muerto. Se arrastró por el suelo, se recostó junto a Julia y la abrazó para que sus cuerpos fríos, temblorosos y mojados encontraran una pizca de calor y un pellizco de calma donde sus almas pudieran reposar en paz.

Clarita se levantó con el alba. Escuchó los ronquidos de su tía al otro lado de la habitación y, sin hacer ruido para no despertarla, se tomó un tazón de leche y salió de prisa hacia El Nuncio. Continuaba lloviendo sin parar, las calles estaban embarradas y los bajos de la falda se le empaparon en dos minutos. A pesar de encontrarse a principios de mayo, hacía frío, y la humedad se introducía sin esfuerzo en los huesos. Pero no le importaba. El hecho de que su tía aún estuviera en casa le daba unas horas para estar con Julia y

contarle sus planes sin miedo a que las sorprendiera en la celda. Al llegar a El Nuncio, vio un revuelo en el patio principal inusual a esas horas de la mañana. Tres enfermeros en cuclillas atendían lo que le pareció el cuerpo de una mujer. El rector, su joven colega, el vigilante de la puerta y Anselmo se arremolinaban junto a los enfermeros. Sin saber por qué, el pulso se le aceleró y sintió una punzada de inquietud. Con el palpito de que algo muy grave había sucedido, se abrió hueco a empujones. La escena que encontró frente a sus ojos la dejó paralizada durante unos segundos. No fue capaz de articular una sola palabra. La bilis llegó hasta su garganta y vomitó a sus pies.

Los cuerpos de dos mujeres yacían en el suelo y uno de ellos era el de Julia. Según escuchó, la anciana había fallecido durante la noche y la joven aún tenía un hilo de vida.

Clarita se abrazó a su amiga y la besó en la frente. ¡Cuánto más iba a sufrir esa mujer! Lloraba desconsolada mientras miraba el cuerpo inerte de la anciana. ¿Qué mal habría hecho esa vieja? ¡Qué muerte más cruel e inhumana! Si hubiera ido a ver a Julia en vez de ir a su casa, eso no habría pasado. ¡Cuántas cosas había visto en ese maldito lugar y había callado por miedo a su tía, por las continuas amenazas de acabar en la calle y el pánico a que la encerraran como a muchos de los infelices que allí vivían!

El rector ordenó que se llevaran a la anciana y echaran agua caliente sobre la joven. Al poco tiempo, dos hombres portaban dos cubos desde las cocinas. Apartaron a Clarita y vertieron sobre Julia el agua casi hirviendo.

El grito de Julia no fue humano. Su aullido retumbó entre las paredes de piedra del patio y se alzó sobre sus cabezas provocando un silencio sepulcral entre los allí presentes.

Prudencia, que había llegado en ese momento a tiempo para observar la situación, sonrió y ordenó a su sobrina que se llevara los cubos. La chica se giró hacia ella y la furia que sintió en ese momento le proporcionó el valor suficiente para propinarle un puñetazo en el rostro con tanta fuerza que la tumbó en el suelo para desconcierto de los allí presentes. Acto seguido, pidió permiso al rector para ocuparse de la enferma fuera de su horario. El doctor, asombrado, aceptó su petición. A partir de ese momento, se abrió un

duro enfrentamiento entre Clarita y su tía, que no cesó de acosarla ni un solo instante. Prudencia le hacía fregar y limpiar todas y cada una de las celdas y letrinas hasta dos veces al día. Debía portar grandes cubos de agua desde el pozo, que se encontraba al otro lado del edificio, hasta la primera y segunda planta. Si derramaba una sola gota, la obligaba a volver al pozo, llenar el resto del cubo y empezar de nuevo. Debía ocuparse del aseo y de repartir la comida a los internos y, cuando llegaba a casa, por tarde que fuera, debía lavar la ropa acumulada del día y limpiar la casa con sumo cuidado de no despertar a su tía. Apenas dormía cuatro horas seguidas y el cansancio empezó a hacer mella en su cuerpo.

—Las quemaduras de la piel se están curando muy bien —le explicaba a Julia mientras le colocaba unas gasas limpias—. El moratón de la cara va tomando un color rosáceo y la hinchazón va bajando. —Agotada por el trabajo, Clarita se tumbó en la estrecha cama junto a su amiga—. Tengo que contarte una cosa. Estuve buscando a tu amiga Magda. —Julia no se inmutó—. No la encontré. También mi Anselmo estuvo preguntando por ahí. El otro día me dijo que se recorrió todas las fondas y posadas de Toledo. Te juro que daré con ella. Te prometí que la encontraría y que te sacaría de aquí.

Julia permaneció en silencio. Clarita besó su rostro. A veces le parecía que vivía en su mundo. Por más que le hablaba, parecía como si su mente hubiera abandonado su cuerpo. No hacía ningún movimiento. Había caído en el pozo oscuro de la mente. Al final, se había cumplido su temor. Lo habían conseguido entre todos. Acarició su cabeza rapada, cubierta de trasquilones y costras secas.

—Tienes que volver, Julia. No dejes que esos malnacidos ganen la batalla. —Julia mantenía los ojos abiertos. Tenía una mirada vacía y sin vida que a Clarita le provocaba un gran sufrimiento—. Tienes que salir de donde estés. Yo estoy a tu lado. Juntas lucharemos. No pienses ni por un instante que voy a permitir que te vayas a vivir a tu mundo. No voy a separarme ni un minuto de ti. Dormiré contigo, en el suelo si hace falta, y cuando encuentre a Magda, te sacaremos de aquí. Mi novio nos ayudará. ¡Vaya que sí! Y cuando salgamos de este lugar, seremos libres y nos iremos lejos, muy lejos. Piensa en tu hijo,

te está esperando en alguna parte. Lo encontraremos. Vas a volver con él, Julia.

—¿Qué hijo? —preguntó finalmente con un hilo de voz.

Clarita se incorporó sobresaltada de la cama.

—Tu hijo, Julia. Tu hijo. ¡Por el amor de Dios, Julia! —Nerviosa, sacó la carta que guardaba en el bolsillo del vestido, la desdobló y empezó a leer—: «Nunca creí, hijo mío, que algún día escribiría esta carta para ti...».

—Yo no tengo ningún hijo —soltó Julia.

—«Que eres la única luz que alumbraba esta penosa vida» —continuó leyendo con la voz rota.

—Mi hijo murió en mis brazos.

—«Es gracias a ti por lo único que soporto la injusticia en mi piel y la humillación de mi alma». —Clarita rompió a llorar desconsoladamente.

—Mi niño se me fue.

—«Y no hay un solo día, ni una sola noche, que no piense en ti».

—Me aferré a un sueño.

—«Eres mi sol, lo más bonito que he tenido, lo único mío, lo que más quiero, lo más dulce que ha rozado mi piel». —Las lágrimas de Clarita caían sobre la carta, emborronando las palabras que un día Julia, con plena conciencia, había escrito a su hijo.

—Se nos está yendo, mi amiga se nos va. Estoy muy preocupada por Julia. Debemos dar con Magda cuanto antes —sollozaba Clarita junto a Anselmo a orillas del río.

—Estamos buscando por todas partes, Clarita. Es imposible. Toledo no es tan grande, y si no hemos dado con ella en este tiempo...

—No. Debemos seguir buscando. No podemos rendirnos. —Se había puesto en pie y miraba desafiante a su novio—. No quiero escuchar nada que no sea seguir y seguir buscando. ¿Me oyes? Si lo dejamos ahora, Julia se muere. Así te lo digo.

—Solo digo que a lo peor se ha ido de la ciudad. Piensa un poco, muchacha. La hemos buscado por todas partes y no hemos dado con ella.

—¡Pues entonces hay que buscar mejor!

—Burdeles, posadas, tiendas. ¡Si es que no hay más sitios! —replicó desesperado.

Clarita volvió a sentarse junto a él y hundió el rostro en sus manos. Su angustia no le pasó desapercibida a Anselmo, que la acurrucó entre sus brazos y esperó a que se tranquilizara. Nunca la había visto tan apenada y preocupada. A pesar de la mala vida que su tía le daba, Clarita siempre tenía una sonrisa para los demás. Sabía de sobra cómo sufría por ver el trato que recibían y su impotencia por no poder ayudarlos—. Se te ha quedado pequeño el cuerpo para tanto corazón como tienes —le dijo Anselmo dándole un beso en la sien.

—¿Entonces? —Clarita lo miró expectante.

—Pues que tienes que echar cuerpo. Que no puedo engancharte sin pincharme con tus huesos.

—¡Mira que eres tonto! —Clarita le dio un pequeño empujón en broma y acabaron besándose apasionadamente, arropados por el murmullo del agua, testigo de su amor secreto.

Las semanas pasaban más rápido de lo que Clarita habría deseado. Las lluvias cesaron y junio irrumpió con un calor asfixiante y sin noticias de Magda. Había preguntado a todo el mundo, mirado en todos los rincones, llamado a las puertas de las casas importantes por si trabajaba de criada. Pero nada. Su novio tenía razón. Desgraciadamente, si no habían dado ya con ella, era porque Magda se había marchado de Toledo. Era imposible encontrarla, y Julia... Ese era otro problema, pensaba Clarita mientras doblaba los sayos limpios. Seguía diciendo que su hijo había muerto, que no había existido e incluso negaba haber escrito aquella carta. Clarita dejó los sayos perfectamente doblados a un lado de la mesa y, sin poder contenerse, lloró por Julia, por su hijo y por ella misma.

Todo había terminado para su amiga.

—Por fin el cambio de turno. Creí que no llegaría nunca —dijo el vigilante mientras entregaba las llaves de la puerta principal de El Nuncio a Anselmo.

—¿Todo bien?

—Lo de siempre. Familiares que se arremolinan, preguntan..., ya sabes. Por cierto. —El hombre se rascó la cabeza—, acaba de irse una mujer que ha preguntado por Clarita, pero no la he visto en todo el día y le dije que viniera mañana. Te lo digo, por si la ves tú por ahí.

—¿Te ha dicho cómo se llamaba? —preguntó Anselmo nervioso.

—Pues... no me acuerdo, la verdad. Pero va a venir mañana.

—¿Hace mucho de eso? —insistió impaciente.

—Cosa de dos minutos.

El chico salió disparado hacia la calle, desoyendo los gritos de su compañero.

Corrió calle real hacia arriba, torció por la calle de Santa Leocadia, bordeó la iglesia y continuó por San Ildefonso. Llegó hasta la plaza de las Capuchinas con el ánimo por los pies, escrudiñando los rostros de las mujeres para ver si alguna de ellas podía ser Magda. Pero no la encontró. Podía haber cogido cualquier calle, torcido por cualquier esquina hasta desaparecer. Era inútil continuar. En la calle de las Tendillas, agotado por la carrera y los nervios, se apoyó contra el muro de un edificio maldiciendo para sus adentros la mala suerte. La habían tenido tan cerca... Decidió volver a El Nuncio. Su compañero estaría de un humor de perros y no podía pasarse toda la mañana dando tumbos de un lado para otro. Hizo el mismo camino de vuelta y, en la esquina de la calle Aljibes, le pareció ver a una mujer con el físico que Clarita le había descrito y se acercó a ella jadeando por el esfuerzo.

—Disculpe, señora. —Se tomó un segundo para respirar—. ¿Es... es usted... usted se llama Magda?

—Sí —contestó la mujer un tanto sorprendida.

Anselmo casi se cae de espaldas. No lo podía creer. Tantos días buscándola y ahora tenía frente a él a una mujer alta, morena y con rasgos casi morunos. Desprendía tanta personalidad y elegancia que casi le costó creer que fuera real.

—Mi novia Clarita la anda buscando. Cuida a su amiga Julia y necesita que...

Magda se estremeció.

—Dígame: ¿cómo se encuentra Julia? He intentado verla muchas veces, pero el gigante que custodia la entrada nunca ha querido

dejarme entrar.

—Pero... no lo entiendo. Yo también estoy en la puerta y nunca la he visto —explicó extrañado.

—Eso ya da igual. ¿Cómo se encuentra Julia?

—Su amiga ha caído en un pozo oscuro. Son palabras de Clarita, y le aseguro que ella sabe lo que dice.

—Necesito hablar con su novia. ¿Puedo verla ahora?

El chico se quedó pensativo.

—Vamos a hacer una cosa. Acompáñeme hasta El Nuncio y espere en la puerta. Yo le avisaré, aunque no le prometo nada.

—Pues, entonces, no perdamos tiempo, por favor.

Una vez en El Nuncio y tras discutir con su compañero para que se quedara unos minutos más, Anselmo corrió a buscar a Clarita.

A pesar de la inmensa alegría que albergaba su corazón por tener noticias de Julia, Magda se mostró cautelosa. ¿Por qué habría de fiarse de alguien que, de repente, quería hablarle de su amiga? La primera impresión al ver al muchacho no fue mala, pero.... ¿y si Lorenzo estaba detrás de todo esto para quitarla de en medio a ella también? No, imposible. ¿Qué motivos tendría, si solo la había visto en el juicio?

Vio acercarse a una chica muy joven y demasiado delgada. La piel de su cara y de las manos estaba avejentada por el trabajo y eso le confería muchos más años de los que realmente debía tener. Los ojos, de color gris humo, como el uniforme que vestía, se hundían en un rostro consumido, y una fina línea marcaba sus labios resecaos y escondidos. Sin embargo, a pesar de su triste aspecto, había luz en ella. Nada más cruzarse las miradas, Clarita le sonrió mostrando sus dientes mellados y negruzcos. Estaba claro que la vida no le había sido fácil, e inmediatamente sintió simpatía por la muchacha.

—Hola, soy Clarita —se presentó, al tiempo que le tendía la mano.

—Mi nombre es Magda, aunque eso ya lo sabes. Tú y todo Toledo también.

—Lo siento, pero era muy importante dar con usted. Voy a ir al grano porque no hay tiempo que perder. Julia está muy mal y me temo que, si no sale pronto de El Nuncio, la perderemos para siempre.

—¿La perderemos? —Magda levantó las cejas sorprendida.

—Sí. Desde el primer momento, supe que Julia no estaba loca. Yo trabajo hace tiempo en este sitio, y no solamente hay locos, también hay put...

—Abrevia.

—Bueno, aquí traen de todo. Lo cierto es que al principio se comportaba como si no tuviera juicio, pero cuando le empezaron a hacer eso... —Clarita guardó silencio unos segundos.

—¿Qué le hicieron? —Tanta palabrería le estaba agotando la paciencia—. ¿Qué le han hecho esos desgraciados? Tengo que ir a verla, Clarita. Dime cómo hacerlo.

—No, no puede. Si lo hace, mi plan puede irse a la mierda y...

—¿Qué plan?

—Escuche. Durante todo este tiempo, yo he sido la única persona en la que Julia ha confiado. Me contó toda su historia y... ¡Por Dios santo, cómo ha sufrido! Entonces, me habló de usted y hasta le escribió una carta a su hijo. —Clarita sacó el papel arrugado y emborronado y se lo dio a leer. Sin poder contener las lágrimas, Magda sostuvo la carta sobre su regazo—. Ella siempre albergó la idea de que su hijo estaba vivo en alguna parte porque no podía entender que su esposo pudiera ser tan vil de... En fin, el caso es que ahora... Ahora, está realmente convencida de que su niño murió y de que ella es la culpable de todos sus males. Su cabeza está perdida. ¿Entiende lo que digo, Magda? Cree que su marido es un buen esposo y que ella es la culpable de su situación. Dice que su marido la quiere, que ella sigue enamorada de él y que no se ha comportado como una buena esposa.

Poco a poco, Clarita fue desgranando con todo detalle el calvario por el que Julia había pasado. Sangrías, baños helados, azotes. Magda sollozaba sin parar pensando en el sufrimiento de su amiga. Pero, cuando la muchacha le relató la noche en que la encontró en el patio, desnuda y abrazada a la anciana, ya no pudo soportarlo más.

—¡Por Dios, cállate! —Magda se movió nerviosa alrededor de la muchacha, el llanto la ahogaba. No quería seguir escuchando. No podía, era superior a sus fuerzas—. Yo... he llegado a pensar que

realmente su hijo murió y que ella no lo pudo asumir. A veces..., a veces, su mirada tenía una luz especial y otras...

—¿Sabe lo que pienso yo? No sé si su hijo murió o dice la verdad, pero le aseguro que voy a ayudarla. Leí su carta. La leí y releí. ¿Cómo se puede escribir una cosa así y no ser verdad? No lo sé, Magda, pero el caso es que no reacciona. Y es más. —Clarita sujetó del brazo a Magda obligándola a dejar de moverse—, habla de Lorenzo como la víctima y no como el culpable de sus desgracias. Quiere volver con él.

—¿Qué?

—Lo que oye. Tenemos que sacarla de ahí, y yo sé cómo —le confesó en voz baja—. Mi novio nos ayudará.

—Pero ¿cómo? Estáis todos locos. Infeliz.

—Pasado mañana. Él vigilará la puerta por la noche y usted esperará al otro lado de la calle con un carro.

—¿De dónde saco yo un carro?

—Eso es cosa suya, a mí me importa un rábano cómo lo haga. Bien, el caso es que yo, a la una de la madrugada, cuando todo el mundo esté dormido, iré a por Julia, la sacaré de la celda y nos dirigiremos a la puerta, donde usted estará esperándonos. Por cierto, tiene que traerme algún vestido para Julia y una capa con capucha. No podemos sacarla con el sayo.

—¿Ese novio tuyo es de fiar?

—Si quiere casarse conmigo, sí —Clarita sonrió—. Aprovecharemos para escaparnos juntos. Después de esto, no podremos quedarnos aquí. Sabrán que hemos sido nosotros y...

—Entiendo. Pasado mañana, a la una de la madrugada, os estaré esperando.

—Mañana, a primera hora, traiga el vestido y dáselo a él. Estará en la puerta. No se le olvide, y... que Dios nos ayude —dijo Clarita, mientras se santiguaba.

Las dos mujeres se quedaron mirando en silencio hasta que Magda se acercó a la muchacha y se aferró a ella con un fuerte abrazo.

Clarita la vio marchar. En su fuero interno temió que Magda, que, según le había contado, por fin había encontrado paz en su vida, se lo pensara mejor y desistiera de participar en el plan. ¿Estaría dispuesta a enfrentarse a la justicia y escapar con Julia? ¿Se

arriesgaría a abandonarlo todo por su amiga? Y de ser así, ¿qué posibilidades tendrían de huir? Si las pillaban, a Magda la volverían a encerrar en la cárcel en el mejor de los casos y a ella...

Clarita le informó a Anselmo que durante la mañana del día siguiente no podría moverse ni un segundo de la puerta de entrada. Magda le iba a llevar la ropa que Julia iba a necesitar para la huida, y era muy importante que la escondiera en algún lugar seguro.

Cuando Clarita encontró un momento oportuno para visitar a Julia y contarle el encuentro con Magda y el plan de huida, para su desesperación, Julia no mostró ningún interés. Ni siquiera hizo comentario alguno. Continuó con la mirada perdida y las manos sobre el regazo. Habría dado cualquier cosa por saber qué estaba pasando por su cabeza. Parecía haber perdido todas las emociones que un ser humano mostraría en su situación. Ni siquiera al conocer la posibilidad de escapar de ese maldito lugar, fue capaz de hablar. Ni una palabra, ni un gesto ni una sola mirada de esperanza. Nada. Un silencio brutal, el mismo que debía reinar en su interior. Julia se había quedado vacía, sin alma. A Clarita se le cayó el alma a los pies porque comprendió que su amiga se había ido a otro lugar muy lejos de allí, aunque su cuerpo estuviera junto a ella. Aun así, la iba a sacar de allí. Entre los tres se la llevarían lejos y Julia se pondría bien. Esa noche, cuando se quedó a solas en su habitación, Clarita supo que no podría conciliar el sueño, pues era la última noche que iba a dormir en esa cama.

Capítulo 31

Magda llegó a El Nuncio a la hora convenida. Llamó dos veces con los nudillos y esperó. Al cabo de unos minutos, el novio de Clarita apareció delante de ella con el pelo alborotado y una sonrisa nerviosa que Magda no le devolvió. A cambio, le enseñó el hatillo donde guardaba la ropa de Julia.

—Le estará grande, pero es lo único que puedo darle. —El chico se apresuró a cogerlo mirando a todos lados—. Entonces..., esta noche aquí, ¿verdad?

—Sí. —Anselmo la miró preocupado—. Me dijo Clarita que le preguntara una cosa. En caso de que hubiera algún problema...

—Pero, por Dios. ¿Qué problema puede haber? No me digas eso ahora.

—Bueno, en ese caso... ¿Dónde podemos avisarle?

Magda se pasó la mano por el cabello, pensando.

—Tendríais que ir a la tienda de Lucio, el verdulero. Es la que está al principio de la calle de Santo Tomé. Yo estoy todo el día echándole una mano. Escucha, no quiero veros por allí, todo tiene que ir bien. Pero, en último caso, y si tenéis que buscarme, disimulad hasta que yo os atienda. ¿Queda claro?

El chico asintió.

—Tiene que marcharse ahora. Tengo que darle esto a Clarita. Esta noche... todos seremos libres.

—Eso espero, por el bien de todos.

Magda se alejó de allí preocupada. Pero, dadas las circunstancias, había hecho lo correcto al darle sus señas por si algo se torcía. Podrían complicarse las cosas por cualquier tontería y, si no podían avisarle, eso sí sería un problema, y gordo. Como el que tenía que resolver ahora con el dichoso carro. Había pensado en el que tenía Lucio en el cobertizo. Pero ¿cómo iba a robarle justo al hombre que la

había ayudado? No se lo merecía. Junto a la casa donde vivían había otros labriegos, y el que más o el que menos poseía alguno. Pero, cuando se enteraran, no tardarían en pensar que la ladrona había sido ella y se echarían como perros hambrientos contra Lucio. Era un buen hombre, se había portado muy bien con ella y no se merecía que ella le respondiera de esa manera. Se marcharía sin despedirse. El pobre también lo había pasado muy mal cuando su mujer había muerto y lo había dejado con dos niños pequeños. En todo este tiempo, se habían tomado cariño. Desde que estaba con ellos, el niño se comportaba mucho mejor y dejó de llorar por las noches. Echaban de menos a su madre y enseguida la adoptaron a ella como tal... Sería muy doloroso para ellos despertarse por la mañana y enterarse de que se había ido para siempre.

Lucio nunca la miró con deseo. Al contrario, la trataba con sumo respeto, como nunca la habían tratado. Se deshacía para que ella estuviera cómoda y tranquila. Le ofreció el dormitorio principal, mientras él optó por dormir en el cobertizo de la casa. Era gracioso y paciente con sus hijos, a los que adoraba. Por las noches, por cansado que estuviera, acostaba a los niños, les contaba historias y jamás se olvidaba de darles un beso de buenas noches. Luego se quedaba con ella conversando junto al fuego hasta que el sueño los dominaba y se daban las buenas noches. Apenas hacía dos días que, en un acto de valor, la había pedido en matrimonio. Magda se había quedado blanca como la nieve. Si ella hubiera estado enamorada de él, habría sido la mujer más feliz del mundo. Aun sin estarlo, estuvo a punto de aceptar. Cuando se enteró de que Clarita la buscaba y fue a El Nuncio, la indecisión se hizo insoportable. No sabía qué hacer. Ella se merecía una nueva vida al lado de ese hombre que la respetaba por encima de todo y que nunca le había hecho preguntas. Tenía el corazón roto y en dos direcciones. Julia no resistiría sola. Habían cometido una injusticia con ella, había recibido un trato inhumano y estaba sola. Ella era su única ayuda. Si ahora le fallaba, Julia no sobreviviría y, si lograban escapar, tendría que estar a su lado. Lo sentía por esos niños, por Lucio y por ella misma, pero le había hecho una promesa a Julia y debía cumplirla.

Antes de marcharse, le dejaría una carta contándole toda la verdad.

Se sentiría engañado y traicionado. Pero seguramente lo que más dolor le causaría sería pensar que sus hijos, que eran su orgullo, habían convivido con una prostituta a la que querían como a una madre. Pero no había otra forma.

Anselmo no paraba de mirar a ambos lados de la calle. Clarita aún no había llegado a El Nuncio y no entendía el motivo de su retraso. En una de las ocasiones que vio a Prudencia, estuvo tentado de preguntarle, pero se aguantó las ganas. Tenía que controlar los nervios si no quería meter la pata. Unos golpes en la puerta llamaron su atención. Se trataba de un caballero bien vestido, alto y de buena presencia.

—Vengo a ver al doctor Sandoval, rector de El Nuncio.

—¿Quién desea verle?

—Don Lorenzo Medina.

El chico invitó al hombre a que lo acompañara. Al llegar al claustro, Prudencia les salió al paso.

—El doctor se alegrará de su visita, señor Medina —le comentó la mujer, mientras se dirigían al despacho. Al abrir la puerta, sorprendieron al rector dando una cabezada en el sillón de cuero y Prudencia tuvo que toser varias veces para que reaccionara. Al ver a Lorenzo, se levantó con energía y cogió la bata blanca que colgaba del perchero.

—¿Cómo usted por aquí? —le saludó, mientras le invitaba a tomar asiento en una silla al otro lado de su mesa. Lorenzo esperó a que Prudencia los dejara solos para hablar.

—No me ha enviado recado sobre el estado de mi mujer y he creído conveniente venir a ver cómo van las cosas —le informó con una sonrisa forzada. El rector se llevó las manos a la cabeza. Se le había olvidado por completo, y por ese motivo se encontraba con lo que más odiaba: una visita imprevista.

—Una torpeza, lo siento —se disculpó Sandoval—. Lo que demuestra que aquí nos preocupamos más del enfermo que de los familiares.

—Por supuesto. Así debe ser. Y, ahora, dígame: ¿cómo se encuentra mi esposa?

—Mucho mejor. He de decirle que los episodios de violencia han

desaparecido completamente. No solo eso, señor mío. Es consciente de la realidad y su entorno. Ya no hay dos mundos paralelos en su mente.

Lorenzo enarcó las cejas.

—¿Puede ser más explícito, por favor?

—Su mujer vino al centro francamente mal. Tenía una violencia inusitada provocada por una serie de estímulos de origen orgánico y además, su mente se balanceaba entre dos mundos, hasta que se refugió de manera continuada en una realidad inventada que la alejaba del dolor y la angustia. Ahora bien, tras la medicación y los tratamientos, estoy en disposición de informarle que su estado mental se encuentra en los parámetros normales y descansa en la certitud de todo cuanto ha pasado. De tal manera que es consciente y asume que su hijo realmente está muerto y que ella es la causante de su propia desgracia.

Lorenzo casi se cae de la silla.

—¿Reconoce que... entonces... ella...?

—Sí, sí —sonrió el rector al tiempo que movía la mano—. Ya sé que normalmente es difícil de entender que, en tan poco tiempo, se puedan resolver casos así. Pero créame si le digo que incluso yo mismo me sorprendo de los resultados.

—Quiero ver a mi mujer —dijo Lorenzo con decisión.

—No sé...

Lorenzo se puso en pie y se dirigió hacia la puerta dispuesto a ser obedecido.

—Doctor, no se lo estoy preguntando. Deseo ver a mi mujer. Ya.

Bajaron las escaleras que llevaban a la celda de Julia. Para Lorenzo, saber que su esposa había reaccionado a la medicación de esa manera era una alegría. Por fin dejaría de pensar en su hijo y, por lo tanto, todo lo vivido hasta ahora ya no se interpondría entre los dos. Volverían a estar juntos. Enamorados como el primer día.

Lorenzo se acercó a la celda. Desde las rejas no distinguió bien la figura de su mujer, pero, una vez dentro, cuando se aproximó a ella, retrocedió horrorizado.

—Pero... ¡Santo Dios! ¿Qué le han hecho? —su voz salió ronca, inaudible.

Julia no levantó la cabeza. Ni siquiera reaccionó al oír la voz de Lorenzo, la que tantas veces la había hecho estremecer, primero de pasión y luego de miedo. A Lorenzo tampoco le pasó inadvertido eso. El cabello de su mujer, que tantas veces había acariciado, que tantas veces había visto brillar bajo el sol, no existía. La cabeza de Julia aparecía llena de trasquilones, heridas y costras. Los ojos hundidos, estaban rodeados por un círculo oscuro que le daba un aspecto mortecino. Las mejillas estaban vencidas; los pómulos, desaparecidos, y los huesos del rostro sobresalían de forma exagerada. Sus manos estaban cubiertas de heridas y las venas, furiosamente marcadas. La delgadez de Julia era extrema.

Lorenzo cayó de rodillas a sus pies y hundió su rostro en el regazo de Julia. Besó sus manos, su rostro, su cabeza.

—Lo siento, amor mío. Lo siento, lo siento. Perdóname. Te amo. Te amo. ¿Qué te han hecho? ¿Qué te han hecho? —La envolvió entre sus brazos y lloró como un niño.

—Bueno..., los tratamientos...

Lorenzo se levantó y proyectó su rostro hacia el rector hecho una furia.

—¡Hijos de perra! —vociferó fuera de sí. Sandoval lo contempló con temor. Lorenzo tenía la cara desencajada, y su enorme y musculado cuerpo le sobrecogió de tal manera que retrocedió con miedo, tropezó con Prudencia y a punto estuvo de hacerla caer. Lorenzo alzó en brazos a su mujer, dispuesto a salir con ella de aquel sitio. Prudencia, en un acto de soberbia, intentó detenerle—. ¡No se acerque! Si intenta tocar a mi mujer, le arranco los brazos.

—Señor Medina, piense lo que va a hacer. Puede recaer. Aún es pronto.

—Me llevo a mi mujer a casa, doctor. Prepare los papeles. Mañana vendré a hablar con usted. —Lorenzo no dio opción a más. El rector sabía que, pese a la condena que recaía sobre ella, podía salir siempre que él firmase el consentimiento de recuperación. Pero esa firma no le iba a salir gratis a Lorenzo.

Clarita llegó a El Nuncio justo a tiempo para ver a Julia salir en brazos del que supuso que sería su marido. Junto a su novio, observó

boquiabierta cómo la depositaba con sumo esmero en un carruaje. Ambos se miraron y el chico se encogió de hombros.

—Ese hombre ha venido hace una hora. Ni siquiera sabía quién era, te lo juro. ¿Dónde has estado tú? Me tenías nervioso. Tenía que darte la ropa de esa mujer.

—¿Y eso qué importa ahora? —Vio a su tía acercarse con paso ligero—. Voy a preguntarle qué ha pasado. Espérame aquí.

Anselmo contempló la ropa que tenía escondida y dirigió la mirada hacia las dos mujeres. Prudencia tenía el rostro crispado, hablaba con su sobrina gesticulando exageradamente con las manos y su cuerpo se inclinaba hacia la chica de manera amenazante. Cuando terminó la conversación, vio a Clarita venir hacia él.

—Voy a buscar a Magda. No hay tiempo que perder.

—¿Y tu tía? ¿Qué ha dicho? —le preguntó a Clarita antes de que se marchara.

—Según parece, no esperaban la visita del marido. El médico le ha dicho que se encuentra mucho mejor. Entonces, Medina ha exigido verla y ha montado en cólera al ver su estado. Prudencia está muy enfadada porque dice que ese hombre la ha amenazado delante del rector.

—¿Por qué haría una cosa así?

—Al parecer, mi tía ha querido impedir que se fuera de la celda con Julia; entonces, el marido le ha dicho que le arrancaría los brazos si intentaba detenerle.

Ambos soltaron una carcajada.

—Lo que habría dado por ver la cara de tu tía en ese momento —soltó el chico entre risas.

—Bueno, basta ya. Anselmo, necesito que me escuches con atención. Invéntate algo, una excusa..., no sé. Voy a por Magda y te esperamos en el río. En nuestro lugar secreto.

Clarita no tuvo problemas en dar con la pequeña tienda. Se dirigió a la calle que su novio le había indicado y, tras esperar un buen rato, por fin vio aparecer a Magda. Un segundo después, una niña de apenas tres años reclamaba su atención. Magda la subió en brazos y la besó en la mejilla.

Decidió acercarse a ella. Pero, en ese mismo instante, un hombre

salió de la trastienda, se acercó a decirle algo a la mujer y ambos soltaron una carcajada. Magda se percató de la presencia de Clarita cuando la vio mirando distraída unas acelgas. Supo que algo iba mal. Dejó a la niña en el suelo, le comentó algo al hombre y le hizo una señal a la chica para que la siguiera. No se dirigieron la palabra hasta alejarse de la tienda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó nerviosa.

—Su marido la ha sacado de El Nuncio.

—¿Su marido? —Magda sintió que se quedaba sin aire y un ligero mareo la hizo tambalearse. Clarita la sujetó.

—Yo lo he visto. Justo cuando la introducía en el carruaje, llegaba yo. He quedado con mi novio. Tenemos muy poco tiempo. Los dos debemos volver a El Nuncio. Vamos.

Una vez en el río, Clarita le explicó todo lo que sabía sobre la marcha de Julia, y Anselmo, a su vez, las informó de algunos rumores que circulaban por el manicomio.

—Le van a dar los papeles. Mañana volverá el marido a por ellos.

—Entonces..., ¿Julia está libre? —preguntó Magda, que aún no se había repuesto de la sorpresa.

—La sentencia decía que debía permanecer recluida hasta que el rector considerara que no suponía un peligro para la sociedad. Según he oído, claro —confirmó Anselmo.

Clarita lo miraba orgullosa y el chico se ruborizó.

—¡Está libre! —Magda lo repitió en voz baja—. Por fin es libre.

En silencio, los tres miraban el agua correr. Fue Clarita quien rompió el mutismo y sorprendió a los dos con sus palabras.

—Iremos a por Julia si usted quiere, Magda.

—Pero... está en su casa, niña, ya es libre. Magda lo ha dicho —protestó Anselmo.

—Sí. Está libre ante la justicia, pero no de su marido. Te recuerdo que ese hombre la encerró en su casa y la metió en el manicomio.

—No fue él, sino la Ley quien lo hizo. Lo que no entiendo es por qué se la ha llevado. Podría haberla dejado y seguir con su vida. A lo mejor es que la quiere de verdad —insistió el chico.

Clarita le dio un empujón y se separó de su lado.

—Tú eres tonto. ¿Eso es querer?

—Yo... yo no... No creo que debamos inmiscuirnos —intervino Magda—. Julia está en su casa. Seguro que Lorenzo... Igual Anselmo tiene razón y ahora es diferente. Julia me contó que al principio estaban muy enamorados y...

—Yo la entiendo, no crea que no. La entiendo perfectamente, Magda, y no la juzgo. Haga lo que crea que debe hacer.

—Pero... no pienses que es porque soy una cobarde; no se trata de eso.

—Lo sé. Julia también me contó su historia. Usted no es ninguna cobarde. Solo que también tiene derecho a vivir. ¡Qué narices! La he visto en la tienda, Magda. He visto cómo la miraba ese hombre, cómo usted abrazaba a esa niña... En fin, pienso que ha llegado su hora también. Julia lo habría entendido, seguro. Cada uno tiene que vivir su vida.

Los días que siguieron, Magda centró su atención en los niños y en la casa. Se levantaba al amanecer y preparaba el pan, que horneaba ella misma. Al principio, era un desastre para hacer la masa, y el pan salía del horno listo para tirar. Pero, con paciencia y tiempo, logró hacer un pan tierno y sabroso. Cuando los niños y Lucio se levantaban, se encontraban la casa caliente e inundada del aroma del café, que acompañaban con pan, huevos y leche. Después dejaba a los niños en la escuela y se encontraba con Lucio en la tienda.

Pero una mañana Magda se desvió del camino. Fue una decisión imprevista que tomó durante el almuerzo. Le comentó a Lucio que debía arreglar unos asuntos y que tardaría en ir a la tienda. No tuvo que dar más explicaciones. Esa era una de las miles de cosas que admiraba de ese hombre. Cuando llegó a la casa de Julia, se la encontró cerrada. Preguntó a unos vecinos y estos le dijeron que el dueño ya no vivía allí y que se había trasladado al cigarral. Con los nervios enzarzados en su vientre, Magda dio media vuelta y se dirigió hacia el campo. Le llevó más o menos una hora llegar, y se mantuvo a una distancia prudencial de la casa. No vio ni oyó nada. Empezó a sudar. El sol apretaba con fuerza. Se quitó el pañuelo del cuello y se lo puso cubriéndose la cabeza. Se maldijo por no haber llevado un pellejo con agua, pero su intención no era estar mucho tiempo allí.

Supo que debía ser tarde, porque oyó a los labriegos abandonar las tierras para dirigirse a sus casas a almorzar. No podía quedarse más tiempo. Salió de detrás de la encina que la cubría y regresó sobre sus pasos. Volvería las veces que fuera necesario hasta averiguar cómo se encontraba Julia. Todas las mañanas, durante los días siguientes, Magda subía al cigarral. Sin embargo, tras esperar un par de horas, siempre se volvía con la desesperanza de que algo no iba bien. Al tercer día de la semana siguiente, cuando emprendió el regreso, cansada de esperar bajo la misma encina que la cobijaba con su sombra, se encontró en el camino con una criada de uno de los cigarrales y salió a su encuentro.

—Buenos días —saludó Magda con una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo mismo digo.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—Pues mire, tengo un poco de prisa. He de ir a la ciudad y ya ve que no está aquí al lado. Tengo que estar de vuelta antes de un par de horas, así que...

—La acompaño. —Magda caminó junto a la chica. Los calores la estaban dejando sin aliento y le costaba seguir su ritmo—. Ando buscando trabajo. ¿Sabe usted si necesitan criadas en alguna de estas casas?

—Pues, si le digo la verdad, falta hace. Otra cosa es que contraten, y ya le digo yo que no. Yo llevo muy poco tiempo trabajando en el cigarral de los Malpica y allí no la van a contratar.

La chica hablaba tan rápido como caminaba y Magda hacía un gran esfuerzo por seguirle el paso.

—¿Y sabe si en El Cortijo de Julia necesitan a alguien?

La chica se paró en seco y de repente soltó una carcajada que asustó a Magda.

—Olvídese de esa casa. Eso está más solo que las tierras que la rodean. Desde que los señores se fueron... Bueno, desde que murieron, allí todo se vino abajo. Me han dicho que ahora vive el señorito, pero no se lo recomiendo. Hágame caso. No es buena casa.

—Pero ¿sabe si ha vuelto con su esposa?

—Oí decir que la señora ha vuelto de El Nuncio. ¡Virgen purísima, qué pena! —dijo santiguándose.

—¿Y el marido?

—Se ocupa de ella. Pobre hombre. A la tarde, cuando la señora se queda tranquila, se marcha a Toledo y no vuelve hasta la noche.

—¿No le da apuro dejarla sola?

—Mire, esas son cosas del señor. Aquí nadie se mete en la vida de otros. Allá cada cual. Si le soy sincera, no me extrañaría que la pobre se pasara todo el día dormida. Pero ese no es mi asunto. Yo hago lo mío y punto.

Magda le dio las gracias. Se despidieron y se dirigió a El Nuncio. Desgraciadamente, sus presentimientos se confirmaban. Llamó a la puerta varias veces rezando para que fuera Anselmo quien estuviera tras ella. Era su día de suerte.

—Avisa a Clarita, corre —le apremió.

Tardaron diez largos minutos en aparecer. Clarita y su novio salieron del edificio entornando la puerta para que nadie los viera.

—Tenemos que sacarla de su casa —les dijo Magda sin más preámbulos. Los dos muchachos se miraron atónitos—. En estos días, no he dejado de pensar ni un solo momento en Julia. No podía sacármela de la cabeza. Intentaba pensar que estaría bien y que podría llevar una vida feliz con su marido. Yo... Yo tenía la esperanza de que... Soy una egoísta, lo sé. A mí me van muy bien las cosas y pensé que, en fin..., no pude más y decidí curiosear. Cuando vi que la casa de Toledo estaba cerrada, me pasé por el cigarral.

Magda les contó el encuentro con la criada de los Malpica y les dijo que estaba preocupada.

—Pero yo no veo dónde está el problema —apuntó el muchacho.

—Si estuviera bien, te puedo asegurar que Julia estaría paseando, leyendo, bordando... Pero tengo la impresión de que la tiene sedada. Creo que debemos sacarla de allí, y que sea lo que Dios quiera.

Magda les explicó su plan.

—Tenemos que aprovechar el momento en el que Lorenzo sale hacia Toledo.

—El carro, Magda —le recordó Clarita—. No hay otra.

—Lo sé.

—¿Cuándo lo haremos? —preguntó con escepticismo Anselmo.

—Mañana. Si tenemos que hacerlo, que sea cuanto antes para que

no nos entren luego las dudas ni los miedos —manifestó Clarita mirando a Magda.

Esa noche, Magda se quedó un rato más junto al fuego. Quería dejar zurcidos los calcetines de los niños antes de irse y aún debía hablar con Lucio. Tenía un nudo en la garganta y agradeció que, nada más cenar, los niños no pusieran impedimentos para irse a la cama. No habría podido soportar tenerlos a su lado sin derramar una sola lágrima.

El hombre entró a la casa con un serón repleto de leña que dejó junto a la puerta y se sentó frente a ella. Había sido una jornada agotadora. Pero, cuando caía en su mecedora y encendía su pipa, era el hombre más feliz de la Tierra. Con sus hijos acostados, Lucio disfrutaba del silencio de la noche. Magda lo miró con cariño y se maldijo por tener que abandonar el hogar que ese hombre le había proporcionado. Se sintió sucia por dentro. Una cobarde que, en vez de contarle la verdad y enfrentarse a él, prefería huir sin decirles nada y romperles el corazón. Pensaría que se había burlado de ellos, que los había engañado. Había traicionado su amistad, su cariño y su amor. Ellos se lo dieron todo sin hacer preguntas y ahora les pagaba con el desprecio. No era justo, pero tampoco era justo para ella. Por primera vez, tenía un hogar donde vivir. Por primera vez en toda su vida, se sentía una mujer importante, imprescindible para esos niños que la querían como a una madre. Indispensable para ese hombre que la respetaba, la apreciaba y amaba. Con ella, esa casa había vuelto a ser un verdadero hogar, olía a pan recién hecho, a café, a comida caliente, a ropa limpia y a flor de lavanda.

«Sí, quiero. Hasta que la muerte nos separe», le habría contestado a Lucio mil veces si se lo hubiera preguntado él en ese instante. Porque, en ese momento, cuando lo iba a perder todo, se dio cuenta de la vida tan sencilla y serena que tenía con él.

Lo miró con ternura y Lucio le sonrió.

Decidió no hablar con él. En la carta se lo explicaría todo. Ya no había vuelta atrás.

A la mañana siguiente, Magda era un manojo de nervios. Derramó la leche varias veces y hasta los niños se dieron cuenta de que algo

no iba bien. Lucio le preguntó si le pasaba algo, a lo que Magda contestó que simplemente se encontraba un poco mareada. Antes de salir de casa, dejó todo limpio y ordenado. Su ropa no la tocó, pues no quería levantar sospechas. Además, tampoco sabía dónde esconderla, por lo que optó por dejarla en el baúl de su habitación. Dejaron a los niños en casa de la maestra y ambos se dirigieron a la tienda como de costumbre.

Había mucha gente en la calle y Magda agradeció no parar de atender el puesto de verduras. No habría soportado estar de manos cruzadas con todas las cosas que tenía en la cabeza. De vez en cuando, miraba de reojo a Lucio y se echaba la mano al bolsillo de la falda donde guardaba la carta, emborronada por las lágrimas, en la que le explicaba toda la verdad. Omitió el nombre de Julia por si el hombre, en un acto de venganza, la denunciaba a las autoridades, así que se refirió a su amiga con un nombre falso. Se maldijo, porque eso significaba que no confiaba plenamente en él. Pero, dadas las circunstancias, no podía poner en peligro la vida de Julia.

En tres hojas le explicó todo lo referente a ella y le confesó que, en otras condiciones, no habría dudado en aceptar su petición de matrimonio y que lo que más le dolía en el mundo era dejar a los niños. Al final del escrito, le pedía perdón por haberlos abandonado, aunque era consciente de que, al conocer su antigua profesión, no habría dudado en echarla de casa, lejos de él y de sus hijos. Al igual que con Julia, tampoco a él pudo contarle su más íntimo secreto. Un secreto que guardaba en lo más profundo de su corazón y que jamás contaría a nadie.

A las ocho menos cuarto de la tarde, Magda, Clarita y Anselmo aguardaban escondidos frente al cigarral. Habían tenido que dejar el carro bajo unos alcornoques para que no pudieran verlo desde el camino. Todo parecía tranquilo. En los tres cuartos de hora que llevaban allí, no habían visto un alma.

—¿Dónde vas? —le preguntó Clarita a Anselmo. Varias veces, su novio había tenido que separarse de ellas, con el peligro de que alguien viera el movimiento de los arbustos o simplemente le viera a él.

—¡Qué culpa tengo yo! —contestó irritado—. Los nervios me atacan al vientre.

—¡Es que no puedo con este hombre! —protestó Clarita.

—Déjalo ya, Clarita, por Dios —protestó Magda—. ¿Has notado algún movimiento en la casa?

—Nada. Y me estoy empezando a poner nerviosa. Se supone que ya tendría que haber salido el marido, ¿no?

—Eso me dijo la criada —susurró Magda.

—¡Mira, ahí está!

Magda sujetó con fuerza el brazo de Clarita. Lorenzo salía en ese momento de la casa y se disponía a montar en el caballo.

—Ay, madre. ¿Nos verá?

—¡Calla! Y baja la cabeza. —Magda le hizo una señal a Anselmo para que no hiciera ningún movimiento. Lorenzo pasó a galope a menos de cinco pasos de ellos. Cuando se asomaron, él se había alejado y solo pudieron ver el polvo del camino—. ¡Vamos, no perdamos tiempo! —Magda los apremió.

Corrieron hacia la casa. La puerta principal estaba cerrada. Intentaron entrar por la de la cocina, que también encontraron cerrada. Los tres se miraron nerviosos. Recorrieron el perímetro de la casa buscando alguna entrada. Nada. El tiempo se les estaba echando encima. Regresaron a la puerta de la cocina.

—¡Por aquí! —Anselmo había visto que la ventana del salón estaba medio abierta. Era un poco pesada, pero no opuso mayor resistencia y apenas tardaron unos minutos en entrar a la casa. Magda fue la primera en dirigirse a las escaleras, pero decidió buscar primero en el sótano. No creía que ese hombre la tratara mejor que antes. Repasó mentalmente las explicaciones de Julia acerca de la distribución de la casa y les hizo una señal a los demás para que la siguieran. Dejaron el salón a la izquierda, subieron por la escalera y recorrieron el pasillo abriendo las puertas sin miramientos hasta dar con la habitación de Julia. La encontraron metida en la cama, adormecida. Su rostro estaba tan consumido y mortecino que, a simple vista, parecía un cadáver. Magda se echó sobre ella, la incorporó por los hombros y la recostó sobre su regazo, después la acunó y la besó sin parar. De su garganta salieron unos sonidos guturales como si quisiera llorar.

Anselmo y Clarita la miraron atónitos sin saber qué hacer. Al final, Magda explotó y rompió a llorar. Clarita se abrazó a ella y al poco tiempo también lo hizo Anselmo, desolado por la escena.

Julia abrió los ojos. Tenía la mirada vidriosa.

—¡Magda! —dijo con un hilo de voz, y una especie de sonrisa asomó a sus labios. Luego reparó en Clarita y frunció el ceño al ver al chico.

—Es mi novio —aclaró la muchacha limpiándose las lágrimas de los ojos.

—¿Os quedáis a cenar? —Julia habló despacio, con voz pastosa.

Los tres se miraron sorprendidos.

—No, Julia —respondió Clarita—. Hemos venido a llevarte con nosotros.

—No puedo. Ahora estoy con mi marido.

—Vamos a sacarte de aquí. ¿Me oyes? —contestó Magda con firmeza.

—Esperaré a mi esposo. Yo no me he portado bien con él.

—¡Se acabó! ¡Clarita, Anselmo, ayudadme! Estamos perdiendo mucho tiempo. Cogedla por los pies.

—¿La llevamos así en camión? —preguntó el muchacho.

—Cogeré algo de ropa —dijo Clarita.

—¡No!

—Escucha, Julia —dijo Magda con impaciencia—. Nos vamos de aquí. Me da igual si tu cabeza está en el lado oscuro o en el claro. Estás drogada y no puedes pensar con claridad. Si chillas, te taparé la boca. Si pateas, te ataré los pies y las manos.

Sin más preámbulos, la bajaron por las escaleras con cuidado. Julia no se resistía, pero continuaba hablando de las bondades de Lorenzo y del error que estaban cometiendo.

La sacaron por la ventana que habían abierto. Una vez fuera, en el camino y alejados de los límites del cigarral, no supieron adónde dirigirse. Anselmo decidió ir a casa de sus padres. Vivían solos en mitad del campo a las afueras de Toledo. Sería un buen lugar para esconderse, aunque Clarita puso alguna objeción.

—¿No conoces otro lugar? —le preguntó con ironía.

La chica tuvo que reconocer que era la única opción.

Julia se había quedado dormida sobre el hombro de Magda, que no paraba de acariciar su rapada cabeza. El trayecto iba a ser más largo y difícil de lo normal, pues debían dar un rodeo, además de cruzar algunos riachuelos, pequeños montes y riscos.

La oscuridad enseguida se convirtió en su aliada, pero también en un problema añadido, pues dificultaba la visibilidad del camino. En algunas ocasiones, Anselmo tuvo que apearse del carro para dirigirlo a pie.

Julia abrió los ojos. Su primera reacción fue bajar del vehículo, pero Magda la sujetó con fuerza. Ella no quería estar allí ni en ningún otro sitio, solo estaba a gusto con Lorenzo. Magda volvió a abrazarla y la observó. Tenía la mirada perdida y los brazos lasos sobre su regazo.

—No volverán a drogarte.

Pero Julia continuó callada. Magda suspiró.

—Julia, todo ha terminado. Entre todos te ayudaremos. Ahora nos dirigimos a casa de los padres de Anselmo. Allí estaremos a salvo. Ellos te cuidarán. Como ves, solo tienes buena gente a tu lado.

No había más actividad en Julia que el movimiento de su cuerpo al compás del traqueteo del carro. En una hora llegaron a la casa. Cuando Anselmo llamó a la puerta y sus padres los vieron, se echaron la mano a la boca. La mujer apartó a su hijo hacia un lado y salió al porche con la cara desencajada. El chico se asustó al ver el rostro de sus padres, sin entender nada. La mujer se santiguó tres veces y, con la ayuda de Magda, que tampoco entendía la actitud de esas personas, pasaron a Julia al interior y la sentaron en la mecedora junto a la lumbre. Sin decir ni una palabra, preparó la mesa para ofrecerles algo de comida. Repartió cuencos con un poco de asado de conejo que había sobrado de la cena, un trozo de queso, fruta y pan. Julia rehusó todo el alimento que le ofrecieron. Con el corazón encogido, la mujer se dirigió a su hijo por primera vez.

—Anselmo, tu padre y yo nos alegramos mucho de verte en casa. Sabes que siempre eres bien recibido, y ojalá puedas quedarte para siempre. —La mujer bebió agua y se aclaró la garganta—. No sé de qué conoces a esta mujer, hijo —la madre señaló con la cabeza a Julia—, pero tu padre y yo sí la conocemos. Ella estuvo aquí hará

cosa de cuatro meses. Vino en un estado deplorable y la estuvimos cuidando hasta que tuvo que marcharse.

Todos la escuchaban atónitos, sin parpadear, tratando de asimilar lo que Santa acababa de contarles.

—Madre, padre, Julia ha estado ingresada en El Nuncio, Clarita es... Clarita es mi novia y Magda es una amiga de Julia. La historia es muy larga de contar, pero el caso es que la pobre está muy mal. Por lo visto, la juzgaron por la muerte de un hombre, pero también dijeron que estaba loca porque decía que su hijo no había muerto, como daba a entender su esposo. La internaron. Después su marido la sacó de allí y nosotros la hemos salvado de su marido.

Santa y Leocadio escucharon en silencio las palabras atropelladas de su hijo e intercambiaron unas miradas entre ellos. Lo que pasó por sus cabezas, solo ellos lo supieron. Quizá toda esa historia les pareció dantesca o no se la creyeron, pero no dijeron nada al respecto. Santa se frotó las manos, estiró el impecable delantal y se dirigió a una vieja cómoda de pino de donde sacó unas sábanas de hilo.

—Prepararé camas en el salón para vosotras tres. Dejaré el fuego encendido. —Santa desvió la mirada hacia Julia y se limpió los ojos anegados de lágrimas—. ¡Virgen santísima! Cuando la he visto así, con la cabeza rapada y con tantas... ¿Qué le han hecho?

—No debemos martirizarnos con eso. La cuidaremos y se pondrá bien —indicó Magda con una sonrisa de agradecimiento.

—Bueno, ahora descansad. Pero mañana tenéis que contarme todo con pelos y señales.

Santa y Leocadio volvieron a su habitación, mientras el resto se acomodaba en el comedor junto al fuego. La mujer llevaba razón, la lumbre hacía falta, estaban perdidos en medio del monte y las noches de junio todavía eran frescas y algo húmedas. En menos de una hora, todos sucumbieron al sueño.

Capítulo 32

—¡Se ha marchado! —gritó Lorenzo dando un sonoro puñetazo contra la mesa de Pascual, el alguacil.

—Según me cuenta, fue usted quien la sacó de El Nuncio y el rector dio el visto bueno para su salida. Y según tengo entendido, la pena que debía cumplir su esposa duraba veinticinco años o hasta que el responsable de El Nuncio la dejara libre tras su recuperación.

—Pero yo le obligué a firmar esos papeles. ¿No lo entiende?

Pascual se rascó la cabeza. Estaba cansado de ese hombre y de sus impertinencias.

—Ese no es mi problema. No seré yo quien ponga en duda el parecer del director de El Nuncio, como tampoco puse en duda la sentencia del corregidor —aclaró el alguacil, harto de tanta charla.

—Tampoco me creyó cuando le dije que estaba viva ni cuando le dije que mi mujer había perdido la cabeza y mire dónde acabó.

—Yo no soy médico; soy alguacil. Oficialmente, su mujer está sana y en todo su derecho de ir y venir por donde le plazca.

—Le digo que yo insté al rector para que firmara los papeles. Mi mujer estaba en un estado espantoso. La tendría que haber visto. Era... era un trapo, estaba... Tenía el pelo... su rostro...

—Mire: se acabó. Yo no puedo hacer nada. Búsquela usted, si quiere. ¿Mi consejo? Déjela en paz. —Pascual lo miró de reojo y empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa—. ¿Sabe lo que creo? Que está obsesionado con ella. Las obsesiones no son buenas, señor Medina. Tenga cuidado, no sea que cometa alguna tontería. Relájese, hombre. Aparecerá tarde o temprano. Ya lo verá.

Lorenzo mostraba un rostro desencajado por la rabia.

—Usted no entiende nada. Asesinó a un hombre.

—Y ha pagado por ello.

Lorenzo salió del despacho dando un portazo y dejó a Pascual con la palabra en la boca.

—¿Te has enterado de la noticia? Lorenzo sacó a Julia de El Nuncio y por lo visto se ha escapado de su casa —informó Pedro al notario. Ambos se encontraban sentados en la celda, sobre la cama—. Me lo ha dicho Pascual.

—Debería ir a buscarla, Pedro. No puede andar por ahí sola, en su estado.

—Sería peligroso, Francisco. Si Lorenzo se entera de que estás tras la pista de Julia, querrá saber el motivo. No me fío. Mira lo que le pasó al médico ese. Nadie sabe dónde está. Dicen que lo han matado y que luego escondieron su cuerpo para que nadie lo encontrara. A mí me da que se ha largado. Ese hombre dejó un rosario de enemigos cuando ejerció la medicina.

—¿Largado? Me cuesta creerlo, a sabiendas de que ha dejado su casa abierta y con todas sus cosas dentro. No sé, me huele a algo muy extraño.

—¿Crees que todo esto está relacionado? —insistió el administrador.

—El hecho de que ese médico atendiera a Julia me hace sospechar que no son cosas aisladas.

—¿Crees que Lorenzo...? —Pedro dejó caer la pregunta y observó la reacción de su amigo.

Francisco llenó los pulmones de aire y lo expulsó ruidosamente. Luego lo miró y se encogió de hombros.

—¿Has hablado de esto con el alguacil? —quiso saber Pedro.

—Le dije que no eran más que elucubraciones mías y que a lo mejor me estaba calentando la cabeza sin motivo aparente.

—¿Qué contestó?

—Hay muchas cosas que a él tampoco le cuadran. Aunque han cerrado el caso, él sigue investigando por su cuenta. En fin, dejemos todo esto en sus manos. Con respecto a Julia, seguramente Lorenzo no tardará en ir a buscarla y dar con ella. Nosotros debemos estar bien atentos. Yo también haré mis averiguaciones. Por lo pronto, su dinero permanece a salvo. El último día que Lorenzo vino a verme para reclamar los poderes sobre la herencia de su mujer, le mentí. Le

dije que no era suficiente el hecho de que ella estuviera ingresada en El Nuncio, que su padre lo había dejado todo atado de tal forma que, incluso con un informe de incapacidad, no podría tener los poderes en su mano. Le comenté que habría sido distinto si su hijo hubiera vivido. Tendrías que haber visto su reacción: los ojos desencajados, crispadas las manos y echando espumarajos por la boca.

—¿Sabes en qué estado se encuentran las tierras? —preguntó Pedro.

—En un estado deplorable.

—Me preocupa Julia —confesó Pedro, apenado—. ¿Será verdad que está loca? ¿Dónde podrá estar?

—Daré con ella.

—Es una pena que su hijo haya muerto. Pobrecilla, lo ha perdido todo.

—Bueno, de todas formas, por si no la encontrásemos de momento, hemos hecho muy bien en ir guardando todo el dinero en otra cuenta por si el juez la diera por desaparecida y, finalmente, le concediera los poderes a Lorenzo.

Durante todo el día, la casa de campo estuvo muy animada. Anselmo ayudó a su padre en las pequeñas tierras y Clarita fue de gran apoyo para Santa. Ambas sacudieron las mantas, barrieron, limpiaron y prepararon la comida. Santa se reía sin parar con la muchacha. Era brusca y ordinaria, pero tenía redaños. Se veía que las había pasado mal y le gustaba para su chico.

Mientras trabajaban codo con codo, Clarita la puso al día sobre su vida, aunque poco había que contar. Santa no quería reírse, pero la forma de narrar sus desventuras y de referirse a su tía Prudencia le provocaba carcajadas; al intentar evitarlas y poner cara de circunstancias, lo único que conseguía era poner un rictus extraño en su semblante.

Por otra parte, Magda no se separaba de Julia. Hacía una mañana preciosa, por lo que extendió una manta sobre los últimos vestigios de hierba que aún quedaban y la ayudó a sentarse sobre ella. Por más que intentó una conversación, no consiguió ni una sola palabra de su amiga.

Por la noche, aprovechando que los demás se habían ido a la cama

más temprano de lo normal, Santa y Magda se habían quedado sentadas en el porche, arropadas con dos finos mantones.

—Ya no sé qué hacer, Santa.

—Si la hubieras visto cuando vino aquí la primera vez... Era una niña inocente y pura. —Santa se columpiaba despacio en la mecedora, mientras rememoraba el día que la había traído su marido.

—Es que no sé qué tiene la *jodía* niña que se te clava aquí dentro. —Magda se llevó la mano hacia el corazón.

—A mí me ocurrió lo mismo el día que la conocí.

En un arranque de emoción, Magda le contó toda la historia.

—Hija mía, entre Julia, la otra y tú... ¡Madre del amor hermoso! ¡Vaya trío tengo metido en casa!

Magda no pudo contener la risa. Santa llevaba razón.

—Lo mejorcito de todo Toledo, Santa —bromeó Magda.

—¡Vaya que no!

—¡Ay, madre! —suspiró Magda—. ¿Qué voy a hacer con Julia? Estoy muy preocupada.

—Estás en el buen camino, hija. Cuando menos te lo esperes, reaccionará.

Los días siguientes no fueron muy diferentes. Julia continuó callada. Solo se movía de un lado a otro si se lo ordenaban. Obedecía sin rechistar a todo lo que se le pedía. Poco a poco le iban dando cosas que hacer. Empezaron por trabajos sencillos y cortos para que no se cansara. Un día era barrer el porche; otro, poner y quitar el mantel de la mesa, o llevar a la casa la cesta con las verduras que habían recolectado y regresar con ella al huerto. No era gran cosa, pero al menos se mantenía activa.

Leocadio se sentía muy a gusto con su hijo; hacía tiempo que no hablaban tanto. El día que había decidido marcharse para buscarse la vida, creyeron que no lo iban a volver a ver. Y ahora lo tenía frente a él, más asentado, maduro, afanoso y responsable. Pensó que esa chica, Clarita, le estaba haciendo mucho bien.

Anselmo, por su parte, se sentía a gusto con su regreso a casa. Se había marchado sin apenas despedirse y en contra de la opinión de su padre. Ahora escuchaba con atención los consejos que le daba y

los aplicaba al momento. Aprendía rápido y bien las faenas de la tierra y la casa, y Leocadio le dejaba el trabajo más duro y pesado. A él cada vez le resultaba más difícil agacharse. Le dolían la espalda y las piernas, por lo que la ayuda de su hijo le venía que ni pintada. Se sentían a gusto y más unidos que nunca, y hasta Santa notó un cambio en el carácter de su marido. Ahora estaba más dicharachero, gastaba bromas e, incluso, tanto al levantarse como al acostarse, le daba un beso en la mejilla. El regreso de su hijo y la convivencia con él estaban fundiendo el corazón duro y gastado de su marido. Y a ella le estaba ocurriendo lo mismo con la chica. Clarita llevaba la casa prácticamente sola. Se había empeñado en que Santa ya había trabajado mucho en su vida e insistía en que sus manos eran más jóvenes y fuertes. Con la gracia que tenía, la regañaba cuando la veía coger más peso del que debía o cargar la cesta de la ropa sucia. Con su artrosis, debía descansar. Pero no podía enfadarse con esa muchacha; era imposible; todo lo decía de una forma tan limpia y sana como grande tenía su corazón. Era muy difícil no quererla.

Santa dio gracias al cielo. No solo había recuperado a su hijo, sino que ahora tenía la hija que tanto habían deseado.

Por su parte, Magda pensaba en Lucio y no podía reprimir un cosquilleo en el estómago por el remordimiento, mientras imaginaba la vida que habría podido llevar con él y con los niños. Suspiró con fuerza y se consoló pensando que al menos la vida le había dado una oportunidad de tener una familia, aunque fuera por poco tiempo. La sensación le había gustado. No estaba enamorada de Lucio. Pero, sin duda alguna, se habría casado con él. Recordó la carta que le había dejado. Ya la habría leído y, a estas alturas, después de blasfemar contra ella y maldecir el día que la había conocido, lo más seguro era que la hubiera olvidado para siempre o solo conservara un doloroso recuerdo. Magda suspiró. Miró a Julia, que estaba sentada a su lado, en silencio, como siempre, y luego observó a los demás, que hablaban animadamente sentados alrededor de la mesa de pino. Se le escapó una sonrisa. En el fondo, todos los que se encontraban allí tenían historias tristes y vidas desafortunadas y eso, precisamente, era lo que los había unido. Ahora, esas penas, al ser compartidas entre todos, quedaban lejanas, aparcadas en algún punto del camino

y de la memoria. Ya no eran tan importantes porque habían encontrado algo mucho mejor: la amistad. Magda recordó el salmo del que le había hablado Julia. Le había dicho que era bonito, pero que ella no estaba tan de acuerdo con esa exaltación del amor. Sin embargo, cuando Leocadio la dejó leerlo una tarde, sí le pareció precioso, porque eso era precisamente lo que les había ocurrido a todos. El amor entre todos ellos, en sus más distintas formas, los había reunido. Había conseguido crear un fuerte vínculo entre personas muy diferentes entre sí, y lo había hecho para siempre. Era una unión desinteresada, libre, generosa y extraordinariamente humana.

A la tarde, cuando el sol aún propagaba sus rayos sobre ellos, se reunían en el porche de la casa. Santa y Clarita cosían. Anselmo se había aficionado a hacer figuritas con troncos pequeños y fuertes, trabajándolos con una navaja, y Leocadio arreglaba la piel de un serijo. Magda, por su parte, leía en voz alta la Biblia para entretener al resto de la familia. Mientras, Julia dejaba que la brisa acariciara su rostro. Ya no hablaba de su hijo. Había asumido su pérdida. Pero, en lo más profundo de su corazón, no podía perdonar que no la hubieran dejado despedirse de él, darle un último beso, un último abrazo. Pensaba en Lorenzo, su gran amor. Sabía que, por mucho tiempo que pasara, a pesar de todo lo que había sucedido, jamás podría olvidar el amor que una vez había sentido por él. Pero por nada del mundo regresaría a su lado. Si quería empezar de nuevo, debía ser en algún lugar donde nada le recordara a él.

Los días se convirtieron en semanas y estas en meses que pasaron con prontitud. Julia aprovechaba para dar paseos alrededor de la casa y disfrutar de los livianos rayos de sol que, a mediados de octubre, se extendían por el valle iluminando las desnudas ramas de los alcornoques y acentuando los tonos rojizos de la tierra. Irradiaba alegría y su estado había mejorado considerablemente. Con algo más de peso, su rostro se redondeó, su piel se tornó del color del melocotón, el iris de sus pupilas chispeaba y el pelo empezó a crecerle. Después de comer, se reunían alrededor de la tosca

chimenea entregados a sus quehaceres. Julia hablaba con Anselmo y lo observaba cincelar con paciencia tacos de madera, mientras Leocadio dormitaba en la mecedora con su pipa apagada sobre el regazo. No sabían que muy pronto esa tranquilidad volvería a truncarse. Ocurrió dos días después, cuando, a primera hora de la mañana, Leocadio bajó al pueblo para reponer leche, harina y fruta, y regresó a la casa con la cara descompuesta.

—¿Qué pasa? —le preguntó Santa, preocupada.

El hombre dejó la leche sobre la mesa y se sentó en una de las sillas. Se puso la mano en el pecho para calmar la ansiedad y controlar la fatiga.

—Estáis en peligro —respondió, clavando la mirada en Julia.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado? —preguntó Magda.

—Fui derecho a por la harina y el molinero me comentó que un hombre anda buscando a Julia. Va diciendo que se ha escapado del manicomio, que es peligrosa y que recompensará con una moneda de oro a quien le dé noticias tuyas.

—¿De oro? —preguntaron todos al unísono.

—Lo que estáis oyendo —respondió el hombre, abrumado—. Antes el pago era en plata, y os aseguro que movilizó al pueblo. Fue el día que Julia tuvo que marcharse de aquí. No quiero ni pensar lo que harían por una moneda de oro.

Un silencio aterrador ahogó sus gargantas, hasta que Magda tomó la decisión que tanto temía Julia.

—Debemos irnos. Por ese dinero, entregarían a su propia madre.

—No pagaré —dijo al fin Julia con una seguridad que sorprendió a todos—. No creo que tenga dinero para ello.

—¿Y tú cómo lo sabes, Julia? —intervino de nuevo Magda—. Puede que tu dinero y tu herencia estén ahora en sus manos.

Julia guardó silencio. Era una posibilidad.

Leocadio se mesó el pelo con preocupación.

—Sigue enamorado de ti, Julia. Yo le vi en El Nuncio y te puedo asegurar que ese hombre te ama con locura —afirmó Anselmo.

—Creo que será mejor que nos marchemos, hoy mismo —insistió Magda, crispada.

—Os llevaréis el carro y la mula —dijo Clarita con determinación.

—No. —Leocadio no creía que fuera una buena idea—. Os verán enseguida. Lo siento, pero creo que lo mejor será que vayáis caminando. Os podréis esconder mejor por el bosque y... Será peligroso, pero pasaréis más desapercibidas.

—Leocadio lleva razón —convino Magda, muy a su pesar, recordando los acontecimientos de la última vez—. No hay tiempo que perder.

—¿Y vosotros? ¿Os iréis con ellas también? —preguntó Santa a los chicos, temiendo la respuesta.

—¿Nosotros? Pues no sé... —Anselmo miró a Clarita sin saber qué decir—. La verdad es que no habíamos pensado en nada. Podríamos quedarnos, si a ustedes no les incomoda —soltó el chico con una sonrisa que no le cabía en el rostro.

—¡Ay, hijo! —Santa se acercó a él, le cogió la cara con las dos manos y le besó con cariño la frente despejada y pecosa.

Julia y Magda partieron finalmente hacia Madrid.

Capítulo 33

El viaje resultó pesado. La distancia de Toledo a Madrid era de unas doce leguas. Optaron por caminar por el monte durante el día y salir a los caminos vecinales por la noche. Era muy peligroso, pero al menos podían esconderse con más facilidad. Llevaban varios días de viaje y habían consumido casi toda la comida que Santa y Clarita les habían preparado, por lo que llevaban varias horas sin comer. Ya no tenían enaguas bajo las faldas; las habían utilizado para lavarse y vendarse los pies.

Caminaban arrastrando las piernas y medio desfallecidas por el hambre y el frío cuando vieron a un grupo de personas alrededor de una fogata. El olor a carne asada las envolvió y sus tripas crujieron. No parecían los típicos buscadores de Julia, sino más bien gente normal que se trasladaba de un lugar a otro.

Como sonámbulas, llegaron hasta ellos. Al verlas, guardaron un largo silencio, solo roto por el chisporroteo de la grasa de la carne que caía sobre las brasas. Julia se desplomó en el suelo, y una de las mujeres salió para socorrerla. Al reconocerla, soltó un grito que asustó a todos.

—¿Señorita Julia?

—¿Me conoce? —preguntó Julia volviendo en sí ante la sorpresa de Magda.

—Sí, señora. Soy Juana, la prima de Ramona y la mujer de Hipólito, el capataz de su difunto padre, que en gloria esté. Siempre estaremos muy agradecidos a su familia por cómo nos trataron. Pero ¿qué le ha pasado? ¿Y su pelo? ¿Y su marido? —Al ver la cara de susto de Julia, miró a Magda y esta le hizo una seña para que no insistiera—. Bien, primero comerán y descansarán, y luego me lo contarán. —Se sentaron alrededor del fuego y disfrutaron de la comida. Todos observaban a Julia con curiosidad. Cuando terminaron

de cenar y cada uno se fue a dormir, Julia, Magda y Juana se quedaron junto a la lumbre. Arropadas con mantas ásperas, estuvieron hablando hasta bien entrada la madrugada. Julia le contó todo lo concerniente a su encierro, su escapada y su encuentro con Magda. La mujer la escuchaba atónita, sin dar crédito a la historia.

—No sé si Ramona podrá perdonarme algún día —confesó Julia, apenada.

—Mi prima está muy triste. Se quedó con la sensación de haberle servido de poca ayuda en el juicio.

—¿Dónde está?

La mujer movió la cabeza de un lado a otro.

—No lo sé. Hasta hace bien poco, en casa. Buscaba trabajo por las casas importantes, en los conventos... Pero nada. Decía de marcharse a Carranque, Illescas... No sé, no me haga mucho caso. Tenía una amiga de la infancia que trabajaba en un hospital. Nosotros le insistimos en que nos acompañara, pero es muy testaruda. Al final no sé qué habrá pasado, si su amiga la habrá ayudado o se habrá marchado. No tengo ni idea.

—Pero ¿dónde vive?

—Antes vivía con nosotros; ahora no lo sé. En cuanto nos instalemos, mandaré recado a casa de mi vecina. Allí dejaremos las primeras noticias de nuestro paradero.

Julia la abrazó con fuerza.

—Su marido la andará buscando. Tenga mucho cuidado, hija.

—¿Adónde os dirigís? —quiso saber Julia para desviar la conversación.

—Hay que trabajar en lo que sea; en Toledo el trabajo se acabó, niña. Optamos por irnos al norte junto a estas personas. Dicen que allí hay futuro, que puedes dedicarte a lo que quieras porque hay trabajo para todos. —Las miró esperando una confirmación de que así era.

—Nosotras también lo hemos oído —mintió Magda.

Siguieron hablando hasta el amanecer y luego se quedaron dormidas. El único ruido que se escuchaba procedía de los últimos chisporroteos del fuego, que se consumía poco a poco.

Al día siguiente, bajo un manto de niebla, Lorenzo pensaba en su situación mientras recorría las calles de Navahermosa. Se había gastado el dinero hallado en el despacho de su suegro, y el que le había sacado a Gabriela le había durado hasta hacía poco más de un mes. Tuvo que volver a visitarla y convencerla como solo él sabía hacerlo. Pero en su última visita Gabriela le exigió que eligiera entre ella y su esposa si quería seguir recibiendo su dinero. Lorenzo no contestó y Gabriela abandonó Toledo para siempre.

Dio una patada a una piedra que saltó contra la fachada de una casa.

—¡Maldita sea! —Pensaba que lo tenía todo controlado, pero no era así. Caminaba sin rumbo, envuelto en sus pensamientos. Salió de los límites del pueblo y se sentó a descansar en un tronco seco junto al camino. Se abrochó el redingote y se subió la solapa para cubrirse el cuello. Hacía frío. Juntó sus manos y sopló varias veces entre ellas. Miró hacia el frente y observó la niebla. Pensó en su niñez, en su amigo Mario, en su mujer y, por primera vez, pensó en su hijo. Sin poder contenerse, lloró. Lloró amargamente. ¿Y si las cosas pudieran cambiar? ¿Por qué no? Estaba perdidamente enamorado de su mujer. La quería por encima de todo. Tenía que encontrarla, pero para ello necesitaba dinero. Vendería urgentemente la casa de Orgaz. Hablaría con Zambrana, su vecino. Él siempre había querido su casa y las tierras que aún le quedaban. Tenía que ir allí.

Un poco más calmado, se incorporó, se pasó el pañuelo por la cara, se alisó su abundante y larga cabellera y decidió salir cuanto antes hacia su pueblo.

Juana se levantó pesadamente de un taburete de madera, suspiró y echó el café restante al fuego.

—Estoy pensando que podrían venir con nosotros hasta Madrid. — Sin dar tiempo a que contestaran, la mujer prosiguió—. Les voy a dar la dirección de mi hija. Trabaja en una casa muy buena y las puede orientar acerca de dónde alojarse. Esperen un momento. ¡Hipólito! — gritó para llamar a su marido, que se acercó todo lo deprisa que pudo—. Las voy a mandar a la Bernarda, por si puede ayudarlas. Dame la dirección de la niña.

—Mi hija trabaja todo el día en la casa de una señora muy principal —contestó orgulloso—. Vive en un piso sencillo y creo que lo comparte con otras muchachas de su edad. —Se quedó pensando unos minutos—. La calle se llama Sacramento. Es un edificio alto que está encima de una taberna, aunque no recuerdo su nombre. Decidle que os ha enviado su padre. Se pondrá muy contenta.

—Gracias —contestaron las dos al unísono.

Se dirigieron al carro, ayudaron a Juana a subir, se acomodaron como pudieron e iniciaron la marcha hacia Madrid.

Una mujer entrada en años y de aspecto cansado abrió la puerta. Lorenzo la reconoció enseguida como la criada de Zambrana. Tras identificarse, la mujer ahogó un grito con la mano y se quedó inspeccionándolo como si acabara de ver a un fantasma. En ese mismo instante, un hombre alto, de edad avanzada, con el pelo plateado y despeinado se acercó hasta el zaguán ayudado por un bastón.

—¿Quién es usted? —preguntó desconfiado, acercándose un poco más para escudriñarlo con un monóculo.

—Lorenzo Medina.

El hombre lo miró extrañado.

—Sí, señor Zambrana. Soy yo. Si me lo permite, quisiera hablar con usted un momento.

El hombre hizo una señal a la criada para que se marchase e indicó a Lorenzo que pasara a una salita pequeña. El suelo estaba cubierto por una mullida alfombra. Sobre una mesa de caoba se apilaban cientos de hojas y libros antiguos. La lumbre de la chimenea destellaba sobre la seda de color turquesa que recubría el único sillón de la estancia. El hombre cerró la puerta con cuidado.

—¿Le apetece tomar algo? —le preguntó por pura cortesía.

—Gracias, se lo agradezco. —Lorenzo permaneció de pie—. Señor, lo que vengo a proponerle seguro que le va a interesar.

El señor Zambrana arqueó las cejas, le ofreció una copa y se sentó frente a él.

—Pues usted dirá, pero le aseguro que a mi edad ya son pocas las cosas que me producen interés.

Lorenzo le sonrió.

—¿Le siguen interesando mis tierras? —preguntó a bocajarro.

El hombre se quedó callado. Giraba su copa de un lado a otro despacio, observando el líquido subir y bajar lentamente, impregnándola dulcemente.

—¿Por qué ahora? —le preguntó—. Nunca quisieron vender. —Sorbió ruidosamente el vino y lo dejó unos segundos en su boca—. Un buen vino. ¡Sí, señor! ¿Y por cuánto?

—Treinta mil reales —dijo sin pestañear.

—¡Está loco! Pero si sus tierras no sirven para nada —bramó el hombre.

—Tengo otros contactos interesados en mi hacienda. Pero sé que usted siempre las quiso y por eso he tenido la deferencia de preguntárselo primero a usted.

El señor Zambrana se incorporó del sillón.

—Las tierras me importan menos, pero la casa sí me interesa. Ese edificio frente a la catedral... siempre lo deseé. Diez mil ahora. Dinero contante y sonante. Si quiere, lo toma, y si no, mala suerte para mí. Inténtelo con otro —le contestó indiferente—. Como ve, mi salud ya no es tan buena y aumentar mi patrimonio, a estas alturas..., me da un poco igual.

Lorenzo apretó los puños. Lo conocía demasiado bien; sabía que no daría su brazo a torcer, y no había más compradores. A nadie le interesaban unas tierras áridas, pero la casa... era el mejor edificio de todo Orgaz con diferencia. Apretó los dientes. No había otra salida.

—Veinte mil.

Zambrana sonrió.

—Mire, hijo, no intente apretarme. Sé que no hay más compradores, así que le haré una última oferta. Doce mil. Si quiere, bien, y si no, ahí tiene la puerta.

—Acepto.

—¿Tiene los papeles?

—Los he traído. —Los sacó del bolsillo de su chaleco y los dejó sobre la mesa.

—Bien, si no le importa, nos acercaremos un segundo a casa del señor notario. Una vez firmados, le pagaré allí mismo. ¿Le parece?

Lorenzo asintió.

En poco más de dos horas y con la cartera repleta de dinero, Lorenzo partió hacia Madrid.

Capítulo 34

Las dos carretas hicieron su entrada en Madrid. Desde donde se encontraban, podían observar la vega del Manzanares repleta de lavaderos, las extensas tierras de cultivos y sus alamedas. Al fondo, coronando el paisaje, sobresalían los tejados de los edificios, y de sus chimeneas salía un humo negro y espeso que se esparcía por el aire enredándose con las nubes. Pararon los carros y los niños fueron los primeros en acercarse corriendo al río, salpicando con sus juegos a las lavanderas que reían y parloteaban entre ellas. Las mujeres los imitaron, estaban deseando asearse y no les importó la baja temperatura del agua. Con la sensación de estar limpias y frescas, regresaron al grupo.

Juana se acercó a ellas.

—Hija, nos tenemos que marchar. En cuanto sepa de mi prima por mi vecina, le daré las señas de la Bernarda para que pueda mandarle correspondencia. La hará muy feliz saber de usted. Prométame que será fuerte, Julia.

—Lo intentaré. Tengo que decidir qué es lo que voy a hacer con mi vida.

Julia miró en dirección a la villa y sus ojos tomaron un brillo especial que no se le escapó a la mujer.

Una vez solas y tras cruzar el río por una pasarela, Magda y Julia se adentraron por la calle de Toledo. La ciudad se agitaba con frenesí en torno a ellas. Miraban continuamente de un lado a otro para contemplar los altos edificios y entretenerse en los diversos puestos de verduras, frutas, vajillas... que, apostados a ambos lados de la calle, formaban un curioso soportal con sus toldos blancos cayendo hacia el suelo para protegerse del aire. En plena calle, rodeadas por el griterío de los vendedores y el repiqueteo de los casos de los caballos y mulas sobre el empedrado, e imbuidas en el aliento

crispado del entorno, a punto estuvieron de ser atropelladas por un curioso carro que, tirado por dos mulas, marchaba repleto de odres de vino.

—Deberíamos preguntar por la calle Sacramento —comentó Magda y, sin dar tiempo a que Julia contestara, la sujetó de la mano y se encaminaron hacia un hombre que vendía carbón junto a la acera.

—Buenas tardes, buen hombre. ¿Sabría usted decirnos dónde está la calle Sacramento?

El hombre, envuelto en una bata sucia, con la cara tiznada y las uñas de las manos negras, las miró con un rictus de desagrado por tener que parar la faena.

—¿Sacramento? ¡Ah, sí! Miren, tienen que continuar hasta el siguiente cruce y después girar a la izquierda por la calle de San Justo. Tiren para abajo y darán con una plaza, sigan todo recto y llegarán a la calle. No tiene pérdida.

—Bueno, parece que la suerte está con nosotras, de momento —manifestó Magda, mientras se adelantaba. Siguieron las indicaciones del hombre y pronto dieron con la calle y con el edificio. La puerta se encontraba abierta y pasaron a un zaguán estrecho, largo y con un olor penetrante a humedad. Subieron con cuidado por una escalera estrecha con los tablones desgastados por la carcoma, hasta llegar al primer rellano, donde había tres puertas con enormes mirillas de bronce en cada una. Ambas mujeres se miraron sin saber qué hacer. Magda se encogió de hombros y tocó con los nudillos a la que quedaba a su derecha.

Tras varios segundos de espera, una mujer entrada en años, con aspecto desaliñado, les abrió.

—¿Qué quieren? —preguntó de mala manera.

—Buscamos a Bernarda López. Nos han dicho que vive aquí.

—¿Quién pregunta por ella?

—Somos familia de su madre —contestó rápidamente Magda.

—¡Bernarda! —La mujer chilló asomando la cabeza por las escaleras—. ¡Unas mujeres preguntan por ti!

Se volvió hacia ellas y, sin perderlas de vista, las mandó al segundo piso. Allí las esperaba una chica joven, de pelo castaño recogido en un moño y vestida con un uniforme de criada.

—¿Bernarda?

—La misma. ¿Quiénes son ustedes? —preguntó con curiosidad.

Julia se acercó a ella con una sonrisa.

—Ramona, la prima de tu madre, trabajaba en mi casa. Hemos venido hasta Madrid con tus padres y nos han dicho que quizá tú podrías ayudarnos a buscar alojamiento. Ellos nos han facilitado tu dirección.

—¿Están aquí?

—No. Ellos continuaron el viaje.

Después de un buen rato en silencio, la chica las dejó pasar. Entraron directamente a una pequeña salita cuadrada e iluminada por un par de candiles. Al fondo, un fogón encendido mantenía caliente la habitación; sobre él había una repisa que sostenía varios platos, jarras y pucheros de cobre. A la derecha del hogar, un mueble viejo de madera basta. En el centro, una mesa con un plato con dos manzanas y un cuarto de pan negro, y cuatro sillas. La única luz natural entraba por un ventanuco que daba a un estrecho patio de vecinos. Una segunda puerta a la izquierda comunicaba al único dormitorio, algo más amplio, en el que se veían dos camas separadas por una mesilla con dos cajones y una cómoda grande y deteriorada en una de las esquinas. Aun así, la casa se mostraba limpia, caliente y ordenada.

Magda advirtió un gesto de resignación en Julia y suspiró. Bernarda, que no paraba de morderse las uñas, las convidó a sentarse alrededor de la mesa y, durante una hora, escuchó, muy atenta y sin interrumpir ni una sola vez, toda la historia de Julia. Cuando acabaron de hablar y el silencio se interpuso entre las tres, Bernarda se levantó de la silla y dio unas cuantas vueltas alrededor de la habitación.

—Esta noche podéis quedaros si queréis; mi novio solo viene de vez en cuando. Bueno, a menudo. Sí, ya sé que a mi madre le he dicho que vivo con otras chicas. Pero, como veis, no es así, y me gustaría que esto quedara entre las tres.

—No te preocupes. Por mi parte no sabrá nada —dijo Julia y, ante el desconcierto de Magda, añadió—: Creo que será mejor que nos vayamos.

—¡No, no! Se está haciendo de noche y no es muy seguro andar por ahí. De ninguna manera. Os quedaréis aquí esta noche. Mi prometido no viene hoy porque tiene turno de noche en una fábrica de cerámica.

Ambas pensaron que era lo mejor. Esa noche la pasarían allí y, al día siguiente..., Dios proveería.

Las tres se levantaron muy temprano. Bernarda se marchó a trabajar, y Magda y Julia decidieron salir a dar un paseo. La mañana las abrazó con una capa de humedad. Debían estar a menos ocho grados, y en un acto reflejo se arrebujaron en sus respectivas capas. Daba la sensación de que la ciudad despertaba al ritmo de su caminar: algunos tenderos preparaban sus puestos, mientras otros, más madrugadores, colocaban la mercancía a la vista con esmero. Los tahoneros, con sus borricos cargados de serones, repartían el pan en las tiendas. Vendedores de carbón, anunciantes de telas baratas y calzado. Las calles y las plazas se iban llenando de gente y las mujeres se agolpaban en los tenderetes, con sus cestas a la cadera, para comprar el sustento de ese día. Las campanas de las iglesias anunciaban las primeras misas. Poco a poco, la algarabía de los chiquillos, los gritos de los vendedores y el ruido de los cascos de los animales y de las ruedas de los carros devoraron el silencio y la calma de apenas una hora antes. Las aceras eran demasiado estrechas y les impedían caminar una junto a la otra, de tal manera que optaron por ir por la calle. Sin embargo, el andar resultaba muy incómodo y las calles, a veces, se volvían intransitables, pues en algunos tramos el empedrado era tosco y desigual o debían sortear charcos y lodazales, provocados por las lluvias que días atrás habían caído sobre la villa. Sin contar con la gran cantidad de muleros, carros y calesas que circulaban a toda velocidad.

Las casas y edificios, así como los chillones colores de sus fachadas, parecían colocados por la mano de un loco, carente de lógica y sentido de la armonía. Llevaban los bajos de las faldas sucios de barro y el calzado empapado. Sin embargo, continuaron embebidas en la agitación de esa ciudad, con tanta vida y alma propia, hasta darse de bruces con la plaza del Sol, donde se escuchaban entremezcladas las voces de los aguadores y las violeteras. El ritmo

desacompañado de los transeúntes se cruzaba entre ellas, mientras sorteaban carruajes sofisticados, seguramente de algún personaje importante que iba de camino al Palacio. Aprovecharon para comprar unas cuantas naranjas, algo de verdura y un trozo de bacalao, y continuaron calle abajo hasta la carrera de San Jerónimo. El barullo dejado atrás contrastaba agradablemente con la tranquilidad del lugar. Era una calle amplia, luminosa y limpia. A ambos lados se alzaban magníficos palacetes, que luego supieron que pertenecían al duque de Tamames y al marqués de Santiago, además de pasar por el palacio de Miraflores y el convento del Espíritu Santo. Con la cabeza siempre alta y los ojos volando de un edificio a otro, continuaron bajando por su trazado suave y tranquilo hasta dejar a su derecha el último edificio: el palacio de Medinaceli.

Después de pasar todo el día caminando, mirando y absorbiendo todo cuanto veían, Julia y Magda se dieron cuenta de que no habían comido. Hambrientas, decidieron regresar a la casa. Si finalmente Bernarda las echaba, tendrían que buscarse la vida, y aún no habían pensado en ese detalle. Nada más llegar, la mujer del primer piso les salió al encuentro.

—¿Saben algo de lo que ha ocurrido? —Sin darles tiempo a responder, continuó—: Han matado al novio de la Bernarda. —Tras soltar la información, se quedó observando los rostros sorprendidos de las mujeres. Se acercó un poco más a ellas y, bajando la voz, les confesó—: Por lo visto, le dispararon ayer por la tarde, cuando se manifestaban al son de la *Trágala* en la plaza de la Cebada. En fin, una desgracia. No salimos de una y nos metemos en otra. Y esta pobre criatura... más sola que la una. —Magda aprovechó que la vecina se limpiaba un escupitajo que se le había quedado en la barbilla para preguntarle si Bernarda estaba al corriente—. Se lo han encontrado más tieso que a mi difunto marido, que en paz descansa, y de eso hace ya diez años. No, no lo sabe aún. Iba a subir a decírselo ahora.

—No se moleste, señora —se apresuró a decir Magda—. Ya nos encargamos nosotras de darle la triste noticia a nuestra prima. Es muy sensible y... no queremos contársela de golpe.

—Como quieran —contestó de mala gana la mujer.

Una vez dentro de la casa, encendieron la lumbre y se sentaron alrededor de la mesa sin hablar, mientras pensaban cómo le comunicarían la noticia a la chica. Oyeron a Bernarda subir por las escaleras. Ambas se miraron nerviosas.

—¿Qué pasa? —les preguntó, recelosa. La invitaron a sentarse con ellas y, con la suavidad que pudieron, dadas las circunstancias, le dieron la triste noticia—. Se lo advertí mil veces, pero él nunca me hizo caso. Con esas ideas tan radicales en la cabeza, ¿cómo creía que iba a acabar? Le dije que las cosas no podían cambiarlas gente como nosotros. Era muy leído, le gustaba acercarse al café de la Cruz de Malta en la calle del Pozo para hablar de libertad y todo eso. Él creía que esta Constitución no es buena y que debía haber otra que sometiera al rey a la soberanía popular. Ese café está justo detrás del de la Fontana de Oro, donde se juntan los liberales. Allí, en ese callejón entre la calle de la Victoria y la de la Cruz, se suelen pelear los liberales y los radicales. Y al final, mira lo que queda de sus ideas. Un recuerdo. Discutíamos mucho por esas cosas, pero nos queríamos tanto... —les contaba Bernarda entre sollozos. Magda preparó un caldo caliente de pescado, bacalao frito y patatas cocidas. Bernarda apenas probó bocado. De pronto, se dio un golpe en la frente con la mano—. Casi se me olvida que tengo un mensaje para ti —le dijo a Julia—. Mañana debes acompañarme. La señora quiere conocerte.

Magda y Julia se miraron y a punto estuvieron de echarse a reír pensando que, ante la triste noticia, Bernarda estaba desvariando. La chica puso los ojos en blanco y les contó que su señora necesitaba una señorita de compañía, educada y de buena familia.

—Julia, debes ir —la aconsejó Magda—. Es una oportunidad; esos puestos están reservados a personas como tú. Te codearás con gente importante y podrás empezar a crearte un futuro. —Julia la miraba incrédula y Magda prosiguió—: ¿No te das cuenta, muchacha? Es una gran oportunidad. Ahora no tienes nada, no eres más que una loca peligrosa que anda suelta. —Julia bajó la mirada. ¿Cómo había podido dar su vida un giro tan grande? De tenerlo todo a no tener nada y solo por no hacer caso a su padre. Una lágrima rodó por su mejilla y Magda la abrazó con fuerza—. No debes tener miedo, Julia;

sé valiente. Nosotras estamos contigo. ¿Cómo se llaman tus señores?
—preguntó a la chica.

—Castro. Don Eusebio Castro falleció hará cosa de cinco años y su esposa es doña Luisa —respondió orgullosa, alzando la barbilla y engolando la voz—. Tienen una casa muy bonita en la calle de Francos, en el primero y segundo piso. El mismo edificio donde vivió Cervantes. En el edificio de enfrente, un poco más abajo, está la casa donde vivió Lope de Vega. Cada vez que voy, no puedo por menos que imaginarme que los veo en la calle a los dos, con sus espadas al cinto, sus capas... El otro día, sin ir más lejos, me encontré a la señora que vive en la casa de Lope de Vega. Siempre paso por esa gran puerta de madera y leo la inscripción que dicen que hizo poner el propio Lope sobre una piedra. Dice así: *Parva propria magna, magna aliena parva* —recitó orgullosa Bernarda—. Me lo sé de memoria de tantas veces como lo he leído. El caso es que a la pobre mujer le dio un mareo y salí corriendo a ayudarla. Me dio las llaves y, cuando entré al zaguán, casi creí caerme de la emoción. Nada más entrar, a la derecha, hay un recibidor; de frente, las escaleras que llevan a la vivienda, y bajo las escaleras... un huerto precioso... La ayudé a subir a su habitación y vi, por el rabillo del ojo, una enorme biblioteca con un montón de libros, miles de libros, y una mesa con un plumero y hojas. Me dijo la señora que fue la habitación del escritor y que se conserva tal y como él la dejó. Yo solté una carcajada nerviosa. ¡Anda que no ha pasado tiempo! Pero me dijo que así era y los pelos se me pusieron de punta. No pude ver más, porque enseguida salieron dos criadas que me dieron un real, las gracias y me acompañaron a la puerta. Al salir, y antes de cerrar, una de ellas me dijo que por las noches puede escuchar perfectamente el constante rasgueo de la pluma sobre el papel, como si ese hombre se pasara todas las noches escribiendo, y que cuando sube a limpiarla al día siguiente, el tintero está seco y hay manchas de tinta sobre la mesa. Aquí se acabó mi historia. Pero puedo decir que he estado en su casa, y también que trabajo donde vivió el famoso Cervantes. ¿Sabéis que he aprendido a leer gracias a ellos? Pues sí —asintió orgullosa la chica, mientras se sonaba la nariz—. La casa de mi señora es muy

amplia. Ella es un poco quisquillosa. Pero, si la sabes llevar, todo irá sobre ruedas.

Julia la escuchaba embobada, hacía apenas cinco minutos que le habían dicho que su novio había muerto y ella no paraba de hablar de Cervantes y Lope de Vega con sus historias de fantasmas... No entendía absolutamente nada. Pero, en cualquier caso, ni ella ni Bernarda se habían percatado de que Magda había cambiado el gesto alegre y desenfadado por otro más crispado, y el color de su piel se había tornado amarillento, acentuado por la tenue luz de la vela.

Se levantaron casi al amanecer. Tomaron una rebanada de pan migada en leche caliente y se dispusieron a vestirse. Bernarda, tal y como la habían visto el día anterior, se embutió en su uniforme: un vestido amplio de color negro de algodón con el cuello fruncido hasta la barbilla y, sobre él, un mandil de un blanco immaculado atado con un gran lazo a la cintura; en el pelo, una pequeña cofia en el centro de la cabeza que recogía su débil y castaña cabellera. Por su parte, Julia observó con tristeza su vestido una y otra vez. Magda, en un afán de recomponerlo para que resultara lo más presentable posible, le había realizado unos apaños que disimulaban los desastres del último viaje a Madrid. Arregló los bajos deshilachados, reforzó los botones del corpiño y, aprovechando un retal de seda azul de las enaguas, le hizo un divertido fajín bajo el pecho, rematado en un pequeño lazo trasero, además de recomponer los encajes del discreto escote. El vestido caía triste sobre su delgado cuerpo. Sin enaguas que le dieran volumen, parecía más delgada de lo que realmente estaba. Con resignación, se trenzó el pelo, lo enredó sobre la nuca, se colocó un sombrero de paja sobre la cabeza y ató los lazos de seda bajo el mentón. Suspiró con fuerza, intentando no recordar los vestidos de colores que tanto disgustaban a su madre y que con tanta gracia lucía con su esbelta figura, así como los peinados tan maravillosos que a Nana le costaba tanto realizar y que luego perfumaba y adornaba, unas veces con flores de azahar, otras con pequeñas perlas...

Apretujadas en sus capas para protegerse del intenso frío y de un aire molesto que les intentaba arrebatarse los sombreros, se adentraron en las calles de un Madrid que empezaba a despertar del

letargo. A mitad del camino, empezó a llover con fuerza. Las calles se convirtieron en lodazales, pero ello no fue suficiente para frenar la vida de la ciudad. Los tenderos echaban sus toldos hasta el suelo y los hombres aceleraban el paso con sus gorras o sombreros bien calados hasta las orejas. Un lechuguino de apenas quince años se parapetó en uno de los portales de la calle Arenal con un montón de hojas de prensa bajo el brazo. Intentaba atraer la atención del público vociferando las primeras noticias del día, ahogadas por los insultos que los transeúntes, salpicados de barro por los carruajes, dirigían a los cocheros.

Llegaron por fin a la calle de Francos y Bernarda señaló la casa. Nada tenía que ver con las mansiones alternadas con las iglesias que Julia había tenido ocasión de ver en su paseo por la carrera de San Jerónimo. En el portal les salió al paso un hombre con una gorra calada hasta las cejas, de estatura baja y tripa desorbitante, que las saludó con un movimiento de cabeza.

—Es el barbero —le informó la chica mientras la apremiaba.

Al otro lado, una puerta abierta dejaba entrever unos expositores de telas, hilos y madejas.

La entrada del edificio era oscura y húmeda. Se recogió la falda y subió por una escalera amplia con un pasamano pulido y brillante, a diferencia del de la casa de Bernarda, que, en los espacios donde nadie se agarraba, mostraba una capa de mugre y polvo.

Entraron sin llamar por una de las dos puertas del rellano. Matilde, la cocinera, al verlas, masculló algo ininteligible para el oído humano. Cruzaron la estancia y caminaron por un pasillo interminable hasta llegar a una doble puerta de madera de roble. Bernarda llamó dos veces con los nudillos y, sin esperar contestación, pasaron a la estancia. A pesar de la penumbra, Julia pudo observar la forma abultada de las sábanas y una cabeza sobre la almohada embutida en un gorro blanco.

—¡Descorre las cortinas! No te quedes ahí parada como un palo. — Bernarda obedeció y un débil halo de luz entró a través del cristal de la ventana—. ¡Ayúdame a levantarme! —La mujer se percató de la presencia de Julia y, mientras la criada la ayudaba a incorporarse, la observó de arriba abajo. Luego, con voz bronca, se dirigió a ella—:

Como ya te habrá chismorreado esta insensata, estoy muy enferma. Esta tos tan insoportable no me deja descansar ni un solo segundo. —Julia sonrió prudentemente y durante una hora observó cómo su amiga la aseó y vistió con esmero. Cuando estuvo lista, le hizo una señal a Julia para que tomase asiento ante una pequeña mesa frente a ella, junto a la ventana donde acostumbraba a desayunar todas las mañanas—. Eres muy guapa —dijo al fin para romper el silencio— y tienes modales de señorita. Dime: ¿te han preparado en algún colegio especial? ¿De dónde eres? ¿Dónde están tus padres? ¿Qué has venido a hacer a Madrid? ¿Has estado casada?

Julia contestó a cada una de las preguntas con mesura y con toda la discreción de la que fue capaz. Sin embargo, cuando tuvo que responder a la pregunta sobre su estado civil, un silencio se apoderó de ella y un nudo en la garganta no la dejó articular palabra. Su mente se afanó en buscar alguna respuesta que no desvelara su identidad.

—No. No estoy casada —negó con un hilo de voz. Pero sus ojos acuosos brillaron. Giró la cabeza hacia un lado para evitar el contacto con los ojos de la mujer que tenía frente a ella y que no le quitaba la mirada de encima durante todo el interrogatorio. Fueron unos minutos que a Julia le parecieron interminables. La señora Castro suspiró.

—Me gustas. Sin embargo, te diré algo. La vida nunca es como en los cuentos. A veces, nosotras mismas disfrazamos la realidad para verla más bella. —Julia no entendió el significado de sus palabras y se limitó sonreír—. Tus labios me cuentan una historia, pero tus ojos me revelan que hay otra más profunda y dolorosa. —Luisa Castro hizo una señal a Bernarda para que la ayudara a incorporarse y, una vez de pie, apoyada sobre un bastón con cabeza de marfil, se giró hacia Julia—. ¡Espero que nos llevemos bien! Vamos a estar mucho tiempo juntas. Ahora, acompáñame, tenemos cosas que hacer. ¿Has desayunado algo?

Julia asintió con la cabeza.

—Bien. Bernarda, avise que preparen mi carruaje. Julia y yo nos vamos.

Julia iba ensimismada observándolo todo y escuchando las

explicaciones de Luisa Castro, sobre todo al llegar a Atocha.

—Allí, en el número 87, estaba la imprenta donde se editó la primera parte de *El Quijote*. En aquel otro edificio, el palacio de Francisco de Silva y Mendoza, se reunía lo más granado de la literatura: Francisco de Quevedo, Lope de Vega... La llamaban la academia Salvaje. Una pena, porque desapareció a los dos años. ¿Sabías que en esta calle se produjo el motín de Esquilache? Más de cuarenta mil personas inundaron esta calle gritando como posesas. «¡Viva el rey! ¡Muerte a Esquilache!». ¡Mira! Allí, en el número 8, dicen que vivió Simón Bolívar. Tenía muy corta edad. Lo trajeron para que estudiara en Madrid y el chico se enamoró perdidamente de una aristócrata madrileña, pero hija de un militar venezolano, claro. Cuando ella murió, a los dos años de contraer matrimonio, dicen que él juró no volver a casarse. ¿Sabías que la familia Bolívar proviene de Vizcaya? Pues es más, emparentaron con la familia Palacios, que también eran españoles, de Santander creo. —Julia sonrió, pues esa mujer sabía más chismorreos que su Nana—. Todo esto que te cuento lo sé por mi difunto esposo, que en paz de descanse. Era muy leído y curioso y frecuentaba los cafés. Nos codeábamos con gente de mucho postín. Mi hijo ha heredado su inteligencia y mi belleza y está muy bien colocado, ¿sabes? Ya tendrás el gusto de conocerlo. Y ahí, ¿ves ese palacio de color rojizo? Allí vive don Francisco Leandro de Viana, el conde de Tepa. Mi hijo me contó que, antes de construirse, en sus bajos, había una fonda que se llamaba la fonda de San Sebastián, un centro de tertulias creado por Moratín, a las que asistían también Cadalso, López de Ayala y Tomás de Iriarte, entre otros. Y por fin llegamos al final del camino.

—Doña Luisa dejó el coche estacionado frente a un edificio de color pardusco con un portalón de madera vieja y unos grandes ventanales con rejas. Nada más pasar al inmueble, las recibió un olor a humedad que a Julia ya le resultaba característico de los edificios de Madrid. Dejaron la gran escalera a la izquierda. Junto a ella pudo entrever un amplio patio interior. Luisa sacó una gran llave de su bandolera y abrió la puerta que tenían a su derecha. Entraron a una amplia estancia, aunque poco iluminada por tratarse de un bajo que daba a

la calle principal. La sorprendió encontrarse en medio de una especie de tienda o almacén, donde se apilaban con cierto gusto y orden telas de seda, raso y organdí de colores suaves y neutros. Encajes flamencos, jubones, mantillas blancas y negras de lana y cachemira... Sombreros, alfileres, capas, peinetas, rosarios, medallones ... Por otro lado, diferentes hilos para coser y bordar, agujas de distintos tamaños, lanas, bordadores, redecillas para el pelo, fajines, peinetas, rosarios, medallones... y cientos de cosas que se distribuían a lo largo de estanterías y mesas—. ¿Habías estado en Madrid antes? —le preguntó, mientras se despojaba de su capa y la colgaba en una percha.

—De pequeña. Pero no me acuerdo de mucho, la verdad.

Al mirar a Julia, la señora Castro vio sorpresa en su rostro, y sin hacerla esperar más tiempo, le explicó que, a pesar de las críticas que recibió en su momento, ahora tenía un establecimiento muy visitado por gente importante. Siempre había tenido la idea de abrir una tienda. Le explicó que su madre tenía una mercería en Sol y desde muy pequeña la había ayudado. Pero, cuando murió, la vendieron. Luego se casó y le dijeron que no tendría hijos. Entonces, se sumió en la depresión; solo quería morir. Para sacarla de la melancolía, su marido, que era un santo varón y la amaba con locura, un día le dio una sorpresa y alquiló ese local para ella. Desde entonces, había vivido para su marido, su hijo y su tienda. No había otra cosa que la hiciera más feliz.

—Al principio costó un poco. Pero luego, gracias a los contactos de mi marido, primero, y de mi hijo, después, acabó siendo una de las más visitadas. Sin embargo, con los años y esta enfermedad que no acaba de curarse, cada vez me siento más cansada. No voy a durar mucho; lo sé. Mi hijo es optimista por naturaleza y a todo le resta importancia. Pero yo sé que algo peligroso corre por mis venas. Por eso, cuando Bernarda me habló de ti, no lo dudé ni un segundo. Necesito alguien que me haga compañía y me ayude con el negocio. La elegancia no se aprende, se nace con ella, y a ti se te nota que procedes de una buena familia. —La tos la interrumpió—. Ahora lo que quiero es ponerte al día de todo cuanto ves a tu alrededor. — Julia se paseó por la sala. Había sombreros de ala ancha, negros y

grises, guantes, chalecos, pantalones y casacas de la mejor confección, cajitas de plata para guardar rapé, bastones de carey y mil cosas más. Su padre nunca había vestido así. Pero, claro, en Madrid vivía toda la corte y en Toledo la manera de vestir era más sencilla. Pasaron toda la mañana hablando de las familias más poderosas de Madrid, de nobles y, sobre todo, de personajes de la alta sociedad con gran influencia pero sin títulos nobiliarios: abogados, banqueros, médicos, etc. —. Te irás dando cuenta, hija, que aquí hay mucho «don», pero poco «din». —Julia la miró sorprendida y doña Luisa no pudo evitar una carcajada—. Mucha gente de la alta sociedad no tiene dinero, pero sigue viviendo en sus grandes casas. Eso sí, con la despensa vacía y la mayoría de las joyas empeñadas en el monte de piedad de la plaza de las Descalzas. Si los pillaras desprevenidos a la hora de comer, no sería difícil ver en sus platos una sardina y una patata. Pero no se pierden un solo evento, hija. —Le contó que ella no era mujer de grandes cenas ni fiestas, pues nunca se encontraba con ánimo y menos desde que se había quedado viuda, aunque bien situada. Julia habló poco, pero la escuchaba con suma atención. Asentía, sonreía y pedía a Dios que el monólogo de la mujer no se convirtiera en un diálogo en el que la curiosidad de la señora Castro la obligara a seguir mintiendo. A pesar de la sequedad con la que hablaba y comentaba las cosas, a Julia le cayó muy bien. No era muy alta y estaba sobrepasada de kilos. Su rostro, redondo y terso, descansaba en una gran papada que ocultaba su cuello, donde el collar de perlas le quedaba casi escondido entre sus pliegues. Sus ojos eran grandes y algo rasgados y, aunque habían perdido el brillo de la juventud, tenía una mirada profunda y penetrante. Le habló de su hijo Rodrigo con orgullo de madre. Licenciado en Derecho en Alcalá de Henares. Un buen mozo al que, desde muy joven, le preocuparon la justicia y la libertad. En un arranque de sinceridad, le confesó que Rodrigo no era de su sangre, sino adoptado. Su llegada a la familia había sido causa de enorme alegría—. Es un altruista, hija, y aunque no ha salido de mis carnes, tiene tanto mi genio como el optimismo y la curiosidad de su padre.

Tan embebida estaba hablando de las bonanzas de su hijo Rodrigo,

que apenas le preguntó a Julia sobre su vida. Mientras charlaba sin parar, le fue enseñando todo cuanto había en la tienda. Quiénes eran sus proveedores y sus clientes más fieles. Le mostró las fichas con sus nombres y direcciones, y no desaprovechó la oportunidad de ponerla al día sobre algún chismorreo sobre sus vidas. Entre unas cosas y otras, el tiempo se les echó encima. Atendieron a dos visitas de última hora, lo dejaron todo ordenado y regresaron a la calle de Francos, donde se despidieron hasta el día siguiente.

De vuelta a casa, nada más entrar, a Julia la envolvió el aroma de las gachas que Magda estaba cocinando. Sobre la vieja mesa de pino vio los platos, unas cucharas, algo de pan del día anterior, fruta y una jarra desconchada con agua. Se despojó de la capa. Antes de que pudiera sentarse, Bernarda entró por la puerta como una exhalación. Mientras daban buena cuenta de la comida, Julia les contó todo lo que había pasado sin omitir detalle, y cuando hubo terminado, Magda la abrazó y la besó en la frente. Estaba muy contenta por ella. Después de todo lo que había pasado, había encontrado una forma de sobrevivir. Magda, que no podía aportar dinero para los gastos, propuso dedicarse a la casa y coger la aguja para arreglar la poca ropa que tenían.

Capítulo 35

Los meses pasaron volando, mientras el correo de Madrid a la casa de campo de Toledo iba y venía con fluidez. Las noticias no podían ser más alentadoras. Clarita se había hecho dueña y señora de la casa mientras Santa se ocupaba de las cosas menos pesadas. Anselmo ahora era un experto en el arte de tallar la madera. Según decían, estaba vendiendo algunas de las cosas que tenía terminadas: taburetes, cajas... El trabajo del joven era muy apreciado por los vecinos de otros pueblos e incluso le hacían encargos. Leocadio se sentía orgulloso de él. Las tierras también se le daban bien al chico y se esforzaba en levantarse temprano para ayudarle. Con el primer dinero que había ganado con su trabajo manual y con lo que ella les enviaba desde Madrid, habían podido comprar una vaca. Julia sonrió, esa era una noticia muy buena.

Julia se acostumbró enseguida a la compañía de doña Luisa y a la rutina de la tienda. En Navidades, cenaron en su casa de la calle de Francos un pavo asado y unos pastelillos de hojaldre que les hicieron en el horno de la posada del Sobrino de Botín, en la calle Cuchilleros; para agradecerle el gesto, entre las tres le regalaron un perfume de pachuli comprado en una perfumería en la misma plaza del Sol. El 31 de diciembre, día de la celebración de Nuevo Año de 1820, Julia no dijo que cumplía veintitrés años, para evitar más festejos y compromisos.

Julia estaba tan absorbida entre la tienda y doña Luisa que Lorenzo empezó a pasar a un segundo plano. Era consciente de que había sufrido un cambio; la niña mimada de Toledo se estaba convirtiendo en una mujer independiente, más madura y desconfiada. Doña Luisa nunca quiso preguntarle, pero había detalles en ella que, a sus cansados ojos, no le pasaban desapercibidos. La chica le gustaba;

era dulce, cariñosa, callada y, sobre todo, sabía escuchar sin interrumpir, cosa que, a su edad, agradecía profundamente.

—Querida, tenemos que buscar a alguien que sepa coser muy bien. La señora que me hacía los arreglos se ha quedado viuda y se ha marchado fuera de Madrid con su familia. ¿Me estás escuchando?

—Sí, señora. La escucho.

El tintineo de la campanilla de la puerta las sobresaltó. Julia se apresuró a salir al mostrador. Un hombre alto, de tez bronceada, ancho de espaldas, de aspecto cuidado y levita de buen paño, curioseaba un sombrero de fieltro de copa alta y retorcida recién traído de París. Julia tosió para llamar su atención y el hombre se giró. Al verla, su cuerpo se tensó, sus anchos hombros se irguieron, sus ojos, negros y profundos como lagos, que a Julia se le antojaron familiares, se clavaron en ella como flechas, y su rostro, de rasgos duros y angulosos, se destensó con una sonrisa de satisfacción. Se quitó el sombrero e inclinó cortésmente la cabeza. Todo el cuerpo de Julia reaccionó ante la presencia de ese hombre. Quiso decir algo, pero no logró articular frase alguna. Sintió como si todos sus músculos se hubieran paralizado. Solo percibía el continuo temblor que le bajaba de la nuca a los pies y el incesante latido del corazón, que le aceleraba la respiración. Finalmente, bajó la mirada al suelo para evitar el rubor que le quemaba las mejillas. Él se acercó a ella despacio. La presencia de ese hombre la aturdió e invadió sus emociones dormidas. Se sintió intranquila.

—¿La conozco? —le preguntó con voz ronca.

Julia carraspeó.

—Quizá de vista, señor. Llevo unos meses aquí trabajando con doña Luisa. —Su cercanía le estaba quemando las entrañas. Rebosaba masculinidad por todos los poros de su piel. Julia continuó en su sitio como si la hubieran clavado por los pies y, en un esfuerzo por negar los sentimientos que ese hombre le estaba provocando, se apartó de él bruscamente.

—¡Hijo, qué alegría! —Doña Luisa salió todo lo rápido que sus piernas le permitieron al escuchar la voz de su hijo. Hacía tiempo que no lo veía, pues siempre andaba de un lado a otro. Si le preguntaba adónde iba o qué hacía, este le contestaba que unos asuntos lo

reclamaban—. ¿Cuándo has llegado? Pasa conmigo a la trastienda. — Se apoyó en su brazo y casi lo arrastró al interior.

Julia los siguió. Por fin había puesto rostro a Rodrigo, un rostro que le había provocado mil sensaciones. En ese momento, Lorenzo se apoderó de su recuerdo y una arcada le subió hasta la garganta.

—He llegado esta misma mañana de París y he venido a verte directamente. Pero, dime, madre: ¿quién es esta señorita tan encantadora? —preguntó sin dejar de mirar a Julia.

—Ay, hijo, qué vergüenza, perdóname, es que me ha dado tanta alegría verte que no he reparado en presentaros como es debido. Es Julia. Una tía de Bernarda, mi criada, estuvo trabajando para su familia en Toledo.

Rodrigo tomó su mano y la acercó hasta sus labios, donde la retuvo durante unos segundos. Atenta, la madre tosió. No le pasaron inadvertidas las miradas que ambos se dirigieron. Su hijo ya debería estar casado, y de ello se había ocupado debidamente, aunque sin éxito. Doña Luisa sabía que casar a su hijo no sería tarea fácil. Era tan cabezota como cariñoso, pero era un solterón a sus veinticinco años y sin visos de cambiar su estado.

—Anda, hijo, siéntate a mi lado y cuéntame. ¿Cómo van las cosas?

—He pasado estos últimos meses en Birmingham arreglando unos asuntos sobre el negocio de importación de carey. Allí me enteré de que Riego se ha alzado en Las Cabezas de San Juan, donde hizo lectura de una proclama de Alcalá Galiano exhortando al rey a que jure la Constitución de 1812. Desde allí se ha trasladado con sus oficiales por toda Andalucía para provocar un levantamiento del pueblo. Mendizábal no me comentó nada al respecto y está claro que fue él quien lo financió. Y en París las cosas también andan revueltas. Los liberales ganaron las elecciones, pasó el momento de terror legal que se estaba viviendo y se sancionaron leyes más permisivas. Pero hace unos días ocurrió algo espantoso que me obligó a adelantar mi regreso a Madrid. Al salir de la ópera, en la calle de Richelieu, vi un revuelo de gente que corría de un lugar a otro. Gritaban que habían asesinado al duque de Berry de una puñalada en el costado. Nos fuimos de allí lo antes posible. Recogí mis cosas de mi alojamiento y me vine en cuanto pude.

—Hijo, lo que cuentas es horrible. ¿Qué crees que va a pasar ahora? ¿Estamos seguras en Madrid?

—No os ocurrirá nada, madre. Pero el pueblo tiene que despertar del letargo absolutista en el que este monarca lo ha sumido.

—No me gusta oírte hablar así. ¿Acaso estamos tan mal con este rey? Si tu padre levantara la cabeza...

—Me preocupa que la situación pueda empeorar en Madrid. Las revueltas cada vez son más organizadas y numerosas y en cualquier momento puede saltar una revolución.

—¡Hijo, calla, por Dios! Tú y tus ideas libertinas no nos van a traer más que disgustos. Deberías casarte y sentar la cabeza de una vez y darle a tu madre una alegría. A este paso, me moriré sin saber lo que es ser abuela.

Julia escuchaba con atención cada palabra que ese hombre pronunciaba. Su presencia la volvía loca. Si ella lo hubiera conocido en otras circunstancias... Rápidamente, se sacudió todos esos pensamientos de su cabeza. No podía permitirse el lujo de enamorarse de nuevo; era una mujer casada y con un pasado turbio. No, de ninguna manera podía permitírselo. No había sitio en su corazón para nadie más. Si había sentido algo, era normal, pues ese hombre era muy apuesto. Seguramente, a lo largo de su vida se encontraría con muchos como él. Solo cuando pasara el tiempo a lo mejor podría volver a confiar en un hombre y rehacer su vida, pero ahora no. Imposible, impensable. Nada ni nadie la alejaría jamás de su destino: hallar la verdad sobre su hijo.

La llegada de Rodrigo le hizo sentir la necesidad de acelerar la búsqueda de una solución para su situación. Pensó que debía escribir al notario para decirle que se encontraba perfectamente de salud y contarle la verdad sobre su marido. Quería pedirle que, si estaba en su mano, la ayudara a recuperar su vida, ya que ni podía ni quería volver a saber nada de Pedro.

El desmayo y la caída estrepitosa de la señora Castro la sacaron de sus pensamientos. Rodrigo le tomó el pulso. Le pidió a Julia que se encargara de la tienda y salió con su madre hacia el hospital de la calle San Jerónimo, que era el más próximo.

Bien entrada la tarde, Julia llegó a casa pensando en Rodrigo y en

su madre, y lamentó no haber estado más dispuesta. Se había quedado allí parada como una tonta mirando el cuerpo derrumbado de doña Luisa. Se maldijo por su ineptitud. Así se lo hizo saber a Magda, una vez que se sentó junto a ella. Magda le preparó un caldo caliente y, una vez que comprobó que Julia había recuperado su tono natural de piel, le recordó su situación actual más con tristeza que con reproche.

—Estás casada, Julia. No te conviene encariñarte demasiado de ese hombre.

Julia cogió al vuelo lo de «encariñarse demasiado», y sonrió.

—¿Crees que puedo olvidar en qué situación me encuentro? No es que no pueda encariñarme, Magda, es que no quiero. No lo deseo y no ocurrirá nada de eso —le insistió una y otra vez—. No me importa ese hombre.

—Tú no ves cómo se dilatan tus pupilas cuando lo mencionas ni cómo brilla el nácar de tus ojos. No ves el sonrojo de tu piel ni el temblor de tus labios.

Julia cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—Si en algún momento he podido ver algo especial en ese hombre, se me ha pasado en un santiamén. Lo que yo sentí por Lorenzo, no volveré a sentirlo jamás por ningún otro.

—Ten cuidado, querida. Solo eso. —Ambas guardaron un silencio incómodo. Magda sacudió la cabeza y, con la desgana de quien no quiere buscar conflicto, le hizo una pregunta que sorprendió a Julia—. Ese tal Rodrigo... ¿Es verdaderamente tan apuesto? ¿Qué edad tiene?

—Veinticinco años, creo.

—¿Se le ve buena persona? ¿Crees que es feliz?

Julia se fijó en los ojos de Magda. Estos parecían acuosos y tristes, pero, de repente, vio en ellos algo que la sobrecogió. La misma mirada. La misma caída de párpados. El mismo lunar cerca del lagrimal...

—Magda, ¿qué te ocurre?

—¡Contéstame, por favor! ¿Crees que es feliz?

—Me estás asustando. ¿A qué viene eso?

—Perdona. Siento haberte gritado, es que... no me siento muy bien. Creo que voy a acostarme.

Julia observó cómo se metía en la cama sin apenas desnudarse. Recogió su plato, lo fregó y lo guardó sobre la repisa del lavadero. Barrió la estancia, dejó la mesa lista para cuando llegara Bernarda y, antes de prepararse la ropa del día siguiente, se asomó despacio a la habitación. Magda estaba despierta. Sollozaba en silencio arropada bajo la penumbra de la habitación. Se acercó a ella, se sentó en el borde de la cama y la abrigó cariñosamente con la manta.

—¿Por qué no me cuentas qué es lo que te pasa? Me tienes muy preocupada. —Magda le dio la espalda—. Siempre hemos sido sinceras la una con la otra, y creo que, si me lo cuentas, podría ayudarte.

—No puedes ayudarme en esto —contestó entre sollozos—. No puedes, Julia. Te agradezco que te preocupes por mí, de verdad. Bastante tienes tú con tus problemas. Lo que a mí me pasa ni siquiera el tiempo puede curarlo. No le des más vueltas. Como ves, no son más que tonterías de vieja.

—Si no quieres compartir conmigo lo que te angustia, lo entenderé y te dejaré sola.

Magda se incorporó y abrazó a Julia.

—Solo son recuerdos que vuelven para martirizarme. Heridas que creía cicatrizadas, que ya no me dolían, pero me equivoqué, Julia. Me equivoqué porque duelen y de nuevo se me ha roto el corazón en mil trozos. Cuando Bernarda me dijo cómo se llamaban los señores para los que trabajaba, me sentí desfallecer. Aunque, por otro lado, pensé que tanta coincidencia sería un milagro. Recé y recé hasta quedarme ronca para que todo fuera un error. Pero no fue así, para desgracia mía.

—¿De qué diantres estás hablando?

—Me fui de casa cuando era muy joven. Yo trabajaba en una taberna que había a la entrada del pueblo. Un día vino un hombre alto y apuesto, que se fijó en mí. Entonces, yo tenía un cuerpo bien formado, unos buenos pechos... En fin, que parecía mayor de lo que era, y sentimos una gran atracción el uno por el otro. El hombre me visitaba lo más a menudo que podía. Me confesó que estaba casado y me negué a seguir viéndole. Pero él me buscaba con excusas y yo acababa de nuevo en sus brazos. Cuando le decía que me iría del

pueblo, que no volvería a verle nunca más, me amenazaba con meterse un tiro en la cabeza. Insistía una y otra vez en que su mujer no significaba nada para él, que no estaba enamorado, pero que nunca podría dejarla por su delicada de salud, que yo era la mujer de su vida, que me amaba. Me llenó la cabeza de ilusiones y esperanzas con la promesa de hacerme la mujer más feliz del mundo, y me hizo jurar que jamás le dejaría. Sola y sin dinero, me dejé llevar por la ilusión. Pasaron meses en los que me regaló los oídos con las palabras justas para asegurarme que pronto nos llegaría el momento de estar juntos como tanto deseábamos. Pero me pedía paciencia. Y yo tuve paciencia. Fue fácil, Julia, no te creas. Entre obsequios, cortejos y promesas tan sutilmente dosificadas, me enamoré perdidamente de aquel hombre y me convertí en su amante y, entonces, ocurrió lo inevitable. Empezaron los mareos y los vómitos continuos. La casera que tú conociste fue testigo de mi relación y, cada vez que pasaba por mi puerta, me escupía a la cara una y otra vez: «Tú estás preñada, si lo sabré yo». Pasaron cuatro meses sin tener noticias tuyas. Me empecé a preocupar, la casera no dejaba de presionarme, me empecé a agobiar y cada día me sentía más débil y enferma. Al verme tan mal, la casera se apiadó de mí y empezó a prestarme más atención: me subía caldos, leche... Poco a poco fui recobrando las fuerzas y mi salud mejoró, pero no me libré de sus reproches ni de sus charlas interminables sobre mi futuro. Cuando cumplí los ocho meses de embarazo, una mañana ese hombre se presentó en la casa con un enorme ramo de flores. Casi le da un soponcio cuando vio mi barriga, y yo, que esperaba ver la ilusión en sus ojos, solo tuve la gran amargura de ver en su rostro la incredulidad, el miedo y el desamor. Se apartó de mí como de la peste y de su boca solo salió una frase brutal: «Deshazte de esa cosa». Me acusó de haber abusado de su confianza y de su amor. Me dijo que yo no había entendido nada de la relación y que un hijo no estaba en sus planes, y se marchó sin más.

—¿Qué pasó después?

—Cuando el bebé tenía apenas tres meses, regresó. Al ver a su hijo, se le saltaron las lágrimas. Lo cogió en brazos, lo acunó y lo besó sin parar. Así se pasaba las horas cada vez que venía a vernos.

Conmigo también estaba muy cariñoso. Incluso pensé que todo podría cambiar y un futuro se abriría en mi camino. Hasta que un día me dijo que, dada mi situación, lo mejor era que él se encargara del niño. Se criaría en una buena familia y no le faltaría nada. Yo no daba crédito a lo que estaba escuchando. Por supuesto, me negué rotundamente a entregárselo. A pesar de la vida que él podría darle, yo no iba a saber vivir sin volver a ver a mi hijo. Al principio, él insistió en las ventajas que el niño tendría si vivía con ellos: una educación, un futuro y una vida regalada. Lo eché de la habitación; no quería oír nada más. Perdió la paciencia y me amenazó con quitármelo a la fuerza.

—¿Cómo pudo pedirte que abandonases a tu hijo? Era un canalla.

—La situación fue de mal en peor —prosiguió Magda—. Perdí el trabajo en la taberna y no podía quedarme sin la habitación. Casi todo el dinero que tenía ahorrado era para el alquiler, así que subsistía de lo que me iban dando. Al mes siguiente, los ahorros se habían agotado y la casera me amenazó con echarme si no pagaba. Busqué trabajo hasta debajo de las piedras, pero una madre soltera no era bien recibida en ningún sitio y nadie se fiaba de mí. Pensé en marcharme. Pero ¿adónde? Sin dinero y con un bebé, ¿qué iba a hacer? Recapacité sobre el futuro que podría tener mi hijo y me pregunté si el hecho de no entregárselo a su padre y privarle de una vida de lujo me convertía en una mala madre, en un ser egoísta... Unas semanas más tarde, regresó. Con el corazón encogido y llorando amargamente, le entregué a mi hijo. Intenté, sin éxito, calmar mi pena y mi conciencia diciéndome un millón de veces que había hecho lo correcto.

—Es una historia muy triste, Magda. Has tenido que sufrir mucho.

—Lo increíble.

—¿Sabes dónde está? ¿Dónde vive?

Magda asintió.

—Es Rodrigo.

Julia casi se cae de espaldas.

—¿Estás segura de que estamos hablando de la misma persona?

—Tan segura como de que ahora estoy sentada a tu lado. —En ese instante, Bernarda entró en la casa dando un portazo e irrumpió en la

habitación.

—¿A que no sabéis qué ha pasado? —dijo sin esperar respuesta—. Doña Luisa está muy enferma. La han traído del hospital porque se negaba a quedarse allí y han avisado al médico. Parece que tiene algo más que un resfriado, y por la cara de su hijo... La cocinera me ha dicho que de esta no se libra la pobre. De momento debe guardar reposo. Y por cierto —se dirigió a Julia—, me ha dado el recado de que te hagas cargo de la tienda. Aquí tienes la llave —le dijo dejándola sobre la cama—. También me ha dicho que encuentres a alguien que sepa coser, que, por lo visto, ya lo había hablado contigo.

Cuando se quedaron a solas, Magda vio en los ojos de Julia algo que la sorprendió y enseguida reaccionó.

—¡Ni hablar! No cuentes conmigo y deja de mirarme así.

—Sería una oportunidad para conocer a tu hijo, Magda, y trabajaríamos juntas.

Capítulo 36

Cuando vio por primera vez a Rodrigo pasar a la trastienda, Magda creyó desfallecer. Su hijo estaba frente a ella y la veía como a una desconocida. Apretó con fuerza los puños, el corazón, las mismas entrañas y todo su ser para no gritarle que ella era su madre, su verdadera y única madre. Sin embargo, se mantuvo erguida y solemne frente a él, mientras Julia hacía las presentaciones. Intentó no mirarle a los ojos y contuvo los gestos para que no la delataran. No obstante, una química casi imperceptible surgió entre madre e hijo y, durante los días que siguieron, Magda tuvo la oportunidad de conocerlo, de empaparse de su presencia, de su mirada, de su porte, de averiguar cosas sobre su vida y su relación con su padre y su madre. Conoció sus proyectos presentes y futuros, y todo gracias a cómo se habían desenvuelto las cosas. Hasta unos cuantos meses atrás, su vida había sido un cúmulo de desgraciados sucesos. Luego conoció a Julia, y juntas escaparon de un pasado doloroso que las oprimía hasta dejarlas sin respiración. Su madre siempre le había dicho que, cuando una puerta se cierra de golpe, otra se abre suavemente. Solo había que esperar. Y ella esperó y esperó, y ahora la puerta se había abierto suavemente, y todo cuanto estaba sucediendo era tan hermoso y bueno como cuando un bebé cae rendido al sueño con el balanceo suave de una cuna. La vida le había dado muchas amarguras, y ahora, poco a poco, la estaba recompensando por su dolor. Y lo había hecho a través de Julia, una mujer muy joven e inexperta. Juntas intentaban poner un nuevo rumbo en sus vidas.

Los fines de semana, Julia se acercaba a ver a doña Luisa con un ramo de flores que Bernarda colocaba en su habitación sobre una mesita dispuesta bajo la ventana, ahora siempre con las cortinas descorridas para dejar entrar la luz. Pasaba largas horas junto a su

cama, poniéndola al corriente de los pormenores de la tienda y leyéndole pasajes de *Noches lúgubres* de José Cadalso. Libros que su hijo le compraba en una librería en la plaza de Santo Domingo.

—¡Ay, pobre hombre este Cadalso! —suspiró doña Luisa, cuando Julia terminó el capítulo y dejó el libro sobre la mesilla que había junto a la cama—. ¿Sabes que tuvo un ardiente romance con una actriz? Se llamaba María Ignacia Ibáñez. Cuentan que, cuando la pobre murió de fiebres tifoideas, el hombre, desesperado, quiso desenterrar su cadáver para darle el último adiós. ¿No te parece romántico?

—¡Qué horror!

—Por lo visto, la Inquisición prohibió este libro en Córdoba tiempo ha porque un joven enloqueció con su lectura. Se dijo que empezó a maltratar a sus hermanos y amenazaba con matarse él mismo.

Cuando, en uno de sus paseos con Rodrigo, Julia hizo referencia a tan espeluznante historia, este soltó una carcajada. Le dijo que no hiciera mucho caso de las leyendas escabrosas que a su madre siempre le gustaba creer y, ante la cara de sorpresa de Julia, le contó que otra de las fábulas que corrían sobre ese libro era que se trataba de una versión de *La difunta plateada* de Lope de Vega.

—Lo que realmente le gustaba a mi madre leer era una revista que apenas llegó a tres o cuatro tiradas; era una exaltación de la educación de los hijos en los valores constitucionales. Ella pensaba que yo no me enteraba de que estaba deseando que yo llegara con *El Censor* bajo el brazo para leerlo a escondidas.

Entre semana, Julia apenas veía a Rodrigo. Este, aparte de controlar su negocio de carey, pasaba las tardes en el café de la Fontana de Oro, que le quedaba a dos pasos de su casa, departiendo e intercambiando opiniones con otros liberales. Entre ellos se encontraba Antonio Alcalá Galiano, quien, siempre con su vaso de aguardiente en la mano, explicaba una y otra vez su participación en la conspiración de Rafael Riego. Rodrigo mantenía una estrecha amistad con Galiano. Lo había asesorado y lo había puesto en contacto con el mejor abogado matritense para que le llevara la nulidad de su matrimonio cuando este se enteró de las infidelidades

de su esposa. Entre los asiduos al café, también estaba el abogado Salustiano Olózaga, que siempre llegaba el primero para leer con tranquilidad *El Zurriagazo*. Y Manuel Eduardo de Gorostiza, un exmilitar que andaba encorvado tras recibir un bayonetazo en la espalda; ahora se dedicaba a escribir y dirigía el periódico *El Constitucional*. También había poetas, escritores y dramaturgos. Sin embargo, los fines de semana, los repartía entre los cuidados de su madre y los largos paseos con Julia, de la que se fue enamorando como jamás pensó que lo haría.

Doña Luisa, que estaba prendada de la belleza y la dulzura de Julia y conocía los sentimientos de su hijo hacia ella, no paró de halagar a la muchacha ante su presencia hasta que el joven se sintió azorado. Al joven, descubrir el amor por primera vez, le hizo sentirse vulnerable y desprotegido. Sin embargo, necesitaba sucumbir a esas emociones, hablar con Julia y declararle su amor, y rogaba que ella le aceptara.

Durante uno de los largos paseos que ambos solían dar alrededor de su casa, Julia estuvo tentada de contarle la verdad sobre su vida. Pero, llegado el momento, lo primero que le vino a la cabeza fue un miedo atroz a perder su confianza. Ese miedo le provocó un ardor en las entrañas tan fuerte que al instante desistió. Pensó que era mejor dejar las cosas como estaban y, con las mismas, continuó paseando a su lado sin que él advirtiera en su comportamiento ningún gesto involuntario que pudiera delatarla. No, no iba a dar ningún traspie que pudiera poner en peligro su calma. Sabía, aunque lo negara mil veces ante Magda, que había cometido un gran error al dejar que Rodrigo entrase en su corazón de manera tan repentina y salvaje, y pasó por alto el hecho de que él podría sentir lo mismo por ella. Sin quererlo, había permitido que la cortejara y dejó que el tiempo transcurriera sin poner remedio. Ahora se daba cuenta de que, aunque tarde, si no ponía freno, la situación se le iría de las manos. No podía permitir que, una vez más, su corazón se impusiera a su cerebro. Le habría gustado vengarse de Lorenzo, arruinarle la vida, arrancarle la piel a tiras, que pagara por todo lo que le había hecho. Todo ello la reconfortaría de alguna manera; la haría sentir bien. Sin

embargo, había momentos en que le echaba de menos, aunque otras veces le odiaba con toda su alma. ¿Por qué era tan difícil olvidarlo y cerrar su corazón al hombre que tanto daño le había causado? Le odiaba, sí. Tenía que odiarlo a la fuerza. Así debía actuar, hasta hacer de ello un sentimiento rutinario hacia él. En cuanto a Rodrigo, debía mantenerse lo más fría posible respecto a sus emociones. Eso la haría ser fuerte y estar protegida. Si Rodrigo supusiera un problema para su futuro, no dudaría ni un solo segundo en desaparecer de nuevo. Ya lo había hecho y lo volvería a hacer.

A Rodrigo, por su parte, se le escapaban algunos gestos de Julia. A veces, la veía tan inocente, tan niña, que le apetecía abrazarla y proporcionarle la seguridad que intuía que pedía con sus ojos. Otras veces, veía a una mujer segura de sí misma, fría y distante, que lo desconcertaba. En esos momentos, Rodrigo se sentía como un intruso en su vida, se culpaba por cortejarla sin respiro y temía que Julia se sintiera agobiada por él. No preguntaba, no le recriminaba, cuando Julia mantenía la mirada perdida y no se enfadaba cuando sus preguntas caían en el más absoluto silencio. Para ahuyentar sus pensamientos, le hablaba de las reuniones literarias a las que asistía en el recién abierto café Lorenzini, un antro donde los liberales radicales seguidores de Riego escuchaban con suma atención los discursos del extremista Salustiano Olózaga.

Fue una de esas tardes cuando Rodrigo, en un acto impulsivo, sin pensar en las consecuencias, la sujetó por los hombros, alzó su mentón para obligarla a mirarle y, sin darle tiempo a reaccionar, selló sus labios con un beso apasionado.

—¡Cásate conmigo!

Julia lo miró perpleja. La sacudida eléctrica que sintió con aquel beso robado se convirtió en un puñal clavado en su espalda. Con una opresión en el pecho que le cortaba la respiración, se alejó de su lado lo más deprisa que pudo y lo dejó con la frase aún caliente en su boca y un nudo en la garganta.

A partir de ese día, Julia intentó evitarlo. No soportaba sentirle cerca, ver su rostro y reflejarse en sus ojos sin echarse en sus brazos y pedirle que la besara como aquella tarde, porque desde que había sentido su aliento en su boca y sus manos alrededor de su cuello,

confusa o no, lo deseaba con tanta pasión que un calor insoportable la envolvía desde la coronilla hasta los pies, y rogaba a Dios que llegara el momento en que ese hombre conquistara cada palmo de su cuerpo y de su alma.

Pero, cuando decidió por enésima vez que le diría toda la verdad, otro hecho vino a truncar su decisión. A doña Luisa le diagnosticaron tuberculosis. Su salud empeoró considerablemente. Julia se pasaba día y noche junto a su cama y dejaba a Magda al cuidado del almacén.

Una mañana, aprovechando que se encontraba un poco más despejada, la anciana ordenó a Julia que se sentara junto a ella en la cama con el propósito de confesarle algo. Tenía la intención de dejar en sus manos el negocio. Ante la sorpresa de Julia, doña Luisa le dio unas palmaditas en la mano y le aclaró que a ella, el dinero, dentro de poco, ya no le haría mucha falta. A su hijo nunca le había interesado la tienda y sabía que, en cuanto ella faltara, se desharía de ella.

—¡No se hable más! Fue mi sueño, niña, y mi Eusebio, que Dios lo tenga en su gloria, me lo hizo realidad. ¡Ay, Señor! ¡Cuánto le habrías gustado para nuestro Rodrigo! Ese hombre me hartó de felicidad, sobre todo cuando apareció por esa puerta con mi Rodrigo en brazos. ¡Qué hombre! ¡Qué bondad más grande la de sacar al niño de ese orfanato y traerlo a casa! —Julia se estremeció al oír a doña Luisa hablar así de su marido. Parecía mentira que una mujer tan fuerte como ella, culta y curiosa por los acontecimientos del país, pudiera estar tan ciega a lo que ocurría en su propia casa. O quizá era demasiado inteligente como para querer quitarse esa venda de los ojos—. Además, estoy segura de que mi Rodrigo y tú acabaréis casados. La pena es que no viviré para ver a mis nietos.

Julia recibió ese deseo como un golpe en toda la cara. Un sueño muy complicado de cumplir, pensó con tristeza.

Dos días después, doña Luisa falleció en los brazos de Julia. Rodrigo llegó minutos después. Se despidió de su madre con un beso y una promesa que nadie más pudo escuchar.

Al hacerse cargo del negocio, Julia ganó más dinero. Lo primero que hizo fue buscar otra vivienda en la misma calle de Embajadores, próxima a la tienda. Era un piso exterior con dos habitaciones y una salita amplia y luminosa. Disponía de una pequeña cocina y un aseo independiente del resto del vecindario. Las tres andaban muy ocupadas con el cambio. Magda, por la noche, con los retales que sobraban en la tienda, cosió cortinas, manteles, sábanas... e, incluso, algún que otro vestido sencillo para cada una de ellas. Magda era feliz, había encontrado a su hijo y estaba rehaciendo su vida. En varias ocasiones, pensó en hablar con Rodrigo y contarle la verdad ahora que su madre había fallecido. Pero, llegado el momento, le surgían un millón de dudas. Parecía un hombre satisfecho y feliz con la vida que había llevado. Amaba a su madre y hablaba orgulloso de su padre. Contarle la verdad, después de tanto tiempo, rompería todos sus esquemas, incluso podría llegar a odiarla por deshacerse de él y, más que hacerle un favor, quizá le causara un daño irreparable. Hacerlo sería un error del que seguramente se arrepentiría. Su corazón se daba por satisfecho; verlo a diario le parecía un regalo de la vida más que suficiente. Todo estaba bien por el momento. Sin embargo, quien le preocupaba de verdad, era Julia. Estaba atada de pies y manos. Mientras no solucionase su problema con su marido, no avanzaría en su vida. La había hecho participe de sus sentimientos para con Rodrigo y por las noches la oía llorar de una manera que se le encogía el corazón. Julia había cambiado mucho desde que la conoció. Había madurado a pasos agigantados. Ya no titubeaba a la hora de tomar decisiones. Imponía su criterio con autoridad y dirigía los hilos de la casa y de la tienda como si lo hubiera hecho toda la vida. Su apariencia delicada y su carácter inseguro habían dado paso a una mujer más fuerte y resuelta, pero con un rictus de amargura que ocultaba tras el velo fino de su espontánea dulzura.

Por su parte, Magda nunca dejó de pensar en Lucio y en los niños ni en el tiempo vivido junto a ellos plena de felicidad. Los echaba de menos como nunca pensó que le sucedería y, en un arranque de amor y nostalgia, les escribió una carta. Con la verdad ya dicha, incluyendo ahora el reencuentro con su hijo, solo le restaba decir que se arrepentía profundamente por haberlos abandonado, que los

añoraba día y noche. Le dijo que ella habría dado todo por esos niños y le habría entregado toda una vida a él, si hubiera podido, y que, si algún día podía perdonarla, se lo hiciera saber para que su alma descansara en paz.

Julia llevaba toda la mañana sentada y muy pensativa jugando con la carta que había recibido de Santa y Leocadio. Finalmente, se levantó y se acercó a Magda, que estaba enfrascada en el arreglo de una levita que habían traído a la tienda.

—Voy a ponerme en contacto con mi notario.

Magda levantó la vista hacia Julia con un gesto de intranquilidad.

—¿Estás segura?

—Tengo que intentarlo. Esta no es mi vida, Magda. Estoy viviendo una mentira. Me engaño a mí misma creyendo que todo se va a solucionar, que nada ocurrió. Creo que amo a Rodrigo, pero también sé que nunca podré ser suya porque... no puedo dejar de pensar en Lorenzo.

Magda dejó la costura a un lado.

—¿Qué locura es esa, Julia? ¿Te estás oyendo?

—No sé lo que me pasa. Mi corazón está dividido en dos. No soy dueña de mí y creo que voy a volverme loca.

—¡Julia, por el amor de Dios! ¿Cómo puedes...? Lorenzo te amargó la vida.

—Es que no lo sé, Magda. Mi cabeza da vueltas y vueltas y no estoy segura de lo que pasó. ¿Y si mi hijo realmente murió? ¿Y si mi mente se quebró en mil pedazos y no quiero admitir la realidad? Necesito saber la verdad y solucionar todo esto cuanto antes.

Magda la envolvió entre sus brazos y besó su frente.

—Lo sé. Te entiendo perfectamente. Es comprensible. Eres muy sensible, pero tengo miedo por ti.

—Lo tengo decidido —contestó apartándose de su amiga—. Tengo que decirle que estoy viva, Magda. ¿No lo entiendes? Si creen que estoy loca de verdad o muerta, nunca podré avanzar. No puedo seguir viviendo escondida. Iré a Toledo mañana mismo.

—Iré yo —zanjó, Magda—. Iré yo y punto en boca. Escribe una carta. —Ante la cara de sorpresa de Julia, sonrió—. Si todo lo que te

ha ocurrido forma parte de una mentira, me enteraré y...

—Si eso es así, podría ser peligroso para ti también. No sabemos si al final el notario tomó parte en esa historia y está del lado de Lorenzo. Recuerda que mi padrino asesinó a mis padres y... Lorenzo te vio en el juicio. Necesito saber si todo estaba en mi cabeza y Lorenzo dijo la verdad. Si es así, yo también soy culpable de alguna manera y le he destrozado la vida a mi esposo.

—Lo del notario lo sabremos cuando lea tu carta, y Lorenzo no me busca a mí. Terminaré este engorroso cosido que me tiene hartita y mañana, en la primera diligencia, salgo hacia Toledo. Y te aconsejo que hables con Rodrigo, Julia. Empieza por sincerarte con él.

Capítulo 36

Lorenzo seguía sin dar con el rastro de Julia. Preguntó en villas y aldeas por pequeñas que fueran, en cada casa que veía y a cuantas personas se cruzaban con él. Harto de no dar con el paradero de su mujer, decidió regresar a Toledo, descansar y dejar que las autoridades hicieran su trabajo. No podía borrar de su cabeza la imagen de su mujer en El Nuncio. Cuando la había visto en aquel estado, se le habían removido las tripas. Habría matado al director, a la guardiana y a cuantos la habían maltratado o consentido que acabara en esa situación. Julia, su gran amor... Solo de recordarlo se le revolvieron las entrañas y un calor le ascendió por todo el espinazo hasta la cabeza y le produjo un dolor punzante en la sien. Se le tensaron los músculos del cuello. Estaba encolerizado con todos, incluso con su esposa por no atender a razones, perder el santo juicio y acabar como una loca. Seguía enamorado de ella como el primer día y jamás consentiría que nadie se interpusiera entre él y el amor de su vida. Julia lo era todo para él. La última vez que la había tenido entre sus brazos ella lo había mirado con odio y ese odio le quemaba por dentro. Tenía que recuperar su confianza, su amor. Pensó que, al llevarla a casa y tenerla bajo sus cuidados, ella lo perdonaría y todo volvería a ser como al principio. Sin embargo, cuando desapareció, de nuevo el mundo se abrió bajo sus pies.

Se encontraba cansado, sediento, hambriento y para colmo su viejo caballo tenía una herida que le impedía continuar. En una aldea, a pocas leguas de Getafe, lo cambió por una vieja yegua, lenta y cabezona, que lo desesperó aún más, pero con la que pudo continuar su camino hasta llegar a una posta donde paró para descansar. Ató la yegua a un poste y pasó derecho a pedir su comanda. El lugar apestaba a tabaco, tocino frito y suciedad. Tres hombres jóvenes cesaron sus conversaciones para observar al extranjero. Lorenzo,

altivo y poco discreto, hizo gala de su mezquindad tapándose la nariz e insultando al tabernero por tener una pocilga y no un sitio donde poder refrescarse. El hombre se disculpó y se acercó al fuego para prepararle algo de comida. Lorenzo se sentó dos mesas más allá de donde se encontraban los jóvenes y los miró con desprecio. Al momento, y de nuevo disculpándose, el tabernero le llenó la jarra de vino y le sirvió un buen plato de asado con media barra de pan. Lorenzo bebió un buen trago. Estaba sediento. El líquido se le se atragantó y, entre toses y arcadas, escupió en el suelo. Maldiciendo por la porquería de vino que le había servido el tabernero, se levantó con tal brusquedad que tiró el plato y desparramó la comida por el suelo. El hombre se disponía a limpiar el desastre, cuando Lorenzo le propinó un golpe en las costillas que le hizo caer de espaldas. Uno de los jóvenes hizo ademán de levantarse y echó mano de la navaja que colgaba de su cintura, pero su compañero lo sujetó con fuerza para obligarlo a sentarse y quedarse quieto. Lorenzo, que no se había percatado del gesto del muchacho, salió de la cantina echando pestes. Al subir a la yegua, esta se hizo la remolona y no quiso andar. La espoleó sin éxito. Sin más dilación, bajó de ella dispuesto a darle la paliza de su vida cuando una mano lo sujetó con fuerza. Notó un golpe seco en la boca del estómago y, sin tiempo para reaccionar, recibió otro en los riñones. Al incorporarse, le sobrevino otro más en pleno rostro. Oyó crujir el hueso de la nariz y la sangre empezó a salir a borbotones. Intentó cubrirse con la mano. No vio venir la patada en la frente. La sangre le caía por las cejas y le cegaba los ojos. Cayó al suelo hecho un ovillo. Allí le llovieron patadas en la cabeza, los riñones, el pecho y la cara, hasta que todo se le nubló de repente. Quedó inconsciente en el suelo, y los tres muchachos lo abandonaron en mitad del camino.

Cuando volvió en sí, se levantó con dificultad. Un ojo le dolía a rabiar y el otro estaba amoratado y abultado, así como la nariz y el labio superior. Estaba mareado y, al intentar caminar, vomitó bilis. Le habían dejado en camisa y calzones y le habían robado el resto de la ropa y el dinero. Maldijo su mala suerte. Se habían llevado todo el dinero que tenía de la venta de su casa, además de la yegua. El notario le había advertido de lo peligroso que era llevar tanto dinero

encima, pero él se limitó a sonreír y a acariciar la bolsa. Nadie sería tan osado de enfrentarse a un hombre como él. Nadie. Desorientado por los golpes, semidesnudo, con la cara hinchada, llena de restos de sangre seca y casi sin poder andar, sin dinero y sin la testaruda y vieja yegua, Lorenzo se vio obligado a regresar a Toledo caminando. La ira le iba hinchando las venas del cuello, le endurecía las facciones y acentuaba el brillo malévolos de sus ojos. Con los puños apretados, no notó que la herida de la ceja se le había vuelto abrir y un hilo de sangre caía por la sien. El dolor ya no le afectaba en absoluto; solo sentía un odio inmenso que le cargaba de energía para llegar cuanto antes a Toledo. Lo primero que haría, sería buscar al condenado notario y obligarle a que le firmara los documentos quisiera o no.

Magda había salido a primera hora de la mañana. Preveía llegar a Toledo sobre el mediodía. Imaginaba las mil cosas que podrían pasar una vez que diera con el paradero del notario de Julia. Se preguntaba si ese hombre la habría estado buscando. De haberla encontrado, las cosas habrían cambiado para Julia desde el principio. ¿Qué le diría al verla? ¿Estaría dispuesto a ayudarla? ¿Se encontraría con Lorenzo? Le empezó a doler la cabeza con tanta pregunta. La diligencia iba deprisa y a veces daba pequeños saltos al pasar por algún hundimiento del camino. Estaba nerviosa y rezaba para que todo saliera bien. El coche paró de golpe y Magda descorrió la cortina de terciopelo que cubría la ventanilla. Se encontraban en pleno campo. Vio a un hombre semidesnudo que hablaba con el cochero. Discutieron y, al cabo de unos minutos, este abrió la puerta de la diligencia.

—Señora, disculpe el retraso. El señor que va a subir, aunque lo vea de semejante guisa, es un caballero al que le han asaltado unos rufianes. Mala gente. —Chasqueó la lengua—. No se asuste. Debo llevarlo hasta Toledo, allí se harán cargo de él los alguaciles.

No dio tiempo a que Magda contestase. Era igual. El hombre iba a subir sí o sí, así que suspiró y miró hacia el otro lado de la ventanilla. Lorenzo agradeció al cochero que le permitiera subir sin cobrarle y le ofreciera una manta.

—Buenos días, señora —saludó Lorenzo sin mirarla y se sentó frente a ella.

El cochero reanudó la marcha y, con el traqueteo, Lorenzo se quedó dormido. Magda le observó detenidamente. A pesar de las manchas de sangre y el rostro hinchado, el hombre le pareció atractivo. Se le veía fuerte y musculado, por lo que pensó que debían haberlo atacado varios hombres. Uno solo no le habría dejado en ese estado tan deplorable. El hombre abrió los ojos y Magda, avergonzada, miró hacia otra parte. Ahora él la observaba a ella. Una mujer madura, bien vestida, aunque muy sencilla. Sin embargo, algo de su aspecto le llamó su atención.

—Mi nombre es Lorenzo Medina. He sufrido un ataque. Me han robado y me han dado una paliza de muerte. Por suerte pude defenderme y al final tuvieron que largarse. Pero sé dónde están y, en cuanto me recupere, por supuesto que pagarán por lo que me han hecho. No lo dude. —Magda dejó de escucharle al oír su nombre. El corazón se le aceleró y le temblaban las manos. Rogó a Dios para que no la reconociera. Lorenzo se inclinó hacia ella—. ¿Nos conocemos? Su rostro me resulta familiar. Es increíble que no la recuerde, yo nunca olvido una cara y... no sé..., pero juraría que nos hemos visto en alguna parte.

—Lo dudo, señor, pues no soy de estas tierras —respondió evitando que se le notara el temblor de la voz.

—¿Adónde se dirige? Si no es indiscreción...

—A Sevilla, a casa de unos familiares. Tomaré otra diligencia en Toledo.

Lorenzo volvió a cerrar los ojos, para consuelo de Magda, que hizo lo mismo intentando respirar con calma. En la última posta del viaje, subieron dos pasajeros más. Magda lo agradeció, pues Lorenzo no volvió a molestarla durante el resto del trayecto. Una vez que llegaron a Toledo, Lorenzo se quedó con el cochero y esperaron a los alguaciles para ver cómo solucionaban el pago de su viaje. Magda se escabulló entre la gente y se dirigió a la casa del notario. La encontró sin problemas tras caminar más de media hora entre calles estrechas con pequeños recovecos en las que apenas se cruzó con gente. Dio dos toques en la puerta. Nadie apareció. Volvió a llamar otras dos

veces. Silencio. Cuando iba a dar el siguiente golpe, la puerta se abrió y su puño a punto estuvo de dar directamente en la cara del hombre que tenía frente a ella.

—¿Está loca, señora? ¿A qué tanta prisa?

Magda miró hacia los dos lados de la calle y, sin esperar la invitación, apartó al notario bruscamente, cerró la puerta de golpe y se apoyó contra ella intentando controlar la respiración agitada, ante el rostro perplejo del hombre.

—Ahora que ya está dentro, ¿sería tan amable de volver a salir a la calle? O prefiere que avise a los alguaciles.

—No. —Magda le frenó con la mano—. Por favor, escúcheme. Vengo de parte de Julia Medina, bueno... de Julia Céspedes.

El notario se quedó boquiabierto.

—¿Julia Céspedes? ¿Qué sabe de ella? ¿Se encuentra bien? ¿Dónde está ahora? ¿Puedo verla?

—Sentémonos y le explicaré todo tranquilamente. Pero antes... ¿sabría usted decirme dónde se encuentra su marido en estos momentos?

La pregunta de Magda tenía su trampa. No podía contarle dónde estaba su amiga si antes ese hombre no le demostraba que no tenía nada que ver con el marido.

—Sinceramente, no tengo ni la más remota idea. Sé por el alguacil que anda como un poseso en busca de Julia, y estamos muy preocupados por ella. Su padrino Pedro y yo, por supuesto, ambos estamos intentando preservar sus bienes para que ese hombre no acabe con ellos.

Magda levantó las cejas

—¿Su padrino? Hasta donde sé, ese hombre está en la cárcel por el asesinato de sus padres.

—Dejémoslo en que, hasta ahora, no ha aparecido el verdadero culpable. Pedro es inocente, señora. Ese hombre ha hecho cosas muy malas, engañó a los Céspedes, sí. Pero de ahí a matarlos...

—Entonces..., ¿por qué está encerrado aún?

—Eso mismo me pregunto yo. He pagado a los mejores abogados de la zona. Pero, desgraciadamente, todas las pruebas apuntan a él.

Pedro no tiene coartada para el día del triste suceso. En fin, la cosa pinta mal.

—¿Le cree a ese hombre pero no le cree a Julia cuando dice que vio a su hijo vivo y que su marido se lo quitó de sus brazos?

El notario se removió inquieto y luego, tras unos segundos, miró con tristeza a Magda.

—Es diferente, y créame que me gustaría creerle. Lorenzo es un maníaco, un hombre duro. Pero le aseguro que está completamente enamorado de su mujer. ¿Por qué haría una cosa así?

—Por la herencia.

El notario soltó una carcajada.

—Imposible. Lorenzo nunca tuvo el control de la herencia. Es más, ante la incapacidad de Julia, con un hijo, habría podido controlar todo mucho antes. No. Deshacerse de su hijo habría sido una locura. Su suegro ató muy bien ese aspecto. No le serviría de nada. Por eso no es creíble esa historia, señora. No es creíble, y siento mucho lo de Julia. El crío está enterrado no muy lejos de aquí; si quiere, puede ir a ver su tumba. Julia se derrumbó y perdió la razón. —Francisco llenó una jarra pequeña con agua y le ofreció un vaso a Magda, que agradeció de buena gana.

—¿Julia mantiene intacta su herencia?

—Realmente la herencia es el cigarral. Lorenzo perdió la oportunidad de comprar la casa aquí en Toledo, y créame si le digo que la casa valía la pena.

—¿La casa?

—Lorenzo no tiene dinero y tuvo que dejar de pagar el alquiler. Ese hombre no es más que una víctima de la situación. Pobre hombre, pobre Julia y pobre Pedro.

Magda sacó de una bandolerita sujeta a su muñeca una carta doblada que entregó al administrador. Este la desdobló y la leyó despacio moviendo los labios. Cuando hubo terminado, volvió a doblarla cuidadosamente y se la guardó en el bolsillo.

—Como comprenderá —decía Magda—, ya no estoy segura del contenido de esa carta después de lo que me ha contado. El motivo de mi visita era hacerle saber que está viva y cuerda, darle su dirección y pedirle ayuda: Julia quiere anular su matrimonio. Se

realizó sin el consentimiento familiar. Ella era muy joven e inocente. Lorenzo la manipuló y coaccionó. Se realizó en una Ermita abandonada y sin testigos.

El notario asintió y se puso la mano en el pecho.

—Juro ante Dios que haré todo lo posible para ayudarla en lo que necesite. En cierta medida, me siento responsable de no haber sabido protegerla. Pero, dadas las circunstancias...

—¿Por qué no la buscó? ¿También la creyó loca? —le reprochó Magda.

—¿Y quién le ha dicho que no lo hice? Pues claro que lo intenté —contestó ofendido—. Sobre todo al principio. Pero no fue fácil. Tenga en cuenta que el médico diagnosticó la muerte de ese niño y el desequilibrio de Julia, a lo que hubo que sumar el intento de asesinato de su marido ante una docena de testigos. —El notario suspiró—. Era muy complicado convencer al alguacil de lo contrario. Todo estaba en su contra, señora... Incluso hubo veces que llegué a pensar si había algo de cierto en su desequilibrio. Sin embargo, no me pregunte por qué, algo me decía que debía proteger sus intereses.

—¿Cómo están las tierras y el cigarral? Debo comunicárselo a Julia.

—Ese hombre se ha dedicado en cuerpo y alma a buscar a su mujer y no tiene otro objetivo en su vida. Todo lo demás ha perdido interés para él, excepto conseguir dinero. Ha dejado de trabajar las tierras; los jornaleros lo abandonaron en busca de trabajo; ha perdido a todos los proveedores y compradores, y ha dejado todo el patrimonio en una auténtica ruina. Solo queda en pie el cigarral. —Tosió estrepitosamente—. Me refiero a la casa, porque las tierras, ahora mismo, no sirven para mucho.

—¿Por qué, una vez que Julia ingresó en El Nuncio, no se le concedieron a Lorenzo todos los poderes sobre las tierras y el dinero?

—Se le dio poder para gestionar las tierras en nombre de su esposa, pero a ese hombre solo le interesaba el dinero.

Magda se disculpó, debía darse prisa si quería coger la diligencia de las ocho de la tarde de vuelta a Madrid, y ya no podía hacer mucho más allí. El notario también quería ponerse en movimiento lo antes posible y agradeció de algún modo la prisa de la mujer.

Se despidieron en la puerta y, a punto de salir, Magda se volvió hacia el hombre.

—Una cosa que se me olvidaba y es de suma importancia. En la diligencia he compartido viaje con Lorenzo Medina. —La cara del notario tomó un tono blanco de repente, casi mate—. Ahora debe andar arreglando su situación, pues le han atacado y despojado de todo cuanto llevaba. Espero que esté prevenido.

El notario cerró la puerta de la casa cuando la perdió de vista al girar la esquina. En cuanto preparara los papeles, saldría a ver a Pedro.

Después de aguantar amenazas por su pertinaz intento de cobrar la cuenta del viaje y tras una señal del alguacil, el cochero, refunfuñando, alivió la sed de sus caballos y se preparó para emprender en una hora el viaje de regreso a Madrid. Cuando Pascual vio a Lorenzo salir de la diligencia, el alma se le cayó a los pies. ¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar este hombre? Lo tenía todo y todo lo estaba perdiendo. Sintió una profunda lástima por él. Se llevó a Lorenzo casi a rastras e intentó explicarle que de nada serviría hablar con el alcalde, el gobernador o el propio rey para encontrar a su esposa, y le aconsejó que intentase recuperar su vida, el negocio de su suegro y su dignidad.

—La señora Medina tendrá que volver tarde o temprano, no lo dude. Y, cuando lo haga, la estaremos esperando. —Sabía que sus palabras no obrarían el milagro deseado, pero debía intentarlo—. Ande, váyase a su casa y piense en recomponer su ya maltrecha vida. Lo de su mujer ha sido un duro golpe para usted.

Pascual lo acompañaba a lo del herrero con el fin de que le prestase un caballo para llegar hasta el cigarral.

—¿Cómo puede una mujer tan enferma y débil desaparecer de este modo? —preguntó Lorenzo. El alguacil entendió que, más que una pregunta, se trataba de una reflexión y se limitó a encogerse de hombros y soltar un silbido. Por primera vez, Lorenzo se percató de las pintas que llevaba y del cansancio que tenía. Notaba preocupación en el rostro de Pascual y, temiendo que le vigilara de cerca, le sonrió—. Le agradezco muchísimo sus consejos y su ayuda.

No se preocupe, no iré a ningún lado. Intentaré recomponer mi vida, como usted muy bien me ha aconsejado. Pero eso será en unos días; ahora necesito descansar. Estoy agotado. —Subió al caballo que el herrero le proporcionó de mala gana, pues sabía que ni lo cobraría ni lo volvería a ver. Se puso en camino. El alguacil esperó hasta perderlo de vista y con un chasquido de lengua se despidió del herrero.

Al entrar en las tierras del cigarral, Lorenzo paró el caballo en seco. De pronto, recordó a la mujer de la diligencia. Era la prostituta que había declarado en el juicio, la que acompañaba a su mujer el día que asesinaron al hombre en el campo. Dio media vuelta. Todo empezó encajar de repente en su cabeza. Julia no estaba en condiciones de escapar sola de su casa, claro. ¡Qué imbécil había sido! Esa mujer siempre había estado a su lado y, si había vuelto a Toledo, solo era por una cuestión: el dinero. Julia debía necesitar dinero urgentemente y solo había una persona que podía proporcionárselo. A galope tendido regresó a Toledo para buscar al notario.

De uno de los cajones escondidos de su escritorio, Francisco extrajo unos legajos atados con una cuerda, los introdujo rápidamente entre el chaleco y su levita y salió apresurado mirando para todos lados, pues temía encontrarse con Lorenzo Medina. Era lo peor que le podía ocurrir. Aceleró el paso. El recorrido entre su casa y la cárcel se hacía en apenas veinte minutos. Pero, con las prisas, parecía que sus zancadas no abarcaban la distancia con la suficiente rapidez. Casi estuvo a punto de caerse al chocar con unos niños que salían corriendo de un esquinazo. Se abrió paso a empujones entre la gente que andaba por las calles. Cuando por fin divisó el edificio, un hombre le salió al paso tirando de un carro repleto de balas de paja. Al intentar esquivarlo, se golpeó con uno de los travesaños, el pantalón se le quedó enganchado en una bobina del carro y lo arrastró por el suelo. Los papeles se le cayeron y a punto estuvieron de ser pisoteados. Haciendo aspavientos con las manos para echar a la gente de su lado, logró cogerlos, los limpió y los volvió a guardar en el bolsillo interior de su chaleco. Se presentó ante el guardia sudando, sucio y malhumorado. Tras recibir una suculenta propina,

este le dejó pasar al calabozo. Después de saludarse, el notario puso a Pedro al corriente de todo cuanto había pasado: su encuentro con Magda y la llegada de Lorenzo Medina a Toledo. Finalmente, le entregó la carta de Julia. Pedro la abrió y la leyó. Ambos se quedaron en silencio.

—La carta es absolutamente fiable. Conozco de sobra la letra de Julia. La reconocería en cualquier circunstancia. Esa niña está en peligro, Francisco.

—¿Sigues pensado que Lorenzo mató a su hijo?

—No lo sé, pero creo que Medina no está bien de la cabeza y trama algo. Tanta obsesión con encontrar a Julia, el dinero... Ya te conté que ese hombre ha vivido entre la peor escoria y ha tenido a Abenojar como maestro. Él, sin duda, le dirigió hasta los Céspedes para hacerse con la fortuna de la niña.

El notario se rascó la cabeza pensando en las palabras de su amigo.

—Puede ser, pero no cabe duda de que está enamorado de Julia, Pedro. No hay más que verlo. ¿Temes algo?

—Lorenzo Medina es muy peligroso. Debemos atar bien las cosas. Si realmente está enamorado, nada habremos de temer. Si no lo está, Julia estará cubierta en caso de un divorcio.

—Estoy preparando un documento que será el salvoconducto de Julia. También tengo que dar cumplimiento a lo que reclama para esa tal Magda y otras personas que relaciona en su carta.

Con las disposiciones bajo el brazo, el notario regresó a su casa dispuesto a partir hacia Madrid en la diligencia de las ocho. Con suerte, coincidiría con Magda. Miró el reloj de la pared, quedaban exactamente cuarenta minutos. Abrió un viejo baúl y echó un par de camisas, una levita, un par de zapatos y unos calzones. Lo cerró y cogió los papeles. Se disponía a salir cuando la puerta, que no había cerrado con las prisas, se abrió de golpe, y vio a Lorenzo apostado frente a él con una sonrisa en la boca que le heló la sangre. Tenía la cara llena de cardenales, un ojo hinchado y de color violeta, e iba semidesnudo, solo con unos calzones y una camisa rajada por todas partes. Su aspecto era patético. Sin embargo, le hacía parecer aún mucho más violento.

—¿Qué es lo que quiere? —acertó a decir con un hilo de voz, casi

atragantado.

—¿Se ha puesto Julia en contacto con ustedes?

—No —mintió con toda la rotundidad que le fue posible. Pero, de repente, se dio cuenta de que, aunque tenía los papeles guardados a buen recaudo junto al dinero, se había dejado la carta de Julia sobre la mesa. En un arranque de bravura, levantó una de las sillas para estamparla sobre el cuerpo de Lorenzo, que hábilmente la esquivó.

—No quiero pelear, solo quiero la verdad. Necesito encontrar a mi esposa; puede estar en peligro.

El notario se alejó un par de pasos, se estiró la levita y le miró con desconfianza.

—Ya le he dicho que no sé dónde se encuentra.

—Estoy cansado y llevo mucho tiempo buscándola. He perdido todo el dinero, las tierras y la casa de Toledo, y le aseguro que la paciencia es un lujo del que carezco. Dígame dónde está Julia y me iré de aquí, de lo contrario...

—¿Por qué no la deja en paz?

Lorenzo se acercó tanto al rostro del notario que pudo oler su aliento. Le agarró del cuello y le alzó sin esfuerzo hasta dejar sus pies colgando.

—Se lo repito por última vez. Solo quiero encontrar a mi esposa y traerla de vuelta a casa. ¿Es tan difícil entenderlo?

El notario hizo un gesto para que lo soltara y este lo bajo de sopetón. Se acarició el cuello y con la cabeza le señaló la carta que aún estaba sobre la mesa. Lorenzo la cogió y la leyó.

—¿El divorcio?

Francisco se encogió de hombros y vio salir a Lorenzo de la casa, furibundo.

Capítulo 37

El ardor de los radicales se extendió con la densidad de la lava de un volcán y la fuerza arrolladora de unos jóvenes hambrientos de justicia y libertad que se apiñaban, envueltos en un cargado sahumero a tabaco, café, licor y sudor en los cafés Gran Oriente, la Fontana de Oro, Lorenzini o la Cruz de Malta, donde aporreaban el suelo con sus bastones o zapatos y gritaban a los que, subidos sobre las mesas o peanas, intentaban, con voz engolada y hueca, hacerse escuchar por encima del gallinero. Ignoraban que, en el rincón más oscuro, todas las noches, impertérrito, un hombre escuchaba y tomaba nota de lo que allí se exponía y de quién lo decía. Eran enviados del rey que, incluso, llegaban a pagar cuantiosas sumas de dinero a los responsables de los locales para que contrataran personas que desestabilizaran las reuniones. No temían a los grandes políticos, militares, escritores o poetas que solo se dedicaban a hablar y hablar, sino a los linajudos o adinerados que subvencionaban las revueltas. También a los obreros y ociosos, porque ellos no tenían nada que perder. Agitados por lo primeros, ellos eran los que se alzaban y provocaban los más numerosos y duros levantamientos. A esos los temían y debían hacerlos callar.

Los exaltados, seguidores de los coroneles Rafael Riego y Quiroga, de Alcalá Galiano, José María Calatrava, Juan Álvarez Mendizábal o Espoz y Mina, entre otros, decidieron que había que actuar cuanto antes y se organizaron para la gran asonada. Había que forzar al absolutista a firmar la Constitución, costara lo que costara.

Eran las doce de la noche cuando Rodrigo salió de la Fontana con el cuerpo del revés. Sabía que no habría vuelta atrás. Por primera vez, el miedo se le introdujo en las entrañas, aunque no era un cobarde. Había participado activamente proporcionando información, dinero y armas. Pero no era eso lo que le preocupaba; era Julia. Desde que la

había conocido, sus intereses habían cambiado radicalmente. Ella ocupaba la primera línea de sus pensamientos. Si le ocurriera algo, jamás se lo perdonaría. Tenía que avisarle, y si ella aceptaba, se marcharían a París, lejos de lo que Madrid iba a vivir en apenas unas semanas.

Cuando llegó a la casa, le sorprendió encontrarse a Julia recostada en el sillón junto a la chimenea, arropada con su mantilla de lana. Había pasado todo el día recogiendo las cosas personales de doña Luisa y por la tarde decidió esperar a Rodrigo para ponerle al día de todo cuanto había guardado, pero las horas pasaban y finalmente se rindió al cansancio. Al verlo entrar, se levantó azorada, se colocó la mantilla sobre los hombros y salió de la habitación dispuesta a marcharse. Rodrigo bloqueó la puerta para impedir su salida, la retuvo por el brazo, la abrazó y la besó apasionadamente.

—Te amo, Julia. Te amo con toda mi alma y me estoy volviendo loco solo de pensar que no puedo tenerte. Al principio, pensé que todo esto solo era un espejismo y que tú te evaporarías como el humo. Jamás he sentido nada parecido por ninguna otra mujer. Necesito saber si tú sientes lo mismo por mí.

Julia lo miró con ternura.

—Si te dijera que no, mentiría, y no sería justo. Lo que siento por ti está fuera de mi control, y por más que me esfuerzo en alejar esos sentimientos, más fuertes regresan. Te he querido desde el día que te vi. Pero lo nuestro es imposible.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema?

—Rodrigo, tú no me conoces, apenas sabes de mí.

—No creo que haya nada oscuro en esos ojos, en esa voz dulce y melodiosa ni en ese corazón puro y limpio.

—Hay algo que no te he contado y temo que, al hacerlo, la decepción sea mayor que tu amor por mí.

—Nada podrá enturbiar mis sentimientos, Julia.

Julia quiso explicarle, sincerarse, abrir su corazón. Sin embargo, solo fue capaz de pronunciar dos palabras:

—No puedo. —Julia bajó la mirada y se dispuso a salir, pero Rodrigo la retuvo de nuevo y la atrajo hacia él. Ella sintió el calor de su cuello, el latir de su corazón, y no pudo resistirse.

—Confía en mí —Rodrigo le susurró al oído.

¿Confiaba en él? ¿Podría abrir de nuevo su alma y entregársela como si nada ocurriera? ¿Qué podía hacer? Todo era muy complicado.

—Quizá, algún día... Te quiero, Rodrigo —Julia se pegó a él.

Rodrigo posó sus labios sobre los de ella mientras la abrazaba con fuerza. Ella cerró los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió a salvo.

—Podríamos irnos lejos de aquí y comenzar una nueva vida. Sea lo que sea lo que te ocurre, yo haré que lo olvides.

Julia sonrió amargamente. Si todo fuera tan fácil... Si ella fuera libre, no lo dudaría ni un solo segundo. Sintió los dedos de Rodrigo jugar con su trenza recogida en la nuca y liberar con agilidad su hermosa cabellera para dejarla caer sobre su espalda. Sus miradas se encontraron y sus bocas se unieron. Él mordió sus labios y ella saboreó el dulce dolor mientras temblaba como el reflejo de la luna en el océano. Sin medir las consecuencias de su pasión, sobre la alfombra mullida de lanosos nudos, él perfilaba los contornos de su rostro con su boca y ella se abandonaba en las profundidades de la excitación arqueando su cuerpo hacia él, iluminado por la débil y mortecina luz titilante de las farolas que apenas accedía a través de la ventana. Envueltos por la fragancia de sus cuerpos, absorbiendo el aliento de sus bocas, Julia se entregó desesperadamente entre la agonía y la esperanza con la conciencia intranquila y el alma desgarrada.

Una semana después, la muchedumbre corría alborotada a primera hora de la tarde por las calles que llevaban a palacio. Los comercios de las calles Arenal, Mayor, Alcalá, San Jerónimo, Carretas y las colindantes empezaron a cerrar sus puertas. En los cafés la Fontana de Oro y la Cruz de Malta, se repartieron cuartillas con frases como: «Abajo el absolutismo» o «Fuera el felón». De ellas salieron unas treinta personas que se unieron a otras cuadrillas en la plaza del Sol para dirigirse en turba hacia el palacio. Más de un millar de hombres armados con todo tipo de herramientas rodearon los alrededores. Frente a sus puertas, vociferaban y blandían sus armas, amenazantes. La

guardia se apostó frente a ellos a la espera de una orden que le permitiera abalanzarse contra ellos y dispersar la rebelión.

Eran casi las nueve de la noche cuando Julia, cansada de esperar a Rodrigo, decidió cerrar la tienda y marcharse a su casa. No era normal su tardanza; algo le habría retenido. ¿Realmente le amaba? La noche que habían hecho el amor en su casa, pensó contarle la verdad. Al conocerla, seguramente, la abandonaría, pero debía arriesgarse. No podría vivir con una mentira que, a la larga, solo acarrearía un daño irreparable. Él no se lo merecía y ella tampoco.

No le gustaba el jaleo de la calle. Los golpes que daban contra las puertas para llamar la atención la estaban asustando. Decidió marcharse. Mientras cerraba la tienda, tres hombres pararon una calesa frente a ella y, de malas maneras, obligaron a bajar a su ocupante. A patadas, le obligaron a decir «Viva la Constitución» y a cantar el *Trágala*. Julia apartó la mirada, escandalizada. Se echó sobre los hombros la capa de lana. Cuando se disponía a echar a correr, Bernarda la abordó. Traía la cara descompuesta, le costaba respirar y apenas acertaba a juntar las palabras.

—Han cogido al señorito Rodrigo —atinó a decir.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

La muchacha estaba pálida. Julia abrió de nuevo la tienda, la conminó a entrar y, una vez dentro, le acercó un vaso con agua para que se tranquilizara. Bernarda, tras bebérsela de un trago, se limpió con la manga del vestido y rompió a llorar.

—La guardia... ha venido a su casa. Por lo visto, le han denunciado por subversivo o algo así. Se lo han llevado, Julia, delante de mis narices... Y la pobre doña Luisa, que en paz descansa... menos mal que no lo ha visto... ¡Ay, madre! ¿A que no sabes adónde lo han llevado?

—¡Déjate de adivinanzas, por Dios Santo! ¿Adónde?

—A la cárcel del Saladero.

Julia creyó que iba a desmayarse. Eso era un error, seguro. Normalmente, los llevaban a la cárcel de la Villa.

—Lo van a ahorcar —chilló Bernarda entre llantos.

—¿En qué dirección está?

—En la plaza de Santa Bárbara.

—Vete a casa y no te muevas de allí. Yo iré en cuanto pueda.

—No puedes ir allí sola. ¿Estás loca? —gritó desesperada al ver a Julia salir a la calle como una exhalación.

Julia no tuvo problemas para encontrar una calesa que la llevara hasta allí. Una vez en la puerta, sacó quince reales de su bolsa y los depositó sobre la mesa del guardián, que los recogió sin ningún escrúpulo. Solo entonces fue informada de que ese hombre formaba parte de una lista de los que respaldaban la revolución contra el rey y la financiaban. Por tanto, junto al resto, sería condenado a morir públicamente en la plaza de la Cebada en cuanto se dictaminara la orden.

A punto estuvo de desmoronarse allí mismo. Pálida como el papel, Julia abandonó la pestilente y sucia cárcel arrastrando los pies. Daría su mano derecha por Rodrigo. Él era un hombre de principios; jamás haría tal cosa. A ella le había contado que frecuentaba ciertos lugares donde se hablaba de justicia y libertad, pero nunca mencionó que fueran antros donde se agitaba a las masas con ideas tan peregrinas como la de atentar contra el rey. Alguien le había tendido una trampa.

Esa noche apenas pudo conciliar el sueño. Ya de madrugada, escuchó llegar a Magda. Bernarda no pudo controlarse, se abrazó a ella y le contó todo lo ocurrido. La cosa no pintaba bien para Rodrigo.

—Solo dejan verlo unos minutos si eres un familiar, Magda.

—Entonces puedo ir. Recuerda que soy su madre.

—Tendrías que demostrarlo, y no creo que puedas.

Todas callaron. Julia tenía razón. ¿Quién iba a creerle? Nadie, y se armaría tal jaleo que tampoco sería bueno para su hijo.

—¡Señor mío! Ahora que he encontrado a mi hijo, no me lo arrebatas. ¿Cuándo van a parar los problemas?

Capítulo 38

El 11 de marzo de 1820, no se hablaba de otra cosa en la prensa y los chicos de los periódicos lo vociferaban por las calles. El día anterior Fernando VII había ratificado oficialmente la Constitución de 1812 ante el Gobierno en pleno. Así lo expresaban los periódicos radicales como *El Censor* o *El Zurriago* o los más moderados como *El Universal* o *El Espectador*, que ensalzaron el párrafo más exultante del discurso:

Evitad la exaltación de pasiones, que suele transformar en enemigos a los que solo deben ser hermanos, acordes en afectos como lo son en religión, idioma y costumbres. Repeled las péfidas insinuaciones, halagüeñamente disfrazadas, de vuestros émulos. Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional; y mostrando a la Europa un modelo de sabiduría, orden y perfecta moderación en una crisis que en otras naciones ha sido acompañada de lágrimas y desgracias, hagamos admirar y reverenciar el nombre *español*, al mismo tiempo que labramos para siglos nuestra felicidad y nuestra gloria.

No le quedó más remedio que soltar a cuantos presos había encarcelado por motivos políticos para dar ejemplo de justicia y contención y tranquilizar a los exaltados.

Esa mañana Magda, harta de esperar, decidió acercarse a la cárcel para intentar que la dejaran verlo. Ella sabía cómo hacerlo. Sacaría las armas que en un pasado no muy lejano había utilizado y jamás le habían fallado.

Julia, absorta en distribuir por colores y tamaños los botones, madejas de hilos y bártulos de la remesa que había recibido el día anterior en los diferentes cajoncillos del mueble de la trastienda, no escuchó el tintineo de la campana de la puerta.

—Un momento, por favor. Enseguida estoy con usted —exclamó desde la otra pieza. Cuando salió a atender y vio a la persona que

tenía frente a ella, su cuerpo se encogió y las piernas empezaron a temblarle de tal manera que tuvo que sujetarse al mostrador.

—¡Cuánto tiempo sin verte! Y mira que te he buscado por todas partes. ¿No vas a darme un abrazo?

—¡Sal de aquí! O si no...

—O si no, ¿qué? —Lorenzo rodeó la vitrina que se interponía entre ellos y avanzó hacia Julia. Esta retrocedió varios pasos con los ojos desorbitados y el corazón a punto de estallar.

—No te acerques más o gritaré. La gente vendrá y les diré que...

—Estás muy cambiada, Julia. Siempre fuiste una mujer muy bella, pero ahora estás realmente hermosa.

—Te lo ruego, Lorenzo. Márchate, por favor.

Lorenzo miró a su alrededor y luego fijó la mirada en su esposa.

—¿Qué haces aquí? Este no es tu lugar. Quiero que ya dejes de hacer tonterías y regreses conmigo.

—Ya no puedes hacerme daño. Soy otra mujer. La chiquilla insegura e inocente con la que te casaste ya no existe.

De repente Julia se sintió fuerte. Ya no podría tacharla de loca; no podría hacerlo. La risa histriónica de Lorenzo la envolvió como una tela de araña. Se tapó los oídos e intentó salir de la trastienda, pero Lorenzo se lo impidió. La sujetó del brazo y la atrajo hacia él. A su contacto, a Lorenzo le embargó el olor a almendras de su pelo y el perfume fresco del jazmín de su piel. Tanto tiempo recordando su tacto, su aroma, la delicadeza de su rostro, la perfección de sus formas. Acercó su boca al cuello de Julia y aspiró el bálsamo que emanaba de ella. Lo retuvo durante unos segundos y lo expulsó, henchido de pasión por tenerla de nuevo. La deseaba como el primer día; la amaba con locura.

—Amor mío, te he echado tanto de menos... Necesito que me perdones, que me mires como aquel día en la catedral.

Julia se apartó de él.

—Tú solo te quieres a ti mismo, Lorenzo. Eres egoísta y manipulador. Solo puedes amarte a ti mismo.

—Te amé y te sigo amando, Julia. Tú me acusas de egoísmo, pero ha sido tu obstinación la que nos ha llevado hasta aquí. —Lorenzo sonrió con amargura—. Tú y tu padre, tal para cual. ¿Hasta cuándo

crees que un hombre puede aguantar tanto desprecio? Julia, te lo suplico, sé que he llevado todo hasta el límite, pero tú me has obligado a ello. Mi cabeza rebotaba contra los muros de la impotencia una y otra vez... una y otra vez, mientras os reíais de mí. —Se acercó a Julia despacio y con ademán suplicante—. Lo único que deseo es que vuelvas a casa conmigo. Venderemos todo y nos iremos lejos de todo lo que nos recuerde tanto odio. Te pido que me perdones, Julia. Te suplico que vuelvas conmigo.

Julia lo miraba, atónita. Lorenzo tenía una voz tan maravillosa... Sus palabras eran de miel e iban quedándose pegadas a su cerebro. Su boca era perfecta y besar sus labios debería estar prohibido, por lujuriosos. ¿Cuántas veces había recorrido su cuerpo lentamente haciéndola estallar en mil sensaciones? Luego, se recostaba en su pecho y sus brazos fuertes y protectores la retenían a su lado hasta que volvía a poseerla. Observó sus ojos: negros, vivos, profundos...

Lorenzo volvió a acercarse a ella y acarició su rostro. Julia cerró los ojos y él posó sus labios en los de ella.

—¿Te deshiciste de nuestro hijo, Lorenzo? Te lo suplico, necesito que me digas la verdad —le imploró casi en un susurro.

—¿Cómo puedes pensar eso? Julia, imírame! ¿Acaso crees que pude hacer una cosa así? Sufrí tanto como tú cuando el médico me dijo que el niño había muerto.

—¡No me mientas más! —gritó Julia con el puño amenazante—. No vuelvas a hacerlo, Lorenzo. Yo vi a mi hijo. Estaba vivo cuando me lo arrancasteis de mis brazos. Yo no estoy loca.

—Julia, llevas razón. Nadie te llamó loca por ello. El niño nació vivo, pero... —a Lorenzo se le quebró la voz—, pero luego murió de repente y no pude hacer nada. Nada. Tú estabas rota de cansancio y te quedaste dormida. —Julia rompió a llorar—, pero yo no tuve que ver nada con su muerte. ¡Por Dios! Cuando Fermín dijo que había dejado de respirar, ¿sabes cómo me sentí? ¿Tienes la más remota idea de lo que significó para mí coger a mi hijo entre mis brazos y... besarlo... pedirle que... suplicarle que respirara? —Lorenzo se giró para que Julia no pudiera verle el rostro—, pero no quiso escucharme, Julia. Tenía los ojos cerrados y no quiso escucharme. Por eso ordené que lo alejaran de ti lo antes posible. No quería que tú

pasaras por la agonía de ver a tu hijo sin vida. No quería que pasaras por la angustia que había pasado yo.

Julia lloraba de rabia.

—¿Y por eso me encerraste en el sótano como si fuera una rata, Lorenzo?

—¡Enloqueciste, Julia! No supiste afrontar la pérdida de nuestro hijo e intentaste matarte y matarme a mí. Hasta Ramona, la pobre, te tuvo miedo y no le quedó más remedio que marcharse de casa. Te dabas golpes contra las paredes, tirabas la comida y salías medio desnuda a la calle. Precisamente para que no te llevaran lejos de mi lado, no me quedó más remedio que encerrarte en el sótano y así tenerte controlada. No sabes cómo sufrí. Todo fue muy seguido, la muerte de tus padres, nuestro hijo... Me culpabas de todo cuanto ocurría y nada te hacía cambiar de opinión. Me veías como un monstruo. ¿Dime qué hubieras hecho tú en mi lugar? Luego te escapaste y mataste a ese hombre. Esa fue tu perdición, y no tuvieron más opción que encerrarte en El Nuncio. Pero, cuando te vi en ese estado tan deplorable... quise matar al director, te saqué de allí y te llevé a casa. Allí estabas tranquila gracias a una medicina que te mantenía relajada. Pensé que era cuestión de tiempo y que pronto serías la misma Julia que había conocido. Pero un día desapareciste de nuevo y temí por tu vida. Te busqué con desesperación, y no sabes las cosas por las que he pasado. Mira mi aspecto. Es deplorable. Pero no me importa, ahora soy feliz por haberte encontrado. Cuando supe que estabas en Madrid, vine lo antes posible, aunque he tardado una semana. La semana más dura y terrible. —Lorenzo se acercó a ella con precaución y, como Julia no se apartó, la estrechó entre sus brazos. Julia levantó la vista hacia él y vio sus ojos anegados en lágrimas—. He perdido todas mis posesiones. No tuve más remedio que venderlas para conseguir dinero. Un dinero que me robaron. No tengo nada, Julia, y nada soy sin ti.

—Me encuentro desorientada, perdida, he sufrido mucho y... —Julia rompió a llorar como una niña y se apretujó contra el pecho de su marido. Sus pensamientos, confusos, se deslizaron hasta Rodrigo y sonrió amargamente. Apenas unos días antes se encontraba en sus

brazos. Sus emociones ahora estaban extraviadas, deterioradas. Se sentía frustrada y cansada. ¿Qué iba a hacer?

—Mi dulce Julia, mi amada esposa. Olvidemos toda esta locura y volvamos a casa, amor mío. Tendremos más hijos, un montón de niños que corretearán a nuestro alrededor, y yo seré un hombre afortunado, mi amada esposa. Te lo suplico, Julia, no me abandones... No me abandones. Nada soy sin ti.

Julia cerró los ojos y se dejó acunar por su marido.

—Necesito tiempo, Lorenzo. Han pasado muchas cosas y olvidar no es tan sencillo.

—Tómame el tiempo que sea necesario; no te agobiaré. Estaré en la posada del León de Oro, en el número 12 de la Cava Baja, hasta que me mandes recado. Pregunta por la casera.

—Tienes un aspecto deplorable —dijo finalmente Julia, sonriendo.

—No sabes la de cosas que me han pasado. Estas heridas que cubren mi rostro fueron de una pelea. Solo son magulladuras, nada preocupante. Pero ahora soy tan feliz que todo lo doy por bien empleado. Temí perderte, Julia. Temí que no volvieras a mi lado. En el pasado fui el hombre más infeliz del mundo; jamás pensé que alguien me devolvería la paz hasta que te encontré. Sin ti, mi vida es un infierno. Sin ti, la vida no tiene sentido. Te amo, te amo con locura, con todo mi ser. Te esperaré, amor mío. Te esperaré.

Le costó despedirse de su esposa. La abrazaba y besaba con desesperación. En un momento dado, se separó de ella, se dirigió a la tienda y, para asombro de Julia, cerró la puerta con llave. La agarró por la muñeca y la llevó a la trastienda. Ella intentó protestar, pero Lorenzo acalló sus palabras besándola apasionadamente. Mientras la besaba y sujetaba su pequeña cintura con una mano, con la otra tiró las cajas que reposaban sobre el diván y recostó a Julia sobre él. Le desabrochó el fajín de la cintura y desabotonó el vestido y el corsé dejando su cuerpo libre de trabas. Julia se dejó hacer y observó cómo él se despojaba del chaleco, de la camisa y de los pantalones. Al ver su torso fibroso y ancho y sus brazos robustos, soltó un dulce suspiro. Sus pechos ascendían y desdecían al ritmo de su agitada respiración, henchidos de deseo, ofreciéndoselos a su esposo. Este los tomó entre sus fuertes manos, los besó, mordió y

jugueteó con ellos provocando en Julia gemidos de placer. Arqueó su pubis contra la ingle de Lorenzo y este la penetró. Los bufidos placenteros de él amordazaban los gemidos de ella. Juntos llegaron hasta el delirio y juntos quedaron satisfechos, con sus cuerpos pegados uno al otro.

Magda llegó poco después de que Lorenzo se marchara y la encontró con el rostro ardiente y un tanto nerviosa. Julia cerró la puerta tras ella y la invitó a sentarse en el mismo diván donde quince minutos antes se había entregado en cuerpo y alma a Lorenzo. Ante la mirada incrédula de su amiga, Julia terminó por contarle el encuentro con Lorenzo. El gesto de Magda no era de reproche, sino más bien de preocupación.

—¿Qué te ocurre?

—Lorenzo ha estado aquí.

—¿Lorenzo? ¿Te ha hecho algo? ¿Estás bien?

—Estoy bien, Magda. Hemos hablado y... no tuvo nada que ver con lo de mi hijo. Tendrías que haberlo visto. Estaba destrozado. Me ama con locura y...

—¿Te ha dicho cómo ha dado contigo?

Julia se quedó pensando.

—No.

—Escúchame bien, niña. Ese hombre no es trigo limpio. Te ha vuelto a manipular. Solo ese notario sabía tu dirección. Espera..., una de dos, o están todos conchabados o tu marido le hizo una visita desagradable. ¡No me fío, Julia! Algo huele a podrido aquí.

—¡Me da igual! Lleva buscándome mucho tiempo, Magda. Me vuelvo a casa con él.

—¡Qué pronto olvidas!

—Me lo ha confesado todo. Recuerda que Ramona también me abandonó. Perdí la razón, Magda. Me volví loca con lo de mi hijo y le acusé a él de todos mis problemas cuando solo intentaba ayudarme.

—El notario y tu padrino van a ayudarte.

—¿Mi padrino? Él mató a mis padres. No, no quiero saber nada de él. Además, ¿de quién te vas a fiar ahora, de él? ¡Que se pudra en la cárcel!

—Por lo visto no fue él. Lo que pasa es que no puede demostrarlo. Dice el notario que no se portó bien con tus padres, pero que, de eso a matarlos, hay un trecho que no cruzó.

—¡Escúchame! Me iré a casa con mi marido. Me debo a él, Magda. Por mi comportamiento me he destrozado la vida y se la he destrozado a él. Nos debemos una segunda oportunidad. Está decidido.

—¿Y Rodrigo? ¿Ya le has olvidado?

Julia se levantó y se retorció las manos con angustia mientras paseaba de un lado a otro de la tienda.

—Eso... tengo que olvidarlo. Nunca debió pasar, me encontraba débil, confusa y...

—¿Enamorada, tal vez?

—¡Calla!

—Por si te interesa, hoy mismo sale de la cárcel. El rey ha perdonado a los presos políticos. ¿Se lo vas a decir o te marcharás sin despedirte?

—Por favor, Magda, no me lo pongas más difícil de lo que ya es. Me encuentro como si estuviera en el Jordán, con el mar dividido en dos y a punto de cerrarse conmigo dentro y devorarme. Me queman las entrañas y ya no sé lo que siento. Solo sé que debo irme con Lorenzo. Es mi sitio, el lugar donde debo estar. Amo a Rodrigo, sí. Pero... Lorenzo es mi marido y también le quiero. Es mi deber estar con él.

—Tu corazón está dividido entre tu marido y mi hijo. Deberías esperar hasta saber qué es lo que quieres hacer realmente, Julia, o no serás feliz nunca. Dejas hilos sin rematar y el vestido acabará por deshacerse. Pero no seré yo quien te haga decidir. En los asuntos del corazón, solo tú puedes ayudarte. No se puede querer a dos personas al tiempo y conseguir la dicha.

—Pero yo los amo.

Magda se levantó de la silla dispuesta a salir de la habitación. El aire estaba denso. Julia había tomado una decisión y estaba dispuesta a llevarla hasta el final.

—Creí que habías madurado, Julia. Pero me temo que sigues caminando entre piedras ardiendo. Al final engañas a dos hombres y

te engañas a ti. Ojalá que el camino que tomes sea el correcto. ¿Cuándo te marchas?

—Te recuerdo que tienes a tu hijo ante tus narices y no eres capaz de decirle que tú eres su verdadera madre. ¿Y tienes la osadía de darme lecciones morales a mí? ¿Tú? Eras una prostituta que dejaste a tu hijo en manos de unos desconocidos, y ahora que lo recuperas te da miedo enfrentarte a la verdad porque puede que se desmorone su vida. ¿O quizá lo que te da miedo es que se desmorone la tuya? Porque lo que has conseguido hasta ahora es gracias a mí. A mi locura, a mis indecisiones..., a la maldad de Lorenzo. Sí, Magda, porque si Lorenzo y yo hubiéramos tenido una vida sin altibajos, tu seguirías vendiendo tu cuerpo por medio real y tirada en la calle.

Magda apretó los puños y los dientes hasta hacerlos rechinar y un brillo de rabia y furia iluminó sus ojos.

—Sí, Julia. Gracias a ti he recuperado a mi hijo y soy incapaz de decirle que soy su madre para no humillarle diciéndole que fui prostituta y que lo abandoné en los brazos de su padre para darle una vida mejor, lejos de mí. Quizá se avergüence de mí, me aleje de su lado y no vuelva a verlo más, y eso es lo que me impide sincerarme con él. Llevas toda la razón del mundo. ¿Debería, a pesar de eso, decirle la verdad? No lo sé. Y esa duda me rompe el corazón, me quita el sueño, y cada vez que miro sus ojos me siento mal, porque sé que le estoy ocultando una parte de él. Tampoco olvides tú que gracias a mi pasado te saqué de esa cárcel y de la casa de tu esposo, y que para ello dejé una vida que estaba rehaciendo. Sí, no pongas esa cara. Había conocido a un hombre con dos hijos que estaba dispuesto a dármelo todo, pero me marché para ayudarte porque te había hecho una promesa. Pero no te lo reprocho porque esa fue mi decisión, Julia. Pero tú..., lo tuyo no es más moral. Dices que amas a Lorenzo y al mismo tiempo a Rodrigo, y yo no me lo creo. ¿Sabes por qué? Porque de Lorenzo solo deseas la fuerza y la pasión. Eso es lo que te atrae de él con una fuerza brutal y al mismo tiempo te da un miedo espantoso, tanto como para huir de él. ¿Confías en Lorenzo tanto como para ponerte una venda en los ojos y seguirle a ciegas? Mira, Julia, a las mujeres nos atrae ese tipo de hombres porque nos arrollan, nos destrozan y nos suben a las alturas

para luego dejarnos caer. Son los que nos prometen, nos endulzan el cerebro, nos envenenan el corazón y nos vuelven locas. Rodrigo es dulce, amable, cariñoso. Puede que no sea tan intenso como Lorenzo. Pero, con el tiempo, cuando el amor descansa en una buena amistad, será tu compañero ideal de viaje y el marido con el que cualquier mujer desearía vivir el resto de su vida. Ese, Julia, es el verdadero amor. No lo confundas con la pasión porque Lorenzo te haya hecho ver el paraíso terrenal en el diván de esta tienda.

—¡Cállate, Magda! Tú no sabes nada de lo que siento. Es mi deber permanecer a al lado de mi marido después del daño que le he causado. Él me ha demostrado lo mucho que me quiere. Vámonos, anda, se ha hecho tarde.

Magda no quiso seguir discutiendo. Era un error entrar en una batalla que tenía perdida de antemano. Julia estaba obcecada, tenía los sentimientos confusos y, lo peor de todo, no atendía a razones. Desgraciadamente, era mejor dejar que ella misma despertara de su error.

—Sí, vámonos.

Bajaron por Embajadores. Julia dio un respingo cuando vio a Rodrigo esperándolas en la puerta del edificio de su casa. Llevaba el levitón sobre el antebrazo y tanto el chaleco como la camisa estaban arrugados y sucios. Al verla, fue a su encuentro con una sonrisa que dejaba al descubierto una dentadura blanca y uniforme y esos hoyuelos a cada lado de la boca que había besado ella tantas veces. A Julia casi se le para el corazón y tuvo que hacer un esfuerzo para no desmayarse.

—Rodrigo, ¿estás bien?

Él la rodeó con sus brazos apretándola contra su pecho. Luego le alzó la barbilla y, haciendo caso omiso de la presencia de Magda, la besó con pasión.

Julia se apartó tímidamente.

—He temido por tu vida. No me dejaban entrar para verte y... no sabía qué hacer —le confesó Julia entre sollozos.

—Ya estoy aquí y nada volverá a separarnos. —Volvió a besarla, pero esta vez dulcemente, saboreando el momento hasta que una tos inoportuna de Magda los hizo sonreír—. Perdone, Magda —se

disculpó Rodrigo—. Entiéndame, no veía el momento de volver a estar junto a ella, y ahora que la tengo tan cerca, me resulta muy difícil separarme.

—Lo entiendo, no crea. Claro que lo entiendo, solo quería decirle que... que... —Magda titubeó. Tenía ganas de abrazarle, de gritarle que ella y nadie más era su madre—. Me alegro profundamente de que se encuentre a salvo y de que todo se haya aclarado.

—Pues, si tanto se alegra, ¿dónde está ese abrazo? —Rodrigo la cogió de la mano atrayéndola hacia él y la estrechó con fuerza. Magda tenía ganas de llorar y de reír al mismo tiempo y disfrutó del abrazo de su hijo.

—Bueno... Ahora vamos a tranquilizarnos un poco. Cuéntenos todo lo que pasó —sugirió Magda, intentando poner orden entre tanto beso y abrazo.

—Pero... te han liberado. ¿No es suficiente con eso? ¿Para qué remover otra vez todo? —preguntó Julia con prisas de llegar a casa.

Rodrigo sonrió con ternura.

—Llevas razón. Para qué recordar. De todas maneras, ya me han puesto la cruz y esa no me la quitarán en la vida. Aunque cambiara mil veces mi manera de pensar, cosa que no creo que ocurra, no cejarán en crear una duda lo suficientemente consistente como para seguir utilizándola contra mí.

Tenía las venas de las sienes muy marcadas, el rostro contraído, el ceño fruncido, y parecía cansado y triste. Las horas en el calabozo no habían pasado en balde. En el fondo agradeció la intervención de Julia. Se marcharon a casa y no volvieron a hablar del asunto.

Dos días habían transcurrido desde que Lorenzo había pasado por la tienda a visitar a Julia y aún no tenía noticias de ella. No quiso agobiarla y siguió esperando. Sabía que, si quería tenerla de vuelta, lo más prudente era darle tiempo, concederle su espacio. Eso fue lo que hizo, aunque en algún momento le entraron ganas de ir a verla, cogerla del brazo y, en volandas, llevarla a Toledo. En vez de eso, neutralizó su nerviosismo a base de paseos, cafés y anises en los cafés de Madrid, mientras, de vez en cuando, asomaba la cabeza por la calle Embajadores para espiarla de cerca con la precaución de no ser visto. En una de esas vigilancias descubrió a un hombre que

paseaba del brazo de su esposa. La sangre le subió a la cabeza con la misma rapidez con la que se llevó la mano al cinto para arrancarle la sonrisa que, con tanto descaro, asomaba por esa boca de anodino. Ahora lo entendía todo. Ese era el asunto que su esposa debía resolver, y no otro. Ahora comprendía la tardanza.

Rodrigo esperaba pacientemente a que Julia cerrara la tienda y luego daban un largo paseo que acababa en casa de ella a la hora de la cena, que compartían junto a Magda. Tras una cena sencilla a base de sopa, pescado o gachas y un café, Julia lo acompañaba y lo despedía en el portal del edificio con un beso. Un beso que a Rodrigo se le hacía poco y a Julia le producía un nudo en el corazón.

Cada vez que Rodrigo se despedía de Julia y entraba a la soledad de su casa, le inundaba una gran tristeza que lo acompañaba durante toda la noche y lo mantenía en vela. Tras pensárselo concienzudamente y valorar los pros y los contras, decidió que vendería la casa y le ofrecería matrimonio a Julia formalmente. Tres días después, toda la casa estaba manga por hombro: libros, ropa, muebles... ante la cara descompuesta de Bernarda, que no sabía muy bien cuál sería su futuro una vez que se vendiera la propiedad. Con el primer plan ya en marcha, se puso manos a la obra para llevar a cabo el segundo. Fue a mediodía. Se duchó, se vistió con su mejor chaleco de seda, un pantalón negro de algodón y una levita con abotonadura de plata y se encaminó hacia la tienda con un ramo de violetas en su mano derecha y un paquete envuelto en tela de seda roja en la izquierda. Entró con los nervios quemándole la espina dorsal. Se había fijado en la mente, como si de un mantra se tratara, el *Sí* en mayúsculas que le daría la mujer de su vida. Con esa única palabra y el dinero de la casa, se casarían al día siguiente, pasarían la luna de miel en París y luego embarcarían hacia...

—¡Rodrigo, qué sorpresa! ¿Necesitas algo?

—Julia, yo... esto es para ti —le dijo mientras le ofrecía el ramo de flores.

—Muchas gracias.

—Necesito decirte una cosa que me arde en la garganta desde que te conocí.

—Te lo suplico, ya hablamos de eso y...

—Lo sé, pero te pido que me escuches, por favor. Te amo con todo mi ser, con todo mi corazón. Siento no ser poeta para explicar mis sentimientos con palabras que te sorprendan y calen en lo más profundo de tu ser, pero soy torpe en el arte del amor y solo puedo decirte que te amo. Te amo y quiero casarme contigo.

—Rodrigo, por favor, escúchame.

—Déjame terminar, te lo suplico. He pasado toda la noche en vela, pensando las palabras y no quiero que se me olviden. Mira, te he traído este regalo porque no tengo anillo que ofrecerte, pero te juro por mi honor que lo tendrás. Por favor, ábrelo.

Con las manos temblorosas, Julia desenvolvió el paquete. Cuando abrió la caja y vio el contenido, no pudo por más que soltar un grito de admiración. Era una peineta de veinticuatro púas de carey unidas a una orla de oro en forma de hojas, rematadas por diez zafiros engastados en ellas y rodeados cada uno por diez diamantes. Una auténtica belleza, lejos del alcance de una mujer como ella. Jamás había llevado puesta una alhaja de esa categoría. Como si se avergonzara, se llevó la mano al pecho donde colgaba una cadena de oro con un pequeño colgante esmaltado en el que, muy celosamente, guardaba un mechón de cabello de su madre. Julia miró con tristeza a Rodrigo y a él esa mirada se le clavó como un puñal. Aun así, Rodrigo lo intentó.

—¿Quieres ser mi esposa?

Julia se estremeció.

—Lamento decirle que esta mujer ya está casada.

La voz de Lorenzo sonó como un estallido en mitad de la noche. La peineta cayó al suelo y tanto los zafiros como los brillantes saltaron por los aires.

Capítulo 39

Durante el trayecto al hostel apenas hablaron. El fuerte aire azotaba sus espaldas y dificultaba la caminata. Dos pasos por delante, Lorenzo tiraba del brazo de Julia, que a duras penas sujetaba con su mano derecha el sombrero de fieltro, a punto de volarse varias veces, mientras con la izquierda intentaba desenrollarse la falda que se revolvía con ímpetu entre sus piernas.

Cuando Lorenzo había decidido pasarse por la tienda a visitar a su esposa no se imaginó el cuadro que se iba a encontrar: el hombre al que algunas veces había visto acompañar a Julia arrodillado a sus pies pidiéndole matrimonio. Le habría pateado esa cara estúpida y arrogante allí mismo. Pero el placer que le causó ver en su rostro la sorpresa y el estupor cuando supo que la mujer a la que estaba pidiendo matrimonio estaba casada fue mucho más agradable que sentir la sangre de su labio sobre su puño.

No esperó explicaciones ni excusas. Lorenzo cogió del brazo a Julia y la sacó de la tienda casi en volandas en dirección al hostel. Ella no se atrevió a hablar en todo el trayecto, ni siquiera se despidió de Rodrigo. Sabía que todo había terminado: Madrid, Magda, la tienda... Retornaba a su vida y, en el fondo, lo agradecía.

Una vez en el hostel, sentada en una silla en una esquina de la habitación, observó en silencio a Lorenzo mientras recogía sus cosas y las introducía en un maletín de cuero. Cuando terminó, lo cerró y se sentó en la esquina de la cama con las piernas abiertas y las manos unidas.

—Esta aventura ha terminado. Nos vamos a casa.

—Me gustaría explicarte lo que has visto. Yo...

Lorenzo levantó la mano.

—Estoy muy cansado, Julia. Lo único que necesito saber es que estás dispuesta a comportarte como una verdadera esposa.

Comenzaremos una nueva vida y yo te protegeré.

—Sé que no me he portado bien contigo, que debería haber confiado en ti y que he distorsionado la realidad. Y, por todo ello, te pido perdón. He pensado mucho en todo lo que te hice. En mi hijo... Todo esto me ha confundido tanto que... en fin. No quieres hablar de ello, pero yo sí. Rodrigo es un buen hombre, Lorenzo.

—¿Le amas?

Julia lo miró con los ojos anegados en lágrimas.

—No lo sé.

Lorenzo apretó los puños y se aguantó las ganas de abofetearla un millón de veces.

—Y a mí. ¿Me amas a mí? —Julia se cubrió el rostro con sus manos—. ¡Contesta! ¿Me amas a mí?

Julia rompió a llorar desesperadamente.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —Lorenzo soltó una carcajada y empezó a caminar de un lado para otro nervioso, sin dar crédito a lo que estaba escuchando—. ¿No lo sabías cuando hicimos el amor en la tienda? ¿Tampoco lo sabías cuando dijiste que me amabas?

—Te lo suplico, Lorenzo. Las cosas no son tan sencillas, créeme. Entonces, estaba confundida, pero hoy... hoy me he dado cuenta de que no es así.

Lorenzo se acercó a ella y la cogió desesperado por los hombros.

—Escúchame, Julia. Estás confundida, tú lo has dicho. Entiendo que aquí, sola, las cosas te han superado y, después de lo que has vivido, has intentado rehacer tu vida en los brazos de un hombre al que apenas conoces. Pero eso no es amor, Julia. Eso es desesperación. Amor es lo nuestro. Cuando estemos en nuestra casa y pongamos las tierras en marcha, nuestras tierras, amor mío, y las veas crecer de nuevo, te reirás de todo esto. Y si así lo deseas, venderemos todo, nos marcharemos lejos y comenzaremos una nueva vida donde tú quieras. Nos han pasado muchas cosas desagradables, pero juntos las superaremos. Eres mi esposa. No lo olvides nunca porque jamás dejaré que te marches de mi lado. Hoy mismo volvemos a Toledo y no hay vuelta atrás.

Lorenzo la acompañó hasta su casa para que recogiera sus cosas.

Julia sabía que a esas horas no se encontraría con Magda, y eso la entristeció. Hizo su maleta y se despidió con una nota que dejó sobre la cama junto a la llave. Echó un último vistazo y cerró la puerta. Atrás dejaba una parte muy importante de ella. Sabía en lo más profundo de su corazón que no volvería a verlos nunca. Suspiró con fuerza y bajó las angostas escaleras seguida por su marido. En el fondo era la vida que ella había elegido y la que el destino la había marcado. Debía afrontarla y vivirla lo mejor que pudiera. Lorenzo era un hombre al que muchas mujeres desearían tener a su lado. Desde ese punto de vista, ella era afortunada. Si ponía de su parte, no tardaría en volver a amarlo como antes, y Rodrigo... con el tiempo sería un hermoso recuerdo de primavera. Un amor que no pudo ser, de los que pasan por tu camino y te hacen temblar el alma. De esos que sabes que se han de mirar de lejos porque no puedes poseerlos. Son los prohibidos, los imposibles. Habría sido el amor perfecto, por puro, pero solo quedaría en el recuerdo.

Cuando Magda llegó a la casa y se encontró a Rodrigo en el portal, sintió un pellizco en el estómago que le indicó que algo no iba bien. Al ver su gesto de preocupación, el presentimiento se acentuó mucho más. Subieron las escaleras sin hablar y, solo cuando estuvieron al resguardo de la casa, Magda le apremió con la mirada para que hablara. Rodrigo se quitó el sombrero, los guantes y la capa, y los tiró sobre la mesa. Después se dejó caer sobre uno de los sillones, se tapó el rostro con las manos y empezó a llorar como un chiquillo. Magda se arrodilló a su lado y lo abrazó como solo una madre puede hacerlo cuando ve sufrir a un hijo.

—He hecho el ridículo más espantoso de mi vida, Magda. Soy un idiota. Un completo imbécil.

—¿Qué ha pasado?

—Le he pedido matrimonio a Julia.

—¡Ay, señor! ¿Te ha rechazado?

Rodrigo sonrió con tristeza.

—No ha hecho falta. Su marido ha contestado por ella.

Magda se levantó de un salto.

—¿Su marido?

—¿Sabías que estaba casada? —Magda asintió con tristeza—. Os habéis reído de mí. Me habéis mentido. Os habéis aprovechado de mi familia, de mi madre... Sois unas...

—Escúchame, por favor —Magda le interrumpió—. No es tan fácil ni tan simple como lo pintas. Julia ha tenido una vida muy complicada. Estuvo a punto de contártelo un millón de veces, pero pensó que no le creerías y siempre optó por callarse.

—¿Y tú?

—Yo tampoco he tenido una vida fácil, hijo. La verdad sea dicha.

Rodrigo se levantó del sillón y la miró con sorna.

—Sois unas embusteras. Te quiero fuera de la tienda, y dile a Bernarda que tengo un comprador para la casa y que ya no la necesito. En una semana firmo la venta. Por eso quería casarme con Julia, para marcharnos a París. Me alegro de perderos de vista.

—Rodrigo, por lo que más quieras, escúchame, por favor. Tienes que conocer la historia de Julia. Luego, si quieres, no me volverás a ver.

—No necesito saber nada más, Magda.

—Mira, esta carta es para ti. La ha dejado Julia. Por favor, léela. Julia está en peligro con ese hombre; lo siento en mi corazón. Ella te ama. Si lees la carta, verás que te explica que, mientras no solucione lo de su matrimonio, su marido jamás la dejará en paz. El notario va a ayudarla. Dale tiempo, por favor. Te pide perdón por no habértelo contando antes. Rodrigo, siento que está en peligro y que debemos ir a Toledo. No me fío de ese hombre. Por favor...

—¿Por favor? —Rodrigo cogió el papel y, ante el gesto de sorpresa de Magda, la rompió en mil pedazos. Luego salió dando un portazo.

Cuando Julia llegó al cigarral y observó los campos secos, áridos, los frutales dañados, los viñedos sin cepas y ni un solo trabajador, el alma se le cayó a los pies. Toda una vida de trabajo, todo el esfuerzo invertido echado a perder. Pero Lorenzo pronto le hizo olvidar la ruina de las tierras y le abrió los ojos a su nueva vida.

Hacían el amor cada noche y todas las mañanas paseaban a caballo por la ribera del Tajo. Julia fue galanteada; le traía regalos y la agasajaba sin respiro. No había un minuto en el que se sintiera sola,

aburrida o desengañada. Lorenzo se ocupó de entretenerla y acompañarla cada segundo de tal manera que Julia se olvidó de escribir a Magda, de Madrid, de Bernarda, y un mes después de su llegada, consiguió vivir sin el amor que sentía por Rodrigo. Lorenzo la llevó a la catedral, donde se habían conocido, y allí renovaron sus votos de amor. La forma de tratarla en la intimidad, en el sexo, la enloquecía. Era impetuoso, atrevido... Lo que antes la escandalizaba ahora la enloquecía. A Lorenzo le sorprendió y empezó a desearla más que nunca. Ya no era la mujer timorata e inocente de entonces. Con Julia ahora lo tenía todo: era perfecta.

Julia recordó lo que Magda le había dado a entender aquel día cuando le dijo que no estaba enamorada de Lorenzo y que solo la atraía por el sexo. ¿Se habría convertido en una desvergonzada? Si eso era así, ¡cuánto había cambiado! Porque le encantaba y deseaba con todo su ser que Lorenzo la tocara y jugara con ella... Se vestía para él, como él quería verla. Andaba por la casa con una simple túnica semitransparente y el pelo suelto, siempre dispuesta para cuando Lorenzo la reclamara, en cualquier sitio, a cualquier hora. Aprendió mil formas de hacer el amor y aprendió a excitarle. Se sentía como una prostituta en manos de su marido, y lo mejor de todo era que lo deseaba y no se juzgó en ningún momento. Se olvidó de que existía un mundo más allá del cigarral y su vida se circunscribió a Lorenzo. Cuando echaba la vista atrás y recordaba a Magda, una pizca de angustia se alzaba hasta sus pupilas y las cubría de amargura, porque se habían invertido los papeles. Si la viera... Pero, cuando Lorenzo volcaba sus labios sobre su piel, el deseo borraba cualquier sentimiento de culpa y todo volvía a encajar. Era su vida ahora. Porque, a pesar de la carta que le había escrito a Rodrigo diciéndole que le amaba, Lorenzo jamás la dejaría marchar, y ella ya no lo abandonaría nunca. Nunca. Alejó de sus recuerdos todo cuanto pudiera hacerla desgraciada y se ocupó de su presente. No había más futuro que esa noche, nada más remoto que la próxima mañana ni un más allá que el porche del cigarral.

Una mañana, exhaustos tras hacer el amor, Lorenzo retomó el asunto de las tierras, mientras jugaba con un mechón del pelo de su mujer, que caía sobre su espalda delgada y delicada como la seda.

—Querida, creo que ha llegado el momento de pensar en las tierras, en esta casa y en marcharnos de aquí.

Julia se giró hacia él.

—No quiero vender mis tierras.

—Lo sé, pero hay una persona en Madrid interesada en ellas y en la casa. Me da el doble de su valor. —Lorenzo besó la punta de su nariz—. No pienso vivir eternamente en este maldito lugar. Habla con el notario hoy mismo, porque ya le he dado mi palabra y no pienso echarme atrás.

Julia volvió a darle la espalda.

—Tú no escuchas, ¿verdad?

Lorenzo se apoyó sobre el codo izquierdo y giró a Julia para obligarla a mirarlo.

—En cuanto firmes los papeles, prepararás los baúles. Partiremos lo antes posible de aquí y, te lo advierto, Julia, no me hagas ningún numerito porque a la mínima cojo el dinero, me largo y a ti te dejo en El Nuncio de por vida.

—¿Eso es lo que realmente tienes pensado hacer?

Lorenzo lanzó una carcajada y se levantó de la cama.

—Tú me vuelves loco, mujer, con tus deducciones. Pero no puedo seguir escuchándote. Mientras te esperaba en aquella posada conocí a un comprador. Ahora tengo que partir hacia Madrid; no quiero llegar tarde a la cita con él. No se te olvide hablar con el notario y preparar el equipaje. Cuanto antes tengamos todo atado, antes nos largaremos. No regresaré hasta mañana por la noche. Ten pensado dónde quieres que viajemos.

Se vistió, la besó y bajó las escaleras silbando una cancioncilla.

Media hora después, Julia escuchó varios golpes en la puerta. Se puso una bata y salió a abrir. En el porche encontró a un hombre bajito vestido como un labriego, con chaqueta de lana, fajín, calzas, sandalias y cara de bonachón, que no paraba de estrujar el sombrero.

—Perdone que la moleste, señora. ¿Es usted doña Julia Medina?

—Sí. ¿Qué desea?

El hombre tosió ruidosamente. Luego miró a derecha e izquierda para cerciorarse de que seguían solos y continuó.

—Señora, me llamo Venancio Flores. He estado pendiente durante días para venir a verla. Pero, hasta hoy que he visto a su esposo salir, no he podido acercarme a la casa. No tengo mucho tiempo. Por favor, vaya al hospital de Santa Cruz.

—¿Al hospital de Santa Cruz? ¿Para qué?

—Es muy importante que vaya a ese hospital y pregunte por doña Pascuala. Ella se lo explicará. Pero, por lo que más quiera, no le cuente nada al señor Medina. Sea discreta, por su bien.

Julia lo miró atónita.

Una ráfaga de aire frío le caló los huesos. Se ciñó la bata. El sol de agosto, de las primeras horas de la mañana, caía como una lanza sobre los campos desamparados del cigarral, pero a Julia le pareció que el cielo se nublaba y las sombras se cernían sobre ella. Sintió miedo, y tuvo intención de cerrar la puerta y perder de vista a ese hombrecillo siniestro que la miraba con ojos oscuros y escondidos tras unas tupidas y revueltas cejas.

—Márchese, se lo suplico.

—Vaya hoy mismo o lo lamentaré.

Julia lo vio marchar subido a un borrico más viejo que él, y cerró la puerta de golpe.

Empezó a pensar, a darle vueltas a las palabras del hombre. ¿Qué tenía esa tal Pascuala para ella? ¿Por qué ese secretismo? Y lo más inquietante: ¿por qué no podía contárselo a Lorenzo?

Subió a su habitación. Se hizo un trenzado rápido que sujetó en la coronilla, se puso un traje sencillo de corte francés con mangas abullonadas, una mantilla, un sombrero y salió hacia Toledo en un calesín tirado por una vieja yegua.

En menos de veinte minutos se presentó frente al imponente edificio de fachada amplia y adornada con ventanas enrejadas colocadas sin ninguna simetría. Julia se dirigió a la esquina portada que se hallaba abierta y entró directamente al vestíbulo. Desde allí, pasó al patio central de doble arquería sobre columnas lisas decorado por rosales y arbustos. Agradeció el frescor que emanaba de la fuente del pequeño jardín, y a punto estuvo de refrescar su rostro durante unos segundos, pero una voz de mujer la sobresaltó desde la segunda galería.

—Señora. ¿Busca a alguien?

—Pregunto por la señora Pascuala.

—Suba por la escalera que tiene a su izquierda y yo la conduciré hasta ella.

La mujer que la abordó a voz en grito llevaba un vestido blanco inmaculado, una cofia y un mandil.

Salieron de la galería, recorrieron varios pasillos estrechos, cruzaron dos salas vacías con el suelo limpio y brillante y entraron en una sala repleta de camas vacías. La señora habló con una de sus compañeras, que la observó detenidamente y la condujo hasta un despacho destartado y frío. Allí, la segunda mujer le dijo que esperara. Tras unos minutos, la puerta dio paso a una mujer de aspecto agradable y pequeña estatura que nada más verla le dedicó una sonrisa cordial y la invitó a tomar asiento en una de las dos sillas que allí había.

—Señora Medina, no sabe cuánto me alegro de verla. Sinceramente, nunca pensé que llegaría este momento. Lamenté mucho su enfermedad y su posterior internamiento. Fue realmente una gran tristeza.

—Gracias.

—Perdone, no me he presentado debidamente. Mi nombre es Pascuala Montes y soy enfermera y gobernanta en este hospital. Trabajo aquí desde hace muchísimo tiempo. Pura dedicación. Aunque, a veces, el cansancio y la falta de recursos intenten socavar la devoción. Pero esta, afortunadamente y con un poco de fe, siempre acaba sobreponiéndose. —Pascuala sonrió, y al hacerlo sus ojos y su nariz se fruncieron con una mueca un poco extraña.

Julia intentó sonreír, pero los nervios le provocaban un ligero temblor en el mentón. Quería ir al grano y, aun a riesgo de parecer grosera, tomó la palabra.

—Mire, si le digo la verdad, aún no sé por qué estoy aquí. Esta mañana he recibido la visita de un tal Venancio Flores que me ha indicado que viniera lo antes posible y preguntara por usted. Entenderá que todo esto es de lo más extraño y...

En ese momento, la puerta se abrió y, para sorpresa de Julia, Ramona entró como una exhalación.

—Mi niña, mi niña bonita. —Julia se levantó llevada por la sorpresa y se abalanzó a los brazos de su querida nana. Ambas se fundieron en un doloroso y emocionante abrazo roto por los besos, el llanto entrecortado y las preguntas de una y otra, ante la sonrisa benévola de Pascuala. Una vez calmadas y sin soltarse de la mano, tomaron asiento lo más juntas posible—. Hija, son tantas las cosas que tengo que decirte... Pero empezaré por la más importante. Pude comunicarme con mi prima Juana, que me dio cuenta de tu paradero. No sabes la alegría que me llevé cuando supe que estabas en casa de la Bernarda. Me imaginé que todo el mundo te andaría buscando. En fin, el caso es que, para cuando esa carta me llegó y yo pude escribirte, por lo visto ya no vivíais allí.

—Estuvimos trabajando en la tienda de la señora de la casa donde servía Bernarda. La pobre murió y me la dejó a recaudo. Nos iba muy bien y nos mudamos de ese cuchitril a una casa mejor en la calle Embajadores.

—Ahí quería yo llegar, hija. La casera no supo decirme vuestra nueva dirección y me fue imposible dar contigo. Fue un palo muy duro, Julia. El caso es que... cuando me marché de tu casa, anduve buscando trabajo de un lado a otro, pero con mi edad y mis achaques, lo tuve muy difícil. Finalmente hablé con Pascuala. Nosotras nos conocemos de chicas, y me dio trabajo. Bueno, más bien se apiadó de mí. —Ramona la miró y la mujer sonrió condescendentemente. Ramona volvió a girarse hacia Julia y le dio unos golpecitos en la mano—. Hija mía, el Señor nuestro Dios escribe derecho en renglones torcidos. Lo que son las cosas...

—Nana, no sabes qué alegría más grande me da saber que estás bien y recuperarte.

—Lo sé, hija, lo sé.

—Yo he vuelto con Lorenzo. Ya estoy bien. Me volví loca pensando en que mi hijo... Bueno, tú ya lo sabes. Pensé que Lorenzo... Pero es que lo vi tan despierto y hasta me pareció que estaba vivo cuando...

—Julia se rio—. Lo que puede hacer el amor de una madre, Nana, cómo se puede distorsionar la realidad y de qué manera tan injusta se culpa a las personas que más has querido. Todavía me arrepiento de cómo te traté. Pero todo eso ya pasó. Ahora he recuperado mi

vida. Venderé las tierras y, aunque no siento por Lorenzo lo mismo que años atrás, he aprendido a vivir con él. Sé que nunca me dejará marchar. Pero, si lo pienso bien, es un hombre que sabe protegerme y, a su manera, me hace feliz. En cuanto vendamos las tierras, nos iremos de Toledo, así que no sabes lo contenta que estoy de verte y poder despedirme de ti. Lo único que no entiendo es por qué tanto secretismo para vernos. —Julia sonrió con sorna. Pascuala y Ramona se intercambiaron una mirada que no pasó desapercibida para Julia—. ¿Pasa algo?

Pascuala tiró de una cuerdecita y a lo lejos sonó una campana.

—Espere un segundo, por favor, he llamado a una enfermera. No tardará en venir.

En apenas diez minutos, apareció la mujer que la había guiado minutos antes con un crío que no alcanzaría los dos años. Moreno, de ojos profundos y alegres y el pelo castaño y ensortijado. Iba con el ceño fruncido y haciendo pucheros. La mujer tiraba de él con resignación. Llevaba un pantalón corto de lana y la camisa por fuera, y no paraba de intentar desasirse de la mujer. A Julia le hizo gracia y no pudo contener la risa.

—Este es Manuel —le informó Pascuala.

—Hola, Manuel —saludó Julia.

—Su hijo.

Capítulo 40

Lo último que Julia recordaba de antes de desplomarse al suelo eran los ojos negros y profundos del niño.

Recuperó la conciencia sobre la cama de una amplia y fría habitación de hospital. A su derecha, erguida en una silla junto a ella, vio a Ramona concentrada en el bordado que sujetaba en un bastidor y a Pascuala a los pies de la cama, observándola. Cuando sus ojos se encontraron, esta se acercó a Julia.

—Siento haberla impresionado de esa manera.

—¿Cómo iba a saberlo? Me dijeron que había muerto a los pocos minutos de nacer. Yo no lo creí y por ese motivo me creyeron loca. ¡Dios mío! —Julia se echó las manos a la cara y lloró desconsoladamente—. ¿Cómo es posible tanta maldad?

—Hija mía, ese niño nació con una estrella en el pecho. Lamento el sufrimiento que ha debido pasar, pero nosotros no supimos que era su hijo hasta hace unos meses.

—¿Cómo es eso?

—Venancio trabaja en este hospital hace muchos años. Su mujer era partera y nos traía a los bebés de las solteras que los parían y los iban a abandonar; el caso es que nos trajo a su hijo. Primero, nos dijo que lo había encontrado en la puerta de su casa. Cuando usted regresó a Toledo hace unos meses, vino a mi despacho muy nervioso y me contó la verdad. Al parecer, el doctor Nogales recibió la orden de su esposo, el señor Medina, de deshacerse del niño. Pero él no tuvo valor y se lo entregó a Venancio. Evidentemente, me costó creerlo hasta que Dios quiso que la historia diera un vuelco.

Ramona dejó el bastidor a un lado, tomó aire y le contó lo que ella sabía.

—El doctor Nogales no pudo cumplir la orden de tu marido, Julia, y dejó al niño en casa de Venancio sabiendo que lo traería a esta

institución. Luego, al ver tu estado, quiso ayudarte a escapar, pero le atacaste. Él te iba a traer hasta aquí, donde te esconderían y cuidarían junto a tu hijo. Aquí estaríais a salvo hasta buscar una solución. Pero no pudo hacerlo. Cuando te escapaste, tu esposo lo culpó de tu huida y le dio una paliza. Creyéndolo muerto, lo medio enterró, pero logró salir de ese infierno y huir. Estuvo escondido mucho tiempo sin atreverse a salir por miedo a que alguien le viera. Pero el remordimiento pudo más y... El caso, hija, es que me buscó para contarme la verdad. Pero no pudo dar conmigo. Finalmente, vino a esta santa institución para contarlo todo. El Señor, que no da puntada sin hilo, tuvo a bien que para entonces yo trabajara en esta casa. El doctor vino en muy mal estado. Hicimos cuanto pudimos por él, pero a los pocos días falleció. Al menos, murió con la conciencia tranquila.

—Señora —prosiguió Pascuala—, desde la fundación de este hospital, y según las disposiciones testamentarias de su fundador, el cardenal don Pedro González de Mendoza, primer marqués de Santillana, es costumbre que los niños y niñas con buena salud sean entregados en adopción poco después de cumplir los dos años, si no son reclamados por sus familiares. Tendrá que decidir qué va a hacer con él.

Julia cerró los ojos, movió la cabeza de un lado a otro y sonrió.

—Pascuala, tengo muy claro qué es lo que voy a hacer. Pero necesito saber si puedo contar con su ayuda.

La mujer le dio unas palmaditas en la mano.

—Estoy con usted.

—Hija, estamos contigo. Te ayudaremos en todo lo que nos pidas —añadió Ramona.

En menos de media hora, Julia había escrito una carta dirigida a Magda, que Venancio se encargó de llevar en mano sin demora. Para ello tomó un caballo que Julia pagó. Por otro lado, decidieron que, hasta que ella misma u otra persona autorizada pudiera recogerlo, Manuel se quedaría en el hospital al cuidado de Ramona. Mientras tanto, ella tenía que resolver un cabo suelto. Un problema que habría debido solucionar hacía mucho tiempo.

Caminaba por la casa. Pensaba, pensaba y pensaba. Salió al porche, desató la yegua del calesín y galopó por las tierras secas que tantas veces había recorrido junto a su amado padre. Su rabia era tan grande que maquinó mil maneras de matarlo. La sangre le subía a la cabeza, le ardía el pecho, le latían las venas del cuello, los ojos se le cegaban de tanto como lloraba y la razón se le nublababa por el odio. ¿Cómo había sido tan estúpida, tan tonta? Su padre la había prevenido, Magda se lo advirtió, pero ella no quiso escuchar, y a Rodrigo, su estrella fugaz, su amor verdadero y puro, lo había engañado, destrozado y perdido para siempre. En el fondo, ella se había convertido en un ser despreciable y vulgar. Se había dejado embaucar por un mentiroso, un asesino, un estafador. Un hombre que había sabido encontrar y manipular con perfidia su lado más vulnerable, su lado más vulgar y siniestro, y lo había conseguido. Lo odiaba con todo su ser, con toda su alma y con todo su corazón, y juró con la fuerza de un huracán que su hijo sería reconocido como un Céspedes, dueño y señor único de todo cuanto su padre había luchado por salvaguardar de las garras de Lorenzo.

La tienda del judío Salomón esa mañana no abrió sus puertas. La noche anterior, en Toledo, un incendio la había arrasado. Al día siguiente, bien temprano, con el alma bajo los pies, cabizbajo y con el gesto sombrío, decidió acercarse para comprobar los daños que el fuego había ocasionado. Parte de la fachada, ennegrecida por el hollín, presagiaba el desastre del interior de la tienda. Abrió y una bofetada de humo y polvo le penetró hasta los pulmones. Fue pasando entre los restos de muebles medio carbonizados y se dirigió, con cuidado de no lastimarse, hasta el fondo de la tienda. Bajo los restos de una vitrina apareció una trampilla. Tiró de la anilla con esfuerzo y bajó a un pequeño sótano. Encendió el candil de la pared. Afortunadamente, todo permanecía intacto en sus baldas y estanterías. Echó una vista rápida a los libros, los guardó junto a las joyas en una bolsa y, cuando se disponía a subir, algo le hizo retroceder. Sobre una pila de papeles, sus ojos repararon en uno especial. Era una factura de hacía varios años a nombre de Mario Abenojar. Se trataba de un reloj al que había tenido que hacer una

inscripción. Levantó la vista y recordó algo que le heló la sangre. No tenía tiempo que perder, por lo que, nada más salir, se dirigió a la comisaría.

Cuando llegó, Pascual se encontraba en los calabozos. Uno de sus ayudantes le avisó de que el judío Salomón necesitaba verlo urgentemente. No le hizo esperar. Al lado del alguacil, Salomón parecía aún más pequeño. Se ajustó las lentes sobre el puente de su gran nariz y le relató la historia de la factura del reloj que le mostraba en sus manos. Pascual escuchó pacientemente al judío, emitió un ligero gruñido y se rascó distraídamente la barbilla. Abrió un armario y sacó una caja donde guardaba los objetos requisados de las investigaciones. Observó el reloj y en el dorso, pudo leer con dificultad dos pequeñas iniciales: LM. ¿Cómo se le había podido pasar por alto ese detalle?

—Bien, ¿y cómo sabe que quien llevaba ese reloj aquel día era él?

—Porque me pidieron borrar la antigua inscripción y grabar las iniciales del nuevo dueño. Era un regalo para Lorenzo Medina. ¿Quién sino él podría llevarlo ese día?

—¿Alguien más sabe sobre este asunto?

—No, señor.

—Está bien. Sin embargo..., me temo que le voy a tener que pedir que mantenga la máxima discreción, una palabra a alguien y el pájaro podría volar. —El judío asintió con la cabeza y Pascual dio por terminada la conversación. Una vez solo en el despacho, volvió a guardar las joyas en la bolsa, excepto el reloj. No sabía muy bien cómo actuar. Nunca habría sospechado de Lorenzo Medina. Pero, ahora..., todo encajaba.

Sin perder más tiempo, acompañado por dos de sus hombres, se dirigió al cigarral. Todo estaba solitario. Ni criados ni guardeses. Cuando sus ojos vieron el estado de la casa y de las plantaciones, supo hasta qué punto ese hombre había perdido la razón. A su paso, solo encontraba mala hierba, rastrojos, frutales secos, moreras y viñedos completamente perdidos... Debió haber puesto más empeño en buscar pistas, pero ¿cómo podía imaginar que se encontraba frente a un asesino? Ni por asomo. Recordó la pena que le había dado cuando había perdido a su hijo y su mujer había enloquecido.

«Pobre mujer y pobre hombre», pensó en aquel momento. También recordó la búsqueda incansable por los pueblos y aldeas, preguntando a todo el mundo y mandando cartas al resto de los alguaciles allá donde él no podía meter las narices para buscar a su esposa. Se había dejado engañar como un novato. Chasqueó la lengua y con paso firme se aproximó hasta la entrada. Ordenó a sus hombres que rodearan la casa, mientras él se acercaba hasta la puerta. Llamó varias veces sin obtener respuesta. Allí no había nadie. Cinco minutos más tarde, se reunió con sus hombres. Se paseaba nervioso por el porche pensando, estudiando cada movimiento que pudieran haber dado, poniéndose en el lugar de ese descerebrado, cuando el sonido de los cascos de un caballo le alertó. Puso toda su atención: venía de la parte alta del campo. Ordenó a sus hombres que se quedaran en la casa mientras él, acompañado de unos de ellos, se adentraba en las tierras. Al cabo de unos minutos, la alegría lo embargó cuando se topó con Julia.

—¿Señor alguacil?

—Señora Medina, lo que voy a contarle la va a sorprender. Pero debe prestarme toda la atención del mundo. Tengo pruebas suficientes para afirmar que... su marido es el principal sospechoso de la muerte de sus padres.

Julia abrió la boca como para decir algo. Luego cerró los ojos, frunció los labios y durante unos segundos se quedó en silencio. Pascual la observó preocupado. Tenía mal aspecto. Estaba demasiado delgada, demacrada, y parecía como si la noticia no la hubiera cogido de sorpresa.

—¿Está seguro?

—Sí, señora. En el lugar de los hechos, encontraron un reloj propiedad de su marido. Lo ha reconocido el judío Salomón.

Julia sonrió. El judío Salomón. Qué coincidencias tenía la vida. Alguien tan insignificante para Lorenzo le había desenmascarado. Otro cabo suelto, como Fermín Nogales.

—¿Sabe una cosa? Esta misma mañana me he enterado de que mi esposo mandó asesinar a mi hijo.

—Señora...

—No. Ahora escúcheme usted, por favor. Mi niño está en el hospital

de Santa Cruz; acabo de saber de él. Fermín Nogales no llevó a cabo la orden de mi esposo y lo llevó allí. Lo he visto con mis propios ojos. Ahora está a cuidado de Ramona, mi nana, y de una enfermera del centro, con quien he hablado hace apenas unas horas. Mi hijo está vivo y a salvo.

Pascual se llevó las manos a la cabeza.

—Señora, está en peligro. Por favor, márchese de aquí. Coja a su hijo, y lárguese.

Ambos se miraron durante un rato.

Julia se echó a llorar.

—¿Qué va a pasar?

—Con lo que me cuenta, su marido no saldrá de la cárcel de por vida, en el mejor de los casos.

—Nunca seré libre.

—¿Dónde está su esposo?

—En Madrid. Quiere cerrar un trato; por lo visto ha encontrado un comprador para el cigarral.

—Señora Medina, estas tierras son su garantía de vida. Ese hombre es un asesino y, en cuanto tenga el dinero, usted no será sino un estorbo, ya no le será útil. Por favor, no venda, y por lo que más quiera, márchese. Mañana por la noche, cuando su marido regrese, a quien encontrará aquí será a mí y a mis hombres.

Magda y Bernarda merendaron pan frito sopado en leche y, sobre las cuatro de la tarde, se dispusieron alrededor de la mesa camilla bajo la ventana que daba a la calle Embajadores para coser las vainicas de unos manteles. Entonces, unos golpes en la puerta las sobresaltaron. Magda dejó la labor sobre la mesa y encontró a Venancio en el descansillo con el cansancio característico de haber realizado un viaje de tirón. Una vez en el salón, Magda leyó la carta que le entregó, mientras el hombre tomaba con ahínco un vaso de anís con pestiños que Bernarda le preparó con gusto.

Al terminar de leer, con el rostro congestionado por las noticias, se colocó la mantilla sobre los hombros y se marchó a buscar a Rodrigo, dando gracias a Dios de que finalmente no hubiera vendido la casa. Desde allí, partiría con él hacia Toledo.

Rodrigo no daba crédito. Conforme escuchaba a Magda, pasaba del asombro a la confusión y de esta a la compasión, para terminar con un monumental disgusto. Estaba realmente irritado. Enfadado con Magda, enfadado con Julia por no haber confiado en él y, sobre todo, enfadado consigo mismo por no haber sabido interpretar los momentos de tristeza y angustia que vio en los ojos de Julia. Pero su orgullo era aún mayor que la irritación.

—No quiero saber absolutamente nada de este asunto. Mañana, a primera hora, embarco para Londres. Te ruego que me disculpes. Como ves, tengo la casa manga por hombro.

Magda se deshacía de los nervios.

—Rodrigo, por el amor de Dios. Te digo que Julia está en peligro. Acompáñame a Toledo.

—¡Son su hijo y su marido!

—¡Está en manos de un asesino! —Magda lo sujetó del brazo y le conminó a mirarla—. Rodrigo, por favor, si fue capaz de deshacerse de su hijo, me temo que, en cuanto venda las tierras, se deshará de ella. Te recuerdo que la encerró en un sótano y, hasta que no acabó en el manicomio, no paró de hacernos creer a todos que estaba loca. Te lo suplico, te lo ruego. Si aún te queda alguna pizca de amor por ella...

—Julia me engañó, me ocultó que estaba casada. Me hizo creer que me quería. Jugó conmigo, con mi amor. Hice el ridículo más espantoso de mi vida.

—Ella te ocultó que estaba casada, sí. Pero no te engañó sobre sus sentimientos porque te quiere con locura. Lorenzo nunca la habría dejado libre. Jamás. Julia no tenía otra opción. Rodrigo, tú eres un hombre cabal y sé que no te marcharás sin hacer nada por ella.

—¿Tú qué sabrás de cómo soy yo? ¿Acaso eres mi madre? También tengo mi honor.

Magda le cogió la cara con las dos manos y lo obligó a mirarla a los ojos. Le temblaba todo el cuerpo.

—Soy tu madre, hijo. Yo soy tu verdadera madre.

Rodrigo montó en cólera y la apartó con violencia. Era lo último que le faltaba oír.

—Estás loca. Estáis locas las dos. No vuelvas a pronunciar esa

palabra; con ella manchas el honor de mi madre. Sal de mi casa o te echo a patadas.

—Rodrigo, escúchame. Te entregué a tu padre porque él me obligó. Yo no tenía nada que ofrecerte y...

—Márchate. ¡Fuera!

Magda cayó a sus pies de rodillas llorando, arrepentida de sus palabras.

—Ódiame a mí, pero ayuda a Julia.

Rodrigo la levantó con brusquedad, la sacó al portal y cerró la puerta de un portazo.

—¡Largo de mi casa!

Capítulo 41

Esa noche no pudo pegar ojo. Si Magda había leído la carta y había puesto al corriente a Rodrigo, se encontrarían en la casa de campo de Santa y Leocadio a mediodía como muy tarde, y luego se marcharían lejos de allí. Pero... ¿y si a Lorenzo le dejaban libre? La buscaría siempre, nunca la dejaría en paz. ¿Y sus tierras, su casa? Aunque a Lorenzo le encarcelaran de por vida, ella no podría rehacer la suya porque nunca le concedería el divorcio y estaría condenada a vivir amancebada. ¿Y si Rodrigo no aceptara esa situación? ¿Y si Rodrigo no la perdonara?

Amaneció y mil dudas seguían asaltándola. Se levantó de la cama, se despojó del camisón, se aseó y se puso un vestido de seda de color crema de cintura estrecha y falda con forma de campana, con amplias mangas hasta los codos que se estrechaban en las muñecas. Se hizo dos trenzas y se las colocó a modo de moño en la nuca. Abrió un pequeño baúl e introdujo en él dos vestidos, unos zapatos, una enagua, un corsé y una mantilla. Lo justo para llevar solo un bulto. Tiró de él por las escaleras hasta el salón y caminó nerviosa por la estancia rozando las faldas por los muebles hasta caer rendida en un tú y yo.

¿Qué hacía? ¿Se marchaba? ¿Se quedaba a esperar a Lorenzo para decirle todo lo que le quemaba por dentro? Tenía tanta rabia... ¡Por Dios, había matado a sus padres e intentado asesinar a su hijo! ¿Cómo se podía ser tan depravado? ¿Y por qué tenía que irse ella a escondidas, sigilosamente, como si fuera la culpable, sin decirle lo ruin y lo despreciable que era? Porque su vida estaba en peligro y, sin ella, su hijo no tendría la posibilidad de vivir la vida que le correspondía. Por su hijo debía huir, y así lo haría. Había pensado dejarle una nota, pero él no se merecía ni eso. El notario y Pedro, al que ya habían puesto en libertad, estaban al tanto de todo. Así que,

cuando Lorenzo estuviera en la cárcel, se reunirían e intentarían solucionar su situación. Seguramente encontrarían la manera.

Más animada y sin tiempo que perder, cogió aire, agarró el asa del baúl y tiró con todas sus fuerzas para arrastrarlo al zaguán y de allí al porche, donde tenía preparado el calesín. Una vez colocado, iría a recoger a Manuel y partiría a casa de Santa. Allí esperaría a Magda y todos juntos decidirían su destino.

El baúl pesaba lo suyo. Descansó unos minutos sentada sobre él. Estaba exhausta y aún le quedaban unos cuantos metros hasta la puerta principal. Observó la distancia y exhaló un suspiro de impotencia. Decidió no llevar equipaje. No podía retrasar más la partida y no podría subir el baúl al calesín ella sola. Se levantó y se disponía a salir cuando la puerta de la calle se abrió y apareció Lorenzo.

Él vio el baúl y sonrió.

—¿Lo has bajado tú sola?

Julia asintió nerviosa.

—No te esperaba hasta la noche.

Lorenzo se desabrochó la levita, se quitó el sombrero y lo dejó sobre uno de los sillones que había en el zaguán al lado de una mesilla de nogal. Besó a Julia, la tomó por el codo y la llevó al salón.

—Ha ido todo más rápido de lo que suponía. El comprador me esperaba en el despacho junto a su notario. Todo ha quedado a la espera de tu firma. ¿Has llamado al notario?

—Sí —contestó con un hilo de voz para llevarle la corriente.

—¿A qué hora dijo que vendría?

Julia tosió.

—Sobre... sobre las cinco, creo.

—Bien. Después nos iremos a Madrid.

—¿Esta tarde?

—¿Y por qué no?

—Sería mejor mañana, tranquilamente. Todavía tengo que hacer tu equipaje.

—Te encuentro rara.

—Será que no he dormido bien.

—¿Te importa servirme una copa de brandy? —Julia le dio la

espalda, salió a la cocina, regresó con una botella abierta y le sirvió la deseada copa. Lorenzo removió el líquido oscuro y observó cómo este impregnaba el cristal para luego caer lentamente al fondo.

—¿Me acompañas?

—No me apetece, querido, es un poco temprano.

Lorenzo apuró su copa y se sirvió otra.

Julia salió de la habitación.

—¿Adónde vas?

—A preparar tu equipaje.

Pasada la media tarde, Lorenzo empezó a impacientarse por la tardanza del notario y a encontrarse mal.

—No sé qué es lo que me está pasando, pero me noto raro. — Lorenzo se agarró el estómago. Un dolor insoportable le hizo doblarse y caer al suelo. Intentó levantarse, pero empezó a tener unos terribles espasmos—. ¡Ayúdame! —Julia lo observaba desde su sillón, pero se quedó quieta viéndolo retorcerse de dolor—. ¡Zorra! ¿Qué me has hecho? Julia, por Dios, ayúdame. ¿Qué me está pasando? —Julia sonrió y Lorenzo la miró con espanto—. ¿Qué me has hecho?

—Lo que te mereces. Pero no sufras, no vas a morir. Lo que te he dado solo te mantendrá lo suficientemente indispuerto como para que no puedas ir a ningún lado. ¿Sabes que nuestro hijo está vivo?

Lorenzo abrió la boca para decir algo, pero en su lugar realizó una mueca parecida a una sonrisa. Entre el dolor y las convulsiones, observó a su mujer. Quizá se había vuelto loca de verdad y era más peligrosa de lo que imaginaba. Pero no, sus ojos reflejaban odio, no locura. Su apariencia era la de una mujer lúcida que controlaba la situación, no la de una perturbada que actuara por un impulso irracional.

—Pensé que ya lo habías superado —respondió.

—Se llama Manuel. El nombre se lo puso Ramona en el hospicio en honor a mi padre. Tiene tus ojos, brillantes como la luna, y el pelo revuelto y negro como el azabache le cae en rebeldes rizos sobre la frente. Y su piel... su piel huele a galleta recién horneada. Pero eso

yo ya lo sabía porque lo tuve en mis brazos nada más nacer, y a una madre el olor de su hijo se le queda grabado para siempre.

—Estás sufriendo una ilusión, Julia. Ese niño no existe. ¡Por Dios!

Julia soltó una risa que inundó la habitación y heló la sangre a Lorenzo.

—Ese niño existe, aun a tu pesar, porque Fermín Nogales jamás llegó a cumplir tu orden, querido. No pudo matarlo, lo entregó a una familia y estos lo llevaron a un lugar donde lo han estado cuidando.

—¿Qué estás diciendo, loca?

—Que vive. Vino a verme una persona para decirme dónde se encontraba mi hijo. Me llevó hasta él y lo vi, y entonces comprendí la clase de persona que eres y que en esta vida solo habría sitio para mi hijo o para ti.

Lorenzo se derrumbó ante Julia y por primera vez lloró angustiado.

—No sabes cómo lamento todo lo ocurrido. Me arrepiento profundamente del daño que te he causado, Julia. Sé que mi palabra ya no tiene valor, pero te amo profundamente.

—Enviaste a tu propio hijo a la muerte. Me hiciste pasar por loca para encerrarme en un sótano y aislarme del mundo. ¡Tú no tienes ni la menor idea de lo que es amor, Lorenzo!

—¡Fue por culpa de tu padre! —vociferó Lorenzo—. Yo solo quería complacerle, pero él no me dio la más mínima oportunidad. Y luego tú y tu estúpida manía de no tocar sus cosas y dejarlo todo como él lo quería. —Lorenzo se apoyó contra el aparador, se sujetó el estómago y se incorporó con esfuerzo. Una vez en pie, intentó llegar hasta Julia y, con los ojos anegados en lágrimas, le habló con desesperación—. Escucha, amor mío. Haremos una cosa: iremos a por nuestro hijo y luego nos marcharemos de este maldito lugar. Lejos, muy lejos. Y... y te juro por mi honor que seremos la familia que tanto hemos deseado. Siempre juntos, los tres. Siempre soñé con eso, Julia, porque nunca lo he tenido. Mi padre jamás me quiso. Me encerraba y me pegaba sin motivo alguno, y mi madre callaba, callaba y callaba. No sé lo que es amar, es cierto, y cuando te conocí pensé que la vida me daba un respiro. Dame una oportunidad, te juro que esta vez no la desaprovecharé. ¿No lo comprendes? Yo te amo.

—Yo te amé, Lorenzo. Engañé a mi familia, me enfrenté a ella y me

casé a escondidas por ti. Lo eras todo para mí. No me importó tu pasado; solo importábamos tú y yo. Pero mi padre llevaba razón, y no quise verlo. Abenojar odiaba a mi familia y te utilizó. Tú te dejaste manipular. Eso pudrió el amor que sentías por mí y lo convirtió en algo nauseabundo. La ambición te perdió de tal forma que hasta intentaste deshacerte de tu propio hijo. La maldad de tu corazón es infinita, Lorenzo. ¿Cómo un hombre como tú puede decir que ama? Durante mi estancia en Madrid, pensé pedirte el divorcio a cambio de toda mi herencia. Porque yo dejé de amarte hace mucho tiempo. Pero regresé contigo porque creí que mi locura te había hecho mucho daño; fíjate qué ironía. Pensé que te lo debía como esposa y como mujer, y renuncié a la vida y al amor que sentía y aún siento por Rodrigo. —Julia hablaba con un tono suave, despacio, aparentemente tranquila—. Sin embargo, me he enterado de que mi hijo vive, y eso ha cambiado las cosas. Eso hace que te odie con toda mi alma, con todo mi corazón y todo mi ser. Y, por si eso fuera poco, he sabido que mataste a mis padres. El comisario vendrá hoy a por ti; lo sabe todo. Encontraron el reloj que te regaló Abenojar junto al cuerpo de mis padres. Sí, Lorenzo, te pudrirás en la cárcel como una rata hasta que te mueras. Lo único que firmará el notario, hijo del demonio, será el final de nuestro matrimonio. No vendrá hoy, Lorenzo. El notario no vendrá. Eres un asesino. El comisario me recomendó que me largara de aquí, y así lo iba a hacer por mi hijo. Pero te has presentado antes de tiempo y, cuando te he visto en el zaguán, en ese mismo instante, he sabido lo que debía hacer.

—¿Crees que voy a acabar en la cárcel? ¿Crees que voy a consentir que te vayas con ese? ¿Con mi hijo? Por encima de mi cadáver.

Julia cogió el cuchillo de la comida que aún permanecía sobre la mesa. Al ver las intenciones de su esposa, Lorenzo intentó detenerla. Pero no logró alejarse de la trayectoria del arma, que se introdujo en su antebrazo. Un chillido escalofriante salió de su garganta y Julia aprovechó para salir corriendo del salón, pero tropezó con una de las sillas de la mesa y cayó estrepitosamente al suelo. Intentó levantarse, pero Lorenzo se abalanzó sobre ella y la dejó inmobilizada con su peso. Con los dientes, rasgó su camisa y se hizo un torniquete en el brazo para evitar desangrarse, mientras Julia se

retorcía y pataleaba. En un arranque de rabia, Julia alcanzó una de las patas de la silla, que se había roto, y la estrelló con todas sus fuerzas en la cabeza de Lorenzo, que quedó aturdido unos segundos. Julia intentó escapar; en la huida arrastró el mantel de la mesa y con él una lámpara, que cayó estrepitosamente al suelo. La tulipa se rompió en mil pedazos. Cogió uno de los cristales y, cuando él intentaba abalanzarse de nuevo sobre ella, se lo clavó varias veces en el rostro. Lorenzo se tapó la cara, que le sangraba abundantemente, y Julia aprovechó para golpearle una y otra vez en la cabeza con el resto del quinqué hasta dejarlo inconsciente. Entonces, lo arrastró por los pies hasta el zaguán. Allí se tomó un respiro. Había pensado que el brebaje, después de los horribles espasmos, lo dejaría paralizado, pero las cosas se habían complicado. Lorenzo era más fuerte que todo eso.

Estaba exhausta. Tras descansar unos minutos, volvió a tirar de él hasta llegar a la puerta del sótano. Sacó la llave, abrió la puerta, lo entró y lo dejó tendido en el suelo. Cuando Julia subía los escalones, Lorenzo abrió los ojos, pero apenas podía ver nada con el rostro cubierto de sangre.

—¿Qué estás haciendo? ¿Dónde estoy?

Julia lo observó durante unos segundos.

—En el sótano, donde te pudrirás.

Subió el último escalón, salió y cerró la puerta con la llave.

Lorenzo, febril, aporreaba la puerta con desesperación. Sabía que Julia estaba apostada al otro lado. Aún podía sentirla.

—¡Julia! ¡Déjame salir! Te dejare libre. ¡Julia! ¡Qué vas a hacer!

Subió al zaguán. Vertió el aceite de los candiles por muebles, cortinas y ropa. Prendió varios quinqués y los tiró por la casa. Las llamas se extendieron y el fuego se propagó con suma rapidez.

Julia creía que la enorme mancha de sangre de su vestido era de Lorenzo, hasta que cayó de rodillas por la debilidad. Tenía una gran herida en el estómago y no paraba de sangrar.

Aún seguía escuchando los gritos de Lorenzo cuando la vista se le nubló. Se encontraba a tan solo dos pasos de la puerta que daba a la calle, pero el esfuerzo que debía realizar para llegar era ímprobo y pensó que no lo conseguiría. Los tablones de madera del zaguán

empezaron a desprenderse y a caer a su alrededor. El humo le quemaba los ojos. Era imposible respirar.

Pascual y Magda llegaban al cigarral cuando un estallido los dejó inmóviles. El fuego salía furioso por las ventanas. Por un momento, todo afuera se paralizó. Tardaron dos segundos en reaccionar ante el dantesco espectáculo antes de bajarse del carruaje y salir corriendo. Era imposible entrar. La casa estaba repleta de alfombras y cortinas, y todo ello formaba una mezcla de fuego y humo que salía a través de las ventanas. La puerta principal era de madera de roble y ya estaba empezando a arder.

Magda llamaba a Julia llorando desesperada, rendida a la evidencia. Pascual se culpaba por no haber puesto vigilancia en la casa. Habían llegado tarde. El fuego rugía en el interior de la vivienda. Cayó de rodillas junto a Magda y la rodeó por los hombros. Magda susurraba el nombre de su amiga, consolada en los brazos del alguacil.

A sus espaldas, escucharon el ruido de unos cascos y ambos se giraron. Rodrigo, sin esperar a que el caballo parara, se apeó de él y corrió hasta la casa hasta perderse entre la humareda y las llamas, sin escuchar los gritos de Magda ni del alguacil.

Horrorizados ante la terrible situación, mientras los minutos se hacían interminables y la desesperación daba paso a la certeza de la desgracia que ya creían segura, de repente, entre la humareda, como si se tratara de un fantasma, apareció la figura de Rodrigo llevando en brazos a Julia.

Subieron al carruaje de Magda y esta la arropó con su capa. Rodrigo miró al alguacil y este le hizo una señal para que se fueran de allí cuanto antes. Azuzó a los caballos y salieron rápidamente. Julia dejó de toser, bebió un trago de agua que Magda le ofreció, se abrió la capa. Magda dio un grito aterrador.

Estaba perdiendo mucha sangre. Julia intentó decir algo. Rodrigo paró el coche y la tomó entre sus brazos.

—Vamos a por mi hijo. Tú... sabes... dónde...

—Sí, cariño, sí. Iremos ahora mismo. No hables —le rogaba Magda llorando.

—¿Está muy lejos? —preguntó Rodrigo, preocupado.

—No. Démonos prisa, por favor.

Julia se desmayó y Rodrigo se hizo cargo de los caballos. Llegaron al hospital. Magda recogió al niño. Aguantaron el traqueteo producido por las piedras y el barro del camino, temiendo volcar en muchas ocasiones, hasta que lograron llegar a casa de Santa a altas horas de la madrugada.

Magda gritó y aporreó la puerta. Todos se despertaron asustados. Leocadio salió pistola en mano. Rodrigo lo apartó bruscamente llevando a Julia en volandas. Santa la hizo acostar en su cama. No hablaron durante los diez minutos que duró la limpieza de la herida y su vendaje. Julia estaba muy pálida.

Magda no lloraba como Clarita ni rezaba como Santa y Leocadio. Tampoco estaba nerviosa como Rodrigo o Anselmo. Ella se había sentado junto a la cama, al lado de Julia. Su mano acariciaba la frente de su amiga cuando esta abrió los ojos. Ambas se miraron. Magda asintió y una lágrima se deslizó por su mejilla. Con un amor infinito, le dio un beso en la frente.

—Gracias, amiga mía. Gracias por cruzarte en mi camino. Tráeme... a mi hijo.

Santa obedeció. Tomó al niño, que estaba profundamente dormido, y lo colocó a su lado. Cuando Julia lo vio, su corazón se llenó de alegría y sonrió. El contacto con su piel le pareció un regalo del cielo. Después de tanto tiempo, de nuevo lo tenía entre sus brazos. El niño abrió los ojos y, como si supiera que estaba junto a su madre, la miró, sonrió y llevó sus dedos hacia su boca. Julia no pudo reprimir un gemido de angustia. Lo abrazó y apretujó contra ella.

—¡Cuántos besos imaginados! ¡Cuántos abrazos en el aire!

Julia cerró sus ojos color miel. Tenía el semblante sereno y una leve sonrisa en la boca, que su hijo siguió acariciando.

Epílogo Bajo el sauce de hojas verdes que sombreada el altozano, un pequeño retiro frente a la casa de los labriegos, todos quisieron darle el último adiós a Ramona.

Se fueron retiraron los allí presentes, excepto Julia. Ella se quedó de pie junto a la tumba de su nana hasta que un jilguero se posó en una de las ramas y su canto le llamó la atención. Le dedicó una triste sonrisa y plantó un ramo de margaritas sobre el montículo.

Rodrigo se acercó a ella y la levantó con cariño.

—Voy a echarla de menos.

—Me imagino. Fueron muchas cosas vividas.

Julia suspiró.

—Aún creo que voy a ver el rostro de Lorenzo de un momento a otro.

—Su cuerpo quedó completamente calcinado, Julia.

—Espero que su alma descanse en paz, allá donde quiera que esté. Sé que no está bien lo que voy a decirte, pero no tengo ningún remordimiento por lo que hice. Después de todo lo que pasó, me siento liberada por fin. —Julia suspiró y sonrió—. Santa y Leocadio ya no tendrán de qué preocuparse, y a Clara y Anselmo los he dejado de guardeses en el cigarral. Mañana empezarán las obras. Rodrigo, no te he pedido perdón ni te he dado las gracias.

—No tienes por qué. Tú no tienes la culpa de nada.

Se apretujó contra él y juntos caminaron hacia la casa, donde Magda los esperaba sentada en el porche con Manuel.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Julia a su amiga.

—Recibí carta de Lucio. Ya te hablé de él. Aún me quiere, me ha perdonado y desea que regrese a su lado. Creo que la vida me da

una segunda oportunidad, y no pienso desperdiciarla. Si no os importa, mañana mismo me marchó a su casa. Estoy deseando ver a los niños; dice que me echan mucho de menos. ¿Y vosotros?

—Nos quedaremos unos días aquí y luego partiremos hacia Londres. Quiero pedirle a Bernarda que sea la niñera de Manuel. Me imagino que le gustará viajar con nosotros.

—Escribidme, por favor. Estaré deseando recibir noticias vuestras.

—Sabrás de nosotros, madre.

Cuando Magda escuchó esa palabra en boca de su hijo, se sintió la mujer más feliz del mundo.

Fin

Agradecimientos

Quiero agradecer el apoyo que he recibido durante la escritura de esta novela a mi marido, a quien le dedico este libro; a mi numerosa familia, por su generosidad y cariño, leyendo, relejendo y apuntando ideas maravillosas; a mi madre, por su compañía, consejos y cariño incondicional, y a mis amigos y amigas, que siempre han estado a mi lado.

A todas las personas que de una manera u otra me han ayudado en todas la fases de investigación para dibujar los diferentes enclaves Toledanos, así como el Madrid del siglo xix en pleno bullicio liberal.

Una mención especial a Nuria Ostariz y Virginia Fernández por el soporte recibido y a todo el equipo de la editorial Caligrama por su profesionalidad que han hecho posible que esta novela vea la luz.

Por último, agradecer de antemano a todos los lectores que han decidido colocar *Abrazos en el Aire* en algún lugar de su corazón.

Índice

Prólogo	9
Capítulo 1	11
Capítulo 2	17
Capítulo 3	23
Capítulo 4	35
Capítulo 5	41
Capítulo 6	49
Capítulo 7	67
Capítulo 8	75
Capítulo 9	87
Capítulo 10	99
Capítulo 11	117
Capítulo 12	133
Capítulo 13	145
Capítulo 14	159
Capítulo 15	171
Capítulo 16	181
Capítulo 17	191
Capítulo 18	199
Capítulo 19	207
Capítulo 20	215
Capítulo 21	221
Capítulo 22	229
Capítulo 23	245
Capítulo 24	261
Capítulo 25	269
Capítulo 26	291
Capítulo 27	303
Capítulo 28	315
Capítulo 29	329
Capítulo 30	345
Capítulo 31	357
Capítulo 32	377
Capítulo 33	387
Capítulo 34	393

[Capítulo 35 409](#)

[Capítulo 36 419](#)

[Capítulo 36 429](#)

[Capítulo 37 443](#)

[Capítulo 38 449](#)

[Capítulo 39 463](#)

[Capítulo 40 475](#)

[Capítulo 41 485](#)

[Epílogo 495](#)

[Agradecimientos 497](#)